

¿Serás tú uno de  
los afortunados?

# el arca

stephen  
baxter

Lectulandia

Mientras suben las aguas y se desencadenan guerras salvajes por lo que queda de terreno elevado, los trabajos para construir una nave espacial en la que unos pocos privilegiados viajarán hacia un nuevo mundo continúan. Aquellos que vivan, de miles de millones que van a morir, serán los elegidos. Familias enteras son separadas por la fuerza al tiempo que se reúnen los recursos de un planeta anegado para una última apuesta... pero para los pocos supervivientes, el día del lanzamiento será solo el comienzo de otra pesadilla.

*El arca* es la historia de tres mujeres: Grace, Venus y Holle y su papel en la lucha de la humanidad por llegar a un nuevo hogar.

**Lectulandia**

Stephen Baxter

**El arca**

**Inundación 2**

ePUB r1.0

Banshee 03.09.13

Título original: *Ark*  
Stephen Baxter, 2009  
Traducción: Almudena Romay Cousido  
Diseño de portada: [www.blacksheep-uk.com](http://www.blacksheep-uk.com)

Editor digital: Banshee  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Dedicado a Mary Jane Shepherd  
1955-2009

**1**  
**2041**

Agosto de 2041

Gordo Alonzo y Thandie Jones habían preparado un helicóptero para llevar al grupo del *Arca Tres* de vuelta a la recortada costa de Colorado. A todos ellos menos a Grace Gray, que no iba a ninguna parte.

Grace, a quien Gordo Alonzo sujetaba con fuerza del brazo, observaba cómo el pájaro descendía sobre Cripple Creek y desperdigaba algunas de las chabolas más endebles que poblaban las estrechas calles. El lugar había sido en su día un poblado minero y después un gancho para turistas. Ahora, en la era de la inundación, con el mar que había barrido Estados Unidos bañando las montañas Rocosas, gente sin hogar acampaba en las calles, en los aparcamientos y en los patios delanteros de gasolineras abandonadas; y una ciudad de tiendas de campaña y chabolas se extendía más allá del corazón del viejo asentamiento. La población no parecía tener miedo del descenso del pájaro. Simplemente se apartaron, arrastrando consigo sus mantas y sus cartones.

Thandie llevó a los del *Arca Tres* al interior del helicóptero: Lily Brooke, Nathan Lammockson y el marido de Grace, Hammond, hijo de Nathan, de treinta y cinco años, gordinflón y resentido. Grace se quedaba allí con Gordo Alonzo para que la llevaran a Proyecto Nimrod, al *Arca Uno*, significara lo que significara eso. Hammond ni siquiera se dio la vuelta para mirarla.

Gordo, sin embargo, le hablaba sin parar.

—Sabes, algunas partes de este anegado planeta han vuelto a la Edad de Piedra. Pero este es el distrito del NORAD. Uno de los pocos lugares del mundo donde los helicópteros son algo común. Por eso la gente no se asusta al verlos. Y créeme que hacemos cosas mucho más exóticas que pilotar helicópteros. Ya lo verás...

Quizá, a su manera, lo que intentaba era tranquilizarla.

Gordo James Alonzo había sido astronauta. Ahora tenía unos setenta y tantos años y estaba calvo, pero seguía igual de erguido y en forma, con el mismo aspecto intimidante y los mismos ojos azules llenos de vida como hacía diez años cuando había aparecido con Thandie Jones en un campamento de la Ciudad Caminante, cuando Grace solo tenía dieciséis años. Bueno, en aquel entonces, Gordo llevaba puesto el uniforme del Ejército estadounidense, y ahora iba vestido con el uniforme azul de las Fuerzas Aéreas. Pero nada de eso importaba a Grace. Él era el vestigio de una época que ella nunca había conocido, tan ajeno a ella como la gente rica del arca de Nathan.

Grace había pasado la mayor parte de su vida viajando con la Ciudad Caminante,

quince años andando con su casa a cuestas, como si fuera un caracol o un cangrejo ermitaño. La época anterior a ese hecho, cuando tenía menos de cinco años y era una prisionera mimada de la familia de su padre en Arabia Saudí, era una imagen borrosa, irreal, como los años que había pasado más recientemente en el trasatlántico de Nathan como prisionera, pero de otro tipo. Ahora aquí, una vez más, pasaba de las manos de un extraño a las de otro.

Solo caminar era real, pensaba ella a veces. El pasado, el futuro, el inmenso cataclismo que estaba sufriendo la humanidad, nada de eso importaba si lo único que en realidad uno podía hacer en el mundo era poner un pie delante del otro, día tras día, kilómetro tras kilómetro. Podría irse. Marcharse con nada más que la ropa que llevaba a la espalda, como había ocurrido con la Ciudad Caminante. Pero ahora tenía a su bebé creciendo dentro de ella, un bebé que ella no había querido de un «marido» al que odiaba, pero suyo a pesar de todo. No quería llevar el embarazo ella sola.

—Se están elevando —dijo Gordo.

El viento de los rotores azotaba el rostro de Grace. Lily Brooke sacó la cabeza del helicóptero y la miró fijamente. Y moviendo solo los labios pareció decirle «perdóname». Entonces Thandie tiró de ella hacia el interior de la máquina y el pájaro subió suavemente.

—¿Estás bien?

Grace estaba enfadada consigo misma por mostrar debilidad, enfadada con Lily por haberla manipulado y abandonado.

—¿Tú qué crees? —le espetó ella.

Gordo se encogió de hombros.

—Te han dejado aquí para que tengas la posibilidad de entrar en el *Arca Uno*. Una oportunidad para llevar una vida mejor que la que cualquiera de ellos tiene ahora por delante, sobre todo si es verdad lo que dicen de que su barco se ha hundido.

—Ni siquiera sé qué es el *Arca Uno*.

—Lo sabrás.

—No volveré a verlos nunca más.

—Supongo que no.

—Una vez más sola, con extraños.

Él suspiró, echó hacia atrás su gorra de plato, y se rascó la cabeza.

—Igual que todos nosotros. El mundo entero está fastidiado, niña. Al menos aquí podemos hacer algo. —Miró a su alrededor. El polvo que había levantado el helicóptero ya se estaba asentando y la gente sin hogar comenzó a volver al lugar que habían despejado, como agua que se acumulaba en una hondonada. En unos minutos no quedaría señal alguna de que un helicóptero había descendido en ese lugar—. Bueno, ya está. Vamos, te sacaremos de aquí.

Él le soltó el brazo y atravesó la ciudad en dirección a los coches que esperaban.

Ella lo siguió. No tenía elección.

Subieron a un todoterreno y el convoy partió con un suave runrún de motores eléctricos. Aquella pequeña flota de coches, con los logotipos del Departamento de Seguridad Nacional y del Ejército de los Estados Unidos, había traído aquí a la tripulación del *Arca* desde la costa. El convoy enseguida se dividió; los coches se separaron, dejando que el vehículo de Gordo y otro más abandonaran la ciudad dirigiéndose a ritmo constante hacia el norte, y bordeando las laderas de Pikes Peak.

Gordo iba sentado con Grace detrás de una joven uniformada que conducía el todoterreno. Él señaló hacia delante; la carretera era un buen camino a través de las montañas.

—El trayecto durará unas horas. Esto es la montaña, las montañas Rocosas. Estamos siguiendo la antigua carretera estatal hasta la US 24 en Divide, desde donde nos dirigiremos hacia el oeste. Giraremos en dirección norte en Hartsel y nos dirigiremos hacia Fairplay, y estaremos entonces a solo unos kilómetros de Alma, que está al sur de Hoosier Pass.

—¿Es ahí adonde nos dirigimos? ¿A Alma?

—Solo es un pueblo minero. O lo era. No sé si estos nombres te dicen algo.

—Nunca hemos hecho ese trayecto.

—Ah, con tu grupo de Oklahoma.

—La Ciudad Caminante. Teníamos mapas de los tiempos pasados. Pero en el *Arca Tres* había mapas informatizados. Y actualizados. —Los mapas generados por el ordenador del barco que mostraban las consecuencias de una inundación que ahora se acercaba a los mil ochocientos metros desde el nivel del antiguo mar, mapas del archipiélago que era un vestigio de los estados de las montañas Rocosas—. La inundación comenzó justo cuando nací yo. No recuerdo cómo solía ser este país.

Siempre había que explicárselo a la gente mayor, que se aferraba a imágenes de lo que una vez fue.

Cuando llegaron a Divide, vieron que simplemente era otro pueblo. Fuera lo que fuera lo que había sido antes de la inundación ahora estaba atestado de postergados como ocurría en los demás sitios. Una malla metálica cercaba la carretera. Mientras pasaba el pequeño convoy, la gente salía de sus cabañas y tiendas para mirar. Grace vio que los soldados que iban en el todoterreno de delante iban armados.

Los dos vehículos se dirigían a ritmo constante en dirección oeste, a través del Ute Pass que medía más de nueve mil pies de altura, según Gordo. Todo parecía reducirse a pies, pulgadas y millas con Gordo el astronauta. Gary Boyle, el científico que la había criado le había enseñado a medir su mundo en metros y kilómetros.

Las montañas tenían un aspecto desnudo y pardusco. Hacía años que no nevaba en ese lugar. Mientras atravesaban una diminuta comunidad llamada Florissant, Gordo le hablaba de un parque de fósiles que estaba cerca, lleno de secuoyas petrificadas de más de treinta y cinco millones de años de antigüedad. Ahora, decía él, en él hay más gente que fósiles.

Entonces, en Wilkerson Pass, se abrió ante ellos la visión de los altos prados de South Park, y la carretera parecía continuar por aire.

—Dios mío —dijo Gordo de repente—, mira qué vistas. Sabes, no me entra en la cabeza que algo así pueda quedar anegado por una milla de jodida agua salada. Supongo que por eso trabajo con tanto ahínco en Nimrod, para intentar salvar algo de esto, la esencia al menos. Balancearse de un lado a otro en una balsa que se cae a pedazos no será lo mismo.

Grace se lo quedó mirando. La mujer que iba al volante mantenía la mirada fija en la carretera, como si no hubiera oído su arrebató.

Gordo se relajó y se rió de sí mismo.

—Lo siento. ¿Me estoy comportando como un guía turístico?

Ella frunció el ceño.

—No sé qué es eso.

—Está bien. Me han dicho que eres una princesa.

—A mi madre la violó un príncipe saudí durante su cautiverio. ¿Eso cuenta? Si es así, sí soy una princesa. Y usted fue astronauta.

Él asintió con su cabeza con forma de bala.

—Supongo que lo sigo siendo, si sigo tu razonamiento. Volé al espacio una vez, a la EEI.

—¿Adónde?

—A la estación espacial. —Señaló el cielo—. Pero después de eso, mi carrera profesional se jodió por culpa de la inundación. Bueno, aunque me vea obligado a quedarme en tierra, aquí he encontrado algo que merece la pena hacer.

—No tiene nada que ver conmigo. Y yo no lo pedí.

—Puede que no. Pero nosotros tampoco te buscábamos. Mira, están llevando a cabo un proceso de selección para recién llegados al proyecto. Como dijo Thandie en Cripple Creek, eres en verdad mejor candidata de lo que habría sido tu marido, respecto a los criterios de Nimrod. Has mostrado que tienes habilidades propias para la supervivencia. Lo he visto con mis propios ojos. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis.

—Bueno, de la tripulación serás una de los mayores, si lo logras. ¿Alguna creencia religiosa?

—En la Ciudad Caminante había curas, rabinos, imanes...

—No me refería a la Ciudad Caminante. Me refería a ti.

—No. No soy religiosa.

—Muy bien. Los ingenieros sociales están intentando que la tripulación sea una sociedad totalmente laica. Ellos creen que minimiza las posibilidades de divisiones y conflicto. Bueno, lo iremos viendo. Y por cierto, Thandie tenía razón cuando dijo que a los seleccionadores les gustan las mujeres embarazadas. Con una mujer encinta a bordo tienen dos conjuntos de genes en uno. Lo tuyo será más fácil.

—Lily Brooke lo planteó así —dijo Grace, mientras sentía cómo la invadía de nuevo la amargura. Había dilucidado aquello durante las horas posteriores al momento en el que dicha mujer la había entregado a Gordo, había revaluado todo lo que le había ocurrido durante los últimos meses y años en el *Arca Tres*. Todo había sido manipulación de Lily—. Ella amañó mi relación con Hammond para que Nathan me tratara con favoritismo. Incluso creo que me programó el embarazo para que así tú marcaras otra casilla en tu tabla.

—Y lo hizo por...

—Lily estuvo cautiva con mi madre. En Barcelona, España. Yo nací allí, en un sótano, con mi madre esposada a un radiador. Lily se siente obligada por eso.

—No le estás muy agradecida.

—Lily me controla. ¿Quién querría eso?

Él hizo un gesto con la mano.

—Bueno, nada de eso importa ahora. No volverás a verla nunca más. Estás aquí, esta es la situación a la que te enfrentas, comoquiera que llegara aquí. Lo único que importa es adónde te diriges.

—¿Y si decido no acceder a su proyecto?

—Entonces no podrás quedarte con nosotros. Ni tú ni tu hijo. No podemos alimentarlos.

Atravesaron un último pueblo, Faifplay, donde un museo al aire libre de viejas estructuras de madera de los campamentos mineros había sido colonizado por los refugiados. Gordo dijo que el museo había sido mucho más extenso, pero la madera era un bien preciado.

Entonces siguieron las señales hacia Hoosier Pass por una carretera en buen estado, hasta que entraron por fin en Alma. Detrás del lugar surgía una enorme montaña llamada Mount Bross, en cuyas laderas se extendía un bosque de pinos, deteriorado ya por la tala de sus árboles. Originariamente, el pueblo era poco más que un puñado de edificios en forma de bloque a cada lado de la carretera, agrupado entre oxidadas señales de límite de velocidad. Pero se habían añadido unas instalaciones más nuevas y amplias alrededor de lo que ya había, unos bloques de cristal y hormigón desnudo.

Los coches salieron de la carretera y tomaron una pista de tierra; se detuvieron delante de un bloque anónimo. Sobre una pesada puerta de metal había algo pintado con una letra clara: «Génesis 11, 6. Nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer». Por extraño que pareciera, delante de la puerta había un columpio de metal y plástico brillante.

La conductora salió para abrir la puerta de Gordo, a quien saludó enérgicamente.

Este llevaba un móvil pegado a la oreja.

—Eh, Holle. Qué bien que te pillo. ¿Te importaría salir fuera? Hay alguien a quien quiero que conozcas. —Guardó el teléfono—. No parece mucha cosa, ¿verdad? Pero recuperamos muchas de las instalaciones que la NASA tenía en Houston. Centros de control de comunicaciones, de entrenamiento. Hay incluso un pequeño reactor nuclear. Lo trajimos todo hasta Alma, un pueblecito minero. ¿Y sabes por qué? Porque Alma, que está a diez mil trescientos sesenta y un pies sobre el nivel del antiguo mar, es el municipio más alto de Estados Unidos.

La conductora, una mujer no mucho mayor que Grace, dijo:

—En realidad, eso no es del todo cierto. Mi madre nació cerca de aquí y dijo que ahora el título lo ostenta Winter Park...

Gordo hizo un gesto con la mano para quitarle importancia a ese comentario.

—Lo único que Winter Park tiene por encima de Alma son sus telesillas, así que al diablo con eso, Cooper.

—Lo siento, señor.

—Grace, a veces el Gobierno funciona de forma sencilla. Los que toman las decisiones querían que este complejo sobreviviera el máximo tiempo posible, por

muy mal que se pusiera la inundación. Así que ¿dónde construir? Uno va al libro de registros y busca el pueblo más alto de Estados Unidos y por esa razón una parte importante del proyecto federal más caro desde el traslado a Denver se trajo a este pequeño pueblo de montaña de doscientas almas. Mira, yo vivo ahí. ¿Ves el bloque que hay detrás de la iglesia de piedra? Algunos de nosotros rezamos ahí los domingos.

—¿Qué complejo? ¿Qué es este lugar?

La puerta se abrió. Apareció una joven, delgada, no muy alta, pálida y con el pelo muy corto y pelirrojo. Llevaba un mono rojo y azul chillón, con teléfonos y otros chismes metidos en los bolsillos. Era joven, veintiuno, veintidós años. La luz del día le hizo parpadear y miró con recelo a la mujer embarazada.

—Grace, esta es Holle Groundwater, una de nuestras candidatas más prometedoras. No es que eso sea decir mucho. Holle, te presento a Grace Gray, y a Gray hijo —dijo él mientras señalaba con torpeza la barriga de la mujer—. Está aquí para la selección. ¿Te importaría enseñarle cómo funciona todo?

—Claro que no. —Holle sonrió a Grace y extendió su mano para que se la estrechara. Pero ella pudo ver que su sonrisa era forzada.

—No te alegras de verme —dijo Grace sin rodeos.

Holle arqueó unas finas cejas sobre unos ojos azules como el mar.

—Es que ya hay suficiente gente compitiendo por un sitio y solo quedan unos meses. Lo último que necesitamos son más candidatos. —Su acento era suave, cantarín, quizá británico, desconocido para Grace. Entonces sonrió—. Por supuesto, no es culpa tuya.

—¿Un sitio? ¿Dónde?

Pero no obtuvo respuesta. Por lo visto, el secretismo era habitual. Holle estaba bien alimentada y parecía entusiasta e inteligente. Grace recordó cómo había sido ella a su edad, yendo de un lado para otro, con la piel de las plantas de los pies que parecía cuero, sin un gramo de grasa en el cuerpo y todo lo que poseía dentro de una mochila descolorida que llevaba a la espalda.

Puede que Gordo notara la tensión que había entre las mujeres. Se quitó la gorra y se pasó una mano por su entrecana cabellera.

—Escucha, Grace. Vas a tener que demostrar tus habilidades de alguna manera. Te voy a asignar una misión. Tenemos que resolver un delito.

—¿Qué clase de delito?

—Un asesinato —fue la respuesta de Gordo.

La palabra dejó a Grace estupefacta. Miró sin comprender hacia el bloque, hacia la cita de la Biblia, hacia la expresión atenta y capaz del rostro de Holle.

—No sé nada sobre investigación criminal. Teníamos policía en la Ciudad Caminante y en el *Arca* estaban los guardias de Nathan...

—Puedes empezar hablando con Holle. Averigua cómo empezó todo para ella. Quiero decir, llevas en el programa desde que tenías seis años, ¿no es así, niña?

Holle sonrió.

—Según mi padre, desde que fui concebida.

—Será una forma de que averigües en qué andamos metidos —dijo el hombre con una sonrisa—. Sí. Resuelve el crimen y gánate tu sitio. Dos pájaros de un tiro. No se me ocurren ideas con frecuencia, pero cuando me sobreviene alguna por lo general es buenísima. Ahora me temo que poner a trabajar, en particular debo organizar la recuperación del alijo de semillas del barco hundido de Nathan Lammockson. Pero antes de irme... —Gordo rebuscó en uno de los bolsillos de la chaqueta y sacó un llavero con un colgante de adorno—. Reparto estos entre los hombres del Gobierno, o cualquiera que necesite algo de inspiración. Que es en lo que estamos trabajando.

Colocó el pequeño artilugio en la mano de Grace.

Ella levantó el llavero. El colgante era una esfera translúcida, azulada y de un centímetro de ancho más o menos. Incrustadas dentro de ella había dos esquirlas plateadas unidas por un trozo de hilo.

—¿Qué es esto?

—Pregúntale a Holle. Nos vemos luego, Groundwater.

Regresó a grandes zancadas a los coches y una vez más dejaban a Grace con un extraño.

—Por aquí... Grace, ¿verdad?

Holle la llevó al interior del edificio.

Dentro, el bloque estaba formado por pasillos, salas y centros de datos, envueltos en el zumbido del aire acondicionado. A Grace le recordaba a las instalaciones del *Arca Tres* de Lammockson, al puente de mando, a la sala de máquinas.

Las dos no se encontraron con nadie más hasta que el pasillo desembocó en una sala acristalada con filas de sillas, micrófonos, pantallas. A través del cristal, Grace vio una cámara más grande, excavada en el suelo de tal forma que miraba para abajo hacia hileras de personas sentadas delante de paneles de control, donde las pantallas brillaban con intensidad, y fluían textos e imágenes. Delante de ellos, en la pared frontal, había dos pantallas enormes. Una mostraba el mapa del mundo —los continentes en azul y el terreno elevado que quedaba en un verde intenso— con caminos trazados por encima. En la segunda pantalla unos círculos concéntricos rodeaban un puntito brillante, y cada círculo estaba etiquetado con un disco. El programa educativo *amateur* de Gary siempre había favorecido la ciencia. Grace comprendió que lo que tenía delante de ella era un mapa del sistema solar.

Holle la estaba mirando con curiosidad. Grace se sentía totalmente fuera de lugar en aquella cueva tecnológica; todavía llevada la ropa que se había puesto esa mañana

en el *Arca* y su lamentable colección de pertenencias que se había perdido para siempre.

—Esto es la esencia de lo que hacemos —le explicó Holle.

—¿Qué es este lugar?

—El centro de control. En este momento estamos llevando a cabo un simulacro...

—¿Y esto?

Grace levantó la esfera del llavero.

—Nuestra nave espacial. —Holle sonrió, y en su espíritu competitivo se vio algo de compasión—. Vamos. Creo que te vendrá bien un café. Hablaremos de cómo mataron a Harry Smith. Y te contaré cómo empezamos todo esto.

**2**  
**2025-2041**

Junio de 2025

Llovía en Denver; era un chaparrón constante e implacable que caía de un cielo gris y producía un sonido metálico al chocar contra las alas del avión que traía a Patrick Groundwater y a su hija a la ciudad; el agua brillaba en las pistas de aterrizaje y en los tejados esculpidos de los edificios de la terminal mientras él llevaba a Holle, de seis años, por el aeropuerto internacional, seguido discretamente de Alice Sylvan y el resto de su equipo de seguridad, y golpeaba el techo de los coches que los llevaban al centro de la ciudad a través de kilómetros de dispersión urbana atestados de campamentos de desplazados e instalaciones para la asistencia social. Bajo señales oxidadas de bifurcación, la interestatal estaba desierta a excepción de los coches de policía y del Gobierno, y solo algunos de particulares. Hacia el oeste, el contorno de la montaña era totalmente invisible.

Patrick había visitado Denver hacía tiempo, cuando era un adolescente, de camino a Aspen para ir a esquiar. Eso fue antes del cambio de milenio, puede que quince años antes del comienzo de la inundación. Recordó la dificultad al respirar, y hoy el aire estaba igual de enrarecido. Por aquella época no llovía en absoluto, a excepción de un par de tormentas intensas que habían sido en cierto modo divertidas, no como este constante e implacable chaparrón. Pero desde entonces el mar había subido doscientos metros a partir de su nivel normal, el aire era caliente y húmedo, y uno no esperaba escapar de la lluvia ni siquiera en la ciudad que se situaba a una milla por encima del nivel del mar. Bueno, Thandie Jones le contaría mañana todo eso a Patrick y a los demás multimillonarios de la LaRei allí reunidos.

Nada de lo que dijera Thandie desviaría ni una sola gota de lluvia de la cabeza de su hija. Pero en Denver esperaba encontrar a gente que pensara hacer algo al respecto.

En el hotel, fueron recibidos por sonrientes mozos de equipajes con botas de lluvia y paraguas.

La primera impresión que le dio el Brown Palace a Patrick lo tranquilizó. Situado en un peculiar triángulo de tierra donde chocaban dos sistemas de trazado de calles, le recordaba, por muy extraño que pareciera, a un transatlántico hecho de granito rojo y arenisca. Dentro, un atrio se elevaba ocho pisos. Mientras Alice llevaba a cabo los trámites en recepción, Holle corría de un lado a otro por el pulido suelo, señalando las columnas de ónice dorado y levantando su carita para ver con los ojos abiertos como

platos las afiligranadas barandillas y el techo de vidriera, desde el que colgaba una enorme bandera norteamericana. En un mundo que se desmoronaba lentamente, uno podía confiar en que una mole de la época victoriana con aspecto de iglesia como el Brown siguiera estando en pie y siendo cómodo mientras construcciones más nuevas de cristal y hormigón armado se derrumbaban. Además, estaba a solo unos cientos de metros del centro cívico de Denver, donde había quedado por la mañana con Nathan Lammockson y el resto de la gente de la LaRei.

La suite de Patrick tenía todo lo necesario para que Holle estuviera contenta: un minibar apto para niños, un saco de red con libros y juguetes y pantallas con toda clase de diversiones. Había carteles en los que se pedía que se ahorrara agua. El tiempo en Denver siempre había dependido de la lluvia en las montañas Rocosas y, aunque ahora el clima era mucho más lluvioso, la alteración de los patrones de lluvia y el aumento de la población hacían que el abastecimiento del agua fuera inestable.

Una de las pantallas de televisión estaba sintonizada permanentemente en un canal de noticias, retransmitidas por la Rocky Mountain News, un antiguo periódico que ahora hacía de emisora. Sobre una cinta de teletipo móvil con titulares más o menos funestos, el canal mostraba imágenes del último desastre, en este caso una especie de guerra civil que había estallado en los alrededores de Alice Springs, Australia, cuando los residentes se negaban a que el Gobierno federal reasentara a los refugiados que venían de las regiones inundadas de Victoria, Nueva Gales del Sur y Australia Meridional.

Holle jugaba delante de la televisión examinando los juguetes. Parecía inmune al bombardeo de horrores en las noticias, como a él le habían parecido irreales los diferentes desastres del mundo cuando era un niño en el ya hacía tiempo perdido siglo XX. Había decidido que era mejor no ocultarle las cosas. Lo más probable era que la vida de Holle le determinaran las malas noticias. A él le gustaba pensar que Linda habría apoyado su decisión, pero nunca lo sabría.

Esa noche llevó a su hija a cenar a uno de los elegantes restaurantes del hotel. Los camareros la mimaban mientras le servían con elegancia una versión para niños de una paella. Fue una petición especial de Patrick, una especie de comida reconfortante y casera, un plato que le solía hacer su madre. Después, de vuelta en la habitación, jugó con ella a las cartas, le dejó ver un par de capítulos de *Friends* en la televisión y le leyó hasta que se quedó dormida.

Entonces él abrió su portátil y leyó sus mensajes.

Los grandes proyectos de construcción que se estaban llevando a cabo en las Grandes Llanuras marchaban bien, aunque unos refugiados descontentos por haberlos asentado ahí los llamaban con amargura «Friedmanburgs».<sup>[1]</sup> Remitió el asunto a su departamento de Relaciones Públicas para que lo aconsejaran.

Patrick también estaba metido en la explotación minera a cielo abierto de las

arenas bituminosas de Athabasca en Alberta, que iba a un ritmo trepidante. En Colorado, por toda la ladera occidental, ya estaban explotando de forma intensiva petróleo, carbón, gas y pizarra bituminosa. Aunque el pillaje de Alberta era a una escala diferente. Supuestamente lo había autorizado el Gobierno canadiense trasladado a Edmonton, pero eso era una tapadera. El Gobierno federal estadounidense en Denver pretendía extraer el mayor número posible de los cientos de miles de millones de barriles de petróleo que se podía encontrar en el betún antes de que los mares lo taparan todo, algo que no tardaría muchos años en ocurrir si los expertos más pesimistas estaban en lo cierto. El objetivo del Gobierno era asegurar su posición a corto plazo y tener una base para la recuperación nacional cuando llegara el tan esperado día en el que las aguas retrocedieran. El daño ya hecho a la ecología y al medioambiente y demás era lamentable. Pero los hombres ricos que estaban en el lugar adecuado, como Patrick Groundwater, se estaban enriqueciendo aún más. Nunca se había imaginado que se encontraría desempeñando ese papel. Pero alguien tenía que hacerlo y él intentaba cumplir concienzudamente con lo que entendía que era su responsabilidad. Así era como funcionaba el mundo.

Un suave ronquido le dijo que Holle estaba durmiendo profundamente. Fue a echarle un vistazo, la arrebujaó con su manta y se aseguró de que su ángel estuviera apagado.

Y volvió al trabajo.

A la mañana siguiente, la niña Holle lo despertó a las seis, como siempre. Para enorme alivio suyo, no estaba lloviendo y el sol estival intentaba abrirse camino entre las altísimas nubes. A las ocho ya habían terminado el desayuno que habían pedido al servicio de habitaciones.

A pesar de las protestas de Alice Sylvan, decidió ir a dar un paseo y hacer un poco de turismo; tenían un par de horas antes de la reunión con Nathan Lammockson en la biblioteca pública de la ciudad. Holle había pasado la mayor parte de su corta vida en urbanizaciones cerradas. Sería enriquecedor para ella ver algo que se pareciera a una ciudad en funcionamiento. Así que cogió lo básico para un niño, pañuelos de papel, un libro, un par de juguetes, el ángel de Holle, una cantimplora y lo metió en una bolsa. Holle llevaba un vestido de tirantes y después de ponerle protector solar en los brazos y en la cara y un sombrero rosa en la cabeza se pusieron en marcha.

Partieron con el equipo de Alice dispersado a su alrededor y abriéndose paso entre la multitud vespertina por Tremont Place hacia el centro comercial de la calle Dieciséis. Los edificios tenían los cristales rotos y la pintura desconchada; los espacios verdes se habían destinado al cultivo de patatas y alubias, y los árboles hacía tiempo que se habían talado para hacer leña. No se veían muchos coches por las

amplias avenidas —más bien tanques o vehículos blindados—, pero sí estaban llenas de peatones, bicicletas y bicitaxis que pasaban por delante de semáforos desconectados ya hacía tiempo.

El paseo era una línea recta de tiendas, antes una zona peatonal, con vías de tranvía oxidadas y tocones de árboles.

Ya no había trolebuses que llevaban a la gente que iba de compras, sino vehículos pesados de la oficina del *sheriff* y la policía que recorrían lentamente la calle, gritando de vez en cuando órdenes por los megáfonos. A Patrick le llamó la atención la cantidad de militares y agentes de seguridad que estaba viendo. Se imaginó que estaban usando el paseo de pasillo de control, desde el centro financiero hasta quizá Lower Downtown.

El paseo se desarrolló prácticamente sin incidentes, salvo por una hilera de personas sin hogar acampadas bajo montones de mantas y cartones en las entradas a los edificios, algunas de ellas familias con hijos. La policía y los agentes de Seguridad Nacional comprobaban a pie los permisos y la identificación biométrica de los desplazados, para asegurarse de que no habían entrado más ilegales en la ciudad durante la noche. Los voluntarios repartían tazas de alubias, arroz y agua caliente.

Algunas de las tiendas seguían funcionando. Las tiendas de comida y los restaurantes vendían casi exclusivamente productos de la zona. En los otros escaparates se veían aparatos electrónicos restaurados y reparados, ropa y accesorios, zapatos y abrigos, incluso libros, todo ello reciclado o recuperado de las ciudades anegadas. Patrick encontró reconfortante la existencia de las tiendas, una señal de que estaba en una ciudad que todavía funcionaba, en contraste con el caos que reinaba en las regiones del país que habían sobrevivido. Pero si algo del carácter original de Denver había durado hasta el siglo XXI, cualquier cosa de sus orígenes como puesto comercial del oeste, la afluencia de refugiados lo había borrado todo. Sin comprar nada, siguieron caminando.

Llegaron a la calle California y bajaron por ella hacia el centro de convenciones Colorado. Este edificio había sido transformado en un campamento para la admisión de refugiados, y en las calles circundantes se veían largas colas. Los desplazados, de lejos, parecían grupos grises de miseria, como lo habían sido siempre. Se acercaba la hora de la reunión y, siguiendo a Alice, giraron por la Catorce hacia el parque del centro cívico. Cuando intentaban atravesar la avenida Colfax, la principal arteria de la ciudad, que la cruzaba de este a oeste, tuvieron que atravesar un cordón que la policía y destacamentos militares había colocado alrededor del centro cívico.

Patrick llevó a su hija por delante de los edificios monumentales que rodeaban el parque: la casa de la moneda, el ayuntamiento y la biblioteca pública donde Thandie Jones iba a dar su sesión informativa. El museo de arte era especialmente llamativo y Holle se quedó mirando sus formas geométricas angulares, como si fueran ensayos

hechos con papiroflexia abandonados por un gigante. Unas vetas de óxido recorrían los finos paneles de metal, las ventanas estaban entabladas y las vallas publicitarias, vacías. La inundación había hecho que todas las grandes ciudades de la Tierra que no habían sido anegadas, se quedaran congeladas más o menos en el año 2015, con excepción de las construcciones de emergencia que se habían llevado a cabo para hacer frente a la avalancha de refugiados. Eso fue hace una década, y a los edificios como el museo, que habían sido abandonados o se dedicaban a un uso para el que no habían sido diseñados, se les estaba empezando a notar los años.

Denver, la ciudad más grande a mil kilómetros a la redonda y un enlace clave en el transporte y la comunicación, había sido un centro federal importante mucho antes de la inundación. Desde que la capital se hubiera trasladado allí después de que Washington fuera anegada seis años atrás, las propiedades que rodeaban la ciudad habían sido requisadas por los principales departamentos del Gobierno. La presidenta Vásquez, la primera en ser elegida tres veces seguidas desde Roosevelt, se había mudado a la mansión del gobernador. Daba la casualidad de que Patrick sabía que este llevaba muchos de sus asuntos del Gobierno se llevaban en un sitio más seguro, un antiguo centro regional de operaciones de la FEMA, un búnker de dos pisos renovado y modernizado para tal propósito. Incluso había embajadas, algunas de países anegados, con sus banderas que colgaban mustias en el aire de la mañana. A Patrick le parecían reliquias lastimosas.

En este centro cívico, sin embargo, uno tenía la sensación de estar en una gran capital, de la misma manera que Patrick recordaba Washington en los viejos tiempos. Había personas con traje por todas partes, muchas de ellas hablando al aire o con la expresión ausente característica de los usuarios del ángel. Él se imaginaba que eran miembros de algún grupo de presión, burócratas, funcionarios de todas las categorías, y quizá incluso congresistas y senadores. Patrick tenía la sensación de que todos los recursos se dedicaban a este lugar, de que en esta ciudad se concentraba una enorme cantidad de energía y determinación; era el nuevo refugio para el espíritu de Estados Unidos y una base para una futura recuperación. La mismísima presidenta estaba en Denver. Si uno no estaba seguro aquí, ¿dónde lo iba a estar entonces?

Dos helicópteros pasaron cerca de sus cabezas con un ruido estrepitoso. Holle chilló y empezó a dar saltos de emoción.

La niña estaba encantada con el capitolio del estado, una estructura de dieciocho pisos con columnas griegas, una rotonda y una cúpula dorada, que brillaba bajo la acuosa luz de la mañana. Subió los escalones de piedra del capitolio dando saltos y contándolos hasta que llegó al número dieciocho, donde había algo grabado, y Holle lo leyó con mucho esmero:

—«Una milla sobre el nivel del mar». ¿Es eso verdad, papá?

—Sí, cariño. Una milla, justo aquí.

Una voz áspera los interrumpió.

—Bueno, una milla menos seiscientos pies más o menos. Tendrían que corregir esa placa. Eh, George, AxysCorp debería encargarse de eso...

Un hombre fornido, bajo y puede que de unos cincuenta y tantos años bajaba los escalones hacia ellos. Tenía el pelo canoso y rapado y su carnosa nariz y su papada brillaban por el sudor. Tenía acento británico, de Londres o Essex quizá. Detrás de él iban dos personas: un hombre negro, alto y tranquilo, y el otro bajo y nervioso.

—Patrick Groundwater, perro viejo. Me alegró de verte otra vez. —Le extendió una mano.

Era Nathan Lammockson.

Holle se había quedado de pie y miraba atentamente hacia arriba dentro del círculo que habían formado los cuatro hombres.

Nathan presentó a sus compañeros.

—George Camden, uno de mis hombres de más antigüedad en AxysCorp.

Camden era un hombre negro, delgado, seguro de sí mismo y aparentemente capaz, él le devolvió la mirada a Patrick. Llevaba un mono de AxysCorp, con el famoso logo de la corporación, la Tierra sostenida por una mano ahuecada, estampado en el pecho. Igual que Alice con Patrick, se quedó detrás, en silencio, vigilante.

—Y Jerzy Glemp.

Glemp, rechoncho, con pelo graso canoso y unas gafas pasadas de moda posadas en una delgada nariz, era nervioso, muy serio y tenía la palma de las manos húmedas. Llevaba un traje de aspecto tieso.

—Señor Groundwater. Encantado de conocerlo. —Tenía un acento fuerte, de Europa del Este o Rusia. Cuando sonrió, se le arrugaron los carrillos, con barba de tres días—. He oído hablar de usted a través de Nathan, cómo usted fue uno de los que expresaron su preocupación ante la reacción que tuvo el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático en 2018 en Nueva York.

2018, el año en el que la inconformista oceanógrafa Thandie Jones presentó al IPCC sus conclusiones sobre el estado del mundo y estas fueron acogidas por los científicos con lo que a Patrick le pareció un escepticismo injustificado, y en los meses y años siguientes con negativas y evasivas de sus expertos políticos.

—Sí, estuve allí... y fue allí donde nos conocimos, ¿no es así, Nathan?

Este sonrió de oreja a oreja y le dio una palmadita en el hombro.

—Después de una sesión, me aseguré de que entrara en la LaRei en ese mismo momento. Qué demonios, si pude ver enseguida que era un hombre de recursos y con visión de futuro, la clase de hombre que ve más allá de las tonterías y las falsas esperanzas, y piensa a largo plazo y sabe manejar la situación. Y tenía razón, ¿no es así, Patrick? Fue después de esa reunión cuando empezaste a comprar toda esa tierra en las Grandes Llanuras, y qué decisión tan inteligente. Y eso es lo que quiero conseguir hoy... eso es lo que todos queremos. Un nuevo rumbo.

—Así que ahora estás en Perú.

—Sí. Pensarás que tendría que estar acostumbrado al sol. —Se secó el sudor de su regordeta frente—. Debería haberme puesto protección solar. Algunos días uno casi echa de menos la lluvia. Pero llueve como en Manchester, incluso en los Andes.

—Señor Groundwater, usted es de origen escocés, ¿no es así? —le preguntó Jerzy

Glemp.

—¿Sigue siendo tan fuerte mi acento? —Pero seguro que Glemp lo sabía por los archivos de Nathan—. Nacido y criado en las islas Orcadas, de una antigua familia local. Llevamos a Holle allí una vez. La dejamos gatear por el Anillo de Brodgar, para que pudiera decir que estuvo donde crecieron sus antepasados. Solo tenía unos meses. Pero ahora el lugar está inundado, cada una de sus islas. Así que somos unos desarraigados.

—Como la mayoría de nosotros. Y su esposa...

—Una chica de la zona —respondió Patrick—. Murió hace un año, de cáncer.

Los hombres parecían incómodos.

—No pasa nada. Holle ya lo sabe.

La niña miró a Glemp.

—¿De dónde es él?

Glemp se rió.

—No te hemos estado haciendo caso, ¿verdad? Tiene su misma tez —le dijo a Patrick—. Y su mismo acento encantador. Soy de Polonia.

—¿Dónde está eso?

Patrick iba a explicárselo, pero Glemp lo interrumpió.

—No está en ninguna parte ahora. Está bajo el mar. Para que jueguen los peces.

—Qué divertido eres.

—Oh, gracias. Sabes, hoy vamos a asegurarnos de que cuando seas grande tus hijos tengan un lugar en el que puedan jugar.

—¿En vez de los peces?

—En vez de los peces. Efectivamente.

—Qué divertido eres.

—Trabaja para la empresa Eschatology. Siempre es así. Pero lo queremos. Bueno, esperemos que esté en lo cierto.

La biblioteca pública era un choque de épocas, un bloque de arenisca y cristal de los años cincuenta pegado a otro bloque de ladrillo rojo de los noventa: otra vieja estructura que llevaba una década o más sin ser restaurada. Tuvieron que atravesar otro cordón de seguridad para entrar, operado este por la LaRei y mucho más duro que los de la policía y los militares.

Se había dispuesto una zona abierta en el primer piso de la biblioteca para la conferencia, con unas hileras de sillas plegables montadas delante de un estrado. Era un ambiente familiar, pensó Patrick, como si fuera una reunión municipal para discutir solicitudes de obra. Pero unas sombras estaban sentadas detrás del bloque de sillas, como Alice y Camden, escoltas y guardaespaldas. Y puede que de las cincuenta sillas, unas veinte más o menos ya estaban ocupadas por hombres y

mujeres, muchos de los cuales Patrick reconoció inmediatamente de medios de comunicación y conferencias anteriores, y a otros de conocerlos en persona. Había gente en esta sala que podía haber comprado y vendido a Patrick e incluso a Nathan Lammockson una docena de veces.

Era la LaRei, una sociedad hermética y exclusiva que fue fundada en los años anteriores a la inundación como fuente de contactos para buenos colegios, exclusivos lugares de vacaciones y productos fabulosamente caros como relojes y joyas, y ahora se había convertido en una especie de red de personas extremadamente ricas obsesionadas con la supervivencia ante una futura catástrofe. LaRei, donde un valor neto de mil millones de dólares no te podría llevar siquiera hasta la puerta; sin el patrocinio de Nathan, Patrick no estaría aquí.

Y delante, al lado del estrado, había una mujer negra, delgada, de unos cuarenta años, que llevaba un estropeado mono que alguna vez pudo haber tenido el color azul de AxysCorp. Estaba colocando una bola de cristal, un sistema de proyección tridimensional que mostraba una imagen de la Tierra girando. Patrick reconoció a Thandie Jones.

Holle estaba distraída con el hermoso globo terráqueo, cuya luz azul se proyectaba desde la pulida madera de la biblioteca y las hileras de libros sobre las estanterías. Pero enseguida se aburría, como Patrick se esperaba. Dejó que se sentara en el suelo y sacara los libros de su bandolera para explorar lo que había dentro. Cuando consiguió encender su ángel, antes de que ella posara el dispositivo, Patrick empezó a oír unos compases de música en su cabeza. En ese momento, el tema favorito de la niña era «Graceland» de Paul Simon. Nadie creaba música ya, pero eso a Holle le daba igual; estaba desarrollando sus propios gustos revisando la colección de Patrick, toda ella tan novedosa para su hija como si hubiera sido escrita ayer.

Entonces Holle se dio cuenta de que había una niña rubia más o menos de su edad sentada al otro lado de la sala. Se miraron fijamente como si los adultos que estaban a su alrededor fueran igual de lejanos e irrelevantes que las nubes.

Un hombre corpulento, blanco, de unos sesenta años, sin pelo, con el rostro redondo y pálido, estaba de pie delante de Thandie.

—¿Está preparada, doctora Jones?

Se volvió hacia el público.

—Creo que ya me conocéis todos. Soy Edward Kenzie, presidente de LaRei. —Tenía un marcado acento de Chicago. Hablaba sin amplificación, aunque el grupo era tan pequeño y la biblioteca vacía tan silenciosa que a Patrick no le costaba oír—. Es posible que no conozcan a mi pequeña, Kelly. —Señaló a la niña que estaba jugando con Holle—. Pero en cierto modo ella es el motivo por el que estamos aquí.

Patrick observó que el hombre tenía los dedos rechonchos y fofos con las puntas amarillas de la nicotina, algo extraño y atávico.

Kenzie continuó:

—Muchos de nosotros oímos a la doctora Jones hablar al IPCC hace siete años. Bueno, como conciudadano de Chicago he seguido desde entonces su carrera y los informes que ha realizado, y puedo decirles que todas las predicciones que ha hecho se han cumplido, poco más o menos, y todas las predicciones que muchos de nosotros hicimos sobre la pasividad de nuestros gobiernos se han cumplido también, para nuestra consternación. Le hemos pedido que nos hable de nuevo, que nos ponga al tanto de su charla con el IPCC, por así decirlo. Y después me gustaría sugerir qué deberíamos hacer a partir de ahora. Doctora Jones.

Y se sentó con los brazos cruzados, atento.

Thandie miró a la sala. Tenía un aspecto fuerte, curtido, el de una científica.

—Gracias. Soy Thandie Jones. Mis especialidades son la oceanografía y la climatología. Oficialmente estoy adscrita a la NOAA, la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica de Estados Unidos, que por casualidad tiene una oficina de Boulder, Colorado, así que sigue todavía por encima del nivel del mar creciente. Estuve presente en una de las primeras inundaciones destacables que tuvo lugar en Londres en 2016, y desde entonces he sido testigo de algunos de los dramáticos acontecimientos que siguieron, muchos de ellos catástrofes hidrológicas sin precedentes en la historia...

Habló sobre una comunidad mundial de climatólogos y otros especialistas que observaban el rápido desarrollo de los acontecimientos. Seguía habiendo publicaciones oficiales, si se les podía llamar así, se seguían dando seminarios, seguía existiendo algo parecido al método científico. Pero, en general, lo único que se podía hacer era anotar los enormes temblores de la Tierra cuando ocurrían e intentar

adivinar qué vendría después.

—Me pagan para que cree modelos de predicción del océano y del clima, para que ayude al Gobierno de Denver en su planificación para el futuro. Como supongo que ya saben, soy conocida por especular sobre la causa de la inundación global y sus consecuencias finales.

Se giró hacia su bola de cristal giratoria, una Tierra tridimensional, una ilusión óptica creada por pantallas, lentes y espejos que daban vueltas, y proyectores múltiples. Patrick recordó que ella había usado un visualizador similar en 2018 y se preguntó si sería el mismo. Era un probable que sí.

—Esta es la Tierra tal y como la conocíamos antes de que comenzara la inundación, allá por 2012. —Era la imagen de un mundo sin nubes, con la familiar forma marrón grisácea de los continentes recortada en el océano azul—. Y aquí es donde vivimos ahora.

Le dio a un botón.

Los océanos brillaron y crecieron, y la tierra desapareció. El agua ocultó franjas de China y atravesó el norte de Europa hasta Rusia, y en Sudamérica entró hasta el Amazonas. Patrick dirigió su mirada hacia Gran Bretaña, donde había desaparecido la mayor parte del sur de Inglaterra y el resto del país había quedado reducido a un archipiélago de tierras altas.

En Estados Unidos, el implacable mar había borrado Florida y había ido tierra adentro anegando los estados de la costa este hasta Maine y los de la costa del golfo hasta llegar a Kentucky. Hacia el oeste, el océano había entrado hasta los valles de California. Importantes ciudades se habían perdido y abandonado: Nueva York, Boston, Nueva Orleans e incluso Washington D. C. Y al haberse perdido tanto de la pared este de la antigua meseta de Ozark había habido un desplazamiento de población masivo. Estados Unidos era tan terriblemente joven, pensó Patrick. No había pasado mucho más de doscientos años desde que los colonos europeos habían cruzado por primera vez el continente, y no mucho menos desde las grandes migraciones hacia el oeste en busca de tierra y oro. Ahora otra gran huida estaba en marcha.

Thandie continuó:

—No es necesario que exponga en detalle a este grupo el trastorno económico que esto ha provocado, ni la tremenda tragedia humana. Hace unos meses visité un enorme campo de refugiados a las afueras de Amarillo, Texas. Pero sí me gustaría señalar como demuestra esto la exactitud de mi modelo científico. Cuando hablé al IPCC en 2018, la inundación había alcanzado apenas los trece metros de media sobre el antiguo nivel del mar. En ese momento, el consenso científico fue que la inundación no podía superar los ochenta metros más o menos, porque esa era la cota superior del derretimiento de los campos de hielo. Bueno, tal y como predijeron mis

modelos en aquel entonces, hemos alcanzado una subida de unos doscientos metros. La subida gradual está en la actualidad en unos treinta metros al año, y sigue una curva exponencial. Parece que está claro que lo peor está por llegar, a pesar de las negativas de la comunidad científica y de los gobiernos. Con respecto al origen de la crecida hemos seguido reuniendo datos y de nuevo cada uno de ellos ha confirmado mi modelo provisional de 2018.

Thandie había establecido que la subida del nivel del mar no la provocaba el derretimiento del hielo sino las eyecciones de mares subterráneos, de reservas de agua almacenada dentro de la Tierra. Había mostrado imágenes sacadas de exploraciones submarinas de fuentes vastas, turbulentas y subterráneas, lugares donde un agua caliente cargada de minerales se abría paso a través del sustrato, procedentes de las profundidades de la mismísima Tierra rocosa.

Nadie sabía por qué precisamente ahora se rompían esas reservas profundas de aguas. En el pasado ya había habido cambios drásticos y bruscos en el estado climatológico de la Tierra. Puede que esta fuera otra de esas transiciones drásticas pero naturales. O puede que fuera culpa del hombre.

—Pero en realidad no importa la causa —continuó Thandie— y resulta inútil buscar culpables. Fuera cual fuera la causa, tenemos que ocuparnos de las consecuencias. Y a partir de este momento, no sabemos cuáles serán esas consecuencias. Hasta ahora ha habido precedentes que nos han servido de guía. En el periodo cretácico, por ejemplo, cuando todavía existían los dinosaurios, la Tierra era más cálida y húmeda y los niveles del mar eran mucho mayores. Ahora estamos sobrepasando esos precedentes. Pronto llegaremos a un periodo en el que el nivel de los océanos sea el más alto desde la formación de los continentes hace dos mil millones de años.

»Sé que el Gobierno federal y otras agencias continúan planificando partiendo de la base de que las aguas se retirarán, de la posibilidad de una recuperación. Varios departamentos están trabajando en planes para la recolonización ordenada de regiones antes anegadas, por ejemplo. Tengo que decir que no veo razón alguna por la que las aguas dejarán de subir en un futuro inmediato. De hecho, nos resulta difícil decir cuál sería el límite de la subida del nivel del mar. Yo creo que si las cámaras subterráneas que hemos descubierto liberan toda su agua, los océanos serán de un volumen cinco veces superior al que tenían en 2010. Aunque, por supuesto, habremos perdido toda la tierra de nuestro planeta antes de llegar a ese límite.

Después de una exposición tan directa, se quedó en silencio.

Edward Kenzie asintió con la cabeza.

—Entonces, doctora Jones, ¿qué cree usted que deberíamos hacer?

Ella se encogió de hombros.

—Tienen tres opciones, según lo veo yo. Pueden planificar una vida en el mar,

debajo de él o, por último, lejos de la Tierra. —Patrick se encontró asintiendo ante esto último—. Ah —siguió Thandie—, y tienen unos quince años para elegir cuál y llevarla a cabo.

—¿Por qué quince años?

—Porque en quince años Denver estará anegado. —Miró a su alrededor, a la vieja biblioteca, al polvoriento silencio, al aire iluminado por el sol—. El agua llegará aquí. Supongo que sea lo que sea lo que vayan a hacer, tienen que empezar ahora. ¿Alguna pregunta más?

Después de quince minutos de preguntas razonablemente bien fundadas por parte de los miembros de la LaRei, se acabó la reunión y Thandie comenzó a recoger su equipo.

—Una cuestión más —dijo Patrick—. ¿Cuáles son sus planes de futuro, doctora Jones?

Ella sonrió.

—Seguir observando. Están sucediendo acontecimientos que nadie había presenciado antes y que nadie volverá a presenciar. No puedo tener hijos. No tengo ningún interés en el futuro. Con el presente tengo bastante.

Edward Kenzie se puso de pie.

—Ahí tienen, damas y caballeros, la visión más fidedigna que van a encontrar. Otra vez como en Nueva York en 2018, ¿verdad? Ahora llegamos al quid de esta reunión. Desde lo de Nueva York, y gracias a la incompetencia y a la negación de nuestros gobiernos y a que se pasan unos a otros el muerto, ya hemos malgastado siete años. Los recursos del Gobierno para enfrentarnos al peor de los casos, que el nivel del mar siga creciendo, han sido mínimos comparado con lo que ha gastado en planes extravagantes para la recuperación y recolonización a las que se refería la doctora Jones. Bueno, yo por mi parte no voy a quedarme sentado soñando mientras el mar crece y arrasa mi riqueza y mis propiedades y a dejar que mi familia se ahogue como si fueran ratas. Algunos de nosotros vamos a intentar hacer algo.

Se oyó un murmullo de apoyo.

Kenzie levantó las manos.

—Yo, con la ayuda de Nathan Lammockson y otros, he traído aquí a unos expertos en varios campos. Ahora tienen la oportunidad de hablar con ellos, de empezar a pensar en qué quieren hacer. Tenemos que contemplar todas las opciones significativas para el peor de los casos. Espero que de esta sesión salgan numerosos proyectos, diseños de arcas si lo prefieren, que puedan avanzar más o menos por separado. Esa parece ser la forma de maximizar nuestras posibilidades de éxito. Este es el comienzo de un programa, no de un solo proyecto.

»Pero tenemos que proceder con extrema precaución. Piensen en ello. La Tierra se está anegando. Díganle al mundo que están construyendo un arca y todos y cada uno de los desventurados desplazados y su prole se pelearán por un sitio a bordo. — Los fulminó a todos con la mirada, con expresión tensa y calculadora—. Espero que nos apoyemos los unos a los otros en los años venideros. Pero debemos trabajar con discreción. Debemos guardar nuestros secretos, incluso entre nosotros. Deberíamos saber solo lo que necesitamos saber sobre lo que el otro está haciendo, como las células terroristas. Puede que eso no suene muy norteamericano. Pero ya llevamos sufriendo bastante desde 2001 por culpa de esos terroristas gilipollas con sus ataques. No nos vendría mal aprender algo de su forma de actuar, ¿verdad?

Estaba claro que había ideado todo aquello. Y aun así Patrick vio que tenía sentido lo que estaba diciendo. Él mismo había sido testigo de cómo cada intento por parte del Gobierno federal de paliar la crisis enseguida era sofocado por la magnitud del desastre incipiente. Aunque no era muy democrático, el secretismo podría ser un efecto la única manera de avanzar, rechazar a una mayoría para darle una oportunidad

a una minoría.

Cuando la sesión se disolvió, Patrick le dio una palmadita a Holle en el hombro para que desconectara su ángel. Ella miró a su alrededor buscando la Tierra giratoria de Thandie y le decepcionó que estuviera apagada.

Fuera de la biblioteca, Jerzy Glemp se acercó a Patrick y lo apartó de los corrillos que se estaban formando.

—He visto que asentía —le dijo en un susurro conspirador.

—¿Ah, sí?

—Cuando la doctora Jones estaba resumiendo. Cuando dijo que deberíamos buscar refugio fuera de la Tierra. —Miró al cielo.

—Supongo que me ha tocado la fibra.

—La lógica es inevitable, ¿no es así? La Tierra está condenada; eso es evidente. En cien años este mundo será para los peces. De la misma forma que Polonia lo es ahora. La única esperanza para el ser humano será encontrar un nuevo lugar para vivir, entre los planetas y las estrellas.

—¿Está hablando de una nave espacial?

—Por supuesto. —Miró a su alrededor—. Mire a los demás. Nathan Lammockson está hablando de construir inmensas embarcaciones para una navegación oceánica, como Noé. Otros sueñan con submarinos y colonias submarinas. Usted y yo sabemos, señor Groundwater, que aquí y ahora, en esta misma conversación, estamos poniendo la primera piedra del proyecto que salvará a la raza humana. Estoy cualificado para ello. Estudiaba astronáutica en Poznan antes de la inundación. He contribuido a las misiones espaciales europeas. Obtuve el doctorado en el estudio de la obra de Tsiolkovsky. Con sus recursos y mi visión... sí, construiremos una nave espacial, un arca que vaya al espacio.

Patrick se sentía presionado.

—Creo que me está manipulando, doctor Glemp. ¿Está totalmente seguro de que comparto su sueño?

—Sé que es así. —El hombre bajó la mirada hacia Holle—. Le pedí a Nathan que me hablara de usted. Su hija nació en 2019; debió de ser concebida poco después de que oyera a la doctora Thandie hablar sobre el fin del mundo al IPCC. Fue concebida con esperanza.

Patrick sintió cómo se ponía colorado. El extraño hombrecillo tenía razón. Después de que él y Linda escucharan a Thandie y vieran la desalentadora respuesta del público —e incluso después de verse obligados a huir del huracán que azotó de repente Manhattan— volvieron a su casa de Newburgh, Nueva Jersey, junto con otros refugiados de la ciudad de Nueva York y comieron y se bebieron una botella de vino y tiraron a la basura los anticonceptivos. Pues sí, Holle había sido concebida con

esperanza, desafiando lo negro que les había parecido el futuro en aquel momento. Incluso la habían llamado así por el papel que él y Linda se habían imaginado que ella podría tener que desempeñar.

—Vamos —le pidió Jerzy Glemp—. Nos queda mucho por hacer. Es hora de comer. Me puede invitar incluso a una copa. Tenemos que empezar a planear cómo salvaremos la humanidad y a gastar su dinero de paso.

Salió él primero a la calle.

Patrick cogió del suelo a Holle, que estaba dormida, y lo siguió, y se preguntó en qué demonios se estaba metiendo.

A la mañana siguiente, llegó un mensajero al Brown Palace con una nota escrita a mano dirigida a Patrick Groundwater: «Personal — Confidencial — No revelar contenido».

El mensajero era solo un chaval, de unos catorce años, que llevaba un mono anónimo de AxysCorp. En un mundo lleno de hambrientos refugiados, no hacía falta ser muy rico para poder permitirse un recadero. Pero aun así, en un mundo en el que casi no había papel, era una forma bastante inusual de recibir un mensaje. Patrick le dijo a Alice que le diera una propina al chico y lo despachó. Entonces, mientras Holle se tomaba el desayuno que habían pedido al servicio de habitaciones en el salón principal de la suite, Patrick, siguiendo el espíritu de la nota, se la llevó al baño, se acurrucó en una esquina que le pareció que podía estar fuera del alcance de las entrometidas cámaras de vigilancia, y la abrió.

La nota era de Edward Kenzie. Estaba escrita a mano, al igual que el sobre, y lo invitaba a ir al campus de Auraria a las diez esa mañana a «asistir al lanzamiento de un nuevo proyecto». Sintiendo un poco estúpido, Patrick hizo pedazos la nota y la echó por el inodoro.

Entonces volvió al salón, se tomó otro café de un trago y ayudó a Holle a prepararse para comenzar el día.

Era una mañana de sol y nubes dispersas. El calor y la luz animaban a todo el mundo y Holle iba dando saltos mientras atravesaba la ciudad, cortando de sur a oeste por la calle Larimer hacia el puente sobre Cherry Creek hasta el campus. Alice Sylvan, con una porra en la mano izquierda y la mano derecha apoyada en la funda de su pistola, sonreía mientras Holle miraba con curiosidad hacia el arroyo revestido de hormigón. Desde aquí, Patrick podía ver los lomos de las montañas Rocosas hacia el oeste y hacia el este las astillas de cuarzo del pequeño centro de Denver.

Llegaron al campus. Patrick había estudiado en Yale y en Oxford. Auraria, formada por tres universidades, debió de haber sido otrora una especie de réplica del campus tradicional de ladrillo rojo que se ve en las películas, pensaba Patrick, con amplios paseos arbolados que atravesaban una gran cantidad de aparcamientos. Algunos de los edificios académicos todavía funcionaban; en una capital federal seguía existiendo la necesidad de una educación universitaria. Pero muchos de ellos se utilizaban como alojamiento y las pistas de atletismo se habían convertido en tierras de cultivo.

La nota llevó a Patrick y a su grupo al edificio de la facultad de periodismo y biblioteca del campus, que era una caja de cristal con postigos de acero pintado de blanco. Fuera, los recibió un hombre de traje discreto cuya chaqueta apenas ocultaba el bulto de sus armas. Hizo un gesto con la mano para cachearlos —incluso a Holle y a su bolsa de juguetes y botellas de zumo de naranja— y después los llevó al edificio, que tenía aire acondicionado. El interior era amplio y diáfano, y los pisos los conectaban unas escaleras de caracol. Bajaron por un corto pasillo hasta una pequeña sala de reuniones.

Alrededor de una mesa con pantallas táctiles insertadas estaban Edward Kenzie, Jerzy Glemp y un hombre joven y delgado, chino quizá, al que Patrick no conocía. Alice se sentó junto a dos hombres de seguridad en uno de los asientos que había al lado de la pared. De una cafetera de filtro que había en una mesa situada en una esquina salía un olor a café que llenaba toda la sala, y a Patrick le pareció detectar también un tufillo rancio a tabaco.

Dos niños, más o menos de la edad de Holle, se entretenían con unos juguetes de plástico en otra de las esquinas. Patrick reconoció a Kelly, la niña rubia hija de Edward Kenzie de la sesión del día anterior. El otro era un niño muy mono de pelo negro y espeso. Un hombre joven estaba sentado en el suelo con ellos, sonriente, viéndolos jugar. Patrick le soltó la mano a Holle y dejó que se acercara a ellos, vacilante.

Kenzie se aproximó a Patrick y le dio una taza de café.

—Edward —le dijo Patrick—, ¿así que has decidido unirme a Jerzy también?

Kenzie dijo bruscamente:

—Tengo otros asuntos entre manos, para serte franco. Pero después de lo que dijo Thandie Jones, ¿no es lo lógico? Tenemos que marcharnos de este planeta a punto de sumergirse. Además, para empezar, fueron los contactos que tiene Glemp a través de la empresa Eschatology los que convocaron esta sesión.

—Espero que no te importe que haya traído a mi hija.

—Tu hija es bienvenida aquí —interpuso Jerzy Glemp—. Yo también he traído a mi pequeño, Zane. ¡Di hola, Zane! —El niño, que con su espeso pelo negro y sus rasgos eslavos no se parecía mucho a Glemp, saludó tímidamente a Patrick con la cabeza—. Claro que nuestros hijos tienen que estar con nosotros, incluso ahora pueden ser lo bastante mayores como para entender algo de lo que digamos aquí. Y, después de todo, este proyecto es por ellos y para ellos. En el año 2040, necesitaremos tripulación.

*Tripulación.* La palabra emocionó a Patrick.

Jerzy Glemp se frotó las manos. Parecía entusiasmado, encantado, como si hubiera estado esperando este momento toda su vida, y puede que fuera así, pensaba Patrick.

—Bueno, ¿empezamos?

Cerraron las puertas con llave e hicieron un barrido de las paredes para ver si había algún dispositivo de escucha.

—Estamos aislados como en un jodido submarino —dijo Kenzie. Tocó una de las pantallas para empezar a grabar—. Como podéis ver, tenemos aquí unas cuantas pantallas en blanco. Tenemos acceso seguro a los servidores de la universidad a través de estas cosas y podemos ir más lejos si queremos. Tenemos fuentes de referencia, todo lo que necesitamos para encontrar respuestas a las preguntas que nos puedan surgir. Muy bien, empecemos. Podrías comenzar presentándonos a este caballero que han traído contigo, Jerzy.

Glemp le hizo señas para que se acercara y el delgado joven dio un paso adelante.

—Me llamo Liu Zheng. Soy de China. Tengo veintinueve años y soy ingeniero.

—Lo encontré en el Pepsi Center cuando se estaba tramitando los papeles de los desplazados, aquí mismo en Denver —le explicó Jerzy Glemp con mirada de satisfacción—. Es asombroso el talento que uno puede encontrar en la marea de desplazados. Lo que uno quiera.

Edward asintió.

—¿Y qué talento tienes que es tan valioso, Liu?

El chino, con rostro carente de expresión, respondió:

—Mi padre se formó como taikonauta. Yo diseño naves espaciales.

Hubo un largo silencio. Patrick preguntó:

—¿Qué vamos a construir aquí exactamente?

Liu Zheng contestó:

—Un medio de enviar población lejos de la Tierra.

Jerzy continuó:

—Un arca.

—Ni más ni menos que *Arca Uno*, ¡maldita sea! —dijo Kenzie—. Me aseguré de que consiguiéramos ese pequeño honor de Nathan Lammockson y esos otros gilipollas. —Le dio una palmadita a Patrick en el hombro—. ¿No has visto *Cuando los mundos chocan*? Pongámonos manos a la obra. ¿Cuál es el primer asunto del que tenemos que ocuparnos, Jerzy?

Glemp sonrió.

—¿Adónde vamos?

El hombre que estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas llevaba pantalones

y jersey negros. Podría haber sido más joven que su padre, pero Holle no estaba segura. Él le sonrió.

—Me llamo Harry. Harry Smith. Soy profesor. ¡Pero hoy no es día de colegio! Solo estoy aquí para asegurarme de que estamos bien todos juntos. Tú te llamas Holle, ¿verdad? Mira, estos son Kelly y Zane.

Los dos niños la miraron con recelo. Kelly era la niña que había conocido el día antes en el otro sitio lleno de libros, la sala grande y polvorienta de la señora con la bola de cristal. El niño, Zane, parecía un poco más joven que Holle y tenía el pelo negro y espeso y los ojos grandes. Era tímido, pero a ella le gustó. Parecía un muñeco.

—Mira, tenemos unos juguetes muy chulos —le dijo Harry—. Puedes jugar con nosotros. ¿Ves el fuerte? Estos son caballeros. Mira, tienes caballos.

Kelly y Zane estaban jugando con una especie de fuerte que se monta y con gente de plástico que se pone dentro en fila. El fuerte tenía torres circulares y muros que se colocaban sobre una base y un puente levadizo que se podía bajar y pequeños edificios en el interior. Pero la construcción parecía torcida, había huecos entre los paneles de los muros y Holle podía ver que el puente se había atascado. Tal vez no lo hubieran armado bien. No se acercó al juguete, todavía no. Kelly agarró con fuerza la gente pequeña con la que había estado jugando y Zane hizo lo mismo. No estaban seguros de qué pensar de Holle, no lo suficientemente seguros como para compartir.

Harry dijo suavemente:

—¿Tienes juguetes? ¿Qué llevas en la bolsa?

—Tengo mi ordenador de bolsillo y mi ángel. —Los sacó de la bolsa, poniendo a un lado la caja de pañuelos de papel y los zumos.

—Vaya, qué chulo.

Holle lo miró.

—Dices «chulo».

—Supongo que así es como me han enseñado a hablar. Soy estadounidense. Tú inglesa, ¿verdad?

—Escocesa. Chulo. ¡Chulo, chulo, chulo!

Los otros niños se rieron.

Sin pensárselo, le ofreció el ángel a Harry.

—¿Quieres escucharlo? Tiene buenas canciones.

—Anda, gracias, Holle, eres muy amable. —Sujetó el pesado dispositivo negro con una mano y toqueteó el menú de selección—. Eh, tienes *Móvil*. Siempre me ha gustado esa canción. —Le dio a seleccionar y empezó a cabecear cuando la música comenzó a sonar en su cabeza, murmurando la letra al mismo tiempo: «Te quiero más que a mi móvil / Eres mi ángel, eres mi televisor...».

Zane y Kelly observaban a Holle, sin hacer nada, solo agarraban la gente de

juguete.

—Tengo un ordenador de bolsillo. —Holle se lo enseñó.

—Yo también tengo uno —respondió Kelly.

—Tiene cámara.

—El mío también.

—Podríamos filmar el juguete, el fuerte. Podríamos hacer que la gente atacara, como en una guerra, y filmarlo.

Eso los entusiasmó y Kelly inmediatamente tomó el control.

—Mira, Zane, yo me encargo del ejército de dentro y tú del de fuera.

Él pareció dubitativo.

—¿Y por qué no puedo estar dentro?

Ella resopló.

—Porque si estás fuera eres un postergado, y yo no quiero ser una de ellos.

Harry, que seguía escuchando la canción, sonrió.

—Son personas que provienen de distintas partes del país, Kelly. Son estadounidenses que se han convertido en refugiados. No está bien que hables así de ellos. No pasa nada, Zane. Mira, este suelo brillante puede ser el mar, la inundación. Y puedes hacer una balsa con la caja en la que venía el fuerte. ¿Ves?

El chico comenzó a experimentar con la caja, deslizándola de un lado a otro por el lustroso suelo de madera con su gente dentro. Kelly hacía marchar a sus hombres y mujeres diminutos por delante del fuerte, dando órdenes, preparándolos para repeler las hordas de refugiados que traería la inundación.

Ahora le permitían entrar en el círculo. Holle dejó su ordenador y cogió el fuerte. Las piezas eran de plástico y se montaban sobre una base. Vio que estaba en lo cierto, que las dos torres que estaban cerca de la puerta habían sido encajadas en el lugar equivocado. Si las cambiaba y las ponía encima de la puerta podría quedar bien. Eso le pareció extraño y no quiso mirar.

Holle echó un vistazo a los otros adultos, que estaban sentados alrededor de la mesa tomando café y hablando con voz grave. Su padre le daba la espalda, pero no estaba lejos.

La pregunta de Glemp pesaba sobre la mesa.

Liu Zheng habló primero.

—Si me lo permiten... —Tocó una de las pantallas en blanco para que apareciera la imagen de un teclado y comenzó a enumerar apartados—. Yo sugeriría tener dos categorías de destino generales. Categoría Uno, el sistema solar. Categoría Dos, más allá.

Patrick ya se sentía perdido.

—¿Más allá? ¿Qué hay más allá del sistema solar? ¿Las estrellas? ¿Estás

hablando de irnos a las estrellas?

Jerzy sonrió de oreja a oreja.

—Sólo si es necesario.

—Categoría Uno —dijo Liu mientras creaba etiquetas metódicamente en la pantalla—. Podemos incluir varias subcategorías de destino. La órbita de la Tierra... podríamos imaginarnos un asentamiento permanente, algo parecido a la Estación Espacial Internacional. O un asentamiento espacial similar más allá de la órbita de la Tierra. O en un planeta o una luna... una colonia... la Luna o Marte parecen las opciones más obvias, o la luna helada de algún planeta gigante. Europa, quizá. O podríamos explotar algún asteroide o un cometa.

Jerzy Glemp asintió. Sus ojos parecían desenfocados.

—Todo eso son viejos sueños. Los cilindros de O'Neill. Las cúpulas en la Luna y Marte. Agua de hielo de un cometa introducida en grandes burbujas, donde la gente flota en el aire.

Liu Zheng dijo suavemente.

—No somos muy buenos en construir sistemas cerrados de soporte vital; es decir, sistemas que no sufren pérdidas mientras funcionan. Tenemos que asumir que en este escenario no será factible ningún suministro proveniente del suelo...

—Porque no habrá ningún jodido suelo —dijo Kenzie. Miró de nuevo a los niños.

Patrick asintió. Tocó su pantalla e insertó cruces rojas al lado de algunas de las categorías de Liu.

—Entonces nada de estaciones espaciales, colonias voladoras. Necesitamos un lugar en el que podamos explotar recursos.

—La Luna está más cerca —dijo Kenzie—. Y yo he estado allí, y sabemos que puede funcionar.

Glemp negó con la cabeza.

—Ha habido estudios de cómo se puede explotar la Luna, sus metales, varios minerales e incluso oxígeno. Pero es un medio muy hostil, catorce días de sol sin filtrar seguidos de catorce días de oscuridad, sin protección de las llamaradas solares y los rayos cósmicos. Lo verdaderamente crucial es que la Luna tiene muy poca agua. El Apolo lo demostró. El agua es el recurso principal para la vida humana. Encuentra agua y habrás solucionado la mayor parte de tus problemas.

Liu respondió:

—Los asteroides y los cometas son una posibilidad. Algunos de ellos son rocosos, otros se componen de agua de hielo y otros son volátiles. Algunos son incluso ricos en compuestos orgánicos. Asimismo, las lunas heladas de Júpiter y Saturno son bolas de agua congelada. Uno no puede aterrizar en un asteroide aunque sí acoplarse a él. La gravedad es muy baja...

Kenzie hizo una mueca.

—Basta ya de historietas de ciencia ficción. Al final, lo único que hicimos en el espacio fue enviar a unos cuantos tipos a la Luna durante unos días. ¿Verdad? Eso y mandarlos a las estaciones espaciales en la órbita de la Tierra que eran reabastecidas desde tierra. Así que vayamos a las opciones obvias, a las misiones que sabemos que podemos cumplir. ¿Qué tiene Marte de malo? Marte tiene agua, ¿no es así? Todas esas sondas achaparradas que envió la NASA encontraron indicios de la existencia de agua.

—Por supuesto —dijo Liu Zheng—. Es probable que haya acuíferos, y con toda certeza, *permafrost*. Podríamos aterrizar cerca de los casquetes polares, donde el agua está en la superficie. Marte tiene otros recursos, como compuestos del carbono; el aire es principalmente dióxido de carbono.

—Marte no es ningún paraíso —le rebatió Glempe—. El aire está demasiado enrarecido como para que uno se aventure fuera sin un traje presurizado. Ni siquiera eso supone una protección significativa contra la radiación ultravioleta: se cree que, en efecto, las capas superiores del suelo son estériles debido a eso.

Kenzie gruñó:

—De acuerdo. Pero comparado con nadar con los asteroides, Marte es algo que puedo entender.

Patrick levantó un dedo.

—Pero nosotros, nuestra tripulación, ¿viviríamos bajo cúpulas? ¿Habría granjas debajo de ellas? ¿Y si se deteriorasen o se derrumbasen? ¿Cuántas necesitaríamos por seguridad? Quiero decir, me imagino que estáis hablando de décadas: siglos: viviendo debajo de esas cúpulas para siempre...

Glempe asintió:

—Una colonia de cúpulas en Marte tendría que tener todo lo necesario para sustentar una civilización humana tecnológica, que implica granjas, sistemas de abastecimiento de agua, reciclado de aire, fábricas, extracción de recursos y plantas de procesamiento. Tendría acceso a recursos del exterior, pero por lo demás sería muy parecido a un hábitat a la deriva en el espacio. Un sistema cerrado y finito, y siempre en peligro de sufrir un fallo complejo y catastrófico. Uno puede imaginarse llevar algo así durante unos años, pero ¿hasta cuando?

Siguieron hablando y cada uno de ellos dio ejemplos de continuidad tecnológica a largo plazo, tal y como los holandeses han administrado la tierra ganada al mar a lo largo de los siglos. Pero Glempe tenía razón, pensó Patrick. Era difícil de imaginar mantener una máquina tan compleja como una estación espacial o una ecosfera de cúpulas durante más de unos cuantos siglos.

Glempe continuó:

—Lo que los humanos necesitamos es espacio. Un mundo como la Tierra, lo suficientemente grande como para que sea realmente infinito en cuanto a recursos. Si

Marte fuera como la Tierra...

—Pero Marte no es como la Tierra —le cortó Kenzie—. Ni siquiera la Tierra será igual dentro de unos años. Así que ¿qué estás diciendo, Jerzy? ¿Que tenemos que hacer que Marte sea como la Tierra?

—La palabra —respondió Jerzy— es «terraformación»: crear un mundo como la Tierra.

Y hablaron sobre eso. Nuevamente había estudios llevados a cabo por la NASA y por diversos pensadores sobre cómo Marte podía transformarse en el hermano pequeño de la Tierra, con un aire lo suficientemente denso como para poder respirar, un océano en la cuenca de Hellas y pinos desafiando las laderas del Monte Olimpo. Enseguida resultó que para construir un mundo así habría que importar la mayor parte de los «volátiles», como dijo Jerzy, de los que Marte carecía ahora mismo. Había formas de conseguirlo, como desviar cometas y hacerlos chocar contra la superficie marciana...

Esta vez fue Patrick el que detuvo el debate.

—Estáis describiendo un programa de ingeniería que abarcaría el sistema solar y llevaría siglos.

—Milenios, probablemente —murmuró Glemp.

Kenzie pegó un puñetazo en la mesa.

—Sería más fácil terraformar la Tierra.

—Y eso —dijo Jerzy Glemp enérgicamente— ya lo han contemplado. Pregunta a los rusos.

Kenzie negó con la cabeza.

—No entremos en eso.

Patrick había oído algo acerca del misterioso comportamiento de los rusos en el espacio. En el verano del año anterior, 2024, el año en el que se abandonó Moscú, había habido una breve oleada de lanzamientos de misiles balísticos intercontinentales desde el corazón de Rusia. Los analistas de inteligencia estadounidenses habían dado la voz de alarma. Algunos analistas creyeron que los rusos simplemente habían tirado sus armas antes de que las alcanzara el agua. Otros habían desarrollado teorías conspirativas más elaboradas y exóticas. Si alguien de la administración estadounidense sabía la verdad, si alguien de esta sala sabía la verdad, no la compartía con Patrick.

Kenzie se echó hacia atrás en el asiento y entrelazó sus carnosos dedos detrás de la cabeza.

—Estamos atascados, ¿verdad? Estamos de acuerdo en que necesitamos una nueva Tierra. Pero no hay nuevas Tierras en el sistema solar. Hemos agotado nuestras opciones.

Liu Zheng dijo pacientemente:

—Hemos agotado Categoría Uno. Nos queda Categoría Dos.

Jerzy Glemp sonrió de oreja a oreja.

—Las estrellas.

Kenzie echó hacia atrás la silla.

—Dios, antes de ponernos con eso necesito un cigarrillo. Lo sé, lo sé. Pero dejé de dejar de fumar después de perder mis primeros mil acres de propiedad frente al mar por la inundación. Eh, Joe, ¿puedes preparar más café?

Cuando hicieron la pausa, Kenzie salió a fumar y los demás se arremolinaron alrededor de la cafetera con café recién hecho.

Patrick se acercó a Liu Zheng, que estaba solo, esperando con educación por el café.

—Estás muy lejos de casa —le dijo Patrick cautelosamente.

—Como muchos de nosotros —respondió Liu con una sonrisa.

—¿Cómo has acabado en Estados Unidos?

—Cuando llegaron las inundaciones, mi familia tuvo que marcharse de nuestra casa de Shangai. Yo tenía veinte años. Vivimos en una colonia de refugiados en la provincia de Zhejiang. Pude dedicarme a mi carrera profesional. Entonces vino la llamada a filas.

—¿La llamada a filas?

—Para la guerra entre rusos e indios por las tierras altas de Asia Central. Yo no quería luchar en un conflicto tan vano y despilfarrador. Mi familia me pagó el viaje a Estados Unidos. Fue una suerte que, gracias a las pruebas de aptitud que se llevaron a cabo en el centro de tramitación, el doctor Glemp se fijara en mí.

—Eres más que un producto, hombre. Más que una serie de aptitudes.

—¿Ah, sí? No somos nada sin tierra, señor Groundwater. Sitio para estar de pie y para tumbarse. Si tiene eso, porque yo no, puede hacer lo que quiera conmigo. Eso es así aquí y en mi país.

—Bueno, quizá. —Pero Patrick sintió cómo una nueva determinación ardía dentro de él: Holle no iba a ser testigo de ese destino—. ¿Tiene mujer? ¿Hijos?

—Mujer —respondió él—. Cuando huí, tuve que dejarla allí. Su familia no la dejaba venir conmigo. Aunque no estoy seguro de que ella quisiera venir de todas formas. Huir es vergonzoso.

—¿En serio? ¿Más vergonzoso que quedarse allí hasta morir ahogado?

—China es diferente, señor Groundwater. Nuestra continuidad cultural se remonta a lo que se conoce en Gran Bretaña como la Edad del Bronce. Nosotros, nuestros ancestros, hemos sobrevivido a muchas calamidades: incendios, inundaciones, pestes, invasiones. Siempre ha perdurado la esencia de China. Muchos no se puede creer que no vaya a ser así esta vez, que la inundación sea el final del recorrido.

—Pero tú crees que lo es.

—Soy ingeniero, no climatólogo. Pero entiendo de ciencia lo suficiente como para creer que sí, que esto es el fin de China y del mundo. Así que aquí estoy.

Kenzie volvió a entrar afanosamente en la sala.

Cuando se acercaban de nuevo a la mesa, Patrick le preguntó a Liu:

—¿Todavía tienes esperanzas de traer a tu esposa aquí algún día?

—Es un sueño. Pero encontrarla, si ha sobrevivido, en el caos de la inundación y traerla aquí... sería más fácil volar a las estrellas, señor Groundwater.

Liu abrió el debate de su «Categoría Dos». Mostró gráficos, tablas y representaciones artísticas de mundos exóticos.

El ingeniero dijo:

—Como muchos otros programas, la búsqueda de planetas se restringió bastante a causa de la inundación; es decir, el uso de telescopios avanzados y de técnicas fotográficas, incluidos los telescopios del espacio, para detectar y estudiar los planetas de otras estrellas. Sin embargo, antes de la inundación se habían encontrado varios cientos de exoplanetas y más desde entonces. Y de estos, varias docenas son como la Tierra. Tienen una masa similar a ella y parecen tener océanos de agua...

—Algunos de ellos también tienen vida —añadió Glemp con una sonrisa—. Lo sabemos gracias a indicaciones atmosféricas: oxígeno, metano. Registros espectroscópicos de sustancias químicas fotosintéticas.

Patrick estaba atónito.

—¿Hemos encontrado vida en otros planetas? No lo sabía.

Kenzie respondió con sequedad.

—Hoy en día las noticias tienden a tratar de asuntos nacionales.

—Qué ironía —dijo Jerzy—. Al fin descubrimos vida más allá de la Tierra justo cuando nos estamos extinguiendo en nuestro propio planeta.

—Estos mundos son similares a la Tierra —dijo Liu— solo en el sentido de que se parecen más a la Tierra que Marte, digamos. Sin embargo...

—Sin embargo —lo interrumpió Kenzie—, si uno de ellos estuviera flotando alrededor de nuestro sistema solar, enviaríamos a nuestros hijos sin dudarlo ni un minuto. ¿Correcto? Entonces, ¿a cuánta distancia están estas cosas?

Jerzy Glemp se encogió de hombros.

—Bueno, ahí está el problema. El sistema estelar más cercano es Alfa Centauri, a cuatro años luz de aquí. Es una distancia difícil de comprender. Son alrededor de cuarenta billones de kilómetros. Cien millones de veces más lejos de lo que la Luna está de la Tierra.

Kenzie rechazó esta opción con un gesto de la mano.

—¿Y el planeta más cercano parecido a la Tierra? ¿A qué distancia está?

Liu dijo:

—El candidato más cercano y razonable está a dieciséis años luz.

—Ah, ¿eso es todo? De acuerdo. Entonces ¿cómo llegamos ahí? Supongo que por lo que hablamos antes acerca de las cúpulas en Marte que no creéis que pudiéramos llevar a cabo una misión espacial, sin apoyo, de más de unos cuantos años. Una

década, como mucho. Así que ese es el periodo de tiempo. ¿No es así? ¿Cómo llegamos entonces a las estrellas en una década? Entiendo que los cohetes de propulsión química, el transbordador espacial y los cohetes Saturno no cuentan. Si al Apolo le llevó tres días volar a la Luna...

Patrick sonrió de oreja a oreja.

—¡Solo tres millones de años a la Tierra II!

—Una alternativa —expuso Glemp— es usar electricidad para lanzar iones, átomos cargados, por la parte de atrás, a modo de propulsión. A mayor velocidad del escape, mejor rendimiento...

Pero Liu enseguida desempolvó un viejo estudio que sugería que incluso un cohete de propulsión iónica necesitaría el equivalente a cien millones de superpetroleros de combustible para llegar a Alfa Centauri en un siglo o menos.

—Un motor nuclear, entonces —continuó Glemp—. En los años sesenta la NASA desarrolló un banco de pruebas con base en tierra de un motor de fisión: hidrógeno calentado al pasar por una pila de fisión nuclear en caliente y expulsado a chorros por la parte de atrás...

NERVA había funcionado. Pero mientras hojeaban los estudios teóricos de los archivos, enseguida vieron que la demanda de combustible que supondría una misión interestelar en los periodos de tiempo que requerían era tremendamente grande. Sí encontraron material útil, como un estudio de la NASA sobre motores nucleares ligeros diseñados para propulsar exploradores no tripulados hacia las lunas de Júpiter, sondas que nunca llegaron a fabricarse; Glemp y Liu marcaron ese material para estudiarlo más tarde.

Glemp dijo:

—Mira, en realidad no es en absoluto necesario ningún combustible para llegar a las estrellas. Se puede usar una vela solar... —Una vela que tiene kilómetros de ancho hecha de una sustancia ligera y elástica que recoge la presión suave y constante de la luz del sol, de los fotones solares que rebotan en una superficie que actúa a modo de espejo—. Con una nave así tardaríamos apenas unos siglos en llegar a las estrellas.

—¡Demasiado tiempo! —dijo Kenzie bruscamente—. Estamos divagando, señores. —Echó atrás su silla y se paseó por la sala. Se detuvo brevemente cerca de los niños, quienes, mientras Harry los filmaba pacientemente, estaban representando el sitio de su fuerte de plástico—. El capitán Kirk nunca tuvo tantos problemas. ¿Dónde está la propulsión con curvatura cuando más la necesitas?

Se rieron todos menos Liu y Patrick se preguntó si era porque nunca había oído hablar de *Star Trek*. Pero el chino dijo:

—Eso sería la solución, por supuesto. Un empuje superlumínico.

—No existe tal cosa —repuso Kenzie.

Jerzy Glemp dijo con firmeza:

—No puede existir tal cosa. Según Einstein, la velocidad de la luz es el límite absoluto de la velocidad dentro del espacio-tiempo del universo.

—Así es —dijo Liu—. Pero el propio espacio-tiempo no es algo fijo. Esa es la esencia de la relatividad general. En los instantes iniciales del universo, el espacio-tiempo sufrió una gran expansión. Durante el intervalo conocido como inflación, esa expansión era en efecto más rápida que la luz.

Patrick se había perdido, pero Jerzy Glemp estaba concentrado.

—¿Qué estás insinuando? ¿Que montemos en una burbuja de espacio-tiempo inflacionista?

—No lo sé —respondió Liu—. Tengo un vago recuerdo de un estudio de hace mucho tiempo... ¿Puedo verificarlo? —Kenzie le dio su permiso con un gesto de la mano y Liu comenzó a desplazarse por pantallas repletas de referencias y citas.

Kenzie dijo:

—Sabéis, puede que necesitemos apartarnos del meollo del asunto por un momento. Después de todo, estamos hablando de empezar un programa espacial aquí en Colorado. Sea cual sea la forma en la que viajemos a las estrellas, para empezar vamos a necesitar instalaciones de lanzamiento para entrar en órbita: torres de lanzamiento, fosos, fábricas de oxígeno líquido, sistema de comunicaciones, un centro de control, otro Cabo Cañaveral. Jerzy, tenemos que encontrar ingenieros aeroespaciales y astronautas para que formen a nuestra gente. Tiene que haber alguno por ahí.

—Cabo Cañaveral lleva tiempo anegado —les informó Patrick—. Se fue a pique junto con Florida. Había otras instalaciones.

—En Vandenberg —apuntó Kenzie—. Estaban bajo el control de las Fuerzas Aéreas. Deben de haberse inundado también, pero puede que hace poco. Si tenemos que salvar uno de los dos sitios, puede que Vandenberg sea la mejor opción.

—Pero eso es un compromiso enorme —dijo Patrick—. ¡Todo un programa espacial entero! En un momento de crisis como este, ¿cómo podéis esperar que el Gobierno os respalde?

Kenzie sonrió.

—Siempre nos queda la defensa nacional. Mira, uno de los efectos de la inundación ha sido dejar fuera de combate nuestra capacidad bélica nacional. Hemos estado sacando misiles balísticos intercontinentales con cabeza nuclear de nuestros silos anegados de Kansas. Pero la infraestructura básica había sido dañada también. El NORAD en Cheyenne Mountain sigue en funcionamiento, y no está lejos de aquí. Pero lo único que hacía Cheyenne era reunir datos y pasar avisos a Raven Rock en la frontera entre Pennsylvania y Maryland, un búnker subterráneo que sirve como centro de control del Pentágono, que también hemos perdido. Mientras tanto nuestros

satélites se van degradando uno a uno. Incluso nuestros sistemas de radares de defensa están fallando, ahora que las bases de Gran Bretaña y Canadá están anegadas. Y se oyen sonidos de guerra provenientes de China, Rusia e India. ¿Y si estos tíos deciden que necesitan un poco de *Lebensraum*<sup>[2]</sup> aquí en los Estados Unidos de América? ¿Qué vamos a hacer al respecto? Creo que podemos convencer al Gobierno federal de la necesidad de unas instalaciones de lanzamiento espacial, aquí en las tierras altas, y tener así los medios para lanzar satélites espía y para tomar represalias en caso de que alguien nos atacara.

—¿No es un poco cínico?

Kenzie simplemente sonrió.

—El programa espacial siempre ha sido la consecuencia lógica de los programas militares. Los primeros astronautas se lanzaron con verdaderos misiles balísticos intercontinentales para entrar en órbita alrededor de la Tierra. Y de todas formas, ¿no es por una buena causa? Joe, escribe una nota. Empezar a trabajar para conseguir una cita con la presidenta en cuanto tengamos una lista de la compra razonable...

Liu habló bajito:

—La tengo.

Leyó:

—«La propulsión por curvatura: viaje superlumínico dentro de la relatividad general». Un artículo de 1994. No soy experto en relatividad, pero reconozco la solidez de la idea. Solo es un concepto teórico, pero hay varias citas...

Jerzy rápidamente sacó una copia del artículo y lo leyó por encima.

—Dios mío, Liu. Surcar el espacio-tiempo a velocidades superlumínicas. Eso es.

—No hay ninguna información de ingeniería. Y las necesidades energéticas son abrumadoras...

—Pero tenemos el concepto. —Jerzy sonrió a Kenzie—. Tenemos que ponernos manos a la obra.

Kenzie miró primero a uno y después a otro con la boca abierta.

—Si no me estáis tomando el pelo, de acuerdo. Decidme qué es lo primero que necesitáis.

Jerzy lo pensó un momento.

—Matemáticos. Físicos. Informáticos. Cualquiera que haya tenido contacto con estudios precedentes, como el Programa para la Innovación en la Física de Propulsión de la NASA en los años noventa. Y, por cierto, si vamos a planificar en serio un vuelo espacial de larga duración necesitaremos expertos en soportes vitales, biólogos, médicos, sociólogos, antropólogos.

—También un traje de inteligencia artificial —añadió Liu—, equipado con

herramientas para la manipulación simbólica.

—¿Un qué?

—Construiremos una burbuja de deformación. Será una métrica de diseño. —  
Dibujó una burbuja con sus manos—. Un trozo de espacio-tiempo, moldeado según  
nuestras necesidades. Para diseñar algo así necesitaríamos un sistema informático que  
pudiera resolver las ecuaciones de la relatividad de Einstein.

—Haz una lista.

Patrick, que se sentía de nuevo perdido, negó con la cabeza.

—¿Estáis hablando en serio? ¿De verdad que vamos a intentar construir un  
sistema de propulsión por curvatura?

Jerzy se encogió de hombros.

—Comparada con la terraformación de un planeta o con intentar un vuelo  
espacial que durara siglos o incluso miles de años, esta es una opción relativamente  
fácil.

—De acuerdo. Entonces tenemos algo en lo que trabajar. ¡Se levanta la sesión! —  
Kenzie estampó la palma de la mano en la mesa y brindó con café frío—. Por el *Arca  
Uno*, nacida hoy. Eh, Joe, apunta la fecha y la hora.

Cuando se terminó la reunión, Patrick fue a buscar a Holle. Los niños estaban viendo  
lo que habían grabado en el ordenador de Holle. El profesor, Harry, estaba abrazando  
a Zane; se apartó con una sonrisa cuando Patrick se acercó.

Holle corrió hacia su padre y lo abrazó a la altura de las piernas.

—¡Papá! ¿Has visto lo que hemos hecho?

—¿El fuerte y todo eso? Algo. Estábamos ocupados. Pero me lo puedes enseñar  
más tarde.

Ella lo miró seria con su cara redonda.

—¿Y tú no has tenido una buena mañana, papá?

Era una pregunta que Linda siempre le hacía. Él le despeinó el pelo y dijo:

—Sí, creo que sí. Espero que sí. Hubo un momento en el que nos quedamos un  
poco atascados. Sabes lo que siempre digo, cariño. Si la respuesta no es la que  
quieres, quizá estés haciendo la pregunta equivocada. Creo que al final puede que  
hiciéramos la pregunta correcta.

—Eso está bien. ¿Es hora de comer?

—Sí, es hora de comer. Salgamos de aquí.

Enero de 2031

Holle llegaba tarde en su primera mañana en la academia, al comienzo del nuevo trimestre.

Había querido atajar por City Park de camino a la academia que habían instalado en el antiguo museo de Ciencias Naturales en la parte este del parque. Pero el parque se había transformado en una mezcla entre granja y campo de refugiados, y por la noche había habido problemas cuando unos desplazados que estaban en mitad de la tramitación habían protestado porque los obligaban a trabajar en los cultivos de biocombustible. Su padre siempre decía que era estúpido hacer que las madres con bebés hambrientos trabajaran en cualquier cosa que no fuera cultivos para la alimentación. Así que esta mañana todo el parque estaba cerrado y Holle, de once años y estando sola, tuvo que bordearlo en dirección sur por la avenida Diecisiete, pasando a toda prisa al lado de cordones de la policía de Denver y del Departamento de Seguridad Nacional, con sus consejeros de la Oficina de Gestión de Emergencias y las agencias de asistencia social a los sin techo y a los desplazados.

No fue un paseo agradable. Había estado nevando, no tanto como era normal en enero según los residentes que llevaban más tiempo allí, pero lo suficiente como para dejar una capa en los campos y aguanieve en las alcantarillas que ella intentaba evitar. Y el aire estaba viciado. Mantenía la boca cerrada para que no le entraran el humo y el gas lacrimógeno. Qué irónico. Su padre le había dicho que el aire era más limpio de lo que había sido cuando tenía la edad de Holle, a pesar de la inyección global de productos volcánicos. Pero no aquella mañana. Algunos días, todo se juntaba y hacía la vida más difícil.

Denver no era tan divertido como les había parecido cuando llegaron por primera vez hacía seis años. Día a día iba adquiriendo un aspecto más pobre y estaba atestada de desplazados y todo lo que ellos traían, incluidas enfermedades como la tuberculosis, ahora que la capacidad para fabricar antibióticos iba mermando. La ciudad estaba cambiando, en previsión de un futuro más duro. Se ampliaron los muros de contención y los desagües. Donde era posible, se rompía el pavimento para dejar al descubierto el suelo de tierra y dedicarlo a la cosecha y, lo que era aún más importante, para que absorbiera el agua de la inundación. Mientras tanto, en el último año se había alcanzado el récord de tornados en la ciudad, otra consecuencia del calentamiento global causado por la inundación. Las grandes sirenas del centro de Denver habían sonado una y otra vez de forma espeluznante y los edificios habían acabado destrozados y sin cristales, casi inhabitables. Incluso cuando salías de la

ciudad, de la misma manera que su padre a veces la llevaba al monte más allá de la dispersión urbana de Denver, no podías escapar. No veías más que desplazados procedentes de los anegados estados del este que se asentaban donde podían. Cuando no les ofrecían refugio, construían cabañas con ladrillos de tepe, como habían hecho los pioneros ciento cincuenta años atrás y empezaban a plantar patatas y a criar cerdos.

A veces echaba de menos la urbanización de Nueva York donde había vivido cuando era pequeña, con sus limpios apartamentos y piscina y el alto muro encalado que excluía al resto del mundo. Y no había ni inundaciones ni tornados ni desplazados a la vista.

Sintió alivio cuando llegó al bulevar de Colorado y atajó hacia el museo. Aunque ajado por los años, el edificio era un gran bloque de ladrillo y cristal ubicado en una pequeña colina que al oeste daba al parque, hacia el centro de la ciudad, y más allá, a las montañas Rocosas. Desde aquí el parque parecía un pueblo medieval, lleno de minifundios y casuchas, y humo que salía de las hogueras hechas con excrementos, pero el museo de la colina estaba fortificado.

Tuvo que enseñar su pase de candidata y someterse a tres inspecciones biométricas antes de que le permitieran dirigirse a la entrada principal. Cuando llegó al edificio, todo el mundo estaba ya dentro. Todo el mundo menos Zane Glemp, que la esperaba en la puerta.

—Lo siento —se disculpó ella, sin aliento.

—No es a mí a quien tienes que pedirle disculpas. Vamos.

La llevó adentro, a través del eco del vestíbulo y hacia las escaleras situadas detrás de la tienda del museo que estaba cerrada. Era un luminoso espacio abierto de techos altos y en lo alto todavía se veían los polvorientos esqueletos de dinosaurios marinos del desaparecido mar de Colorado en el periodo cretácico.

Sintió un cariño repentino por Zane. Era un chico delgado y con diez años era un año más joven que ella. Pero tenía la inteligencia de su padre y había entrado en la academia dos trimestres enteros por delante de ella. Esta mañana era la primera y él le había prometido que le enseñaría el lugar, y estaba cumpliendo su promesa incluso a riesgo de llegar él también tarde.

—Gracias por esperarme.

—Ya estaba aquí. —Eso era cierto; tenía su propia habitación en la academia que utilizaba cuando su padre estaba fuera.

—No fue culpa mía que llegara tarde. Hubo una revuelta en el parque y...

—Ahórratelo. Aquí no aceptan disculpas.

—Bien dicho, señor Glemp. —Junto al ascensor, Harry Smith empujaba un carrito lleno de libros. Se acercó a ellos y cruzó los brazos—. Llegas tarde tu primer

día. ¿Groundwater? No es un buen comienzo.

Estaba siendo estricto como un profesor, nada más, y eso le dio a Holle cierta seguridad ya que intentaba orientarse. Pero estaba demasiado cerca de ellos y había algo en él que siempre había hecho que se sintiera incómoda.

—No volverá a pasar.

Él asintió.

—Buena respuesta.

—Aquí tengo mi tarea.

Sacó su ordenador de bolsillo de la bolsa e intentó enseñarle su estudio del desastre ecológico que estaba teniendo lugar en las montañas Rocosas; de cómo la línea de los árboles ya había ascendido tanto que las antiguas regiones de bosque de montaña y monte, con el pino ponderosa y el cactus, se estaban marchitando y ecozonas completas estaban desapareciendo.

Pero con un esto de la mano Harry desestimó su comentario.

—Los dos habéis llegado tarde a la clase del doctor Zheng, ¿no es así? Examen sorpresa.

Zane estaba inquieto y cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro.

—¿No podemos irnos a clase? Un examen sorpresa hará que lleguemos más tarde todavía.

—Entonces tendréis que compensarlo con más trabajo, ¿verdad? Bueno. Durante la noche el comité ejecutivo del Arca anunció que finalmente han decidido dónde ubicarán el centro de lanzamiento espacial: en Gunnison, Colorado. ¿Por qué ahí?

Holle miró a Zane.

—No sabía lo de Gunnison. He oído las noticias, pero no estaban en el boletín que vi...

Harry dijo:

—Por supuesto que no. Conoces tan bien como yo el secretismo que rodea el proyecto. No se puede mantener un centro espacial en secreto y darán un comunicado oficial hoy. Pero vuestros padres están metidos en el proyecto. Vosotros dos también. Deberíais saber todo lo que saben ellos. —Metió la mano en la pila de libros del carrito, encontró un atlas y se lo lanzó a Holle; era un volumen grande, pesado y de antes de la inundación y le costó agarrarlo—. ¿Por qué Gunnison? Os daré cinco minutos. Si no, otra pregunta.

Y se fue, tirando de su carrito.

Los dos se arrodillaron en el suelo, abrieron el atlas y buscaron el mapa que necesitaban.

—Qué gilipollas —murmuró Holle.

—Es nuestro tutor pastoral —dijo Zane—, él se encarga de nuestro desarrollo personal, mientras que los profesores... he, mira, aquí está. Colorado.

Le echaron un vistazo al mapa: una mancha amarilla y verde veteada de carreteras marcadas en naranja y azul. Denver aparecía como un nudo de comunicación donde se cruzaban las principales carreteras. El mapa era de antes de la inundación, pero la costa del gran mar interior que había anegado los estados del este, y que ahora era una línea que iba de los estados de Dakota del Norte y Dakota del Sur hasta el golfo de México, estaba todavía demasiado al este como para haber aparecido en este mapa.

Zane la miró dubitativo.

—Entonces ¿por qué construir un centro espacial en Colorado?

—El Gobierno querrá que esté cerca de Denver para asegurarse de que es seguro. —Su padre hablaba de esto con ella. Mientras el agua iba anegando poco a poco lo que quedaba de tierra, se cortaban más carretera y vías de ferrocarril, y más gente se unía a la muchedumbre sin hogar que iba de un lado a otro de las tierras altas. El control político del Gobierno se iba debilitando. En los boletines informativos se palpaba la creciente tensión que había respecto a un potencial estado separatista mormón en Utah; incluso se hablaba de guerra—. En algún lugar de Colorado. Pero ¿dónde?

—Lo suficientemente alto como para que no se inunde antes de 2040.

—Pero eso todavía deja muchas opciones.

Pensó en la ubicación de Cabo Cañaveral, en la costa atlántica, en el litoral oriental de Estados Unidos. ¿Por qué allí? Por motivos de seguridad, recordaba ella. Los cohetes siempre se lanzaban hacia el este para aprovechar el empuje del movimiento de rotación de la Tierra. Realizar los lanzamientos desde Cabo Cañaveral implicaba que cualquier fallo acabaría con un cohete, que iba en dirección este, cayendo sin causar ningún daño en el mar. Ahora se estaba aplicando el mismo principio.

—Mira —dijo ella y puso un dedo en el mapa—: Gunnison. A dos mil trescientos metros sobre el nivel del antiguo mar. En 2040 estará cerca de la costa este de la tierra que no esté inundada. Un lugar seguro para hacer lanzamientos hacia el este. ¿Qué más? Sacó el ordenador de bolsillo de su bolsa y rápidamente empezó a hacerle preguntas.

—El pueblo se encuentra en el fondo de un valle en el que hay mucho terreno llano. Hay un aeropuerto cerca, así que tenemos sistema de transporte, y este embalse, Blue Mesa, puede abastecernos de agua. Y es un pueblo universitario, así que ya tenemos a los trabajadores...

Harry Smith se acercó a ellos.

—En realidad solo os ha llevado cuatro minutos. Sí, es por eso por lo que Gunnison, Colorado, va a ser el lugar en el que se construya el último y puede que definitivo centro de lanzamiento espacial. Hace veinte años uno no lo habría creído.

Buena deducción, señorita Groundwater. De acuerdo, os podéis ir.

Se pusieron de pie, le devolvieron el atlas y subieron corriendo las escaleras.

—Y señorita Groundwater... no llegue tarde de nuevo. La próxima vez puede que encuentre a otra persona sentada en su sitio...

Cuando llegaron a clase, en la parte de atrás de una sala grande y vacía en la que ponía «Edge of the Wild» en el segundo piso del museo, Liu Zheng estaba en pleno discurso. De pie delante de una pizarra interactiva en la que rápidamente introducía y borraba gráficos, hablaba mientras pasaban ecuaciones comentadas. «La esencia de una burbuja de Alcubierre es simple», decía él. «Conceptualmente, por lo menos. Tenemos una región aislada de espacio-tiempo». Esta estaba marcada como un círculo rojo encima de sus diagramas bidimensionales, pero formó una esfera con las manos cerradas. «La nave espacial está en esta zona de aquí...».

Mientras hablaba, una docena de niños, todos ellos de la edad de Holle, sentados frente a unas mesas delante de él, trabajaban con sus ordenadores de bolsillo y portátiles murmurando y susurrando en grupos de dos y de tres. Zane llevó a Holle a una mesa vacía. Cuando pasó por su lado, los estudiantes la miraron con indiferencia y apartaron la mirada.

Holle reconoció a unos cuantos niños, incluida Kelly Kenzie, amiga o quizá rival desde que eran pequeñas. Kelly estaba enfrascada en una intensa conversación con un pelirrojo que parecía algo mayor que ella. Estaban Cora Robles y Susan Frasier trabajando en grupo: dos niñas inteligentes y guapas juntas. Y Thomas Windrup y Elle Strekalov sentados tan cerca que parecían siameses, como habían hecho desde primaria. Elle era más guapa que Thomas y la clase no sabía por qué seguían juntos. Había mucho ruido y los que eran más ruidosos eran Joe Antoniadi y Mike Wetherbee. Joe, un niño italoestadounidense cuya familia había escapado de Nueva York, era agradable, simpático e impresionable. Mientras Zheng hablaba, Mike estaba contando chistes con su acento australiano cerrado y haciendo reír a Joe. La familia de Mike eran refugiados de un país abandonado casi en su totalidad.

Llegaron a su mesa. Zane tenía un portátil y Holle sacó su ordenador de bolsillo de la bolsa.

Si los alumnos habían mostrado indiferencia al ver a Holle, Liu Zheng ni siquiera reparó en su presencia. Él simplemente seguía hablando.

—Entonces ¿cómo volamos a las estrellas? Bueno, manipulando la métrica del espacio-tiempo. Haciendo que el espacio-tiempo se expanda detrás de ti, imitando así las condiciones inflacionistas del universo primigenio. Y haciendo que el espacio-tiempo se pliegue delante de ti, imitando así un agujero negro, digamos. De este modo, vuestra burbuja del espacio-tiempo va hacia atrás y hacia delante, y se ve empujada a través de la variedad. Os estáis deslizando por una ola propagada en el espacio-tiempo.

—¡Como en el surf!

—Sí, señor Meisel. Aunque nunca he hecho surf.

A Holle le pareció que lo entendía. La nave espacial estaría dentro del espacio-tiempo como un insecto de juguete dentro de un bloque de cristal. No se transportaría la nave en sí, sino un trozo entero del espacio-tiempo que la rodea.

—Esto es la esencia de la burbuja de deformación. El espacio-tiempo transportado deberá ser lo suficientemente grande como para mantenernos alejados de las zonas de mayor curvatura asociadas a la burbuja misma, que se presentan, por supuesto, en forma de campos de gravedad. Pero ¿y qué hay de viajar más rápido que la luz? Einstein nos dice que es imposible moverse más rápido que la velocidad de la luz dentro del marco de referencia local. —Puso mucho énfasis en lo último—. El truco está en llevar esos marcos de referencia contigo. No es la nave la que viaja con relación a la burbuja espacio-tiempo que la rodea. Es la burbuja la que se propaga a varios múltiplos de la velocidad de la luz, tal y como se espera. No eres tú el que viaja más rápido que la luz, porque llevas la luz contigo...

Zane ya estaba trabajando, hojeando notas en su portátil. Holle estaba descargando el contenido de la pizarra en su ordenador de bolsillo, y escribía notas al lado de los diagramas y las ecuaciones de Liu. A su alrededor los estudiantes charlaban, discutían, bromeaban y se desplazaban por lo que parecían ser trabajos totalmente dispares. Este no era el ambiente tranquilo y estudioso al que se había acostumbrado en las escuelas de primaria de Denver.

—La burbuja como método de desplazamiento posee algunas propiedades paradójicas. Como la nave permanece inmóvil con relación a los marcos de referencia local, no se muestra ninguno de los efectos que asociamos con la relatividad espacial: no hay dilatación del tiempo, no hay contracción de Lorentz-Fitzgerald. A bordo, los relojes permanecen sincronizados con aquellos del punto de partida y con los de destino. Y no habrá efectos de inercia.

—¿Qué significa eso? —susurró Holle.

—Que no sentirías la aceleración —respondió Zane—. La nave no se mueve con relación al espacio-tiempo en el que está metida. Así que no te espachurrarías contra la pared trasera de la cabina cuando activas la propulsión por curvatura.

—Sin embargo, está el tema del control, porque corres el riesgo de dejar atrás cualquier señal transmitida para controlar tu propia burbuja. Por lo tanto, nos parece probable que en cualquier misión pilotada se cargarán los parámetros de formación, propagación, disipación, etcétera de la burbuja desde una estación remota antes del lanzamiento; las personas que se encuentren en la nave dentro de la burbuja serán esencialmente pasajeros.

Joe y Mike rompieron a reír por algún chiste que solo ellos entendían.

Holle se inclinó hacia Zane.

—¿Es siempre así?

—¿Así cómo?

—Así de ruidoso. Todo el mundo está haciendo el tonto.

Él se encogió de hombros.

—No hay normas. Ellos simplemente ponen el material delante de ti y esperan que hagas lo que puedas con ello.

—Y si no lo aguantas —le dijo el chico que estaba al lado de Kelly con la espalda girada—, vuelve a las escuelas para niñitos y juega con los bloques de plástico. Siempre habrá alguien que quiera ocupar tu lugar. —Sonrió de oreja a oreja—. Don Meisel. ¿Quién demonios eres tú?

Holle sintió cómo se ponía colorada mientras le decía cómo se llamaba. Kelly, un año mayor que Holle, se estaba convirtiendo en una chica rubia, alta y segura de sí misma; no era una belleza pero sí una líder. Y este chico, Don, a quien Holle no conocía, parecía también mayor. Tenía los ojos azules y era pelirrojo, y su color de pelo era más fuerte que el rubio rojizo de Holle. Parecía seguro de sí mismo, vivaz, audaz.

—¿Tu primer día? —preguntó Don.

—Sí —respondió Holle—. Es genial.

—Pues sí. ¿Acento británico?

—Escocés, yo...

—¿Vas a poder con la relatividad?

Su padre la había revisado con ella.

—Claro.

—La relatividad espacial es trivial —dijo Kelly—. Nada más que el teorema de Pitágoras. ¿Cómo vas con tus símbolos de Christoffel?

—¿Mis qué?

Kelly y Don simplemente se rieron y se dieron la vuelta.

Zane le dijo:

—Se están metiendo contigo. Se refieren al cálculo tensorial. Las matemáticas de la relatividad general. Que es lo que necesitas para describir cómo el espacio-tiempo se curva alrededor de una burbuja de deformación...

Le mostró algunas de las ecuaciones de Liu. Ella reconoció las derivadas, pero algunos de los símbolos estaban llenos de superíndices y subíndices.

—Eso es un tensor —le explicó Zane—. Una especie de generalización multidimensional de un vector, que es una cantidad con magnitud y dirección...

—Tengo once años —dijo ella—. Mi padre me ha hecho empollar desde los seis, cuando se involucró en el *Arca Uno*. Pero ¿cómo voy yo a saber nada sobre tensi...?

—¿Tensores? —Él se encogió de hombros—. Liu en realidad es buen profesor, aunque nunca nos mire a los ojos. Y si no aprendes...

—Me echarán. Lo sé.

—Te ayudaré.

—Gracias —dijo ella sinceramente—. ¿Y qué les pasa a esos dos? A Kelly y a Don. ¿Están saliendo?

Zane solo parpadeó. No respondió. Esa no era la clase de cosas a las que Zane prestaba atención.

Holle le dijo:

—Kelly siempre era la que mandaba en primaria. Puede que se animen mutuamente.

—O que se estrellen y ardan juntos.

La clase seguía siendo igual de complicada.

—Después de cinco años de estudio intensivo, ahora entendemos cómo se podría crear una burbuja de deformación —estaba diciendo Liu Zheng. Llenó su pizarra con nuevos diagramas, que mostraban hiperboloides y cilindros—. La expansión o contracción del espacio-tiempo localmente reflejan un cambio en la constante cosmológica de Einstein denotado por  $\omega$ , que, como sabéis, describe la energía del vacío, que es como un campo antigravitatorio que penetra en el espacio-tiempo en el motor de la expansión universal.

»Ahora, creemos que en nuestro universo tiene una pequeña extensión de dimensiones superiores; es decir, superiores a las tres espaciales y a la temporal que nosotros experimentamos. Pero esas dimensiones adicionales son pequeñas. Nuestro universo es como una manguera enrollada alrededor de las dimensiones adicionales. La constante cosmológica es inversamente proporcional a la cuarta potencia del radio característico de esa manguera. Inversamente. Así que cuanto más pequeño es el radio de esa manguera, mayor es la constante y más grande el efecto expansivo. Por lo tanto, si puedes cambiar ese radio localmente, puedes ajustar la constante cosmológica y, de este modo, controlar la expansión del espacio-tiempo como quieras. Para crear una burbuja espacio-tiempo, aprietas la manguera.

»Pero ¿cómo apretar esa manguera? Aparentemente habría que abandonar el plano tridimensional del propio universo...

Y de nuevo cambió de tema y empezó a hablar de la teoría de cuerdas, en la que se hablaba de un espacio lleno no de partículas con forma de punto, sino de cuerdas, diminutos filamentos cuyas características vibraciones determinaban las propiedades de las partículas que definían, como la carga y la masa. Holle había oído hablar de estas ideas. Era como si todo el universo fuera una sinfonía interpretada por diminutos violines.

Pero Liu había dicho que las cuerdas podían interactuar con esas adicionales dimensiones enrolladas del espacio-tiempo. En concreto, las cuerdas podían envolver

las dimensiones adicionales, como telarañas alrededor de la manguera. Para empezar, así era como las dimensiones permanecían compactadas. Y eso significaba...

—Podemos exprimir la manguera —dijo de repente Holle, dando rienda suelta a su imaginación.

Liu se giró hacia ella.

—¿Y cómo haría eso, señorita Groundwater?

—Con un aceler... —Se quedó atascada en la palabra.

—¿Con un acelerador de partículas?

—Sí. Con un acelerador estás manipulando la materia a niveles muy pequeños. Podemos tirar de las cuerdas diminutas.

Todo el mundo estaba mirándola fijamente. Don y Kelly se dieron la vuelta: Don con regocijo y Kelly con algo más parecido al resentimiento.

—Lo siento —se disculpó Holle—, estaba pensando en voz alta.

—No lo sientas —le dijo Liu—. Más o menos es así; eso es lo que estamos planeando. Vamos a instalar un colisionador de hadrones fuera de la ciudad, para lo que usaremos componentes de los restos de otros aceleradores de Estados Unidos y de extranjero. Aunque pasarán todavía unos años antes de hacer siquiera una prueba en tierra; la energía que necesitamos es descomunal...

Señaló la pizarra.

—¿Y puedes ver cómo se expresa ese concepto básico en mis ecuaciones?

—No —respondió ella con franqueza.

Kelly se rió.

—Lógico.

Pero Liu permaneció impasible.

—No pasa nada. Lo que importa es la intuición. Pero aunque tengamos un diseño conceptual para la creación de la burbuja, tenemos un problema fundamental. La cantidad de energía que se necesita es literalmente astronómica. Una burbuja así es un artefacto de espacio-tiempo curvo análogo, en cierto modo, a un agujero negro. Ahora, supongamos que construimos una burbuja de cien metros de radio. Sería lo suficientemente grande como para albergar una nave espacial de un tamaño respetable, ¿no es así? Dadme un cálculo aproximado del orden de magnitud de la masa-energía requerida.

Los estudiantes se apiñaron delante de sus ordenadores. Kelly murmuró:

—El radio de un agujero negro es dos veces la masa multiplicado por la constante de gravitación dividido por la velocidad de la luz al cuadrado...

—Diez elevado a veintinueve kilos —dijo Venus Jennings en voz alta. Era una niña negra cuya familia había llegado de Utah huyendo de la creciente revuelta de los mormones. Por lo que Holle veía, lo había calculado de cabeza. Y mientras trabajaba leía un amarillento libro de bolsillo que tenía debajo de su pupitre, una novela de

ciencia ficción con un título llamativo.

—Dímelo en cristiano —le replicó Liu—. ¿Qué significa ese número?

Kelly dijo:

—Una décima parte de la masa del Sol. Habría que transformar una décima parte de la masa del Sol en energía para poder construir una burbuja de ese tamaño.

—No es que sea especialmente práctico —dijo Liu—. Y ese es nuestro problema fundamental, después de años estudiando este concepto. Simplemente no tenemos los recursos energéticos para construir una burbuja del tamaño que necesitamos.

Dibujó una cruz roja grande sobre las ecuaciones y diagramas de la pizarra.

De nuevo Holle se vio pensando en alto.

—Si la respuesta no es la que quieres, quizá estás haciendo la pregunta equivocada.

Liu se giró hacia ella de nuevo.

—Lo siento —dijo la chica—. Es algo que siempre decía mi padre.

—Entonces ¿cuál es la pregunta correcta?

Zane dijo en voz baja:

—Quizá: ¿de qué tamaño podemos crear la burbuja?

Liu pensó en ello.

—De acuerdo. Hablemos entonces de eso. ¿Qué es lo más energético que el ser humano puede controlar?

—Las bombas nucleares —respondió Thomas Windrup—. Bueno, en realidad, las termonucleares.

—Correcto —dijo Liu—. ¿Y la explosión más grande fue?

Eso hizo que se dirigieran rápidamente a sus ordenadores y susurraran a sus motores de búsqueda.

Fue Susan Frasier quien dio con la respuesta.

—El treinta de octubre de 1961. Una prueba nuclear rusa. Cincuenta y seis megatonnes detonados en Nueva Zembla. —Sonrió, siempre amable, siempre buscando la aprobación de los demás.

—Muy bien. ¿Y si esa masa-energía se aplicara a crear un agujero negro?

Les llevó un momento averiguar cómo convertir la energía medida en un tonelaje equivalente de TNT a julios. Esta vez Kelly se aseguró de ser la primera en decir la respuesta.

—Su radio sería de diez elevado a menos veintisiete metros.

Liu dijo:

—Dímelo en...

—Cristiano —terminó Don—. Bueno, están ocho órdenes de magnitud por encima de la longitud de Planck, que es la mínima. ¡Pero es solo una milésima parte del radio de un neutrino de un megaelectronvoltio! No podemos meter un neutrino

dentro, ¡y mucho menos una nave espacial!

Se oyeron algunas risas y Zane se puso colorado.

Pero Liu permaneció en silencio, con una mirada que parecía como si estuviera persiguiendo un pensamiento inaprensible.

—Se terminó la clase.

Y de repente salió del aula.

Refunfuñando, los alumnos empezaron a guardar sus cosas. Don le dijo a Holle:

—Mira lo que has hecho. Liu se comporta así cuando le dan una idea. Esperemos que sea buena o te arrancará la cabeza por hacerle perder el tiempo. Vamos. Te enseñaré dónde puedes comprarte un refresco.

Holle sintió alivio cuando llegó a casa esa noche, el apartamento que su padre había alquilado en el mismo bloque que el Tattered Cover Book Store, una tienda de segunda mano que seguía siendo uno de los negocios más prósperos de Denver ya que nadie imprimía libros. Dejó su bolsa en la entrada, cogió un vaso de agua y se fue al gran salón, donde el televisor de pared mostraba las últimas noticias en el canal Rocky Mountain News.

Patrick no la oyó entrar. Estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en el sofá, una mano sobre un cojín y en la otra una copa de licor de maíz. Se había desabrochado el cuello de la camisa y se había quitado los zapatos; llevaba calcetines negros y tenía las piernas cruzadas.

Holle vio cuando miró la gran multipantalla que las noticias eran en general horribles. En Denver, la policía se estaba preparando par otra noche de disturbios en City Park por parte de los agricultores itinerantes. Además, se intercambiaban notas diplomáticas con Utah; los líderes mormones de Salt Lake City se negaban ahora a pagar los impuestos federales. La presidenta Vásquez iba a realizar un comunicado al respecto. El agua del mar estaba subiendo por el valle del Tennessee desde Alabama y provocando otra evacuación, produciendo más imágenes de gente empapada y apiñada que marchaba pesadamente por carreteras salpicadas de agua de lluvia. El Gobierno estaba considerando enviar tropas a las Friedmangurys, las problemáticas nuevas ciudades de las Grandes Llanuras, donde sus residentes protestaban contra la explotación llevada a cabo por los ricos que habían acaparado la tierra y de entrada habían financiado la mayor parte de la explotación. Holle sabía que su padre tenía algo que ver con eso. Los satélites espía que habían sobrevivido informaron de lo que parecían ser detonaciones nucleares en el Tíbet, causa de los roces que había entre India, China y Rusia.

Mientras tanto, había más tsunamis, terremotos y volcanes a medida que la Tierra temblaba bajo el peso (cada vez mayor) del agua que se extendía por los continentes. Se informaba de esto por encima de un mapa resumen que mostraba que aproximadamente un cuarenta por ciento de la tierra que había antes de la inundación se había perdido y que había unos cuatro mil millones de desplazados.

Holle odiaba las noticias. Todo el horror, la miseria y los conflictos se extendían alrededor de la burbuja de protección en la que había crecido, un lugar que empezaba a apreciar como muy especial. Y aunque a veces salieran científicos a decir que la inundación podría llegar pronto a su fin, que el agua se retiraría, nunca parecían tener muchos datos en los que basarse y su padre nunca respondía a las ligeras esperanzas

que creaban.

—Papá, ¿podemos poner *Friends*?

Patrick se sobresaltó. No sabía que Holle estaba allí.

—Ah, hola, cariño.

El hombre cambió de repente a una conferencia multipantalla; Holle reconoció a Edward Kenzie y a un bronceado Nathan Lammockson, y otro. Sus profundas voces resonaron. Su padre levantó el brazo para hacerle sitio. Ella se sentó en la alfombra y se acurrucó a su lado. Patrick tenía calor, estaba cansado y sudaba. Su olor era inmensamente tranquilizador.

—Lo siento —le dijo—. Supongo que he hecho novillos. Tendría que estar en esta conferencia. *Friends* puede que más tarde. Bueno, lo ponen a todas horas.

Holle había crecido con los programas anteriores a la inundación. Eran reconfortantes, y tenían lugar en un mundo tan irreal para ella como cualquier cuento de hadas.

—¿De qué va la conferencia?

—Están llevando a cabo un reconocimiento del cielo en un observatorio de Chile. En un lugar llamado La Silla, a gran altura. En Sudamérica, ¿sabes? Solía pertenecer a los europeos, pero ahora Nathan Lammockson, que está en Perú, lo financia por nosotros. No es que sepa qué estamos haciendo en concreto ahí arriba.

—Buscar planetas, supongo.

—Bueno, esa es la idea. Algún lugar al que ir con el arca. Y una vez que el nuevo centro espacial esté listo y en funcionamiento, tenemos planeado llevar a cabo una misión con parasol estelar.

—¿Con qué?

—No estoy seguro de entenderlo, pero es interesante. Se envía una lámina gigante que gira para lograr una estabilidad. Parece una flor con pétalos. Después, a miles de kilómetros, tenemos un telescopio convencional; nosotros vamos a usar el Hubble. Se supone que el parasol bloquea la luz de la estrella para permitir que el telescopio vea si hay planetas. Así podremos obtener imágenes de continentes en un planeta parecido a la Tierra, incluso a treinta o cuarenta años luz. Es una idea que fue defendida hace años por un astrónomo de la Universidad de Colorado en Boulder, que es como pudimos sacarla a la luz.

—¿Y esta es tu idea de tomarte un descanso? ¿Viendo las noticias? Siempre son malas.

—Lo sé.

—A veces pienso que todo el mundo tiene miedo.

Era verdad: la gente tenía miedo de la inundación, que todavía estaba lejos de este lugar, y miedo de las oleadas de desplazados debido a la suciedad, a las enfermedades y al hambre que ellos traían consigo y el espacio que ocupaban. Y las personas tenían

miedo las unas a las otras, porque en el futuro podría no haber sitio para todos. Holle se habría sentido mucho más segura si a Alice Sylvan, a quien ella veía desde que era niña como una tía honoraria, no la hubiera matado un francotirador en el centro de la ciudad.

—Lo sé, lo sé. —Patrick le despeinó el pelo—. Pero no sirve de nada apartar la mirada. Bueno, ¿qué tal en la academia?

—Papá, ha sido horrible. Los niños son todos listos y ruidosos y compiten como locos. Solo Zane fue amable.

—Zane estará contento de que estés ahí.

—Yo no soy como Zane —le espetó ella—. Y no soy con Kelly Kenzie. No soy alta ni guapa ni segura de mí misma. No me digas que todo eso no es importante, porque sí lo es. Sé cómo llaman a los estudiantes. Los candidatos. Tienes que ser especial para ser un candidato, una estrella. Y yo me siento como Joey de *Friends*.

Él se rió y le dio un sorbo a su copa.

—De acuerdo. Pero mira, mi dinero es el que ha respaldado la academia, como parte de un consorcio, entre otras iniciativas relacionadas con el *Arca Uno*. Pero la academia no es un colegio para señoritas ricas. Si no pudieras justificar tu sitio ahí, por méritos propios, no estarías en ese lugar, por muy hija mía que fueras. Mereces estar ahí, cariño. —Le dio un beso en la cabeza—. Pero si te llega a parecer demasiado duro, venta para casa.

—No, no voy a rendirme.

La televisión se encendió y apareció una imagen de Liu Zheng de hombros para arriba.

Patrick dijo:

—¿Liu? ¿En qué puedo ayudarte?

Este sonrió de oreja a oreja. Era una expresión más humana que cualquiera de las que había adoptado en clase.

—En realidad quería hablar con Holle. Señorita Groundwater, sospecho que tiene usted el don de hacer las preguntas correctas.

—¿Qué preguntas correctas? ¿Está hablando del debate que hemos tenido acerca del tamaño de la burbuja que podríamos crear? La respuesta ha sido que el tamaño sería minúsculo. Todo el mundo se rió.

Liu dijo con seriedad:

—Ahora escúcheme. Estamos tratando con la ingeniería del espacio-tiempo, con la ingeniería en múltiples dimensiones. Todo lo que creemos que sabemos, toda nuestra intuición, es posible que sea incorrecto. Inspirado por ese debate, volví a algo que había descubierto durante mis primeros años de investigación. Una teoría hecha por un trabajador en Bélgica. ¿Tiene su ordenador de bolsillo a mano? Intente seguir

el razonamiento...

Y, como si Patrick no estuviera allí, Liu enseguida entró en su curioso y distraído modo de charla y la gran pantalla de la pared empezó a llenarse de gráficos y ecuaciones. Holle dejó que los tensores pasaran revoloteando como hojas que caían e intentó seguir el hilo de lo que él estaba diciendo.

Liu decía:

—Una burbuja de deformación es un universo aparte unido al nuestro como una burbuja que le sale a un globo por un fallo en su superficie. La pared de la burbuja, hummm, rodea este universo de bolsillo. Pero «rodear» es una palabra de tres dimensiones, y no sirve para describir una realidad de dimensiones superiores. La burbuja es en realidad el cuello del fallo que conecta el espacio-tiempo madre con su hija. Así que puede ser mucho más pequeña que el propio universo-hija.

—¡Más pequeña que la nave!

—Así es. La burbuja de deformación puede ser tan pequeña como uno quiera. — Su sonrisa se hizo más grande—. Demasiado pequeña, a primera vista, incluso como para que quepa un solo neutrino. Existen otras ventajas. Nos preocupaba la probabilidad de colisión de nuestra nave. Incluso los granos de polvo que golpeasen el extremo delantero de la burbuja soportarían una compresión enorme. La nave podría sufrir daños y quizá pérdida de energía del campo de distorsión. Ese riesgo se reduciría mucho con esta nueva geometría.

—Dios mío —exclamó Patrick—. Entiendo quizá el cinco por ciento de lo que has dicho. Pero lo que sí sé es que el tema de la masa-energía ha sido el escollo clave que ha estado retrasando el diseño...

—Vamos con muchos años de retraso en cualquier teoría —dijo Liu con gran pesar—. Esto puede que sea el avance conceptual que necesitábamos.

Patrick abrazó a su hija.

—Y todo gracias a mi pequeña.

—Ay, papá...

—Por supuesto que no —replicó Liu con inesperada severidad—. ¿Puede manejar las matemáticas de la relatividad necesarias para describir en detalle esta nueva solución? Por supuesto que no. Ella ha contribuido con una pregunta intuitiva, que ha provocado una respuesta que puede que lleve a una solución final. Zane Glemp ha hecho más en realidad. Esto es un trabajo en equipo. En la academia del *Arca* no buscamos a un individuo que destaque, Holle Groundwater. Queremos formar un equipo, una tripulación. Hoy ha demostrado que quizá tenga el potencial para unirse a ese equipo. Puede. Ha sido un buen primer día. Ahora le sugiero que se vaya a la cama y se asegure de que mañana llega a su hora.

Su imagen parpadeó y desapareció, siendo sustituida por los silenciosos bustos parlantes de Lammockson, Kenzie y los demás.

—Uf. —Patrick soltó a Holle y se puso de pie con rigidez—. Necesito otra copa y algo de comer, en ese orden. Vaya día. ¡Una nave espacial del tamaño de un neutrino!

—No, papá —le dijo ella mientras lo seguía—, es un pasillo de un tamaño inferior al de un neutrino que da a un universo de bolsillo que contiene una nave espacial.

—Lo que tú digas. ¿Quién pela las patatas?

Mayo de 2032

El día que el Gobierno se hizo con el control del proyecto empezó como cualquier otra jornada en la academia. Holle nunca se hubiera imaginado que ese sería el último día de su antigua vida, el fin del viejo régimen y el comienzo de algo nuevo.

A Magnus Howe le gustaba impartir sus clases de ética en el antiguo nivel dos del museo, en la gran sala dedicada a la cultura de los indios de Estados Unidos, con sus dioramas y artefactos colocados detrás de paredes de cristal en pasillos curvos. Decía que enseñaba allí debido a la relación que la sala tenía con el pasado pretérito del paisaje que los rodeaba. Holle creía que lo que él quería era que recordaran que otras culturas humanas habían sido aniquiladas por antiguos desastres, y en el caso de los amerindios por una inundación de avaricia e ignorancia.

Una docena de estudiantes del equipo de Holle, de doce a catorce años, estaban sentado en el brillante suelo formando un círculo alrededor de Howe, que había cogido la única silla de la sala. La mayoría de ellos llevaba puesto sus extravagantes nuevos trajes de candidato: resistentes uniformes de una pieza hechos de licra en azul marino con mangas de color carmesí y dos piezas frontales. Como siempre, todos estaban haciendo más de una cosa a la vez, y formaban corrillos para discutir una tarea cualquiera o revisaban algún material en sus portátiles y ordenadores de bolsillo. Venus Jennings caminaba alrededor de las pilas de libros, buscando; la sala también hacía las veces de biblioteca de la academia. Algunos estudiantes tenían un aspecto distraído debido a los ángeles que murmuraban en su cabeza. Thomas Windrup y Elle Strelkov compartían el material de un ángel. Tenían trece años y con las manos entrelazadas se mecían suavemente.

La clase hablaba de por qué a los candidatos y a sus familias, aquellos con una educación cristiana, no se les había permitido celebrar la Pascua.

—Fue injusto para mi padre —explicó Holle—. No nos habría venido nada mal un descanso.

Se estaba llevando a cabo en ese momento un ambicioso programa en el que se fabricaría en tierra un abundante suministro de antimateria que se usaría de combustible, clave para la propulsión interestelar, y una larga serie de cohetes *Ares* saldrían de Gunnison para lanzar los módulos del *Arca* a la estación espacial, que iba a ser reformada y usada como caseta de obra. Para esto solo tenían ocho años más. Pero como los objetivos no se cumplían, la implacable presión recaía sobre las personas de mayor rango, como su padre.

Magnus Howe dijo:

—La Pascua son vacaciones, sí. Pero ¿y qué me decís de la teología?

Wilson Argent hizo una pedorreta.

—No tiene nada que ver con la teología. Es política. La presidenta Vásquez entró en guerra con los mormones. Y después están esos chiflados de la Nueva Alianza que dicen que Dios está ahogando a los pecadores. Reaccionamos volviéndonos laicos.

A Wilson, moreno, de rasgos marcados y corpulento, lo habían seleccionado recientemente del campo de refugiados por su feroz talento fuerte personalidad. A Holle le parecía que estaba compitiendo con Don y con Kelly para hacerse con el liderazgo no oficial del equipo.

—Están obligando a la gente a elegir —dijo Kelly Kenzie—. Hemos perdido a gente buena, cuyos padres eligieron el otro camino, eligieron a Dios y no a su proceso de selección...

—Bueno, no era mi proceso —replicó Howe—. La teoría de los ingenieros sociales era...

—No es la teoría lo que importa —interrumpió Venus Jennings.

Venus estaba hojeando un amarillento libro de bolsillo. Era alta y delgada, tranquila y callada y, quizá impulsada por su nombre, estaba fascinada por la astronomía. Y le gustaba la ciencia ficción, imágenes de futuros desaparecidos.

—Eh, mirad esto —dijo entonces ella. Su libro se llamaba *Puerta al verano* de Robert Heinlein—. Denver se convierte en la capital de la nación también aquí. ¡Después de la guerra de los Seis Días en 1970!

Howe dijo sin alterar la voz:

—Estaba diciendo algo sobre la teoría y la práctica, señorita Jennings.

—Ah, sí. Lo siento. Mirad, debido a la prohibición religiosa hemos perdido a judíos, hindúes, musulmanes. Barry Eastman. Yuri Petrov. ¡Miranda Nikolski! Era la mejor matemática que teníamos. ¡Tiene un año menos que yo y me enseñaba navegación interestelar! No nos podemos permitir perder a gente como ellos. Incluso Zane estuvo a punto de que lo sacaran del equipo.

El grupo se centró en Zane Glemp. Después de tres años en la academia, Zane, de doce años, estaba todavía entre los más tímidos del grupo y miró al suelo.

Magnus Howe le instó a responder:

—¿Zane?

—Bueno, es verdad. Los antepasados de mi padre eran judíos. Nosotros no somos practicantes, pero a mi padre no le gustaba la idea de tener que rechazar nuestra tradición totalmente. Y no creo que le gustara que los ingenieros sociales se metieran en su proyecto.

Don Meisel resopló:

—Jerzy Glemp estuvo en el proyecto desde el principio, pero por muchas ideas que haya aportado, no es su proyecto. Lo impulsa el dinero de mi padre, y el del tuyo

y el del tuyo y el del tuyo —dijo él apuntando con un dedo a los niños superricos que tenía a su alrededor: Kelly, Susan Frasier, Venus Jennings, Cora Robles, Joe Antoniadi, Holle. Cora, una niña rica que había crecido con los ataques a la riqueza de sus padres, se rió de forma encantadora.

Magnus Howe le instó a responder:

—¿Zane? ¿Por qué estás aquí entonces?

Este se encogió de hombros.

—Queríamos más al *Arca*, supongo. ¿De qué sirve la fe si tu familia desaparece? Además, el señor Smith nos visitó unas cuantas veces. Instó a mi padre a que me dejara en el proyecto.

Después de eso hubo un silencio incómodo. Harry Smith, su tutor pastoral, dominaba sus vidas, grande, directo, complicado. Tenía una relación estrecha con los que tenía a su cargo. Pasaba mucho tiempo fuera de horario con los candidatos. Incluso le había dado por vestirse como los alumnos, con una versión de sus chillones uniformes de licra. Y a veces te dedicaba una mirada profunda, dura, desafiante. Miraba así sobre todo a Zane Glemp, por lo que no era de extrañar que Harry Smith hubiera instado al padre de Zane a que dejara al chico en el proyecto. Holle se imaginaba que los demás estaban pensando lo mismo en ese momento. Sin embargo, nadie dijo nada. Nunca lo hacían. La academia era un lugar encarnizadamente competitivo y las autoridades de la academia siempre buscaban una excusa para echarte. Nadie quería problemas. Si Harry Smith era un problema para Zane, de Zane dependía solucionarlo.

Si Magnus Howe se daba cuenta de lo que pasaba por las cabezas de sus alumnos, no lo exteriorizó.

—Vayamos al grano. ¿Por qué creéis que excluimos la religión de este proyecto?

—Para evitar cualquier conflicto —respondió Wilson—. Una nave espacial es demasiado pequeña para yihads, cruzadas o pogromos. Se podría crear una tripulación enteramente cristiana, judía o musulmana...

—O mormona —dijo Don Meisel.

Venus asintió. Su familia, aunque de Utah, no era mormona.

—O mormona, sí. Pero una selección de cualquier fe sería restrictiva y, desde luego, políticamente divisiva.

—¿Y qué me decís del politeísmo? —preguntó Susan Frasier—. Como la fe hindú, por ejemplo, o las antiguas religiones paganas. Cuando se tienen muchos dioses, no solo uno, se tiene flexibilidad, tolerancia.

Miriam Brownlee respondió:

—Funcionó para los romanos: su panteón de dioses era lo bastante grande como para que cupieran todos los dioses de sus provincias...

—¡Eso fracasó con Jehová!

Miriam se rió con el chiste. Era una chica delgada de Texas que se sentía atraída por Mike debido a un interés común en biología humana y medicina.

—Pero incluso un grupo de una sola fe se podría separar —expuso Elle Strekalov—. Pensad en los suníes y los chiíes, los católicos y los protestantes...

La conversación empezó a cuajar. Los candidatos, interesados en el tema, dejaron sus otros proyectos y comenzaron a acceder a una serie de programas sobre dinámica social para estudiar cómo prosperarían las diferentes religiones y configuraciones sociales en el entorno cerrado de una nave: tripulaciones meramente cristianas o musulmanas o budistas, o tripulaciones guiadas por un panteón de dioses pendencieros.

Magnus Howe los dejó debatir un rato. Era un hombre de pelo oscuro, serio y bastante joven, no llegaba a los treinta años. Se rumoreaba que había estudiado para ser jesuita. Era buen profesor, la verdad, dado lo árido de la materia que enseñaba, y lo suficientemente joven como para compartir con sus alumnos el placer de enseñar, de adquirir nuevos conocimientos.

Holle no se unió al debate. Su interés radicaba en la ingeniería de la nave, no en su tripulación. Pero sentía una especie de gravedad incómoda sentada con este grupo de niños inteligentes y entusiastas. Era desgarrador pensar que posiblemente muchos de ellos fueran descartados mucho antes de que el *Arca* despegara siquiera.

Magnus batió palmas para que todos volvieran a prestarle atención. Bajó la mirada a su portátil, en el que había estado siguiendo las improvisaciones de sus alumnos.

—Puedo decir que van a salir buenos trabajos de aquí. Venid mañana con una presentación sobre vuestros resultados. —No dio más detalles acerca de la tarea; como siempre, dependería de los alumnos definir sus objetivos adecuadamente, organizar el trabajo, averiguar cómo sería presentado y por quién—. Por el momento, concentrémonos de nuevo en la decisión que se ha tomado: excluir de la tripulación a cualquier persona con fuertes convicciones religiosas.

—¿Y qué hay de los ateos? —preguntó Wilson.

—Incluidos los ateos.

Don Meisel dijo:

—Será difícil controlarlo. Ya sabe lo desesperada que está la gente por meter a sus hijos en el *Arca*. Si eso implica ocultar tu fe unos años, la gente lo hará.

—Te descubrirán —dijo Zane Glemp y señaló las cámaras instaladas en las esquinas del techo, vigilando en silencio como siempre.

Holle frunció el ceño.

—Y aunque pudiéramos excluir la religión, no podemos hacer lo mismo con la religiosidad.

Se centraron en ese nuevo hilo. Susan Frasier, pequeña, regordeta, generosa y

popular, habló:

—Puede que esté en lo cierto. Puede que los humanos tengamos programada dentro de nosotros una propensión hacia el pensamiento religioso. Podría ser una consecuencia de nuestra necesidad de comprender la ley de la causa y el efecto en el mundo que nos rodea.

—No te olvides de la teoría de la mente —apuntó Miriam Brownlee.

—Nos llevaremos todo eso al espacio —dijo Holle—. Sea lo que sea lo que dejemos atrás, nos llevaremos la esencia de nuestra humanidad.

Magnus asintió.

—Esa es una buena aportación. Todos vosotros, excepto Holle, estáis hablando en teoría de cómo reaccionaría la tripulación a diferentes estímulos o a la falta de ellos. Solo Holle dice «nosotros». Solo Holle parece entender, hoy, que no estáis prediciendo el comportamiento de un grupo de víctimas de un experimento psicológico. Estamos hablando de vosotros, de algunos de vosotros, al menos, que podrían sobrevivir para subir al *Arca*. ¿Cómo reaccionaríais? Se introspectivos.

Eso los hizo callar, por poco tiempo. Entonces habló Susan Frasier:

—La Tierra. Creo que por muy lejos que me vaya, aunque sean años luz, siempre pensaría en la Tierra. Como pienso en mi madre.

—Sí —afirmó Magnus mientras asentía enérgicamente—. La Tierra, el planeta que ha dado forma a su cargamento de vida durante cuatro mil millones de años antes de que cualquiera de nosotros hubiera nacido. Por supuesto que ninguno de vosotros la apartaría de vuestra mente y de vuestro corazón.

—Pero la Tierra nos ha traicionado —dijo Wilson Argent—. Puede que sea nuestra madre, pero nos está ahogando.

—No es una traición —le rebatió Susan—. No necesariamente. Solo es un cambio, una evolución en las condiciones mismas de la Tierra. Una transición de un estado climático a otro.

El profesor dijo:

—En esta clase estamos debatiendo la exclusión de la religión. No sería apropiado empezar a deificar la propia Tierra, que sin duda es un sistema que se organiza a sí mismo, pero no es una entidad consciente. Hay una escuela de pensamiento que dice que deberíamos simplemente aceptar la sabiduría del ajuste inconsciente de los ciclos biológicos y físicos de la Tierra.

Don Meisel se lanzó sobre este comentario:

—Así hablan los continuadores. ¿Es usted un continuador, señor Howe?

Inmediatamente se notó la tensión. La filosofía, definida así sin excesivo rigor, que se conocía como «pensamiento continuista» procedía de esta cita bíblica: «Generación va y generación viene, mas la Tierra siempre permanece», Eclesiastés 1, 4. Nació de un cierto cansancio, veinte años después de que la inundación global

empezara por primera vez a interferir en los asuntos de la humanidad. Algunos argumentaban que quizá esta debiera darse por vencida. El Gobierno federal vio en tales ideas un motivo para no pagar los impuestos y tomó medidas muy duras.

Y hablar como un continuador estaba muy mal visto en la academia, ya que era la clase de pensamiento que podría sabotear el proyecto tan seguro como lo harían los actos terroristas de los desplazados descontentos. Así que la acusación de Don era seria; Howe podría perder su trabajo.

Howe simplemente sonrió.

—La pregunta es: ¿qué sentís en el corazón, y qué sentiréis en el futuro cuando la Tierra no sea más que un recuerdo para vosotros?

Le sonó el teléfono. Se suponía que en la clase tenían que configurarse para aceptar solo las llamadas más importantes. Howe frunció el ceño y sacó el teléfono del bolsillo.

Entonces sonó el de Kelly Kenzie.

Y el de Don. Y el de Wilson. Las pantallas de los portátiles y de los ordenadores de bolsillo empezaron a parpadear también.

Y, al fin, sonó el de Holle. Mostraba simplemente un mensaje de texto de su padre: tenía que ir al edificio del capitolio enseguida. La presidenta Vásquez iba a hablar.

La multitud que se congregó alrededor del sencillo obelisco del monumento a los veteranos, delante de los escalones del capitolio del estado, era más pequeña de lo que Holle había esperado: solo unas doscientas personas más o menos. Un grupo selecto, pero la mayoría de los que estaban metidos en el proyecto del arca parecían estar allí.

La presidenta Vásquez ya estaba en su puesto cuando llegaron los candidatos. Era una mujer baja y fornida vestida con un traje azul marino que estaba de pie detrás de un atril con el sello presidencial. Iba acompañada de militares, policías, funcionarios municipales y agentes de seguridad que iban de traje. De vez en cuando, Vásquez miraba su reloj y hablaba con un hombre que llevaba el uniforme azul de las Fuerzas Aéreas. El hombre, adusto, bronceado y en muy buena forma, tendría unos sesenta años.

El día estaba gris y nublado, pero hacía calor y humedad. No era el típico día de verano de Colorado, decían los que llevaban allí toda la vida, pero es que ya no había días típicos. El capitolio tenía un aspecto deslucido, la piedra pálida estaba manchada debido a los años de lluvia sucia, pero a cada lado y colgadas de un mástil había dos banderas grandes que se movían con la intermitente brisa. Holle miró atrás, hacia el parque, que estaba separado por una valla de los edificios gubernamentales que lo rodeaban. Se había arrancado el pavimento de mármol para dejar al descubierto el suelo de tierra, y los andrajosos residentes trabajaban en los surcos de patatas, que eran el alimento de la inundación, según la notificación oficial del Gobierno.

De pie en medio de la gente, Holle se sintió cohibida en su colorido uniforme, consciente de las miradas de resentimiento de los que la rodeaban. Los candidatos se estaban convirtiendo en celebridades, si se les podía llamar así, incluso para los que trabajaban con ellos en el proyecto. Aunque cientos de personas trabajaban en varios aspectos del mismo, como las gigantescas obras que estaban llevándose a cabo en Gunnison, muy pocos sabían que todo era para construir una nave espacial. Pero aun así, estaba claro que los candidatos se estaban preparando para una gran aventura. En Denver, no mucha gente llevaba una vida con aspiraciones y a mucha le gustaba seguir las actividades de los candidatos, sus altibajos, como si fueran personajes de un *reality show*. Algunos de los candidatos representaban bien ese papel. Kelly y Don competían a ver quién tenía más visitas en sus *blogs*. Pero el inconveniente era el resentimiento y la envidia.

Holle reconoció a muchos de los rostros que la rodeaban, incluidos los hombres y mujeres de la LaRei, algunos de ellos padres de los alumnos de la academia. Los

padres, apiñados en pequeños grupos y hablando con expresión seria, eran mayoritariamente de un solo padre, el progenitor, como Holle, Kelly y Zane. Quizá solo los padres soñaban con enviar a sus hijos al espacio. Sin embargo, Edward Kenzie, el padre de Kelly, no estaba allí. Holle había oído rumores de que estaba pasando mucho tiempo en el parque de Yellowstone, dedicándose a otros proyectos del arca: *Arca Dos*, quizá. Pero si Kelly sabía algo, no decía nada. El secretismo estaba en todas partes, era algo endémico.

El padre de Holle la encontró. Le dio un breve abrazo.

—Hola, cariño.

Parecía cansado, nervioso. Aunque él siempre parecía cansado y nervioso.

—¿Sabes qué es lo que pasa, papá?

—Me llamaron cuando estaba en una reunión y después te llamé yo a ti.

—Si pasara algo, tú lo sabrías.

Patrick negó con la cabeza. Hubo un movimiento en el atril.

—Supongo que lo sabremos en breve.

De repente este era un día clave, un momento excepcional. Holle sintió un nudo en el estómago. Como candidato, siempre consciente de las posibilidades de que te expulsaran, vivías con inquietud y no te gustaban las sorpresas.

Un ayudante que iba de traje subió al atril.

—Damas y caballeros —dijo simplemente—, la presidenta de los Estados Unidos.

Linda Vásquez dio un paso adelante, mientras se guardaba un teléfono en el bolsillo y le echaba a la vez un vistazo a su reloj. Miró a los militares que tenía a su derecha.

—¿Ya está acordonada la zona, Gordo? ¿Puedo hablar libremente?

—Correcto, señora.

—Muy bien.

Miró a su alrededor, enfurecida. Era corpulenta; y a Holle le parecía una mujer fuerte, por la que no pasaban los años. Llevaba en la presidencia cuatro mandatos completos, tres años más que los que Holle llevaba en este mundo. Se rumoreaba que tenía planeado presentarse al quinto para las elecciones de otoño. A Holle le resultaba difícil imaginarse a nadie más en su puesto. Cuando Vásquez habló, su voz todavía poseía la cadencia del barrio bajo de Alphabet City en Nueva York donde había crecido y que se había desplomado bajo el agua su primer año en el Gobierno.

—Supongo que ya sabéis quién soy. Y yo, después de mirar a mi alrededor, sé quiénes sois vosotros. Esto es el *Arca Uno*, ¿no es así? Vosotros sois el grupo que tiene pensado lanzar una nave espacial de verdad desde aquí, desde Colorado. Y por este motivo, por este objetivo extraordinario, maravilloso y esperanzador, mi Gobierno no ha tenido inconveniente en respaldarlo. Y también debido a la sinergia.

El país necesitará capacidad de lanzamiento espacial en caso de que en el futuro se lleve a cabo algún programa de rescate significativo.

»Pero las cosas están cambiando. La inundación no cesa, como podéis observar. Solo en el último año, el agua ha subido otros setenta metros. ¡Setenta metros! Y ese movimiento vertical del agua significa mucho más territorio perdido a medida que va entrando en los continentes.

Negó con la cabeza.

—A veces, cuando me levanto por las mañanas y miro las noticias del día todavía no me puedo creer lo que nos queda por hacer.

A Holle le asombraba que una presidenta les hablara así.

—Sin embargo, tenemos que hacerlo lo mejor que podamos. Constantemente reconsidero y reviso mis prioridades. Y como la inundación sigue apremiando, lo que antes eran posibilidades descabelladas para el peor de los casos lentamente se están volviendo más reales. Porque al final esas opciones extremas podrían ser lo único que nos quede.

»Lo que nos lleva al *Arca Uno*. —De repente, dio un puñetazo en el atril; Holle se sobresaltó por el estruendo—. Y lo que ha estado ocurriendo aquí es simplemente inaceptable. Organización caótica, falta de liderazgo, derroche, luchas internas y confusión general están ahogando este proyecto. Habéis tenido siete años desde la primera reunión en que empezó todo. ¿Estoy en lo cierto? Siete años. Me dicen que no ha sido hasta hace dos años que empezasteis a crear un diseño viable que no rompe en realidad hasta hace dos años que empezasteis a crear un diseño viable, y digo viable; mi asesor científico me dice que en este caso eso implica un diseño que no rompe en realidad las leyes de la física. Y todavía no habéis lanzado desde Gunnison ni tan siquiera un cohete el Cuatro de Julio. ¡Siete años! La segunda guerra mundial se ganó en cuatro.

—En seis —le murmuró Patrick a Holle con su suave acento escocés.

En un instante de pánico, Holle creyó que la presidenta iba a cancelar el proyecto del *Arca*.

Pero Vásquez dijo:

—Las cosas van a cambiar. A partir de ahora, se acabó la administración civil del *Arca Uno*. Por orden presidencial requiso el proyecto, su personal y todos sus recursos. De ahora en adelante, el proyecto *Arca Uno* será dirigido bajo los auspicios de las Fuerzas Aéreas. Habrá asesores de la NASA y otras agencias de adscritos al proyecto según corresponda, pero siempre bajo el mando de las Fuerzas Aéreas. Si habéis seguido las noticias, sabréis que esta no es la primera vez que mi administración hace algo así. Tomé medidas así de drásticas cuando envié al Ejército y a la Guardia Nacional a esas Friedmanburgs de los estados de las Grandes Llanuras. Habrá una compensación. Dejaremos que sigáis usando los recursos para que podáis

completar el trabajo. Dejádme que comience ese proceso poniendo mi sello personal. *Arca Uno* es un nombre un poco soso, ¿no? No es que los números me emocionen mucho. A partir de ahora, sois Proyecto Nimrod. Ya averiguaréis por qué.

Vásquez sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente; por un momento pareció mayor y agotada. Nadie habló; no se oía nada, salvo por el sonido de la brisa que movía suavemente las drizas de las dos banderas.

—Os preguntaréis por qué no cancelo el proyecto. Algunos me presionan para que destine más recursos a posibles proyectos de rescate en vez de a remedios como este, de último recurso. Incluso entre los pesimistas están aquellos que sostienen que debería emplear lo que queda de nuestra infraestructura a actividades más prácticas, como construir balsas. Yo sigo creyendo que somos capaces de algo más que eso. — Hizo una pausa y miró a su alrededor. Holle sintió una extraña emoción cuando le pareció que la presidenta Vásquez la miraba directamente—. No soy John Kennedy. Si queréis oír el discurso que él dio el veinticinco de mayo de 1961, buscadlo. Aunque lo que os encomiendo ahora es similar. Este reto es muchísimo más difícil que ir a la Luna, y muchísimo más importante. Vuestra nave espacial tendrá que estar lista para ser lanzada en 2040, o nuestro futuro se desvanecerá. Eso es todo. Haced un buen trabajo.

Y se apartó del atril.

La multitud se disolvió entre murmullos.

Holle vio como los peces gordos de la LaRei acosaba a Jerzy Glemp.

—Jerzy, cabrón, nos has traicionado. Todo el jodido dinero que he puesto en esto... en mi nave, maldita sea...

Jerzy retrocedió con las manos extendidas en ademán de defensa.

Patrick murmuró:

—Así que Jerzy maquinó todo esto. No es que me sorprenda. Necesitábamos los recursos, el liderazgo. Pero me pregunto a qué tipo de acuerdo ha llegado para sí mismo. Se va a ganar muchos enemigos hoy.

A Holle no le importaba el politiqueo. Tiró de la manga de Patrick.

—Caramba, papá. Eso ha sido histórico, ¿verdad? Vaya. ¡La presidenta! Pero ¿qué hacemos ahora?

—Supongo que lo averiguaremos.

No parecía muy entusiasmado, más bien más cansado que nunca.

Les sonaron los dos teléfonos.

La llamada de Holle era para que volviera a la academia. Cuando llegó allí, los alumnos habían formado una fila en el gran atrio norte, en la planta baja del museo, que era un espacio abierto de tres pisos de ladrillo con tejado de cristal, donde antes había estado la cafetería.

Y ahí estaba el militar de sesenta años, corpulento y erguido, que había estado al lado de la presidenta en su atril, con el uniforme azul de las Fuerzas Aéreas. Acompañado de unos cuantos asistentes, se subió a un peldaño enfrente de los estudiantes. Dos jóvenes de uniforme, a quienes Holle no conocía, estaban de pie a su lado con pose militar: piernas separadas y manos en la espalda. El personal de la academia, nervioso, formaba una fila cerca de una de las paredes, delante de una pizarra blanca.

El oficial comenzó a hablar mientras los que llegaban tarde iban entrando en la sala.

—Me llamo Gordon James Alonzo. Mis amigos me llaman Gordo. Para vosotros, seré coronel. Si queréis saber quién soy y qué he hecho, «guglearme». Todavía decís esa palabra, ¿verdad, pequeños gilipollas? Bueno, sabréis que he sido adiestrado en las Fuerzas Aéreas y he pilotado transbordadores espaciales de la NASA... Y ahora, a petición de la presidenta, he vuelto a mi uniforme azul para encargarme de este jodido desastre de proyecto espacial. Eso incluye transformar esta guardería en algo que se parezca a una academia para la formación de la tripulación. —Fulminó con la mirada a los candidatos, algunos de los cuales tenían solo once años—. No os voy a dar tregua, por cierto. Estoy seguro de que vuestro lenguaje es mucho más sucio que el mío. Y, de todas formas, si me guío por vuestros expedientes, la mayoría de vosotros no va a seguir aquí lo suficiente como para que mi lenguaje soez os afecte de un modo u otro.

»Le he echado un vistazo a las clases que habéis tenido esta misma mañana. ¡Sociología! ¡Ética! Jesucristo. Y os diré una cosa. —Miró al profesorado—. Aquí no habrá más tonterías alevosas del pensamiento continuista. ¿Está claro? De ahora en adelante, las cosas van a cambiar. Vuestra formación, la de aquellos que superen la selección, se basará por completo en aspectos del proyecto mismo. Sistemas para la nave: propulsión, sistemas de comunicaciones, control de entornos, soporte vital, guía y navegación, trajes presurizados, integración aviónica. Ah, y relatividad general y todas esas sandeces. También aspectos más amplios del proyecto: búsqueda de planetas, sistemas de rescate, planificación de misiones, programas de entrenamiento. Si sois listos, elegiréis una especialidad y os abocaréis a ella. Hacedos indispensables

para le programa, indispensables para mí. No os escondáis. Si lo hacéis, os vais fuera.

»Todo tendrá un propósito. Incluso vuestro tiempo libre estará centrado en los aspectos físicos de la misión. Olvidaos del puto sóftbol. Ben, haz una nota —le dijo a un asistente—. Tenemos que traer aquí una centrífuga. Os hace falta entrenamiento de vuelo o experiencia de algún tipo. ¿Qué tal un *Vomit Comet*? Al menos podríamos improvisar una mesa de gravedad cero. Y etcétera, etcétera, etcétera.

Fulminó a los candidatos con la mirada.

—¿Alguna pregunta?

Todos se quedaron en silencio, anonadado. Entonces, para sorpresa de la propia Holle, esta levantó la mano.

—Coronel... ¿por qué Proyecto Nimrod?

Él entrecerró los ojos.

—Buena pregunta. Supongo que aquí no os especializáis en estudios bíblicos. Génesis 10, versículos 8 al 10: «Y Cus engendró a Nimrod, quien llegó a ser el primer poderoso en la tierra... Y fue el comienzo de su reino Babel, Erec, Acad...». Esto ocurrió generaciones después del diluvio universal y ahí tenéis a Nimrod, ya rey de Babel. Supongo que sabéis qué pasó en Babel, ¿no? Capítulo 11, versículo 4: «Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo».

Wilson Argent levantó la mano.

—Pero coronel, ¿por qué?

—Génesis 11, 6: «Nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer». Dios nos temía. Y por eso nos llamamos Nimrod.

—Vaya —exclamó Wilson—. ¿Está retando a Dios, Señor?

—¿Y por qué diablos no? Fue idea de la presidenta. —Miró al profesorado que formaba una fila delante de una pizarra blanca. Señaló a Harry Smith, que se estremeció—. ¡Usted! Escríbalo en la pizarra. Sí, ahora. «Nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer».

Harry encontró un estilo y escribió las palabras, que aparecían en negrita en la pizarra gracias al *software* de reconocimiento de caracteres.

Alonzo se puso en jarras.

—Y en cuanto a vosotros, pequeños gilipollas mimados, quiero dejaros claro desde el principio que van a cambiar las cosas. El dinero de papá os ha traído aquí. Pero no es lo que va a hacer que sigáis en este lugar, no a menos que demostréis que sois más valiosos que vuestros competidores. Y aquí empieza la competición. —Miró por encima de su hombro—. Venid aquí, vosotros dos.

Los dos jóvenes que estaban detrás de él dieron un paso al frente, vacilantes. Uno iba vestido con el uniforme azul de las Fuerzas Aéreas, y el otro con una especie de uniforme de policía. Se pusieron firmes.

Alonzo fulminó a los estudiantes con la mirada.

—Vosotros, niños, aquí en este palacio de cristal no sabéis ni la mitad de lo que está pasando ahí fuera en el mundo real. Bueno, estos dos no son mayores que muchos de vosotros, pero han estado ahí fuera. Mel Belbruno es lo que yo fui una vez: hijo de las Fuerzas Aéreas. Pero lleva en el cuerpo de cadetes desde los diez años y ha cogido experiencia en lo que queda de la NASA. Es un cadete del espacio de la vida real y es precisamente la clase de estudiante que queremos trabajando en esta misión.

»Y este es Matt Weiss. Matt está en el cuerpo de cadetes de la policía del Departamento de Policía de Denver. ¿Queréis saber dónde se curtió Matt? En primera línea, estuvo allí ayudando a los agentes de policía de Denver a elegir qué niños llegaban a tierra y cuáles no, y a poner en práctica esa selección. ¿Quién de vosotros ha hecho algo similar?

Kelly Kenzie levantó la mano.

—Coronel, Alonzo, no niego la validez de lo que está diciendo. Pero aquí no hay sitio, en el curso. Llevamos años formándonos específicamente para esta misión. Si estos dos se unen...

—Ese es un punto interesante, rubita. Tendréis que hacerles sitio —dijo con fría brutalidad, y recorrió la sala con la mirada.

Holle vio como la gente retrocedía como si hubiera pasado un rayo láser. Ella se dijo a sí misma que permaneciera erguida.

Alonzo miró fijamente a Kelly, que le había hecho la pregunta. Y después señaló a Don Meisel, que estaba a su lado.

—Tú. Pelirrojo. Haz las maletas. A partir de ahora sustituirás a Matt en el Departamento de Policía de Denver.

Don temblaba.

—¿Yo? No sabe nada de mí. ¡Si ni siquiera sabe cómo me llamo! Y no he dicho nada...

—Exacto. La que está a tu lado ha tenido las agallas de hablar. —Al ver que Don no se movía, Alonzo habló con una tranquilidad que no presagiaba nada bueno—. ¿Todavía sigues ahí?

Don se dio la vuelta y se fue. Pasó al lado de Holle rozándola, colorado, con los ojos ardiendo de humillación e ira.

—Y mañana —añadió él—, elegiré al segundo expulsado.

Giró sobre sus talones y se marchó.

Lo único que sentía Holle era terror. Desde que ella se unió al grupo, Don Meisel había sido un claro líder. Holle incluso había pensado que podría convertirse en capitán. Y ahora van y lo echan, sin más. Si Don Meisel podía perder su sitio tan arbitrariamente, entonces ¿quién se podría ir mañana?

Menos de treinta minutos después del discurso de Gordo Alonzo, Don Meisel fue enviado a la oficina central del Departamento de Policía de Denver en la calle Delaware.

Entró en un vestíbulo abarrotado de policías que entraban y salían, vestidos con uniformes gastados o de paisano, algunos gritando al aire o escuchando los ángeles con expresión ausente. Unas pesadas puertas de seguridad, todas cerradas, llevaban al interior del edificio. Muchos de los policías llevaban vasos de papel con café, cuyo aroma llenaba el lugar. La luz de los tubos fluorescentes era débil y la pintura de las paredes de un amarillo apagado. Con el ruido y la luz tenue, era como entrar en una cueva. De hecho, nada parecía real. No podía creer que estuviera allí. Un hombre, un latinoamericano corpulento, estaba sentado en una silla de plástico con las manos esposadas delante de él. Su nariz parecía aplastada y la tenía taponada con trozos de pañuelo de papel ensangrentados. Miró fijamente a Don vestido con su uniforme chillón y puso cara de desprecio mostrando una boca llena de dientes rotos. Don retrocedió, cohibido.

Una mujer policía de uniforme se acercó a Don. Tendría unos cincuenta años, de pelo abundante y canoso recogido en un moño. Su cara era una máscara; tenía arrugas profundas alrededor de la boca y de su pequeña nariz, y sus ojos estaban oscurecidos por el cansancio. Tenía un pequeña cicatriz en la mejilla derecha, quizá infligida por un puñetazo con una mano llena de anillos.

—¿Eres Don Meisel, de la academia? —dijo ella sin mirarlo.

Él no dijo nada.

Eso hizo que ella levantara la mirada.

—Don Meisel —repitió ella con más firmeza.

—Sí.

—Sí, señora. —Ella lo miró más de cerca, centrándose en su cara—. Tipo insolente, ¿eh? Eso no es nada bien recibido aquí. De acuerdo, Meisel, no te queremos aquí.

—Y yo no quiero estar aquí.

—Entonces sentimos lo mismo. Sentimos la misma aversión. —Había un destello de humor en sus ojos—. Mira, esta va a ser la única vez que te dé un adelanto de cómo será tu vida aquí de ahora en adelante. Después de eso, estás solo. ¿De acuerdo?

Él asintió con rigidez.

—Me puedo imaginar cómo te sientes. De verdad que sí. Que te echen de esa

bicoca, de ese maravilloso y caro programa que están llevando a cabo ahí. Echado al foso, aquí en Delaware. Así es cómo te sientes, ¿verdad? Y sé lo que piensas que será tu vida ahora. Controlar los disturbios por la comida y combatir a los desplazados con tuberculosis.

»Pero no todo es así. Esto es todavía una ciudad, sigue habiendo ciudadanos estadounidenses que siguen siendo presa de camellos, ganchos, proxenetas, etcétera. Y normal, a la antigua usanza, cuyos retos se van haciendo mayores a medida que más oleadas de refugiados anegan esta nuestra ciudad. —Lo miró fijamente a los ojos, retándolo—. ¿Crees que podrías encontrar alguna satisfacción en esa clase de trabajo? Eres un chico listo. Lo sé por los expedientes que nos han enviado de la academia. Todavía es posible forjarse una carrera en este departamento. Simplemente céntrate en el trabajo y veremos cómo prosperas.

Don no dijo nada.

—De acuerdo, Meisel, tu entrenamiento empieza aquí. Por el pasillo a la derecha, pregunta por el agente Bundy. Le he pedido que te busque una litera en la brigada para los dos primeros días y un compañero. Él te enseñará dónde está tu placa de cadete y dónde recoger tu uniforme. En serio, quítate cuanto antes ese disfraz de Spiderman.

—Gracias —dijo él—. Señora.

—Ah, y Meisel, pregúntale a Bundy sobre el alojamiento.

—No necesito alojamiento.

Ella suspiró.

—Sí que lo necesitas. Ya no recibirás más apoyo de la academia. Mira, no es tan malo. Hubo un tiempo en el que uno tenía que ser residente de Denver para poder ser policía. Ahora es al contrario. Si sirves como policía tienes derecho a la residencia. Un cadete novato como tú tiene derecho a compartir habitación en la zona de dormitorios. Bundy te dará todo el papeleo. Venga, ponte en marcha.

Él entró rígido en el edificio, ignorando las miradas y las sonrisas de los agentes que encontraba a su paso.

Septiembre de 2036

El debate de la clase de la mañana en el campo de aislamiento era entre Zane, que tenía que defender el último diseño del proyecto del *Arca*, y Mel Belbruno, que defendía las duras disciplinas de ingeniería que habían sido introducidas en el proyecto por los veteranos de la NASA y de la Marina.

Los candidatos estaban en el centro cultural de Cortez, un pequeño museo otrora dirigido por la Universidad de Colorado en esta diminuta ciudad en la esquina suroeste del estado, a unos quinientos kilómetros de Denver. Dentro de las cuatro paredes de este edificio centenario, los candidatos con sus chillones monos de color escarlata y azul destacaban sobre el apagado fondo. Zane estaba sobre el estrado, frente a Mel, escuchando atentamente. Mel, aunque era ya candidato con todas las de la ley, siempre había sido sutilmente excluido del resto desde que Gordo Alonzo lo había metido en el proyecto cuatro años atrás. Pero Zane sabía que Mel no era ningún tonto y que tenía aliados poderosos.

Este dijo enérgicamente:

—En el *Arca* veis una sola máquina lo suficientemente grande y compleja como para mantener con vida a los humanos, que va a tener que funcionar en sus parámetros óptimos durante años, incluso décadas. En el Ejército y en la industria aeroespacial llevamos haciendo esto mucho tiempo. Pongamos de ejemplo el B52, con cuyas flotas seguimos volando después de cincuenta años o más. O el transbordador espacial, que duró más de tres décadas desde la primera prueba hasta el último vuelo operativo, y que a pesar de los problemas tuvo un historial de seguridad inigualable en cuanto a horas de vuelo por víctima...

—Esos no son buenos ejemplos —le replicó Wilson Argent—. Las misiones de los B52 duraban horas, las de los transbordadores quizá semanas, y aun así para su mantenimiento tenían apoyo desde tierra.

—Pero a lo que me refiero es que hay precedentes de tecnologías que se han mantenido durante largos periodos, a lo largo de varias generaciones, e incluso siglos. Podemos echar un vistazo a estos casos y abstraer aquellas características que permitieron que perduraran. Un propósito duradero, pro ejemplo, como con las catedrales medievales en Europa...

Con eso se ganó unas carcajadas.

—¿En serio llamas a las catedrales tecnología? —dijo Kelly—. Los acueductos son un mejor ejemplo de lo que estás hablando, de la ingeniería con propósito. Había acueductos de la época de los romanos que seguían funcionando en el sur de Europa

hasta que la inundación finalmente se los llevó.

Mel cambió de táctica.

—De acuerdo, pero ¿qué hacía que los acueductos siguieran funcionando? Se necesita que la máquina tenga un propósito claro y una necesidad imperiosa de existir. Hay que diseñarla sobre la base de una fiabilidad suprema y un índice bajo de fallo. Y hay que construir teniendo en cuenta temas como el mantenimiento, la superfluidad y la solidez de sus componentes. Y todo esto da razones en contra de algunas de las cosas más elaboradas que vosotros planeáis. Inteligencia artificial autónoma, una nave que puede funcionar por sí misma. Éstas son cosas que no sabemos cómo llevar a cabo. La experiencia de décadas de misiones espaciales nos dice que nada de aparatos más complejos de lo necesario, y que hay que probarlos en vuelo. Nada de tecnologías elaboradas y no probadas. Nada de trucos de magia.

Y eso, por supuesto, era un gancho directo a Zane y a su padre, y a toda la idea de la propulsión por curvatura. Y de una forma menos directa hurgaba en una escisión en la filosofía que estaba detrás de todo el proyecto.

Había pilotos de pruebas trabajando en Nimrod ahora. En el año 2036, si eras un ambicioso piloto estadounidense en realidad solo había un sitio en la ciudad en el que tuvieras que estar, y ese era Nimrod. Incluso hubo un lanzamiento de prueba de un cohete *Ares* desde las nuevas instalaciones de Gunnison: un espectáculo emocionante y asombroso, a pesar de las vallas que rodeaban todo el perímetro contra las que los resentidos desplazados aplastaban la cara.

Pero en reacción a estos detalles prácticos del trabajo, los pensadores más imaginativos siguieron sugiriendo toda una serie de planes alternativos. Puede que todo el proyecto hubiera empezado en la dirección equivocada. Si en verdad se llevaban al espacio humanos, que eran como voluminosas bolsas de agua, sería necesario dedicar la mayor parte de la masa de la nave a fontanería. Pero puede que hubiera formas de evitar tanto peso. Kelly con frecuencia recomendaba fervientemente llevar solo mujeres y depósitos con esperma congelado. Mejor aún, se podían llevar cigotos congelados y permitir que a la primera generación de colonos la criara una máquina. Todas estas ideas fueron desechadas con el tiempo, en parte debido a que técnicamente se revelaba imposible y en parte porque había algo distanciador en ello para aquellos que querían construir la nave. El *Arca* era la expresión de los sueños, además de la lógica; mejor enviar un solo niño vivo que un millón de genios congelados.

Pero el debate siguió y para cuando Mel terminara, Zane iba a tener que defender el hecho de que incluso el diseño base dependía al menos de un milagro tecnológico, la burbuja de deformación.

Mientras Mel hablaba, Zane fue consciente de los murmullos entre los líderes: Kelly Kenzie, la gran estrella glamurosa del cuerpo de candidatas; Wilson Argent,

impetuoso, impaciente, mandón; Venus Jennings, avispada e intensa y Holle Groundwater, modesta, lista y leal, a quien Wilson le había puesto el apodo de «El ratón». Incluso la dulce y maternal Susan Frasier. Zane había oído lo suficiente como para saber qué estaba ocurriendo. Kelly y algunos de los candidatos estaban planeando fugarse ese mismo día, el número cincuenta de su último ejercicio de aislamiento. El grupo de Kelly, con el que llevaba años, dominaba siempre todo. En otros tiempos, Don Meisel habría estado con ellos. Ahora, distanciados, se sentaba alejado del resto con el aburrido mono del Departamento de Policía de Denver. No era la primera vez que Don tenía que dejar sus obligaciones habituales para entrar de nuevo en un grupo del que lo habían excluido de forma arbitraria, para proporcionar una mínima seguridad sin interrumpir la dinámica del grupo con extraños.

Siempre que juntaban sus bonitas cabezas como lo estaban haciendo en este momento, Zane sentía verdadero pánico. Siempre lo marginaban de tales discusiones. Bueno, Holle siempre cuidó de él, desde su primer día en la academia, cuando Zane cuidó de ella. Pero eso no era suficiente para poder introducirse en la red social de este grupo de chicos y chicas de dieciséis a dieciocho años, listos, atractivos y tremendamente competitivos.

Tampoco le iba mucho mejor en el mundo exterior. Su padre estaba demasiado inmerso en la política del proyecto y en las complejidades de su trabajo en la producción de antimateria como para prestar atención a la angustia adolescente en su hijo, excepto cuando de vez en cuando se volvía contra él por algo que había hecho mal. Zane tenía tutores y, en particular, a Harry Smith, pero el chico siempre notaba con inquietud que la estima que le tenía Harry era de un nivel más profundo.

Las noches eran lo peor de todo, cuando tumbado en su cama en una de las grandes zonas de dormitorios comunes oía risas y el golpeteo de pies, y labios que se despegaban para hablar en susurros.

Zane tenía miedo, todo el tiempo. Era como si su personalidad solo fuera un trapo de engaños y pretensiones que en cualquier momento podía rasgarse como una cortina apolillada para dejar al descubierto la oscura y patética verdad de que no era bueno en nada y que no era valioso para nadie. Puede que todos los adolescentes de dieciséis años se sintieran así a veces, incluso cuando el mundo no amenazaba con desaparecer. Pero si Holle o Kelly o Wilson tenían sus mismas dudas, nunca las dejaban entrever, no que él hubiera percibido. Sólo Zane, a solas con sus dudas e incompetencias y tormentos.

Mel había agotado sus argumentos y era el turno de Zane. El chico se colocó su portátil en el regazo, sacó datos y notas y centró sus pensamientos en lo que tenía que decir.

—He oído tus argumentos, Mel, pero sigue siendo un hecho que... —Uf, hablaba

como su padre, como un hombre de cincuenta años, cómo odiaba eso, pero no podía evitarlo—. Sigue siendo un hecho que vamos a tener que depender de al menos una tecnología totalmente nueva, que es la impulsión de Alcubierre. No hemos creado todavía una burbuja de deformación, pero creemos que nos estamos acercando.

Tocó su pantalla e introdujo en los ordenadores imágenes que había sacado de los archivos de su padre. Mostraban el desarrollo de la construcción de un acelerador de partículas atómicas a las afueras de Denver.

—Tuvimos que usar equipos que pudimos rescatar de la inundación para construirlo, a partir del Gran Colisionador de Hadrones del CERN en Suiza y del Fermilab en Chicago. —Unos buceadores habían descendido cientos de kilómetros a un fondo del mar que hasta hacía poco había sido la llanura del Medio Oeste para sacar aceleradores lineales de partículas e imanes superconductores y fuentes de rayos X, y toneladas de metales y cable de alta calidad—. Usamos una nueva tecnología, aceleradores de plasma, para conseguir un comportamiento comparable al GCH del CERN de una máquina muy pequeña. Pero a diferencia de con los colisionadores de antes de la inundación, no estamos interesados en estudiar los resultados insólitos de las colisiones de protones a velocidades enormes; no estamos estudiando física, solo intentando crear antimateria. Aceleramos protones a una velocidad muy cercana a la de la luz, y hacemos que coquen entre ellos, seiscientos millones de colisiones por segundo. El resultado es una serie de antiprotones que a su vez se almacenan en lo que llamamos la fuente de antiprotones, una botella magnética...

Si chocaban, la antimateria y la materia se aniquilaban con violencia. Sólo los campos magnéticos podrían separar totalmente las formas gemelas de materia. Las reacciones de fusión por lo general convertían en energía un bajo porcentaje de la masa de combustible disponible; las reacciones materia-antimateria la convertía toda. Como resultado, la materia-antimateria era la fuente de energía más compacta conocida, produciendo, como Jerzy solía decirle a su hijo, tanta energía de un gramo como la bomba de Hiroshima.

Pero la antimateria era solo un peldaño en el proceso. Una vez que se creara y almacenara suficiente antimateria, se utilizaría para estimular las colisiones a muy alta energía necesarias para crear un solo punto de tal densidad de energía que la cuerda-tejido fundamental de materia y energía se tensaría y la estrecha garganta hiperdimensional del espacio-tiempo sería apretada hasta reventar, y nacería así una burbuja de deformación.

Zane siguió hablando sobre los pequeños retoques de ingenierías que su padre había tenido que idear y sobre cómo se había esforzado por moderar los gastos.

Nadie escuchaba. Se suponía que tenían que escuchar. Aquí en Cortez, aislados del mundo, con sus teléfonos e internet bloqueados, se esperaba de ellos que se

ganaran el sustento trabajando en un pequeño jardín interior, que mantuvieran el sistema de ciclo de aire que imitaba el soporte medioambiental de la nave, que buscaran y distribuyeran otras tareas fundamentales y, lo que era más importante, que aprendieran los unos de los otros. Estos ejercicios de aislamiento estaban destinados a ayudar a los candidatos a desarrollar unas habilidades que necesitarían cuando se enfrentaran al duro confinamiento de un vuelo espacial de larga duración. Por eso valía la pena escuchar. Bueno, Don Meisel observaba desde su posición en la parte de atrás de la sala y Mel Belbruno diligentemente hacía anotaciones. Pero los demás iban a alcanzar el punto de decisión; algo estaba pasando entre ellos, con sus miradas, sus movimientos de cabeza y sus sonrisas furtivas. Y entonces, como brisa en el maizal, un grupo de ellos descruzó las piernas y se levantó.

—Nos vamos afuera —anunció Kelly Kenzie—. Cincuenta días sin ver la luz del sol es suficiente. Venid si queréis.

Les daba esa información a los que no pertenecían al grupo: a Mel y a Zane. Pero miraba desafiante a Don.

Este cruzó los brazos sin levantarse.

—¿Y cómo lo vais a hacer?

—Hemos encontrado la salida que bloqueaste.

—Está al otro lado de la tienda —dijo Holle con una carcajada—. Mi padre decía que en sitios como este siempre te hacen salir por la puerta.

—¿No irá esto en detrimento del ejercicio?

—No necesariamente —respondió Kelly—. Nos premian por tener iniciativa. Creo que a Gordo Alonzo le decepcionará si no intentamos fugarnos.

—Tengo órdenes de velar por vuestra seguridad —dijo Don—, no de impedir que os comportéis como unos gilipollas. Haced lo que queráis.

Su rostro era inexpresivo. A Zane le daba la impresión de que desde que lo habían reasignado al Departamento de Policía de Denver, escondía muy bien sus emociones y nunca le contaba al grupo sus experiencias, lo que había visto y hecho.

Kelly sonrió de oreja a oreja.

—Hagámoslo.

Todos se apiñaron en lo que quedaba de la pequeña tienda del museo, con sus estanterías vacías y sus etiquetas descoloridas. Wilson había descubierto por dónde atravesar los paneles falsos que se habían usado para ocultar la puerta principal y usó una pistola táser modificada para inutilizar las cerraduras magnéticas que la mantenían cerrada. Cuando la puerta se abrió de golpe, sonó una alarma y se rieron nerviosamente. Pero más allá estaba la luz del sol, la calle, un trozo de cielo azul. Era algo a lo que no podían resistirse.

Todos se dieron prisa para salir, dándose empujones y riéndose, vestidos con sus

chillones uniformes. Zane también estaba contento de salir afuera, de sentir el sol en la cara y de respirar profundamente el aire fresco y vigorizante.

—Pareces feliz —le dijo Holle con una amplia sonrisa, y lo cogió del brazo.

—Siempre me siento más real al aire libre.

—Sé a qué te refieres. Pero en la nave estaremos encerrados años, no semanas. A veces me pregunto cómo lo llevaremos... Es mi teléfono.

Metió la mano en el bolsillo.

Sonaban todos los teléfonos. Habían revestido la estructura del edificio con conductores para convertirlo en una jaula de Faraday, un bloqueo de las transmisiones. Cora Robles era, de los candidatos, la que tenía ahora mayor número de fans o al menos eso decía ella; no perdía el tiempo y manejaba su ordenador de bolsillo a golpe de pulgar, respondiendo a semanas de mensajes. Zane, un tanto culpable, apagó su teléfono sin mirar la pantalla.

Se dio cuenta de que la gente los miraba.

La ciudad de Cortez era pequeña; otrora dedicada a la ganadería, a la agricultura y a la hostelería para los turistas que venían a ver las montañas, las cuencas y las mesetas donde la gente llevaba viviendo miles de años. Ahora la ciudad estaba atiborrada de refugios para los desplazados, de tiendas de campaña y de chabolas de cartón y de chapa ondulada, que llenaban las aceras y todos los espacios abiertos. Y había gente por todas partes, de pie en los umbrales o sacando la cabeza de las tiendas de campaña o caminando por las aceras y por las calles sin tráfico; algunos tiraban de viejos carritos de la compra y miraban a los candidatos. Pero estos, concentrados en sus teléfonos y ordenadores, apenas se daban cuenta de esas miradas.

Una niña se acercó a los candidatos. De unos nueve años más o menos, llevaba una camiseta descolorida de adulto atada a la cintura con un trozo de cordón viejo. Don la miró con recelo y con la mano apoyada en la porra que llevaba colgada del cinturón. Ella señaló a Kelly.

—Te conozco. Eres Kelly Kenzie.

La aludida miró a Cora con petulancia y sonrió.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi padre trabaja en Gunnison. Tiene un ordenador que permite ver lo que hacéis todos y leer vuestros blogs y todo eso. —Sonrió—. Me gusta observarte. Me gustan los colores que llevas. No vivo aquí.

—¿Quieres decir en Cortez? ¿Dónde, entonces?

—En Mesa Verde. En Cliff Palace.

Zane estaba perplejo. Había visto Cliff Palace, su padre lo había llevado una vez allí, viviendas construidas por los antepasados de los indios pueblo y picadas en la piedra. Ahora, ese lugar preciado y antiguo se había convertido en el hogar de esta niña andrajosa.

—Somos muchos —dijo ella con total naturalidad—. Tenemos televisión y todo eso. —Se acercó a Kelly con un valioso trozo de papel y un pedazo de carbón con el que escribir—. ¿Me firmas un autógrafo?

La cuestión era qué podían hacer en libertad. Dedicaron unos minutos a consultar los motores de búsqueda. Entonces decidieron dirigirse hacia la reserva Hawkins, a un par de kilómetros de allí. Este parque natural de unos cien acres había sido conservado por los concejales, que habían decidido que incluso los hijos de los refugiados necesitaban un lugar en el que correr y jugar a la pelota.

Así que hacia allí se fueron, dirigidos por Kelly y Wilson, siguiendo mapas interactivos que los llevaban hacia el sur por la calle North Market y después a la derecha hacia West Main, y a la izquierda por South Chestnut. La mayoría de los candidatos miraban sus pantallas en vez de la ciudad que los rodeaba, devorando las noticias y el correo, los cotilleos y la especulación.

Venus Jennings dijo:

—Siguen estudiando esa detonación en la nube de Oort...

Un telescopio apuntado hacia el espacio profundo, que se dedicaba a la búsqueda de exoplanetas, había captado fortuitamente un destello en el halo de núcleos cometarios que se alejaba lentamente más allá de las órbitas de los planetas, fríos y sin luz. Más tarde unas sondas habían informado de unos rastros anómalos de radiación y partículas de alta energía.

Zane preguntó:

—¿Entonces ya están seguros de que ha sido una explosión nuclear?

Venus se encogió de hombros.

—Eso es lo que mejor se ajusta a los datos. Alguien lanzó una bomba atómica ahí arriba y la accionó, o muchas bombas atómicas. Pero ¿quién? Los chinos, los rusos...

—¿Han podido ser los estadounidenses? —interpuso Wilson con sequedad—. Todo nuestro proyecto es un secreto.

—De acuerdo —dijo Venus—. Pero ¿por qué? El mundo entero se está anegando. ¿Por qué hacer saltar una cometa de órbita larga por los aires? ¿Qué sentido tiene?

Ninguno de ellos tenía una respuesta.

—Mierda —exclamó Mike Wetherbee—. El comité de selección del perfil de edad ha presentado sus recomendaciones.

Esto era mucho más interesante, algo que afectaría a todos. Se reunieron alrededor de él para ver y comenzaron a descargar datos a sus pantallas.

Los ingenieros sociales habían estado ideando formas para que la futura tripulación, cuyo número objetivo era ahora de ochenta personas, tuviera más posibilidades de una estabilidad social mientras se maximizaba la diversidad genética. Por ejemplo, hacía tiempo que se había decidido que no se aceptarían

familias, ya que representaban demasiadas copias de los mismos genes. No habría padres en el *Arca*, ni hermanos; de hecho, cada miembro de la tripulación, que sería lo más genéticamente distinto del resto como fuera posible, entraría en la nave solo.

Pero ¿cuántos años tendría que tener la tripulación? Una distribución uniforme de las edades, como en el mundo humano que habían dejado atrás, parecía lo más lógico. Pero una distribución así dejaría a cada individuo con solo un pequeño número de posibles parejas de su misma edad. Entonces los ingenieros sociales habían decidido maximizar las oportunidades de apareamiento de cada individuo y asegurar la diversidad genética del grupo como un todo: todo el mundo pertenecía a un solo grupo de edad, como diría un demógrafo. La idea sería esperar varios años antes de tener hijos —quizá incluso hasta después de llegar al planeta de destino— y así tener otro regimiento de niños, todos de la misma edad más o menos, que seguirían a sus padres en el gráfico de edad a un intervalo de veinte o veinticinco o treinta años. Y cuando ellos a su vez llegasen a la mayoría de edad, también verían que tienen más parejas potenciales donde elegir.

Así que ese era el plan. A medida que los candidatos iban asimilándolo, muchos de ellos parecían preocupados: Susan Frasier, por ejemplo, que a menudo hablaba de sus sobrinos y sobrinas y de su deseo de tener hijos, tarde o temprano.

Holle parecía horrorizada.

—Dios mío, qué viaje nos espera. Sólo nosotros, ningún adulto, ni niños, en un viaje interminable.

Wilson sonrió de oreja a oreja.

—¿No puedes afrontarlo, Ratón? ¿Quieres abandonar y quedarte aquí a enseñar a tus bebés a nadar?

—Qué gilipollas eres —dijo Holle, con sus intensas y largas vocales escocesas.

Zane se guardó sus dudas para sí mismo. Personalmente, le importaba un bledo tener hijos o no, aunque si acababa formando parte de la tripulación sería su deber transmitir sus genes. Pero estaba preocupado por la limitación de edad. Él estaba entre los más jóvenes del grupo. ¿Y si lo eliminaban solo porque su cumpleaños caía en el lado equivocado de algún límite decretado arbitrariamente? Era algo más por lo que inquietarse, otra preocupación inútil e incontrolable.

Vio por el rabillo del ojo que algo parpadeaban.

Se giró. Había sido hacia el norte, como un rayo o el reflejo del sol en una ventana giratoria. Algunos del grupo titubearon, distraídos por el destello o por los reflejos en las pantallas de sus teléfonos.

Ahora los teléfonos comenzaron a sonar de nuevo. Zane sacó el suyo del bolsillo.

Holle cubrió la mano de él con la suya. Ella tenía el teléfono sujeto a un lado de la cabeza.

—Espera, Zane. No lo enciendas.

Sentía cómo ese miedo eterno lo carcomía en lo más profundo de su estómago.

—¿Qué pasa?

—Harry Smith viene para aquí. Él te lo dirá. —Miró a su alrededor y se apartó un mechón de pelo de los ojos—. Tenemos que llevarte de vuelta al centro cultural. Don, ayúdame.

—Claro. —Don se acercó, brioso y competente.

Con Don a un lado y Holle al otro, los dos más altos que él, Zane se vio escoltado por la calle. Los demás lo observaron con compasión. Todo el mundo parecía saber qué estaba pasando menos él. Incluso la torpe atención que estaba recibiendo de Holle y de Don la sentía como una humillación. Era como si sus peores miedos se estuvieran haciendo realidad.

—¿Qué pasa? ¿Le ha pasado algo a mi padre?

—Espera a Harry —le respondió Holle, que no podía mirarlo a los ojos.

Y entonces oyó un estruendo, como el de un trueno lejano, que venía del norte.

Cuando llegaron al centro cultural, Harry Smith estaba esperando vestido con un jersey y unos pantalones negros. Ahora rondaba los cuarenta y era un hombre grande, fuerte y directo en cuanto a lo físico. Tenía una expresión seria. En cuanto Zane entró, Harry lo rodeó con su brazo y se lo llevó a una oficina, lejos de los demás.

A Harry y a Zane les llevó bastante tiempo conseguir que el televisor, los ordenadores y los teléfonos desentrañaran las noticias procedentes de Denver y que un desconcertado Zane asimilara la crudeza del asunto. En todo momento, no dejó de recordar una frase simplista: *un gramo de antimateria equivale a un Hiroshima...*

El accidente había ocurrido en las instalaciones del colisionador de su padre en Byers. Había habido un fallo en una trampa de antiprotones, una botella magnética. La cantidad de antimateria liberada había sido mucho menos que el gramo de Hiroshima, pero lo suficiente como para devastar algunas manzanas de la ciudad, destrozarse las instalaciones del colisionador, matar a una docena de trabajadores y dejar muchísimos heridos. La explosión había sido el destello que Zane había vislumbrado; incluso lo había oído, el sonido que siguió al destello después de unos largos segundos.

Al equipo de rescate le llevó unos minutos encontrar a Jerzy Glemp, que había estado trabajando en las instalaciones en ese momento. Sentado con Harry en el centro cultural, siguiendo la operación en las pantallas de los ordenadores, lejos, demasiado lejos, Zane veía cómo los paramédicos llevaban el cuerpo maltrecho de su padre al hospital. Y entonces comenzó la larga espera para tener noticias sobre su estado.

Dos horas más tarde, la fortaleza de Zane había desaparecido junto con su autocontrol. Harry lo rodeó de nuevo con el brazo. Zane se resistía, pero el profesor se mantenía firme y era un consuelo apoyar su cabeza contra la negra calidez de su jersey.

Entonces, dejó que Harry lo llevara hasta la enfermería que los estudiantes habían improvisado: un pequeño módulo con dos camas en una oficina, un lugar con más intimidad que los grandes dormitorios comunes, un lugar en el que solo por esta noche Zane podía llorar, dormir, estar solo. Harry le ofreció comida y bebidas calientes. Comió un poco. Cuando se quitó los zapatos y se echó en el camastro, sintió cómo se le cerraban los ojos, cómo sus pensamientos se mezclaban. Solo eran las siete de la tarde. No tenía sentido tener sueño, pero lo tenía. Se hizo un ovillo llevándose las piernas al pecho. Se dio cuenta de que Harry lo tapaba con una fina manta, bajaba el estor y apagaba la luz.

Soñó; era un sueño en el que él era muy joven y la figura de su padre se elevaba por encima de él. Estaba en su habitación en el edificio de la academia, el viejo museo de Denver, donde se sentía más seguro que en ningún otro lugar del mundo, seguro con sus libros y sus juguetes y ordenadores y su teléfono, esperando a que llegara esa hora preciada en la que su padre volvía del trabajo y podría jugar con él, si no venía con ganas de castigarlo.

No sabía cuánto había dormido. Cuando se despertó, la habitación estaba oscura.

Había alguien más en la cama, tendido sobre la manta, detrás de él, con las piernas pegadas a las suyas, con un brazo pesado y reconfortante encima de su cadera. Alguien fuerte.

—¿Papá? —Por supuesto que no era papá.

—Está bien —susurró Harry—. Solo quería asegurarme de que estabas bien. Me preocupo por ti, ya lo sabes. —Zane sentía su aliento cálido en la nuca mientras hablaba.

—Mi padre...

—Tendrán novedades mañana por la mañana. —El brazo de Harry subió por la cadera de Zane y apoyó la mano en el pecho del chico para atraerlo hacia él.

Zane vio que no podía moverse, como si estuviera atrapado en un sueño de inmovilidad.

Harry le susurró.

—Pobrecito.

—¿Por qué pobrecito?

—Bueno, hay cosas en el aire ahora. Tu padre puede que no se recupere. Y aunque lo haga, es probable que vuelvan a estudiar el proyecto. Ha muerto gente, Zane. —Movi6 la mano, tierna pero firme, y empezó a frotarle el pecho y el est6mago a trav6s de la camisa—. No puedes estar seguro de que haya un sitio para ti despu6s de esto. Ninguno de nosotros lo puede saber, no por ahora.

Ese miedo aciago empez6 a bullir dentro de 6l.

—No lo hab6a pensado de esa manera.

Harry lo hizo callar.

—Lo s6, lo s6. —Tir6 de la manta para estar los dos debajo de ella. Ahora Zane tumbado con Harry en la cama pod6a sentir el cuerpo de este a trav6s de la ropa. Harry se movi6, pas6 el brazo izquierdo por debajo del cuerpo de Zane y meti6 la mano por debajo de su camisa. Sus dedos recorrieron el pecho y la tripa del chico, bajando hasta la ingle—. Calla. No te preocupes.

—Pero mi padre...

—Discute con Edward Kenzie. No creo que este le perdone nunca por la forma en que ayud6 a la presidenta a aislar el proyecto. Lo que Edward quiere es que Kelly

esté en esa nave. Ahora no está en sus manos. Y está enfadado con tu padre por eso. Enfadado contigo. —Todo esto se lo decía susurrando en su oído. La boca de Harry estaba tan cerca ahora que Zane podía sentir cómo su barba de tres días le rascaba suavemente la nuca. Y seguía hablando, sin parar—. Y después está esa extraña demografía de la tripulación que están planeando, que todo el mundo sea de la misma edad. En cuanto lo vi pensé en ti, Zane. Eres un valor atípico en el grupo de edad. Hay tanto en tu contra, ¿verdad? —Las palabras eran más duras ahora y el aliento, caliente, le golpeaba la nuca.

Harry estiró el brazo derecho y cogió la mano de Zane. El chico se resistía, solo por un segundo, pero Harry era mucho más fuerte y le echó la mano hacia atrás, en la espalda, entre los dos cuerpos.

—Pero yo estoy aquí.

Tiró de la mano de Zane hacia abajo. El chico sintió una maraña de vello y una erección, caliente, y la piel, suave. Harry le hizo cerrar la mano alrededor del mango y empezó a empujar, sutilmente.

—Te defenderé —dijo él—. Te mantendré a salvo. Sin mí... sin mí... los otros se desharán de ti. Pero estoy aquí y siempre me aseguraré de que...

No duró mucho. Las palabras acabaron en jadeos y un estremecimiento.

Harry soltó la mano y Zane tiró del brazo. Tenía semen en la palma de la mano, caliente y viscoso. Se lo limpió con la sábana.

Harry se quedó un tiempo allí, con el brazo izquierdo todavía debajo del cuerpo de Zane. Entonces, quitó el brazo y besó al chico en la nuca.

—Ahora duerme.

Zane ya no sintió el peso de Harry cuando este se levantó de la cama y después oyó cómo este se volvía a poner la ropa antes de salir por la puerta.

Zane echó la mano hacia atrás en la oscuridad. La parte de la sábana donde Harry había estado tumbado estaba pegajosa, al igual que la parte de atrás de sus pantalones. Zane se levantó, se los quitó y los tiró al suelo. Después cogió la manta de la otra cama, se la echó por los hombros y se acurrucó en una esquina de la habitación, delante de la puerta. Se quedó allí sentado hasta la mañana siguiente, sin poder dormir.

Tres días después del accidente, Gordon James Alonzo ofreció una investigación preliminar en el edificio del capitolio en Denver. Para sorpresa de Holle, la llamaron a ella junto con Kelly Kenzie y Mel Belbruno.

El paseo a través de la ciudad, escoltados por Don Meisel, fue lúgubre. La urbe estaba ahora rodeada por perímetros defensivos e internamente estaba dividida en zonas de control, con barreras entre Auraria y el Lower Downtown y el centro financiero. El centro cívico era como una fortaleza. Don estaba alerta, cauteloso. Se temía que los candidatos pudieran ser el objetivo de algún ataque.

A Holle le parecía que los ánimos estaban cambiando, en general. La inundación había superado ya la altitud del punto más bajo de Colorado, un lugar llamado Holly en el valle del río Arkansas, un momento simbólico. El agua estaba llegando y el movimiento de refugiados hacia el interior se estaba intensificando. El Invesco Field, el Coors Field y el Pepsi Center se habían transformado no tanto en centros de tramitación como en centros de detención. La enfermedad de la patata había empeorado drásticamente la situación alimenticia. Y ahora el incidente de Byers había provocado tensiones. A medida que la inundación avanzaba implacablemente, las aguas parecían llevarse consigo cualquier esperanza, cualquier pensamiento optimista de que esta enorme convulsión pudiera llegar algún día a su fin. Por primera vez, la idea de que este era verdaderamente el fin del mundo se estaba tomando en serio, se estaba asimilando imaginativamente. Eso era lo que subyacía en todo el estrés, pensó ella. Y esa tensión se hacía sentir por el deprimente centro de la ciudad.

Magnus Howe los recibió en el capitolio del estado. Una vez que hubieron atravesado las barreras de seguridad, los escoltó a una sala de reuniones y les mostró cuál era su sitio en la gran mesa de negociaciones.

Holle miró a su alrededor con recelo. Gordon estaba sentado en la cabecera de la mesa. Detrás de él había una pantalla grande interactiva y rotafolios que resumían el estado de los diferentes aspectos del proyecto. Los asistentes tenían delante de ellos, encajadas en la mesa, pantallas y tabletas táctiles.

A un lado de la mesa se sentaba la gente de las Fuerzas Aéreas, de la NASA y del Gobierno. Al otro lado, estaban las figuras importantes de cuando antes mandaban los civiles en el proyecto, incluidos los padres de Holle y de Kelly, Liu Zheng y más gente del equipo técnico estaban sentados, impacientes y avergonzados. Algunos de

los presentes venían con asistentes que estaban sentados detrás de sus superiores, con la espalda pegada a la pared, así que la sala se estaba llenando.

El padre de Holle la miró y le sonrió. Llevaba sin hablar con él cara a cara desde el accidente. Todo el mundo había estado corriendo de un lado a otro, luchando por lidiar con las secuelas de la desgracia, preparándose para una revisión como esta y pensando en las opciones de recuperación y reelaboración del proyecto. Pero Holle sabía que por insistencia de Patrick y de Edward había representantes de los candidatos presentes en esta reunión crucial. Podrían no ser de mucha ayuda, pero en cierto modo todo el ejercicio era por ellos; tenían que estar aquí. «Aunque», como había dicho Kelly con pesimismo, «solo sea para oír que van a cancelar todo el cotarro».

Ya hacía calor en la sala. El aire acondicionado vibraba, incluso aquí en el edificio del capitolio. Todo se estaba averiando. Había unas jarras de agua sobre la mesa, que brillaban por la condensación, y Holle ansiaba poder ponerse un vaso pero no se atrevía. Mientras los asistentes iban entrando en fila, había silencio en la sala excepto por el ruido de las sillas o alguna tos esporádica. Todo el mundo parecía tan viejo, salvo los candidatos y uno o dos asistentes.

Al fin, solo quedaba un sitio por ocupar y hubo una pausa tensa. Entonces se abrieron las puertas, que sujetó un ordenanza de las Fuerzas Aéreas, y una paramédica vestida con un mono naranja chillón entró con una silla de ruedas. Jerzy Glemp iba sentado en la silla, con el cuerpo envuelto en una manta verde. Un parche le cubría un ojo.

Mientras lo colocaban en su lugar en la mesa, Patrick se inclinó hacia él.

—Jerzy, no deberías estar aquí. Los médicos insistieron en que te quedaras en el hospital.

—Bobadas. No me...

Jerzy comenzó a toser y eso hizo que su cuerpo se sacudiera. Holle pudo ver el dolor que cada espasmo le producía. La paramédica se acercó con una mascarilla de oxígeno, pero Jerzy negó ligeramente con la cabeza y ella se retiró.

—No me perdería esto por nada del mundo. —El hombre miró a su alrededor. Su único ojo bueno brillaba. Encontró a Holle—. ¿Cómo está mi hijo? No le han dejado verme.

—Creímos que era lo mejor —dijo Magnus Howe.

Jerzy le espetó:

—Le he preguntado a la señorita Groundwater.

—Zane está bien —le respondió Holle—. Pero... —Pensó en cómo el chico había estado en las horas posteriores al accidente, en cómo apenas hablaba con nadie, en cómo parecía que se quedaba en los rincones, que se aferraba a las sombras, cómo se había encerrado en sí mismo. Holle dijo al fin—: Está trabajando. Su trabajo es

bueno.

—Ah. Es todo lo que uno puede pedir, ¿verdad? Dile que lo veré en cuanto pueda.

—Lo haré.

—Bueno, ya estamos todos —dijo Gordo Alonzo, dando golpecitos en la mesa con una pluma gruesa y anticuada. Holle se preguntó distraídamente de dónde habría sacado la tinta—. Más tarde voy a ver a la presidenta Vásquez para comentarle mis sugerencias acerca del futuro del Proyecto Nimrod. Sospecho que en mi fuero interno preferiría dar por terminada esta charla ahora mismo y hacer algo más productivo. Porque, ¿sabéis qué? Creo que ya sé qué sugerencia le voy a hacer, a pesar de lo que se diga hoy aquí. Que cerremos el grifo de todo este jodido desaguisado.

—No tiene la autoridad para hacerlo —le dijo Patrick con vehemencia—. En cuanto a la estructura jerárquica y de mando...

Gordo se rió.

—¿No lo entendéis? ¡Estructura de mando! En este momento soy yo, amigo. Cuando vuestra botella magnética estalló se llevó con ella todo lo demás.

Kenzie dijo:

—También está el tema de la esperanza, coronel Alonzo. Del propósito. ¿Qué hará la administración, entonces? ¿Darles a los matones de Seguridad Nacional porras más grandes para repeler a los refugiados?

Gordo respondió:

—El mar nos va a cubrir a todos en unos pocos años, o antes, hagamos lo que hagamos, colega. No sé si dar falsas esperanzas es peor que no dar esperanza alguna. —Se giró hacia sus gráficos y pizarras—. Vayamos a lo esencial. Decidme cómo vais a llevar a cabo esta estúpida misión en el año 2040, que, dejadme que os recuerde, es dentro de cuatro años. —Miró a su alrededor—. ¿Quién quiere empezar?

Edward Kenzie habló de nuevo:

—Lo esencial es simple. Necesitamos poner en órbita una nave espacial con una tripulación no inferior a ochenta personas.

Se levantó con rigidez. Con la edad, se estaba volviendo más robusto y según Kelly sufría mucho de gota. Se acercó a uno de los rotafolios y pasó las páginas hasta que llegó a un plan de construcción.

—Empezamos desde cero a construir un centro de lanzamiento espacial en Gunnison, Colorado. —Tocó la pizarra y apareció una imagen: una sola torre de lanzamiento, garitas a su alrededor y montañas a lo lejos—. Con la intención de lanzar los conjuntos de los cohetes *Ares I* y *V*, tecnología diseñada para llevar a los humanos a la Luna y a Marte, algo que por supuesto nunca ocurrió. Teníamos que conseguir servicios de transporte, fabricación y almacenamiento de combustible...

—Bla, bla, bla —dijo Gordo—. De ahí ha salido hasta ahora uno, ¿verdad? Un

palo, un *Ares I*, no tripulado, hacia la órbita terrestre. ¿Cuántos lanzamientos crees que vais a necesitar para montar tu nave en órbita?

Liu Zheng contestó. Tocó una tableta táctil y aparecieron gráficos en la pizarra.

—Quince lanzamientos, señor. Cinco del *Ares V*, de la clase Saturno V, para grandes cargas, no tripuladas, y diez del *Ares I*, el llamado palo; cada uno de ellos llevaría de tripulación entre ocho y diez personas. El plan hasta ahora ha sido volver a vivir en la EEI abandonada, la estación espacial, y usarla de caseta de obra para...

Gordo hizo un gesto con la mano para que se callara.

—El plazo que tenéis para montar la nave en órbita sigue siendo 2040, ¿verdad? Habéis podido realizar un lanzamiento en los últimos cuatro años. Y pensáis que podréis llegar a los quince en los próximos cuatro. Quince lanzamientos. Y eso sin pruebas ni fallos. Y no habéis lanzado ni un solo *Ares V* desde Gunnison todavía. Y queréis volver a ocupar la EEI, una estación que lleva abandonada dieciséis años. Dios mío, en la NASA habríamos visto esa actividad como algo que les llevaría años a equipos enteros de astronautas entrenados. Y no es más que otra fecha en vuestra agenda... sin asignarle recurso alguno... nada. ¿Quién lo va a hacer? ¿El Ratoncito Pérez?

Patrick juntó las yemas de los dedos de ambas manos.

—Estamos en un punto en el que esperamos que nuestro programa vaya más rápido, ya que algunas etapas importantes de la misión...

—Tonterías —le cortó Gordo—. No es el primer proyecto hecho mierda en el que me he visto metido, señor Groundwater, reconozco todos los síntomas y ya he oído todo eso antes. La hemos pifiado, no hemos podido llegar a los objetivos marcados, ¡pero el futuro es optimista! Y os daréis cuenta de que todavía no he llegado al tema de la producción de antimateria. Refrescadme la memoria. ¿Cuánta antimateria necesitaréis para vuestra nave?

Liu Zheng respondió:

—Creemos que medio kilo. Puede que no parezca mucha cantidad pero esa es la densidad de energía de...

—Sí, sí. Echemos un vistazo a vuestras instalaciones de producción. —Gordo tocó el gráfico y aparecieron imágenes en directo del desastre que estaba teniendo lugar en Byers, a las afueras de Denver. El lugar donde había estado el acelerador era ahora un cráter de donde sobresalían trozos de paredes o una maraña de varillas de acero reforzado. El humo salía de una docena de incendios y los equipos de rescate trepaban por montañas de escombros con sus uniformes naranja chillón. En una parte se veía un campo de refugiados destruido, con sus tiendas de campaña tiradas. Alrededor de la zona del desastre se habían situado unos manifiestos harapientos, delante de una fila de policías, soldados y matones de Seguridad Nacional.

—Ahí tenéis vuestra fábrica de antimateria —dijo Gordo—. Un agujero en el

suelo, que nos habría salido más barato si hubiéramos tirado ahí una jodida bomba atómica. Dejarme que os diga algo. Salga lo que salga de este desastre, no creo que la presidenta Vásquez acepte que se vuelva a fabricar esa cosa en mitad de Colorado.

—Entonces estamos jodidos —dijo Jerzy Glemp, cuyo cuerpo se movía nerviosamente debajo de la manta—. Jodidos. El único propósito del proyecto es la burbuja de deformación, coronel. No podemos volar sin ella. Y no podemos crear una burbuja sin antimateria.

—Soy consciente de ello —le espetó Gordo—. Y también soy consciente de los atajos que tomó para poner su preciado acelerador de partículas en marcha, doctor Glemp.

Este se puso más nervioso.

—No sé a qué se refiere.

—Y una leche que no. He visto las pruebas documentales. Los que le han estado salvando el culo en su organización llevaban un registro de cada vez que los ha presionado para interrumpir alguna prueba, hacer caso omiso de una medida de seguridad, pasar un plan sin respaldo alguno. Si esto fuera un tribunal, tendría razones para procesarle.

—Es gracioso que usted nos reprenda por ir con retraso y que después me acuse de negligencia por intentar cumplir con los objetivos.

—Siempre estuvo fuera de su alcance —le dijo Gordo—. Este sueño de volar a las estrellas. Esa es la verdad, ¿no es así, doctor Glemp? Lo tuvo siempre más claro que los demás y siguió de todas formas, tan lejos y tan rápido como pudiera, a pesar de los riesgos...

Edward Kenzie se levantó de nuevo.

—Coronel, han pasado cuatro años desde que la presidenta Vásquez dio su discurso sobre Nimrod, su momento Kennedy. Usted estaba involucrado entonces y segurísimo que ahora también lo está. Pero ninguno de los problemas a los que nos hemos enfrentado desde entonces tiene nada que ver con usted... ¿es eso lo que quiere decir? —Apuntó con un dedo rechoncho a Gordo—. ¿Es ese su juego, coronel? ¿Echar culpas?

Jerzy estaba pasando apuros.

—Quiero decir... ah, déjenme hablar... —Su voz se quebró y le dio tal ataque de tos que todo su cuerpo comenzó a temblar.

Edward intentó hablar de nuevo y Patrick y los demás también. Gordo trataba de hacerles callar. Era una sala llena de gente mayor gritándose.

Holle dejó de prestar atención. Se sentía aturdida, agotada. No sabía que el proyecto iba tan atrasado ni que se estaban corriendo riesgos para acelerarlo. *Y todo por mí.*

Algo en la continua insistencia de Gordo en las fechas le hizo pensar. Para ella, la

inundación siempre había sido algo remoto, algo que les había ocurrido a otros. Ahora sentía como si el mundo se le viniera encima. En cuatro años, cuando las aguas llegaran a esta misma sala, ella tendría solo veinte. De repente, no era una versión futura y abstracta de ella misma la que tendría que enfrentarse a todo esto. Era ella la que tendría que enfrentarse al futuro y si el *Arca* fallaba era ella la que tendría que hacer frente a la pesadilla final, la desaparición del suelo que ahora pisaba. Sintió un profundo miedo en el estómago, como el miedo a caer. Miró a su padre al otro lado de la mesa y deseó estar más cerca de él.

Kelly la estaba mirando.

—Eh. No pasa nada. Superaremos todo esto. Al final, volaremos.

Y se volvió para escuchar la discusión, serena, segura de sí misma, fuerte. Por un instante, rivalidades aparte, Holle pudo ver por qué gozaba de tanta simpatía entre la gente que veía el progreso de los candidatos, sus vidas diarias.

Gordo cruzó los brazos e hizo callar a la sala.

—Entonces este es el quid de la cuestión. La manera en que habéis llevado este proyecto ha causado atrasos y, en última instancia, una catástrofe. De ninguna manera voy a probar la clase de programa de lanzamiento que tenéis aquí. Siempre ha sido una puñetera broma y ahora mismo es sin duda inalcanzable. A menos que se os ocurra alguna manera de proceder, el *Arca* no volará. Bueno, entonces ¿quién es el siguiente en hablar?

—Holle Groundwater —respondió Liu Zheng.

Holle dijo:

—¿Qué?

Liu parecía bastante tranquilo. Incluso sonrió.

—Señorita Groundwater, una vez en mi clase estuvimos cavilando sobre un problema de diseño que en ese momento parecía insuperable.

—Yo...

—El tamaño de la burbuja de deformación.

—Sí, lo recuerdo.

—En esa ocasión, planteaste una pregunta. No una solución, pero eso provocó un hilo de pensamiento que finalmente llevó a una solución. Era una buena pregunta. Quizá ese sea tu talento particular. —Su sonrisa se hizo más amplia, alentadora—. Ahora sería un buen momento para que hicieras esa misma pregunta de nuevo.

Patrick dijo:

—¿Qué demonios estás haciendo, Liu? ¿Cómo puedes ejercer tal presión sobre una chica de diecisiete años?

—Está bien, papá —dijo ella, aunque no estaba bien, en absoluto. Todos la miraban fijamente: su padre con ansiedad y orgullo, Liu con intensidad, Edward Kenzie con desconcierto... Kelly con manifiesta envidia. Podía sentir cómo el corazón le latía con fuerza, sentía la presión de la sangre en los oídos. Pensó que se iba a desmayar. Qué situación. Habla. Di lo correcto. Si no, en cinco años estarás muerta o pasando hambre en una balsa hecha de desechos plásticos—. Sólo es algo que mi padre solía decir. Si la respuesta no es la que buscas, quizá estés haciendo la pregunta equivocada.

Liu Zheng cerró los ojos y habló rápidamente.

—Sí. De acuerdo. Ahora tenemos dos obstáculos aparentemente insuperables. Primero: la antimateria. No podemos fabricar la que necesitamos. Entonces, ¿qué alternativas tenemos?

Jerzy gruñó:

—Si no puedes fabricarla, ve a buscarla. Sácala de alguna parte.

—Sí —dijo Liu asintiendo—. La pregunta es: ¿de dónde y cómo? Segundo: los lanzamientos. No tenemos tiempo para lanzar el *Arca* en quince piezas. Tiene usted razón en este punto, coronel. Por lo tanto, tendremos que enviar toda el arca en un solo paquete, en un solo lanzamiento. Ochenta personas con todo lo necesario para sustentarlos y todos los elementos del sistema de propulsión de la nave. Todo lanzado de una sola vez. ¿Cómo lanzar todo esto hacia la órbita terrestre de una sola vez?

Abrió los ojos y comenzó a darle al teclado que tenía delante de él en la mesa.

Jerzy estaba sonriendo, un gesto torcido debajo del ojo que tenía tapado.

—Ya entiendo lo que quieres decir. Esas son buenas preguntas. Y creo que sé dónde se puede conseguir antimateria.

Gordo no pudo evitar sonreír.

—¿Es esto alguna especie de trampa, viejo farolero?

—Soy más joven que usted, coronel.

—¿Dónde?

Y Jerzy dijo:

—En Júpiter y en Ío.

Júpiter, un mundo con la masa de trescientas Tierras, tan enorme que era casi una estrella. E Ío, la luna de Júpiter, que daba vueltas alrededor de su abotargado padre y tan cerca de él que las fuerzas de marea creaban una actividad volcánica continua. Cuando Ío daba vueltas a través del poderoso campo magnético de Júpiter, se creaba un tubo de flujo, una corriente eléctrica que conectaba Ío con la atmósfera superior del planeta, una corriente que recogía partículas cargadas y hacía que se estrellaran contra el aire jupiterino.

Kelly, que repasaba a toda prisa el material recogido en la pantalla que tenía delante de ella, lo entendió rápidamente.

—El tubo de flujo es un acelerador natural de partículas.

Jerzy dijo:

—Y como tal es una fuente natural de partículas de antimateria. Por supuesto que en la naturaleza tales partículas se aniquilarían con mucha rapidez al contacto con la materia, pero se cree que algunas terminan en los cinturones que rodean Júpiter, similar a los cinturones de Van Halen de la Tierra. Y si se pudieran recolectar...

—¿Cómo? —le espetó Gordo.

—Posiblemente con algún tipo de pala magnética superconductora —respondió Liu—. Una nave con velas magnéticas que pudieran atravesar el tubo de flujo y filtrar los antiprotones. La cantidad de antimateria es pequeña (en el sistema solar, esta clase de procesos solo producen tres o cuatro toneladas de antimateria por hora), pero la cantidad que vamos a necesitar también es pequeña...

Y el debate siguió, mientras los científicos, dejándose llevar por la idea, exploraban los recursos disponibles a través de sus ordenadores. Incluso Kelly y Mel se unieron, encantados de verse libres de la discusión posterior del accidente, por su final y su intensidad.

Holle simplemente se recostó en su asiento, desconcertada. Intentó seguir el vertiginoso debate, el breve resumen de la estrategia de una nueva misión surgida de la acalorada especulación. La atmósfera de Júpiter, saturada de radiación, era

demasiado letal para el ser humano. Ese valiente estatorreacor, que entraría en picado en la órbita de Ío para empezar a filtrar antiprotones, tendría que ser no tripulado. Pero podría estar controlado por una nave tripulada en órbita lenta y remota alrededor de Júpiter. Así que uno pasaría años en órbita, viviendo en un tanque; años en un lugar con energías inmensas y letales donde el sol era reducido a oscuridad; años esperando a recoger la antimateria necesaria para comenzar la misión propiamente dicha. A Holle eso le pareció horrible, repelente, totalmente inhumano. Y aun así, mientras los científicos hablaban, mientras Gordo dejaba que la gente siguiera hablando, esto era el consenso que estaba produciendo.

Pero, en primer lugar, ¿cómo llegar a Júpiter?

Como respuesta, Liu Zheng sacó un vídeo que proyectó en la gran pizarra blanca al frente de la sala. Solo duraba medio minuto y se reproducía una y otra vez. Rayado, borroso y difuso después de haber sido copiado en muchos formatos, mostraba un anciano sentado en una mecedora. Sostenía contra el pecho una especie de maqueta en el regazo. Parecía un proyectil, de un metro de largo, quizá, y de unos treinta centímetros de ancho. El anciano mostraba las características del artefacto. Ese carenado en forma de bala estaba hecho de fibra de vidrio y estaba lleno de pequeños agujeros que parecía que otrora habían alojado algún tipo de sensores. En la base había una placa curva de aluminio, como una bandeja para tartas o quizá una antena, que estaba conectada al cuerpo principal por un sistema de muelles, una especie de suspensión.

—Así es posiblemente como hagamos el lanzamiento —dijo Liu.

Jerzy Glemp se rió a carcajada limpia.

—¿En una nave espacial al estilo Julio Verne?

—No tiene nada que ver con Verne —dijo Liu—. Pero sí es una nave espacial, bueno, o una réplica de una nave espacial. —Congeló la imagen—. La impulsaban unos explosivos. Enciendes una carga debajo de esa placa impulsora. La placa es empujada entonces hasta el sistema de suspensión, que a su vez empuja el cuerpo principal hacia delante. Y enciendes otra carga y otra.

Imitó el proceso con las manos: la palma de su mano izquierda se curvaba para recibir las detonaciones y el dorso de la mano empujaba hacia arriba la mano derecha, que estaba cerrada en forma de puño.

—Bum, bum, bum. Con este modelo, las cargas eran del tamaño de pelotas de golf.

Gordo se tapó la cara con sus grandes manos.

—Ay, mierda, he oído hablar de esto. Mi padre me enseñó una película vieja rayada de esa cosa traqueteando hacia el cielo... ¿Cómo se llamaba?

—¿Estás sugiriendo que esta podría ser la manera de lanzar nuestra arca? ¿Qué tipo de explosiones necesitarías?

—Termonucleares —fue la respuesta de Liu.

—Dios mío —dijo Kenzie, que miró a su hija, horrorizado—. ¿En serio que estás sugiriendo que pongamos la última esperanza de la humanidad encima de una bomba nuclear?

—No solo de una bomba —dijo Liu, impasible—. De varias. Toda una cadena de ellas eyectadas detrás de la placa impulsora y detonada...

—Proyecto Orión —dijo de repente Gordo.

Al oír esto los demás empezaron a buscar en los archivos electrónicos.

Holle enseguida encontró que Orión lo había dirigido desde el año 1957 hasta 1965 General Atomic, una división de una compañía que había construido también de sueños extravagantes impulsados por la nueva tecnología de las detonaciones termonucleares, las energías del sol bajadas a la Tierra. Un «análisis dimensional», que llevaba la idea lo más lejos posible, predecía que habría sido posible enviar seres humanos a Saturno en 1970. Holle transmitió rápidamente el informe a la pizarra blanca.

—Esto es algo serio —dijo Kelly, extrañada—. Recibieron el respaldo de Los Álamos, Livermore, Sandia. Y mirad todos estos artículos técnicos: «Estudio sobre el problema del amortiguador». «Camino aleatorio de la trayectoria debido al desplazamiento de la bomba». ¡Algunos de ellos todavía no son información clasificada!

—Entonces ¿esto habría funcionado? —preguntó Gordo.

—Y tanto —dijo Mel Belbruno—. Quiero decir, y tanto, señor. Por lo que veo, nunca dominaron los detalles técnicos. Pero el concepto era sin duda sólido. Y sí que hicieron volar unos cuantos modelos de demostración con explosivos convencionales.

—Entonces ¿por qué no estábamos en Saturno en 1970?

—Porque —explicó Liu Zheng— para llegar a Saturno primero había que salir de la Tierra.

Durante los años setenta, una oposición creciente a las armas nucleares hizo que se viera el concepto Orión con recelo. La gota que colmó el vaso fue la insensata presentación al presidente Kennedy del modelo de un acorazado espacial con tecnología Orión, plagado de misiles nucleares. Kennedy estaba indignado.

—Así que la idea se dejó a un lado, pero nunca la abandonaron —dijo Liu—. Verán que la NASA desarrolló más tarde un sucesor llamado «Propulsión prolongada de plasma pulsado», más alejado de la tecnología de las armas.

—Supongo que siempre fue un buen concepto que buscar en la biblioteca —dijo Gordo—. Si alguna vez has necesitado conseguir algo grande para salir de la Tierra rápidamente. —Se frotó los ojos—. Creo recordar una novela de cuando era niño. Los alienígenas nos atacan y usamos la *Orión* para llegar a su nave nodriza. *Ruido de pasos...* algo así. Es una pena que no sea un puñado de alienígenas contra lo que

estemos luchando. Xenóbatos o salamandras o anfibios humanoides. En comparación, sería mucho más fácil.

—Hay, o hubo, una planta de armas nucleares cerca de Denver —informó Jerzy Glemp—. En Rocky Flats.

Gordo se rió.

—¿Por qué no me sorprende que lo sepa? Pero si la presidenta Vásquez no va a respaldar la idea de construir otra fábrica antimateria en mitad de Denver, ¿cómo voy a conseguir que apruebe que construyamos una jodida nave espacial con bombas nucleares?

—Y está la lluvia radioactiva —dijo Patrick con gran seriedad—. Si se hace ese lanzamiento en lo que quede de este país... no va a haber un solo sitio en el que no haya gente, en Colorado por supuesto que no.

—Si lanzamos en 2040, 2041 y 2042 —dijo Jerzy en tono grave—, eso ya no importará, señor Groundwater. Y me temo que los que queden aquí tampoco importarán.

La paramédica que controlaba a Jerzy había estado siguiendo el debate. Holle nunca había visto tanto desconcierto, tanto asombro en el rostro de una persona mientras ellos hablaban de naves espaciales impulsadas por fuego nuclear. Holle se preguntó si se habrían vuelto todos locos.

Holle había crecido con la inundación. No tenía recuerdos de la vida anterior, de cómo solía ser la política antes. Pero aun así, le sorprendió la velocidad con la que la presidenta Vásquez tomaba decisiones.

Solo dos días después de la sesión de Gordo, Vásquez apareció en televisión y en la web. Una vez celebrados los funerales y las ceremonias oportunas, dijo ella, el Proyecto Nimrod seguiría adelante. El *Arca* volaría, si era humanamente posible conseguir que eso sucediera. Esa fue su promesa a la tripulación y a aquellos que estaban trabajando en el proyecto. Y prometió además que no se repetiría el accidente de Byers, que la seguridad de la gente sería primordial. («Hasta el día del lanzamiento», murmuró Kelly Kenzie con cinismo).

Pero había que pagar las consecuencias. Parecía ser que la presidenta había tenido que hacer bastantes concesiones para convencer a los disidentes dentro de su propia administración del Proyecto Nimrod. Ella, Vásquez, no se presentaría de nuevo al cargo en las elecciones de ese otoño. Habría sido su sexto mandato. Se haría a un lado y apoyaría a su vicepresidente como nuevo candidato.

Y Jerzy Glemp sería apartado del proyecto que él mismo había iniciado y presentarían cargos contra él por su responsabilidad en el accidente de Byers.

En la academia, Holle era ajena a la reacción de los estudiantes, a sus gritos de alegría, a la manera en la que Harry Smith se abrió paso entre la multitud para llegar hasta un atónito Zane Glemp. En lo único en que podía pensar era en que el proyecto seguía adelante, en que construirían el arca. En que ella todavía podría llegar a volar.

Diciembre de 2038

Después de la última noche en el centro de entrenamiento de Boulder, los metieron a empujones en el achaparrado autobús que funcionaba con biocombustible y que iba a llevarlos al Wilderness para realizar un simulacro de accidente de un transbordador espacial: Holle, Kelly, Susan, Venus, Mel, Zane y el agente de policía Don, en su papel casi habitual de carabina oficioso. Don se sentó delante del todo, en el asiento del conductor, aunque era un autobús automatizado y tenía programado su camino hasta el lugar de entrenamiento. Kelly se sentó también delante, al lado de Don.

Holle se dirigió hacia la parte de atrás del autobús, donde la esperaba Mel. Bajó por el pasillo arrastrando los pies torpemente dentro de su traje protector contra ambientes hostiles de color naranja chillón. Hacía ya tres días que llevaban esos trajes en el centro de entrenamiento que habían establecido en el antiguo Centro Nacional de Investigación Atmosférica, con la capucha, la mascarilla y las gafas protectoras puestas en todo momento. Parecían médicos de camino a una zona infectada, pensaba ella distraídamente. Incluso Don se había prestado voluntario para llevar el traje lo que durara el ejercicio, aunque nunca iba a tener que hacerlo a regañadientes. Cuando se sentó, Mel le sonrió y le cogió la mano. Su rostro era casi invisible debajo de su máscara de respiración y sus rayadas gafas de plástico, y su calor humano no penetró las capas de guantes.

La enorme puerta se cerró con un silbido del sistema hidráulico. El autobús salió del aparcamiento del centro, flanqueado por dos vehículos blindados ligeros. Como la mayoría de los vehículos gubernamentales, el pesado autobús llevaba el suficiente blindaje como para amortiguar el impacto de un proyectil pequeño y las ventanas a prueba de balas eran tan gruesas que teñían de azul el mundo exterior.

El pequeño convoy subió por Table Mesa Drive y giró a la izquierda en Broadway, la antigua autopista 93, y pasó por delante del centro de tramitación de refugiados en el campus de la Universidad de Colorado. Holle vio que unos hilos de humo de las hogueras subían hacia el cielo en la zona del centro comercial de la calle Peral. Ahora, con diecinueve años, a veces deseaba haber podido ver cómo eran estas ciudades antes de que ella naciera, igual que en *Friends* y en *Frasier*. Giraron de nuevo a la izquierda en la avenida Arapahoe, y salieron de la ciudad en dirección oeste. Habían colocado rápidamente y mal malla metálicas, que ya se estaban oxidando, a lo largo de las carreteras principales, porque de otra forma las autopistas, ahora no muy transitadas, hacía mucho que habrían sido colonizadas por los cobertizos y tiendas de campaña de los desposeídos, y la ciudad se habría parado.

Cuando pasaron por delante, Holle vio a gente apiñada contra las vallas metálicas, hileras de rostros, niños vestidos con ropa que se había vuelto del color del barro o del color gris del cielo nublado de diciembre. Kelly Kenzie tuvo la cara de saludar con una mano enguantada. Los candidatos seguían siendo celebridades. Dos de los niños también la saludaron. Pero los adultos los miraban como si los candidatos, con sus trajes protectores, fueran visitantes de otra estrella. Algunos sujetaban unas pancartas improvisadas, en las que había un solo nombre, garabateado en trozos de cartón, plástico o tela: VÁSQUEZ. Después de renunciar a las elecciones de 2036, la expresidenta Vásquez, se había convertido en defensora declarada de los desposeídos de la nación. Habían estado proliferando teorías conspiratorias desde el asesinato de Vásquez en su casa, hacía tan solo una semana.

Recientemente había habido una nueva afluencia de desplazados. Cuando la subida del nivel del mar había superado los mil doscientos metros, la inundación había empezado finalmente a afectar seriamente al propio Colorado. Las aguas habían llegado hasta Burlington en la I-70 y hasta Lamar en la I-50 y los grandes ríos, como el Platte Sur y el Arkansas, estaban ahora afectados en su cuenca baja por las mareas. Los acuíferos estaban contaminados por agua salada y se decía que también algunos árboles y cosechas, incluso en Denver. Se estaba llevando a cabo otro traslado de los desplazados motivado por el pánico: estaban llevando a los desplazados de las comunidades de casas de tepe en las grandes llanuras hacia las tierras más altas y más pobres de Monument Ridge o de las Rocosas. Pero cualquiera que pudiera escaparse de las rutas oficiales se dirigía hacia el santuario de las ciudades. Y mientras tanto, algunos de los trabajadores del Proyecto Nimrod se iban yendo también para reclamar cuanto antes su lugar en lo que quedaba de terreno elevado.

El resultado era todos aquellos rostros, todos ellos anónimos, y cada vez más numerosos; y si escuchaban con atención sus voces podías oír acentos que venían de toda Norteamérica e incluso de fuera, de Sudamérica, Europa, gente de todas partes empujada por la inundación para ser arrastrada hasta esas frías mallas metálicas. Holle nunca olvidaba que si no fuera por una casualidad del destino, si su padre no hubiera sido listo o afortunado en las decisiones que había tomado en su vida, ella podría haber estado al otro lado de las vallas también. La chica se sintió aliviada cuando cruzaron los límites de la vieja ciudad y el apiñamiento de caras disminuyó.

Avanzaron lentamente por el bulevar Canyon, un camino con recodos y bordeado de rocas que se adentraba en las montañas. Unos doce kilómetros más tarde, llegaron a una comunidad llamada Boulder Falls, donde una cascada de veinte metros caía sobre las rocas. Incluso aquí, los campamentos de desplazados atestaban las calles hasta las mallas metálicas que protegían la carretera. Don dijo en alto que algunos de los desplazados tenían que montar sus chabolas tan cerca de la cascada que el agua

los rociaba día y noche. Se rió de su propia broma y Kelly le regañó. Don raras veces hablaba de su trabajo, pero Holle sabía que lo habían cambiado de sus obligaciones como policía de ciudad a control de la frontera y tramitación de desplazados, y ella podía ver qué le estaba haciendo eso a su alma. Pero él nunca mostraba amargura alguna, ni siquiera cuando estaba obligado a pasar más tiempo con el grupo de candidatos del que había sido excluido. El autobús atravesó lentamente con su escolta la ciudad sin detenerse.

El cañón se abría y daba a una llanura más amplia. Iban en dirección al pueblo de Nederland e irían más lejos todavía, hacia el terreno montañoso de Indian Peaks Wilderness.

Holle intentó concentrarse en el paisaje de fuera e ignorar el roce del traje. La idea del simulador era para que se acostumbraran a cómo podrían vivir y trabajar durante los primeros días y meses después de su aterrizaje en Tierra II. Su destino, todavía por decidir, se esperaba que fuera parecido a la Tierra, de lo contrario no tendría sentido ir allí, lo suficientemente como para poder salir afuera e ir de un lado a otro sin el traje presurizado. Pero casi seguro que se necesitaría un traje protector cerrado herméticamente. La presión parcial de oxígeno podría ser o demasiado baja o demasiado alta, podría haber diferentes toxinas flotando por ahí e incluso cabía la posibilidad de que hubiera algún peligro biológico que pudiera ir a por tu sistema, totalmente extraño para el planeta.

Pero Holle odiaba su traje. Supuestamente lo había fabricado AxysCorp en su base de alta tecnología en los Andes antes de que la invadieran los rebeldes y estaba hecho de un material inteligente diseñado para dejar que la piel sudara normalmente, mientras filtraba cualquier cosa dañina del ambiente. La mascarilla de la boca segregaba crema hidratante y un anestésico suave para calmar el roce con la piel. En el pecho y los hombros llevaba unas ligeras bolsas que contenían suministros para los filtros del traje y agua dulce y comida. Las gafas eran autolimpiables y eliminaban el vaho, y le habían parecido estupendas hasta que se rompieron.

Metida en esta cosa, tenía que sobrevivir sin reabastecimiento veinticuatro horas y con reabastecimiento indefinidamente; lo mínimo para los fabricantes era un mes. Entendía las necesidades de aprender a vivir y trabajar en esas condiciones. Pero después de unas horas dentro del traje siempre empezaba a sentirse como un gusano pálido y seco, mientras las articulaciones se le irritaban con el roce y la cosa se llenaba de su propio hedor. Los días del simulacro tenía la molestia adicional de sensores médicos pegados a la piel y la desconcertante presencia de diminutas cámaras sobre el hombro y el casco —incluso dentro de este último, para que pudieran verte la cara en todo momento.

A la mayoría de los candidatos no le importaba el aislamiento, ni siquiera la continua vigilancia. Hablaban en voz baja, y distraídamente tiraban de incómodos

pliegues que se les formaban en el traje. Habían crecido en ambientes cerrados y muy vigilados desde que se habían unido al programa, la mayoría de ellos, la mayor parte de sus vidas. Pero Holle esperaba que Tierra II fuera lo suficientemente benigna como para que ella pudiera quitarse los guantes y las botas, como para que pudiera relajar sus pies en el agua, tocar con los dedos tierra alienígena y quizá sentir la brisa en la mejilla.

Atravesaron Nederland, un antiguo pueblo minero que se había convertido en una atracción turística un tanto *hippie* para luego, como todo lo demás, transformarse en un campamento y un centro de tramitación para los desposeídos. Siguieron rumbo oeste hacia Brainard Lake. Desde aquí se podían ver las montañas de Wilderness en todo su esplendor y los candidatos se apoyaron contra las pequeñas ventanas del autobús para ver. El paisaje era espectacular y no era habitual disfrutar de unas vistas en las que no apareciera algún ser humano; estas faldas rocosas eran demasiado escarpadas como para que ni siquiera los refugiados más desesperados pudieran aferrarse a ellas. Pero en las montañas no había vida alguna, salvo los árboles marchitos; las cambiantes zonas climáticas habían hecho que las laderas fueran inviables. Aunque era diciembre no había nieve, a no ser en las vertientes más altas. En Denver no nevaba desde hacía un par de años.

A medida que se iban acercando al lugar del simulacro, Holle vio humo elevándose hacia el cielo, negro y aceitoso. Por fin se acercaron a lo que parecía ser una maraña de escombros dispersados por una llanura rocosa.

El autobús se detuvo y las puertas se abrieron con un silbido. Los candidatos salieron en fila y bajaron al suelo pedregoso. No portaban nada, solo los trajes, excepto Don que llevaba una bolsa de lona.

El autobús cerró sus puertas y arrancó, seguido por los otros vehículos. Holle se preguntó dónde estarían los ojos que los vigilaban, ya que en todo momento serían observados por su seguridad y el equipo de apoyo no estaría lejos.

Los candidatos miraron los escombros tirados por el suelo, el metal retorcido y los paneles de plástico, la maraña de cables y tuberías. Las cajas de las provisiones, que se habían fabricado con un material resistente para aguantar el impacto, estaban desperdigadas por todas partes. Alguien había hecho una hoguera donde el plástico reventaba y se derretía, de ahí la columna de humo negro. Era algo dantesco ver muñecos vestidos con trajes protectores tirados por el suelo, con sus extremidades de plástico rotas de forma poco natural. Algunos de ellos eran del tamaño de un niño de unos siete u ocho años y había un par de sacos de color naranja chillón, como bolsos de viaje, que eran protecciones para bebés. Que los niños fueran un elemento de ejercicios como estos era una novedad: seguían los últimos dictámenes de los ingenieros sociales sobre reproducción y demografía que habían conmocionado a todo el mundo.

Don sacó una férula de plástico de su bolsa y le hizo señas a Zane.

—Buenas noticias, colega. Estás herido.

Resignado, Zane apoyó una mano en la espalda de Don y metió la pierna dentro de la férula, que se infló rápidamente.

Don dio un paso hacia atrás, dejando a Zane en el suelo con su pierna mala extendida y entablillada delante de él, y se dirigió al grupo.

—Bueno, vuestro transbordador espacial se ha estrellado aquí en Tierra II. Podéis ver que todo vuestro equipo está desperdigado por todas partes. Estáis lejos de los otros transbordadores y no hay comunicación; a corto plazo no hay rescate posible. La presión atmosférica es normal, la gravedad es alta, pero el aire es irrespirable... ácido. Mantened los trajes herméticamente cerrados. Como podéis ver, hay heridos (Zane tiene una pierna rota) y algunos muertos. Me han dicho que el resto de vosotros deberá improvisar heridas y en general recordar lo hechos polvo que estaríais después de un accidente.

Kelly asintió.

—Es lo más sensato.

Siempre dispuesta, se arrodilló al lado de uno de los muñecos, utilizó una navaja

para cortar un trozo de la pernera del traje protector y se lo colocó a modo de cabestrillo, improvisando así un brazo roto.

—Eso es todo lo que sé —informó Don—. Haced como si no estuviera aquí. El ejercicio empieza ahora.

—Integridad del traje comprobada —dijo Kelly inmediatamente—. Formad parejas.

No hacía falta que lo dijera; la máxima prioridad era conservar con vida a los vivos. Rápidamente formaron parejas: Holle con Mel, Kelly con Matt. Susan, Venus y Zane formaron equipo, y las dos chicas se colocaron alrededor de Zane en el suelo.

Holle le echó un vistazo rápido al traje de Mel, en busca de heridas graves, y comprobó su panel del pecho. Para hacerlo más real, aplicó un poco de sellador de un tubo que sacó de una pequeña bolsa que llevaba en la pierna en un raspón inexistente en la nuca, y rellenó los compuestos del filtro de aire con un sobrecito que sacó de la mochila de su compañero y que metió por una ranura que tenía en el pecho. Mel le hizo lo mismo a ella; fingió un remedio para una presunta fuga ligando su traje justo por debajo del codo de uno de los brazos.

De pie con el brazo en cabestrillo, Kelly miró a su alrededor, comprobando que todos habían terminado. Ella asumía el mando de forma natural en situaciones como esta.

—Muy bien. Entonces nadie más va a morir en los próximos diez segundos. Matt, ¿podrías ocuparte de ese fuego? Ahora los heridos. Susan, ¿por qué no vas a ver qué puedes hacer por Zane? Veo que por ahí, debajo de esa pila de mantas, hay un botiquín. Los demás, echemos un vistazo a las demás bajas del accidente. Estad atentos a las heridas que vosotros tengáis.

—Sí, mamá —dijo Venus Jennings, y se rieron.

Holle trepó por los restos del transbordador. Tuvo que esquivar los focos de llamas y retrocedió ante los bordes afilados que parecían haber sido colocados por los que habían diseñado el ejercicio para pillar un brazo o una pierna desprevenidos. A medida que los candidatos se metían de lleno en el último de una larga lista de ejercicios-enigmas, Holle oía cháchara y risas contenidas. Pero ella encontraba la experiencia extrañamente incómoda. A veces pensaba que estaba aquejada de un exceso de imaginación. Podía imaginarse una escena así durante los primeros segundos posteriores a la llegada a una hostil Tierra II, bajo un encapotado cielo alienígena, con todos ellos completamente estupefactos y sus seres queridos perdidos para siempre, sabiendo que la muerte podía estar muy cerca. No quedaría nada de esa confianza briosa, de esas bromas murmuradas.

Encontró el cuerpo de una mujer, bocabajo, con el estómago atravesado por un fragmento de metal. Holle comprobó los monitores del traje de la mujer, que funcionaba casi en su totalidad pero no mostraba signos de vida. Se quitó el guante

exterior de modo que su mano estaba cubierta solo por un delicado guante interior muy ajustado con unas finas almohadillas en las yemas de los dedos. Metió los dedos dentro de un desgarrón que había en el cuello del traje de la mujer; no le encontró el pulso. Entonces le quitó un guante para buscarle el pulso en la muñeca.

Dio un paso hacia atrás e intentó darle la vuelta para ponerla bocarriba. El cuerpo pesaba más de lo que esperaba, puede que le hubieran dado más peso para simular la gravedad supuestamente más alta. Introdujo las manos debajo del torso de la mujer, se puso derecha y lo intentó de nuevo. Esta vez se movió, pero Holle tuvo que echarse hacia atrás cuando el trozo de metal que atravesaba el maniquí salió con fuerza hacia arriba. El retorcido fragmento del casco estaba clavado en una barriga en evidente estado de gestación.

—Dios mío.

Solo por un instante sintió cómo se le hacía un nudo en la garganta y le subía un líquido de sabor nauseabundo a la boca. Pero tragó saliva. Cogió una navaja y cortó el traje por encima de la tripa de embarazada. Entonces presionó la palma de su ensangrentado guante contra la ropa interior de la mujer y dejó que las almohadillas de las yemas de los dedos hicieran de estetoscopio.

Kelly estaba a su lado.

—¿Estás bien?

—Sí. Por un segundo me sobresalté.

—Esos diseñadores de simulacros son unos cabrones, ¿verdad? Siempre intentan pillarte. Pero en serio no creo que quieras vomitar en una de estas mascarillas. Sé de lo que hablo; eché mi desayuno ayer por la mañana, en el centro.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

Kelly se encogió de hombros.

—Supongo que fue algo que comí. No deberíamos ocuparnos de embarazadas. Cuando lleguemos al planeta no habrá mujeres embarazadas.

Kelly insistía mucho en el plan, fuera cual fuera en cualquier momento. Era un punto fuerte o débil, dependiendo de las circunstancias.

—Nada de embarazos si todo el mundo obedece las reglas —dijo Holle.

—Está bien, está bien, pareces Harry. Tenemos que entrenarnos para todas las contingencias. ¿Tiene pulso?

—No.

Y Holle agradeció no tener que llevar a cabo el truculento proceso de meter el cuerpo en un refugio hinchable para hacerle una cesárea de emergencia.

—Será mejor que me eches una mano con este niño de aquí. Mi brazo, ya sabes, era de esperar que me lo rompiera...

Llevó a Holle hasta otra víctima, uno de los maniqués que tenían el tamaño de un niño.

Los ejercicios habían empezado a incluir niños porque los ingenieros sociales habían decretado de repente que las mujeres embarazadas en el momento del lanzamiento podrían subir al arca. La idea era aumentar la diversidad genética a un coste adicional bajo en cuanto a volumen, peso y soporte vital durante el lanzamiento; podrían encargarse de los nacimientos durante el trayecto a Júpiter con apoyo de los doctores desde la Tierra. El resultado final sería, si se seguía el plan de la misión, un pequeño grupo de niños de siete a ocho años a su cargo cuando llegaran a Tierra II. Esta drástica decisión, que llegó de forma inesperada a falta de un par de años para el lanzamiento, había llevado a especulaciones descabelladas y a artimañas sexuales entre los candidatos.

El niño muñeco estaba tirado encima de una riostra del casco, con la espalda seguramente partida, y la parte superior del cuerpo la tenía atrapada bajo una masa enredada de restos.

—Los diseñadores del simulacro se han despachado a gusto con este pobre niño —dijo Kelly—. Deberían meter unos cuantos niños auténticos de ocho años en estos simulacros; no todos van a morir al llegar al planeta.

Holle se rió.

—¿Quién nos confiaría a unos niños?

Se agachó al lado del niño. Tenía el pecho aplastado y su pelvis parecía también machacada. Comenzó el espeluznante procedimiento de rigor y comprobó si tenía constantes vitales.

Cuando hubieron revisado todos los cuerpos, los sacaron de los restos del transbordador, los colocaron en fila en el suelo a unos metros del lugar del accidente y los taparon con un fragmento del carenado.

Esta vez Mel tomó la iniciativa. Miró al anodino cielo.

—Si el tiempo aquí en Tierra II coincide con el de la Tierra, entonces pronto va a ser de noche y tenemos que pensar en buscar refugio. Por la mañana, podemos desnudar a los muertos y deshacernos de los restos mortales. ¿Algún voluntario para decir algo por los muertos?

—Yo lo haré —se ofreció Susan Frasier gentilmente.

Kelly miró a su alrededor.

—Yo creo que deberíamos quedarnos cerca de los restos. Aquí nos podemos proteger del viento y no tendríamos que mover nuestras cosas: el agua, los recicladores de aire, las cajas con comida. Matt, ¿has podido apagar el fuego?

—Sí. No hay fugas tóxicas, ni derrame de combustible. Aquí estamos bastante seguros.

Mel asintió.

—Entonces montaremos los refugios aquí. Yo dirigiré un grupo. Venus... ¿llevas

tú el otro?

—Claro.

La norma en tierra, como en el espacio, era siempre seguridad a través de la superfluidad. Así que a pesar de que con solo uno de los refugios desplegados que llevaba la llave habría sido suficiente para el irrisorio puñado de supervivientes de este accidente simulado, dispusieron diligentemente dos, uno al lado del otro, en el lugar del falso accidente, tiraron de unas clavijas para que se inflaran los tubos, formando así cúpulas amplias y angulares. Los refugios eran de un naranja chillón, como sus trajes presurizados, y estaban hechos con material kevlar que rodeaba un armazón interno hermético. Los refugios se conectaron a unidades de energía, a filtros de aire y a recicladores de agua, todos recuperados del accidente y revisados en busca de algún daño.

Mel estableció que había que clavar pitones en el suelo pedregoso y atar cuerdas tensoras contra el viento, pero las lecturas simuladas de radiación y de luz ultravioleta ofrecidas por los sensores indicaban que no necesitaban nada más en cuanto a protegerse contra la radiación, como una capa de tierra sobre los caparazones de tela. Y decidió que por el bien de la moral, los refugios estarían unidos físicamente, separados por paneles de espesor simple que se cerraban con cremallera y daban a una esclusa de aire que comunicaba los dos refugios.

Con el lugar del accidente protegido y los refugios asegurados, la tripulación trepó dentro de las cúpulas con paquetes de comida y ropa de repuesto. Don se unió a ellos, rompiendo totalmente las normas del simulacro. Las dos parejas, Mel y Holle y Don y Kelly, se metieron en Alpha, como Mel llamó a su cúpula. Y Zane, Venus, Susan y Matt cogieron Beta. Debido a la simulada rotura de pierna de Zane, tuvieron que llevarlo en brazos al refugio atravesando la esclusa de aire.

Holle y Mel recorrieron alegremente su refugio, perdiendo de vista enseguida a Kelly y a Don. El interior era grande y espacioso, una obra maestra de la arquitectura desplegable, con paneles hinchables que dividían el refugio en sectores en forma de cuña y una columna central donde podían montar un cuarto de duchas, una cocina y llevar a cabo investigaciones científicas sobre el entorno planetario donde iban a tener que pasar el resto de sus vidas.

Pero todo eso podía esperar. Casi al azar, Holle y Mel se instalaron en uno de los sectores en forma de cuña. El techo inclinado era lo suficientemente alto, en el centro, para ponerse de pie. La luz provenía de gruesas ventanas con doble acristalamiento y un panel de pared que brillaba con fuerza.

Tiraron los fardos de mantas y ropa al suelo y se pusieron uno frente al otro. Con el sonido áspero del velcro, Mel se echó la capucha hacia atrás, se quitó las gafas, que le habían dejado unas marcas rojas alrededor de los ojos, y se apartó la mascarilla de la boca; se separó de la piel con un sonido de succión. Se pasó la mano por su cabeza

rapada.

—Menos mal.

—Apesta.

—Y a ti se te da muy bien quitarte lentamente el traje.

—Pervertido.

Agarró el panel del pecho y tiró; se soltó con facilidad y entonces ella le levantó la camiseta.

Él se puso manos a la obra con ella y empezó a abrir cremalleras y a desabrochar hebillas y cierres y a arrancar tiras de velcro. Estaban entrenados para quitarse rápidamente los trajes si era necesario y en segundos estaban desnudos. Él ya tenía una erección cuando alargó el brazo para tocarla y ella lanzó un chillido y se lanzó a él. Él solo necesitó una embestida para estar dentro de ella y ella entonces le rodeó el cuello con los brazos, él colocó sus fuertes manos debajo de sus muslos y empezó a caminar, flexionando los pies y dejando que la gravedad los uniera. Entonces, se fundieron en un beso y cayeron al suelo.

Como ocurría en muchos otros aspectos de sus vidas, habían practicado el coito diligentemente y lo dominaban.

Aunque conocía a Mel desde que los dos tenían trece años, cuando Gordo Alonzo les endosó a él y a Matt Weiss el grupo de candidatos, llevaban enrollados poco tiempo, unos meses. Holle seguía sin estar segura de por qué Mel había acabado convertido en su pareja, después de todas las relaciones breves e intensas que habían asolado el grupo de candidatos como una tormenta de fuego cuando tenían quince, dieciséis y diecisiete años. Su relación nunca había sido evidente, como lo había sido la de Thomas y Elle desde niños o la de Mike Wetherbee y Miriam Brownlee, unidos por el trabajo. Y Holle no era una catadora voraz como Cora Robles que, empezando por el pobre, desventurado y leal Joe Antoniadi, había ido probando la mayoría de los chicos solteros del grupo. Holle incluso había tenido una breve aventura amorosa con Kelly Kenzie, cuando se vieron aisladas en un ejercicio de entrenamiento en el desierto en la Uncompahgre Plateau. Las dos disfrutaron de la experiencia pero decidieron que una vez era suficiente. Quizá fue porque Mel había venido del exterior, después de haber pasado sus primeros doce años con su familia de las Fuerzas Aéreas en un ambiente bastante distinto al que Holle conocía desde los seis años. Quizá algo en ella ansiaba asentarse —irónico para una chica que posiblemente pasaría la mayor parte de su vida flotando entre las estrellas.

Se quedaron tumbados bajo una pila de mantas y bebieron un poco de zumo.

Y entonces empezaron otra vez. Esta vez Holle se puso encima. Había descubierto una variante de la postura del gato (que era un ejercicio de yoga en el que una se ponía a cuatro patas con la espalda arqueada) que lo volvía loco.

Después se pusieron un mono limpio de AxysCorp, cogieron algunos paquetes de comida y se fueron a buscar a los demás.

Como Holle había esperado, Kelly y Don los estaban esperando en la esclusa transparente, el estrecho cuello que conectaba los dos refugios. Zane y Venus estaban en Beta, en el lado opuesto, fácilmente visible a través de los paneles ligeramente empañados de la esclusa. Zane estaba sentado en una silla baja plegable con la pierna «herida» extendida delante de él; compartía un paquete de comida caliente con Venus. No había ni rastro de Matt ni de Susan.

Era evidente que Kelly y Don habían aprovechado su oportunidad como lo habían hecho Holle y Mel. Estaban sentados acurrucados, envueltos en mantas, bebiendo del mismo termo de plástico. Kelly se lo ofreció a Holle.

—Whisky de malta. Lo pasé escondido dentro del traje.

Llevaba su pelo rubio suelto y le caía por la espalda. Tenía los ojos soñolientos y una media sonrisa en los labios, y se le veía la curva de la espalda por donde la manta no le cubría.

Holle le sonrió.

—Eso es lo que llamo yo una cara de recién follada.

—Bueno, tú deberías saberlo.

Zane y Venus estaban concentrados en su comida y miraban hacia abajo. Holle lamentó haber hecho ese comentario.

Siempre que surgía el tema del sexo entre los candidatos, Zane, Venus y Matt se mostraban cohibidos. Que se supiera ninguno de ellos había mantenido ninguna relación con nadie de la academia. Holle había cuchicheado con Kelly al respecto una noche. Zane y Venus estaban muy unidos a Harry Smith. Puede que Matt también. Kelly le dijo directamente que pensaba que Harry tenía una especie de harén, de hombres y de mujeres. Holle tenía la sospecha de que podría ser verdad. Pero nadie del supuesto harén hablaba. Ellos eran los que tenían que librar sus propias batallas.

—¿Dónde están Matt y Susan? —preguntó Mel.

—Matt se fue por ahí él solo —respondió Venus—. A trabajar, creo.

Kelly frunció el ceño.

—Pasa demasiado tiempo solo. Le van a bajar la puntuación por eso.

En la abarrotada arca, no sería posible mantenerse aislado de la gente; se suponía que tenía que socializar.

—Y Susan ha salido —dijo Zane sin rodeos, con la boca llena de comida.

—¿Adónde? Mierda —dijo Don—. ¿No iría a ver a Pablo? —Pablo era un chico, un poco más joven que Susan, de uno de los grandes campamentos de desplazados que había cerca de Denver—. Debería mantenerse alejada de los postergados como él.

Kelly sacó la mano de la manta y le dio una palmada en su fornido brazo.

—No hables así de ellos.

—Bueno, el presidente Peery usa esa palabra —dijo Venus mirando a Don de forma provocadora—. Todos tus amiguitos del Departamento de Policía la usan, ¿verdad, Don?

—¿Y qué pasa si lo hacen? Solo es una palabra.

—¿Sigues yendo con esos de la Nueva Alianza?

—Eso es asunto mío —le espetó Don.

Los de la Nueva Alianza eran una red cuasi-religiosa cuya filosofía justificaba la supervivencia individual. Había salido de los círculos de los inmensamente ricos, a salvo en sus urbanizaciones cerradas como fortalezas y sus enormes embarcaciones. A diferencia de su predecesora, el presidente Peery apoyaba su credo y le hacía propaganda en sus discursos, como justificación del tratamiento de su régimen hacia los refugiados. El padre de Holle decía que la gente echaba mano de las justificaciones teológicas para explicar la crueldad que las circunstancias les obligaban a infligir y eso era lo que Peery les proporcionaba. Podría ser un consuelo para alguien como Don.

—Todo lo que dicen los de la Nueva Alianza me repugna.

Don le dio un trago al whisky, impertérrito.

—Todo lo que has oído, quizá. ¿Quieres venir conmigo de patrulla algún día?

—Ya basta —dijo Zane con aspereza—. Vamos a estar demasiado ocupados como para pelearnos. Nos han dado otro ejercicio para mañana. —Tenía un portátil a sus pies—. Os enviaré los detalles a vuestros ordenadores.

—¿Qué ejercicio? —refunfuñó Mel.

—Quieren que llevemos a cabo una revisión completa del sistema de lanzamiento, la etapa Orión. Las decisiones de ingeniería tomadas hasta ahora. Tenemos que volver con un informe retrospectivo sobre todo: el uso de polietileno frente al aluminio para forrar la placa impulsora, el sistema de amortiguación de dos fases, las inestabilidades no lineales que se crean cuando el flujo de plasma de una explosión nuclear se mezcla con productos ablativos turbulentos que quedaron de la explosión anterior, cómo podemos reducir los sistemas de IA para que se ajusten a la capacidad de los chips resistentes a la radiación de tecnología militar que tendremos que usar...

Kelly frunció el ceño.

—¿Qué tiene eso que ver con el simulacro? La *Orión* ya habrá sido descartada años luz antes cuando llegemos a Tierra II.

—Sí, pero habrá que llevar a cabo investigaciones científicas en Tierra II desde el momento del aterrizaje. Investigaciones sobre cómo mantenernos con vida, en primer lugar. Creo que quieren darnos trabajo académico útil que hacer en estas

condiciones... que pensemos detenidamente dentro de nuestros trajes. Ah, y nos han dado un columpio. Una hora al día para cada uno de nosotros, obligatorio, con nuestros trajes protectores puestos.

Más quejas. Pero un columpio, no más sofisticado que el de un niño, había resultado ser un buen simulador de lo que experimenta la tripulación de la *Orión* en vuelo, con una subida en la aceleración de varias fuerzas G cada pocos segundos coincidiendo con la explosión de cada una de las bombas debajo de la placa impulsora: subir, flotar, subir, flotar, como pasar por la parte de abajo del arco de un columpio.

Kelly enseguida llevó la conversación al tema que había dominado sus vidas desde que los ingenieros sociales les habían soltado la noticia: lo de permitir formar parte de la tripulación a las que se habían quedado recientemente embarazadas. Kelly, con su forma de ser competitiva y lógica, había pensado en ello con más detenimiento que los demás.

—¿Entendéis cómo nos afecta esto? Pensadlo por un momento. Decides hacerlo, ves que llega el día del lanzamiento, entonces dos, tres meses antes eliges a un semental al azar para que te deje preñada. Piensas que eso aumenta tus posibilidades. Estarás a punto de caramelo cuando llegue el día del lanzamiento, o eso es lo que has planeado. Pero entonces hay un aplazamiento. Digamos seis meses, nada radical. Pero eso significaría tu fin porque cuando el *Arca* despegue tendrás la tripa como un globo o puede que incluso, un bebé en tus brazos. Di adiós y ve a clase de natación.

—Estás hablando de dar a luz —dijo Venus—. Del vínculo entre madre e hijo. Los aspectos más fundamentales de nuestra humanidad. ¿Cómo puedes ser tan calculadora?

—Porque los ingenieros sociales nos han puesto en esa situación —respondió ferozmente Kelly—. Hay que tomárselo en serio, porque si tú no lo haces, lo hará alguna zorra pragmática de ahí fuera que jugará sus cartas mejor que tú y te robará el sitio.

—Digan lo que digan esos ingenieros, no tenemos que bailar al son que nos tocan...

Oyeron un chillido.

Venus se calló de inmediato. Había sido como el reclamo de un pájaro, amortiguado por las capas gruesas de tejido del refugio.

—Es humano —dijo Don.

—Susan —dijo Holle.

Don se puso de pie de un salto, dejando al descubierto las piernas y el trasero.

—Vamos.

Zane forcejeó con el cabestrillo hinchable que le inmovilizaba la pierna.

—Espera... los protocolos del simulacro...

Don tenía un arma en la mano. Debió de haberla guardado debajo de la manta.

—Que les den.

Corrió hacia la pared y tiró de la lengüeta de apertura rápida; el panel se desprendió. Contra un fondo de montañas y un cielo gris de final de la tarde, Holle vio gente y humo flotando en el aire. Don salió afuera a toda prisa, sujetando la manta alrededor de la cintura y el arma delante de él.

Los candidatos salieron de las burbujas naranjas adosadas que conformaban los refugios envueltos con las mantas. Ninguno de ellos iba armado, excepto Don.

Holle intentó comprender lo que tenía ante sus ojos. Una hilera de gente andrajosa avanzaba con cautela hacia los refugios. Iban armados, pero hasta donde ella podía ver, solo con antorchas, cuchillos y lo que parecían machetes. Eran todos adultos, pero Holle no podía calcular su edad en la tenue luz. Ni siquiera estaba segura de si eran hombres o mujeres. Se preguntó cómo habrían hecho para atravesar el cordón de seguridad de la academia. Era evidente qué querían. Los candidatos tenían refugios de buena calidad, ropa de abrigo y mantas, comida, agua limpia: un revoltijo de pertrechos que podrían transformar las vidas de estas personas.

En el medio de la hilera estaba Susan. Tenía el mono bajado hasta la cintura, poniendo al descubierto su ropa interior, su sujetador blanco; debieron de haberla pillado con Pablo. Tenía las manos atadas a la espalda y la cabeza echada hacia atrás porque una mujer le tiraba del pelo. Susan parecía bastante tranquila, e ilesa.

Don sujetaba su arma delante de él con las dos manos. Se le había caído la manta y mostraba su pálido cuerpo desnudo. No decía nada. Los demás se pusieron detrás de él.

—Lo siento —gritó Susan—. Me siguieron y cuando llegué adonde Pablo nos cogieron a los dos. Creo que él está bien. Lo golpearon...

—Está vivo —dijo la mujer que la sujetaba. Tenía acento californiano. Su voz sonaba joven, quizá no era mayor que la propia Susan—. No somos asesinos. Solo tenemos hambre.

—No os acerquéis más —dijo Don.

Se detuvieron. La mujer dio un paso para salir de detrás de Susan.

—Solo queremos...

Don disparó.

La cabeza de la mujer explotó, como una flor carmesí. Con un espasmo cayó al suelo. Como todavía agarraba a Susan del pelo, arrastró con ella a la chica, que cayó encima de ella, chillando. Los otros salteadores se quedaron de pie estupefactos, por un segundo o dos. En ese tiempo Don empezó a disparar a la fila de gente. Un disparo, dos, tres, una sola bala para cada víctima. Cayeron al suelo de tierra, su sangre de un rojo intenso. Antes de llegar a la cuarta, los otros se habían dispersado y huían. Don disparó una cuarta vez, una quinta, pero enseguida estaban fuera de su alcance. El chico empezó a hablar a su muñeca; debía de tener una radio implantada.

Holle fue la primera en reaccionar. Corrió hacia Susan. Estaba llorando y tenía el

hombro y el pecho derechos salpicados de sangre, de algo carnosos y pálido y lo que parecían fragmentos de hueso. Tiraba en vano de su mono. Holle la ayudó a meter los brazos por las mangas.

Kelly se puso delante de Don con la manta bien sujeta alrededor de ella.

—Los has matado —dijo ella—. Sin vacilar.

—Esos puñeteros postergados —dijo él rotundamente. Respiraba con dificultad pero aparte de eso estaba tranquilo. Holle se quedó estupefacta al ver que tenía una erección.

Kelly lo miró fijamente.

—A veces pienso que no te conozco en absoluto.

Y entonces, de repente, se apretó el estómago y lanzó un chillido. Se dobló del dolor. La manta dejó al descubierto sus hombros y su pelo rubio le tapó la cara.

Venus corrió a su lado.

—¿Kelly? ¿Kelly, cariño? ¿Qué te pasa?

Kelly tembló y vomitó. De su boca salieron unos hilos de líquido biliar. Miró a Venus, a Holle y después a Don, con su arma, desnudo.

—Mierda. —Se limpió la boca con el dorso de la mano—. Creo que estoy embarazada.

Septiembre de 2039

Cuando fue convocada la última evacuación de la academia, les dijeron a los candidatos que se reunieran en la ahora vacía sala de cine IMAX del antiguo museo.

Cuando llegó a la sala, Holle miró a su alrededor desesperadamente. El lugar era un caos y estaba atestado de policías, soldados de las Fuerzas Aéreas y zánganos del Departamento de Seguridad Nacional. El patio de butacas de la sala estaba lleno de gente y bártulos, que habían recogido apresuradamente. Los candidatos, con sus coloridos trajes y entre los apagados colores militares, destacaban como aves exóticas.

Vio a Kelly de pie cerca de la salida del cine con unos bultos amontonados a sus pies. Don Meisel estaba a su lado vestido con el chaleco antibalas de la policía y sostenía contra el pecho una pesada arma automática. Al igual que Holle, Kelly llevaba una pegatina en el pecho que ponía «B-6», el número del autobús blindado que se suponía que tenían que coger para salir de Denver. Kelly llevaba a su bebé, Dexter, de solo dos meses, colgado de una mochila portabebés de color rojo fuerte. Balanceaba al pequeño mientras le susurraba, y el padre miraba a su alrededor, tenso, nervioso. La paternidad había hecho que parecieran mayores de lo que eran: solo tenían veintiún años.

Holle se abrió paso entre la multitud, con su mochila a la espalda y en las manos unas bolsas de viaje grandes y de lona con lo que quedaba de las cosas de Kelly, la ropa y los pañales del bebé. Cuando llegó adonde estaba Kelly, dejó las bolsas a sus pies. Todo el mundo parecía estar gritando y Holle tuvo que hacer lo mismo para que Kelly la oyera.

—Creo que esta vez lo he cogido todo.

—Gracias, Holle. Eres una amiga de verdad.

—Ha sido un infierno llegar hasta aquí. ¿Por qué han cambiado los puntos de salida a la sala IMAX?

—No había otra opción —respondió Don—. Hay problemas en la entrada principal. Y demasiada gente quiere ir a por vosotros hoy. No podríamos garantizar vuestra seguridad. Así que tuvo que hacerse así.

Eso no era muy tranquilizador. Estaban desalojando la academia en medio del caos que suponía la evacuación de una ciudad entera. Mel ya se había ido a las nuevas instalaciones de los candidatos en Gunnison. Deseaba que estuviera aquí para apoyarse mutuamente como hacían Kelly y Don.

—Cuanto antes subamos a ese autobús en dirección a la 285, mejor.

—Recibido —dijo Don.

—¿Sabes algo de la prueba con la burbuja? —preguntó Kelly.

—Todavía no.

En medio del caos por el abandono de Denver, el Proyecto Nimrod seguía su obstinado curso. Hoy era la fecha prevista para una prueba sin tripulación con la burbuja de deformación. Habían introducido una pizca de antimateria en el morro de un palo *Ares* para crear una burbuja en la órbita de la Tierra. La burbuja saldría disparada a velocidades superlumínicas, pero no sin antes ser vista por observadores en tierra e instrumentos espaciales. A una parte de Holle le preocupaba ese momento crucial, aunque solo fuera una distracción de los problemas urgentes.

Edward Kenzie y Patrick Groundwater aparecieron afanosamente. Los dos llevaban los monos de AxysCorp sobre los que tenían estampado «B-6», lo mismo que Kelly y Holle.

—Gracias a Dios. —Patrick la agarró de los brazos y la besó. A ella le dio la impresión de que su padre parecía más tenso, más cansado, más canoso cada vez que se veían—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Es que, bueno, hoy es día laboral y no vas de traje. —Soltó una carcajada forzada—. Hace que todo parezca real.

—Bueno, es que es real —gruñó Edward Kenzie—. Y se hace más real cada maldito segundo. —Era regordete, decidido y estaba enfadado con la multitud de personas que estaban poniendo en peligro a su hija y a su nieto, y a su proyecto. Estaba escuchando a alguien por un auricular—. Están cargando nuestro autobús. La Guardia Nacional ha mantenido esta entrada despejada, pero han perdido el control de la entrada principal y está teniendo lugar una especie de batalla campal alrededor de la vieja entrada para grupos escolares. Es increíble lo en lo que se ha convertido todo esto.

—Eso es la inundación para ti —dijo Patrick—. Al final, llega hasta todos nosotros.

La salida se abría por fin. Era una pesada puerta de seguridad con la que habían sustituido a la puerta de entrada del cine. Cogieron sus bártulos y con andar pesado formaron una fila. Holle vio la luz del día por primera vez esa mañana y oyó gritos.

Se giró para echar un último vistazo a la sala. Un bosque de cables y poleas colgados del techo, de los que los candidatos habían estado suspendidos durante los simulacros de gravedad cero, montando los componentes de la nave espacial y yendo de un lado a otro con propulsores a chorro. Recordó cómo se lanzaban en picado como pájaros, riéndose, mientras sus tutores los observaban, sonrientes, desde abajo. Ahora dejaba ese paraíso y nunca más volvería a jugar a esos juegos. Se giró y salió a la luz del día.

Fuera el cielo estaba despejado, azul como los huevos de ciertos pájaros; era una hermosa mañana de otoño en Colorado, de las que según los ancianos raras veces veías ya. Las montañas Rocosas se alzaban hacia el oeste, serenas como siempre, imponentes ante la lucha humana. Pero Holle estaba estupefacta por el estrépito y por una penetrante peste a quemado.

Había gente por todas partes, enfrentándose a una hilera de policías y soldados de la Guardia Nacional. El número de gente era cada vez mayor alrededor de la entrada principal en el bulevar Colorado. La intención era llevar a los candidatos al sur de Colorado y ella podía ver que la calzada estaba despejada, un pasillo de vallas y alambres atendido por soldados apostados cada pocos metros. Los autobuses los esperaban en fila, todos ellos blindados, con las ventanas condenadas con planchas antibalas, y asomaban armas de unas troneras. En un costado sin pintar estaba su autobús con «B-6» rotulado torpemente.

Llevaron a los candidatos por un túnel de alambre hacia el cruce de Colorado con la avenida Diecisiete y los autobuses. Y, de repente, más allá del vallado, a solo un metro de la cara de Holle, estaban los hostiles, como Don los llamaba, la mayoría hombres jóvenes, pero también había gente mayor y mujeres y niños. Algunos de ellos, debido al enorme peso de la gente que tenían detrás, estaban aplastados contra la valla con tanta fuerza que la malla metálica en forma de diamante les marcaban la carne de manos y cara. Cuando reconocieron a los candidatos se oyeron una especie de alaridos. La turba empujó con más fuerza y el vallado comenzó a balancearse. Los soldados efectuaron disparos de advertencia al aire.

Kelly se estremeció.

—Dios mío.

—Sigue andando —murmuró Don, con su rifle automático preparado en las manos.

—Fallos estratégicos —gruñó Edward—. Estáis demasiado cerca de City Park y de su campamento de postergados. Debimos haberos sacado de aquí mucho antes del día de la evacuación.

—Pero no todos son postergados —observó Holle—. Mira, ese tío lleva el uniforme de la policía.

—Todo se está desmoronando —dijo Don en tono sombrío—. No hay sitio para todo el mundo en los nuevos campamentos fortificados de las montañas Rocosas. Aunque ayer fueras un empleado federal o un policía o un médico o un abogado, si pierdes en la votación en bloque pasas al otro lado de la alambrada, y de repente eres

un postergado, igual de despreciable que los demás.

Holle conocía el plan básico, la respuesta de la ciudad a la crisis final. Aunque los expertos decían que podría pasar un año todavía hasta las aguas lleguen a las escaleras del capitolio y el famoso grabado de «una milla de altura», Holle había oído que desde los rascacielos del centro de la ciudad uno podía divisar toda la ciudad y ver al oeste los picos desnudos de la cordillera Front de las montañas Rocosas y al este una luz trémula de color azul grisáceo, el océano que había anegado Estados Unidos. Y a medida que los estados del este se iban desmoronando, Denver, la ciudad más grande en mil kilómetros y la sede del Gobierno federal durante casi veinte años se había convertido en un sumidero de refugiados. Holle había visto imágenes vía satélite de las grandes rutas de transporte convertidas en caminos de un castaño sucio debido a las interminables columnas, cada píxel era un ser humano, de adultos con niños y ancianos, que tiraban de carritos y carretillas.

El presidente Peery y su administración ya habían huido, nadie estaba seguro de adónde, quizá al gran búnker de la guerra Fría que había en las profundidades de la montaña Cheyenne. La mayor parte de la población civil, aquellos seleccionados por las loterías y que habían optado por irse, estaban siendo conducidos hacia el oeste a nuevos refugios en las montañas Rocosas, ciudades de tiendas de campaña y paneles de plástico erigidos a toda prisa sobre lo que quedaba de terreno elevado. La principal ruta oficial de evacuación iba hacia el sur, a lo largo de la avenida Sexta que se había convertido en la US 6, y de ahí a lo largo de la carretera de circunvalación 470 hasta la I-70 y el oeste. A Holle y al resto de la gente del Proyecto Nimrod, sin embargo, los estaban enviando hacia el sur, por el bulevar Colorado a través de Glendale hacia Englewood y ahí cogerían la I-285 hacia el suroeste, donde algunos se desviarían hacia el centro de control de Alma o hacia el centro de lanzamiento de Gunnison. Ambos centros estaban bien abastecidos y fortificados.

Eso era lo más que el Gobierno podía hacer en aquella emergencia final, ya que la mismísima capital estaba invadida y el control sobre la gente y sus recursos empezaba a disolverse. Ese era el plan.

Pero Holle todavía no había subido al autobús.

—¿Ves esa columna de humo de ahí? —dijo Kenzie severamente—. Es el edificio del capitolio del estado ardiendo hasta los cimientos. Esta gente me pone enfermo. Deberían estar construyendo unas jodidas balsas. No pagando su frustración con los policías ni rompiendo cosas ni gritando a un puñado de críos.

El bebé de Kelly rompió a llorar.

Y el vallado se vino abajo.

Holle vio el destello de unos cortaalambres. La enorme presión que ejercía la gente hizo el resto. Cientos de cuerpos andrajosos cayeron hacia delante. Los soldados,

reaccionando a las órdenes que les gritaban, dieron un paso atrás y dispararon a la masa de gente arremolinada. La sangre salía a borbotones y se oyeron más gritos. Pero el peligro no venía del primer grupo de gente que cayó sino de aquellos que venían detrás, que se pusieron de pie y pasaron por encima de los cuerpos tendidos, armados con cuchillos, porras y machetes.

Holle vio todo esto en unos pocos segundos borrosos. De pie allí, estupefacta, ella seguía agarrando con fuerza su mochila.

Entonces de atrás llegó una aglomeración de gente cuando los pasajeros de los autobuses se iban arrimando, guiados por Don y otros militares.

—¡Subid a los autobuses! ¡A los autobuses! ¡Dejad vuestras jodidas cosas y subid a los autobuses!

A Holle le costaba mantener el equilibrio, avanzar. En la aglomeración, le habían arrancado la mochila que llevaba a la espalda. No sabía dónde estaba su padre.

Los postergados se iban acercando. Ahora los candidatos se defendían, usando los puños y los pies. Vio a Wilson Argent con su traje chillón dándole un puñetazo en la cara a un postergado que intentaba sacarlo de la cola.

Pero ella ya estaba cerca de los autobuses. El primero de ellos en realidad se estaba marchando, con las puertas y ventanas cerradas, moviéndose resueltamente con gente agarrada a las puertas y al techo blindado. Holle estaba a solo unos metros del autobús B-6, pero una masa de gente todavía le bloqueaba el camino.

—¡Holle! ¡Aquí! —Era su padre. Por encima de las cabezas de la gente que luchaba por abrirse camino vio que había subido al autobús. Se estaba agarrando con una mano a una barra y la otra la tenía extendida hacia ella—. ¡Holle! ¡Cógete de mi mano! Vamos...

Holle se lanzó a través de la muchedumbre, forcejeando y empujando. Si pudiera llegar hasta su padre, estaría a salvo. Alargó la mano. La de su padre estaba a medio metro de distancia.

Oyó el grito de Kelly, que venía de algún lugar a su izquierda.

—¡Soltadme!

Dos postergados la tenían sujeta. Intentó pegarles un puñetazo, pero al estar agarrando a su bebé, poco podía hacer.

Holle ni se lo pensó. Se echó a la gente y con el impulso dejó atrás a Kelly, que se había zafado de sus captores. Holle le asestó un gratificante puñetazo en la cara a un postergado: un hombre de mediana edad con la cara ensangrentada lleno de suciedad pero bien afeitado, un detalle desconcertante.

Pero él no cayó. La cogió de los hombros y la sacó por la fuerza del tumulto. Ahora más manos la agarraban de los brazos, las piernas, incluso alguien cogió un manojo de su corto pelo, y llegó hasta una maraña de cuerpos y piernas retorcidos. La estaban alejando del autobús, de su padre. Presa del pánico, luchó. Le daban patadas

y puñetazos. Nadie reaccionaba a sus gritos porque todo el mundo gritaba.

Entonces la tiraron al suelo, todavía rodeada por la turba. Entonces vio encima de ella un rostro, el rostro de un hombre, bien afeitado. Era el hombre al que había atacado.

—¡Lo siento! —le gritó—. ¡Lo siento! Es para mi hija. Intenta entender...

Sintió manos en el cuello, en la cintura, le estaban arrancando la ropa.

Sintió un dolor punzante en la cabeza.

—Será mejor que te pongas eso.

Sentía una brisa en la cara. Algo duro, un bulto bajo sus espaldas. Sensaciones incompletas. Sentía en los labios unos hilitos de agua, rancia, ácida. ¿Estaba alguien haciendo el tonto? ¿Wilson o Kelly, quizá?

Pero no estaba en la zona de dormitorios. Sacudió la cabeza, intentando escapar del hilo de agua y soltó un gemido. Le dolía la cabeza.

Abrió los ojos. Vio un trozo de cielo azul entre las paredes de dos edificios altos. El agua que le daba en la cara venía de algún desagüe en lo alto de la pared de arriba.

Asqueada, se dio la vuelta. Con cada movimiento, veía destellos de luz cegadores. Estaba sentada en el suelo de tierra, encima de unas losas. Y llevaba puesta solo la ropa interior.

—Mierda. —Y se tapó el pecho y la entrepierna con los brazos.

—He dicho que será mejor que te pongas eso.

Se volvió. Había alguien sentado a la sombra, apoyado contra una pared. Estaba descalzo, llevaba unos vaqueros raídos y una chaqueta con un logo tan gastado que casi era invisible. Su pelo era una mata negra y su barba era escasa. No tendría más de diecisiete o dieciocho años. Le estaba mirando fijamente el pecho.

—Deja de mirarme.

—Bueno, tú eres la que lleva las tetas fuera. Te lo vuelvo a decir: deberías ponerte eso.

Era latinoamericano, le pareció a ella, con un ligero acento en su voz.

Ella buscó y encontró una pila de ropa sucia a su lado, una especie de mono y una camiseta. Apestaban.

—Esta ropa no es mía.

—Lo sé. El tipo la dejó cuando te abandonó aquí. Me dijo que eran de su hija. Dijo que lo entenderías.

Ella se quedó mirando.

—¿Dónde está mi ropa?

—Él se la llevó. El tipo con la hija. Era ropa vistosa, roja y azul, ¿verdad? Me sonaba tu cara. Eres una candidata. ¿Qué se siente al ser famoso?

Oyó gritos, silbatos, interferencias de radios en algún lugar cercano. Ladridos de perro. Holle se quedó mirando la ropa sucia sin entender.

—Ese tipo... ese hombre. ¿Qué intentaba hacer? ¿Fingir que su hija es una candidata? ¿A quién cree que va a engañar? Nos conocemos todos. Nuestras familias, nuestros tutores... incluso vosotros nos conocéis.

—Eso es verdad, pero hoy es un día algo confuso, ¿no crees? Mucha gente va a terminar en el sitio equivocado hoy. No podemos culparlo por al menos intentarlo. Y no te ha hecho mucho daño. Te ha dejado las botas.

Y ella vio que así era; sus botas azules de goma seguían ahí, al final de unas piernas desnudas.

—Por supuesto —dijo el chico latinoamericano—. Y yo también te las dejé. Claro que el azul no es mi color. —Soltó una carcajada y Holle vio que le faltaban dientes—. Ahora ponte tu ropa.

—Esta ropa no es mía.

—Bueno, eso se lo puedes decir a los de la redada cuando vengan, ¿eh? Están yendo manzana por manzana.

Se puso de pie con rigidez y se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—¿Qué redad? ¿Dónde estoy?

—Esquina de Garfield con East Colfax.

Solo a un par de manzanas de City Park, donde estaba el museo. Se puso de pie e ignoró el retumbante dolor de cabeza. Podía oír que los silbatos y los perros se acercaban. Si pudiera hablar con la policía quizá la podrían escoltar de vuelta con su gente, y la pesadilla se habría acabado.

El chico la estaba mirando fijamente de nuevo. Holle no podía quedarse de pie en sujetador y bragas. Cogió la ropa sucia y se la puso.

—Seré la protagonista de tus pensamientos pornográficos esta noche, ¿verdad? —le espetó ella.

Él se encogió de hombros.

—Podría haberte quitado las botas. Estabas fuera de combate. Podría haberte hecho daño. Podría haber sido peor haberme conocido. —Los silbidos y ladridos eran más fuertes. Se giró para mirar hacia el extremo norte de la calle—. Vienen por ahí, creo. Escucha. Diles que sabes mezclar hormigón.

—¿Que les diga qué?

—Recuérdalo. Eh, aquí viene la pasma.

Un escuadrón militar, la Guardia Nacional quizá, dobló con paso firme la esquina del extremo norte de la manzana. Llevaban chalecos antibalas y cascos que ocultaban sus rostros. Sin dar crédito a lo que veía, Holle vio que llevaban una red, como una red de pesca, sujeta a dos palos y estirada a lo ancho de la manzana. Detrás de ella oyó el rugido de motores y cuando se giró vio un camión, de esos de granja, que se detenía en el extremo sur de la manzana. Bajaron más soldados y formaron una fila delante del vehículo. Llevaban porras y empuñaban revólveres y tenían perros que ladraban e intentaban morder.

La gente empezó a salir con cuentagotas de las casas, algunos harapientos postergados que debían ser ocupas, pero otros parecían residentes habituales,

personas mayores, una pareja joven con un niño de unos diez años. Algunos llevaban sus pertenencias, otros salían con las manos vacías, desconcertados. No había muchos, unos veinte. Holle supuso que muchos ya se habían ido, intentando unirse al éxodo oficial en dirección oeste.

Sacaron a una familia a la fuerza de una casa. Una niña, solo una adolescente, sujetaba con fuerza a su perro, un chucho desgredado. No se permitían mascotas en las evacuaciones. Quizá por eso la familia se había negado a marcharse. Al final, un soldado cogió al perro y lo estampó contra la pared. El padre de la niña la sujetó cuando la niña entró en cólera y empezó a llorar.

Y aquella red comenzó a barrer la calle, paso a paso, inexorable como la inundación misma llevándolos a todos hacia el camión que esperaba.

Holle se abrió paso entre los hoscos civiles hacia la red. Ninguno de los soldados parecía un policía. No podía ver sus caras y tenían los ojos ocultos detrás de una pantalla.

—¡Eh! ¿Me podéis ayudar? No debería estar aquí.

Se oyó una carcajada. Los soldados no rompieron el paso y Holle tuvo que retroceder.

—Ninguno de nosotros debería estar aquí, señorita. ¿Qué vas a hacer?

—Soy una de los candidatos.

—Sí, pinta de eso tienes.

—Debería estar en los autobuses que van a Gunnison. Puede que todavía esté a tiempo. Soy Holle Groundwater. Mi padre es Patrick Groundwater, que...

—Sí, y yo soy la teta izquierda de Kelly Kenzie. Súbete al maldito camión con todos los demás.

Holle miró a su alrededor y vio que la gente que habían sacado de sus casas subía dócilmente a la parte de atrás del camión. No podía estar sucediéndole eso. A toda esa gente, sí. Pero no a ella.

—¡Soy una de los candidatos! Eh, escuchadme, idiotas...

De la nada salió una porra, blandida por una mano enguantada, que le golpeó la cara. Ella cayó al suelo. Puede que por un segundo perdiera de nuevo el conocimiento. La fila se le venía encima. La pesada red se arrastraba por el suelo. Intentó moverse pero no pudo. Le dieron una patada en el pecho con la que la sacaron de en medio, rodando como un tronco podrido.

Alguien estaba tirando de ella.

—Vamos. Arriba. Muy bien...

Apoyada en el brazo de la desconocida, se puso de pie y consiguió alejarse tambaleante del avance de la fila de soldados, un metro, dos metros. Ahora estaba casi al lado del camión.

—¿Estás bien, querida?

La persona que le había ayudado era una señora de unos sesenta años, fornida, con una mata de pelo gris. Llevaba un abrigo grueso, una mochila a la espalda y unos zapatos macizos. Al menos ella se había preparado para el momento.

—¿Bien? —repitió Holle—. Yo...

—Lo sé. Ninguno de nosotros está bien hoy, ¿no es así? Y ahora hemos llegado a esto. —La mujer subió por una pequeña escalera a la parte de atrás del camión. Alargó la mano y ayudó a subir a Holle—. Vivía aquí con mi marido desde antes de la inundación. ¿Sabes? Era nuestra primera casa pero nunca pensamos en quedarnos aquí. Queríamos vivir en un lugar más agradable en las afueras cuando pudiéramos permitirnoslo. Ese era el plan. Bueno, eso nunca ocurrió. Pero no me quejo y tampoco Herb se quejaba antes de que la tuberculosis se lo llevara en 2035. Lo hemos tenido más fácil que muchos en este mundo de sufrimiento, ¿verdad?

Más civiles subieron al camión y los soldados lo cerraron. Holle miró a su alrededor en busca del chico latinoamericano. Seguía en la calle rodeado por los soldados.

—¿Qué haces? —gritó Holle.

Él se encogió de hombros y dio un paso. Tenía una pierna atrofiada y una marcada cojera.

—No puedo andar, no puedo trabajar. Nunca he podido. Tramitación especial para mí. Recuerda lo que te he dicho.

El motor del camión arrancó ruidosamente y avanzó con un movimiento brusco. Holle miró hacia atrás y vio que las tropas se presentaban para repetir la redada en otra manzana, con su red y sus perros y otro camión vacío. Y al chico se lo llevaban y desaparecía entre las sombras.

Holle iba de pie con los demás en la parte de atrás del tambaleante camión, con el débil tufo a biocombustible del tubo de escape, no en dirección sur ni oeste hacia la I-285 y Gunnison, sino hacia el otro lado, en dirección este por East Colfax y después norte por la calle Quebec, hacia la I-70, la ruta principal desde el este. Después de avanzar unas manzanas, se unieron a un convoy más grande, de camiones en su mayoría, que llevaban civiles, aunque algunos estaban cargados de tropas y otros equipos.

Holle vio tropas en acción por todas partes, la Guardia Nacional, el Ejército, agentes del Departamento de Seguridad Nacional y la policía, guiando flujos ordenados de civiles hacia el oeste, o juntaban más personas descartadas como sus propios compañeros y metían a los grupos de resistencia en tiroteos. En un lugar vio que los quitanieves, bajados de las carreteras de montaña donde ya no caía la nieve, conducían a la gente por las calles de la ciudad. Y en los distritos abandonados, vio cómo provocaban incendios y colocaban minas. En Sandown, cerca de la vía del tren,

vio el contorno despuntado de un tanque.

Mary Green, la señora que la había ayudado, creía saber qué planeaba el Gobierno.

—Han abandonado Denver y todo el mundo se ha ido en dirección oeste. Para lo único que utilizan la ciudad es para bloquear los flujos de refugiados que vienen del este, porque si no, nos perseguirían y lo anegarían todo, como una plaga de langostas.

—¿Así que por eso están colocando minas? ¿Para matar a la gente?

—Bueno, no deberíamos estar aquí, ¿verdad? —dijo la señora Green razonablemente—. Este no es su sitio, de dondequiera que vengan. Nosotros no nos iríamos, al menos en meses, si no fuera por todo esto. No deberían haberse quedado en casa y haberse construido unas balsas.

—¿Adónde vamos?

—Creo que enseguida lo sabremos, querida.

El camión llegó a una carretera de tierra que daba a la I-70 y giró dirección este. Había algo de tráfico militar en el único carril que seguía abierto. En los otros carriles, había columnas de gente a pie que se dirigían con paso seguro hacia el oeste, supervisados por las tropas y la policía en coches y camiones.

Llegaron a una intersección de la I-70 con la 470, el mosaico de calzadas que conformaba la carretera de circunvalación de Denver. Pero la intersección había sido dinamitada, los pasos elevados se habían derrumbado y los escombros bloqueaban la calzada. Un vallado metálico con torres de vigilancia se extendía de norte a sur a lo largo de la 470 por la que no pasaba vehículo alguno. Más allá de ese vallado, Holle vio más alambrada y figuras en movimiento recortadas contra el cielo hacia el este y oyó gritos en la distancia.

Los camiones se detuvieron y les hicieron bajar.

—Ayúdame, querida, tengo los músculos agarrotados de estar de pie todo el trayecto.

La gente de los camiones formó una fila y fueron llevados a una especie de cercado. Era como una barrera de peaje. Holle observó que, después de una rápida evaluación, los dividían en cuatro filas. La gente avanzaba dócilmente, sometiéndose al veredicto que le hubieran dado.

Holle y Mary Green se pusieron en la cola como el resto.

—¿Por qué no fue hacia el oeste con los otros, señora Green?

—Todos tenemos nuestra función. ¿No has oído el último discurso del presidente? Tienes que caminar hasta las montañas Rocosas. Allí ayudarás a construir nuevas ciudades y esas cosas. Yo no puedo hacerlo, no a mi edad. Pero tampoco me podía quedar en casa, ¿verdad? Así que aquí estoy, haciendo lo que puedo para proteger a los demás. El presidente ha prometido que nos ayudará una vez pase la crisis.

—¿Proteger a los demás? ¿Cómo?

—Hay muchas formas de luchar. —Mary Green la miró. El polvo de la carretera se le había pegado a la cara llena de crema solar, y su tono de voz se volvió severo—. No sabes nada, ¿verdad? Puede que de verdad seas una candidata. Siempre he pensado que no les estaban enseñando nada que valiera la pena. No sé qué tienen pensando para ti nadie lo sabe. Pero ¿qué sentido tiene sobrevivir si uno no sabe nada de lo que importa?

Se acercaban a los mostradores. Holle escuchó las breves entrevistas y entendió qué era lo que estaba pasando. Cada persona era interrogada por un agente de la policía y lo que parecía ser un médico. Te cogían el nombre, evaluaban tus habilidades y te hacían un chequeo rápido. Nada de identificación biométrica. Si tenías alguna clase de documentación, la enseñabas. A los ancianos, a los que eran muy jóvenes, a los discapacitados los sacaban en fila y se los llevaban a unas cabañas que había a un lado de la carretera. Tramitación especial, quizá. Los relativamente jóvenes y los sanos los dividían en dos grupos. Uno se lo llevaban a una especie de recinto donde Holle veía que les daban armas: porras, picas y cuchillos, no pistolas, y los ponían a entrenar con técnicas rudimentarias de lucha. Los otros se los llevaban por la carretera bloqueada, hacia las improvisadas fortificaciones. ¿Personal para la construcción?

La señora Green fue delante de Holle y la consideraron demasiado mayor para construir o luchar, así que le asignaron a la cuarta columna: el Cuerpo de Honor, como lo llamó el agente de policía. Le dieron una insignia. Miró a Holle con una sonrisa.

—Mira eso, tengo mi propia insignia. Con la bandera norteamericana y todo.

—Tenga cuidado, señora Green.

—Creo que ya es demasiado tarde, querida. Buena suerte.

Holle se acercó al mostrador. El agente la miró. Tenía unos cuarenta años y una cicatriz profunda en la mejilla. Llevaba uniforme pero ni placa, ni identificación.

—¿Nombre?

—Holle Groundwater.

El hombre soltó una carcajada.

—La cuarta hoy. ¿Llevas documentación?

—No.

—Pasa para que te hagan el chequeo.

Pensó en resistirse, haciendo valer sus derechos. Estaba rodeada de gente con pistolas y porras. Se echó un metro hacia la izquierda, donde una mujer que parecía una doctora, no mayor de treinta años, le sonreía. Le subió la manga de la camiseta, le tomó el pulso y la tensión, le sacó una muestra de sangre y le hizo soplar dentro de una bolsa.

El policía siguió hablando.

—Supongo que me vas a decir que te quedaste atrás mientras todos tus amiguitos se fueron en el Air Force One, ¿verdad?

Holle se lo pensó un momento.

—No.

—Entonces, ¿a qué te dedicas?

—Mezclo hormigón.

—¿En serio? —Soltó una carcajada y la miró con más seriedad—. ¿Dónde trabajaste?

—Lo último fue en las murallas de la academia. Quiero decir, del Museo de Ciencias Naturales. En el parque, ¿sabe? —Holle esbozó una sonrisa—. Veía a los candidatos todos los días. Unos gilipollas engreídos. Por intentarlo...

—De acuerdo. —Puso una marca vacilante en una casilla de la lista—. ¿Vas a decirme ahora tu nombre real?

—Será mejor que no. Hay gente que preferiría que no supiera que estoy aquí.

Puso otra marca.

—De acuerdo, Fulanita de tal, como quieras. Fila tres, detrás de mí.

Vio con alivio que esa fila era la que ella había llamado de manera provisional la de los trabajadores de la construcción. La mayoría eran hombres jóvenes. Algunos incluso llevaban casco y herramientas. Algunos la miraban de reojo, pero nadie la hizo volver. Supuso que no sería el único falso obrero o albañil o electricista de esta fila.

Con andar pesado, avanzó con los demás.

La cuadrilla de la construcción se alejó del cruce y recorrió la 470, unos quinientos metros quizá hacia el sur.

Holle vislumbró la maraña de fortificaciones situada más allá del perímetro de la carretera, más al este. Una ringlera de edificios que habían sido demolidos o derribados había dejado una huella de cien metros de ancho en el paisaje. Ese descampado estaba lleno de hileras de alambres de espino y grandes bloques de hormigón, cada uno de ellos igual de alto que ella, dispuestos de forma irregular como si fueran dientes de dragón. Había gente por todas partes, alguna de uniforme, de pie o sentada en grupos y en silencio, o marchando con determinación. La fortificación más imponente era una zanja lo suficientemente grande como para que cupiera excavadoras enteras, con una pendiente pronunciada (en el lado que estaba más cerca de ella) y otra más baja al otro lado. En el borde de la zanja habían dispuesto grupos de ametralladoras y francotiradores. Entendió lo que pretendían: si alguien venía del este, caería dentro fácilmente y estaría expuesto a la artillería en todo momento durante el descenso, y resultaría una tarea ardua intentar subir por la empinada pendiente occidental, directo a la artillería. Era como un terraplén sacado de la Edad de Hierro.

Entonces llegaron a una ligera elevación y Holle pudo ver más lejos hacia el este, a lo largo de la vieja I-70 y más allá de los límites de las fortificaciones. Hasta donde podía ver, la carretera estaba llena de gente, una marea humana gris que recorría la autopista hacia Denver, que se echaba por los arcones y se aglomeraba debajo de las estropeadas señales de tráfico. Este era el ejército invasor que todas estas protecciones tenían que repeler. Oyó el pum lejano de los rifles y el estallido de granadas.

—Así que tú eres la mezcladora —dijo un hombre a su espalda—. Yo estaba detrás de ti en la cola.

Ella se giró. El hombre llevaba un mono de AxysCorp remendado; tendría unos cincuenta años, pero parecía fuerte, como un granjero, con unas manos grandes con suciedad incrustada en ellas.

—¿Y qué? ¿Me vas a delatar? —le preguntó ella desafiante.

—Yo no. Yo no sé mucho de construcción. —Miró sus manos grandes—. Pero tenía un minifundio, en la ribera oriental del Back Squirrel Creek. Puedo usar las manos. Puedo cavar una zanja o colocar una valla, creo. Bueno, mejor aquí que en las unidades de combate o en el Cuerpo de Honor.

—¿Qué es el Cuerpo de Honor?

—Mira. —Señaló unos grupos de gente sentada pasivamente justo detrás de las fortificaciones en la autopista—. Si pasan el vallado nuestros amigos los postergados van a tener que atravesar eso. ¿Le clavarías un machete a un niño discapacitado en silla de ruedas? Es un escudo humano, una vieja táctica perfeccionada por Sadam Huseín... bueno, supongo que no habrás oído hablar de él.

—No funcionará —dijo alguien, un hombre corpulento con casco—. Si esos postergados han podido abrirse paso entre la Guardia Nacional no se detendrán ante eso.

—Pero no son monstruos —dijo el minifundista en voz baja—. Son como nosotros. Son norteamericanos.

—Te diré lo que yo haría. Cogería a esos tíos de ahí delante, les daría una pistola y les daría la vuelta. Eso funcionaría, dejar que se destruyan mutuamente. Esos jodidos postergados...

—Parece que te he encontrado justo a tiempo.

Holle se dio la vuelta. Kelly estaba detrás de ella; llevaba un mono de color verde militar, un rifle en la mano y un teléfono sujeto a la oreja. Holle sintió una peculiar mezcla de emociones intensas y una especie de decepción. Fue consciente de cómo el minifundista se apartó bruscamente, observándola. Holle abrazó a Kelly.

—Has venido a buscarme.

—Bueno, tú me trajiste aquellas bolsas de pañales —dijo Kelly—. Vamos, Mel nos espera en un todoterreno detrás de los mostradores de tramitación. Podemos alcanzar lo autobuses pero tenemos que atajar campo a través.

Se alejaron a toda prisa, de vuelta por la carretera. Kelly tenía un pase que no dejaba de enseñar a los soldados y policías supervisores. Holle miró hacia atrás, buscando al minifundista y a la señora Green en las unidades de protección, pero no los veía. Era difícil de creer lo perdida que se había sentido solo segundos antes.

—¿Cómo me has encontrado?

—No fue fácil —gritó Kelly—. Te sorprendería cuántas Holle Groundwater han pasado por aquí hoy. Pero has hecho lo correcto, lo de tirarte un farol para entrar en el cuerpo de la construcción. Si te hubieran enviado al frente, a la jodida primera guerra mundial que tienen montada ahí, no te habría encontrado. Aunque me hubiera gustado verte intentando mezclar el hormigón. ¡Ja! Escucha, por cierto. Funcionó.

—¿El qué?

—El test con la burbuja. Lo hemos visto. O mejor dicho, lo han visto Venus y los buscadores de planetas de Alma. La distorsión óptica, la lente gravitacional cuando pasó por delante de la cara de la Luna, fue inconfundible. Enviaron un aviso a los autobuses.

—Dios mío.

Holle miró al cielo, intentando imaginarse el milagro relativista que había

ocurrido encima de su cabeza, todo el mismo día que los horrores urbanos por los que había pasado. Una de las dos cosas debía de ser falsa.

Se oyó el estrépito de disparos automáticos. Kelly la echó al suelo. Holle cayó con todo su peso y le dolieron los maratones que ya tenía.

Y explotó una bomba, una detonación enorme, abrumadora. La tierra tembló y un aire caliente las rodeó. Holle vio que estaba cubierta de polvo y sentía un zumbido en los oídos.

Kelly se movió y ayudó a Holle a ponerse de pie.

No todo el mundo había reaccionado con tanta rapidez como Kelly. Por todas partes había gente tirada en el suelo. Sus bocas se movían, pero Holle no podía oír sus voces.

La distrajo un destello metálico, a su derecha, por la carretera hacia el este. El ataque sobre el cruce parecía haber sido la señal que el ejército de postergados estaba esperando para preparar un avance. Se abrieron camino entre las líneas del ejército de reclutas de la ciudad, una marea gris atravesando las líneas de color marrón, dominado por el choque de cuchillos y machetes que subían y bajaban al sol de la mañana y por nubes de humo de la artillería.

Kelly tiraba a Holle de la manga, gritándole cerca de la cara para llamar su atención. La cara de Kelly estaba llena de polvo, de la boca le salían hilos de sangre y su pelo era una maraña. Holle no podía oír lo que decía.

Una pared de polvo recorría la 470, alejándose de la intersección donde había explotado la bomba, haciendo que la gente escapara de allí como si fuera ganado.

Ellas se dieron la vuelta y salieron corriendo.

Agosto de 2041

Dentro, el bloque de oficinas de Alma estaba formado por pasillos, salas y centros de datos, envueltos en el zumbido del aire acondicionado. A Grace Gray le recordaba a las instalaciones del *Arca Tres* de Lammockson, el puente de mando, la sala de máquinas; el barco que había dejado esa misma mañana y al que nunca volvería.

Ella y Holle Groundwater no se encontraron con nadie más hasta que el pasillo desembocó en una sala acristalada con filas de sillas, micrófonos, pantallas. A través del cristal, Grace vio una cámara más grande, excavada en el suelo de tal forma que miraba para abajo hacia hileras de personas sentadas delante de paneles de control, donde las pantallas brillaban con intensidad, y fluían textos e imágenes. Delante de ellos, en la pared frontal, había dos pantallas enormes. Una mostraba el mapa del mundo —los continentes en azul y el terreno elevado que quedaba en un verde intenso— con caminos trazados por encima. En la segunda pantalla unos círculos concéntricos rodeaban un puntito brillante, y cada círculo estaba etiquetado con un disco. El programa educativo *amateur* de Gary siempre había favorecido la ciencia. Grace comprendió que lo que tenía delante de ella era un mapa del sistema solar.

Holle la estaba mirando con curiosidad. Grace se sentía totalmente fuera de lugar en aquella cueva tecnológica, todavía con la ropa que se había puesto esa mañana en el *Arca Tres* y su lamentable colección de pertenencias se había perdido para siempre.

—Esto es la esencia de lo que hacemos —le explicó Holle.

—¿Qué es este lugar?

—El centro de control. En este momento estamos llevando a cabo un simulacro...

—¿Y esto?

Grace levantó la esfera del llavero que Gordo le había dado.

—Nuestra nave espacial. —Holle sonrió, y en su espíritu competitivo se vio algo de compasión—. Vamos. Creo que te vendrá bien un café. Hablaremos de cómo mataron a Harry Smith. Y te contaré cómo empezamos todo esto.

El restaurante era cuadrado, básico, recordaba a uno de los puestos de comida del *Arca Tres*. Holle fue a buscar los cafés. Grace se sentó delante de una mesa con tablero de plástico y miró a su alrededor. Uno tenía que servirse la comida de grandes cacerolas y bandejas, y las bebidas de máquinas expendedoras. Se sirvió un montón de comida. El alimento básico era una especie de chile con carne, y la carne parecía de verdad, no como el pescado y las algas precocinados que Grace había estado

comiendo en los últimos años a bordo del *Arca Tres*. El olor le dio hambre, ya que no había comido desde que la sacaron del barco hacía unas horas, aunque parecían días. Y seguía teniendo su instinto de caminante que le decía que tenía que comer lo que pudiera, cuando pudiera. Pero tenía un nudo en el estómago y se preguntó si la comida no sería demasiado fuerte para ella.

Las paredes estaban desnudas, sin pintar. Todo era funcional, nada era decorativo. Una de las paredes estaba dominada por un enorme reloj, con una cuenta atrás:

124 DÍAS 6 HORAS 12 MINUTOS 14 SEGUNDOS  
124 DÍAS 6 HORAS 12 MINUTOS 13 SEGUNDOS  
124 DÍAS 6 HORAS 12 MINUTOS 12 SEGUNDOS

Y ahí estaba de nuevo el lema que había visto en la puerta de fuera:

«Nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer». Génesis, 11, 6.

Debajo del reloj y del lema había visto un mapa animado, que mostraba el archipiélago de Norteamérica. Grace había visto el mismo tipo de visualizador en el *Arca Tres* aunque los viejos procesadores del barco no habían podido proyectar una imagen de esa calidad. Sentada aquí en Colorado, estaba en efecto en la isla contigua más grande que todavía perduraba, dominada por las montañas Rocosas, con penínsulas que se extendía hasta las antiguas tierras altas de los estados vecinos, Idaho y Wyoming al norte, Nevada, Arizona y Nuevo México al sur y al oeste.

En el océano hacia el este, aparentemente sin rasgos distintivos en el mapa del restaurante, el barco en el que había vivido seis años de su vida podría estar ardiendo, hundiéndose o la gente con la que había vivido allí peleándose y muriendo en ese mismo momento. No estaba segura de cómo se sentía al respecto. Para empezar, ella no había elegido estar en el barco, de la misma forma que no había elegido dejarlo.

Todo eso era irrelevante. Allí estaba la inundación, alrededor de lo último que quedaba de Norteamérica. Y ahí estaba ella, con su bebé creciendo dentro. Era como había dicho Gordo Alonzo. No importaba cómo había llegado aquí, tenía que pensar en su propia supervivencia y en la de su bebé.

Holle le trajo su café en una taza desportillada. Cuando Grace le dio un sorbo, apreció que el café tenía más sabor que cualquiera que pudiera recordar.

—Estoy investigando un asesinato. Cuéntame quién murió —dijo ella sin rodeos.

Holle apoyó los codos en la mesa, juntó las manos y la miró con franqueza.

—Un hombre llamado Harry Smith. Era uno de nuestros tutores.

—¿Qué enseñaba?

—Nada en particular. Desarrollo personal. Era una especie de guía en general.

—¿Cómo murió?

—Hubo un accidente en Gunnison. El centro de lanzamiento. Un test de unidad de propulsión nuclear de pulso acabó mal. Hubo una explosión.

Grace iba a tener que averiguar qué era una unidad de pulso.

—¿Así que ese tal Smith murió en la explosión? ¿Y por qué pensáis que lo asesinaron?

—Porque habían manipulado la unidad. El test se hizo con explosivos convencionales, no nucleares. Pero los productos para la detonación supuestamente tenían que tener la misma forma que los usados en una unidad de pulso Orión a tamaño real. —Con las manos dibujó una forma cilíndrica—. Consigues una concentración de productos de vaporización axialmente, que facilita la transferencia de empuje a la placa impulsora...

—¿Quién averiguó que la unidad estaba manipulada?

—Zane Glemp. Es uno de los nuestros, uno de los candidatos. Se dedica a unas áreas de estudios en especial... bueno, todos nosotros. Aprendemos sobre los aspectos del desarrollo del proyecto y controlamos su progreso. Zane es responsable de las unidades de pulso.

—De acuerdo. Así que a Smith lo asesinaron. ¿Quién crees que lo pudo matar?

Holle la miró perpleja.

—¿Por qué me haces una pregunta así? Un policía no la haría.

—Bueno, yo no soy policía. —Grace estudió a Holle. Si quería sobrevivir aquí, iba a tener que tratar con exóticas y extrañas criaturas como esta niña-mujer, esta tal Holle Groundwater—. Mira, Holle, tú has crecido en un país que funcionaba, Estados Unidos, con una continuidad en las instituciones y en las leyes que se remontan a años antes de la inundación. Para mí ha sido diferente. De los cinco a los veinte años viví en una comunidad de refugiados nómadas. Las leyes que teníamos las elaborábamos y aplicábamos nosotros. No soy policía ni trabajo para el Gobierno. Gordo Alonzo quiere que resuelva este crimen. Vale. Pero no sigo ningún procedimiento ni norma. Simplemente llegaré a la verdad tan rápido como pueda... o si fracaso, se lo pasaré a él.

Holle asintió, interesada.

—Supongo que tiene sentido en cierto modo. En el *Arca*, seremos una comunidad autónoma. Tendremos que resolver a nuestra manera problemas como éste. Quizá Gordo te esté utilizando como ejemplo de cómo podría hacerse.

Grace se sintió algo indignada.

—Alguien ha muerto. ¿Y hablas como si esto fuera una especie de ejercicio de entrenamiento?

Holle parecía avergonzada, pero su propia naturaleza desafiante se reafirmó.

—Llevo toda mi vida entrenándome para esto, desde que tenía seis años. ¿Cómo esperas que reaccione? Además, verás que algunos de nosotros tenemos una experiencia más amplia de lo que crees. ¿Y no ha montado Gordo esto como una especie de prueba de selección para ti?

—Puede. Pero todavía no he decidido si voy a jugar a su juego. Así que, ¿puedo hacerte la pregunta de nuevo? ¿Quién crees que mató a Harry Smith?

—Uno de estos tres, todos ellos candidatos: Zane Glemp, Venus Jennings o Matt Weiss.

—Necesito algo para apuntar.

—Te traeré un ordenador de bolsillo.

—Has dicho que fue ese tal Zane el que descubrió que habían manipulado la unidad de pulso. Pero por supuesto él pudo marcarse un farol y haberlo hecho él mismo. ¿Y qué me dices de los otros?

—Todos tenían una relación estrecha con Harry. Más estrecha que el resto de nosotros.

—¿Estrecha? —Había algo raro en la forma que Holle lo decía, algo entre líneas—. ¿Quieres decir sexo?

—Creo que sí. No lo sé.

—Y los tres siguen todavía dentro del proceso de selección de la tripulación.

Holle negó con la cabeza.

—Zane no. Lo borraron hace un mes. Estamos a solo unos meses para la fecha prevista para el lanzamiento. Es la última fecha que hemos modificado, hemos tenido muchos retrasos, en principio teníamos que haber hecho el lanzamiento el año pasado. De cualquier manera, las cosas se están poniendo frenéticas. —Holle la miró de reojo—. De repente, están nominando a un montón de gente para ser miembro de la tripulación, gente que ni conocemos. Como tú. Pero solo hay ochenta plazas. Cada vez que viene alguien nuevo, alguien tiene que irse. Incluso nosotros, el grupo central que se lleva entrenando para esto desde que éramos niños.

—Es duro.

—Por supuesto que lo es. Incluso echaron a Kelly Kenzie, porque tuvo un bebé, aunque ha seguido con el programa de entrenamiento por el bien del resto del grupo... ya la conocerás. El hecho es que siempre nos están examinando, buscando formas de echarnos. Zane hizo un test psicológico y le dijeron que no era lo suficientemente estable. De hecho, fue Harry quien le recomendó que lo hiciera. Zane se lo tomó muy mal. Su padre fue el principal impulsor de todo el programa. Pero hubo un accidente en 2036. Jerzy resultó herido; lo apartaron del programa y murió dos años más tarde. Ya ves que fue duro para Zane, que lo excluyeran de la selección final. Quería formar parte del legado de su padre.

—Así que este Zane pudo tener un móvil. Y los medios: trabajaba en estas

unidades de pulso.

—Sí, pero también Matt Weiss. En realidad, Zane es más un experto en el generador de propulsión por curvatura. Estoy segura de que Venus podría haber amañado la prueba de la unidad de pulso si hubiera querido. Cualquiera de nosotros; estamos familiarizados con los sistemas de la nave. Todos tenemos una especialidad.

—¿Y cuál es la tuya?

—Los sistemas internos de la nave. El soporte vital, el suministro de energía. Fontanería —dijo ella con una sonrisa autocrítica—. Ahora mismo estoy trabajando en la instalación de cabinas HeadSpace. Son sistemas de realidad virtual, donados por la compañía que los fabrica. Los ingenieros sociales creen que será beneficioso para nuestro estado de ánimo, pero exigen muchos recursos informáticos.

—Y... ¿cuál era el tercer nombre?... ¿Venus?

—Es una buscadora de planetas. Busca nuestro destino. Pero como ya he dicho, todos nosotros hacemos varias cosas a la vez. Cualquiera de los tres pudo haber hecho explotar la carga, creo.

—Tendré que hablar con estos tres.

—Venus y Zane están aquí en Alma. Matt está en Gunnison.

—Pensaba que Zane estaba fuera del proyecto.

—Sigue trabajando como miembro del equipo de apoyo desde tierra. Eso es lo que hacemos, cómo somos. Mira, si esperas aquí puedes tomarte más café o algo de comida. Les diré a Zane o a Venus que bajen. Después, pediré que te lleven a Gunnison, si quieres.

—Agradezco tu ayuda.

Holle sonrió.

—Si Gordo Alonzo me está poniendo una prueba, estoy decidida a pasarla.

Y, vestida con su uniforme de vivos colores, se fue con paso seguro.

Sola, Grace se preparó otra taza de café, y miró el agobiante reloj de la pared.

124 DÍAS 5 HORAS 55 MINUTOS 1 SEGUNDO  
 124 DÍAS 5 HORAS 55 MINUTOS 0 SEGUNDOS  
 124 DÍAS 5 HORAS 54 MINUTOS 59 SEGUNDOS

Todo lo que había visto hasta ese momento del Proyecto Nimrod le parecía repugnante: el enorme trabajo de ingeniería, los hombres arrogantes como Gordo Alonzo que parecían dirigirlo, gente como Holle Groundwater que habían crecido siendo los niños mimados del proyecto mientras Grace y muchos otros habían caminado y trabajado, habían pasado hambre y se habían ahogado. Su instinto le decía que se fuera de allí, pero el *Arca Uno* parecía ser el único espectáculo de la ciudad.

Entró una chica en el restaurante, de raza negra, más o menos de la misma edad que Holle. Otra candidata, a juzgar por su uniforme chillón. Se acercó a Grace y dejó un ordenador, un bolígrafo y un bloc de notas encima de la mesa.

—Esto es para ti. Soy Venus Jennings. Holle me ha dicho que querías verme. ¿Es por lo de Harry?

—Me temo que sí.

—¿Quieres otro café?

Grace negó con la cabeza. La chica se acercó a la máquina para ponerse uno.

Ella examinó el ordenador y el papel. El aparato era antiguo y estaba rayado por años de uso, y era pesado, tecnología militar, quizá. El papel tenía un satinado peculiar y llevaba estampado el logo de AxysCorp: la Tierra sostenida por una mano ahuecada. Conocía este material: lo habían fabricado en el *Arca Tres* con conchas del mar.

Cogió el bolígrafo y escribió cuatro nombres: *Harry Smith, Zane Glemp, Venus Jennings* y *Matt Weiss*.

Venus se sentó.

—Yo no lo maté —dijo ella sin rodeos. Estaba frente a Grace, mirándola a los ojos con franqueza. A Grace le pareció una persona fuerte, inteligente, motivada pero reservada—. Holle te dio mi nombre, ¿verdad?

—Necesitaba algún dato con el que empezar. Todos sois unos desconocidos para mí, vosotros los candidatos y vuestros profesores, esta extraña familia que habéis formado. No culpes a Holle si se ha equivocado.

—No culpo a Holle. Tenías que hacer la pregunta y ella tenía que darte una respuesta. Pero ella no lo sabe. Solo sabe lo que vio desde fuera. Nunca he hablado

con ella del asunto, no he hablado con nadie. —Hizo una mueca—. Esperaba que todo muriera con Harry. Entonces cuando descubrí que lo habían matado, me di cuenta de que todo iba a salir a la luz. Así que adelante, pregúntame.

—¿Te acostaste con él?

—Sí, me acosté con él. Mira, era mi tutor, fue nuestro tutor desde que nos unimos al programa. Yo entré con once años. No era feliz. Echaba de menos a mi familia en Utah, mi hogar. Los demás llevaban años en el programa: Holle, Kelly, esa gente. Yo era una intrusa.

—Harry te consolaba.

—Me orientaba. Ese era su trabajo. Al principio eso era todo. Me caía bien y confiaba en él. Pero todo cambió dos años después.

—¿Qué pasó?

—Empezó a contarme cómo se haría la selección final. Sabes que solo hay ochenta plazas en el *Arca*. Hemos sido muchos más de ochenta. De vez en cuando había un cambio en las normas y muchos de nosotros se iban.

»Harry me hablaba de mi color, de mi raza. Me decía que los ingenieros sociales estaban preocupados por las divisiones étnicas. Me dijo que estaban considerando restringir la tripulación a solo blancos. Él me dijo que esta política la estaba promoviendo una especie de conciliábulo defensor de la supremacía blanca dentro de la organización del proyecto, que tenía su lógica en cuanto a la estabilidad de la tripulación y que podría llevarse a cabo. Todo esto era confidencial, decía él. Tenía que mantenerlo en secreto. Pero Harry me dijo que me protegería.

—A cambio de sexo.

—No era así de sencillo. —Su rostro mostraba ira, enfado—. Era listo. Supongo que ya lo había hecho antes con otros. Lo único que quería a cambio, me pareció a mí por aquel entonces, era respeto. Lealtad. Afecto. Amor, si quieres. Mira, un buen profesor puede ganarse todas esas cosas.

—Entonces, ¿cuándo comenzó el sexo?

—Hicimos una visita de campo a Monarch Pass. Tenía quince años. Había sido un día malo. Por aquel entonces Utah y el Gobierno federal de Denver seguían enfrentándose, esporádicamente. Utah acababa de preparar un asalto en el norte y decían que iban a tomar represalias. Mira, tenía miedo por mi familia en Salt Lake City, no eran mormones pero algunos de ellos seguían en la zona de guerra. Y tenía miedo por mí. No era solo que me echaran del programa. Pensaba que podría acabar en internamiento o en un campo de trabajo.

—Así que Harry se acercó a ti.

—Tenía una tienda para dos personas. La compartía con Cora Robles, pero ella siempre estaba fuera realizando algún ejercicio nocturno. Estaba dormida. Abrió la cremallera de mi saco de dormir, se metió dentro y se puso detrás de mí. ¿Quieres

detalles?

—Yo...

—Me hizo masturbarlo. Tuve que echar la mano hacia atrás. —Se encogió de hombros—. Eso fue todo. Me limpié cuando se fue. Siempre he pensado que Cora sospechaba algo. Quizá podía olerlo a él, no me sorprendería. No veía la hora de ducharme al día siguiente. Me quedé estupefacta. No tanto por el sexo en sí, yo ya no era virgen. Todo lo que había hecho por mí hizo que me pusiera en una situación comprometida.

—Y siguió a partir de ese momento.

—No tuve otra opción. Ejercía mucho poder sobre mí. Sinceramente, creía que estaba luchando por mi vida. Y no me importaba lo del sexo. Él me repugnaba. Nunca tuvimos relaciones plenas, por cierto, nunca me penetró. Le gustaba tocar y que yo usara las manos y la boca. Creo que prefería a los chicos, si quieres que te diga la verdad. Me utilizaba de la misma manera que utilizaría a un chico. Quizá fuera esa clase de poder lo que le ponía.

—¿Así que esto siguió hasta el día que murió?

—¡Nada de eso! Creo que estuvimos así un par de años. Entonces averigüé la verdad sobre la política de selección étnica de los ingenieros sociales.

—¿Qué es?

—No la hay. Su mantra es la diversidad genética, en la primera generación y en las siguientes. Es más probable que seleccionen una tripulación colorida que solo de blancos. De hecho me enteré de que existía un grupo de presión, no para una tripulación blanca, sino para una tripulación solo de afroamericanos, porque la diversidad entre los africanos es mayor que en ningún otro lugar; el hombre vino de África. Así que Harry me estuvo mintiendo en todo momento.

»Cuando lo descubrí, le pegué una patada en las pelotas, por si te interesa saberlo. —Su mirada se tornó seria al recordar—. Por aquel entonces era lo bastante mayor para saber que tenía tanto poder sobre él como él sobre mí. Trabajar en el proyecto era una tarea preciada, aunque no seas un candidato, y Harry no quería convertirse en un postergado. A Harry le gustaba estar rodeado de comodidades, pero no iba a recibir nada más de mí. Al final, rompió a llorar y no solo por la patada en las pelotas. Me preguntó por qué había dejado de amarlo. Quizá en verdad creía que yo lo amaba. O puede que se estuviera engañando a sí mismo. En verdad no me importa qué pasaba por su cabeza.

—¿Mataste a Harry Smith?

—No —dijo ella sin rodeos—. ¿Por qué iba a matarlo?

—Abusó de ti. Te mintió. Abusó de su poder contigo.

—Mira, hay mucha gente con demasiado poder en este mundo. Debes de haberlo visto. Harry, con sus patéticos y sucios toqueteos no era peor que cualquiera de ellos.

Al final tomé yo el control. No necesitaba matarlo. Ya estaba fuera de mi vida mucho antes de su muerte. —Dijo esto de forma rotunda, bastante serena—. Me puedes creer o no. No puedo probar nada de esto. ¿Hay algo más que me quieras preguntar?

Holle volvió al restaurante a por Grace y la sacó del edificio para llevarla a un pequeño convoy de vehículos blindados que esperaba fuera.

—Hacemos varios trayectos al día de aquí a Gunnison. Este es el siguiente.

Allí también estaba Zane Glempe, un poco más joven que Holle y Venus; delgado, pálido y muy serio bajo su mata de pelo negro. No vestía el uniforme de candidato y daba la impresión de que no se habría sentido cómodo en él de todas maneras. Llevaba un portátil. Holle le había sugerido que fuera con Grace a Gunnison, donde él tenía trabajo que hacer, y que hablara con ella por el camino.

Así que Grace se encontró sentada sola con Zane en un vehículo automatizado, con ventanas de cristal grueso y un sistema cerrado de aire acondicionado, encajonado entre dos todoterrenos cargados de armas. Los vehículos arrancaron a gran velocidad, la suficiente como para echar a Grace hacia atrás en su asiento y que se agarrara a una barra.

Zane estaba abriendo su portátil.

—¿Estás bien?

—Es que no estoy muy acostumbrada a la velocidad. He pasado la mayor parte de mi vida caminando y los últimos seis años en un crucero. La aceleración de la lancha motora es la única a la que me he acostumbrado.

En la pantalla de Zane apareció un mapa.

—Vamos a coger este camino. —Era un trayecto de ciento cincuenta kilómetros a través de la montaña, hacia el sur desde el Hoosier Pass por Buena Vista y Poncha Springs, y después hacia el oeste por Monarch hasta Gunnison—. Son carreteras de montaña, pero los militares las han reforzado y han colocado vallas protectoras y ahora están bastante bien. Es más seguro ir rápido campo a través, pero sí que te zarandeas de un lado para otro. Mira...

Le enseñó a apretar sus arneses de seguridad.

—¿Por qué es más seguro ir rápido?

Como respuesta, Zane señaló al otro lado de la ventana. Más allá del grueso vallado de alambre que bordeaba la carretera, el campo estaba lleno de gente, que sacó la cabeza de sus tiendas de campaña y sus chabolas cuando el convoy pasó por delante. En algunas partes, parecía que estaban intentando cultivar la tierra: habían hecho surcos en el fino suelo y las parcelas las vigilaban celosamente. En otras, la gente simplemente estaba sentada en silencio al lado de la carretera. Los niños miraban con ojos inexpresivos cuando pasaron los vehículos.

—A veces disparan al azar —le informó Zane—. O intentan bloquear la carretera.

Hay un sistema de torres de vigilancia entre Gunnison y Alma. Si hay problemas, vienen unidades más pesadas de cualquiera de las dos terminales o de Twin Lakes o Monarch.

—Parece que ha estado lloviendo gente.

—Bueno, Colorado es bastante grande, pero nos quedamos sin espacio ya hace mucho tiempo. El mar no está muy lejos del mismo Gunnison. Cuando el viento es el adecuado, uno puede olerlo. A los ingenieros les preocupa la corrosión que pudiera causar la sal en la nave espacial y las torres de lanzamiento. Pero tenían el mismo problema en Cabo Cañaveral. —Extrañamente, el rostro del chico no mostraba expresión alguna, como si no pudiera interactuar con el mundo, ni con ella—. Estás aquí para preguntarme sobre Harry Smith.

—Sí. —Era evidente que la personalidad de Zane era más compleja que la de Holle o Venus. Grace intentó pensar en cómo entrar en el tema—. Lo mató una unidad de pulso.

—Una réplica, sí.

—Soy nueva en todo esto. No sé qué es una unidad de pulso.

En su pantalla apareció el corte esquemático de un objeto parecido a un florero, con el cuerpo redondo y la boca acampanada, colocado en una carcasa cilíndrica. La parte superior estaba sellada por una placa.

—Sabes que para la etapa del lanzamiento de la *Orión* se utiliza una serie de explosiones nucleares.

Se puso tensa. No lo sabía. ¿En qué demonios se estaba metiendo?

—Continúa.

—La idea es desarrollar cada explosión de tal forma que la energía no se vaya en todas las direcciones, sino que canalice la energía y la transferencia de impulso a la placa impulsora de la nave. —Zane lo representó con las manos—. Que es como un címbalo grande colocado encima de la boca de la unidad de pulso, aquí arriba. Cuando la bomba explota, la energía contenida gracias a la carcasa de radiación que rodea la carga, que es un proyectil de uranio, pasa después a través del depósito de óxido de berilio situado en la boca y se concentra sobre el bloque de propergol, esta lámina de tungsteno de aquí arriba. Entiende que todo esto ocurre en un instante, todo se transforma en átomos, pero dura el tiempo suficiente para dirigir la energía de la bomba. La lámina de tungsteno se volatiliza y ese producto es el que sube y golpea la placa impulsora.

»Los primeros ingenieros nucleares descubrieron algunas cosas interesantes sobre cómo los objetos se volatilizan cuando son alcanzados por una carga nuclear. Si tienes un objeto en forma de tortita, como esta lámina de tungsteno, consigues una nube de plasma en forma de puro. Eso es porque el centro se volatiliza el primero y en cierto modo abre el camino delante. En cambio, si tienes un objeto en forma de

puro, se convierte en una nube en forma de tortita, ya que la energía va subiendo por el objeto. La nube-puro es mejor para nosotros, porque consigues que tu transferencia de impulso se concentre sobre un área pequeña. Puedes demostrar todo esto con un *software* para el diseño de bombas, sacamos a la luz algunos de los viejos códigos de los años cincuenta, aplicamos los algoritmos con métodos modernos. Y es por eso que este diseño...

—Algo así mató a Harry Smith.

Zane vaciló. Era evidente que le gustaban más los detalles técnicos.

—Harry estaba supervisando a algunos de los candidatos que estaban involucrados en la prueba. Se suponía que era una detonación controlada con explosivos convencionales para demostrar algunos de los principios. Alguien usó diez veces la fuerza de una carga tipo. La manera en la que la explosión tuvo lugar... destruyó totalmente el búnker de contención. Mató a Harry y a otro hombre más.

—¿Entonces crees que fue deliberado?

—Claro que sí. Alguien tramó esto para matar a Harry; estoy seguro de que al otro tío lo alcanzó por accidente.

—Solo que no fue un accidente.

—No.

—¿Cuánta gente del proyecto pudo haberla puesto?

Zane se encogió de hombros.

—Un puñado de ingenieros aeronáuticos. Pero ninguno de ellos conocía a Harry bien, que es lo que importa aquí, ¿no? De los candidatos, Matt Weiss y yo mismo, sin ayuda. Muchos de los otros pudieron haberlo hecho con ayuda, conocen lo básico.

—Venus Jennings, quizá.

—Habría necesitado ayuda con los detalles.

—Entonces quedáis Matt y tú.

—Supongo que sí.

—Venus me habló de su relación con Harry.

El rostro de Zane se volvió inexpresivo.

—¿Y quieres oír lo mismo de mí?

—Sé que es difícil. Solo dime cómo comenzó.

Había sido el día del accidente en 2036 en el que casi muere el padre de Zane.

—Ese fue mi momento más bajo. Esa fue la oportunidad que había que explotar.

Le contó algo acerca de su primer encuentro sexual, que fue similar a lo que Harry le había hecho a Venus en su primera vez con ella. Sonaba a que era una técnica ensayada. Pero Zane lo contaba de forma extraña, describiendo los incidentes y las acciones de forma totalmente impersonal.

—¿Te dijo que te quería?

—Ese comentario se hizo.

—¿Te preguntó si lo querías?

—Esa pregunta se hizo.

—¿Lo querías?

—Había un problema que solucionar.

Grace se lo quedó mirando. Había conocido a mucha gente herida a lo largo de su vida, era un mundo que hacía daño. Pero Zane era excepcional.

—¿Crees que alguno de los otros lo quería?

—Matt lo quería, creo, Matt Weiss. Matt me lo dijo una vez. Estaba borracho.

—¿Pediste ayuda a alguien? ¿Le contaste a alguien lo que estaba pasando?

—Él se la pidió al padre —fue la extraña respuesta de Zane. Y después se corrigió—. Se la pedí a mi padre.

—¿Y?

—Dijo que un candidato a formar parte de la tripulación del *Arca* debería solucionar esa clase de asunto por sí mismo. Dijo que una víctima así era sucia y despreciable.

Ella lo presionó para que le diera más detalles y él contestó de la misma forma abstracta e impersonal.

Para Zane no había habido una repentina rotura de su relación con Harry, ninguna mentira descubierta, ninguna pelea, ningún rechazo, como había ocurrido con Venus. Zane nunca había tomado el control. La relación había seguido, el sexo. Aunque sí había habido una crisis final.

—Harry te dijo que te protegería. Pero al final fracasó, ¿verdad? No te renovaron la candidatura.

—Hubo un test psicológico. Zane Glemp es técnicamente competente pero poco inteligente emocionalmente. Eso fue lo que dijeron los médicos.

—Así que al final Harry no cumplió su trato. Todo el sexo, el sigilo, la ira de tu padre... la vergüenza que debiste de haber sentido. A pesar de todo eso, nunca te consiguió lo único que querías: ser miembro de la tripulación.

—Puede que eso nunca hubiera sido posible. Su influencia era siempre más negativa que positiva: en vez de confirmar una plaza solía rechazar a la gente con un mal informe.

—Entonces todo era mentira. Lo odiabas por eso —dijo ella, presionándolo—. Lo odiaste por chantajearte, por no conseguirte una plaza en el *Arca*. Tenías medios y un móvil para matarlo.

—No había odio. No había nada. El asesinato no era necesario.

Por instinto, ella lo creyó. Zane era una víctima, no un verdugo; nunca pudo haber tomado el control, como había hecho Venus, y como evidentemente había hecho el asesino.

—Entonces si no lo mataste tú, ¿quién lo hizo? Suena como si lo hubiera hecho

Matt.

—No lo sé.

—Pero por lógica...

—¿Lógica? —Por primera vez se giró para mirarla a los ojos; su mirada era dulce, con mucha personalidad—. Para ver la lógica, pregúntate qué quería Matt. Y, de hecho, qué quería Harry. Ya hemos llegado. Gunnison.

El coche iba disminuyendo la velocidad. Grace miró por las ventanas con curiosidad. El cielo se había despejado para poner al descubierto una inmensidad de intenso color azul. El viejo pueblo era un bonito lugar de edificios de pizarra, rodeados de pinos y con las montañas Rocosas flotando en el horizonte. Pero había sido invadido por el Proyecto Nimrod, con sus edificios prefabricados de aspecto nuevo e instalaciones industriales, pasarelas, unas vías y tuberías que cruzaban la carretera como si fueran un puente e inmensos tanques de almacenamiento cubiertos de escarcha incluso en el mes de agosto. Le pareció reconocer una torre de lanzamiento, esbelta y erguida, con mangueras de propergol colgando de ella.

El coche se detuvo a los pies de un edificio enorme, parecido a una fábrica, un bloque rectangular de unos treinta metros de ancho y tres veces más alto. Había una maraña de tanques cilíndricos e inmensos resortes en espiral dentro de una andamiada.

—¿Y dónde está tu nave espacial? —Ella esperaba ver algo parecido a los orbitadores en forma de polilla de las fotos que Gary Boyle solía enseñarle.

Él sonrió y señaló el vasto edificio industrial.

Mientras que Venus Jennings y Zane Glemple habían parecido indiferentes a la muerte de Harry Smith, Matt Weiss estaba destrozado.

Grace habló con él en una pequeña sala de reuniones en el sótano de uno de los edificios del centro de lanzamiento. Era una sala sin muebles y lúgubre con paredes de revoque sin pintar y suelo de hormigón. Dentro hacía calor y el aire estaba viciado, a pesar del ruidoso aire acondicionado. Era evidente que no había ningún lujo en estas nuevas instalaciones del proyecto.

Grace tomó más café. Había sido un día muy largo. Ni siquiera sabía dónde iba a dormir esa noche. Intentó centrarse en el joven que tenía delante de ella.

Matt Weiss tenía más o menos los mismos años que los otros —Zane tenía veintiuno y Holle y Venus veintidós— y era bajo, robusto, de cara y nariz anchas y con unos labios carnosos. Tenía el pelo rapado al estilo militar. No llevaba el traje rojo y azul de los candidatos; había estado haciendo algún arduo proyecto de ingeniería y llevaba unos vaqueros y una camiseta sin mangas. Tenía sus musculosos brazos llenos de aceite, aunque la cara y las manos las tenía limpias, y sus botas habían dejado marcas de tierra en el suelo. Se miró las manos, que tenía sobre el regazo. Parecía estar a punto de romper a llorar.

—Sabía que lo del sexo estaba mal —dijo él—. Nunca había hecho eso. Tuve novias antes de entrar en la academia. Fui cadete del Departamento de Policía de Denver. Cuando llegué aquí, cuando descubrí lo competitivo que era esto y lo fácil que era que te echaran, tuve miedo.

Tenía un cerrado acento texano.

—Miedo de que te enviaran de vuelta.

Levantó la mirada.

—No sé qué habrás visto. Mis padres murieron en un motín de subsistencia en Dallas cuando era un niño. Después, con los policías estuve en primera línea, incluso siendo un cadete. Nunca hay suficientes policías. Seguía siendo un niño. Una vez, en Nebraska, unos balseros intentaron tirar abajo las barreras. Llevábamos escudos antidisturbios y nos cogimos todos del brazo y los empujamos carretera abajo para echarlos de nuevo al agua. Había madres levantando a sus hijos para que los cogiéramos. Todo el mundo gritaba.

—Entiendo...

—Cada segundo desde los doce años, tenía miedo de fastidiarla de alguna forma y acabar al otro lado. Con los postergados. Quiero decir, ¿qué diferencia hay entre ellos y yo? Solo somos norteamericanos, solo somos gente.

—Y Harry Smith te dijo que evitaría que te enviaran de vuelta.

El patrón, tal y como había empezado, ya le resultaba familiar a Grace. Harry se dirigía a sus estudiantes en sus momentos más vulnerables, los seducía con promesas de lealtad y seguridad y después los sometía a una extraña coreografía de su primera visita nocturna. Y entonces, como había hecho con los demás, le dijo a Matt que lo quería.

—Y yo a él —dijo Matt, ahora con actitud desafiante, y se limpió la nariz, que le moqueaba, con el dorso de su enorme mano—. ¿Por qué no? Me estaba protegiendo como un padre o un hermano. Uno quiere a la gente que lo protege. En eso consiste el amor. Me hizo que le chupara la polla. Probablemente la mitad de los jodidos candidatos están chupando pollas para quedarse en el programa, ¿a quién le importa?

Habló un poco más de su relación con Harry, de cómo había continuado justo hasta su muerte. Y habló del accidente. De los detalles técnicos de cómo la bomba de prueba había sido manipulada, la carga adicional que le habían metido. Después de que Zane descubriera la manipulación, Matt ayudó al equipo forense a reconstruir lo que había pasado. Sí, pudo haber sido él el que lo hizo. No, él no lo había hecho.

—Pregúntale a Zane —dijo con frialdad—. Yo amaba a Harry. Lo amaba de verdad. Zane no.

—Colocar la carga —dijo ella— en la bomba que mató a Harry, ¿cuánto tiempo llevaría? Quiero decir, ¿podría hacerse por un impulso, rápidamente, en cuanto te viene la idea? ¿O llevaría algún tiempo planearlo?

Él titubeó.

—Podrías hacerlo rápidamente. Si supieras lo que estás haciendo y estuvieras en el lugar adecuado con acceso a lo que necesitas. No te llevaría mucho tiempo. Pregúntale a Zane.

Cuando terminó, dejó que Matt la acompañara afuera, al aire libre. Gordo Alonzo había llegado de Alma y la estaba esperando. La saludó con la cabeza, con los ojos escondidos detrás de unas enormes gafas de sol negras.

Caminaron unos pocos metros hasta la nave espacial *Orión*, dentro de su vasto, reluciente e incompleto armazón. La nave estaba coronada por una pirámide de paneles negros y brillantes. Podía oír un silbido que provenía de dentro de la estructura y vio una lluvia de chispas: de unos sopletes, quizá. Parecía tan descomunal que podría hundirse en la Tierra en vez de salir de ella. La nave la vigilaba de cerca, con unos soldados armados patrullando un perímetro de alambrada y otros caminando por las pasarelas que había en las entrañas del armazón.

De pie al lado de la enorme base del edificio-nave, Gordo Alonzo sacó un puro de una delgada caja de metal. En el último momento le ofreció uno a Grace.

—No, gracias. Supongo que mi generación nunca tuvo la oportunidad de coger

ese vicio. Deben de ser valiosísimos.

—Para nada. Había un buen montón de puros almacenados en frío en el búnker de Cheyenne. Cosecha de la guerra Fría, 1960. —Se lo metió en la boca apagado—. Bueno —dijo él con brío—, ¿ha cogido a nuestro asesino?

—Matt Weiss —dijo ella.

Él, sorprendido, arqueó las cejas. Se quitó la gorra y se secó el sudor.

—Me sorprende. Estaba convencido de que era Zane Glemp. Después de todo, a ese pequeño zorro lo habían echado de la tripulación.

—Zane es una víctima, no un asesino. No pudo haberlo hecho él. Y Venus no tenía necesidad de hacerlo. Ya había derrotado a Harry, a su manera. Solo queda Matt.

—De acuerdo. Pero de los tres, era evidente que a Matt Weiss le importaba Harry, a su manera enfermiza. Y Matt consiguió quedarse en el grupo, así que Harry mantuvo su promesa. ¿Dónde está el móvil entonces?

—Los celos. Matt creía que amaba a Harry y por eso debía de tener celos de los demás: Zane, Venus y quizá otros... no sé si Harry tenía más víctimas.

Gordo negó con la cabeza.

—Si es así, nadie ha hablado.

—Mírelo desde el punto de vista de un amante celoso. Harry iba a enviar a Matt al espacio, pero dejó a Zane en tierra, cerca de él.

—Mierda. ¿Así que Matt vio el hecho de que lo seleccionaran para ser miembro de la tripulación como una especie de rechazo por parte de Harry?

—Creo que sí. Se lo guardó todo. Estos chicos suyos parecen haber aprendido a esconder sus emociones. Pero cuando dio la casualidad de que Harry salió a ver la prueba de la bomba...

—Matt vio en esto una oportunidad para vengarse.

—Sí. Él mismo dijo que era fácil poner la carga letal si sabías lo que estabas haciendo.

—Vaya. —Gordo se sacó el puro de la boca, lo cortó y lo encendió—. Por supuesto, no tiene pruebas de esto.

—No, pero creo que Matt confesará si se le presiona. Yo no quise hacerlo...

—Nosotros nos encargaremos de eso.

—¿Y qué hay del puesto de Matt en la tripulación?

—Bueno, está fuera. —Gordo sonrió de oreja a oreja—. Irónicamente, le abre de nuevo la puerta a Zane. No hay una sustitución mejor. Matt Weiss la ha cagado de muchísimas maneras. Señorita Gray, ha tenido un día de mil demonios. Pero supongo que ha pasado la prueba que le he puesto. —Él la miró—. Tendremos que sacar uno de esos monos de colores.

—No sé si quiero convertirme en uno de sus candidatos.

—De acuerdo. Lo entiendo. Y no hay ninguna garantía de que lo consiga aunque quiera; me imagino que puede ver lo duro que es el proceso de selección. —Agitó su puro hacia la *Orión*—. Y no hay ninguna garantía de que esta cosa destartalada vaya a volar. Pero mire, señorita Gray, me asignaron este proyecto también contra mi voluntad. Creía que con los años que me quedaban iba a hacer algo mejor que esta tontería, una pandilla de críos y un plan estúpido. Pero mire dónde estamos ahora. La inundación ha anegado cualquier esperanza de recuperación, de todo lo que hemos planeado. De repente, el Proyecto Nimrod es la única esperanza que nos queda, la única posibilidad que tenemos de enviar el recuerdo de lo que fuimos al futuro.

»Por eso he trabajado como un burro intentando que esto funcione. Les he dado un buen coscorrón en sus cabezotas a estos intelectuales para que se les ocurriera un diseño viable, una nave que podamos construir, que podamos probar y que vuele. Y he hecho todo lo posible para convertir a esta pandilla de críos en una tripulación. Pero eso es lo que son: unos críos. Ni siquiera saben de qué los estamos salvando. Creo que la necesitan a usted y a gente como usted. Recuerdo que cuando la vi por primera vez en esta ciudad de Oklahoma con diecisiete años estaba cosiéndole la herida que tenía en el estómago con un hilo a un tipo.

—Ese era Michael Thurley. Y era con sedal.

Le sonrió por encima del puro y ella pudo verse reflejada en los cristales de las gafas: las manos en el estómago, el pelo lacio y el rostro demacrado y cansado.

—¿Qué me dice entonces? ¿Se viene a las estrellas con nosotros?

Noviembre de 2041

Holle se despertó sola en la cama. Podía sentirlo, sentir el frío de un edredón apartado, incluso antes de moverse.

Siete días. Ese fue su primer pensamiento. Solo quedaban siete días para el lanzamiento, después de toda una vida de entrenamiento, de amistad y de rivalidad, de triunfos y de fracasos, de maravilla y de tragedia. Pero primero tenía que pasar el día de hoy.

Abrió lentamente los ojos. La habitación estaba bañada por una luz gris, la luz de otra oscura mañana de noviembre; llevaba semanas haciendo un tiempo asqueroso y deprimente. Se puso bocarriba y sintió el dolor que le producían las agujetas, el recuerdo que su cuerpo tenía de las horas que ella había pasado en la centrífuga el día anterior. Había estado demasiado exhausta incluso para hacer el amor con Mel. Cuando por fin habían llegado a la habitación en la residencia que la tripulación tenía en Gunnison habían dedicado una hora a masajearse mutuamente, a deshacer los nudos de dolor que tenían sus cuerpos, antes de sucumbir el sueño.

Ahora Mel estaba de pie delante de la ventana, vestido solo con unos calzoncillos tipo bóxer. Su cuerpo se recortaba contra el cielo y ella pudo ver el firme contorno de su cintura y sus musculosos brazos. Después de estos últimos meses de entrenamiento intensivo, estaban muy en forma.

—¿Mel? Vuelve a la cama.

Él no se movió.

Holle salió de la cama, se puso una manta por encima de los hombros y se acercó a la ventana arrastrando los pies. Estaban en el décimo piso del complejo residencial, un bloque de hormigón construido rápidamente para alojar a los candidatos y a los ingenieros, directores, entrenadores y demás personal de apoyo en tierra que era mucho más numeroso que la tripulación potencial. Miró hacia abajo y distinguió el triple vallado, las zanjas, las torretas y los perros patrulla que la aislaban en este refugio particular del resto de un mundo desmoronado.

Y cuando miró afuera, a medida que el cielo se iluminaba hacia el este, vio el magnífico valle de Gunnison, abrazado por la mole de las montañas Rocosas. Dirigió entonces la mirada hacia el conjunto de lanzamiento de la *Orión*, un complejo bloque bañado por las luces de los focos. Ella estaba a diez kilómetros de la nave y pudo distinguir el grupo de instalaciones de apoyo que lo rodeaban: unos feos edificios funcionales de hormigón con el brillo de caminos de grava serpenteando entre ellos. Esa era la Zona, como acabaron llamándola, el centro de lanzamiento de dos

kilómetros de ancho con la gigantesca nave espacial en el centro. El viejo pueblo de Gunnison estaba al este, hacia la derecha del centro del lanzamiento. Todo esto estaba cercado por un perímetro de seguridad más amplio dentro del cual estaba lo que los planificadores militares denominaban Hinterland, una concentración de instalaciones industriales de dieciséis kilómetros de ancho. El tráfico avanzaba lentamente en todas partes; las luces de los convoyes parecían sartas de joyas y si pegaba la oreja al cristal podría oír el estruendo de enormes máquinas. Se trabajaba las veinticuatro horas del día, siete días a la semana y llevaba meses siendo así.

Mel solo tenía ojos para el *Arca*.

—Mira, vaya pájaro.

Holle le rodeó la cintura con los brazos.

—Y es todo nuestro.

—O lo será, en una semana.

No era propio de él estar despierto a esas horas. Normalmente dormía como un tronco; había estado en el Ejército el tiempo suficiente para aprender a coger el sueño cuando podía.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Supongo que sí. Me imagino que es la tensión que empieza a agobiar.

—Esos malditos relojes con su cuenta atrás por todas partes.

—Y algo más. ¿No lo notas?

—¿El qué?

—La euforia —respondió él—. Supongo que esa es la palabra. Es como si estuviéramos en el centro del mundo. Somos jóvenes, estamos en forma y preparados para irnos y hacer aquello para lo que llevamos toda nuestra vida entrenándonos. No me puedo imaginar sentirme mejor que ahora. Gordo Alonzo nos cuenta cómo era para la tripulación de un transbordador antes de un vuelo. Me imagino que hay cosas que no cambian.

Tenía razón. Todo se agudizaba, como si se hiciera más real; incluso ahora, el calor de la piel de Mel en su mejilla, el picor de la áspera moqueta bajo sus pies, las luces centelleantes del insomne paisaje industrial que tenía ante ella.

—Sí. Nos mueve la adrenalina. Es posible que duerma una semana cuando estemos en la nave.

Él se dio la vuelta y la abrazó con el rostro ensombrecido cuando bajó la mirada hacia ella.

—¿Te arrepientes de algo?

—¿Como qué?

—¿No sientes no haber intentado quedarte embarazada?

Muchas de las candidatas lo habían hecho, quedarse embarazadas en las últimas semanas. Algunas lo habían conseguido, incluso Susan Frasier, que estaba esperando

un hijo de Pablo Mason, un postergado con el que formaba ya una pareja estable. Él se había convertido en un genio de las matemáticas, gracias a que Susan había persuadido a Gordo, había conseguido un puesto en el equipo de asistencia en tierra. Pero había otras que acabaron enfermado tanto que no pudieron completar el programa de entrenamiento, con lo que tuvieron que salir del proyecto.

—Es posible que eso hubiera aumentado tus posibilidades.

—No —dijo Holle con firmeza—. Ya hemos pasado por esto. —Si se hubiera quedado embarazada de Mel, los genes de él se habrían vuelto superfluos—. No iba a dejarte abandonado aquí. Podemos tener hijos en Tierra II.

—No hasta dentro de ocho años.

Ella se encogió de hombros.

—Puedo esperar.

Un panel de pared brilló y se oyó un suave pitido.

Dejaron de abrazarse y Holle gritó:

—Encender.

La pantalla se encendió y apareció el rostro curtido y de facciones bien marcadas de Alonzo. «... es una grabación continua. La selección final de la tripulación comienza a la 08.00». Quedaba una hora. «Si consideras que reúnes los requisitos necesarios para ser elegido, ven al centro a la hora fijada. Si no estás allí, aunque seas Neil Armstrong, quedas fuera. Espero dejar esto claro. Trae solo lo necesario». Bajó la cabeza para echarle un vistazo a la nota. «Eso es todo». La pantalla parpadeó cuando la grabación comenzó de nuevo. «Esta es una grabación continua. La selección final de la tripulación comienza a la 08.00...».

Mel y Holle se miraron por un instante. Nadie los había avisado de esto.

—En marcha —dijo él.

—Sí.

Mel corrió a la ducha.

Holle sacó la ropa interior de él y de ella de los armarios y sus uniformes de candidato.

—¿Qué crees que quiere decir con «trae solo lo necesario»?

—Que no vamos a volver —gritó Mel desde la ducha.

—Mierda.

Pero ella tenía que haberse esperado algo así. *Así que comienza el juego final*, pensó. Cogió unas mochilas y empezó a revolver la habitación en busca de lo que consideraba más preciado: libros, diarios, memorias USB, imágenes impresas, cartas de su padre, su ángel. ¿Qué más no podía dejar atrás?

Oyó el rugido de los motores pesados, incluso a través de los gruesos cristales de las ventanas. Miró hacia abajo y vio que se detenían unos autobuses blindados, listos para llevarlos al centro del lanzamiento. Miró el reloj. Las siete y cinco. Metió cosas

arbitrariamente en las bolsas.

—¿Te quieres dar prisa con la maldita ducha?

Había un pasillo de fotógrafos, contenido por filas de militares, esperando a los candidatos que salían del edificio en pareja o en grupos de tres, agarrando con fuerza sus bolsas, con sus uniformes chillones que contrastaban con el apagado verde militar. Los *flashes* y los focos relumbraron en sus caras. Hubo incluso un breve aplauso. Kelly, a la que siempre le gustaba el espectáculo, lanzó un puñado de llaveros del *Arca* con una hosca multitud que los observaba más allá de los admiradores.

El autobús partió del exterior del edificio exactamente a las siete y media, un vehículo parecido a un tanque con orugas y ventanas minúsculas. Se unió a un convoy que salió con brío de la valla de seguridad del complejo, para después recorrer un pequeño trecho de carretera bordeado de tropas, unas formas imprecisas a la tenue luz de la mañana, en dirección a Gunnison.

Aminoraron la marcha al llegar a un puesto de control en el perímetro exterior de Hinterland, un enorme círculo de vallas, zanjas y torres de vigilancia de unos ocho kilómetros de radio que rodeaba Gunnison. Había más espectadores esperando allí; algunos aplaudían, la mayoría solo miraba. La seguridad era dura y feroz.

Incluso cuando estaban dentro de Hinterland, recorrieron a toda velocidad una carretera bordeada de vallas metálicas y más tropas armadas. Más allá del vallado trabajaban obreros civiles, cavando hoyos y zanjas en los espacios abiertos y metiendo feos huecos de metal en la tierra, era de suponer que por todo Hinterland. Puede que incluso la carretera que recorría ahora la minaran una vez que pasara ella. Nadie más podía entrar después de ellos. Ese era el significado de estos preparativos. Tenía la sensación de que unas enormes pruebas se cerraban de golpe detrás de ella una a una.

A un kilómetro del *Arca*, se detuvieron en una valla de seguridad que rodeaba la Zona, la zona cero interior en donde estaba el centro de lanzamiento y la infraestructura sobre la que se sostenía. Esta vez subieron a los autobuses, revisaron las tarjetas y la identificación biométrica de los ocupantes y los vehículos siguieron adelante con tropas armadas dentro.

Eran las ocho menos cuarto cuando el autobús se paró delante de las grandes puertas del Candidate Hilton. Holle había pasado tanto tiempo en este enorme centro de entrenamiento en los últimos dos años que había terminado por sentirse como en su casa. Y aquí, en unos días, se someterían a los preparativos finales para el lanzamiento. Ahora, mientras los candidatos salían de sus autobuses, charlando nerviosos, ataviados con sus vistosos trajes, ella solo quería entrar, cumplir con el

plazo señalado por Gordo. Pero incluso aquí había fuertes medidas de seguridad y tuvieron que ponerse en fila para otro control antes de permitirles la entrada.

Ahora la luz era más brillante. Mientras Holle esperaba a que llegara su turno, miró a su alrededor. Era sorprendente recordar que en solo unos años habían creado todo aquel centro de lanzamiento desde cero, incluidas las fábricas, los depósitos de propergol, las instalaciones para prueba, montaje e integración, el edificio para el entrenamiento y preparación de la tripulación, los centros de control. Y todo esto se centraba en la nave en sí, iluminada por sus focos y que descollaba sobre los edificios que la rodeaban.

Esa mañana había mucha actividad alrededor de las rampas que iban del suelo a las enormes puertas de las bodegas de los cascos gemelos. Holle sabía que estaban cargando el banco de Svalbard. Era un banco que contenía alrededor de dos mil millones de semillas, creado hacía unos cuarenta años en lo más profundo de una montaña en alguna isla noruega... las semillas que ayudarán a construir un nuevo mundo, en Tierra II, una vez que se eligiera un planeta y llegaran a él. Se rumoreaba que el banco de semillas había sido el precio que había pagado el patrocinador de Grace Gray, Nathan Lammockson, para conseguir que ella subiera al *Arca*. Ya había bancos de cigotos almacenados en lo más profundo de la bodega de la nave: embriones congelados de animales, de perros, gatos, caballos, vacas, ovejas, cerdos, varias clases de peces y ed una gran variedad de bichos sacados del rico tejido del planeta Tierra, todos ellos embarcados no precisamente en parejas. Y Holle sabía que hoy también estaban subiendo a la nave tesoros igual de valiosos pero menos tangibles a través de conexiones de fibra óptica y láser: millones de libros que se remontan a los primeros escritos sumerios, partituras y grabaciones musicales, archivos de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, incluso las grandes bibliotecas genéticas que los mormones habían creado —bancos digitales que contenían la sabiduría y la memoria colectiva de la humanidad y que entraban en la memoria del *Arca*, resistente a la radiación.

Mientras seguía la carga, unas grúas picoteaban la enorme estructura como si fueran pájaros, los reflectores centelleaban, los sopletes echaban chispas y con un silbido salía vapor de las válvulas, haciendo que la luz de los focos brillara con un blanco intenso. Se decía que los ingenieros no dejarían de construir hasta el momento del despegue. Era imposible creer que una cosa así pudiera volar.

Y también era imposible creer que de todo lo que tenía en su campo de visión, solo en *Arca* sobreviviría un microsegundo después de la primera de las detonaciones termonucleares que la llevarían al espacio.

Mel y ella atravesaron los últimos controles de seguridad a las ocho menos dos minutos y, siguiendo una señal, se dirigieron a toda prisa al gran salón de actos del

Hilton.

Gordo Alonzo estaba de pie sobre el escenario, delante de un artilugio de cristal y plástico que parecía una máquina de la lotería. Edward Kenzie estaba allí con él, y Liu Zheng, Magnus Howe y otros instructores. Holle no veía a su padre.

El suelo de delante del escenario que habían despejado de sillas y mesas, estaba atestado de candidatos que pululaban vestidos con sus vistosos uniformes. Mel y ella se abrieron paso entre la multitud buscando a sus amigos. También había muchos uniformes del Ejército, del Departamento de Seguridad Nacional, de la policía o de la Guardia Nacional, y otros vestidos de civil, con el mono de AxysCorp o simplemente con vaqueros. Vio a Grace Gray sola, parecía separada del resto; debía de ser de las mayores y su embarazo era claramente visible bajo el mono holgado que llevaba puesto.

Enseguida encontraron a Kelly, que como siempre estaba en el centro de su grupo: Susan con Pablo; Venus Jennings, Wilson Argent, Thomas y Elle juntos; Mike y Miriam; Cora Robles que, en avanzado estado de gestación, había tenido tiempo de maquillarse, y Zane Glemp, que parecía el menos nervioso de todos. Don Meisel llevaba su uniforme del Departamento de Policía de Denver y chaleco antibalas y estaba al lado de Kelly, la madre de su hijo. Lamentaba muchísimo lo de Kelly, que había perdido su oportunidad de tener una plaza en el *Arca* cuando había elegido seguir con el embarazo y tener a su pequeño Dexter, que tenía ahora dos años. Había seguido con el programa, entrenando con los demás para aportar su destreza y experiencia, y aquí estaba ella con sus viejos compañeros, hasta el final.

Holle tiró a Kelly de la manga.

—¿Has venido a despedirte? ¿Dónde está Dexter?

Kelly simplemente apoyó un dedo en los labios y sonrió.

Holle miró a su alrededor.

—Sin duda aquí hay más de ochenta personas. Supongo que el programa de reclutamiento fue siempre más grande de lo que creíamos.

—Sí. Y me he enterado por casualidad de que ha habido un montón de cambios de última hora. Han metido a hijos de militares y de políticos. Menos mal que el presidente Peery es viudo y no tiene hijos que si no tendríamos a una docena de su progenie a bordo.

Holle frunció el ceño.

—Entonces ¿cuántos hemos pasado el corte?

Las grandes puertas de la parte de atrás de la sala se cerraron de golpe. Se oyó cómo se acoplaba un micrófono y en el escenario Gordo Alonzo lo golpeó con un dedo.

Kelly susurró:

—Supongo que estamos a punto de saberlo.

Gordo Alonzo se aclaró la garganta.

—Bueno. Bienvenidos al último proceso de selección de la tripulación para el *Arca Uno*, la culminación del Proyecto Nimrod. Esto va a ser un maldito melodrama, pero es la mejor manera que se nos ocurre de hacerlo.

»Ahora escuchad. Ya sé cuáles son los mejores miembros de mi tripulación. Tengo a los ochenta definitivos almacenados en mi cabeza, aquí arriba. —Se dio golpecitos en la frente—. Se han tomado en cuenta las habilidades requeridas, la diversidad y toda esa mierda, además del mercado de caballos que ha sido esto en los últimos días. Pero no podemos ponernos a leer una lista en voz alta. No todos los que estaban cualificados han conseguido llegar siquiera a esta sala. Y los que sí han llegado hasta aquí puede que no quieran ir, ahora que ha llegado el momento de la verdad. Después de todo, este es un viaje solo de ida.

»Así que es hora de tomar decisiones. Contamos con un *software* inteligente que en cada etapa va a guardar una lista de miembros óptimos para la tripulación con los candidatos elegibles que queden. Será ese sistema experto el que tomará las decisiones individuales finales. ¿Entendido?

»Muy bien, primera etapa. Quiero que aquellos de vosotros que no seáis pilotos vayáis a la parte de atrás de la sala. Eso incluye a mamá y a papá y a la novia o al novio que dejáis atrás. —Miró a su alrededor enfurecido—. Y eso os incluye a vosotros, si después de todo no queréis ir, aunque creáis que reunís todos los requisitos, por mucho tiempo que hayáis estado entrenando y fuera quien fuera el que haya pagado por vuestra plaza en esta gabarra. Vosotros decidís. Ahora, retroceded.

La multitud comenzó a moverse y a dividirse. Venus, Wilson, Mel, Zane y los demás avanzaron hacia Alonzo. Susan Frasier besó a Pablo... y para sorpresa de Holle retrocedió con él, agarrándolo del brazo.

Holle la cogió de las manos.

—Susan, ¿qué estás haciendo? Esto es para lo que has estado entrenando toda tu vida. Incluso te quedaste embarazada para aumentar tus posibilidades.

Susan simplemente le dedicó una inmensa sonrisa oceánica y miró a Holle con ojos pletóricos.

—Es que no es lo que quiero, Holle. Creo que siempre fue así. Para empezar, cada vez se me hacía más duro imaginarme dejar a Pablo. Y tampoco quiero esa clase de futuro para mi bebé, pasar toda una vida dentro de una lata. —Tomó aliento y un rubor iluminó sus mejillas—. Lo que quiero decir es que aunque crezca en una balsa, por lo menos tendrá el sol, el cielo y el mar... Él no tendrá nada de eso en el *Arca*. Ni tú. Creo que me moriría sin esas cosas.

A Holle le horrorizaba pensar que esa mujer, sensata y con los pies en la tierra, no fuera a ser uno de los ochenta.

—Te necesitamos. Te necesito. Por favor, Susan.

Susan negó con la cabeza mientras las lágrimas le bajaban por las mejillas.

—No puedo. Lo siento.

Pablo sonrió a Holle y se llevó a Susan.

Holle, desconcertada, se volvió hacia Kelly y Don. De repente, se dio cuenta de que iba a enfrentarse a más despedidas, porque Kelly no podía seguir adelante.

Pero Don estaba besando a Kelly, con pasión. Cuando se apartó, tenía los ojos llorosos, aunque los de Kelly estaba secos, brillantes. Don dijo con brusquedad:

—Así que se acabó.

Kelly le puso la mano en la mejilla.

—Fue tan injusta la forma en la que te eliminaron, una simple maniobra de Gordo aquel primer día. Pero nunca tuviste rencor. Qué fortaleza tan increíble. Siempre recordaré eso de ti.

—Dios, Kelly...

—Te veré antes del lanzamiento —dijo Kelly—. A ti, y a Dexter. Todavía queda tiempo. —Miró a la fila que se estaba formando en el escenario, al lado de Alonzo y su máquina de la lotería—. Mira, me tengo que ir.

Don asintió.

—Ve, ve. —Pareció a punto de decirle algo más, pero en cambio se dio media vuelta y se alejó hacia la parte de atrás de la sala, rígido, recto con su uniforme de policía.

Kelly se quedó con Holle. La cogió de la mano.

—Ven... vamos a ver si hemos ganado el juego.

Pero Holle, perpleja, le soltó la mano.

—Kelly, ¿qué estás haciendo?

Esta se puso tensa.

—¿Tengo que explicártelo? Mira... hace unos meses, Alonzo me preguntó si quería que mi nombre volviera a aparecer en la lista. Tuve tiempo de meditarlo. Hablé con Don. Dije que sí.

Holle no lo entendía.

—¿Dijiste que sí? Pero eso significa que tendrás que dejar a Dexter.

—Tiene a su padre. Mi padre cuidará de los dos. Sobrevivirá.

—Eres su madre —le espetó.

—No seré la primera madre de este mundo anegado en dejar a su hijo —dijo Kelly severamente—. Pensé que lo entenderías, tú mejor que nadie. Dios, hemos crecido juntas, superamos esa jodida academia. Peor en realidad eres una timorata, ¿verdad? Ni siquiera se trata de sobrevivir. Es la misión. Holle, ¡me han ofrecido el puesto de comandante de la fase trans-Júpiter! Eso en sí ya es una misión. Entonces estaré en una posición privilegiada para convertirme en capitana de la fase

interestelar. Vamos, Holle, ¿cómo iba a rechazar eso? Estoy destinada a pilotar el *Arca*. Nací para ello. He dedicado toda mi vida a entrenarme para esto. Para mí no hay nada más importante.

—¿Ni siquiera tu hijo?

Kelly se limitó a repetir:

—Creía que lo entenderías. Vamos.

Se giró y se abrió camino entre la cada vez menor multitud hacia el escenario y la lotería de Alonzo.

Se llamaba a la gente en grupos de ocho o de diez, y Gordo les informaba sobre el proceso. Holle vio pasar a Grace Gray, que puso la mano sobre una almohadilla de la máquina. Esta giró y de ella salió un disco, parecido a una moneda, que Gordo le entregó con una sonrisa. Grace lo cogió con indiferencia y siguió adelante.

Holle y Kelly alcanzaron a Mel, Venus, Wilson y Zane en la fila que avanzaba lentamente. En la cola había un chico vestido con un uniforme militar que no le sentaba bien y a quien Holle no había visto nunca. Parecía inseguro, fuera de lugar, y evitaba el contacto visual. A Holle le dio la impresión de que los candidatos habituales, con sus uniformes, constituían no más de la mitad de los que estaban a la cola, la mitad de este grupo de gente que pensaba que tenía derecho a un camastro en el *Arca*.

Mel volvió a por Holle. Ella le cogió una mano y se la apretó con fuerza.

Él la miró.

—¿Estás bien?

Ella negó con la cabeza, apretando los labios.

Kelly le dijo a Wilson en voz baja:

—¿Quién demonios es el crío ese con el uniforme del ejército? Juraría que nunca antes ha llevado ese uniforme.

Wilson susurró:

—Se rumorea que es el hijo del general Morell. Ya sabes, el tío encargado del perímetro de seguridad de la Zona. Nos instruyó una vez...

—Bueno, no tiene ninguna posibilidad de subir a la nave, fuera quien fuera el que lo engendró. —La expresión de Kelly era dura, su mirada encendida, cada parte de su ser centrada en el proceso de selección. No miró hacia donde estaba Don ni una sola vez.

Zane no prestaba atención a nada de esto. Su delgado cuerpo desgarbado dentro del vistoso uniforme chillón de licra, parecía distante, como si fuera apenas consciente de lo que estaba sucediendo a su alrededor, de la seriedad de este momento, que podría determinar toda su vida.

Se acercaba a la máquina seleccionadora y la fila de delante se disipó. Todos estaban en el siguiente grupo de diez al que llamarían y que formaría una fila delante de Gordo Alonzo. Holle se dio cuenta de que había un hombre armado detrás de aquel y otro al lado de la máquina, mirando en silencio. Detrás de ellos, figuras importantes como Edward Kenzie y Liu Zheng esperaban. Holle miró hacia atrás. Su padre no había dado todavía señales de vida.

Gordo se puso delante de ellos, con su uniforme perfectamente planchado, y juntó las manos.

—Muy bien, chicos, hora de jugar. El hecho de que os quedéis aquí significa que estáis dispuestos a servir en el *Arca*. ¿Es así? Ahora veamos si habéis sido seleccionados.

»Cada uno de vosotros dará un paso adelante, por turnos. Colocaréis la mano derecha en esta placa. —Les enseñó cómo tenían que hacerlo—. Si la máquina no está segura de vuestra identidad, sentiréis un pinchazo en el pulgar, una muestra de sangre. ¿De acuerdo? Y si estáis en la lista, se os dará una ficha. —Levantó una moneda dorada—. Como esta. Numerada del uno al ochenta. No la perdáis. Sé que parece un poco rudimentario, pero una vez que se hayan dado las fichas, tenéis vuestro pasaporte al *Arca* pase lo que pase, aunque nos pirateen, aunque los sistemas fallen, lo que sea. Ahora, si no conseguís vuestra ficha, es que no habéis sido seleccionados y os pediremos que sigáis andando. —El soldado armado que estaba a su lado se puso tenso, sosteniendo el rifle contra el pecho—. ¿Quién quiere ser el primero?

Zane dio un paso adelante. Colocó la palma de la mano donde les habían indicado, la máquina giró y escupió una ficha. Gordo se la entregó a Zane, quien cerró la mano sin mirarla y siguió andando.

Wilson y Venus pasaron sin problema. Venus estaba temblando; pareció inmensamente aliviada de haberlo conseguido y apretó la ficha contra su pecho.

Kelly era la siguiente y avanzó con confianza. Cuando Gordo le entregó la ficha, ella saltó y gritó de alegría como si hubiera ganado una medalla olímpica. Su padre, Edward, aplaudió con sus manos salpicadas de manchas de la edad. Holle no se podía creer que Kelly se comportara de esa manera.

El chico del ejército, Morell, era el siguiente. Temblaba visiblemente. Gordo tuvo que enseñarle dónde tenía que poner la mano; el muchacho se secó la palma en la pernera y estiró el brazo con nerviosismo. Pero de la máquina salió una moneda; él la cogió y se fue a toda prisa.

—No me lo puedo creer, joder —dijo Mel. Le dio una palmadita a Holle en el hombro—. Ahora vas tú, cariño. Te veo en el otro lado.

Holle dio un paso hacia delante, sola. De repente estaba nerviosa, el corazón le latía con fuerza y se sentía mareada. Era consciente de que Gordo la estaba observando, el guardia a su lado, Kelly y los otros candidatos que lo habían logrado esperaban y Mel estaba detrás de ella. Era como Kelly lo había dicho. Toda su vida se había estado preparando para esta misión. Nunca sabría cuánto había sacrificado por esto, qué clase de infancia habría tenido si hubiera sido de otra manera. Y todo se reducía a este momento, a una decisión hecha por un sistema experto intangible que Gordo y los ingenieros sociales habían ideado.

No tenía sentido titubear. Plantó la mano en la tableta. Estaba grasienta del sudor de los otros. La máquina giró. Una ficha cayó dentro de la ranura con un repiqueteo. Ella se la quedó mirando un largo segundo, casi no podía creérselo. Entonces Gordo se la entregó y ella la agarró con fuerza mientras fue a unirse a Kelly y al resto del grupo. Nadie le dio ninguna palmadita en la espalda, nadie la abrazó... nadie sonreía, solo Kelly. No parecía el momento de hacerlo. El chico del ejército estaba allí plantado, temblando, más temeroso quizá de haber sido elegido que de lo contrario.

Mel se acercó a la máquina. Colocó la mano en la placa. La máquina giró, pero no cayó ninguna ficha. Mel frunció el ceño y se quedó mirando a la máquina. Iba a bajar la mano de nuevo cuando el guardián dio un paso adelante.

Gordo le puso la mano en el hombro.

—Lo siento, hijo.

Mel se quedó allí, recto, durante un largo segundo. Después asintió, se dio media vuelta y se fue, sin mirar a Holle.

Ella no se lo podía creer.

—Ha habido un error.

—Alguien ha tenido que hacer sitio al soldadito de papé —dijo Kelly—. Mala suerte.

—¡No! —Holle se lanzó hacia delante. Kelly la cogió de los brazos y la sujetó.

La tripulación ganadora, los ochenta definitivos, fueron sacados por Gordo y su equipo de la sala y llevados a una sala de conferencias más pequeña. El hombre subió al escenario, donde habían colocado un atril con un sello azul delante. En la parte de atrás, en un compartimento con paredes de cristal, estaban los espectadores. Los candidatos (*no, la tripulación*, pensó Holle) estaban sentados en sus filas, y llenaban apenas un cuarto de la sala. Eran tan pocos. Y calculó que no más de un sesenta por ciento llevaba el uniforme de los candidatos oficiales.

Kelly y Wilson acompañaron a Holle a un asiento y se sentaron uno a cada lado de ella, para asegurarse de que no se iba a mover de allí. Kelly no podía ocultar su alegría. La expresión de Wilson era adusta, de absoluta determinación.

Holle no se podía creer que Mel no estuviera allí, a su lado. Se sentía como si tuviera el piloto automático encendido, como si fuera incapaz de tomar decisiones por sí misma, de imaginarse un futuro sin Mel. Ni siquiera sabía si le iban a dejar verlo de nuevo, a menos que de alguna forma se pudiera zafar de la misión.

Todo el mundo a su alrededor se puso de pie. Miró al escenario y vio que el presidente Peery se acercaba al atril

Pat Peery era un hombre bajo y fornido, con calva y cara ancha; llevaba un traje azul oscuro e insignias de solapa: la bandera norteamericana a la izquierda y su pin del planeta Tierra a la derecha. Con él subieron al escenario una legión de hombres y mujeres de traje oscuro, algunos de ellos seguramente del equipo de seguridad y otros ayudantes, quizá. Holle nunca había visto a Peery en persona. A ella le pareció más un cómico que un presidente, uno de esos humoristas cuyo humor improvisado acerca de la falta de comida, los postergados y las epidemias se emitía en los canales de noticias de madrugada para distraer a los insomnes.

Peery extendió las manos.

—Por favor, sentaos. Me puedo imaginar cómo os sentís después del asunto de la lotería. —Se dio unas palmaditas en el estómago—. Mariposas, ¿verdad? No quiero que nadie se desmaye aquí delante de mí.

El público se sentó y a Holle le pareció que había una sensación palpable de relajación, incluso se oyeron algunas risas.

Peery dijo:

—Es ahora, solo nueve años después de que mi predecesora hablara a los integrantes de este proyecto, cuando tenemos a nuestros ochenta, a nuestra

tripulación. Y antes de que os preparéis para la ascensión, he creído conveniente dirigirme a vosotros y recordaros de dónde venís y adónde vais, y por qué. — Extendió las manos—. Estos son momentos extraordinariamente difíciles para todos nosotros. Bueno, ya lo sabéis. De lo contrario no volaríais a las estrellas en una bomba atómica. Y ha sido extraordinariamente difícil ser presidente de este maravilloso país. Es posible que no estéis de acuerdo con todas las decisiones que he tomado en todo el tiempo que llevo en este cargo, con las medidas que he llevado a cabo. Pero os puedo asegurar que cada paso que he dado ha sido para garantizar la supervivencia de una parte de nuestra nación más allá de este terrible e histórico final del trayecto: la supervivencia de su alma. Y todos esos pasos los he dado ante los ojos de Dios.

»Así es como tiene que ser. En cierto modo, el curso de la historia de nuestra nación ha sido una especie de misión, en el mejor y más valiente sentido de la palabra. He revocado la política de la presidenta Vásquez con respecto a la secularización del Estado. Podría decir que en ese aspecto nunca he intentado manipular el proceso de selección de la tripulación para el *Arca*; las cosas habían ido demasiado lejos. Pero si habéis escuchado algo de lo que he dicho en estos últimos cinco años, sabréis que Dios vuelve a ser parte del destino de nuestra nación.

»Y al hacer eso, creo que he protegido vuestro maravilloso proyecto. En estos últimos días, he sostenido que vosotros, vuestra arca, sois una manifestación pura y noble de la misión que nuestros padres fundadores trajeron a este continente, una manifestación en una época de crisis, una crisis tan grande que ellos nunca la podrían haber previsto. Así es como he conseguido que la nación os apoye. Y también he ordenado la continuación de una segunda misión, una segunda arca, un proyecto en el que se construirá un santuario en la Tierra. No, ya sé que no sabíais nada de esto... ellos tampoco han oído hablar de vosotros. Así es el momento en el que vivimos.

»Y para asegurarnos la protección y el respaldo adecuados de estos grandes proyectos, he tenido que tomar medidas que para muchos de vosotros serán difíciles de aceptar. Que para mí son difíciles de aceptar. Os pondré como ejemplo algo que os ha afectado directamente, justo hoy aquí en Gunnison.

»Os hemos traído aquí a la Zona temprano, sin previo aviso, para que los postergados, los saboteadores y demás chiflados no tengan la oportunidad de volar por los aires el *Arca* o de lanzar a sus bebés por encima del vallado, o desbaratar la misión de otra manera. Os hemos confinado antes de que ellos supieran lo que estaba ocurriendo.

»Pero he aquí la cruda realidad. Para asegurarnos la lealtad de mis generales, de mis militares de alto rango, tuve que concederles a sus hijos una plaza en el *Arca*. Esto no se hizo de manera arbitraria; los muchachos tenían que cumplir unos requisitos básicos en cuanto a la salud, a la diversidad genética, capacidad, etcétera.

Y ahora esos hombres, esa gente importante, estarán protegiendo a sus hijos. Y harán un buen trabajo, creedme. Pero el proceso al que algunos de vosotros habéis dedicado toda vuestra vida ha sido alterado en el último minuto. Puede que me odiéis por esto. Si es así, no os culpo. Pero si no lo hubiera hecho, no creo que pudiera haber garantizado vuestra seguridad los siete días que quedaban antes del lanzamiento. Espero que lo entendáis y que me perdonéis.

»Por mi parte, esto es todo. Os queda mucho trabajo por hacer y no tantas horas para hacerlo. Solo recordad que yo y toda la generación de vuestros padres os hemos dado todo lo que hemos podido para garantizar que llevéis a cabo vuestro extraordinario viaje con éxito. Algunos de nosotros tenemos el alma manchada. Recordadnos en Tierra II. —Miró su reloj y a sus ayudantes—. Supongo que eso es todo. —Y se alejó del atril.

Todo el mundo se puso en pie.

Mientras la gente del presidente abandonaba el escenario, Edward Kenzie y Patrick Groundwater entraron en la sala por una puerta lateral. Subieron a toda prisa al escenario para unirse a Gordo Alonzo, que hablaba seriamente con Liu Zheng. Patrick miró a su alrededor, escudriñando a la gente del público con inquietud, hasta que vio a su hija y le hizo un gesto para que se acercara urgentemente.

Holle ignoró a Kelly y a los demás. Cogió su bolsa y bajó los escalones a toda prisa hacia el escenario.

—Papá, papá...

—Cariño. —Patrick la estrechó con fuerza entre sus brazos. Estaba sudoroso y sin afeitar, como si hubiera estado trabajando toda la noche.

—Pensaba que no te iba a volver a ver.

—No seas tonta. —Patrick dio un paso hacia atrás y sonrió con aire cansado—. Tenía que esperar a que el presidente terminase. Vaya discurso.

—Pat Peery y sus gilipollices de siempre —gruñó Gordo—. No se trataba del proyecto, lo que él andaba buscando era que le construyan estatuas de su persona en Tierra II. —Negó con la cabeza—. Bueno, es un tío despiadado. Y eso de hacer que todo parezca una misión santa. Supongo que es lo que se necesita en estos momentos.

A Holle no le importaba Peery.

—Papá, ¿sabes qué ha pasado? ¿Sabes lo de Mel?

—Lo siento, cariño, sabes que no puedo hacer nada al respecto. Si meten a veinte de fuera, tienen que hacer sitio echando a otros veinte de dentro.

—No volaré sin Mel.

Patrick puso una mano sobre su mejilla, como solía hacer cuando ella era solo una niña.

—Toda tu vida desemboca en esto. Tienes que volar. Hazlo por mí.

—Y además —susurró Edward Kenzie con rencor—, sigues aquí. No veo que le devuelvas la ficha a Gordo.

Patrick se volvió hacia él.

—Eres un gilipollas, Edward...

—¿Podéis dejarlo para más tarde? —dijo Gordo—. Holle, tenemos un asunto urgente entre manos y necesitamos tu ayuda.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No voy a ayudaros en nada.

Gordo suspiró y se frotó la cara.

—Dios... ¡críos! Mira, ¿puedes hacer como que todavía formas parte de la tripulación una hora más?

—De todos los candidatos, solo hablará contigo —le informó Liu Zheng.

—¿Quién?

—Matt Weiss. Te espera.

Desconcertada, dejó que se la llevaran de allí, mientras Kelly y los demás se la quedaban mirando.

La celda de Matt era sencilla, una cueva en un edificio que era un bloque de hormigón, con unas paredes ásperas y sin acabar. Tenía un inodoro químico, un lavabo, un mueble con libros, un camastro y un televisor. Pero no había ventanas, no había luz natural.

Matt estaba sentado en la cama cuando Gordo abrió la puerta. Este y Liu entraron con Holle; Patrick se quedó fuera.

Matt se puso de pie y apartó la mirada como si sintiera vergüenza. Llevaba un mono de un basto material reciclado.

—No te esperaba —le dijo a Holle—. Sé que dije que hablaría contigo si venías, pero...

Holle forzó una sonrisa.

—Ni yo esperaba estar aquí.

Y seguía sin saber qué querían de ella. Se sentó en el camastro y Matt hizo lo mismo a su lado. Liu Zheng se sentó en la única silla de la habitación, una silla recta de plástico duro, y Gordo se apoyó en la pared con los brazos cruzados.

—Lamento el olor —se disculpó Matt—. Me ducho cada tres días, pero este sitio es diminuto.

—En un par de semanas, el *Arca* entera probablemente olerá igual de mal.

—Puede. Nunca lo sabré, ¿verdad? Apuesto a que no sabías que tenían una cárcel en la base de lanzamiento.

Ella se encogió de hombros.

—No me sorprende. Todo esto parece ya una cárcel, con tantos policías, soldados y los de la Guardia Nacional. Llevas encerrado aquí desde...

—Desde que confesé haber matado a Harry, sí.

—¿Y el juicio? —Holle miró a Gordo.

—Estamos algo ocupados. Preparar juicios no es una prioridad.

—No quiero un juicio —dijo Matt con firmeza—. ¿Qué sentido tendría? No cambiaría el desenlace.

Holle se encogió de hombros.

—Está bien. Bueno, ¿y ahora qué? Supongo que te van a llevar lejos de aquí. — En aquella celda no estaban a más de cuatrocientos metros de la base del conjunto de la *Orión*.

Liu Zheng se inclinó hacia delante.

—De eso queríamos hablar contigo, Matt. Necesitamos voluntarios.

—¿Voluntarios?

—Mira... —Liu apuntó hacia arriba y afuera, en la imprecisa dirección del *Arca*—. Sabes que cuando ese pájaro vuele, todo lo que esté en un radio de varios metros de la plataforma de lanzamiento será destruido. La Zona será devastada y la mayor parte de la vasta Hinterland...

—Lo sé, lo sé. Nada que esté cerca de la *Orión* sobrevivirá. ¿Y qué?

—Pero hace falta que alguien esté cerca —dijo Gordo—. Hasta el final, hasta el momento en que esos cañones empiecen a escupir sus proyectiles termonucleares a través de la placa impulsora.

Liu Zheng suspiró.

—Matt, el *Arca* es una máquina experimental. Desgraciadamente, en el momento del lanzamiento todavía estaremos contruyéndola. Es así. Incluso ahora nos aquejan un montón de modificaciones de su diseño. No tendremos tiempo de llevar a cabo muchas de ellas, y mucho menos probarlas. Sabes que el centro de lanzamiento estará en las horas finales, durante la cuenta atrás, nos esperamos que ocurran modos de fallo: algunos los podremos anticipar y otros sin duda, no.

»Habrará un equipo. Un equipo que se quedará hasta el último minuto, hasta que sea demasiado tarde para escapar de la zona de la explosión. Será un equipo que puede que tenga que atravesar a gatas la nave *Orión* para reparar fugas justo cuando las bombas atómicas comiencen a explotar.

—Un escuadrón suicida —dijo Matt lentamente—. Y quieres que forme parte de él.

Holle sintió que apenas podía respirar. Después de un día de sobresaltos, aquello era algo que no había previsto.

—Según tus pruebas de aptitud —expuso Gordo—, eras bastante bueno en matemáticas, física e ingeniería nuclear, pero eras uno de los mejores mecánicos del cuerpo de candidatos. Así que aquí tienes tu oportunidad, hijo. La oportunidad de hacer algo por el proyecto al que has dedicado tu vida.

Liu Zheng estiró el brazo y lo agarró del hombro.

—Y yo —dijo él— estaré contigo. Te guiaré. Este es mi proyecto, después de todo. —Sonrió—. Será glorioso. Piensa en el honor. Piensa en el espectáculo que se te quedará grabado en la retina cuando vuele el pájaro...

—Antes de que se me fría el cerebro.

—Conseguirás el indulto total —le dijo Gordo—. Del presidente y por escrito, si lo deseas. Te necesitamos, hijo. Holle te necesita.

Holle saltó.

—Qué manipulación. ¡Esto es una sentencia de muerte!

Matt la miró.

—¿Vas a volar?

Gordo y Liu la miraron. Ahora entendía por qué la habían llevado allí.

—Sí, Matt —dijo ella con tristeza—. Sí, voy a volar.

Matt asintió. Estiró el brazo y estrechó la mano de Liu.

—Dame una llave inglesa y soy tu hombre, jefe.

Holle no podía soportarlo más. Corrió hacia la puerta, que se abrió para dejarla salir, y se desplomó en los brazos de su padre.

Cuando la metieron en el coche, a Holle le olía a quemado. Por todo el horizonte se veía un humo negro y desagradable. Parecía ser que el presidente Peery había ordenado que prendieran fuego a una zanja, de más de seis kilómetros de largo y llena de valiosísimo petróleo, que rodeaba todo el centro de la Zona. La zanja seguiría ardiendo hasta que los motores del *Arca* la destruyeran totalmente.

Diciembre de 2041

La sirena resonó en los pasillos. El sonido se oía cada segundo y una décima, pensó Holle adormilada, para ajustarse al ritmo con el que las cargas termonucleares detonarían debajo de la placa impulsora que empujaría al *Arca*, y a ella misma, al espacio.

La sirena.

Se sentó de repente. El edredón se le resbaló de su torso desnudo. En un panel de la pared de su habitación parpadeaba un rojo brillante. El reloj de pared indicaba que pasaba un poco de las 18.00. Llevaba dormida desde el mediodía, después de otro turno de treinta y seis horas en los simuladores.

—¡Encender!

En la pantalla apareció el rostro de Gordo. «... es el centro de Pikes Peak. Moved el culo y venid al *Arca* ahora. El lanzamiento ha sido fijado para las 20.00». Parpadeo. «Este es el centro de Pikes Peak. Moved el culo...».

Holle salió de la cama y atravesó la habitación para darle una manotada al panel.

—¡Gordo! Soy Holle.

La grabación se interrumpió para dar paso a una retransmisión en directo de Gordo Alonzo con la corbata aflojada y con unas escenas frenéticas de fondo en el centro de lanzamiento. Gordo permanecía con el rostro rígido, intentando claramente que su mirada no se desviara hacia su cuerpo desnudo.

—Buenas tardes, señorita Groundwater.

—Gordo, ¿qué ocurre? El lanzamiento estaba previsto para las 08.00 de mañana.

—Ya no —dijo él bruscamente—. Morell dice que ya solo puede contener a la gente unas horas más.

Holle estaba desconcertada.

—No estamos preparados.

—Tendréis que estarlo.

—Todavía hay civiles aquí, en el Hilton. Mel está aquí en alguna parte. Mi padre...

—Tendrán que salir de ahí. —Pulsó una placa táctil que estaba fuera del campo de visión de Holle—. No, Argent, no es un jodido ejercicio. Mueve tu flaco culo a la plataforma de lanzamiento ahora mismo. —Pulsó de nuevo la almohadilla y pasó la mano cerca de su corbata aflojada—. Señor presidente. Sí, señor, este es el centro de lanzamiento de Pikes Peak. Tras el mensaje del general Morell hemos adelantado la hora prevista. Confío en que... sí, señor, entiendo. Si me disculpa un segundo. —

Lanzó una mirada enfurecida, como si la mirara directamente a ella—. Si algún imbécil de vosotros, miembros de la tripulación, sigue ahí, escuchando mi conversación con el presidente en vez de mover el culo hacia la nave, va a tener mucho tiempo para lamentarlo. Sí, señor, adelante...

—Apagar.

Y la imagen de la pantalla se fue.

Anonadada, miró a su alrededor. Había medio anticipado algo así, por eso había preparado sus cosas. Su traje para el vuelo estaba extendido sobre una silla, ropa interior holgada con sensores médicos y enlaces para la comunicación con el exterior cosidos a ella y un mono de color azul intenso hecho con el tejido resistente de AxysCorp, voluminosos debido a las bolsas de aire incorporadas para evitar impactos, un sistema de refrigeración y una interfaz con cierre a presión para el sistema de eliminación de desechos. Y casi había terminado de hacer la pequeña bolsa que contendría los únicos efectos personales que le permitirían subir a bordo del *Arca*: memorias USB, ángeles, fotografías impresas... un mechón del pelo de Mel.

Se puso en marcha. Corrió de un lado a otro recogiendo los últimos objetos de la habitación y del baño: su cepillo de dientes, su caja de compresas.

Podía oír gritos, vehículos que aceleraban, gente corriendo, el constante estruendo de la sirena y una pequeña explosión que sonaba al disparo de un arma corta. Le temblaban las manos mientras se ponía las capas del traje de vuelo. No se podía creer que estuviera pasando, que hubiera llegado el momento, este cataclismo final. Tenía muchísimas ganas de hacer pis. Podría mear en el *Arca*.

Buscó sus botas. Fuera, unas luces rojas brillaban con un siniestro ritmo armónico.

La cámara por donde se salía, situada en la planta baja, era un hormiguero de miembros de la tripulación, personal de tierra, militares con armas en ristre, que conducían a la tripulación a los autobuses blindados que esperaban para llevarlos al *Arca*.

Habían levantado una pared de cristal por el centro del vestíbulo. Durante días, habían excluido lo que no era esencial de las zonas en las que estaban los miembros de la tripulación en un intento de mantenerlos alejados de los microbios. Mel no estaba ahí. Pero, entre el puñado de amantes, hijos y padres desamparados al otro lado de la barrera, Holle vio a su padre.

Corrió hacia él. Dejó su bolsa y puso las manos sobre el cristal; él colocó las suyas encima de las de ella.

—Papá, ay, papá. Quiero romper este cristal.

Él forzó una sonrisa.

—No sería una buena idea.

—Intenté convencerlos de que te dejaran entrar para pasar juntos la última noche. Iba a hacerte una paella.

—No te preocupes, la haré yo en tu honor. De todas formas hablaré contigo a través del sistema de comunicación; no te vas a librar de mí tan fácilmente.

—Mel no está aquí. Dijo que estaría.

—Es duro para él. Hablaré con él. Me aseguraré de que está bien.

Alguien tocó un silbato, la última llamada para subir a los autobuses.

—Papá...

—Te diré una última cosa, cariño, algo que nunca te he contado. Tu madre y yo escuchamos a Thandie Jones cuando le contó al IPCC de Nueva York cómo se iba a acabar el mundo. Fuiste concebida después de eso. Concebida con esperanza. Pero nunca te conté por qué te llamamos Holle. En las islas Orcadas, mi abuela me contaba viejas historias de la mitología nórdica... Te llamamos así por la antigua diosa nórdica de la vida eterna: Holle, Hel, Hulda. Holle es la diosa de la transformación. —Ahora lloraba—. Siempre tuve la esperanza de que cumplieras esa promesa de alguna manera. Y mírate ahora, formas parte de esa vida después de la muerte del mundo.

Eso era más de lo que ella podía soportar.

—Es época de milagros, ¿verdad, papá?

Él retrocedió pausadamente.

—No llores, hija mía —dijo con voz apagada.

Kelly Kenzie se acercó a ella corriendo y la agarró del brazo.

—¿Todavía estás aquí? Vamos, maldita sea, ese jodido autobús se va.

Holle dejó que tirara de ella. Cuando miró hacia atrás, Patrick se había perdido deliberadamente entre la multitud.

Todos subieron en tropel al autobús blindado. El vehículo arrancó antes de que Holle pudiera sentarse, antes de que la puerta estuviera bien cerrada. Todo el mundo iba a trompicones de un lado a otro, arrastrando sus bolsas, con las cremalleras de sus trajes a medio subir; esto no se parecía en nada al embarque ordenado que habían ensayado.

Holle llegó a un asiento, pero era demasiado pequeño para ella, con lo acolchada que estaba debido a las capas que tenía su traje. *Mal diseñados*, pensó ella. *Tomaré nota para el comité de supervisión de la integración*. Aunque este autobús se volatilizaría en un par de horas, con sus asientos mal diseñados y todo. Sintió como una risa histérica bullía dentro de ella. Miró por la ventana. Un humo marrón y oleaginoso salía del petróleo en llamas y se elevaba hacia el cielo, como llevaba haciendo ya seis días.

Un estruendo sordo alcanzó el clímax al llegar a ellos, haciendo que se agacharan. Dos aviones de combate atravesaban el cielo con un rugido y unas luces brillantes, quemando un poco más del poco combustible de aviación que le quedaba al país. Holle se preguntó a qué amenaza iban a enfrentarse.

El autobús se detuvo con una sacudida. La conducta abrió las puertas, se puso de pie y agitó los brazos:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Moved el culo!

Era una mujer de mediana edad que llevaba un mono NBC para la protección ante agentes nucleares, biológicos y químicos. Holle entendía la urgencia: si no conseguía sacar el autobús de la zona de explosión, no sobreviviría al lanzamiento, llevara el traje protector o no.

Holle bajó del autobús agarrando con fuerza su bolsa. El *Arca* se alzaba ante ella, resplandeciente por el baño de luz que proyectaban los potentes focos que tenía a sus pies. Unos camiones cisternas se detuvieron al lado de la nave y sus mangueras entraron como serpientes en el interior de la superestructura, mientras muy por encima de su cabeza unas válvulas echaban vapor blanco.

No había tiempo para la reflexión. Kelly iba corriendo delante y Holle la seguía, agarrando con fuerza su bolsa.

Llegaron a la rampa de embarque, donde personal de tierra y militares, todos vestidos con el traje protector NBC, comprobaron sus fichas y los llevaron a toda prisa a la revisión retiniana. Un último control de seguridad, el último de todos, Kelly y Holle pasaron y se unieron a la fila que subía por la empinada rampa hacia las fauces de la nave.

Y entonces Holle se dio cuenta de algo.

—Eh —dijo ella, jadeando—. Acabo de quitar el pie de la Tierra por última vez.

Kelly avanzaba con todo su empeño por las grandes y largas escaleras, como una atleta durante su entrenamiento.

—Tienes que centrarte, Groundwater.

Holle corrió tras ella.

—Este momento es único. No me puedo creer que esto esté sucediendo.

—Tendrás años para creértelo. Vamos.

La cola fue yendo más lenta a medida que se acercaban a la escotilla, a unos veinte metros sobre el nivel del suelo. La gente se empujaba tratando de subir a bordo. Desde esta posición privilegiada, Holle podía ver a lo lejos desde la Zona con su actividad frenética hasta la cada vez más grande cortina del desagradable humo del petróleo, y el terreno que había más allá. Las luces de Gunnison brillaban en la oscuridad de una noche de diciembre y unas columnas de humo y polvo se levantaban por toda la vasta Hinterland. Por encima del silbido de las gigantescas válvulas del *Arca*, oyó los disparos de armas cortas, el estallido de municiones más

pesadas y lo que a Holle le parecieron gritos lejanos. El *Arca* estaba en el centro de una zona de guerra. Era imposible creer que todo lo que ella veía desde aquí arriba iba a ser destruido en cuanto al extraordinario motor de la nave se pusiera en marcha. Pero más allá de la expansión descontrolada de personas se elevaban las montañas Rocosas, enormes e impasibles, y su silueta oscura se recortaba contra el cielo. Ellas resistirían incluso el lanzamiento de una *Orión*. Holle se preguntó si habría montañas en Tierra II.

Se estaba acercando a la escotilla. Respiró por última vez el aire de la Tierra, pero sabía a gasolina y al amonio del líquido refrigerante de los pistones, y tenía también un sabor fuerte a metal de los múltiples cascos del *Arca*.

Y ahora Holle oía gritos que venían de abajo. Miró hacia atrás. La barrera de seguridad que había en la base de la rampa estaba cediendo. Algunos de los militares parecían haberse amotinado y luchaban con los policías y el personal de tierra para intentar subir también a bordo. Todo se estaba desmoronado, pensó ella.

Se oyó el rugido de más aviones que volaban increíblemente bajo. Holle se agachó y entró a toda prisa en la nave.

—La fuga está aquí. —Liu Zheng desplegó un papel enorme con un diagrama esquemático y con un dedo le señalaba a Matt un tubo de alimentación que empezaba en un depósito de refrigerante secundario. Tenía la mano enguantada; los dos llevaban trajes NBC ligeros. Liu tenía que gritar para que pudiera oírlo por encima del silbido del vapor, el rugido de los motores de los autobuses y camiones que iban de un lado a otro alrededor de la base del *Arca*, los apremiantes gritos de la gente y el siniestro estruendo de los disparos—. ¿Lo ves? Justo encima de esta junta tórica.

—¿Por qué no se encargan de ello los sistemas automatizados?

—Están bloqueados —le informó Liu—. Un fallo múltiple. Es lo que hay. Bueno, para eso estamos aquí. Tenemos que arreglar la fuga; sin refrigerante, si uno de esos pistones de suspensión se recalienta y se agarrota en vuelo, el *Arca* se caerá del cielo. ¿Traes tus herramientas?

Matt se echó una mochila a la espalda.

—Muy bien. Coge el ascensor tres. —Liu sonrió—. Este es su momento, señor Weiss. —Le metió el diagrama esquemático en la mochila—. ¡Vamos, vamos!

Matt corrió hacia la cabina del ascensor, uno de los doce que permitían el acceso al *Arca* para su mantenimiento. Cerró de un golpe la puerta y agarró el dispositivo de hombre muerto que hizo subir la cabina hacia las entrañas de la nave. Pasó por delante del flanco curvado de uno de los cascos de la tripulación. Cerca de su cara pasó a toda velocidad una pared blanca aislante acribillada de escotillas de mantenimiento, señales de advertencia, soportes de válvulas (y dispositivos de bolsillo, etiquetados con estarcidos del revés, para los astronautas que se pasearan por el espacio en el futuro extraordinario cuando esta nave fuera desmontada en la órbita de Júpiter y vuelta a montar para vuelo interestelar). Se sentía mareado, irreal. No había dormido mucho durante la última semana. Desde que lo pusieran en libertad, había dedicado todo el tiempo a memorizar cada aspecto de los sistemas de los que se iba a ocupar. Se imaginaba que podría recuperar el sueño atrasado cuando muriera. Y al haberse adelantado el lanzamiento del *Arca*, había perdido doce horas de su vida. Un porcentaje bastante grande cuando solo te queda un día.

Miró hacia arriba, intentando descubrir dónde estaba el tubo de alimentación que daba problemas. El interior del *Arca*, igual de iluminado que el exterior, era una masa de reluciente metal, tubos y tanques enormes conectados por conductos y cableado, todo ello dentro de las inmensas riostras del armazón. Vio cámaras que giraban y, subiendo por la pared de uno de los grandes cascos de la tripulación, un robot de mantenimiento, parecido a una araña, que como cabeza tenía una cámara, patas de

ventosa para poder subir por paredes verticales y un manipulador remoto con una gran variedad de herramientas a lo navaja suiza.

Todavía subiendo, bajó la mirada hacia el flanco del casco de la tripulación y vio más abajo, por algunos huecos que había entre el grupo de tanques y tubos, la imperturbable mole de la placa impulsora: un disco invertido de acero templado que era en sí mismo una hermosa obra de ingeniería, de cuarenta metros de ancho y solo diez centímetros de espesor. Las bombas, cinco veces más potentes que la bomba de Hiroshima, se detonarían una a una cada segundo y una décima debajo de la placa. Estas se colocarían en su sitio por el método más simple que se pudiera imaginar: expulsándolas por un cañón colocado justo en el centro de la placa impulsora. El propergol producido por cada unidad de pulso rebotaría en la placa, que estaría protegida además por un revestimiento de aceite que impediría la ablación y que se renovarían constantemente. El empuje resultante sería absorbido por el sistema de amortiguación, unos inmensos pistones que se helaban por encima de su cabeza, cada uno con una carrera de once metros y con una doble acción compleja que protegía las partes vulnerables de la nave contra el rebote, en caso de que la unidad de pulso fallara.

Tras estudiar las cuestiones técnicas desde cero, los diseñadores del *Arca* habían vuelto a algo parecido a lo que se había convertido en el diseño oficial durante la mayor parte del Proyecto Orión original en la guerra Fría: una bestia de cuatro mil toneladas cuya masa estaba dividida de forma equitativa entre la placa impulsora, la estructura de la nave, las bombas y mil toneladas de carga útil. En comparación, el *Saturno V*, el cohete que envió al *Apolo* a la Luna impulsado solo por energía química, había pesado tres mil toneladas, de las cuales solo cuarenta era carga útil. Incluso ahora costaba entender la realidad de lo que tenía delante de él. Cuando la nave estuviera volando, todo este espacio sería el escenario de una enorme actividad de ingeniería, con destellos de luz atómica cegadora saliendo del borde de la placa impulsora y esos pistones temblando con cada enorme carrera.

Matt miró ahora hacia arriba y pudo ver que se estaba acercando a los enormes tanques de líquido refrigerante y aceite para la ablación suspendidos en su armazón, y la compleja red de tubos que conectaban unos con otros. Ahí era donde estaba la fuga. En vuelo, se usaba un compuesto de amonio para enfriar los pistones después de cada carrera. El gas comprimido resultante de la alta temperatura se utilizaba entonces para poner en funcionamiento las bombas que lanzaban una capa de aceite que protegía contra la ablación sobre la placa impulsora antes de la siguiente detonación y para sacar la siguiente unidad de pulso del cargador. Usar los productos de una carrera para preparar la siguiente era gratificante para un ingeniero, un proceso que olía a eficiencia termodinámica. Pero esa complejidad llevaba a muchos modos de fallo.

Se fue la luz del ascensor y la cabina se detuvo de golpe.

—Mierda. —Matt apretó el dispositivo de hombre muerto y sacudió la puerta de la cabina. Se había ido la corriente en la cabina y las poleas que habían estado tirando de ella se habían parado. Matt golpeó con el dedo un micrófono que tenía en el cuello —. Liu, soy Matt.

Cuando el enlace se encendió, Matt oyó cómo Liu Zheng interrumpía otra conversación.

—Adelante.

—Se ha ido la luz en el ascensor tres.

—Espera... ya lo veo. Se ha ido la luz en todo ese lado, se ha estropeado un generador. Maldita sea. —Liu sonaba tenso. Lo que temían por encima de todo era un fallo masivo, un problema que agravara otro—. ¿Sigues con la fuga de refrigerante? ¿Ya lo has arreglado?

—Negativo. —Matt controló el impulso de responderle con brusquedad; por supuesto que no lo había reparado en el par de minutos que había pasado desde que se había ido de su lado. Liu estaba haciendo malabarismos para llevar a cabo cien tareas a la vez, todas tan urgentes como la de Matt; el tiempo debía de estar alargándose para Liu, en esta última hora de su vida—. Todavía estoy subiendo.

—No podemos conseguir que vuelva la luz hasta... no lo sé. Matt, ¿puedes improvisar? Sí, Mary, ¿qué ocurre?...

Matt apagó el enlace de comunicación. *Improvisar*. Bueno, no tenía elección y había escaleras de acceso por toda la nave.

Se echó la bolsa de herramientas a la espalda, agarró la manivela y abrió la puerta de la cabina de forma manual. La escalera más cercana estaba justo al salir de la cabina y había una barra a la que enganchó un dispositivo de seguridad de su cinturón. Se agarró a la barra, sacó un pie y lo posó en el travesaño más cercano. Tiró del arnés para comprobar que era seguro. Entonces miró hacia arriba, hacia la catedral de resplandecientes formas de metal que tenía encima de él y comenzó a subir.

A su paso, unas cámaras de vigilancia se giraron para seguirlo.

Desde la rampa, Holle siguió a Kelly por un suelo de rejilla metálica y a través de una cámara intensamente iluminada antes de unirse de nuevo a otra fila de gente para acceder a los niveles superiores.

Holle miró hacia arriba, hacia las capas del suelo. Este casco de la tripulación era un cilindro recto. De hecho, el casco era una remodelación de uno de los enormes tanques de propergol del *Ares V* y una reliquia del proceso de diseño disfuncional del proyecto; cuando se decidió descartar el uso de los *Ares* y volar con la *Orión*, los ingenieros habían peleado para hacer uso de los componentes de la abandonada tecnología de los *Ares*. El casco se dividió en niveles con paneles de rejilla metálica que se podían desmontar para abrir el espacio interior. Por ahora en los niveles estaban dispuestos los asientos desplegable de aceleración para la tripulación. Por el centro del suelo de rejilla había una barra, como la de los bomberos. Uno a uno, los miembros de la tripulación subían por los travesaños de metal atornillados a un lado de la barra.

Llegaron a la escalera central. Kelly subió primero, seguida de Holle, por el casco.

Para su arquitectura interior se tomó como modelo lo que se había demostrado que funcionaba en la estación espacial, con combinaciones de colores y franjas de luz diseñadas para que uno se pudiera orientar en gravedad cero, y diversos depósitos, estaciones de trabajo y consolas desplegadas. Había almohadillas de velcro y asideros por todas partes, listos para la caída libre. Por ahora, la única funcionalidad importante estaba en los puentes de mando gemelos, situados en el morro de cada casco de la tripulación, y las pantallas de las estaciones de trabajo mostraban todas el rostro impasible y tranquilizador de Gordo Alonzo, con una vista borrosa del centro de lanzamiento de Pikes Peak detrás de él y un reloj con la cuenta atrás.

Sin embargo la voz de Gordo se perdía en el estruendo del caos que había en cada nivel. La gente estaba en sus asientos, apretándose los arneses y enchufando los enlaces de comunicación y los sistemas de eliminación de residuos. Pero Holle vio que otros se peleaban por los asientos y agitaban sus fichas en la cara del otro. Aunque mucha gente llevaba los trajes de vuelo reglamentario, había un número importante que no. Ni siquiera reconocía a muchos de los que estaban a bordo.

Miró hacia arriba y gritó a Kelly.

—¿Dónde están los de seguridad? ¿Cómo demonios ha subido esta gente a bordo?

—No importa —gritó Kelly mirando hacia abajo y subiendo la escalera con tanta

determinación como había subido la rampa—. Ya no hay seguridad, Holle, no aquí. Estamos solas. Lo solucionaremos cuando estemos en el espacio. Este es tu nivel, ¿verdad?

—Sí. —Kelly tenía que seguir hasta el puente de mando—. Que tengas un buen viaje, Kel.

Esta sonrió de oreja a oreja, entusiasmada sin temor.

—Esto es lo que he estado esperando toda mi vida. Ya lo creo que va a ser un buen viaje. Nos vemos más allá de la Luna. —Siguió subiendo hasta desaparecer y Holle se bajó de la escalera.

Encontró su sitio con bastante facilidad: era uno de los asientos de una pareja de sillones vacíos. El sitio estaba numerado para que coincidiera con la ficha de embarque. El asiento era un sencillo trasto plegable de plástico y espuma, pero había sido moldeado con la forma de su cuerpo y ella se había acostumbrado a él durante el entrenamiento; se sentó, ya aliviada y metió su mochila debajo.

Vio a Theo Morell, el hijo del general, intentando bajar por la barra y yendo en dirección contraria a todo el mundo, y vestía un mono demasiado grande para él. Holle lo llamó para que se acercara.

—Theo. ¡Eh, Theo!

Él miró a su alrededor, confuso por el ruido. Entonces la vio y se acercó, vacilante.

—¿Holle?

—Pareces perdido.

—Alguien me ha cogido el asiento —dijo con tristeza—. Arriba, en el nivel nueve. Le enseñé el número de mi ficha, pero ella solo me dijo...

—No pasa nada. —Ella miró su rostro angustiada. Debería odiarlo; le había quitado el sitio a Mel—. Mira. Coge este asiento, a mi lado.

—Pero no coincide con mi número. —Metió la mano en el bolsillo—. Tengo la ficha...

—Las cosas se han vuelto algo caóticas. Tú siéntate, ponte el cinturón de seguridad y si viene la persona que tiene este número... bueno, ya nos ocuparemos de eso cuando ocurra. Mira, pon tu bolsa debajo del asiento. Tienes tu bolsa, ¿verdad?

—La he perdido —dijo él—. Me tiraron de la barra.

—Dios, Theo, eres un desastre. Bueno, tienes años para encontrarla antes de que lleguemos a Tierra II. Solo reza para que no golpee a alguien en la cabeza durante el lanzamiento. Vamos, siéntate y ponte el cinturón.

Vacilante al principio, pero aliviado después, Theo obedeció y se abrochó el arnés. Estaban tumbados boca arriba, como en la silla de un dentista, mirando hacia el nivel que tenían encima de ellos. En algún lugar sobre sus cabezas, oyeron cómo la discusión por un asiento subía de tono.

Don Meisel cogió a Mel del brazo y lo sacó de la cola para los autobuses de pasajeros que lo habrían llevado fuera de la zona de explosión. Don iba vestido con ropa de combate: un pesado chaleco antibalas y un arma automática. Debajo del casco tenía el rostro embadurnado de crema oscura, y sudaba por la frente y debajo de los ojos.

—¿Te apetece un poco de acción?

—¿Hablas en serio? Llevo años sin disparar un arma.

—Necesitamos tanta gente como sea posible. Aunque de todas formas vosotros los aeronautas nunca podríais disparar en línea recta. Vamos. —Empezó a correr hacia un camión militar, grande y con el morro achatado, de color verde botella.

Mel tuvo que esperar a que, con gran estruendo, pasara por delante de él un autobús que se alejaba del Candidate Hilton por un pasillo con fuertes medidas de seguridad para salir de la zona de explosión. Y después lo siguió sin poder hacer nada.

—Entonces —le preguntó Don mientras corría—, ¿te has despedido de Holle?

—Me rajé —admitió Mel—. Verla a través de un muro de cristal... ¿qué iba a cambiar eso?

—Pues sí —le dijo Don, corriendo—. Es mejor mantenerte ocupado.

—Y dime, ¿qué ocurre?

—Hay movimiento alrededor de todo el perímetro. Toma. —Al lado del camión había una pila de chalecos antibalas y armas; Don le pasó a su amigo un chaleco, un casco y una pistola—. Ahora mismo por el oeste es por donde están peor las cosas. Creemos que los que intentan entrar son una facción de continuadores. Pero es difícil de saber, todo es un caos con los postergados y los elementos que van por libre de la policía, del Ejército y de la Guardia Nacional yendo de un lado a otro. ¿Listo? ¡Viajeros al tren! —Don ayudó a Mel a subir a la parte de atrás del camión.

Había quizá veinte soldados metidos allí dentro, policías, miembros de la Guardia Nacional y tropas del Ejército regular. Un oficial bloqueó la puerta trasera y se pusieron en marcha, en dirección oeste, con el ruido de su motor y una columna de polvo que se elevaba hacia la oscuridad del anochecer. El camión seguía un sendero de harapos blancos atados a unos palos, que evidentemente lo guiaba a través de un campo de minas.

Don tenía la mirada fija al frente. Mel no podía saber de qué humor estaba.

—Entonces... ¿no te importa? El lanzamiento y esas cosas.

Don forzó una sonrisa y se ajustó el barboquejo.

—Tanto como se puede esperar. Los dos habríamos preferido que Dexter también

subiera, pero no aceptan bebés de dos años. Kelly ha ido en nuestro nombre, para vivir en un nuevo mundo ya que nosotros nunca podremos hacerlo. En cuanto a mí, quién sabe qué me deparará el futuro. Hubo un tiempo en el que tenía una carrera profesional, ¿sabes? Trabajaba en la ciudad, en una brigada de los DCP a las órdenes de un oficial llamado Bundy. Un buen hombre.

—¿Los DCP?

—Los Delitos Contra Personas. Homicidios y agresiones. Era trabajo policial normal. Y yo era listo. Pensé en unirme a Investigaciones Especiales. Ya sabes, era una compensación por haberme echado de la academia. Pero nos enviaban una y otra vez a ocuparnos de alguna que otra barricada o a disolver algún disturbio por la comida en otro campamento de postergados. Ahora todo se está disolviendo, y adiós a mi carrera profesional. —Miró a Mel—. Pero todavía queda trabajo por hacer. Si quieres puedo recomendarte y... eh, ya hemos llegado.

El camión se detuvo con un rugido. El oficial bajó la puerta trasera y los soldados se apearon del vehículo. Se oyó el sonido de unos disparos, olía a quemado y se veía una cortina de humo.

Don llamó a Mel por señas. *No te separes de mí*. Se abrieron paso a través de un terreno accidentado, los antiguos cimientos de algún edificio. Los disparos, los gritos y los chillidos se volvieron más fuertes. *Debería estar en el Arca ahora mismo*, pensó Mel. *No aquí*.

Llegaron a un sistema de trincheras y cuando el oficial dio la señal entraron en él y lo recorrieron en fila, con Mel pegado a la espalda de Don. Las trincheras se habían cavado con cuidado. Las paredes estaban forradas con láminas de plástico y el trazado era en zigzag, como el movimiento de una serpiente, para reducir el daño que pudiera causar la explosión de una granada que destruiría una zanja en línea recta. La defensa de la zona de lanzamiento del *Arca*, en este último día, había sido planeada durante meses y años. Se oyó el zumbido grave de dos motores. Mel miró hacia el oeste y vio cómo la inconfundible silueta de un helicóptero Chinook, feo y enorme, se elevaba en el aire, con sus dos rotores girando y recortado contra el cielo oscuro. Volaba a baja altura y disparaba el armamento que llevaba en el morro contra las zanjas.

—No es de los nuestros —gritó Don.

Con un estruendo, dos aviones más surcaron el cielo de norte a sur por encima del Chinook. Mel, hijo de las Fuerzas Aéreas, estaba bastante seguro de que eran unos F-35 Lightning. Todo el mundo se puso a cubierto; el ruido que hacían los aviones, enorme y opresivo, era terrorífico. Pero no hubo disparos; quizá los Lightning estaban escasos de munición.

—¿De dónde diablos han sacado un Chinook? —gritó él.

—De alguna facción disidente del Ejército o de las Fuerzas Aéreas. O puede que

sean los mormones. Ya te dije que esto era un caos...

Se oyó un estruendo apagado.

—¡Mortero!

—¡A tierra!

El proyectil pasó por encima de ellos. Mel sintió en la nuca las manos de Don, que lo empujaban hacia abajo sobre una lámina de plástico rasgada. Cuando el proyectil pasó por encima de sus cabezas, explotó; la tierra tembló.

Mel se puso de pie con cautela.

—Alguien tiene un mortero.

—Sí —resopló Don—. Y ahora tienen su campo de tiro.

El oficial que los guiaba señaló:

—Tú, tú y vosotros dos eliminad ese maldito mortero. Los demás venid conmigo.

—Esos somos nosotros —informó Don. Los otros dos elegidos por el oficial ya habían trepado a gatas por la pared de la trinchera y se dirigían hacia el oeste, que era de donde había venido el proyectil. Don subió culebreando y salió detrás de ellos.

Mel lo siguió sin pensar. Se lanzó fuera del perímetro, se echó al suelo de tierra, y siguió a los demás a gatas, intentando alcanzarlos, avanzando como una serpiente por el barro hacia el foso del mortero. *Lo hago por ti, Holle*, pensó él. *Todo esto lo hago por ti*.

Los otros llegaron al foso antes de que Mel pudiera alcanzarlos y lo asaltaron. Mel oyó la explosión de una granada, gritos y después el borboteo de la sangre.

Cuando llegó al foso, Don ya estaba entrando en él gateando. El mortero, que tenía aspecto anticuado, estaba destruido, pero había una pila de proyectiles que parecían salvables. Don y los demás los estaban examinando. Había un tufo a carnicería, con el olor a sangre y a carne quemada. Mel vio que había dos personas en el foso. Uno de ellos era un hombre, a quien la granada que había destruido el mortero había partido en dos y cuyas piernas estaban hechas trizas. Pero tenía una pistola en la mano, y la sangre le bajaba por el pecho. Era evidente que había opuesto resistencia a sus atacantes.

La otra persona era una mujer. Ensangrentada, llevaba un vestido que había quedado reducido a andrajos. Mel vio con asombro que la mujer llevaba a un bebé en brazos. El niño, que tenía solo unos meses, estaba envuelto en una sucia manta. Estaba despierto, pero parecía demasiado aturdido como para llorar. Cuando la madre vio a Mel, levantó al bebé y avanzó a trompicones.

—Por favor...

Un solo disparo de uno de los soldados la derribó y se quedó tirada en el accidentado suelo con la espalda hecha una ruina sanguinolenta en la zona por donde había salido la bala.

De arriba, vino el rugido de un motor.

—¡A tierra! —gritó Don.

Mel se tiró en plancha al suelo. Sacó al bebé de los brazos de su madre, intentó protegerlo debajo de su chaleco antibalas y se bajó el casco para taparse la cara. El rugido de encima de sus cabezas se hizo más fuerte y a su alrededor la luz lo iluminaba todo. Se arriesgó a mirar hacia arriba. El Chinook estaba justo encima, apenas visible detrás de la luz deslumbrante de su foco. A Mel le pareció ver unas figuras en la escotilla abierta, apuntando con alguna clase de arma similar a una bazuca al suelo.

Apareció un avión, un F-35, a no más de cincuenta metros del suelo. El Chinook dejó las trincheras. Se elevó, bajó el morro en dirección este, directamente hacia el centro de la Zona, hacia el *Arca*, sin duda su objetivo final. El F-35 siguió su trayecto. Mel esperó a que desplegara su artillería o que disparara un misil aire-aire o que se fuera. Pero no hizo nada de eso. Recordó que no tenía munición.

El avión se estrelló contra el helicóptero.

La explosión hizo retumbar el suelo e iluminó el cielo. Mel se tiró al suelo enlodado, agarrando con fuerza al bebé, y esperó a que los restos llovieran sobre ellos.

La criatura empezó a llorar.

Wilson estaba tumbado al lado de Kelly y de Venus en sus asientos de aceleración en el puente del casco B de la tripulación del *Arca*, llamado Seba.

—Un minuto —informó Venus.

Wilson no podía dejar de hablar.

—Dios. Estamos locos. Una jodida bomba atómica está a punto de explotarme justo debajo del culo.

Kelly lo miró sonriente.

—Demasiado tarde para abandonar.

—Y este va a ser el peor día de Gunnison desde que Alien luchó contra Predator.

—¿Qué?

—No importa. Todo normal. —Con la formalidad que la caracterizaba, comprobó los monitores que tenían delante de ellos.

El *Arca* era una obra de ingeniería muy pesada, pero también era muy simple y sus instrumentos, básicos. Aparte de los monitores de mantenimiento de la nave que mostraban el estado del aire dentro de los cascos presurizados y la aceleración a la que la tripulación estaría expuesta, había indicadores que señalaban el ritmo de las detonaciones de cada unidad de pulso, los niveles de los tanques de aceite contra la ablación y de líquido refrigerante y la presión de los conductos de vapor. Los controles también eran sencillos: uno manual del ritmo al que caía cada unidad de pulso, una palanca en T y una barra para ajustar la posición de la nave. Este era el último y desesperado recurso cuando fallaban los controles automáticos. Sin embargo, Wilson sabía que nadie había sobrevivido en una simulación en la que, debido a algún desastre fingido, hubieran tenido que usar los controles.

Y ahora, en estos últimos segundos, Wilson podía sentir cómo la bestia se agitaba mientras las unidades nucleares de pulso que estaban en el cargador eran alineadas en las gargantas de sus mecanismos de expulsión y los líquidos de refrigeración empezaban a circular por los enormes pistones. Miró a los monitores que mostraban la tripulación en sus filas de asientos, en las profundidades del casco. Las luces de color ámbar intenso que anunciaban el inminente lanzamiento parpadeaban y un mensaje de voz resonaba en cada nivel. Pero había gente que todavía se estaba peleando por los asientos.

—Veinte segundos —dijo Kelly, con naturalidad.

Wilson sintió como su ano se contraía con fuerza.

—Mierda, mierda.

—Arreglado, maldita sea —gritó Matt y su voz resonó entre las paredes de metal que lo rodeaban.

—Quince segundos —gritó Liu Zheng desde el suelo.

—Lo sé. Oigo cómo fluyen los refrigerantes. —Matt miró a su alrededor, a las inmensas paredes de metal que rodeaban su minúsculo cuerpo—. No me puedo creer que esté aquí, escuchando esto.

—Diez... nueve... Me imagino que no necesitamos una cuenta atrás.

—No, he hecho mi trabajo, ¿verdad?

—Eso es, Matt. Buen trabajo.

—¿Dónde estás?

—Justo debajo de la placa impulsora. ¿Dónde si no?

—Si va mal tú serás en primero en saberlo, Liu.

Salió un chorro de vapor, se oyó un estruendo. Debía de ser la primera unidad de pulso bajando por su rampa expulsora. En este último instante, Matt de repente sintió miedo.

—Liu, creo que...

Vio cómo la detonación recorría el borde de la placa impulsora. La vio. Y entonces...

Un puño inmenso golpeó el respaldo de su asiento. Holle oyó gritos ahogados a su alrededor, y gemidos, como si la propia nave se estuviera haciendo pedazos.

*Y sin embargo no estoy muerta*, pensó ella. Estaba a solo treinta metros sobre la nube de plasma de una bomba atómica de cinco kilotones y una placa impulsora que había sido lanzada hacia arriba a mil fuerzas G. Pero el sistema de suspensión debía de estar funcionando, los grandes pistones absorbiendo el impacto. Si no fuera así, ya estaría muerta, la nave destruida cuando la placa de mil toneladas, impulsada hacia arriba por la primera explosión, se elevara y atravesara la estructura titánica del *Arca*.

La gravedad bajó en picado. El final de la primera unidad de pulso. ¿Había durado solo un segundo?

Y entonces empezó la segunda, otro empujón, más suave esta vez, que la echó hacia atrás en su asiento. La presión cedía una vez más. Y entonces hubo otro empujón. Y otro. Funcionaba. Oyó cómo la gente vitoreaba y aplaudía.

Ella se echó hacia atrás y cerró los ojos e intentó imaginarse que estaba en un columpio para niños en el centro de entrenamiento de Gunnison, balanceándose de un lado a otro, inofensivamente. No era tan malo. Una fuerza G más o menos de aceleración hacia delante, una sesión de entrenamiento sencilla. No estaba tan mal teniendo en cuenta que estaban encima de una bomba atómica en dirección al espacio.

Pero el centro de lanzamiento, y el personal de tierra que no hubiera escapado de la Zona, ya había desaparecido; el desafortunado pueblo de Gunnison aplastado como Hiroshima. El viaje ni siquiera había comenzado.

Ahora sintió cómo la nave vibraba, cómo se movía violentamente de un lado a otro, sacudiéndola en su cómodo asiento. El *Arca* iba montada sobre unos macizos cohetes auxiliares, propulsores destinados a ajustar su trayectoria ante el bruto empuje de las bombas atómicas. Balanceo, balanceo, balanceo...

Fue lanzada hacia delante, contra los arneses de seguridad, como si la nave hubiera chocado contra un muro de ladrillos. Los aplausos se convirtieron en gritos.

*Fallo en la unidad.* Ya lo habían simulado antes.

Holle miró a su alrededor. Morell parecía aterrorizado.

—¡Ha fallado una unidad de pulso, Theo! —gritó ella—. Solo una de cientos de unidades. Eso es todo...

Siempre era arriesgado lanzar un artefacto tan complejo como una bomba termonuclear a la nube de plasma en expansión que había dejado otra bomba tan solo hacía un segundo y esperar que detonara. Pero si fallaba la siguiente unidad, y la siguiente, caerían dentro de su propio caos radiactivo...

Otro empujón. Dios mío, ¿había pasado de nuevo solo un segundo? El tiempo era elástico.

Y otro empujón. Y otro. La nave botó un poco, vibró longitudinalmente cuando absorbió aquella carrera perdida. Entonces los descensos en la aceleración se convirtieron una vez más en ese balanceo constante.

Sintió la mano de Theo revoloteando en busca de la suya. Ella la cogió y la agarró con firmeza, y deseó que Mel estuviera aquí, y su padre. Balanceo, balanceo, balanceo, el ritmo algo más lento que el latido de su corazón en reposo, balanceo, balanceo, y el armazón del *Arca* crujió cuando se elevó como un ángel oscuro de las cenizas de su plataforma de lanzamiento.

Algo le salpicó en la cara. Era orina que goteaba del nivel de arriba.

Balanceo, balanceo.

Thandie Jones se encontraba en la sala de control de Pikes Peak siendo testigo de una escena que pensaba que no volvería a ver, una escena que creía perdida junto con muchas cosas del mundo anterior a la inundación: un centro de lanzamiento, hilera de serios técnicos murmurando a los enlaces de comunicación mientras seguían el progreso de una nave espacial que despegaba de la Tierra.

Pero qué nave.

Gordo le tocó el hombro.

—Mira. Tenemos las capturas de unas imágenes de antes de la primera detonación. —Las imágenes habían sido tomadas con una cámara colocada directamente debajo de la placa impulsora—. ¿Ves eso? —Gordo señaló, concentrado—. Esa nube de vapor es la inyección de la carga. Ahí está la mismísima unidad de pulso... —Un objeto en forma de jarrón caía de un agujero que había en el enorme techo de metal situado encima de ella—. El aceite contra la ablación rocía la placa. Y, pum, la detonación de la mismísima bomba. —La secuencia terminó cuando la cámara se frió.

La primera vez que Thandie había trabajado con Gordo Alonzo había sido veinticuatro años atrás, cuando se había embarcado juntos en un submarino que era una pieza de museo, en busca de pruebas de mares subterráneos. Ahora, después de haber conseguido la atención del hombre por el tema de Grace Gray, él la había invitado a venir aquí para ser testigos del clímax del proyecto. Nunca se había imaginado que después de todos estos años Gordo y ella estarían codo con codo en una situación como esta. Si ni siquiera le caía bien aquel hombre.

Se oyeron unos gritos ahogados cuando aparecieron en las pantallas unas imágenes de una nave espacial justo fuera de la zona de la explosión. Thandie se giró para ver.

Se había formado un cráter de kilómetros de ancho en la Tierra. Encima de él surgió la familiar bola de fuego, el hongo atómico. Pero la estela de una nave espacial atravesaba de manera asombrosa esa nube, impulsada por más detonaciones, más bolas de fuego, una cadena de ellas. Enseguida el destello de plasma de la nave ascendente eclipsó el resplandor atómico del suelo y arrojó su luz hacia lo que quedaba de tierra y hacia el mar invasor, un sol naciente letal.

—¿Qué he creado, Gordo? A lo mejor tendría que haberme quedado callada.

Él gruñó.

—Tú siempre te has llevado todo el mérito, lesbiana con pelotas.

**3**  
**2042-2044**

Febrero de 2042

Para Wilson fue un alivio salir de la esclusa de aire y entrar en la oscuridad que había más allá del casco. Un alivio salir de la pequeña cámara donde durante horas había estado inhalando el oxígeno puro a baja presión que llenaba su traje. Un alivio, cuarenta días después del lanzamiento, salir del entorno angosto y ruidos de Seba y Havila, los cascos gemelos del *Arca*, ese invernadero competitivo y díscolo. Y aun así seguía metido en las entrañas de la nave, en la etapa de lanzamiento de la descomunal *Orión*, y su visión del espacio libre la obstruían las riostras, los tanques y las sombras. No podía oír nada más que el runrún de las bombas de su mochila, el silbido de las interferencias del sistema de comunicación que llevaba en el gorro y el sonido áspero de su propia respiración.

El extremo del brazo manipulador (oficialmente Sistema Móvil de Servicio) lo estaba esperando, conforme a la EVA, justo en el exterior de la escotilla. El brazo era como la mano de un desgarrado robot, del que salían puntos de amarre de seguridad, soportes para herramientas y cámaras, envuelto en un materia aislante blanco, que brillaba donde le daba la luz de los focos.

Wilson se giró, agarró el borde de la escotilla con sus manos enguantadas y se lanzó con los pies por delante hacia el extremo del brazo. Su cordón umbilical hecho con kevlar se desenrolló detrás de él. Los gruesos guantes eran un diseño inteligente que le permitía doblar los dedos con facilidad, pero tenía las piernas rígidas, metidas dentro de lo que parecía una cámara de neumático inflada. Su Unidad de Movilidad Extravehicular, su traje, lo aislaba, lo refrescaba, mantenía la presión e incluso le proporcionaba algo de protección contra los micrometeoritos y la radiación, pero dentro de él estaba igual de rígido que una muñeca de plástico. Aunque no tenía planeado caminar por la Luna hoy; iba a llevar a cabo una inspección ocular de la placa impulsora y la mayoría de los movimientos que iba a hacer estarían controlados por el brazo.

Tenía buena puntería y sus pies calzados con botas se posaron suavemente en el extremo del brazo. Oyó un chirrido lejano cuando los puntos de amarre se cerraron alrededor de las suelas de las botas. Un raíl giró hacia él y Wilson agarró el doble mango, por lo que parecía que estuviera montado en motocicleta. Enganchó un arnés a la barra del manillar. Doble seguridad: si el brazo fallaba del todo, podía regresar a la base del robot colocando una mano detrás de la otra. Estaba listo.

—Cúpula, Argent —dijo Wilson, cuya voz le sonaba apagada debido al aislamiento de su gorro de comunicaciones—. Estoy conectado al brazo. Listo para

zarpar. Preparándome para soltar el cordón umbilical.

—Recibido, Wilson —gritó Venus desde la cúpula—. Tus constantes vitales están algo revueltas. Estás respirando muy fuerte, tu ritmo cardíaco está por encima de lo normal. Tómate unos segundos.

Supuso que ella tenía razón, pero no había necesidad de decirlo en alto. Sabía que muchos de los miembros de la tripulación estarían siguiendo de cerca su progreso por los enlaces de comunicación internos y sin duda tendría público escuchando desde la Tierra a través de la conexión directa continua.

—Venus, sé lo que hago. En el Hilton practicamos durante horas esta misma maniobra. La podría hacer hasta dormido.

—Eso es lo que me preocupa. Respira, bebe algo y dale de nuevo al SAFER.

—Maldita sea.

Pero como encargada del enlace con el astronauta ese día, era en cierto modo la jefa. Le dio un pequeño sorbo al agua de la bolsa que llevaba dentro del casco.

Y le dio al botón que tenía en la cintura. Sintió el pequeño impacto del SAFER en la espalda y cómo el ensamblaje del brazo se balanceaba y temblaba al absorber el impulso. Su Ayuda Simplificada para Actividades Extravehiculares de Rescate era una mochila impulsada por pequeños cohetes de nitrógeno comprimido que le permitiría dirigirse de nuevo al *Arca* si, en el peor de los casos, se separaba por completo del casco. Como el brazo y su traje, el SAFER era un vestigio de la Estación Espacial Internacional. Esperó a que el brazo dejara de vibrar.

*Es en cierto modo la jefa.* Después de dedicar años a su especialidad en los sistemas externos de la nave, él estaba bastante seguro de que sabía mejor que Venus cómo ejecutar esta inspección EVA rutinaria, que había sido programada en principio desde que el *Arca* no era más que un diseño en papel sobre la mesa de un despacho en Denver. Pero no servía de nada recriminarle nada a Venus. Ella era simplemente un eslabón en una cadena de mando que iba desde la comandante nominal de a bordo Kelly Kenzie hasta Gordo Alonzo, resguardado en el centro de control de Alma, adonde se había trasladado la dirección de la misión desde Pikes Peak después de apagar el motor de la *Orión*. Seguirían con esa cadena de mando dos años más, después de haber cumplido su misión en la órbita de Júpiter y de haber salido disparados hacia las estrellas en una burbuja de deformación. Después de eso, no podrían contactar con el *Arca* superlumínica, y la mismísima Alma, que habría sucumbido a la inundación, dejaría de todas formas de transmitir, así que la nave se quedaría sola.

Pero la lejanía ya era un problema. La Tierra estaba a cinco minutos luz, con lo que a Gordo le sería imposible llevar a cabo la EVA desde allí. No era culpa de Venus. Si no fuera por la velocidad de la luz, Gordo le estaría echando una bronca de la misma manera. Y de todas formas, reconoció él, sí que se sentía un poco mejor

después de haber descansado unos segundos.

—Cúpula, Argent. De acuerdo, Venus, estoy listo.

—Mantén las manos dentro del vehículo en todo momento.

—Recibido. —Esa frase había sido el mantra de los encargados de la simulación en Gunnison, muchos de ellos viejos veteranos del programa espacial de antes de la inundación. Como todos los parques de atracciones temáticos habían cerrado antes de que Wilson o Venus hubieran nacido, ninguno de los candidatos tenía claro qué significaba. Pero le parecía que repetirlo ahora traería buena suerte.

El brazo vibró y Wilson sintió el sonido del sistema hidráulico y entonces se fue alejando suavemente del casco.

Se elevó a través de una maraña de riostras, largueros, tubería y cables. Le daba la sensación de que se movía deprisa y pasó alarmantemente cerca de algunas de las pesadas riostras y de las paredes de los tanques. Además, el brazo se tambaleaba y vibraba más de lo que habría esperado, comparado con las simulaciones, pero había que tener en cuenta que era una masa pesada al final de una larga estructura anexa. Se concentró en su respiración y se mantuvo inexpresivo. No quería que su rostro apareciera con expresión asustada y los ojos abiertos de par en par ni en las pantallas de dentro del casco ni en las de la Tierra.

Tras solo unos segundos había salido de la superestructura de la *Orión* y el brazo lo sacó de la sombra. Salía el Sol como una linterna que colgaba más allá de la proa de la nave y su visor se oscureció de inmediato, bloqueando así gran parte de la luz deslumbradora. En algún lugar ahí fuera estaban las estrellas, la Tierra y la Luna, los planetas, pero él no podía ver nada más que el Sol.

A medida que se alejaba, iba teniendo una mejor vista de la longitud total del *Arca* (el primer humano en hacerlo con sus propios ojos desde el lanzamiento, recordó él con algo de orgullo, aunque se habían enviado algunas sondas para llevar a cabo inspecciones desde que habían apagado la *Orión*). Los cascos gemelos seguían unidos dentro de los componentes de la etapa de lanzamiento de la *Orión*, unos cascos que ahora se llamaban Seba y Havila, bautizados así por los hermanos del bíblico Nimrod, todos ellos nietos de Noé. Podía ver los transbordadores que algún día los llevarían a la superficie de Tierra II, cuatro brillantes polillas blancas aferradas a los flancos de los cascos. Había una constelación de luces artificiales dispersada por la enmarañada estructura de la nave y el pulido metal proyectaba los reflejos de la luz del sol. Le pareció algo extraordinariamente hermoso, flotar así en el espacio interplanetario y sin embargo extraño, ya que no era tanto una nave espacial como una planta industrial de alguna forma arrancada de raíz y lanzada a la luz. Todo esto lo desmontarían y lo volverían a montar en la órbita de Júpiter, cuando la *Orión* fuera desechada y preparan el *Arca* para su viaje interestelar. Pero antes de eso, la nave

tendría que ponerse en marcha una vez más para frenar el *Arca* cuando vaya a entrar en la órbita de Júpiter. Y por consiguiente, Wilson tenía que llevar a cabo la inspección de la placa impulsora. Durante la secuencia de lanzamiento habían fallado dos unidades de pulso, la primera solo unos segundos después del despegue. Había que echarle un vistazo a la sacudida longitudinal que las unidades que habían fallado propinaron a la nave y el posible daño que alguna de las bombas desplazadas le habían causado a la placa impulsora.

Cuando miró hacia abajo, más allá de sus pies, pudo distinguir las tenues luces rojas de la cúpula donde estaba sentada Venus, siguiendo su progreso. Era un vestigio más de una estación espacial, una burbuja hexagonal de cristal con escotillas plegadas pegada al Seba. La cúpula era el dominio de Venus y durante la mayor parte de la misión la usaría para llevar a cabo sus experimentos de astronomía y para las funciones de guía, navegación y control de las que ella era responsable. Impulsivamente, saludó con la mano y vio movimiento dentro de la cúpula, una sombra en la penumbra que producía la iluminación de baja intensidad destinada a no cansar la vista.

—Te vemos, Wilson.

—Cúpula, te veo también, tienes buen aspecto.

—¿Cómo ves la nave?

—No hay ningún daño evidente, desde esta perspectiva. No veo ninguna fuga en los tanques de la pared. —Gran parte del agua a bordo del *Arca* estaba almacenada en unos tanques finos y curvos justo debajo del revestimiento exterior de cada casco; el agua, que envolvía la zona donde se alojaba la tripulación, ofrecía algo de protección contra la radiación cósmica—. Hay un calor abrasador alrededor de las toberas de los cohetes de posición. Quizá alguna marca en las planchas de aislamiento del calor en el carenado.

—Los contadores Geiger no detectan ningún rastro de las bombas en la *Orión* en tu posición, Wilson. Solo fondo cósmico.

—Eso me tranquiliza —dijo él con sequedad. El brazo lo alejó de nuevo de allí mientras iba doblando sus múltiples articulaciones. Pasó al lado de las enormes extremidades de los pistones del amortiguador y se acercó a la base de la nave. El borde circular de la placa impulsora era ahora claramente visible y brillaba con la continua luz del sol—. Veo la placa. Pronto entraremos en su sombra.

—Recibido, Wilson. No corras riesgos.

—No lo haré. —Cuando el borde afilado estuvo más cerca, él agarró con fuerza el manillar de estilo motocicleta e intentó mantener una expresión tranquila y su respiración, regular—. Allá vamos... —Maldita sea, su voz era como un chillido.

El brazo bajó en picado y el borde de la placa tapó el destello del Sol, dejándolo sumido en la oscuridad. Por unos segundos su visera no reaccionó al cambio en la

intensidad de la luz, dejándolo en total oscuridad. El robot se detuvo y lentas vibraciones recorrieron toda la longitud del brazo. Se sintió muy lejano, muy frágil, allí en el extremo de una insólita grúa elevadora.

Entonces la visera se aclaró y las luces del brazo se encendieron, proyectando su luz sobre el gong de acero que tenía ante él.

—Ya he llegado —dijo él—. Veo la placa. —Alargó un brazo—. Casi puedo tocarla.

—Recibido, Wilson. Ahora ve con cuidado. Tómate otro descanso y deja que tus ojos se acostumbren. Todo listo. Estado de los combustibles, correcto. Si fuera necesario, podrías pasar otras doce horas ahí fuera. Tienes tiempo de sobra.

—Recibido.

Pausadamente, estabilizó su respiración. Se giró hacia el camino por donde había venido. Y ahí estaban la Tierra y la Luna, colgando en el espacio, visibles ahora que la placa impulsora eclipsaba el Sol. Ambas mostraban la mitad de su círculo, separadas solo por el espacio que ocupa el diámetro de la Luna vista desde la superficie de la Tierra. Levantó un pulgar y pudo tapar los dos mundos gemelos. Durante los primeros días, cuando veían cómo se alejaba su planeta natal, todos se habían quedado perplejos al ver lo poco que quedaba de tierra. Incluso Colorado, que les había parecido tan extenso cuando vivían allí, era solo unas islas dispersas llenas de barro, amenazadas por las enormes y casi permanentes tormentas que asolaban el oceánico mundo. Pero desde ahí, él no podía ver ningún detalle.

Habían llegado tan lejos. El breve y explosivo lanzamiento de la *Orión* los había lanzado directamente más allá de la Tierra, sin hacer una pausa en su órbita, y se dirigirían hacia Júpiter haciendo solo los ajustes de vuelo mínimos, frenando a medida que salían del pozo gravitatorio del Sol. Pero ahora mismo estaban viajando a una velocidad asombrosa: ochenta mil pies por segundo en las unidades de medida que usaría un astronauta como Gordo, o veintiséis kilómetros por segundo o cincuenta y ocho mil millas por hora. Esto era más del doble de lo que ningún ser humano había viajado antes; el récord lo tenía la tripulación de una de las misiones Apolo.

Incluso a velocidades así, se esperaba que el viaje durara un año. Pero en su cuadragésimo día, ya había recorrido noventa millones de kilómetros (más de doscientas veces la distancia entre la Tierra y la Luna, alrededor de una décima parte de la distancia a Júpiter, unos órdenes de magnitud más lejos de la Tierra de lo que ningún ser humano había experimentado antes). Incluso la luz tardaba un tiempo nada trivial para recorrer esas distancias. Era asombroso pensar que la imagen que había visto de la Tierra ya tenía cinco minutos.

Lentamente, mientras él disfrutaba de la vista, salieron las silenciosas estrellas, que llenaron un cielo sin Sol más allá de la brillante Tierra.

—Argent, cúpula. ¿Todo bien por ahí, colega?

—Sí. Asimilando las vistas.

—¿Listo para continuar?

—Recibido.

—El brazo te llevará al sector uno-A de la placa...

El brazo se puso en marcha de nuevo con una sacudida y lo fue acercando a la placa impulsora. Él suspiró y apartó la vista de la Tierra.

Grace Gray encontró a Kelly Kenzie en su puesto en el cuarto nivel del Seba unos minutos antes de que diera comienzo la reunión del consejo de la tripulación. Grace se lanzó desde el quinto nivel ayudada por uno de los cables que habían colocado entre los niveles para facilitar la movilidad durante aquel vuelo ingrávito y se dio la vuelta para llegar con las piernas por delante. Llevaba un ordenador de bolsillo que lanzó por los aires haciéndolo girar.

Kelly lo atrapó con facilidad y comenzó a examinarlo. La chica, junto con Holle Groundwater y Zane Glemp, estaba sentada con las piernas alrededor de la barra de seguridad de su taburete en forma de T. Tenía ordenadores de bolsillo y blocs de notas electrónicos esparcidos por la mesa que tenía delante de ella, asegurados con almohadillas de velcro, aunque había un par de lápices ópticos flotando en el aire. Kelly parecía estar estresada y sin dormir. Grace sabía que los dos primeros meses al mando de la misión hacia Júpiter le habían parecido a Kelly más duros de lo que esperaba. Pero ella se enfrentaba a problemas con los que ninguno de los que se encontraban allí habían contado.

Holle sonrió a Grace y le sirvió un café. Esto suponía inyectar el líquido de un termo a una taza con una boquilla como la de la primera taza de un bebé.

—Gracias. —Grace sorbió el café con cuidado. Tenía un sabor bastante asqueroso y era probable que se volviera más asqueroso cuando, dentro de unos años, empezaran a escasear los ingredientes comprimidos y liofilizados. Se puso cómoda con la espalda apoyada contra una pared.

Kelly trabajaba con el ordenador de bolsillo, desplazándose por el informe de Grace y de vez en cuando murmurando improperios entre dientes.

—¿Este es el censo completo?

—Hablé con todo el mundo, en los dos cascos —dijo Grace—. Comprobé sus fichas de embarque, si las tenían, y su identificación biométrica. Incluso verifiqué sus nombres por separado y cotejé lo que decían acerca de sus habilidades y trasfondo genético con Gordo desde tierra.

—¿No tuviste problemas para conseguir esos datos? —le preguntó Holle.

Grace se encogió de hombros.

—Fue bien. Supongo que el hecho de no pertenecer a ningún bando fue una ventaja. Todo el mundo desconfía de mí por igual.

Holle le miró la tripa.

—Estás de nueve meses, pero te has acostumbrado a la ingravidez mejor que algunos de nosotros, de los candidatos. La vida en el espacio es un coñazo, ¿verdad?

Todas esas pequeñas cosas. No puedes lavarte o ducharte como hacías en tierra. Ni siquiera puedes usar pasta de dientes sin que te entre flotando en el ojo...

Grace sonrió con cautela. Holle era más o menos la candidata más abierta y siempre había sido amable desde que Gordo le había endosado en su último año a la colona de Grace. Pero incluso a Holle, Grace le parecía una consentida. Los candidatos se quejaban constantemente de su propia suerte y raras veces sentían empatía por aquellos millones, quizá miles de millones, que se encontraban en una situación difícil y sufrían en la anegada Tierra. Ella se dio unas palmaditas en la tripa.

—No me parece algo tan malo. El mal del espacio no es peor que las náuseas del embarazo. Y la gravedad cero me ayuda a ir de un lado a otro con este bombo, supongo.

Aunque sí que tenía otros efectos secundarios. A veces su cuerpo emitía unos gorgoteos preocupantes, como si intentara compensar la falta del campo de gravedad en el que habían nacido los demás bebés desde Caín y Abel. Pero al menos no sería la primera en dar a luz en el espacio: dos de las candidatas, que también habían embarcado embarazadas, ya habían tenido a sus bebés con éxito gracias a las manos expertas aunque saturadas de trabajo del doctor Wetherbee y la diversidad genética de la tripulación por lo tanto había aumentado.

—Ahí vienen —dijo Kelly—. Es hora de ponerse el chaleco antibalas, chicos.

Grace miró a su alrededor. La gente se acercaba al puesto de Kelly bajando por la barra a través de las cubiertas o cruzando a nado el túnel que conectaba ese casco con el segundo.

Kelly ya tenía a sus aliados más cercanos con ella: Zane y Holle, mientras Venus informaba a través de una pantalla desde la cúpula donde supervisaba el paseo espacial de Wilson Argent. Aparecieron otros candidatos: Joe Antoniadi, con los ojos muy abiertos, como de costumbre, como si el mundo fuera una sorpresa continua, Thomas Windrup y Elle Strelkov, que no se separaban ni un momento y Cora Robles, con gesto malhumorado y aburrido, una fiestera a cinco minutos luz del club más cercano. También apareció el doctor Wetherbee, con un ordenador de bolsillo y expresión airada.

Y ahí llegaban algunos de los «intrusos», que era la forma despectiva con la que los candidatos llamaban a aquellos como la propia Grace que algunos grupos con intereses concretos habían endilgado a la tripulación en el último momento del proceso de selección. Theo Morell parecía incluso más nervioso de lo normal. Y, calificados de una forma más ofensiva incluso, llegaron los ilegales: tráfugas de las fuerzas de seguridad, que supuestamente tenían que vigilar la nave, y que habían subido a bordo en los últimos momentos. Grace ya sabía sus nombres, como los hermanos Shaughnessy y Jeb Holden y Dan Sabih, dos expostergados de aspecto duro. El líder oficioso de los ilegales era Masayo Saito, un joven teniente

estadounidense de origen japonés y el de mayor rango de entre los militares. Masayo afirmaba que no estaba allí por decisión propia, sino que había sido arrastrado con el resto. Grace creía lo que decía; había visto fotografías de la mujer y el bebé que había dejado en tierra y que era de suponer que no vería más.

Después de que los motores de la *Orión* se apagaran y esta gente empezara a moverse libremente por la nave y a través del túnel que comunicaba los dos cascos, a Grace le había asombrado ver a los ilegales con lo que les quedaba de sus uniformes militares, sucios y manchados de sangre. No reconocía ni a la mitad de los intrusos: a los muchos que habían conseguido entrar en la nave no los había visto nunca antes. Pero todos eran jóvenes, casi todos más jóvenes que Grace, que tenía veintiséis años. Bueno, gran parte del personal militar de primera línea era joven, así que quizá no resultara tan sorprendente.

El lugar se empezó a llenar. Los miembros de la tripulación se apiñaron alrededor de la mesa de Kelly o buscaban riostras en la pared o en el techo, de las que colgaban como si fueran murciélagos, y se entretenían pasándose cafés los unos a los otros. Había un barullo constante que venía de los niveles de arriba y de abajo, fácilmente visibles a través de las rejillas metálicas que los dividían.

El casco medía solo ocho metros de pared a pared curvada. El espacio disponible quedaba más reducido debido a los armarios que atestaban todas las paredes, depósitos para los equipos y almacenes que contenían todo lo necesario para llevar una nave espacial durante un periodo aproximado de diez años. Grace ya había visto bastante del diseño del casco como para aceptar que era un milagro de compatibilidad y de eficiencia espacial y de almacenamiento. Y es que no había sitio suficiente. A veces le parecía estar viviendo en una inmensa escalera llena de gente o quizá en una cárcel.

Cuando vio que unos pies calzados con unas botas se agitaban delante de su cara, Grace se acurrucó y se imaginó que caminaba por llanuras desiertas.

Reunidos por fin, Kelly golpeó la mesa con uno de los lápices ópticos para empezar la reunión.

—A ver, este es el consejo de la nave, celebrado hoy, catorce de febrero de 2042, presidido por Kelly Kenzie.

—Feliz Día de San Valentín, bombón —gritó uno de los chicos de Masayo y se oyeron carcajadas.

Kelly lo ignoró con expresión pétrea.

—Estamos transmitiendo esta reunión a Alma para posteriores comentarios y consejos. Empezaremos con los informes de las secciones. Zane, ¿quieres empezar tú?

Zane llevaba de forma nominal un equipo que cubría la ingeniería más singular.

Les contó que habían apagado y asegurado por el momento el sistema de propulsión de la *Orión* sin detectar fallos de importancia y que, en espera de que terminaran algunas inspecciones como la de Wilson, no parecía que hubiera razones para pensar que ese sistema no funcionaría de igual manera cuando llegaran a la órbita de Júpiter.

—Es probable que terminemos con una carga de bombas nucleares de repuesto — dijo él.

Mientras tanto pronto se conectarían los reactores del proyecto Prometheus. Eran unos motores avanzados basados en diseños de un vehículo espacial no tripulado que fue cancelado y que se llamaba Júpiter Ice Moons Orbiter. Cuando se pusiera en funcionamiento les quitaría presión a las celdas de combustible. Y el equipo de una burbuja de deformación, guardado por ahora en las partes inferiores de los cascos para montarlo en órbita de Júpiter, no mostraba daño alguno después de lo acontecido en el lanzamiento.

Venus, que llamaba desde la cúpula, informaba de que su proyecto para buscar planetas estaba en marcha aunque en periodo de prueba. La idea era realizar observaciones que complementarían con las llevadas a cabo por telescopios como el Hubble en la órbita de la Tierra y por los instrumentos con base en tierra que habían sobrevivido, como en Chile. El trabajo más útil se realizaría en los meses que iban a pasar en la órbita del Júpiter, a una distancia estable de la Tierra, y comenzaría en serio la tarea de seleccionar el destino del *Arca*. Mientras tanto, Venus también se encargaría del GNC, las siglas al estilo de la NASA que significaban guía, navegación y control. Dio los resultados de su más reciente cohete vernier para la corrección de la trayectoria, en cuanto a la precisión de su trayectoria en tres ejes:

—Menos uno, más uno, más uno. No podemos conseguir nada mejor que esto.

—De acuerdo. ¿Holle?

Holle Groundwater llevaba un equipo encargado de aspectos más prosaicos de los sistemas de la nave, pero ella farfulló varios con lo mejor de ellos. «COMMS» lo entendió Grace fácilmente. «EPS» era el sistema de energía eléctrica. «ECLSS» era el sistema de control medioambiental y del reciclado del agua, de lo cual dependían las vidas de todos. El objetivo era ambicioso. Siempre habría fugas y desperdicios, pero tenían la intención de mantener los circuitos de aire y agua y otros elementos esenciales lo bastante sellados como para que duraran años. Ahora mismo Holle dirigía su equipo a través de una complicada serie de configuraciones y pruebas, dejando sus sistemas en estado de hibernación parcial para el vuelo. Estas tareas incluían establecer un jardín hidropónico en el nivel inferior del Seba. Por ahora, informó ella, todo iba bien.

Los intrusos y los ilegales escuchaban todo esto en silencio. Los líderes de cada sección eran, por supuesto, candidatos y habían sido entrenados para el trabajo. Solo eso daba sentido a las divisiones en la tripulación.

El doctor Wetherbee fue el último en informar. Con solo veinticuatro años, también era un candidato. Además de su formación académica, había trabajado como médico de cabecera en Denver, en urgencias y en equipos de clasificación en campamentos de postergados y centros de tramitación. Con un ojo en su ordenador de bolsillo, repasó un breve informe sobre la salud general de los miembros de la tripulación, de los cuales solo tres sufrían todavía mal del espacio, otros dos tenían problemas con el balance de líquidos corporales y la mujer que se había roto una pierna cuando su asiento se había plegado durante el lanzamiento se estaba recuperando —al igual que un ilegal que se había roto un nudillo al pegarle a un candidato. La reducción de las diferentes reservas de material médico era en realidad menor de lo que habían esperado.

—Las dos nuevas mamás y sus bebés están bien —concluyó él—. Lo cual me deja con una pregunta: ¿hay algún médico a bordo? Además de yo mismo.

Hubo un revuelo general; se estaba acercando el motivo de la reunión. Wetherbee estaba furioso, lo cual era comprensible, con el desenlace del lanzamiento, porque entre aquellos que no habían conseguido subir a la nave estaba Miriam Brownlee, psiquiatra y cirujana titulada y amante de Wetherbee.

Kelly dijo:

—Grace, tú llevas el censo. —Abrió el ordenador de bolsillo—. ¿Quieres responder a esa pregunta?

Grace cogió el ordenador.

—Bien. Como todos sabéis el proceso de embarque el día del lanzamiento fue un caos. A petición de Kelly he estado llevando un simple control de quién está a bordo de este barco: quiénes sois, qué habilidades tenéis, qué enfermedades o trastornos hereditarios y todo eso. Os he hecho preguntas a todos y también os he pedido que me confirmarais las respuestas que vuestros compañeros me han dado.

»Aquí está el resumen de resultados. Descargaré los detalles en el archivo de la nave si el consejo lo aprueba. La tripulación nominal era de ochenta adultos. En realidad hay setenta y ocho adultos a bordo. Bueno, eso nos decía el recuento que hicimos el primer día.

—Así que el motín hizo que abandonáramos la Tierra con dos literas desaprovechadas. Sigue.

—De los setenta y ocho, cuarenta y nueve son excandidatos. De los demás, veintiuno son miembros de última hora, pero aprobados formalmente por el equipo que estaba al mando bajo las órdenes de Gordo Alonzo en tierra. Entre ellos estoy yo. Y quedan ocho, que entraron en la nave en esos últimos momentos antes de que subiera la rampa.

—Utiliza la palabra si quieres —dijo Masayo Saito—. Ya hemos oído lo que nos llamáis. Ilegales.

—En cuanto al personal médico —siguió Grace sin inmutarse—, la tripulación original incluía tres médicos, con especialidades en cirugía, psiquiatría, pediatría y otros campos.

—Y después de tu esmerada encuesta, el número de médicos titulados que han conseguido subir a bordo es de...

—Uno. Tú, Mike. Ha sido mala suerte, supongo. Lo siento.

Él se rió con amargura.

—Bueno, no es culpa tuya.

—Vaya cagada —dijo Kelly—. ¿Qué más, Grace? ¿Y qué me dices de primeros auxilios?

—En ese sentido estamos mejor. Todos los candidatos tienen una formación decente en primeros auxilios. Al igual que Masayo y algunos de sus chicos.

—Anda, mira —dijo Masayo—. Después de todo, nos necesitáis.

—Pero —dijo Kelly— dependemos mucho del doctor Wetherbee. Gordo Alonzo nos va a echar una buena bronca para que busquemos alguna manera de darle respaldo. Mira, Mike, no pretendo presionarte más, pero a lo mejor podrías trabajar con Grace y seleccionar los candidatos más prometedores que puedan servir de paramédicos. A ver si se te ocurre algún tipo de programa formativo. Por ahora tenemos apoyo remoto desde tierra; para cualquier cosa que no sea cirugía ni traumatismos supongo que será una ayuda.

—Pero perderemos contacto con tierra cuando entremos en la burbuja de deformación —dijo Zane con frialdad—. Y cuando las olas inunden Alma.

—Lo sé, Zane —le espetó Kelly—. Tenemos tiempo de encontrar soluciones antes de que eso ocurra. Grace, ¿y qué hay de la diversidad genética? Los ingenieros sociales intentaron ceñirse a sus parámetros de selección incluso con los intrusos.

—Tendremos que llevar a cabo un análisis de ADN para tener una respuesta completa. Pero solo un miembro de los militares es mujer. Y dos son de hecho hermanos, los Shaughnessy.

—Hermanos. —Mike Wetherbee soltó una carcajada—. ¡Dios! Hasta en eso la hemos cagado.

—¿Va a ser así hasta que lleguemos al puto Júpiter? —dijo Masayo duramente.

Kelly cruzó los brazos.

—No me gustas tú ni me gusta la manera en la que te subiste a bordo. Pero estamos metidos en esta chalana para el resto de nuestras vidas. Y no hay sitio para pasajeros, Masayo.

—De acuerdo —dijo Masayo—. Queremos trabajar.

—Muy bien. ¿Holle?

Holle miró al grupo con una sonrisa en los labios, como si en verdad estuviera disfrutando de la reunión. La tensión disminuía de forma palpable. Grace admiraba su

discreción.

—Necesitamos con urgencia establecer una rutina para el mantenimiento de la nave. Somos setenta y ocho personas metidas en un espacio pequeño.

—A mí sí que me parece un espacio bien pequeño —comentó Masayo—. ¿Con cuánto espacio contamos en realidad?

Holle tecleó en su ordenador de bolsillo en busca de cifras.

—Sabéis que los dos cascos están basados en los tanques de propergol de los Ares, que a su vez tuvieron su origen en el viejo tanque externo del transbordador espacial. Cada uno es un cilindro que mide ocho metros de diámetro debido a los tanques de agua que hay debajo del casco, los armarios para los equipos, etcétera. Nos quedan unos cuatro mil setecientos metros cúbicos de espacio habitable en los cascos para la tripulación. Eso es más o menos el triple del volumen presurizado de un Boeing 747. Y unas cinco veces el volumen presurizado disponible en la EEI...

—Pero el número de miembros de la tripulación es trece veces mayor —apuntó Kelly.

—Y en realidad el espacio que tenemos disponible ahora mismo es menor, porque hemos tenido que guardar los componentes del generador de la burbuja de deformación en el tercio inferior de cada casco.

—Vamos a tener que trabajar duro para que un espacio así siga siendo habitable, todo lo que cae al suelo por la gravedad, el polvo que se asienta, bueno, eso no ocurre con la microgravedad y por eso el aire que respiramos está lleno de basura, incluso partes de nosotros. Vamos a tener que limpiar las paredes todos los días, si no queremos que crezcan algas y moho. Y tenemos que purgar las celdas de combustible, cargar las baterías, recoger las aguas residuales, cambiar los depuradores de dióxido de carbono, clorar el agua potable, etcétera. Tenemos que preparar listas de turnos. Colgaré los borradores en el archivo de la nave cuando hayamos terminado.

Masayo cruzó los brazos.

—Quieres que seamos los limpiadores. Eso es lo que quieres decir.

Kelly se echó hacia delante.

—Si tenéis habilidades más apropiadas para esta nave interestelar en este momento, decídmelo. A un plazo más largo, con ayuda desde tierra, podremos determinar cómo sacar provecho de las habilidades y experiencia que cada uno de nosotros tenemos. Pero por ahora, sí, vais a limpiar. Como yo, como todos. Holle, cuando tengas las listas de turnos, ponnos al teniente Saito y a mí a la cabeza del destacamento de limpieza de paredes para el primer periodo.

Holle asintió.

Kelly miró a todos, a la mesa, suspendida en el aire en diferentes ángulos a su alrededor.

—Muy bien. Supongo que esta reunión ha sido productiva. Pero esto solo es el comienzo. Vamos a tener que aprender a llevarnos bien. Y a trabajar juntos por el bien de la nave. Por muy en desacuerdo que estemos en algo, espero que en esto al menos no lo estemos. ¿Alguna pregunta más? ¿No? Entonces, hemos terminado.

Pero cuando se levantó la sesión, Kelly les pidió por señas a Holle y a Grace que se quedaran.

Cuando Masayo y sus chicos ya no podían oírlas, Kelly murmuró:

—¿Y qué hay de las armas? Esa pandilla de soldaditos tuvieron que haber subido a bordo con un arsenal. Grace, ¿tienes idea de dónde pueden esconder las armas?

Grace negó con la cabeza.

—No se me ocurrió preguntar. Tienes que hablar con Masayo.

Kelly parecía ausente.

—No —dijo ella—. No me puedo permitir tener un enfrentamiento por esto. Holle, necesito que reúnas a un grupo de gente. Dos personas al menos por cada ilegal. Haz una redada. Arrincónalos y quítales las malditas armas. Lleva contigo a alguien fuerte en quien puedas confiar. A Wilson, por ejemplo.

Holle parecía dubitativa.

—Eso causará problemas a largo plazo.

—Que Masayo se queje. Mejor eso que tener armas dentro de los cascos presurizados. Hazlo. —Miró uno de los relojes. Marcaba la hora de Alma, como todos los relojes de la nave—. Tengo que ir a ver cómo va Wilson con su EVA.

Para Grace Gray, la parte favorita del día en el *Arca* era el final del mismo.

El centro de control de Alma había impuesto un sistema de tres turnos a la tripulación en los cascos gemelos, para que los de Seba durmieran en uno de los dos turnos, después los de Havila y por último los dos estuvieran despiertos. De esa forma, al menos la mitad de la tripulación estaría despierta y operativa en cualquier momento, aumentando así las posibilidades de que toda el *Arca* sobreviviera en caso de que ocurriera un desastre inesperado.

Pero no había intimidad en ninguno de los cascos, aparte de las puertas de los aseos, aunque les habían prometido dividir de alguna forma las zonas grandes para la fase del vuelo interestelar. Eso significaba que tenías que aprender a dormir como si estuvieras en un enorme dormitorio, con gente encima y debajo de ti, sus gemidos y ronquidos demasiado ruidosos para tus oídos, sus asientos visibles a través de la rejilla del nivel, sus figuras fantasmales nadando de un lado a otro, tan silenciosas e ingravidas como burbujas.

Pero aun así Grace había aprendido a saborear los momentos en los que se sujetaba sin apretar a su asiento, dentro del capullo que formaban el saco de dormir y la manta. Esto era lo mejor de la microgravedad, lejos de las insignificantes molestias del día, flotando entre la basura de los demás o entre nubes de chismes sueltos, tornillos y fragmentos de plástico, trozos de sellador, evidencia todo de la apresurada construcción de la nave. En el asiento uno podía flotar, como si estuviera en la cama más cómoda de la Tierra.

Y justo cuando era el momento de irse a dormir, las omnipresentes cámaras, montadas en los puntales de las paredes, se apartaban. No era necesario que la Tierra los observara durmiendo, ni el centro de control ni el público en general ya que si no, les aseguraba Gordo, vigilarían todos sus movimientos como si la nave fuera un *reality show* creado para distraerlos de la horrible realidad de la inundación. El índice de audiencia era alto, decía Gordo. Grace creía que esa vigilancia impedía el conflicto a bordo, así que no le importaba, pero resultaba agradable ver cómo esos ojos electrónicos se daban la vuelta.

Y entonces Kelly hacía su ronda final, una inspección visual para ver que todo estaba bien. Buena intuición la de Kelly, pensó Grace, de esta forma establecía vínculos con los miembros de la tripulación. Quizá eso compensaría acciones precipitadas como la redada en busca de armas que había planeado. En su recorrido, Kelly ordenaba a los sistemas de la nave que bajaran, una a una, las luces del casco a alumbrado de emergencia. De este modo, el casco se oscurecía por secciones cuando

ella pasaba flotando.

Una vez, cuando Grace estaba con la Ciudad Caminante, y no tenía más de doce o trece años, un grupo de personas de Oklahoma se había quedado con ellos seis meses para trabajar en una obra cerca de Abilene, Texas. Uno de sus compañeros, un inglés que se llamaba Michael Thurley y era católico, cuando descubrió una pequeña y bonita iglesia católica en la ciudad, tomó por costumbre ir allí a misa. Grace se había sentado unas cuantas veces con él. Le gustaba especialmente el final del servicio, cuando un monaguillo recorría la iglesia apagando las velas. A eso es a lo que se parecía la procesión diaria de Kelly, como si ellos fueran niños durmiendo en una enorme iglesia donde se apagaban las luces una a una. Grace se durmió pensando en aquellos tiempos, en Michael y en Gary Boyle, en sus tiendas de campaña, en los artilugios portátiles y en toda la caminata, y en la iglesia de Texas donde las luces se apagaban una a una.

Se despertó al sentir una punzada en la tripa y una repentina humedad entre las piernas. Había roto aguas. Eran las tres de la mañana, hora de Alma.

Junio de 2043

Gordo Alonzo, cuyas palabras atravesaban con dificultad el abismo de cuarenta y cinco minutos luz a Júpiter, anunció que daría el veredicto del tribunal interservicios sobre la falta cometida por Jack Shaughnessy sobre un miembro superior de la tripulación en el puente de mando del Havila.

Masayo Saito llevaba sin salir del Seba desde que llegaron a Júpiter. Los cascos se habían separado y el túnel que los conectaba estaba roto. Por lo que ahora, para asistir a la sesión de Gordo en el Havila, Masayo iba a tener que cruzar on traje espacial, a lo astronauta. Siempre cruzaban en parejas y Holle se ofreció voluntaria para acompañarlo. Vio en ello una oportunidad para tender un puente metafórico entre ella y Masayo, a la vez que cruzaban el puente real que separaba los dos cascos.

Masayo iba delante de ella cuando llegó a la cámara de prevención, una sala abovedada en el morro del Seba. Para prepararse para el aire de oxígeno puro y menor presión del traje presurizado tenían que pasar horas respirando oxígeno puro; si no lo hicieran así, se arriesgarían a sufrir la denominada enfermedad por descompresión. Masayo no tenía mucho que decir cuando ella entró. Ya con el traje puesto, salvo el casco y los guantes, se sentó con las piernas cruzadas alrededor del taburete en forma de T mientras estudiaba las listas de tareas para la tripulación con su ordenador de bolsillo. Ella se imaginaba que estaba combatiendo los nervios.

Y además todo el asunto Windrup-Shaughnessy había avivado las tensiones entre los ilegales y los candidatos. Uno no podía mantener un secreto a bordo del *Arca*, esa era una lección que todos ellos habían aprendido los primeros días dentro de la siempre explosiva atmósfera de la atestada nave. Aunque lo que dijeras no diera paso al cotilleo de la tripulación, cabía la posibilidad de que desde Tierra el fan de algún miembro de la tripulación como Kelly y Cora, pegado a la conexión en vivo, le enviaría esos comentarios a su heroína en forma de correo de un admirador. Holle esperaba poder hablar con Masayo en la intimidad del espacio y estaba dispuesta a esperar.

Ella también había llevado trabajo para llenar esas horas y era más interesante que la lista de turnos para la limpieza de las paredes. Después de siete meses en la órbita de Júpiter, se habían publicado los primeros resultados de la búsqueda de planetas.

Venus realizó su informe con datos recopilados a lo largo de cuarenta años de trabajo llevados a cabo con instrumentos con base en la Tierra y con telescopios espaciales

para búsqueda de planetas, complementados con las observaciones de telescopios desplegados en la órbita de la Tierra y en la de Júpiter podrían servir de componentes de un solo instrumento de casi mil millones de kilómetros de ancho.

Como habían previsto que se obtendrían mejores datos sobre los exoplanetas cercanos después de que el *Arca* llegara a Júpiter, antes del lanzamiento no habían tomado una decisión en firme acerca de cuál sería el objetivo de la nave. Pero, según el plan de la misión nominal, la actual fase en la órbita de Júpiter se daría por terminada en otros nueve meses, siempre y cuando completaran la reconfiguración del *Arca*, la construcción del generador de propulsión por curvatura y la recogida de antimateria de  $\text{Ío}$ . Iban a necesitar tomar una decisión antes de abandonar Júpiter porque un viaje con propulsión por curvatura, que no se podía controlar desde la nave, estaría preprogramado; una vez realizado el lanzamiento, no habría marcha atrás. Así que tenían nueve meses para decidirlo.

Se habían catalogado cientos de exoplanetas. Lo difícil era cuál elegir.

El Sol era una estrella de clase G, compacta, amarilla, con un periodo de vida de miles de millones de años. Pero las estrellas de clase G eran relativamente poco frecuentes, solo una de cada treinta de las estrellas que pueblan la galaxia. De los cientos de miles de millones de estrellas que hay en la galaxia, las más comunes, dos tercios del total, eran las enanas rojas, pequeñas, frías y tan reacias a usar su hidrógeno que eran muy longevas y duraban cientos de veces más que una estrella de clase G como el Sol. Los astrónomos calificaban a estas estrellas de clase M.

Estaba planeado que el vuelo estelar tuviera una duración de siete años. Dentro de la burbuja de deformación, las velocidades que alcanzaría el *Arca* serían más o menos tres veces la velocidad de la luz, así que eso pondría un límite al viaje de unos veinte años luz. Había alrededor de setenta objetivos dentro de ese radio, la mayoría de ellos sistemas de estrellas múltiples. Pero entre esos setenta sistemas había solo cinco estrellas de clase G, sin incluir el Sol.

La más cercana era de hecho Alfa Centauri A, un diez por ciento más grande que el Sol, que es la más antigua dentro de un sistema estelar triple más próximo al Sol, a cuatro años luz de él. Hacía tiempo que se había concluido que no se encontrarían mundos remotamente parecidos a la Tierra en ese sistema: solo gigantes gaseosos de órbitas remotas, llamados «planetas jovianos», y enjambres de asteroides que podrían ser vestigios de formaciones planetarias fallidas. La siguiente estrella de clase G era Tau Ceti, en la constelación de la ballena, a casi doce años luz del Sol. Pero tampoco se encontró allí ningún planeta idóneo. Los más parecidos a la Tierra (mundos de masa más o menos apropiada, en órbitas estables y que giraban a una distancia adecuada del planeta padre y que por lo tanto no eran ni demasiado calientes ni demasiado fríos) se habían encontrado de hecho orbitando alrededor de las estrellas equivocadas, o más oscuras o más brillantes que el Sol, incluso algunos de los

muchos candidatos de clase M.

Incitadas por toda esta información, comenzaron a surgir airadas discusiones tanto en el *Arca* como en *Alma*. Una facción poderosa, liderada por Gordo Alonzo, insistía en que las estrellas de clase G tenían que ser la prioridad y arriesgarse después con los planetas cuyas condiciones fueran análogas a las de la Tierra. Otro grupo de presión, cuya voz era la propia Venus, defendía buscar primero un planeta y como segunda opción, una estrella. Era un debate apasionado; después de todo, lo que estaban discutiendo era la elección de Tierra II, de un nuevo hogar para la humanidad. Pero a Holle le daba la impresión de que estaba degenerando en un debate casi teológico sobre si querrían que sus descendientes crecieran bajo un sol del color equivocado.

Para complicarlo todavía más, Venus había descubierto accidentalmente el inmenso núcleo de un cometa, que salía de la oscuridad de la órbita de Júpiter y se dirigía en lo que parecía ser una ruta de colisión con la Tierra. La repentina amenaza, unida al actual desastre de la inundación, convertía la situación en algo insostenible, en una coincidencia horrible. «Prueba de que el demonio existe», había gruñido Gordo Alonzo, «si no Dios». Según el informe de Venus, más datos y análisis habían mostrado que el cometa pasaría cerca de la Tierra, pero no colisionaría con ella; ofrecería un espectáculo impresionante cuando llegara al sistema solar interno en unos años, pero nada más. Holle consideró que por un instante el extraño incidente había acercado a los díscolos buscadores de planetas de la Tierra y del *Arca*. Pero enseguida volvieron a sus discusiones.

Sonó el reloj de Masayo. Holle cerró el informe.

Masayo, vestido ya con el traje, ayudó a Holle a ponerse las capas del suyo: el ceñido mono interior de refrigeración líquida, el traje presurizado y la capa exterior de un blanco brillante para la protección contra micrometeoritos. Para hacerlo, Masayo tenía que estar muy cerca de Holle y de su ropa interior. El contacto entre ambos sexos podría ser embarazoso en una nave donde no había equilibrio entre el número de hombres y de mujeres, legado del caótico embarque final. Y, en los cascos abiertos, era bastante fácil ver a tu vecino día y noche y crear fantasías. Esto, de hecho, había provocado el asalto que había metido a Jack Shaughnessy en problemas. Pero Masayo era dinámico y eficiente, profesional y no mostraba ningún interés especial en Holle más allá de terminar el trabajo.

Se colocó la banda de identificación personal alrededor de la pierna, un código de color con un número de miembro de la tripulación que permitía ser reconocida en las pantallas una vez estuviera fuera de la nave. Por si acaso, se pegó un disco que ponía «EVA Uno» en el pecho y otro con el número dos en el pecho de Masayo. A continuación, se pusieron el gorro de comunicaciones, se ayudaron mutuamente a

colocarse el casco y los guantes y comprobaron los paneles del pecho.

Cuando terminaron, Holle levantó un pulgar hacia una cámara que los observaba y se dirigió a Zane, que ese día era el oficial de servicio.

—Zane, aquí EVA Uno, tanto EVA Uno como EVA Dos listos para zarpar.

La voz de Zane le llegó con interferencias.

—Recibido, Holle. Déjame revisar antes la esclusa de aire.

Esperaron. Zane sonaba ausente, como siempre. Quizá estuviera absorto en algún proyecto de los suyos (el montaje de la burbuja era agotador). Pero a Holle le daba la impresión de que cada vez estaba más metido dentro de los rincones oscuros de su mente. Solía tumbarse en su asiento o simplemente se dejaba flotar, colgado de algún soporte como un traje vacío. Había intentado persuadir a Mike Wetherbee para que le echara un vistazo, pero el médico había protestado porque habían dejado tirada a Miriam y no consideraría ningún caso psiquiátrico. Holle, que seguía dolida por haberse tenido que separar de Mel, lo podía entender. Mike había intentado que Zane hablara con especialistas de la Tierra a través de un enlace de bajada, pero el tiempo de retardo había destruido cualquier posibilidad de empatía.

Sin embargo, Zane parecía estar hoy muy espabilado. Unos minutos más tarde, el indicador que estaba encima de la puerta de la esclusa cambió de rojo a verde. Holle se giró hacia Masayo.

—¿Quieres ir delante?

—¿Qué? ¿Un cabezabote como yo? Ve tú delante.

—Esta es tu primera EVA, ¿verdad?

—Gracias por recordármelo.

—No vomites dentro del traje. Solo hay cinco que me quedan bien y ese es uno de ellos. Vamos.

Holle tiró de una palanca, la puerta se abrió y mostró la brillante esclusa de aire y una pequeña ventana por la que se divisaba la negrura del espacio.

Salieron de la esclusa de aire a la tenue aunque nítida luz del sol.

Holle y Masayo, ingrátidos, se subieron al morro del Seba, una torre de cincuenta metros de altura cubierta de aislante. El cordón umbilical que iba de un casco a otro era un triple cableado de acero que subía por el morro del casco y brillaba en la sutil luz del sol. Holle le enseñó a Masayo cómo asegurar el enganche que llevaba en la cintura a los cables del cordón umbilical. Ella se echó hacia atrás y siguió la trayectoria ascendente del cordón a través del círculo incompleto del generador de propulsión por curvatura, que colgaba directamente sobre su cabeza. Más allá, estaba el segundo casco, el Havila, suspendido en el cielo, con el morro hacia abajo, a doscientos metros de distancia. Era una extraordinaria escultura de metal, colgada bajo la pálida luz.

Holle miró a Masayo, torpe en su rígido traje espacial y con el rostro oculto por la dorada visera antideslumbrante.

—¿Preparado?

—Acabemos de una vez.

Holle accionó un interruptor. Los cabrestantes del traje se pusieron en marcha y empezaron a subir sin esfuerzo, con suavidad, en silencio y con las piernas colgando, con Holle justo delante de Masayo.

—El trayecto nos llevará unos minutos.

—Qué lento —murmuró él.

—Bueno, es por nuestra seguridad. ¿Tienes prisa? Siempre puedo anular el regulador...

—De eso nada.

—Venga, hombre, disfruta de este momento. Mira a tu alrededor. Oriéntate. Mira, ahí está el Sol. —Holle lo señaló. El Sol, cinco veces más lejano que desde la Tierra, proyectaba una luz curiosamente tenue y unas extrañas sombras nítidas. Ya no brillaba tanto como para hacer desaparecer las estrellas del cielo que los rodeaba, mucho más lleno que el que uno podía ver desde la cima de cualquier montaña de la Tierra—. Mira, desde aquí puedes ver la etapa del lanzamiento...

El almacén de lanzamiento de la *Orión* flotaba al lado de los cascos con su capuchón piramidal resistente al calor aún en su sitio y la placa impulsora todavía reluciente. Sin la mole de los cascos, el interior parecía destripado y ese enorme motor termonuclear había sido para siempre. Ahora esta carcasa cumplía con su propósito último de servir de plataforma de construcción para que los astronautas, todos ellos candidatos entrenados para ese trabajo, pudieran montar la burbuja de

deformación en el punto medio del cable de amarre del casco. Además, Holle podía ver las plataformas en vuelo libre donde estaban alojados los dos telescopios para buscar planetas de Venus, que flotaba lejos de la vibración y las brillantes luces de los cascos. No servía de nada buscar al minero de antimateria; estaba a quince millones de kilómetros, ejerciendo su oficio entre Ío y Júpiter. Todos estos componentes estaban esparcidos en la oscuridad, pero resplandecían con sus luces, con su humanidad, como una pequeña ciudad en la órbita de Júpiter.

Masayo miraba a su alrededor con inquietud y las manos aferradas al arnés de seguridad que llevaba a la cintura.

—Y ahí está Júpiter —dijo ella señalando hacia el otro lado del Sol.

Júpiter era un disco de color castaño dorado, visiblemente aplanado, y el único objeto en todo el universo que a pesar de estar lejos de la estructura del *Arca* era lo suficientemente grande como para que se viera como algo más que un punto.

—Qué decepción —exclamó Masayo.

Era una reacción habitual entre los miembros de la tripulación.

—¿Ah, sí?

—No parece más grande que la Luna desde la Tierra. —Levantó un pulgar, lo agitó y con él ocultó el planeta—. ¡El rey de los planetas! Alguien me contó que pesa tanto como todos los otros planetas juntos. ¿Es verdad?

—Sí. Más de trescientas Tierras.

—Pero si solo es una bola de gas. Sí, puedo ver esas grandes bandas de nubes, pero ¿y qué? Hasta la Gran Mancha Roja tiene un color parecido al del barro.

—Deberías hablar con Joe Antoniadi.

Joe se había especializado en climatología, entre otras disciplinas, y pasaba muchas horas en la cúpula estudiando Júpiter, un gigantesco laboratorio del clima. La Gran Mancha Roja era en realidad un sistema de tormentas permanentes, de siglos de antigüedad, que acechaba constantemente las bandas de nubes de Júpiter. Existían inquietantes paralelismos entre estas tormentas y algunos de los enormes hipercanes que ahora recorrían el ecuador de la Tierra.

Pero no estaban aquí por Júpiter, sino por los productos de su magnetosfera.

—Tienes que verlo desde otro punto de vista, teniente. ¿Por qué estamos tan alejados? ¿Por qué no estamos orbitando a solo cien kilómetros de las nubes como solían orbitar estas alrededor de la Tierra?

—Por la radiación, ¿verdad?

—Así es. El entorno de Júpiter posee una alta radiación. Si ahí abajo trabajara un ser humano, este recibiría más de tres mil rem al día, cuando una dosis letal es de unas quinientas. —Holle se echó hacia atrás, fiándose del cable, y agitó los brazos dentro del traje espacial—. Y créeme, si pudieras ver el campo magnético del planeta no pensarías que Júpiter es tan pequeño. Su intensidad es diez veces superior al de la

Tierra, almacena veinte mil veces más energía y su extensión, que va incluso más allá del radio en el que nos encontramos, es dos veces mayor que el de la Tierra. Y atrapa partículas cargadas procedentes del Sol.

—Y eso es lo que hace que el entorno radiactivo sea tan letal.

—Exacto. Pero lo que nos importa es la interacción entre Ío y el campo magnético de Júpiter. —A través de los telescopios de Venus, Holle había visto las impresionantes auroras que se producían en la cara oculta de Júpiter y había oído las interferencias de las ondas de radio que procedían de los atormentados gases. El tubo de flujo de Ío, un sistema de plasma de alta energía, era una fábrica natural de antimateria.

—Pues qué buen entorno para trabajar.

Habían llegado al punto medio del cable de amarre y Holle fue aminorando la marcha hasta detenerse. Desde esa posición, miró a su alrededor y pudo ver la enorme banda del generador de propulsión por curvatura, básicamente un colisionador compacto, que rodeaba el cable. Unos radios similares a los de la rueda de una bicicleta unían el anillo a un eje situado en el punto medio del cable. En el anillo, Holle vio chispas de soldadura y a dos trabajadores vestidos con traje espacial moviéndose pacientemente alrededor de un panel recién instalado.

—¿Por qué motivo nos hemos detenido? —preguntó Masayo con inquietud.

—Señala el Sol. Hazlo.

—Está ahí. —Señaló de nuevo y con el guante grueso su dedo parecía rechoncho—. Ah, no. —El Sol había cambiado visiblemente de posición en el cielo que los rodeaba, al igual que Júpiter, las estrellas—. Estamos girando. —Él se agarró al cable.

—Cálmate. Ahí abajo está el Seba, de donde hemos salido. —Holle señaló el casco—. Eso es abajo. El otro extremo es arriba. ¿De acurdo?

Masayo se obligó a permanecer sereno y murmuró:

—Arriba, abajo, arriba, abajo.

—Muy bien. Todavía podemos hacer de ti un astronauta. Por ahora es solo una rotación lenta. Tarda una hora en hacer el giro completo. No va lo bastante rápido como para que uno note la fuerza centrípeta dentro de los cascos, pero sí como para mantener el cable en tensión. Más rade, giraremos más rápido hacia arriba.

Una vez terminado el ensamblaje de la burbuja de deformación, usarían los propulsores para hacerlo girar y los cascos gemelos se moverían alrededor del punto medio del cable como dos patinadores cogidos de la mano dando vueltas sobre hielo. La rotación, que se completaba una vez cada treinta segundos, produciría una aparente gravedad de alrededor de un cuarenta y cuatro por ciento de la constante de gravitación en las esclusas de aire de los morros y, como las fuerzas centrípetas aumentaban a medida que uno se alejaba por el centro, la gravedad también se

incrementaría, hasta más o menos un sesenta y seis por ciento de la constante de gravitación en la base de cada casco.

En ese momento, se crearía rápidamente una burbuja de deformación alrededor del insólito ensamblaje improvisado, sacándolo del universo y lanzándolo a través de la galaxia a varios múltiplos de la velocidad de la luz.

—¿Entonces nos ponemos ya en marcha? —preguntó Masayo con tensión en la voz.

—En un minuto. —Esta era su oportunidad. Holle sacó un cable del bolsillo; introdujo una clavija en el panel que llevaba al pecho y la otra en el de Masayo.

Él miró hacia abajo.

—¿Qué es esto?

—Enlace de comunicación directo entre astronautas. Anula la señal de radio.

—Ah. Así nadie podrá oírnos, ¿verdad?

—Esa es la idea.

—¿Y de qué quieres hablar?

Holle lo pensó bien antes de responder.

—Simplemente me parece una buena idea que nos comuniquemos. Quiero decir, llevamos más de quinientos días en esta nave.

—Quinientos cuarenta y ocho. Paul Shaughnessy va tachando los días en la pared que hay al lado de su asiento, como si fuera un preso. Bueno, de hecho, una vez estuvo en prisión.

—Ves, eso no lo sabía.

—¿Y qué ganas sabiendo que el tío que pegó a Thomas Windrup tiene un hermano que es un exconvicto?

—Mira, no estoy sondeando. Estás muy a la defensiva.

—¿Y me culpas a mí? Sabes que nosotros los ilegales estamos acusados de varios delitos: desde insubordinación hasta entrar sin autorización en propiedad federal y amotinamiento. Los padres de algunos de los candidatos que se quedaron en tierra nos van a demandar en el tribunal civil. Menos mal que no podemos dar la vuelta y volver a casa; me meterían en la cárcel.

—Pensaba que para empezar no querías estar aquí. Que simplemente te habían arrastrado con el resto.

Él vaciló.

—Bueno, era verdad. Era el teniente, recuerdas. Me apuntaron con un arma y me subieron a la fuerza por aquella maldita rampa. Pensé que tendría tiempo para convencerlos o desarmarlos y sacarlos del *Arca*. Y entonces, cuando la nave despegó, supuse que tendría que permanecer a su lado. Al menos tendría la oportunidad de mantenerlos a raya. Admito que no hice un buen trabajo con Jack. Pero tienes que entenderlos, Holle. Mira, en la Tierra estábamos en primera línea. Formábamos parte

de la respuesta armada. Aquí limpiamos la porquería de las paredes.

—Para tu información, de eso mismo se quejan los intrusos —admitió ella—. Puede que la culpa sea nuestra, de los candidatos. Sé que podemos ser un poco engreídos.

—Bueno, aleluya. Un candidato con conciencia de sí mismo. También habría ayudado que no nos quitarais las armas. —Cuando los hombres descubrieron que sus armas ya no estaban casi hubo un motín, una revuelta—. Todos mis hombres han tenido una formación dura, sobre todo en campos de postergados o en comunidades de delincuentes. Sus armas son su identidad. Lo que Kelly hizo fue una castración.

—Kelly lo consideró necesario. El riesgo de tener armas en la nave era mayor que el riesgo de cualquier daño psicológico.

—¿Y estabas de acuerdo con ella?

Holle lo meditó por un momento. Kelly todavía tenía veinticinco años, solo uno más que ella. Era muy joven para tomar decisiones de ese tipo, y aun así lo había hecho.

—Sí, echando la vista atrás, estoy de acuerdo. A mí no se me hubiera ocurrido en ese momento. Supongo que no soy tan previsora como ella, ni tan decidida. Pero estoy de acuerdo con ella, sí. Y después de lo que pasó entre Shaughnessy y Windrup, puede que fuera mejor que ninguno de ellos tuviera acceso a un arma.

Descansaron por un momento, mientras el Sol, Júpiter y el *Arca* giraban majestuosamente alrededor de ellos.

—Me siento como si acabáramos de limar alguna que otra aspereza, más que hablar. Deberíamos repetirlo en otro momento.

—Sí, pero no aquí fuera, ¿de acuerdo?

—Claro. —Ella desenchufó el cable que los conectaba y lo guardó. Echó mano al dispositivo de amarre del cordón umbilical que él llevaba a la cintura—. ¿Preparado?

—¿Para qué?

—Para esto. —Ella accionó un control y el dispositivo hizo que Masayo girara alrededor del punto fijo de su cintura, de tal manera que en su «abajo» estaba el Havila, su meta, en vez del Seba.

—Mierda.

—¡El traje! ¡Cuidado con el traje!

Cuando atravesaron la esclusa de aire del Havila, ya había comenzado la transmisión de Gordo desde Alma. Kelly, Venus, Wilson y los demás se sentaron en unos taburetes en forma de T delante de la gran pantalla de la pared junto con un puñado de miembros de la tripulación, candidatos, intrusos e ilegales, reunidos desde todos los ángulos alrededor del grupo central.

Jack Shaughnessy iba esposado a su hermano Paul. Jack tenía la nariz reventada y en el ojo derecho un moretón que se estaba haciendo más grande. Se rumoreaba que quien se lo había hecho no era Thomas Windrup, sino Elle Strekalov, la pareja de Windrup y la chica a la que Jack le había tirado los tejos, razón por la cual se había desatado todo el incidente. Thomas seguía en la minúscula enfermería de Mike Wetherbee, recuperándose de un pulmón perforado.

Alonzo, inmune a la interrupción gracias al tiempo de retarde de cuarenta minutos, estaba pontificando sobre uno de sus temas favoritos: la moral de la tripulación.

—Chicos, tenéis que inventaros más celebraciones. Vuestro Día de Polyakov en febrero fue una buena idea. —Cuando llegaron al día cuatrocientos treinta y ocho de la misión, la tripulación del *Arca* había batido simultáneamente el récord de permanencia en el espacio que hasta ese momento había ostentado desde 1995 un ruso llamado Valery Polyakov—. El problema es que no se me ocurre nada significativo de aquí a un futuro cercano hasta el día ocho cero cuatro, que será cuando batáis el récord de permanencia total de un ser humano en el espacio que tenía el viejo Sergei Krikalev...

Holle miró detenidamente la pantalla. Gordo, sentado frente a una mesa de despacho, estaba bien iluminado, pero había unas figuras detrás de él que estaban en la sombra. Estaba bastante segura de ver a Thandie Jones y a Edward Kenzie. Si su padre estaba allí, no podía distinguirlo. Miró la pantalla, empapándose de cada píxel, frustrada.

Algo le cayó suavemente en el cuello. Ella echó la mano hacia atrás y encontró un tornillo, que se había soltado de algún lugar. Miró hacia arriba y vio que una lluvia de polvo caía lentamente sobre la gente, sobre los hermanos esposados. La lenta rotación estaba haciendo que toda la basura acumulada desde que habían apagado los motores flotara en el aire. Y a través de los suelos de rejilla metálica de cada nivel vio lo que estaba pasando, como siempre. Había gente jugando dentro del gran espacio abierto al disco volador en gravedad cero y un bebé gorjeaba mientras su madre le hacía dar vueltas en el aire. *Bonitas imágenes para la conexión en directo*, pensó Holle. Todos

los bebés de la nave tenían ya un año más o menos. Qué extraño el hecho de que ya hubiera seres humanos que no supieran nada del universo salvo del interior de este casco —pero para la generación de ese bebé eso no sería extraño en absoluto. El bebé se reía en el aire mientras giraba lentamente y agitaba sus rechonchas extremidades.

—No cabe duda de que levantándoos la moral dejareis de volveros los unos contra los otros, como en el caso Windrup-Shaughnessy...

Gordo estaba llegando al motivo de su discurso con su torpeza habitual y Holle centró su atención en él.

Gordo se puso las gafas para leer y bajó la vista hacia una página con notas.

—Bien, hemos considerado detenidamente las pruebas que nos habéis enviado, a nosotros que somos los jefes del proyecto con más antigüedad. También hemos consultado al general Joe Morell, que estaba al mando del grupo del Ejército del que Jack Shaughnessy formaba parte antes de huir. Así que espero que él y todos vosotros aceptéis nuestro veredicto, que ha sido meditado detenidamente y que cuenta con la debida autorización militar.

Se quitó las gafas y apartó la vista de la pantalla.

—Escuchadme. No soy abogado y no voy a hablaros como si lo fuera. Este es un caso lamentable, muy lamentable de hecho. Encerrados como estáis, gente joven como vosotros metidos en esas latas de sardinas, vais a sentir celos, tensiones. Es la naturaleza humana. Pero debéis aprender a controlaros, a respetaros los unos a los otros. Shaughnessy, esa muchacha no te debía nada más que un educado «no» por tus indeseadas insinuaciones, que es lo que recibiste, pero tú tenías que ir más allá, tuviste que pagarlo con Windrup. Piensa en el daño que has causado a la misión en su totalidad, además de a Thomas Windrup, incapacitando así a un miembro de una tripulación que ya está bajo mínimos.

»Bien, si estuvieras en la Tierra, cumplirías condena por lo que has hecho. Pero no hay cárcel en una nave espacial. La comandante Kenzie no puede permitirse perder mano de obra, y por supuesto no puede permitirse el esfuerzo y los recursos que implicaría tenerte encerrado en un maldito armario sin hacer nada más que pajearte. Así que hemos intentado buscar una alternativa apropiada y esto es lo que ordenamos.

»Shaughnessy, acabas de duplicar tu trabajo. De ahora en adelante y hasta que el doctor Wetherbee certifique que Thomas Windrup puede trabajar de nuevo, vas a realizar tu trabajo. Lo sustituirás hasta donde tus habilidades técnicas te lo permitan y cuando no sea posible, espero que un oficial delegado por la comandante te busque alguna alternativa adecuada. Eso además de tus propias tareas. Y no me dará ninguna pena si eso no te deja tiempo ni para cagar. ¿Está claro? Por último, llevarás un brazalete para que toda la maldita tripulación sepa quién eres y qué has hecho. —Miró enfurecido la pantalla—. Así es como van a ser las cosas. A bordo de esa

maldita nave se va a aplicar la ley de forma rigurosa, como en la Tierra. La única diferencia es que el castigo tiene que adaptarse al crimen y al medio en el que estáis metidos. Os dejaré un minuto para que lo meditéis y veáis si tenéis alguna pregunta. —Se giró para coger un vaso de agua.

Hubo un silencio en el grupo. Kelly flotaba en el aire y se giró para mirar a todos los que tenía delante de ella, arriba, abajo.

—Bueno, ese es el veredicto. ¿Lo aceptáis? ¿Tú, Elle? —Fulminó con la mirada a Masayo y a los hermanos Shaughnessy—. ¿Y tú? ¿Vas a cumplir tu condena? ¿Y a no sacar en el futuro los puños a pasear?

Jack Shaughnessy parecía derrotado.

Su hermano era más insolente.

—No se va a poner ningún brazalete.

—Sí que se lo va a poner —dijo Masayo con firmeza—. Ya has oído al jefe, Paul. Tiene que cumplir su castigo.

Paul negó con la cabeza, pero cedió.

A Holle le dio la impresión de que la tensión iba disminuyendo. Bajó flotando para reunirse con Kelly mientras Gordo estaba hablando con alguien fuera de cámara.

—Puede que haya funcionado. Parece que lo han aceptado.

—Sí —murmuró Kelly—. Pero ¿qué haremos cuando algo así ocurra cuando viajemos en la burbuja y no tengamos un comité de hombres mayores y generales que nos digan cómo manejar la situación?

Desde la pantalla, Gordo tosió de manera teatral.

—Una cosa más. Lo del cometa que observasteis cuando estabais probando el equipo para buscar planetas. El Dinosaur Killer Mark II, que ya no es tan asesino, por lo visto. Tengo más información al respecto. Al parecer, no es una coincidencia que esa cosa hubiera salido de la nada justo cuando estábamos sufriendo las consecuencias de la inundación. —Miró a la cámara—. No sé si Zane Glemp está por ahí. Si no, enseñadle más tarde esta grabación. Esto está relacionado con el testimonio de uno de vuestros tutores, Magnus Howe, algo que recordó que Jerzy Glemp le había dicho antes de morir...

En los primeros años de la inundación, Glemp había trabajado para el Gobierno ruso. A Rusia la inundación le afectó mucho y perdió territorio con rapidez. Cuando un gran número de refugiados se dirigía hacia el sur y hacia el este y la guerra con China y la India por el terreno elevado del centro de Asia parecía inevitable, el Gobierno civil luchaba por mantenerse firme frente a los generales radicales.

—Algunos de los militares recomendaron encarecidamente usar el arsenal nuclear que había sobrevivido para un ataque sin cuartel contra China y el oeste mientras pudieran. La teoría desesperada era que los rusos podrían sobrevivir en un mundo

vacío aunque radiactivo. —Gordo gruñó mientras miraba sus apuntes—. Me da la impresión de que realmente lo que hicieron al final con todas esas armas nucleares lo tramó algún tipo listo con la intención de impedir que los generales empeoraran una mala situación.

»En 2024 (este fue el año en el que Moscú se inundó) una parte importante del potencial nuclear intercontinental ruso, en su mayor parte heredado del antiguo régimen soviético, se lanzó no hacia algún punto del planeta sino hacia el espacio. El presidente Peery amablemente me ha permitido confirmar los informes de Glemp sobre este tema con unos antiguos archivos de vigilancia de la CIA. Como os podéis imaginar, esto ha provocado una gran preocupación, pero inmediatamente se vio que las armas no tenían como objetivo ni el territorio estadounidense, ni sus posesiones, ni sus aliados. Por supuesto, no todo su inventario de armas se podía redirigir de esta forma.

»Entonces nos vamos a 2036, más de una década después. Y observamos algo anómalo con un telescopio situado en Chile, que por aquel entonces se utilizaba para la búsqueda de planetas en el espacio exterior. Este enorme ojo divisa un destello en el espacio sideral. Tampoco después, las sondas interplanetarias que nos quedaban informan de un rastro de radiación anómala. —Miró fijamente a la cámara—. Ya veis a lo que me refiero. Eran las armas nucleares rusas, o las que habían conseguido llegar ahí, que estaban explotando a la vez. Una explosión de mil demonios.

»Y llegamos a 2043, este año. Y vosotros detectáis un cometa que se dirige a toda prisa hacia el Sol, casi en ruta de colisionar con la Tierra.

»Me imagino que entendéis que estoy intentando unir los tres acontecimientos. Creemos que los rusos intentaban desviar un núcleo de cometa gigante hacia la Tierra. En realidad intentaban que impactara.

»Tiene su lógica. En los primeros días de la Tierra, los profundos océanos globales eran desgasificados una y otra vez por el interior fundido del planeta, donde el agua se había quedado atrapada durante la formación del mundo. Pero por aquel entonces, el cielo seguía lleno de grandes rocas, que chocaron contra la Tierra e hicieron desaparecer todo el océano. Esto ocurrió repetidas veces y en cada una de ellas el océano se llenó gracias a la desgasificación o quizá a que hubo menos impactos de cometas.

»Entendéis la idea. Es posible que estos rusos chiflados creyeran que podían vencer a la inundación si conseguían que nos cayera un cometa sobre nuestras cabezas para hacer desaparecer todo el océano global, igual que en los viejos tiempos del último bombardeo. Puede que de verdad creyeran que estaban salvando al mundo. El hecho de que habrían convertido la Tierra en un terreno baldío y desolado, desprovisto de aire y agua y habitado solo por malhumorados rusos del tipo doctor Strangelove metidos en búnkeres profundos, era un detalle poco grato.

»Mis científicos me dicen que desviar un cometa es algo arriesgado. Es extraordinario que lo hicieran. Aunque, gracias a Dios, no lo hicieron bien.

»Bueno, esto es todo. ¿Qué va ahora?

Miró hacia atrás a su equipo de asesores.

Marzo 2044

Poco después del amanecer, el destacamento de la Guardia Nacional de Mel fue sacado con brusquedad de su barracón, una licorería abandonada e infestada de ratas en el pequeño casco urbano de Alma.

Obedeciendo las enérgicas órdenes de los sargentos, docenas de hombres y mujeres formaron bajo la tenue luz de la mañana filas desiguales aunque ordenadas. Entonces comenzaron su marcha por la calle Main, saliendo por la puerta del recinto en la calle Buckskin en dirección norte a través de las ruinas de la ciudad hacia el perímetro exterior. El asfalto de la carretera estaba lleno de baches y grietas de los tanques y vehículos blindados pesados que habían pasado por allí. Para caminar no estaba tan mal, pero tenías que tener cuidado de no torcerte un tobillo en alguno de los baches. Crecía la mala hierba, verde y vigorosa, que aprovechaba su oportunidad en este breve intervalo entre el fin del dominio del ser humano y la llegada de la inundación.

El aire apestaba al humo de la noche. Los postergados hoy en día quemaban mierda, excremento humano seco y comprimido, después de que las laderas se quedaran ya hacía tiempo sin madera. Y, debajo de todo eso, había en el aire un sutil olor acre a sal, a ozono, era el océano global que llegaba incluso aquí, hasta las cumbres de las montañas Rocosas.

Los soldados iban cargados con sus mochilas. Esta misión duraría varios días, cuántos, no lo habían especificado. Mientras caminaban, revisaban sus viejas armas: casi todas eran fusiles AK-47, fabricados probablemente antes de la inundación, y muchos de ellos habían sido arrebatados a esos tipos obsesionados con la supervivencia antes una futura catástrofe durante una incursión a las tierras altas un par de años atrás. Los soldados eran una amalgama: desde veteranos con auténtica experiencia en el combate a novatos de aspecto saludable reclutados de la multitud de postergados, pasando por vestigios de un pasado más complejo, como Mel, que había sido un cadete de las Fuerzas Aéreas antes de que lo metieran en el cuerpo de los candidatos del *Arca* para que después lo dejaran en tierra en el último minuto. A pesar de su apariencia andrajosa, eran probablemente una unidad militar igual de disciplinada que cualquiera que pudiera existir en el planeta. Aunque se quejaban mientras marchaban, y el sonido de sus voces llenaba el tranquilo aire de la mañana. Todo el mundo se estaba quejando siempre de la comida asquerosa, de los inodoros rotos en sus alojamientos y del estado de sus equipos de combate usados.

Mel Belbruno se sentía igual de incómodo que todos los demás. Su principal

problema eran las botas, deformadas por el agua salada cuando estaban al cuidado de su anterior y desafortunado dueño; las había acolchado con capas de calcetines mugrientos. Pero esta mañana estaba distraído debido a las desagradables posibilidades de la nueva misión.

Alma estaba rodeada de un sistema de fortificaciones concéntricas. El mejor lugar para servir era dentro del propio recinto de la calle Buckskin, en el centro de la vieja ciudad, una fortaleza improvisada en un triángulo de tierra donde se cruzaban tres calles: South Main, South Pine y Buckskin que bajaba del barranco que había al oeste. El centro de control del *Arca* había sido trasladado al centro de esta zona fortificada. Fuera del recinto poco quedaba del pintoresco pueblo minero y su controvertida afirmación de que era el más alto de Norteamérica. Había sido desmantelado casi en su totalidad por equipos de trabajo, primero para abastecer a las fortificaciones de materias primas y después para construir balsas, enormes estructuras flotantes de depósitos de aceite, plástico en planchas y lona impermeable que por ahora permanecían ominosas en un claro, preparadas para la evacuación final.

Si fracasabas en una misión dentro del refugio, lo mejor era patrullar Hinterland, que era el nombre que le habían puesto los comandantes, una amplia zona de unos cuantos kilómetros de ancho cuyo centro era Alma y que era un mosaico de terreno elevado y valles anegados. Aquí la tierra lata, que una vez habían colonizado los pinos, estaba ahora vacía y había sido convertida en tierras de labranza, mil granjas diminutas e inservibles sobre un suelo estéril. La tierra que labraban llegaba incluso hasta la cumbre de Mount Bross, el punto más alto por ahí, y rompían el estéril terreno a mano, ya que no quedaba combustible para los tractores ni para tirar de los arados. Ni siquiera había caballos ya. Mel una vez le oyó decir a Patrick Groundwater que los norteamericanos estaban recuperando los métodos de la agricultura de subsistencia usados en la Europa medieval.

Hoy era la primera vez que a Mel lo enviaban más lejos aún, más allá de Hinterland, a unos de los campamentos de tramitación de postergados que bloqueaban los valles y barrancos que llevaban a Alma. No sabía qué le esperaba en el campamento, más allá de la autopista 9. Intentaba no escuchar la mierda de los veteranos, sobre las cosas que habían visto y las cosas que habían tenido que hacer, pero sus palabras lograban meterse en su cabeza, como era de suponer.

Deseó no tener que enfrentarse a esa distracción, a ese trastorno, justo hoy.

Miró al cielo, oscuro y nublado, y se preguntó dónde estaría Júpiter (Júpiter, donde la tripulación del *Arca* casi había completado su estancia de quince meses de duración). Quedaban menos de veinticuatro horas para que comenzara la siguiente fase de la misión de la nave, en la que esta quedaría envuelta en una burbuja de deformación que la lanzaría hacia las estrellas. Estas últimas horas, después de las

cuales Holle ya no se encontraría en el mismo sistema solar que Mel, no quería estar lejos del centro de control y de los formidables acontecimientos que estarían teniendo lugar en el cielo. Pero no tenía otra alternativa.

En marzo de 2044, cuando faltaba poco para que la inundación global llegara a los tres kilómetros por encima del antiguo nivel del mar, no mucha gente tuvo alternativas.

En el centro de tramitación, la unidad fue desviada a una ciudad de tiendas de campaña, su alojamiento para las siguientes noches. A su vez, otra unidad de jóvenes, magullados y agotados, estaban formando para marchar en dirección sur. Estaban callados y malhumorados.

Don Meisel esperaba a un lado de la carretera, ya era teniente y vestía un uniforme del Departamento de Policía de Denver relativamente limpio y almidonado. Cuando vio a Mel lo llamó para que se acercara. En la mejilla derecha tenía una profunda cicatriz, una herida mal limpiada y suturada de una forma un poco chapucera. Llevaba unas gafas oscuras que le ocultaban los ojos. Su pelo rojo estaba salpicado de canas. Don tenía veintiséis años, uno más que Mel, y a él le parecía mucho mayor.

Mel forzó una sonrisa.

—Ojalá pudiera decir que me alegro de verte.

—Ya. No en estas circunstancias. El *Arca*...

—Lo último que he oído es que todo está listo. —Que fue la noche anterior, cuando Patrick Groundwater lo llamó al barracón.

—Ahora ya no hay nada que podamos hacer. —Don miró a su alrededor—. Tu unidad va a trabajar con la mía hoy. Escucha, el primer día es el peor. Yo lo superé, recuérdalo. Si un bobo como yo puede conseguirlo, tú también sin duda. Ve a quitarte las botas. Creo que hay algo de comida caliente. —Don se tocó el auricular que llevaba en la oreja y asintió distraídamente—. Nos vemos más tarde. —Y se alejó a grandes zancadas.

Mel siguió a sus compañeros y entró en la ciudad de tiendas de campaña, donde los hombres ya se estaban peleando por los camastros que seguían calientes de los cuerpos de sus últimos ocupantes. El descanso era de media hora, el tiempo suficiente para que pudieran comer y beber algo, hacer de vientre y masajearse los pies que ya dolían de la caminata que habían hecho con unas botas que no les quedaban bien. A pesar de las quejas, la comida no estaba tan mal: una especie de estofado de conejo. Los policías y los soldados comían mejor que nadie (mejor incluso que los ingenieros y los científicos del centro de control), por eso la ambición de la mayoría de los postergados sanos era unirse al destacamento militar.

Más tarde, formaron de nuevo y marcharon los últimos metros en dirección norte

por la autopista hacia le centro de tramitación.

Cuando estaba a punto de llegar al perímetro de seguridad, Mel intentó asimilar lo que veía.

Se aproximaba a un cercado, un complejo de alambre de espino, torres de vigilancia y terraplenes que se extendía sobre la vieja carretera. Podía ver que a cada lado del cercado llegaba hasta las colinas mientras cortaba la tierra, parda y desprotegida, y la cruzaba una inmensa verja de acero y hormigón, plagada de torres de vigilancia y focos. En el cercado había apostados soldados o miembros de la Guardia Nacional o agentes de Seguridad Nacional o policías, que podían estar recorriendo la alambrada o estar sentados en sus torres.

Este era el límite del territorio, cuyo centro era Alma, que seguía bajo la protección del Gobierno federal, con el coronel Gordo Alonzo, el comandante vivo de más antigüedad del Proyecto Nimrod, nombrado gobernador militar por el mismísimo presidente. La frontera entre orden y gobernanza dentro, y el caos, fuera. Se rumoreaba que este era casi el único enclave importante que quedaba bajo el control del Gobierno federal, aparte de sus bienes en el mar como los barcos de la Marina y los submarinos que habían sobrevivido. Pero muy poca gente estaba en una situación que les permitiera saber si era verdad.

El centro de tramitación de refugiados había sido instalado donde el cercado cruzaba la carretera. Había un par de edificios, ásperos bloques de hormigón, alejados de la línea y conectados a la verja por una especie de pasillo de alambre de espino; los muros eran finalmente de tres metros de alto y los patrullaban por dentro y por fuera unos soldados armados. También había una pequeña instalación industrial, como una fábrica de productos químicos con tanques, barriles y tuberías relucientes. Había un cartel encima de la puerta que decía:

ALMA, CO.  
CENTRO DE DESCANSO  
PROPIEDAD DEL GOBIERNO FEDERAL DE LOS ESTADOS UNIDOS

Mel observó con asombro que había flores en la entrada a esta unidad, en macetas que colgaban de soportes metálicos.

En la misma verja, Mel vio filas de mesas con portátiles y tabletas electrónicas, atendidas por soldados y civiles que entrevistaban a postergados, uno por uno. La cola, que se extendía más allá de la verja, estaba compuesta por filas de gente harapienta, sucia y escuálida que se abría camino por un zigzag de barreras de metal. A lo lejos, parejas de soldados reunían bruscamente a la gente para que formara filas

temporales.

Y más allá, Mel divisó más gente, una multitud sentada o de pie en el polvo. Así, a primera vista debía de haber miles de personas.

—Mierda —le dio en voz baja a Don, que estaba a su lado—. Si toda esa gente pierde la paciencia...

—No pienses en eso —murmuró Don—. A nosotros nos corresponde asegurarnos de que eso no ocurra. —Se puso delante de la unidad de la que estaba al mando ese día, sus veteranos y los reclutas de Mel que venían de Alma—. Bien, escuchadme. Os dividiremos en escuadrones, de dos en dos, de tres en tres o de cuatro en cuatro, veteranos con reclutas. Hoy os turnaréis para recorrer las diferentes áreas y tener así una visión más amplia de lo que hacemos aquí. Vais a aprender sobre la marcha, ¿me seguís? Y mañana os asignaremos tareas permanentes. —Sonrió con intensidad—. Os diré lo que ya le he dicho a mi camarada. El primer día es el peor. Pero si yo lo superé, vosotros también. Y recordad lo importante que es este trabajo. Aquí es donde nos tenemos que mantener firmes, no en el recinto de la calle Buckskin ni en esas granjas cubiertas de maleza ahí en Hinterland. Todo depende de lo bien que hagáis vuestro trabajo aquí. Muy bien, romped filas y haceos uña y carne; a la compañía B le han dado los nombres de los reclutas que tienen que supervisar.

La compañía se disolvió; los soldados se arremolinaron y los recién llegados buscaron a los veteranos que los acompañarían en su primer día.

Don le hizo de nuevo un gesto a Mel para que se acercara.

—Estamos tú y yo solos hoy, compañero. —Miró a los nuevos soldados benévolamente—. Normalmente hay un par de ellos que se desmorona, incluso el primer día. Puede que estos no, parecen duros. Necesito solucionar algunas cosas.

Don llevó a Mel por el tramo de carretera que daba a la verja. Agitó un pase ante un guardia y se abrió camino entre la hilera de mesas y hacia una especie de callejón de entrada que estaba al lado de la cola de personas. Unos soldados armados patrullaban el callejón. Cuando Mel miró hacia arriba vio las amenazantes torres de vigilancia y más soldados con binoculares que escudriñaban a la multitud alineada.

Mel tuvo la oportunidad de ver a los empleados del centro de tramitación en acción. Algunos de ellos eran médicos o enfermeras, o de cualquier forma llevaban un brazalete de la Cruz Roja por encima del uniforme. Apuntaban información básica sobre los postergados que tenían delante de ellos.

—Es un chequeo médico —dijo Mel—. No pensaba que Alma seguía acogiendo postergados.

—Parece un chequeo —murmuró Don—. No saques conclusiones precipitadas. Tú observa, escucha y aprende. Y ten el arma a mano.

Los dos salieron de allí, más allá del gran cercado que rodeaba el recinto y por

una accidentada carretera que estaba razonablemente despejada pero atestada a cada lado de postergados que esperaban a unirse a las filas del proceso de tramitación. No eran los únicos soldados aquí, pero fuera del cercado, Mel se sentía desprotegido, irracionalmente nervioso.

Más allá de la multitud que hacía cola, llegaron a una especie de barrio de chabolas, que estaba dispuesto en cuadrados desiguales y cada uno de ellos era más o menos del tamaño de una antigua manzana. Cada zona tenía un alcantarillado excavado en el resto de edificios y los postergados habían construido chabolas y cobertizos de tepe con los escombros que consiguieron. Todavía era media mañana. Había hogueras y un cielo cada vez más nublado. Los bebés lloraban, una multitud de voces diminutas. Incluso había niños jugando con juguetes estropeados y balones de fútbol desinflados, pero ninguno de ellos correteaba, y vestidos con sus harapos descoloridos, estaban escuálidos y se les notaba el hueso del cráneo debajo de la piel del rostro. Algunos tenían las tripitas hinchadas por la desnutrición.

Mel vio a los agentes del protectorado de Alma, identificables gracias a los monos de color relativamente intenso hechos con el tejido resistente de AxysCorp y acompañados por tropas armadas, recorriendo el campamento. Algunos llevaban brazaletes médicos, hablaban pacientemente con los postergados y repartían folletos.

Los folletos fueron lo que más sorprendió a Mel.

—¿De dónde sacan el papel?

Don buscó en sus bolsillos, sacó un trozo de papel doblado y se lo dio a Mel. Estaba totalmente impreso por las dos caras y lo único de color era una diminuta bandera nacional, roja, blanca y azul, en una esquina. Resultó ser una especie de manual sobre cómo fabricar un arado, diseñado para ser arrastrado por humanos.

—Toca el papel. ¿Ves ese brillo satinado? Está hecho con conchas de mar.

—No sabía que el Gobierno seguía manteniendo a los postergados hasta ese nivel.

—Es que no lo hace. Vigilar, puede que sí. Aconsejar. Pero no los mantiene. Mira a tu alrededor. Las zanjas del alcantarillado, las chabolas... todo lo han construido ellos mismos, usando las herramientas y recursos que encontraban, con sus propias manos si hacía falta. Estos folletos que estamos repartiendo son consejos sobre cómo cultivar, cazar... Y todo lo tienen que lograr sin apoyo material del centro. Incluso los médicos ofrecen más asesoramiento que medicinas. Ya no nos quedan recursos. —Miró a su alrededor para asegurarse de que no le oía ningún postergado—. Ni siquiera patrullamos por aquí. Los animamos a que establezcan su propia estructura de seguridad, bajo la autoridad nominal de Alma. Repartimos placas de papel que no cuestan mucho. Normalmente esto acaba con bastante rapidez bajo el dominio de algún caudillo, aunque no nos importa, siempre y cuando haya orden. Ah, y siempre cerramos los burdeles. Gordo dice que al hacerlo estamos luchando contra la naturaleza humana, pero los comandantes lo han convertido en una prioridad y

nosotros nos esforzamos.

—Todo es una especie de farsa —le espetó Mel—. Ellos se piensan que estaban bajo la protección del Gobierno. De hecho...

—Hace que la gente esté tranquila. Sedada. Funciona porque la gente cree que está a salvo, que alguien está pensando en su bienestar, como ha sido toda su vida, al menos para la gente mayor que recuerda cómo era antes de la inundación. Todo sigue relativamente estable por aquí. —Apuntó a lo lejos, hacia el norte, donde la carretera se alejaba formando un arco a través de las laderas desnudas—. Hay más por ahí. Miles. Preparamos redadas punitivas, colocamos minas en las carreteras para que no puedan entrar. Pero tendrían que atravesar este asentamiento primero para poder llegar a nosotros. Hay campamentos como este alrededor de Alma, en círculo.

Mel lo entendió.

—Estáis usando a esta gente de pantalla. De escudos humanos.

Don lo miró.

—Mira, la inundación sigue avanzando. El agua está llegando a los valles, al Platte y al Blue River, etcétera. El agua templada, espumosa y salada está contaminada por la suciedad de las ciudades anegadas y los cadáveres que flotan como corchos. Yo lo he visto. Estamos perdiendo sitios como Leadville, Hartsel y Grant. Y eso empuja a la gente como a ganado.

»Todo el mundo sabe que hay un enclave en Alma. Así que vienen oleadas de gente en busca del santuario. No sabemos cuántas personas hay ahí fuera, en las montañas que rodean Alma. Algunos creen que podrían ser hasta un millón. Nosotros no podemos abastecer a todos ellos, ni a un uno por ciento. Y no podemos huir, como cuando evacuamos Denver. Lo único que podemos hacer es mantenerlos a raya hasta que se dé por concluido el trabajo que se está llevando a cabo en el centro de control. Para hacerlo, hemos tenido que averiguar cómo usar todos los recursos que nos quedan contra la afluencia de postergados. Y los recursos más importantes son los propios postergados.

Mel miró el rostro sucio de Don, inexpresivo detrás de la cicatriz, de las gafas de sol, de la barba de varios días. A Mel le dio la impresión de que ya no quedaba nada del chico que había conocido en la academia.

—Vamos a ganar, ¿verdad?

—A decir verdad, no estoy seguro. —Esa fue la sombría respuesta de Don, que miró al cielo nublado—. Esa hazaña de hacer coincidir el lanzamiento de la burbuja con el eclipse lunar... no sé de quién ha sido esa idea tan estúpida. Supongo que cuando la Luna se ponga roja, todos esos chiflados de ahí fuera empezarán a aullar, aunque no sepan nada del *Arca*. Bueno, nos quedan solo veinticuatro horas más. Así que ¿crees que merece la pena, después de todo lo que has visto hoy, si eso significa que la nave pueda llegar a las estrellas?

—Holle y Kelly están ahí arriba. Confían en nosotros. Sí, merece la pena.

—Muy bien, chaval. Creo que estás preparado para ver el resto.

—¿Qué resto?

Como respuesta, Don lo llevó de vuelta por la ciudad de chabolas hacia la verja de seguridad y la paciente fila de solicitantes.

Junto a Don, Mel seguía de cerca a una pareja de personas mayores, que puede que rondaran los setenta, mientras era entrevistada por una amable mujer en el centro de tramitación.

Se llamaban Phyllis y Joe Couperstein. Tenían hijos y creían que un nieto, pero hacía años que no sabían nada de sus familiares. Los dos tenían los pies ensangrentados e hinchados. Habían comenzado su caminata en Omaha, años atrás. De hecho, no estaban seguros de dónde se encontraban; simplemente habían seguido a la gente de un trozo de terreno alto a otro, trabajando donde podían y en lo que podían. La mujer había sido ingeniera de caminos y el hombre, chef; eran personas muy preparadas, pero ahora no había mucho trabajo para ellos. Hasta hacía un par de años habían podido trabajar en el campo, pero la artritis y un leve ataque al corazón que le había dado al hombre habían dado al traste con eso.

La funcionaria de Alma era amable. La ciudad tenía todos los cocineros e ingenieros que necesitaba. Además, dijo ella con dulzura, lo más probable era que sus habilidades estuvieran anticuadas. Pero los podrían recolocar si esperaban un poco (días, unas cuantas semanas) en una zona de espera.

—Que es otro rincón de la ciudad de chabolas —murmuró Don—. Nunca los llaman, pero ellos esperan pacientemente.

Los Couperstein no parecían decepcionados. Pero estaban muy cansados, simplemente de estar haciendo cola durante horas. No pedían nada en particular. Permanecieron un momento delante de la sonriente mujer.

La funcionaria pareció ceder. Les entregó un papel. Les dijo que parecían necesitar un respiro. Un descanso, un sitio donde sentarse, un lugar en el que asearse, lavar la ropa y comer, un sitio tranquilo en el que pasar la noche. La ciudad tenía los recursos para poder ofrecer eso, pero de una forma estrictamente voluntaria. ¿Cómo sonaba eso?

Los Couperstein miraron el papel y luego el uno al otro y a la larga cola que tenían detrás de ellos. Sonrieron. Sonaba maravillosamente.

—Ahora entramos nosotros —murmuró Don y dio un paso adelante—. Señor y señora Couperstein, ¿no es así? Vengan por aquí. —El chico atravesó con ellos la barrera de seguridad—. Sí, me tiene que dar el papel. —Se lo dio a Mel. Estaba sucio, manoseado, muy usado—. No, no me tienen que enseñar ninguna identificación más... Por aquí. Vamos, Mel.

Este le pasó el papel a la mujer de la mesa, quien lo miró brevemente y lo metió en un cajón. Ya estaba ocupada con el siguiente solicitante.

Mel corrió detrás de Don y de la pareja de ancianos. Iban en dirección al callejón de alambre de púas que daba al centro de descanso. Desde donde estaban, la fea mole de hormigón del edificio y la planta industrial estaban ocultas y la entrada parecía atractiva, hospitalaria, con una especie de chapa de plástico encima de la puerta, el letrero y las flores. Mel vio que incluso el sendero que tenía bajo sus pies era de gravilla. Era como caminar por un parque, se decían los Couperstein, y se acercaban despacio a la entrada, cogidos de la mano, como si estuvieran saboreando esos instantes.

En la puerta, Don introdujo un código de seguridad en un teclado numérico y se sometió a un examen de retina. Unos pesados cerrojos se desbloquearon con gran estrépito y las puertas se abrieron. Mel vislumbró un pasillo, iluminado con luz tenue. Se escuchaba música ambiental, suave, casi sin melodía. Por encima se oía un murmullo de voces, tenue, como aletargado. Mel esperaba que se acercara algún empleado, una enfermera de uniforme blanco, limpio y almidonado, pero no apareció nadie.

Don le ordenó a Mel, con un tono de disculpa, que registrara a la pareja antes de seguir andando. No encontró armas, ni siquiera un cuchillo de cocina.

—Señor y señora Couperstein, pueden seguir adelante —les comunicó Don—. Encontrarán un baño, una máquina de café, una sala de lectura con libros... Hay más gente esperando. Alguien les atenderá enseguida.

Por un instante, el señor Couperstein titubeó. Una expresión ilegible recorrió su sucio y nudoso rostro. Se sacudió el polvo de su encanecido pelo, cortado de manera tosca. Pero la señora Couperstein suspiró. *Va a estar bien*. Era como un hotel, como en el que estuvieron una vez en Aspen adonde habían ido a esquiar, y ahora a uno le resultaba difícil creer que alguna vez hubieran sido lo suficientemente jóvenes como para hacerlo. Se quitó sus maltrechos zapatos de una patada y entró. Sus pies dejaron un rastro de sangre en el suelo. La puerta se cerró suavemente detrás de ellos.

Don retrocedió y miró su reloj.

—Queda solo media hora para la próxima limpieza. Nos quedaremos por aquí. Vamos.

Y llevó a Mel de vuelta a la barrera de tramitación.

En los siguientes treinta minutos, hubo dos ofertas más de estancia en el centro de descanso. Una de ellas fue para un hombre que empujaba a una anciana en una silla de ruedas tremendamente deteriorada; él debía de tener cincuenta años y ella ochenta, y sufría de demencia senil. De debajo de la sucia manta de la mujer salía un olor nauseabundo a estiércol. La otra para un joven padre con una niña de unos tres años, que solo era piel y huesos y una cabeza que le colgaba porque era demasiado pesada para su cuerpo. La madre había huido esa mañana, llevándose con ella sus bolsas y lo que le quedaba de comida. Sí, el hombre necesitaba con urgencia un descanso. Mel y

Don acompañaron al hijo y a su madre, al joven padre y a su hija al centro de descanso, en el que entraron con el mismo alivio que habían mostrado los Couperstein.

Don miró de nuevo su reloj.

—La una de la tarde. Es casi la hora.

Se oyó un silbido de un agente de Seguridad Nacional. Llegaron soldados y policías trotando y Don llevó a Mel a unirse a un perímetro irregular que rodeaba el centro. Se acercó un ingeniero, que enseñó sus credenciales al oficial de rango alto. Se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada y le dio a una tecla de un ordenador de bolsillo.

—Ten el arma preparada —le dijo Don a Mel en voz baja, mientras levantaba su AK-47.

El ingeniero le dio a una última tecla del ordenador y se apartó. Mel oyó el zumbido de unas bombas, el silbido del gas. Y le llegó un olor extraño y difícil de describir; era un olor parecido al de las almendras.

La luz del sol se abría paso entre las nubes. Nada parecía real.

—Supongo que los conductos de gas van por debajo del suelo.

—Sería un poco obvio si no fuera así.

—¿Y el perímetro a qué viene?

—A veces los pacientes del centro de descanso cambian de opinión en el último minuto e intenta escaparse.

—Y les disparamos.

—Si no los contenemos, suponen un peligro para la seguridad y para la salud. —Don miró a Mel—. Sé lo que estás pensando. Nos hablaron de los nazis en la academia, ¿verdad? Nosotros no somos nazis. Este es un Gobierno estadounidense que hace todo lo que puede por su pueblo. No tenemos nada más que ofrecerles.

—Creen que entran ahí para descansar. No para morir...

—No, ellos lo saben en cierto modo, aunque no lo admitirían. No pasa nada. Sé cómo te sientes. Solo faltan unos minutos.

Mel lo entendió todo. Esto era la esencia misma del motor que lo había protegido a él y al *Arca* durante años, un motor que funcionaba con sangre y falsas esperanzas.

Parecía que había pasado mucho tiempo cuando el silbido del gas se detuvo. Se acercó el hombre que llevaba un traje NBQ azul claro y un soldado recorrió la hilera de soldados para repartir más trajes.

Mel cogió el suyo, aturdido.

—¿Y ahora qué? —le preguntó a Don.

—Limpieza —fue su respuesta. Dejó su arma en el suelo y comenzó a introducir las piernas por las perneras del traje—. Es solo por precaución. Ya han extraído el gas.

—No puedo.

—Tienes que hacerlo. Es tu deber. Es una tarea que no podemos delegar a los postergados. Vamos, hombre, ayúdame a cerrar esta maldita cosa.

Y así fue como transcurrió el resto del día para Mel, hasta que terminó su guardia alrededor de las ocho de la tarde.

Don lo acompañó a la ciudad de las tiendas de campaña y lo ayudó a encontrar su camastro y sus cosas. La cabeza de Mel parecía haber dejado de funcionar. Los camastros que rodeaban el suyo los ocupaban soldados que dormían, hombres y mujeres, la mayoría todavía con la ropa puesta y las botas en el suelo debajo de los camastros. Los oficiales se movían en silencio entre las filas de camas y pronunciaban palabras tranquilizadoras cuando algún soldado se agitaba.

Mel bebió un poco de agua, pero no tenía ganas de comer.

—No pasa nada —le dijo Don—. Duerme. Necesitas eso más que nada. Duerme. —Tenía una petaca y un vaso de plástico. Le echó un poco de líquido dorado en el vaso—. Bebe esto.

Mel le dio un sorbo. Estaba fuerte y tenía mucho sabor. Cuando tragó, sintió una especie de estallido en la parte de atrás de la cabeza.

—¡Vaya!

—Lo mejor de Alma. —Don sonrió de oreja a oreja—. Y va mezclado con algo, un polvo que nos han dado los médicos. Te ayudará a dormir.

—No quiero dormir. Es temprano todavía. Son las ocho...

—Es una orden —le dijo Don suavemente—. Venga, termínatelo, tumbate. Duerme ahora y los recuerdos no podrán formarse, y por la mañana no te sentirás tan mal. Ya sabes, el sentimiento de culpa.

Mel titubeó. Pero estaba tan exhausto que no podía discutir. Se sentó en su camastro y se sacó las pesadas botas. Le apestaban los pies, después de sudar todo el día dentro de las capas de calcetines. Se tumbó en la cama y se tapó con la manta.

—¿Dónde aprendimos estos procedimientos? Puede que fuera así como funcionaban los escuadrones de la muerte de los nazis.

—No tengo ni idea —respondió Don en tono grave—. Si no fue así, supongo que tuvimos que averiguarlo nosotros mismos.

—Holle... el *Arca*. No quiero perdérmelo.

—Te despertaré. —Don miró el techo de la tienda—. Holle y Kelly nunca sabrán lo afortunadas que han sido al haber podido escapar de todo esto.

—Que no se te olvide despertarme —susurró Mel.

—Te lo prometo. Ahora duerme.

Cuando Don despertó a Mel de madrugada, lo hizo con gritos y un olor a quemado de fondo.

Incluso dentro del recinto de la calle Buckskin reinaba el caos. Había tropas y civiles por todas partes. Patrick Groundwater miraba su reloj mientras corría y el abrigo le revoloteaba a su alrededor. Ya tendría que estar en el centro de control. La activación de la burbuja de deformación tendría lugar en solo unos minutos. O mejor dicho, en la órbita del lejano Júpiter; ya había o no había ocurrido, su única hija estaba de camino a las estrellas. O no. Y las noticias de ese increíble acontecimiento renqueaban a través del sistema solar a la velocidad de la luz, haciendo caso omiso al preocupado latido de un corazón humano. Miró hacia arriba, pero el cielo estaba lleno de nubes dispersas y columnas de humo que lo oscurecían todavía más. Si la luna eclipsada estaba ahí arriba, él no la podía ver.

Tenía cincuenta y nueve años. No podía correr más rápido. *Maldita sea, maldita sea.*

Cuando llegó al centro de control, el olor a quemado ya se acercaba amenazante y cerca también se oía el traqueteo de los disparos. Encontró tropas rodeando el edificio. Incluso en el apremio del momento, tuvo que enseñar una identificación y someterse a un examen de retina con destello láser. Mientras buscaba los papeles, una enorme sacudida, como la de unas alas gigantes, descendió sobre él desde arriba. Él se agachó y algunos de los soldados que lo rodeaban dieron un respingo y levantaron sus armas. Era un Chinook, quizá el último que volaba en el mundo, con sus rotores en tándem rugiendo sobre el maltrecho pueblo, y apuntaba los grisáceos haces de luz de sus focos hacia abajo para ayudar en las operaciones de tierra.

Cuando por fin Patrick Groundwater entró en el centro de control, Gordo Alonzo estaba dando un discurso. Estaba de pie sobre una mesa en la parte anterior de la sala, delante de las hileras de consolas con sus resplandecientes pantallas. A su espalda, un mapa del sistema solar brillaba con luz trémula y el oscuro descenso en picado de la órbita del *Arca* parecía el garabato de una firma. Thandie Jones estaba a su lado, enigmática.

Alonzo estaba hablando:

—En las generaciones futuras, en los largos siglos que transcurrirán en Tierra II, lo que hemos conseguido juntos aquí en este lugar, y en Gunnison y en Denver, será siempre recordado. Vosotros seréis recordados. Mirad, al pueblo le pusieron el nombre de Alma por la hija del tipo que llevaba la tienda de comestibles cuando la ciudad fue fundada en 1873. Pero el alma también es el espíritu, y eso es lo que habéis sido vosotros aquí: el espíritu de la misión más grandiosa de la historia de la humanidad...

Patrick escudriñó la sala con la mirada. Los técnicos seguían ocupándose de sus puestos y los datos aparecían en las pantallas en forma de números y de gráficos. Pero, a no ser que ocurriera un fallo catastrófico, no había nada más que esta gente pudiera hacer para influir en el destino de la nave, su formidable viaje de veintiún años luz al planeta de una estrella de la constelación del río. La nave o se había ido, o no. Miró de nuevo su reloj. Todavía no había confirmación alguna.

Edward Kenzie se acercó a él afanosamente. Incluso ahora iba de traje y corbata, aunque llevaba la camisa por fuera e iba despeinado.

—Patrick. Gracias a Dios que estás aquí.

—No podemos evitar que Gordo Alonzo dé discursos.

—Al menos consigue que esta gente mantenga la calma. Después de todo, si han ocurrido algún desastre ahí arriba, necesitamos conseguir que los técnicos se queden en sus puestos todo el tiempo que podamos.

—¿Y cuánto tiempo es eso?

—Mira —dijo Kenzie en tono grave y le entregó un ordenador de bolsillo.

La pantalla mostraba un mapa de la zona, en verde el armamento y el equipamiento militar y en rojo intenso el despliegue de fuerzas hostiles. Habían roto el cordón exterior por el norte y el sur a lo largo de la autopista 9 y por el oeste desde el cañón de Buckskin Gulch. La turba se aproximaba desde esos tres puntos y ya se estaba acercando al triángulo verde intenso que señalaba el recinto de la calle Buckskin y la brillante joya amarilla que era el centro de control.

—Mierda —exclamó Patrick—. Parecen organizados.

—Efectivamente. Según me han dicho, son agitadores continuistas. Alijos de armas y radios. Los militares habían dicho que era un error programar el lanzamiento durante el eclipse lunar. Y tenían razón.

Gordo había terminado su discurso. Con setenta y tres años, el hombre bajó de la mesa de un salto con una agilidad casi arrogante y los controladores aplaudieron. Pero el traqueteo de disparos que oyeron con claridad a través de las paredes del edificio ahogó esos aplausos. Seguido de Thandie Jones, Gordo se acercó a grandes zancadas a Patrick y a Edward.

—Chicos, ¿veis ese Chinook de ahí fuera? En eso saldremos de aquí.

Patrick se sintió extrañamente traicionado.

—Pero el proyecto no ha terminado todavía... ni siquiera sabemos qué ha pasado con la burbuja...

—Gordo, siempre pensé que tú serías el último en abandonar el barco.

—Eso es en la jodida Marina —respondió Gordo—. Y, de todas formas, hemos hecho lo que hemos podido. Hemos mantenido aquí en Alma la lámpara encendida para que esos muchachos no se adentraran solos en la oscuridad. Pero nuestro trabajo aquí ha terminado.

Y aquí estaba Thandie Jones al final de todo, pensó Patrick, al igual que lo había estado al principio, cuando se había dirigido al IPCC al ver que un desastre anterior se estaba desarrollando alrededor de Nueva York, cuando Holle la astronauta interestelar no había sido siquiera concebida.

—El presidente Peery ha ordenado que se mantenga la continuidad de la nación. Según la Ley de Sucesión Presidencial, el primero en la línea es el vicepresidente, después está el portavoz de la Cámara de Representantes, el presidente *pro tempore* del Senado y después miembros seleccionados del gabinete...

—Y por fin yo —dijo Gordo—, como gobernador de esta jodida fortificación. Peery nos quiere fuera, dispersados, a salvo.

—¿A salvo? —preguntó Kenzie con los ojos desorbitados—. ¿Dónde?

—En lo que tengamos a nuestra disposición.

—En nuestro caso, el acorazado *New Jersey* de la Marina de Estados Unidos —explicó Thandie Jones—, del que soy miembro informal de la tripulación. Y tengo órdenes de asegurarme de que Gordo mueve su culo hasta el barco.

—Y después, quizá, *Arca Dos*, que... —comenzó a decir Kenzie.

Se oyó un estruendo, como si una puerta enorme se cerrara de golpe. El edificio tembló y las pantallas se encendían y apagaban mientras del techo caían trozos de revoque. A través de los conductos del aire acondicionado empezó a entrar humo.

Los soldados formaron alrededor de Gordo.

—Es hora de irnos —anunció él—. Poneos detrás de mí. —Thandie Jones se quedó con él, y Edward Kenzie.

Patrick quería quedarse en el centro de control a esperar noticias del *Arca*, pero de todas formas las pantallas estaban empezando a fallar. Cedió cuando Edward lo agarró del brazo.

Los soldados formaron una uve y se abrieron camino entre la multitud. Abrieron las puertas principales a la fuerza y el humo salió con ellos cuando salieron afuera tambaleante. Por un momento Patrick se sintió abrumado por los gritos, los disparos, el aire lleno de humo y otro enorme estruendo que pareció sacudir el mismísimo suelo. Vio una fila de tropas a menos de cincuenta metros de donde él estaba, que intentaban mantener su posición ante la turba de postergados, quienes aullaban mientras lanzaban escombros y blandían centelleantes machetes.

Por encima de sus cabezas, suspendido en el aire, el Chinook esperaba. Un soldado de aviación colgó una escala de cuerda por una escotilla abierta. Dos soldados se acercaron corriendo y agarraron la base de la escala. A Patrick le latió con fuerza el corazón cuando reconoció a Don Meisel y a Mel Belbruno, el amante de su hija. Pero la expresión del demacrado rostro de Mel era dura y sus ojos estaban hundidos.

Ellos se abrieron paso a empujones hacia la escalera.

—Esto no va a ser glamuroso —gritó Thandie.

—Solo espero que esos gilipollas harapientos no tengan un misil tierra-aire.

Una mujer se separó del tumulto y se abalanzó sobre la escala. Era una chica joven, de no más de veinte o veintiún años. Iba vestida con harapos y llevaba a un bebé colgado del pecho en una especie de mochila portabebés. Don y Mel le impidieron el paso. Ella empezó a forcejear.

—¡Dejadme subir!

El bebé se movía nerviosamente y lloraba a gritos. Patrick se dio cuenta de que Don y Mel eran reacios a ocuparse de ella por miedo a hacerle daño al bebé.

Gordo dio un paso adelante con un cuchillo en la mano. Enérgicamente, cortó el arnés de la mochila, de un tirón le quitó el bebé a la mujer y lo lanzó a la turba. Al instante, la mujer dejó de forcejear y fue tras su hijo.

—Y veré el rostro de esa mujer en mi lecho de muerte —dijo Gordo y metió el cuchillo en una funda que llevaba dentro de la manga.

Don estaba concentrado en su trabajo. Le ofreció la escala a Gordo.

—Señor, hay cuatro sitios en el helicóptero. No podemos llevarlos a todos.

Thandie empujó a Gordo hacia delante.

—Suba, coronel. Recuerde que son órdenes.

—Y usted también —le espetó él y la agarró de la mano.

Edward Kenzie cogió a Patrick del brazo y tiró de él.

—Vamos, Patrick, llevamos en esto desde el principio. Sin nuestro dinero el *Arca* no se habría construido y son nuestros hijos los que llevan la nave. Nos lo deben.

Pero Patrick se soltó.

El helicóptero bajó en picado y dio sacudidas; un francotirador estaba determinando la distancia a la que estaba la aeronave y una bala rebotó con un silbido en el fuselaje.

—Señor, el pájaro alzaré su vuelo en un segundo.

Edward Kenzie estaba en la escala y le gritó a Patrick que seguía en tierra.

—Groundwater, ¿qué coño te pasa?

—Yo no, Edward. Tuvimos nuestro momento.

Y justo cuando el helicóptero subía, Patrick se lanzó hacia delante y empujó a Mel contra la escalera.

Mel se agarró a ella para no caerse e inmediatamente se lo llevaron y se elevó como un ángel. Patrick pudo ver que Mel se había quedado boquiabierto, con una expresión de asombro.

—Por Holle —dijo Patrick en tono grave.

Don Meisel simplemente se rió.

—Justo a tiempo, señor Groundwater.

Un soldado se volvió hacia Don, una mujer con expresión seria, por debajo del casco le asomaban unos pequeños rizos de pelo canoso.

—Señor, hemos perdido la posición. Algunos de nosotros vamos a intentar escaparnos a terrenos más altos.

Don asintió.

—No se separe de mí, señor —le dijo a Patrick.

—Pero no soy soldado, hijo.

Don le puso un AK-47 en las manos.

—Ahora sí.

El Chinook se había ido, su rugido se desvanecía en el cielo y sus luces eran una constelación moribunda. Y sobre la cabeza de Patrick, el cielo se estaba despejando para descubrir la luz del eclipse, roja como la sangre.

Cuando la Luna había entrado en la fase de totalidad, cuando la sombra de la Tierra atravesaba su cara por completo y aparecía ese color rojo sangre, Lily Brooke oyó los gritos ahogados que recorrieron la comunidad de balsas, el murmullo sobrecogido de la gente, los niños que exclamaban «¡Mirad eso!» en diferentes idiomas. Cuando al cielo se le despojó de la luz de la luna, aparecieron las otras estrellas, dominadas por Júpiter, el rey de los planetas.

Lily intentó imaginarse cómo sería mirar desde la Luna, ver la superficie del océano de la Tierra que brillaba bajo su luz, ilimitado de polo a polo salvo por algunas de las cumbres convertidas en islas que quedaban esparcidas aquí y allí con su moteado de balsas y botes e islas de basura; y a la gente que giraba la cabeza para ver el espectáculo en el cielo.

Se sentó con Nathan Lammockson en su pedacito de lona de plástico, rescatada del *Arca Tres* y extendida sobre el pegajoso suelo de algas de la balsa. Con una pila de mantas había intentado que Nahtan estuviera cómodo. En los últimos años, el hombre había estado sufriendo de artritis, debido a la humedad del mar.

Nathan, que se mecía suavemente, seguía hablando, como solía hacer, exponiendo su visión del futuro.

—La Tierra nos creó y después nos dio forma con amor severo. Esta nueva era acuosa, el Hidroceno, es simplemente otra fase de duro modelado de la que saldremos más listos y más fuertes que nunca. Somos los hijos del Hidroceno. Sí, me gusta... —Miró a su alrededor, como si buscara a alguien que escribiera esa frase por él—. Malditos monos, digo los niños, lo único que hacen es nadar... —Se le cerraban los ojos, como si estuviera quedando dormido mientras hablaba y se mecía con rigidez. Setenta y tres años de edad.

—Nathan, creo que deberías irte a la cama.

—Lo único que hacen es nadar...

Una luz brilló en el cielo. Lily miró hacia arriba y pensó que debía de ser el fin de la totalidad, cuando la brillante luz del sol salpicaba sin impedimentos una vez más la cara de la luna. Pero la luna seguía totalmente eclipsada, tan redonda y castaña como lo había estado antes.

Era Júpiter: Júpiter estaba destellando, seguía siendo un punto de luz, aunque mucho más brillante, lo suficiente como para proyectar sombras nítidas de origen puntual sobre las lustrosas algas del sustrato de la balsa. Pero la intensidad de esa luz fue disminuyendo, como si se fuera desvaneciendo con la distancia. Y enseguida Júpiter empezó a brillar en soledad como lo había hecho antes.

Había sido el *Arca*, pensó ella de inmediato. Había sido Grace. ¿Qué otra cosa podría haber sido?

Entonces, en el mismísimo borde de la Luna apareció una especie de esquirra blanca, montañas lunares que estallaban bajo la luz del sol. Lily se quedó rápidamente deslumbrada y Júpiter desapareció. Nunca lo sabría.

—Te traje aquí, ¿verdad? Te he mantenido con vida.

—Sí, Nathan. —Le puso una manta por los hombros, mientras él se mecía y mascullaba acerca de la evolución, del destino y de los niños; era un hombre al que la artritis doblaba de dolor—. Sí, fuiste tú.

Pero si había sido el *Arca*, pensó ella, quizá la tripulación había planeado el momento exacto de esa extraña salida, sabiendo que en la mayor parte del lado oscuro de la Tierra los ojos estarían pendientes del eclipse, del espectáculo en el cielo. Sería toda una proeza, una forma estupenda de decir adiós.

—Te mantuve con vida. Tenemos que adaptarnos. Los monos, digo los niños, tienen mucho que aprender...

**4**  
**2044-2052**

Septiembre 2044

Una hora antes del parlamento de Kelly, a Holle se le antojó intentar entrar en al cúpula. Tenía ganas de discutir con Venus el encuentro con Zane para el que se estaba preparando.

Pero Thomas Windrup, que estaba sentado en la esclusa de aire trabajando con su portátil en una especie de ejercicio para la reducción de datos, estaba ahora echado a perder por culpa de su nariz rota: el regalo que Jack Shaughnessy le había dado. Revisó un calendario de admisiones.

—Venga, por amor de Dios, déjame entrar —le pidió Holle—. Necesito unos minutos solamente.

—Tenemos trabajo que hacer aquí —le dijo Thomas con el marcado acento de Omaha que había mantenido durante sus años en la academia—. Y además está la adaptación a la oscuridad.

—¿Qué crees que voy a hacer, apuntarte a los ojos con una luz? Déjame entrar o desconectaré el suministro de agua de tu cafetera.

Venus se giró cuando oyó eso, sus ojos brillantes en la oscuridad. Por encima de su hombro, en la aislada oscuridad de la cúpula, Holle podía ver a Elle Strekalov y más allá de ellas dos un cielo plagado de estrellas.

—Eso no tiene nada de gracioso —dijo Venus—. Esa clase de poder es real en este cuchitril, Holle. Aunque Kelly Kenzie nos quiera hacer creer que todos somos una gran familia feliz. Venga, déjala entrar, Thomas.

El chico se echó a un lado con una sonrisa reticente.

Holle entró en la cúpula y se sentó en una silla giratoria al lado de Venus. Ahora que los cascos estaban girados hacia arriba, la gravedad era menos de la mitad que en la Tierra, cerca del morro del Seba. Todas las sillas en las que uno se sentaba eran dúctiles como plumas y esta burbuja transparente unida al flanco del Seba se había convertido en una cúpula asegurada de perfil a una pared vertical, separada en niveles horizontales con rejillas metálicas. Venus y su equipo trabajaban en estaciones equipadas con pantallas iluminadas con luz tenue y bombillas rojas para proteger sus ojos, adaptados ya a la oscuridad. Las dilatadas pupilas de Venus le daban un aspecto inquietante, como de estar drogada.

Holle miró más allá de la ventana curvada a la profunda oscuridad, a los nítidos e intensos campos estelares. Existía una distorsión aparente cuando pasaba la luz a través de la pared de la burbuja de deformación, por lo menos si se apartaba la vista del eje del movimiento de la burbuja, y las estrellas se parecían mucho a las que se

veían en el cielo de Colorado. Pero cuando sus ojos se adaptaron fue como si aparecieran más estrellas en la aterciopelada negrura, capa sobre capa de estrellas bajo la extensión dispersa de constelaciones con las que había estado familiarizada en la Tierra. Este magnífico panorama giró, todas las estrellas del universo orbitaban el *Arca* una vez cada treinta segundos.

Venus no le ofreció café. Siempre era una tacaña con el café. O quizá era un castigo por el comentario socarrón del suministro de agua.

—Bueno —dijo Venus por fin—, ¿qué novedades hay con respecto al tema de las tuberías?

—A la hora prevista y por debajo del presupuesto.

—¿Y cómo se las arreglan los hermanos ilegales?

—Los Shaughnessy lo llevan bien. Bueno, con las tareas más simples por lo menos: con los trastos grandes y con los que pueden enredar, como el sistema de generación de oxígeno y los armarios de recuperación de agua. Lo que no entienden muy bien son los flujos de los sistemas globales, o ni siquiera ven por qué tienen que entenderlo.

Venus dijo en tono displicente:

—Unos cabezabotes.

—Son más que eso. Al menos será mejor que así sea.

Venus asintió y miró a Holle con esos extraños ojos grandes.

—Te diré algo. No hay nadie en quien confíe más que en ti, Holle, para ocuparse de esos subsistemas, que son fundamentales. Eso podría ser importante cuando las cosas se pongan mucho más difíciles en el futuro.

A Holle no le gustaba esa forma de hablar apocalíptica que había oído en boca de Venus, de Wilson y de algunos de los otros miembros de la tripulación.

—Entonces asegurémonos de que no se pongan difíciles en absoluto.

—Sí. Entonces, ¿tienes ganas de intentar reconocer estrellas? ¿Me puedes decir en qué dirección vamos?

Esa no era una pregunta trivial. Holle se giró en la silla. Miró por la ventana y hacia arriba a lo largo del flanco del casco, una pared curvada y vertical cubierta de un material aislante y plagada de asideros, soportes para instrumentos y marcas de meteoritos. Y encima de ella, suspendido, vio el enorme anillo del acelerador de partículas del generador de propulsión por curvatura y más allá vislumbró el Havila, un cilindro en el morro apuntando hacia abajo, y el cable que unía los dos cascos, un hilo reluciente. Todo esto se podía distinguir gracias a la luz de las estrellas y a las luces de la nave. Los cascos giraban alrededor del punto medio del cable y su orientación en cualquier momento no tenía nada que ver con la dirección global del movimiento del *Arca*. Sin embargo, Holle sabía cómo orientarse.

—Hay que encontrar Orión... —Escudriñó el cielo y no tardó mucho en

encontrar la imponente silueta del cazador, con su característico cinturón de estrellas —. Y Eridani es la constelación que está a su derecha. —Su destino, una estrella de clase G, se encontraba en la constelación del río, todavía a más de diecinueve años luz de aquí.

—Muy bien —la felicitó Venus—. Supongo que nuestra formación en astronomía a simple vista está dando sus frutos... todos esos viajes de observación a las montañas. ¿Recuerdas que Magnus Howe solía gritarnos cuando nos aburríamos esperando a que se abriera un claro entre las nubes? Pero Magnus fue afortunado. Hubo un intervalo después de que el aire disipara la polución causada por los humanos y antes de que comenzara el clima creado por el océano global, con todas esas nubes y tormentas, en el que se pudo disfrutar del mejor avistamiento de estrellas desde la Edad de Piedra. El resultado fue una generación de astrónomos con una habilidad innata para la observación a simple vista. Grace Gray lo recuerda. Pero nosotros nacimos demasiado tarde para eso.

A Holle, para quien la física de la propulsión por curvatura nunca había sido su fuerte, siempre le había sorprendido un poco que el espacio exterior fuera visible desde dentro de la burbuja. Y lo era, aunque lo que se veía estaba distorsionado. Una burbuja de deformación era un mosaico de universos unidos por una capa espacio-tiempo fina, dinámica y muy deformada. Esa deformidad implicaba un campo gravitatorio fuerte y la gravedad podía curvar la trayectoria de un rayo de luz, que fue como se dio validez a la teoría de la relatividad de Einstein por primera vez, cuando se observó cómo la gravedad del Sol curvaba la luz de las estrellas durante un eclipse solar. Así que la burbuja de deformación actuaba como una lente que envolvía la nave, una lente gravitacional que desviaba la luz de las estrellas que inundaba el *Arca*.

Las distorsiones eran más fuertes delante y directamente detrás del movimiento de la nave. Delante, el espacio parecía contraerse alrededor del punto de destino, como si dobláramos una manta. Detrás, sin embargo, en dirección al Sol y a la Tierra, era otra historia, y más extraña aún. El Sol está situado en la constelación de Ofiuco, el portador de la serpiente, justo enfrente de Orión y Eridano en el cielo. Pero en esa dirección solo había oscuridad, un disco turbio y borroso rodeado de débiles estrellas. La nave simplemente corría más que los fotones que procedían del Sol y de sus planetas.

—Si pudiéramos ver el sistema solar... —dijo Holle.

—Imagina un disco del tamaño de la Luna como se ve desde la Tierra. Esa es la perspectiva en tu campo visual. Desde aquí, ese diminuto disco cubriría un volumen del espacio diez veces mayor que la órbita de Neptuno. Después de seis meses, hemos viajado aproximadamente un año luz y medio, eso es un tercio del trayecto hacia Alfa Centauri, si por casualidad nos dirigimos hacia ahí. Pero todavía estamos

dentro del sistema solar y empezamos ahora a acercarnos al límite exterior de la nube de Oort. —Una especie de concha ligeramente esférica de asteroides cubiertos de hielo y núcleos de cometas inertes, que siguen órbitas de millones de años sujetas a la gravitación del Sol, como la Tierra.

Cuando la burbuja de deformación envolvió por primera vez la nave, habían dejado atrás enormes miliarios, uno tras otro, a una velocidad asombrosa. Incluso después del tremendo impulso de la *Orión*, les había llevado todo un año llegar en punto muerto hasta Júpiter. Con la propulsión por curvatura, en solo unas horas habían pasado por las órbitas de los planetas más remotos y enseguida habían superado el arduo trayecto de décadas de duración de la *Voyager I*, el vehículo espacial que más lejos había llegado antes que el *Arca*.

Y era imposible imaginarse eso visto desde fuera; la nave y su tripulación y todos sus sueños, ambiciones y conflictos, serían invisibles casi por completo, y la burbuja solo una mota, más que microscópica, saliendo del sistema solar como una bala.

—Bueno —dijo Venus—, ¿ya has hablado con Zane?

—He estado esperando el momento oportuno. Puede que después del parlamento. Al menos eso lo tendrá apartado del trabajo un rato.

Venus hizo una mueca.

—Si yo fuera tú, esperarías un poco más antes de elegir a tu compañero de por vida. Es evidente que haber perdido a Mel es una herida que sigue abierta. Mira a ver si hay otra persona a bordo de la que te puedas enamorar.

—Ya he mirado —le dijo Holle con seriedad—. Créeme.

Venus se encogió de hombros.

—Por tu cuenta y riesgo.

Holle con frecuencia deseaba poder hablar con su padre sobre esto. O incluso con Mel. Pero nadie de la Tierra podía comunicarse con el *Arca*, no desde el instante en que habían empezado a ir a velocidad superlumínica. Puede que, pensó Holle, simplemente fuera mejor que ese disco de espacio curvado ocultara el Sol y la Tierra. Era como si todo lo que se había quedado atrás no hubiera existido nunca, como si en los mundos gemelos de los cascos estuviera toda la realidad.

Venus se salió de su asiento.

—Es hora del mentidero de Kelly. Vamos, quitémonos esto de encima para que podamos volver al trabajo de verdad.

Holle y Venus volvieron a atravesar la pequeña esclusa de aire que separaba la cúpula y el Seba. Salieron a una pasarela sujeta a la pared interna del casco, curvada y pintada de verde. Estaba arriba, cerca del morro, y Holle miró hacia el entramado de niveles, separaciones y equipamiento que había debajo de ella. La luz era intensa y provenía de una serie de lámparas de arco que durante el «día» de la nave, todavía sujeta a la hora de Alma, emitían algo parecido a la luz del sol. Era como estar dentro de un enorme edificio de planta abierta, pensó Holle, un poco como el Museo de Ciencias Naturales de Denver. Este era el mundo de Holle o la mitad de él. El punto más alejado que podía ver, la base curvada de la carcasa presurizada situada debajo de todos los niveles, estaba a solo unos cuarenta metros de distancia y cuando miró al otro lado del casco, a la pared opuesta, había una distancia de solo ocho o diez pasos moderados.

Hoy había gente por todas partes. Se oía un barullo constante de voces y de vez en cuando algún chillido de niño. La mayor parte de la tripulación había cruzado al Seba para escuchar el parlamento, aunque algunos se habían quedado en el Havila conforme a las normas de la nave. Este parlamento era especial, ya que se celebraba para señalar el final de los primeros seis meses a bordo en los cuales, después de haber desembalado el generador de curvatura de las bodegas gemelas de los cascos, la tripulación había comentado la reconfiguración del interior del casco.

Kelly iba a llevar a cabo su parlamento en el nivel octavo de los quince que tenía el casco, contando desde arriba, así que Holle y Venus bajaron por una telaraña de pasarelas y escaleras ligeras. Los cascos habían servido de hábitat espacial en gravedad cero durante su viaje a Júpiter y los años de su estancia allí; habían empaquetado todo lo que habían podido para quitarlo de en medio y el espacioso interior de los cascos se había dejado abierto para las maniobras ingravidas de la tripulación y también para jugar con el disco volador y practicar el sumo en microgravedad. Ahora el interior había sido remodelado para un viaje largo con gravedad estable. Los pisos se habían ensartado horizontalmente para proporcionar superficie útil y se habían levantado cubículos, lugares para trabajar, para dormir y para tener intimidad. El diseño era ingenioso y el equipamiento ya no era necesario después de que una fase de la misión se volviera a usar en la siguiente; por eso se habían construido pasarelas y escaleras en las paredes de los armazones de los asientos de aceleración. Los ingenieros sociales en sus oficinas de Denver y Gunnison habían basado su diseño del interior en la dinámica de los grupos de cazadores-recolectores, la estructura social más ancestral de los humanos, con un

«poblado» en cada nivel y un «clan» que unía cada casco. Los ingenieros sociales, por supuesto, no tenían que vivir aquí.

Las tonalidades de verde se hacían más intensas a medida que bajaban. Los cascos habían sido planificados para maximizar los estímulos visuales para la tripulación y en el Seba el concepto de diseño era que cada nivel representaba un tipo diferente de terreno de la Tierra. Los niveles inferiores, donde la gravedad efectiva era mayor, se suponía que eran los bosques tropicales y la pintura verde era más oscura allí; los niveles intermedios eran los bosques templados o praderas; y los niveles superiores, regiones montañosas, pintadas con los colores claros de los musgos y los líquenes. Había plantas de verdad acurrucadas en las paredes pintadas, seres vivos de la Tierra que crecían en tubos de metal soldados a las paredes, plantas y hierbas e incluso árboles enanos. Como artimaña para levantar la moral de la tripulación, ellos mismos tenían que cuidar de ellas. Y había funcionado; ni siquiera cuando una unidad de filtración se atascaba y apagaba los sistemas de reciclamiento durante veinticuatro horas y la tripulación tenía que racionar lo que les quedaba de agua potable, habían dejado morir a las pequeñas plantas.

Cuando llegaron al nivel octavo, Kelly estaba ya preparada para dar comienzo a su parlamento.

La comandante estaba sentada frente a la mesa que con frecuencia usaba como puesto de mando. Estaba flanqueada por aquellos candidatos a los que Gordo Alonzo había designado como oficiales superiores, como Wilson Argent y Mike Wetherbee, el médico.

Holle y Venus se sentaron en sus respectivos sitios y Holle miró a sus compañeros. Zane estaba cerca de la mesa de Kelly con mirada ausente en su rostro. Masayo Saito estaba sentado algo alejado del resto, más receloso. A Holle le dio la impresión de que Wilson había cambiado mucho desde que dejaron Júpiter. En primer lugar estaba ganando músculo; se suponía que todos tenían que hacer ejercicio para garantizar que la baja gravedad no causara a su fisiología daños a largo plazo, pero Wilson pasaba muchas horas corriendo en la cinta y en las máquinas musculación situadas en el nivel inferior del Seba, donde había mayor gravedad. Se rumoreaba que se estaba tirando a Kelly Kenzie, aunque Holle no tenía pruebas de ello y no veía nada raro en su lenguaje corporal.

Los demás se pusieron alrededor de la mesa o se sentaron en el suelo o en sillas, dándose empujones para poder ver. No había mucho espacio; los cubículos estaban atestados. Holle reconoció a Grace Gray acunando a una Helen dormida, que ahora tenía dos años y medio; la mata de rizos rubios de la niña brillaba bajo la falsa luz del sol. Joe Antoniadi estaba al lado de Sue Turco, la única chica ilegal, que se había quedado embarazada de Joe. Y ahí estaban Jack y Paul Shaughnessy, los hermanos

ilegales, uno al lado del otro. Holle vio que Jack llevaba su cinturón de herramientas con una especie de orgullo. Ella se sintió vagamente satisfecha; a lo mejor ya no echaba tanto de menos su arma.

Al ver a todo el mundo reunido, Holle se dio cuenta una vez más de lo jóvenes que eran todos: no había nadie que fuera mucho mayor que Grace, que tenía veintinueve años, y no había nadie que fuera mucho más joven que Theo Morell, que tenía diecinueve, aparte del puñado de niños que habían nacido durante el vuelo. Ni siquiera la irrupción de los ilegales y los intrusos había cambiado mucho ese equilibrio fundamental. A Holle le daba la impresión de que si un auténtico adulto entraba en ese preciso momento, alguien como Gordo Alonzo, todos deferirían al segundo. Pero Gordo no iba a hacerlo nunca más; estaban solos.

Kelly se subió a la mesa de un salto para que todo el mundo pudiera verla. En media constante de gravitación, fue un salto fácil.

—Bienvenidos —comenzó ella—. Sabéis por qué he convocado este parlamento. Este es un día especial. Hoy marcamos el final de la fase de inicio de nuestro viaje a Eridani 82 y esperemos que a Tierra II. Tenemos la nave lista y en funcionamiento y la burbuja de deformación está estable y nos lleva volando a las estrellas. Ahora podemos dejar muy atrás todo lo que ha ocurrido y mirar hacia delante.

»Y tenemos que pensar en la jerarquía de mando dentro de la nave.

»Mientras estábamos en la órbita de Júpiter teníamos a la cadena de mando de Gordo Alonzo y al ejecutivo del Proyecto Nimrod por encima de nosotros. Pero ahora no existe una cadena de mando superior fuera del *Arca*. Y debemos encontrar una nueva forma de llevar las cosas.

»Esto no es un barco de guerra; es nuestro hogar. Y por eso no creo que una jerarquía de mando tipo militar sea apropiado. Por eso me gustó el término «parlamento» que sugirió Grace para estas charlas con el consejo, que has basado, Grace, en cómo Nathan Lammockson dirigía el *Arca Tres*, ¿verdad? —Grace asintió—. Un parlamento es un lugar donde uno habla.

»En cuanto al liderazgo... bueno, necesitamos un líder, una guía para las decisiones y las discusiones. Antes de entrar en la burbuja, Gordo me nombró capitana del vuelo interestelar y fue un honor. Estoy orgullosa de ello. Pero no necesito y no debería tener la autoridad absoluta de un capitán de un barco en el mar. Propongo que os refiráis a mí como la portavoz; es decir, mi único privilegio real será ser la primera en hablar en estas charlas y que cada uno de vosotros, cuando hable, se dirija a mí. ¿De acuerdo?

Sin dar opción a que nadie respondiera, siguió:

—Además, en lo que se refiere a las leyes que rigen nuestras vidas, tenemos un manual, un reglamento preparado por los ingenieros sociales en Denver. Pero ellos no están aquí, ni tampoco están la mitad de los candidatos a los que se suponía iba

dirigido. Podemos usarlo como guía, pero propongo que en su lugar elaboremos lo que ya llamamos *Ley de la nave*. Las normas férreas de seguridad y mantenimiento de la nave y de sus sistemas, normas que todos aceptamos, podrían ser la base de un reglamento que surgirá a medida que lo necesitemos, basándonos en precedentes y caso por caso. Una ley que no necesitamos es una mala ley, en mi opinión. Elaborémoslo nosotros mismos. Podría decir que todas estas recomendaciones las he consultado antes con mis oficiales superiores aquí presentes; son propuestas colegiadas.

»Además...

Holle detectó un ligero cambio en la gente con ese segundo «además», los primeros signos de una paciencia forzada.

—Además; no quiero imponer ni que nadie imponga decisiones a la tripulación, a vosotros. La nave es demasiado pequeña para eso. Quiero gobernar por consenso. Ni siquiera por mayoría, porque siempre queda una minoría marginada. Quiero trabajar por unanimidad, si podemos llegar a ella. Si hay una discusión, trataremos el tema el tiempo que haga falta. Dios sabe que tenemos tiempo para hacerlo, de aquí a 82...

—Qué bien, podemos hablar, hablar, hablar durante todo el trayecto hacia las estrellas. Me puedo imaginar qué habría dicho mi padre al respecto —murmuró Theo Morell.

En un foro como este, Holle no se atrevió a nada más que a sonreír.

Se preguntó hasta cuándo durarían esas magníficas ideas. Mientras Kelly hablaba, Venus estaba sentada detrás de ella frente a la mesa, con rostro inexpresivo, y Wilson miraba fijamente a los allí presentes, desafiante, como un simio. Ella tenía la impresión de que Venus y Wilson y quizá otros estaban jugando a un largo juego en el cada vez más complejo ruedo político del *Arca*. Al haber crecido con esta gente, tan competitiva y talentosa, Holle sabía que era inevitable. Estos eran unos juegos que ella rehuía. Pero tenía la impresión de que fuera cual fuera la jerarquía de mando que crearan en los meses y años venideros tendría poco que ver con las visiones utópicas de Kelly.

Intentó centrarse en lo que Kelly estaba diciendo en ese momento.

Algunas partes parecían estar bien pensadas. Kelly había estado reflexionando sobre la naturaleza de la libertad en el entorno del *Arca*. La necesidad de mantener sistemas comunes esenciales llevaría a una tendencia natural a la centralización del poder. Pero en un espacio reducido como este uno no podía esconderse de la tiranía, no podía huir y, tan frágil era la nave que no se podría tolerar ninguna rebelión. Así que los mecanismos con los que normalmente se desafiaba a la tiranía en la Tierra no estaban disponibles aquí.

—Y eso podría seguir siendo verdad después de llegar a Tierra II —siguió Kelly—. Incluso allí estaremos viviendo en refugios sellados, por lo menos al principio;

dependeremos de sistemas compartidos incluso para el aire que respiramos. Lo que tenemos que buscar es una forma de garantizar el acatamiento de normas básicas para preservar la vida que siempre dominarán nuestras vidas, sin sucumbir a la tiranía. Es todo un nuevo experimento en asuntos humanos... nuestro experimento. Y la manera en la que llevemos esos asuntos ahora, si lo hacemos bien, podrá servir de modelo para generaciones futuras.

Dijo esto con una sonrisa y los brazos abiertos, ante lo cual la gente no reaccionó.

Y eso fue todo por parte de Kelly. Era una persona capaz, inteligente, que sabía expresar sus ideas, con carácter y, en ese sentido, una líder nata. Pero en todos los años que habían estado juntas, Holle siempre había sido consciente de la inmensa y preponderante ambición de Kelly sobre todas las cosas, una ambición que, como muchos ya sabían, la había llevado a dejar a su hijo en la Tierra. La gente no la entendía muy bien. Ahora, más que sentirse inspirados por su charla visionaria, lo que hacían era mirar para otro lado.

Empezó entonces el debate, las preguntas sobre la propiedad compartida y la crianza colectiva de los niños. Alguien sugirió tomar como modelo para su nueva sociedad los viejos *kibutz* de Israel. Kelly respondió de forma convincente. La atmósfera se parecía ya a la de la academia en los viejos tiempos cuando un tutor ponía un tema candente para que lo debatieran hasta la saciedad.

Los oficiales superiores de Kelly estaban sentados pacientemente frente a la mesa, mientras Venus miraba discretamente su reloj. Pero algunos de los que estaban al fondo comenzaban a escabullirse.

Cuando Zane se dio media vuelta y se fue, sin decir nada, Holle se disculpó con Kelly con un gesto de la mano y lo siguió. Porque el verdadero asunto del día estaba a punto de empezar. El corazón le latía deprisa.

Holle siguió a Zane hasta su pequeña y solitaria cabina. No estaba precisamente lejos.

Pareció sorprendido al verla y no la miró a los ojos. Pero no se opuso cuando ella le preguntó si podía entrar para hablar. Se puso más nerviosa cuando entró y se preguntó cómo iba a abordar el tema del que quería hablar.

Pero la distrajo su cabina. No era más que una caja con divisiones. Todo el mundo había personalizado su espacio de una forma u otra. La pequeña habitación de Holle tenía sus cosas personales, su ropa, las fotos de sus padres, su ángel. Y si tenían un hijo, como era el caso de Grace Gray, sería él el que espontáneamente haría de tu cabina un hogar. No había nada de esto en el espacio de Zane. Los muebles eran funcionales: solo una cama, un par de sillas, un armario. Tenía cosas del trabajo, un complejo terminal de trabajo y algunas preciadas copias impresas de manuales sobre la relatividad, la propulsión por curvatura e ingeniería espacial. Pero, aparte de las montañas de ropa en el suelo, eso era todo. En este lugar, Zane simplemente existía, más que vivía.

Holle se sentó en una silla; tuvo que apartar una pila de calcetines primero. Zane se sentó en el borde de la cama, con las manos entrelazadas sobre las rodillas. Al no saber de qué humor estaba y preocupada por el espacio en el que él vivía, Holle estaba cada vez menos segura de si lo que tenía planeado hacer era conveniente. Pero, abrumada por su propio nerviosismo y timidez, siguió adelante de todas formas.

—Aquí, Zane —dijo ella.

Él giró la cabeza hacia ella.

—He estado pensando. Mira, conoces la naturaleza de la misión: el diseño social. La tripulación fue elegida para que fuera lo más genéticamente diversa posible, para que cuando tengamos hijos, ellos puedan tener muchas posibilidades de evitar la endogamia. Esto nos lo machacaron bien en la academia. Pero eso significa que todos nosotros tenemos una obligación. Tenemos que convertirnos en padres. Es responsabilidad nuestra asegurar que todos nuestros genes se unen a la reserva de colonos de Tierra II.

—¿Y por qué me lo cuentas?

Ella se mordió el labio. ¿De verdad que tenía que deletreárselo? Ella empezó a sospechar que algo no iba bien aquí, algo que estaba más allá de su propio nerviosismo. Pero ella continuó.

—Zane, has visto que se han estado formando parejas, sobre todo desde Júpiter. Se rumorea que Kelly y Wilson están juntos ahora.

Él frunció de nuevo el ceño.

—Wilson. El ingeniero de sistemas externos.

—Sí —dijo ella, confusa por su respuesta—. Ese Wilson, Wilson Argent, que creció con... La verdad es, Zane, que dejé a Mel en la Tierra. Bueno, ya lo sabes. No me veo enamorándome de alguien en esta chatarra. Y, sinceramente, tampoco te veo a ti formando pareja con nadie.

Pareció desconcertado.

Holle sintió preocupación y un ataque de afecto. Se acercó a él, se arrodilló y le cogió las manos.

—Zane, puede que no seamos almas gemelas. Pero nos conocemos desde hace mucho tiempo, casi toda una vida. Hemos trabajado juntos en un mismo objetivo. Y siempre nos hemos apoyado mutuamente. Recuerdo que mi primer día en la academia me esperaste y te metiste en un lío por culpa de eso. Me preguntaba si... quiero decir, no ahora, no hasta que llegemos a Tierra II. Pero creo que deberíamos pensar en tener hijos. Tú y yo. Allí. ¿Qué me dices?

Zane levantó la cabeza y por primera vez la miró directamente a los ojos.

—¿Crees en la burbuja de deformación?

Ella se sentó sobre sus talones.

—¿Cómo dices?

—¿Crees en ella? —Miró a su terminal, soltó una carcajada y comenzó a hablar rápidamente—. Quiero decir, he estudiado la teoría. ¡Pero es imposible! Para que funcionara tendrían que infringirse unos principios físicos básicos. Aparte de los temas evidentes de la casualidad y la rotura de las condiciones energéticas débiles, fuertes y dominantes, el tensor energía-esfuerzo en el vacío de un campo escalar cuantificado en el espacio-tiempo de Alcubierre diverge si la nave excede la velocidad de la luz. ¡Diverge! Eso llevaría a la formación de un horizonte que, que... —Su voz se quebró y dejó de hablar, como si se hubiera agotado—. Puedo mostrarte la matemática.

—¿Zane? No entiendo lo que estás diciendo. La burbuja funciona... estamos volando. Trabajaste en las soluciones del diseño con Liu Zheng y los demás, que fue lo que nos ha traído hasta aquí... —Holle lo había estado cogiendo de las manos y las mangas del mono de Zane se le habían subido, dejando al descubierto una serie de marcas en la piel de cada antebrazo; eran pequeñas cruces. Ella las tocó con cautela. Algunas tenían costra y otras estaban más lívidas. Parecía como si hubiera estado clavando la punta de un destornillador de estrella.

—No puedo tener hijos contigo. —Soltó una carcajada, pero era un sonido horrible, hueco.

Ella levantó la mirada.

—¿Por qué no?

—Estoy sucio. Deberías saberlo.

—¿Sucio?

—Está todo en el diario. —Soltó sus manos y empezó a teclear en su terminal. Apareció una especie de diario, texto y vídeos cortos del busto parlante de Zane.

—Él lo cuenta todo aquí.

—¿Quién?

—Zane. Dice que se va a suicidar en algunos de estos vídeos. Son como notas de suicidio.

—Él... Zane, ese eres tú. ¿Por eso te haces daño?

—¿Qué quieres decir?

Ella le agarró el brazo derecho, lo giró con firmeza y señaló las marcas de destornillador.

—Aquí y aquí.

Él se encogió de hombros.

—No recuerdo haberlo hecho. Supongo que no estaba aquí.

—¿Dónde estabas, entonces?

—Estoy fingiendo, ¿sabes? —dijo él bruscamente. Se rió de nuevo—. Es la verdad. —La miró fijamente—. No sé quién eres. Ninguno de vosotros. Os oigo hablar y apunto vuestros nombres y busco vuestros apellidos y demás en el sistema. Hago anotaciones e intento recordar. Ha sido así desde Júpiter.

Ella lo miró fijamente.

—¿Qué recuerdas, entonces?

—Desperté —respondió él.

Las palabras le salían ahora atropelladamente. Estaba claro que no había hablado de esto con nadie más.

—Llevaba puesto el traje presurizado. Estaba flotando en el espacio. Me rodeaba el generador de propulsión por curvatura, el colisionador. Él estaba conmigo.

—¿Quién?

—El ingeniero de sistemas externos.

—¿Wilson?

—Sí. Me rodeaba un resplandor, un efecto visual, las estrellas. Wilson me agarró y empezó a darme palmaditas en la espalda. Con unas grandes manos enguantadas. Me dijo que lo habíamos conseguido, que lo había conseguido.

Holle se acordaba de eso. Había observado aquella escena desde el Seba el trece de marzo de 2044, el día en el que el generador había sido activado por primera vez.

—No sabía qué había conseguido —susurró el chico.

—Zane, conseguiste poner en funcionamiento la burbuja. Para eso era para lo que habías estado trabajando.

—Wilson me llevó con él a inspeccionar el toro del colisionador. Yo lo seguí. Cuando regresé, todo el mundo sonreía y asentía y me estrechaba la mano, y yo les

devolvía la sonrisa y asentía también. Ni siquiera sabía cómo se llamaban. Cuando tuve un terminal delante, busqué la teoría de la relatividad. Lo entendí. Es tan elemental. Y estudié el generador de propulsión por curvatura, como lo llaman. ¡No puede funcionar!

—¿No recuerdas nada de lo que ocurrió antes del día de la propulsión?

—Tengo lagunas.

—¿Lagunas?

—Algunas veces desde entonces que no recuerdo. Es como si me acabara de despertar. —Se frotó la cara—. Pero no estoy durmiendo mucho.

Ella sonrió y retrocedió. Tenía que hablar con Mike Wetherbee. Tenía que contarle que el único ingeniero en propulsión por curvatura podría ser esquizofrénico. Y adiós a tener hijos con él.

—Espérame aquí, Zane. ¿Me lo prometes? Tenemos que seguir hablando.

Lo dejó sentado en la cama, se dio la vuelta y se fue corriendo.

Diciembre 2046

A Holle la despertó un suave susurró que salía de su gorro de comunicaciones, que tenía en un mueble bajo que estaba al lado de la cama. Los sistemas internos del traje espacial habían sido adaptados por la tripulación de mayor rango como canal clandestino de comunicación para tiempos de crisis. En la oscuridad, cogió el equipo y lo colocó sobre la almohada.

—Groundwater.

—¿Holle? Wilson. Necesitamos ayuda por aquí.

—¿En el Havila? —Estaba medio dormida; no podía pensar con claridad—.  
Luces. —Un tenue resplandor llenó la habitación y Holle miró a su reloj. Eran las cuatro de la mañana; todavía no había amanecido ni en el Seba ni en el Havila, en ninguno de los cascos gemelos del *Arca*. Se apoyó en el codo—. Cuenta, Wilson. ¿Qué ocurre?

—Hemos perdido a una niña.

—¿Una niña?

—Meg Robles.

De cuatro años, casi cinco, Meg era uno de los primeros bebés nacidos en la nave. Su madre, Cora Robles, subió a la nave ya embarazada.

—Wilson, ¿cómo se pierde a un niño?... Olvídalo.

—Estamos buscando. Pero la niña es solo parte de mi problema.

Holle se dio cuenta de que había dicho «Mi problema». Puede que fuera la pareja de Kelly, pero Wilson trataba a todo el Havila como si fuera su feudo personal.

—¿La madre?

—Theo no puede sacarla de HeadSpace y tiene miedo a su reacción si lo desconecta.

—Y me llamas a mí porque...

—Necesito tu intuición femenina, Holle.

—Venga ya, Wilson. —Pero él sabía que ella no iba a rechazar una petición de ayuda; nunca lo hacía—. Está bien. Dame unos minutos.

—Corto.

Vestida con su mono para dormir, salió a trompicones de su cabina a la tenue luz nocturna del Seba en dirección al cubículo que hacía de baño comunal que estaba en ese nivel. No había nadie en ninguno de los niveles superiores o inferiores. Tomó

nota mentalmente de verificar que quien tenía que estar de guardia esa noche no estuviera durmiendo o en una cabina HeadSpace. Cuando el casco estaba así de vacío parecía más grande, más imponente, de algún modo casi como una iglesia. Uno era más consciente de los sonidos, de los olores, del hedor a electricidad y a metal que no dejaban que te olvidaras de que estabas en las entrañas de una enorme máquina... y del persistente tufo a viciado, a alcantarilla, característico de una convivencia de unas treinta personas dentro de aquel tanque durante ya casi cinco años, desde el lanzamiento en Gunnison.

El baño formaba parte de una estructura de columnas que cruzaba el casco longitudinalmente de un extremo a otro; los lavabos, las duchas y los inodoros de cada nivel estaban conectados a un sistema común de agua y desagüe. Usó el retrete y se lavó la cara. Le producía satisfacción sentir que sus sistemas funcionaban correctamente, el frescor del agua fría en su rostro y el zumbido constante de las bombas, los ventiladores y los filtros. Esto era a lo que ella se dedicaba, ella y sus aprendices, y en realidad no le importaba que entre todo el politiqueo, riñas y las crisis diarias nadie pareciera darse cuenta.

Cuando volvió a su cabina, se puso su ropa interior, su mono y sus botas.

Y entonces subió por la serie de escaleras de acero que llevaban al morro del casco y a la esclusa para el tránsito hacia el Havila a lo largo del cable que unía los dos cascos. Las cámaras montadas en la pared giraron y siguieron sus pasos con indiferencia. No había cambiado la combinación original de tonos verde natural, aunque después de cinco años la pintura estaba desconchada y descascarillada. Y no había indicios en particular de la próxima celebración de los mil días. Kelly, siguiendo la iniciativa de Gordo Alonzo, tenía ganas de organizar celebraciones con cualquier excusa: el aniversario de una misión, un cumpleaños. Dada la escasez de materiales básicos como el papel y la tela, las tendencias artísticas de la tripulación se expresaban de formas más efímeras: poesía ora, música, baile. Cuando llegara el día de la celebración, el milésimo desde el lanzamiento por curvatura desde Júpiter, en el casco y por poco tiempo tendría lugar un festival. Pero por ahora los esfuerzos artísticos de la tripulación dormían con ellos dentro de sus cabezas.

En el morro del casco, Holle se quitó sus botas, se colocó su gorro de comunicaciones y se metió en uno de los tres trajes de tránsito que había allí, colgados de la pared como crisálidas. Se cerraba con facilidad, las juntas y los cierres estaban bien lubricados, pero olía a pedo rancio. Llevó a cabo una verificación básica de la integridad del traje. Después entró en la esclusa de aire del morro y esperó a que las bombas vaciaran del preciado aire la pequeña cámara.

Estos trajes presurizados modificados eran obra de Wilson, que se había impacientado al ver el tiempo que tardaba la tripulación en pasar de un casco a otro. La modificación más importante estaba en el tipo de aire contenido en el traje, que

era una mezcla de oxígeno y nitrógeno de más o menos la misma presión que la que había dentro de los cascos. Esta presión más alta hacía que el traje fuera rígido y casi imposible moverse en él, pero eso no importaba si lo único que tenías que llevar a cabo era este simple transbordo. Y lo que era más importante: esta presión más alta eliminaba las horas que tenían que pasar respirando oxígeno puro antes de una EVA completa.

Se abrió la escotilla y Holle se impulsó hacia fuera, hacia el espacio. Enseguida se encontró de pie encima del morro del casco. Bajo sus pies, sintió la mullida capa aislante, gastada tras años en el espacio, plagada de marcas de micrometeoritos, chamuscada por la radiación solar y manchada de un amarillo pálido debido a los compuestos sulfúreos emitidos por Ío. Pero la bandera norteamericana seguía brillando bajo las luces de la nave y desde donde ella estaba podía ver la E, la S y la T de las palabras «ESTADOS UNIDOS» pintadas en negro a lo largo del flanco del casco; era la identidad de una nación anegada mostrada a las estrellas.

Se enganchó al cabestrante y comenzó a ascender hacia el anillo del acelerador. Y a medida que subía la gravedad iba disminuyendo. A diferencia de algunos miembros de la tripulación, a Holle no le preocupaba el tránsito en sí mismo o las extrañas sensaciones que sentía cuando la gravedad pasaba a ser cero y cuando volteaba pasado el punto medio para comenzar su descenso al Havila. Pero lo que siempre le desconcertaba era ver algo tan poco natural como las enormes moles de ingeniería suspendidas en el cielo; su parte animal estaba convencida de que todo eso iba a venirse abajo.

Solo minutos después de dejar el Seba, sus pies descendían hacia el morro del Havila.

—Bienvenida a bordo —murmuró Wilson a través de los enlaces de comunicación—. Estoy en el nivel seis.

—Recibido. Te buscaré.

En Havila había movimiento. Era el fin de otra noche de la nave, pero las luces eran igual de tenues que en el Seba. La rutina que habían ordenado en tierra de tener los dos cascos en diferentes ciclos día-noche para que estuviera siempre la mitad de la tripulación despierta y en funcionamiento, pronto se había abandonado debido a las tensiones que causaba entre los dos grupos en diferentes estados de vigilia. Incluso había habido una pequeña disputa por cuál de los cascos debería tener el honor de estar sujeto a la hora de Alma y cuál tendría una desincronización de ocho horas. Ahora ambos cascos seguían el mismo ciclo de reloj, ambos sometidos a la hora de Alma, con una lista de turnos para una pequeña guardia nocturna en cada casco. Sin embargo, el ambiente de este casco era notablemente diferente. La pintura, de diseño urbano en contraste con los colores naturales del Seba, que los ingenieros sociales habían elegido, había sido meticulosamente raspada y dejaba al descubierto las texturas sin tratar de las superficies artificiales que estaban debajo: el plástico, el metal, el cristal. Incluso las rejillas metálicas de los niveles estaban desnudas. Los habitantes del Havila como grupo habían optado por esto como una especie de gesto artístico: preferían vivir con la fría realidad mecánica de su entorno en vez de enmascararla con colores de un planeta que ninguno de ellos volvería a ver. Holle era ingeniera y podía apreciar la belleza austera del resultado.

Pero algunas superficies estaban llenas de ilustraciones, representadas con preciosas manchas de pintura, cera y lápiz. En el quinto nivel, Holle se detuvo delante de un cuadro de una especie de casa llena de luz, rodeada de un cielo oscuro y amenazante... y con un golpe en la puerta representado por unos arcos de pintura amarilla. El cuadro estaba firmado: HALIV. CÍRCULO DEL SUEÑO 4.

—Chis.

El susurro venía de debajo de sus pies. Miró a través del suelo de rejilla y vio a Wilson en el nivel de abajo, vestido con un pantalón y una camiseta sin mangas que hacía resaltar su musculoso torso.

—¿Te gustan las ilustraciones?

—No mucho. Están bastante bien hechas, pero el tema está claro, ¿verdad?

Este era uno de los sueños, o pesadillas, más habituales entre la tripulación. Aquí eran los últimos humanos vivos (posiblemente), volando por el espacio en estos cascos de metal: ¿y si oían un golpe en la pared?

—No me gustan estos malditos círculos del sueño —gruñó Wilson—. Lo único que hacen es reciclar porquería morbosa como esta. Se alimenta de la basura mental de cada uno.

—A lo mejor. Pero algunos días no hay nada que hacer, solo limpiar las paredes, Wilson. La gente necesita alguna clase de estímulo que venga de fuera de sus propias cabezas.

Wilson no estaba convencido.

—Es otra jodida moda pasajera. Los círculos solo empezaron a ser populares cuando empezamos a racionar el acceso a las cabinas de HeadSpace. Y hablando de HeadSpace...

—Vamos a ver a Theo.

—Sí.

Holle bajó con Wilson algunos niveles más. Atravesaron un grupo de cabinas que eran ligeramente diferentes a las del Seba: la tripulación se entretenía con los tabiques y el lugar cambiaba gradualmente para adaptarse al gusto de cada uno.

—Por lo que veo no habéis encontrado todavía a la pequeña Meg.

—No. He pedido a los que hacían la guardia nocturna que se pusieran a buscarla y cuando todo el mundo esté despierto empezaremos a registrar todo de arriba abajo. A lo mejor tengo que desmontar la maldita nave para hacerlo.

—Estos niños están creciendo aquí. Supongo que conocen estos cascos mucho mejor que cualquiera de nosotros.

—Sí. Pobres bastardos. Buenos días, Theo.

Theo Morell los estaba esperando fuera de un pequeño compartimento, la cabina HeadSpace del nivel decimoprimerero. Estaba apoyado contra una pared, con los brazos cruzados y un ordenador de bolsillo colgando de la cintura.

—Veo que has traído refuerzos.

—Pensé que sería más seguro tener aquí a una mujer, en caso de que Cora empiece otra vez.

—Ah, sí, lo hará —dijo Theo sin darle importancia—. Siempre lo hace.

Wilson le echó un vistazo a la cabina, sobre cuya puerta brillaba una luz roja.

—¿Está ella dentro ahora?

—Sí. Lleva ahí toda la noche. Está sola. Ni siquiera se lleva a su niña. ¿Quieres verlo?

Theo levantó su ordenador de bolsillo y pulsó un botón.

Se encendió una pantalla de la pared y en ella apareció una niña jugando en un patio iluminado por la luz del sol. Estaba delante de un apartamento con vistas a un mar brillante. Las borrosas figuras de unos avatares compartían el espacio con ella. El patio era amplio, el mar una reluciente llanura que se extendía hasta un nítido horizonte con un cielo azul.

La premisa básica de la escena era evidente: se trataba de espacio, de sitio para correr y jugar, sola y sin la presión de gente a tu alrededor, libre de la responsabilidad

del adulto. Un sello con la palabra «copyright», del año 2018, decía que el escenario, inspirado en Sorrento, Italia, había sido concebido como espacio personal por Maria Sullivan, una usuaria de HeadSpace de Manchester, Gran Bretaña, y donado por la corporación al Proyecto Nimrod. Holle se preguntó qué habría sido de Maria Sullivan.

—Así que la niña es Cora.

—Así es. Mira, he intentado sacarla de ahí. He intentado todas las tácticas que me recomendaste, Wilson. Como hacer tratos con ella, darle otra media hora más y ya está. Nada funciona, no con ella. Créeme, llamarte ha sido el último recurso.

—No quiero oír excusas —le dijo Wilson—. Desconéctalo y punto.

Theo levantó su ordenador y apoyó su pulgar sobre una tecla.

—¿Listos?

—Hazlo.

Theo apretó el pulgar y se apartó. La luz de encima de la puerta de la cabina cambió de rojo a verde.

Casi al instante la puerta de la cabina se abrió de golpe. Cora Robles salió tambaleante mientras se quitaba el casco sensorial. Llevaba un mono negro y guantes con gruesas almohadillas en las yemas de los dedos que estimulaban el sentido del tacto. Arrastraba con ella un cable gordo que alía de la cabina. Miró enfurecida a Theo.

—¿Lo has desconectado? ¡No había terminado!

Él retrocedió.

—Cora, mira, te lo he pedido muchas veces.

—Dame esa consola.

—No, Cora.

—¡No me provoques, gilipollas!

Y se echó encima de Theo con los puños en alto.

Holle se lanzó hacia delante y se puso entre Cora y Theo. Se llevó unos cuantos puñetazos en el pecho, pero pudo rodear con sus brazos el torso de la mujer, que se sacudía intentando abalanzarse sobre Theo. A pesar de su ira, estaba débil y no fue difícil contenerla. El mono era lo suficientemente ajustado como para que Holle notara lo delgada que estaba: se le marcaban los huesos, los omóplatos, las caderas. O se había estado saltando las comidas o había estado cambiando alimentos por crédito en HeadSpace. Wilson tiró del cable de datos que conectaba a Cora con la cabina, separando a esta de Holle. Cora resbaló y cayó de espaldas al suelo de rejilla. Se quedó allí, jadeando con fuerza y con el rostro crispado.

Holle se quedó estupefacta al ver el estado en el que se encontraba su compañera y se sintió culpable al no haberse dado cuenta antes. Había crecido con esa mujer. Cora siempre había sido hermosa, brillante, coqueta, un torbellino. A lo mejor toda

esa energía se había convertido en introspección en los confines del *Arca*.

Holle se arrodilló a su lado.

—Siento que haya tenido que ser así, Cora. Tenías que salir de ahí. Tu pequeña se ha perdido.

Como Cora había dejado al padre de Meg en la Tierra, era ella ahora la responsable de cuidarla.

—Ya lo sabe. Le enviamos la información a la cabina. No cambió nada. Le importa más su fantasía HeadSpace que su propia hija.

—Y ya no le quedan créditos —añadió Theo mirándola con una sonrisa.

A Wilson no le convencía su actitud.

—¿De qué te ríes? Tú eres el encargado de este jodido sistema, intruso. Deberías hacerte cargo de esta clase de problemas.

Theo levantó las manos.

—La última vez que intenté sacar a Cora de ahí me acusó de agresión sexual. No voy a arriesgarme otra vez. Es una candidata, después de todo, es uno de los vuestros. Al menos quiero testigos.

Una vez que estuvo claro que sería necesario racionar el acceso a las cabinas HeadSpace, había sido idea de Holle darle a Theo la responsabilidad de llevar el sistema de racionamiento. Lo hacía de forma bastante competente, con un sistema de créditos disponible en las zonas públicas del archivo del *Arca*. Pero el chico era condenadamente fanfarrón y quizá había algo de verdad en los rumores que decían que había estado cambiando créditos de HeadSpace por otras cosas, que se estaba convirtiendo en una especie de camello para adictos como Cora. Holle no había querido creerlo. A ella le parecía que Theo había madurado mucho desde el lanzamiento, aunque solo tenía veintiún años. Pero no todo ese hacerse mayor había sido positivo.

Ella se apartó y rodeó a Cora con el brazo.

—Vamos. Ponte de pie que te quitemos ese estúpido traje. Creo que te vendría bien beber y comer algo y dormir, no necesariamente en ese orden. Y después nos vas a tener que ayudar a averiguar dónde puede estar Meg... —Y la sacó de allí.

Wilson se fue echando chispas, no sin antes fulminar a Theo con la mirada.

De vuelta en el Seba, Kelly había comenzado su día frente a su mesa en el nivel ocho con su habitual ciclo de reuniones escalonadas. Holle apareció por allí para informar de lo que estaba pasando en Havila con Meg. Se sentó delante de una mesa con un café, a sabiendas de que tendría que esperar su turno para hablar.

Kelly tenía aspecto cansado y parecía no haber dormido. Como el festival de los mil días obligaba a todas las facciones y rivales del *Arca* a unirse para cooperar en un solo evento, Kelly y sus oficiales superiores estaban sufriendo más pena que gloria. Pero en ese momento Kelly y Masayo Saito escuchaban a Elle Strekalov quejarse de las nuevas normas de procreación que Kelly había propuesto.

Una madre pasó con su hija, que no había cumplido todavía los dos años. Kelly la señaló solemnemente.

—¡Mirad eso! Sue Turco con la mocosa que ha tenido con Joe Antoniadi... ¿cómo la llaman? ¿Steel? Y se rumorea que ya viene otro en camino. Conoces la regla básica: no deberíamos parir hasta llegar a Tierra II. Solo quedan otros cuatro o cinco años. Los únicos niños de esta nave deberían ser los que subieron a bordo dentro del útero, como la pequeña Helen Gray. Pero ha habido un goteo constante de embarazos. La gente tiene bebés porque quieren tenerlos.

—El doctor Wetherbee dice que la procreación es una reacción natural después de un trauma —dijo Masayo—, como por ejemplo después de una guerra, que es cuando sube el índice de natalidad. La inundación, todo el proceso de lanzamiento, el hecho de que hayamos roto con todo lo que conocíamos... no cabe duda de que eso ha sido bastante traumático.

—O que simplemente se aburren —sugirió Holle.

—Sea cual sea el motivo, esa no es la política, eso no es lo que dice el reglamento de máxima diversidad genética de los ingenieros sociales, eso no es lo que dice la *Ley de la nave*. —Kelly enfatizó sus palabras con un golpe sobre la mesa con la mano abierta.

Elle Strekalov la interrumpió, impaciente.

—Pero eso no tiene nada que ver con mis problemas. Son los rumores de someter a votación lo del segundo hijo lo que me está causando problemas.

Holle, que no sabía de qué iba la conversación, le preguntó:

—¿Qué ocurre, Elle?

La mujer le sonrió, parecía cansada.

—Es Jack Shaughnessy. Con esta nueva política de Kelly, tengo a Jack husmeando de nuevo. Pero eso es lo que dice Thomas. No voy a tener nada con Jack.

No lo tuve antes ni lo tendré ahora. Pero Thomas no se lo cree. Piensa que la política de Kelly le abrirá las puertas a Jack.

Kelly negó con la cabeza.

—No es mi política. Ahora mismo es solo una recomendación del grupo de trabajo al que pedí que consideraran el problema. Mira, aquí tenemos dos obligaciones que están en conflicto: tenemos que intentar garantizar la máxima diversidad genética en la próxima generación, pero al mismo tiempo y gracias a la presencia de intrusos e ilegales tenemos un desequilibrio de sexos en el *Arca*...

Había más hombres que mujeres. Las tres parejas homosexuales, dos de hombres y una de mujeres, aligeraban, ligeramente la carga, aunque había otro problema: se esperaba que los homosexuales también contribuyeran al acervo génico en la próxima generación; los ingenieros sociales al menos habían dejado unas pautas sobre cómo se debería tratar este tema. Pero estas pautas no ayudaban con el tema básico del desequilibrio.

—Tengo derecho a elegir quién va a ser mi pareja para toda la vida —dijo Elle con vehemencia.

—Sí, así es —respondió Kelly pacientemente—, pero el exceso de hombres también tiene derechos. Y nosotros como grupo tenemos la obligación de garantizar un acervo génico futuro tan amplio como sea posible.

—¿Entonces tengo que abrirme de piernas a los ilegales?

Holle soltó una carcajada.

—Bonita forma de expresarlo.

—La inseminación artificial es posible —le dijo Kelly a Elle—. No tendrías que acostarte con nadie.

—A veces no me puedo creer que tengamos estas conversaciones —dijo Masayo con suavidad.

—Pero seguiría teniendo el mocosito de un ilegal en mi vientre. Sin duda así es como lo verá Thomas.

—Tenemos siempre el mismo problema, Elle —dijo Kelly con una paciencia crispada—, lo sabes. Tu derecho a controlar tu propio cuerpo entra en conflicto con los derechos y responsabilidades del grupo en conjunto. La propuesta es que cada mujer deberá elegir un segundo compañero de entre los hombres participantes, que cada una de nosotras tengamos hijos con más de un hombre. Si no puedes elegir, se someterá a votación...

Elle resopló.

—Amañada como todas las votaciones que han tenido lugar en este carcamán desde el día del lanzamiento.

—No habrá amaño alguno. Todos tendremos que enfrentarnos a esto, Elle. Todas las mujeres, todos los hombres si vamos a eso. Tendremos que diferenciar entre las

parejas sentimentales y las parejas reproductivas. Lo primero depende totalmente de vosotros y la misión no tiene por qué interferir en ello, pero para lo segundo se necesita la orientación de la tripulación en su totalidad, para cumplir con una obligación de mayor envergadura. Es la única forma de que una tripulación tan reducida como la nuestra pueda mantener una diversidad genética. Nos encontramos en una situación única que...

—Venga, ya estoy harta de todo esto. —Elle se puso de pie y tiró su silla, que cayó lánguidamente en la semigravedad—. Siempre me vienes con esta gilipollez de la ética suprema, Kelly. Nunca te centras en el ser humano que tienes delante de ti. Bueno, voy a hablar con Venus en la cúpula. No va a dejar que sigas adelante con esto. Y puede que haga algo para separar a Thomas y a Jack antes de que se maten.

Y se fue con paso airado.

Kelly suspiró y le dio un sorbo al agua de un vaso con tapa.

—Por Dios.

—Hablaré con Jack Shaughnessy —le dijo Holle—. Discretamente. Intentaré asegurarme de que mantiene las distancias con Elle.

—No he visto indicios de que siga detrás de ella. Esa pelea con Thomas parece haber convencido a Jack de que Elle quiere quedarse donde está. Todo esto puede que sea solo una paranoia de Thomas. Ten cuidado, Holle, si dices algo que no debes podrías empeorar las cosas.

—Vamos a tener esta clase de problemas más de una vez —comentó Masayo.

—Lo sé —respondió Kelly—. Hasta que llegemos a Tierra II. Pero ¿qué más podemos hacer? Esta es la naturaleza de la misión. No habría sido ni la mitad de difícil si la tripulación la formara la dotación de candidatos, como debía haber sido, con un equilibrio de sexos aprobado y formación en los temas que tenemos que resolver.

Masayo puso los ojos en blanco.

—¿Y qué me dices de la niña desaparecida en el Havila?

—Wilson dijo que llamaría si había novedades.

—Malditos niños —exclamó Kelly—. Son tan raros. Los he visto atrapar arañas y moscas para convertirlas en mascotas. No darías crédito. Uno cree que se podrían volver locos metidos en una botella como esta. Pero supongo que no han conocido nada más. ¿Y qué tal Cora?

Holle resumió qué había pasado, cómo ella y Wilson habían tenido que sacarla de la cabina.

—Le pedí al doctor Wetherbee que le echara un vistazo. No creo que esté comiendo bien siquiera.

—La comida no es su problema —dijo Kelly—. Es su adicción a HeadSpace. Hemos excluido el alcohol y todas las drogas que se nos ha ocurrido y aun así

estamos creando adictos. Siempre hay algo. —Miró a Holle inquisitivamente—. ¿Qué opinas de Theo? ¿Crees que está traficando con créditos de HeadSpace como dice Wilson?

—Es posible —respondió Holle prudentemente—. Pero Theo es ingenuo. O lo era cuando entró en la nave. Puede que no entienda lo que está haciendo, las implicaciones morales, el efecto en otra gente.

Masayo soltó una carcajada.

—Así que se inventa un negocio de tráfico de drogas a partir de los principios fundamentales. Dios bendiga la naturaleza humana.

Kelly negó con la cabeza.

—Sabéis, me he estado documentando en el archivo sobre las cárceles. Allí la gente marca su territorio, se pelean por comida, se intercambian historias sobre sueños por falta de estimulación, pasan drogas. Como nosotros. ¿Es eso todo lo que hemos conseguido construir aquí: una cárcel entre las estrellas?

—A la madre de Grace Gray la tuvieron como rehén en Barcelona durante años —contó Masayo—. Encadenada a radiadores en sótanos. Grace fue fruto de una violación por parte de uno de los guardias y nació en cautividad. Una historia increíble. Y aun así, ¿somos todos rehenes en esta arca, rehenes de las ambiciones de los creadores de la misión?

—Diría que también eran nuestras ambiciones —observó Holle.

—Sabe Dios —dijo Masayo.

—A veces pienso que ese es el problema —admitió Kelly—. Dios quiero decir. Los ingenieros sociales siempre intentaron mantener a Dios fuera de nuestras vidas. El arca es la misión de un estado que era deliberadamente secular, un estado que intentaba ser la imagen opuesta del estado mormón de Utah con el que estaba en guerra. Y, a pesar de los intrusos y de los ilegales, lograron su objetivo, ¿no es así? Hay mucha gente religiosa en el arca, pero no somos una comunidad religiosa. A veces desearía que si lo fuéramos, que todos tuviéramos una misión decretada por un dios u otro. Un monasterio sería sin duda un mejor modelo social que una prisión.

Masayo negó con la cabeza.

—Demasiado tarde, Kelly. Me parece que dejamos a Dios en tierra.

Holle se puso de pie.

—Tengo que irme. El doctor Wetherbee dice que quiere revisar la terapia de Zane.

—Bueno, eso también es una prioridad. Y mantenme informada de lo que pase con la niña. Muy bien, Masayo, ¿qué viene ahora?

Mike Wetherbee invitó a Holle, a Venus y a Grace a entrar en la pequeña cabina que él llamaba su consulta, con sus literas, su persistente olor a antiséptico y los armarios con equipo médico para tratar desde problemas oculares a enfermedades dentales. En un monitor, les enseñó una grabación de él con Zane en su última sesión de terapia, la última de un programa con el que llevaban más de dos años. En la pantalla, Zane y Wetherbee hablaban en bajo mientras jugaban al ajedrez infinito.

—Esta parte es una gilipollez —murmuró Wetherbee—. Qué tal te ha ido el día y esas cosas. Le lleva mucho tiempo ir al grano. Yo soy el que más habla. Y odio este maldito juego.

—Vamos a verlo —murmuró Grace. Estaba sentada en el borde de una de las camas de los pacientes.

El ajedrez infinito era de hecho un invento de Zane. Se jugaba con piezas normales sobre un tablero normal, salvo que los jugadores tenían que imaginarse que el tablero estaba enrollado sobre sí mismo, de tal forma que el borde derecho estaba pegado al izquierdo y el borde superior, al inferior. De ese modo, dadas las restricciones sobre el movimiento, una pieza determinada se podía mover hacia la derecha, salirse del borde y reaparecer en la izquierda. Crea la ilusión de infinito en un tablero finito, decía Zane, a quien le gustaba sacar gráficos por ordenador que mostraban cómo el tablero enrollado sobre sí mismo era equivalente topológicamente a un toro, a una rosquilla. Una reina se volvía particularmente poderosa; si estaba frente a una diagonal, una fila o una columna vacías, podía saltar, teóricamente, un número infinito de escaques en un solo movimiento. Zane y otros jugadores entusiastas estaban ocupados ideando variantes a las reglas y a las secuencias estándar de la mecánica del juego. Por ejemplo, las blancas tenían una ventaja inmediata con el primer movimiento. La reina podía retroceder y rodear el mundo para capturar la reina del oponente, aunque entonces caería ante el rey adversario. Las torres, cuando retrocedían a la fila de atrás del oponente, podían hacer mucho daño antes de ser capturadas. Sobre el análisis final del juego habían actuado menos, ya que el tablero era de por sí muy extenso.

El juego era una clara metáfora psicológica de la libertad que todos buscaban en un mundo limitado, pero era extremadamente difícil jugar a él.

—El cabrón me gana siempre —murmuró Mike Wetherbee.

—Tienes mucha paciencia —comentó Grace.

—Sí, claro —dijo él con amargura—. Cuando está en esta fase, es tan depresivo, tan pasivo, simplemente se queda sentado ahí ahogado en su propio sufrimiento. Te

chupa la vida.

Holle sabía que Wetherbee se sentí incómodo con la terapia, aunque al final había aceptado la responsabilidad dado lo importante que era Zane para la misión. Por eso había involucrado a otras personas en el tratamiento: a Holle, que era la que le había enviado a Zane, a Venus, que también había sufrido abusos por parte de Harry Smith, un posible desencadenante del estado de Zane, y a Grace Gray, que había hablado con Zane en tierra después del asesinato de Harry. Grace estaba resultando ser una de los paramédicos de apoyo más competentes de Wetherbee, ya que había adquirido mucha experiencia de campo durante sus años con la ciudad de Oklahoma en las Grandes Llanuras. Hacían un buen equipo, pensó Holle, emocionalmente fuerte, aunque no tuvieran experiencia en este tipo de casos.

Pero en realidad, Wetherbee simplemente estaba repartiendo la carga. Tenía la mentalidad que Holle había visto en muchos estudiantes de medicina y médicos en tierra. Era dinámico, guapo y competente y no tenía pareja estable, sino una serie de relaciones con mujeres de la tripulación: muchas querrían para ellas, y para sus hijos, al único médico de la nave. Pero él no mostraba nunca ningún síntoma del síndrome del superviviente ni se interesaba por el destino de su anegada nación. Y mantenía una especie de distancia con sus pacientes que a veces hacía que te preguntaras por qué se había decantado por la medicina.

Mike se echó hacia delante y tocó la pantalla para subir el volumen.

—Habíamos estado hablando del ajedrez. Entonces de repente empezó a hablar de su padre. Mirad, ¿veis el cambio ahí?

Holle vio que Zane se incorporaba y miraba a su alrededor, como si acabara de entrar en la habitación.

—¿Doctor Wetherbee?

—Zane, estoy aquí.

—Estamos en la consulta. Estamos jugando al ajedrez. —Miró el tablero—. Estoy a dos movimientos de darle jaque al rey. —Sonrió. Todo en Zane parecía más lleno de vida, pensó Holle, como si fuera otra persona.

—¿Dos movimientos? No lo veo, pero me sorprende.

—Juego al ajedrez con mi padre.

—Fijaos en que utiliza el presente —murmuró Wetherbee a las mujeres.

—Nunca gano a mi padre. Lo odiaría si alguna vez lo hiciera.

—¿Lo dejabas, quiero decir, lo dejas ganar?

—Ah, no. Odiaría sentirse débil. Y lo odiaría si me pusiera sentimental. El juego lo es todo, ganar...

—Entendéis el conflicto —comentó Wetherbee—. Creo que sí dejaba ganar a su padre, pero apartó ese hecho de su mente. El hombre ponía barreras que el crío no podía atravesar. Escuchad lo que dice ahora.

—Intenté contarle a mi padre lo de Harry Smith —dijo Zane en la pantalla.

—¿Lo que me dijiste? Lo de los tocamientos, todo eso.

—Sí. Lo intenté más de una vez. La primera vez, mi padre no quería escucharme. La siguiente me pegó. Me dijo que mentía acerca de Harry Smith, que era un buen hombre, un hombre que conocía bien. Y dijo que estaba sucio, manchado. Me dijo que me callara. Me dijo que si contaba estas mentiras a alguien más, no le causaría problemas a nadie más que a mí, y que me echarían del *Arca*, y que los postergados me violarían y me matarían, y que si ellos no lo hacían, lo haría la inundación.

—Pero ahora todo eso se ha terminado. Estás en el *Arca*. Estás a salvo.

Zane sonrió, inquisitivo.

—Bueno, sigo siendo un candidato, doctor Wetherbee. No es lo mismo en absoluto.

—Es como si estuviera anclado al pasado —observó Venus—. No sabe que está en la nave.

—Algo así, a veces... Escuchad.

En la pantalla, Wetherbee preguntó:

—Si logras entrar en el *Arca*, ¿cómo crees que te afectará esto? El asunto de Harry Smith y de tu padre.

Zane frunció el ceño.

—No pienso mucho en eso. Faltan años para el lanzamiento.

—Tendrás una obligación —dijo Wetherbee, presionando—. No estarás allí solo como persona, sino como almacén de genes. Contribuirás a la diversidad genética.

—Me interesan los motores, la teoría del campo de curvatura...

—Sí, pero esta es una parte clave de la misión, el lado humano. Tendrás que tener hijos en el *Arca* o en Tierra II. Ese es el único propósito. ¿Cómo te sientes al respecto?

—Sucio.

—Eso es lo que decía tu padre. Pero no tiene por qué ser cierto.

—¡Sucio, sucio! —Y con un gesto del brazo, tiró las piezas del tablero de ajedrez. Y después se desplomó.

Wetherbee paró la grabación.

—Lo presionaste demasiado —dijo Grace.

—Lo sé, lo sé. —Wetherbee suspiró y se frotó su pálida cara con barba de varios días—. Pero cuando empezó a hablarme de su padre, pensé que era una oportunidad que no podía desperdiciar. Creo que la relación con el padre es la clave de todo su lío mental.

»Fijaos en la contradicción que está intentando resolver. Su padre lo cargó con todo el dolor y la culpa del abuso sexual, y el tesón y la ambición del padre, y quizá

la vergüenza que sentía al ver en lo que se había convertido su hijo. Así que Zane está sucio por lo de Harry Smith y no puede tener hijos. Pero, por otro lado, si no puede contribuir al acervo genético, no debería estar en el *Arca*. Deberíamos haberlo dejado en tierra a manos de los monstruos que describía su padre. Pero esa es una elección fundamental, de vida o muerte. Ya no podían ponerlo bajo más presión. Puede que en su fuero interno, siempre haya evitado todo ese tema y enterrado la contradicción. Estaba saliendo a la luz con las lagunas, las autolesiones. Y entonces...

—Y entonces yo desencadené la crisis —dijo Holle—. Ese día en el que le sugerí que podíamos tener un hijo.

—Ese es uno de los gestos más bonitos que podías tener hacia un hombre como Zane —dijo Grace—. No tenías por qué saber qué pasaba en su cabeza. Ni siquiera él lo sabía.

—Y yo sigo sin saberlo —admitió Wetherbee—, tras años de torpe terapia por mi parte. Pero, mirad, creo que tiene alguna clase de trastorno disociativo. El desdoblamiento de la personalidad, causado por las contradicciones que no puede resolver, el dolor que tiene que enterrar. Eso explica las lagunas, los aparentes cambios de identidad... la manera en la que parece despertarse, sin saber dónde está, ni en qué momento.

—¿Nos estás diciendo que nuestro único ingeniero de la propulsión por curvatura es Jekyll y Hyde?

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Holle.

Él se encogió de hombros.

—Nuestro equipo para hacer resonancias magnéticas es limitado. Lo intenté pero no pude ver nada fuera de lo normal en sus funciones cerebrales, sea cual sea el aspecto de él que es evidente. Creo que la única respuesta es la terapia, entenderlo totalmente a él y el daño que le han hecho. Y después intentar encontrar una forma de comenzar la cura. La hipnosis se usa con frecuencia en estos casos. Nunca en mi vida he hipnotizado a alguien, pero en el archivo hay rutinas que podría adaptar. —Hizo una mueca—. Esto me va a llevar años, si es que funciona.

—Supongo que no tenemos otra alternativa —dijo Holle—. Gracias, Mike. Sé que no te apuntaste para esto.

—Pues no. —Wetherbee parecía resentido. Y entonces sonrió—. Pero Zane tampoco.

Cuando se levantaron para marcharse, él despejó la pantalla y se puso con un programa informático.

Eso llamó la atención de Venus.

—¿Qué es eso?

—Estoy intentando enseñar a la IA de la nave a jugar al ajedrez infinito. Con un poco de ayuda auditiva al menos podré defenderme ante Zane...

A altas horas de la madrugada, a Holle la despertaron dos llamadas más. La primera era Wilson Argent, del Havila. Habían encontrado a la pequeña Meg Robles.

—Se encerró en un traje presurizado. Uno no se imagina que una niña de cuatro años pueda hacer eso. Se quedó atascada y no pudo salir.

Ella escuchó su tono.

—Está muerta.

—Me temo que sí. La primera muerte desde el despegue. Y el primer niño muerto.

—Enseguida estoy ahí.

—No, ya nos encargamos nosotros de eso. Y de Cora. Tú díselo a Kelly.

—Claro.

Y, más tarde, tuvo la llamada de Mike Wetherbee.

—He recibido un correo del identificador de usuario de Zane. Era en un inglés no muy bueno y pedía una sesión, me pedía ayuda.

—¿Y?

—El que lo enviaba firmaba con el nombre de Jerry. Holle, no hay ningún Jerry a bordo. Y cuando revisé los monitores de vigilancia, cuando él envió ese correo, Zane estaba solo en su habitación.

Mayo de 2048

El estruendo gutural de la sirena casi ahogaba la alarma por voz: FUEGO, NIVEL DIEZ DEL SEBA. FUEGO, NIVEL DIEZ DEL SEBA. FUEGO...

Holle había estado trabajando en un repuesto para un componente que había fallado en el circuito primario del oxígeno e intentaba encontrar un diseño simplificado que pudiera producir en el limitado taller mecánico del *Arca*. Escuchaba en su ángel una y otra vez *Darling Lorraine* de Paul Simon, una de las favoritas de su padre porque, le solía decir él, le recordaba a la relación que había tenido con la madre de Holle. Y estaba soñando despierta con las estaciones en la Tierra, con el otoño. Tardó un poco en reaccionar.

Apagó su ángel y cogió su gorro de comunicaciones.

—Groundwater. Guardia, ¿qué ocurre?

Oyó la voz de Masayo Saito por la línea.

—Holle, baja aquí. Tenemos un problema.

A ella le olía a quemado. Puede que hubiera sido eso lo que había provocado su sueño de otoño. Podía ver cómo el humo entraba por debajo de la puerta de su cabina. Se quitó el gorro y buscó una mascarilla en un armario.

La voz de Kelly Kenzie resonó por megafonía.

—Soy Kelly. Se ha producido un incidente de importancia. Tripulación del Seba, a vuestras estaciones de bomberos, hemos ensayado esto muchas veces así que ya conocéis el procedimiento. Havila, cerrad el lugar y preparaos para una operación de apoyo. Los que estén en tránsito al Seba, volved al Havila. Moveos.

Holle salió corriendo de su cabina y entró en el caos.

El fuego estaba unos niveles por debajo. Una luz brillante atravesaba los suelos de rejilla, como si se encontrara encima de un horno. El aire caliente y el humo subían por el casco hasta los niveles superiores y el techo abovedado. La gente corría, algunos gritaban. Holle podía oír el sonido de los extintores y los rociadores, que gastaban los preciados volátiles para combatir el incendio. Por encima de este sonido, estaba el clamor de la sirena y el estruendo de la voz de Kelly Kenzie cuyas instrucciones resonaban entre las paredes de metal.

Holle vio a Grace Gray al otro lado del casco. Estaba escalando torpemente las escaleras que separaban los niveles con la pequeña Helen, que ahora tenía seis años, agarrada a la espalda y con Steel Antoniadi, de tres años, en un brazo. Era evidente

que Grace estaba escapando del fuego de abajo, pero el humo se estaba acumulando arriba y algunos miembros de la tripulación ya estaban bajando del techo, asfixiados. El casco se estaba convirtiendo en una trampa. Grace tomó una decisión rápida: se metió en una cabina y cerró la puerta. Si tapaba la puerta con toallas mojadas, ella y Helen podrían estar a salvo.

Pero Holle no solo era responsable de Grace y de su hija.

Por unos instantes, se quedó allí, delante de su cabina, sin saber qué hacer. Cuatro años después de dejar Júpiter, este diminuto y frágil casco y su gemelo Havila eran el único refugio que tendrían en doce largos años luz. Y el fuego fuera de control era su peor pesadilla. Holle era también una de las de mayor rango allí y estaba igual de entrenada para manejar situaciones como esta que cualquiera de los que estaban a bordo. Sintió que tenía que tomar una decisión rápida... pero ¿cuál?

—¡Holle!

Paul Shaughnessy bajaba por una escalera. Tenía puesta la capa exterior de un traje presurizado y llevaba otro como una piel despellejada por encima de la espalda. Estaba siguiendo las instrucciones que ella le había dado para estos casos; los trajes eran hasta cierto punto ignífugos y el suministro de oxígeno les permitiría funcionar aunque el aire se volviera tóxico. Parecía tenso, distraído, afligido.

Le dio el traje que tenía de sobra a Holle. Se lo puso.

—Paul, ¿estás bien? ¿Sabes cómo ha empezado el fuego?

—Fue Jack. Yo estaba arriba en el morro. Mi hermano estaba ahí abajo en el nivel diez, en la zona de mantenimiento. Estaba reparando un desgarrón que tenía su traje. ¡Y el traje explotó! Lo he visto en una transmisión. Se convirtió en una bola de fuego que se extendió por todas partes.

Ella negó con la cabeza.

—No tiene sentido.

Los trajes tenían un suministro de oxígeno puro, así que siempre había riesgo de incendio, pero los elementos de seguridad tendrían que haber impedido que ocurriera un accidente así.

—Es lo que he visto. Tengo que ir a por Jack. Masayo ya está abajo.

—Ve, ve. Tengo que hablar con Kelly y con Venus.

Él asintió, cerró su visera y siguió su descenso al horno.

Holle cerró su casco.

—Venus, ¿estás ahí?

—Groundwater; Jennings. Estamos en la cúpula.

—Vale, quedaos ahí. Y preparaos para separar la cúpula y llevarla al Havila.

—Estamos en ello, ese es el procedimiento habitual.

Holle se imaginaba la apacible penumbra de la cúpula, más allá de las silenciosas estrellas dando vueltas, las pantallas llenas de imágenes de la devastación del interior

del casco.

—¿Puedes ver lo que está pasando aquí?

—La mayoría de las cámaras siguen funcionando, aunque se estropean cada dos por tres, y las líneas de comunicación se están estropeando. Los niveles del nueve al once están destrozados. La rejilla metálica del suelo se está fundiendo y gotea dentro de los lechos hidropónicos del nivel catorce. Las contramedidas no están funcionando muy bien. El fuego se ha metido detrás de los armarios para los equipos. Eso no tenía que suceder. No sabemos el número de bajas, no podemos ver.

Cuando la voz amplificada de Kelly se interrumpió de repente, en el casco solo se oía una cacofonía de gritos y el crepitar del fuego.

—¿Y qué hay de la temperatura del casco?

—Subiendo, Holle. No puedo fiarme de estas lecturas, pero...

—Entendido. —El mayor peligro de todos era que el fuego podía atravesar el casco y abrir una brecha en el compartimento presurizado. Como último recurso, existía un procedimiento para prevenir esa catástrofe definitiva, un paso drástico. Holle empezó a pensar que no había otra opción. Se ajustó el micrófono.

—Kelly, ¿me recibes?

—Hemos perdido la transmisión, Holle —informó Venus.

—Venus, estoy pensando en cortar el cable.

—Hemos perdido el contacto con Kelly. Comparto tu decisión. Hazlo.

Holle comenzó a subir por una escalera, lejos del fuego y hacia la acumulación de humo.

—¿Puedes tomar el control desde ahí? Avisa al Havila. Pon en funcionamiento los avisos internos, prepárate para la microgravedad. Asume el control de la trayectoria...

—Ya estoy en ello, Holle. Todo irá bien, funcionará, ya lo hemos ensayado.

Holle no dijo más y siguió subiendo. Su traje era pesado y rígido y sus manos se cansaron enseguida al luchar contra la rigidez de los guantes para agarrarse a los travesaños de metal. Venus tenía razón. Sí, habían ensayado en tierra y después del lanzamiento simulacros de situaciones casi tan drásticas como esta. Pero en todos estos años de entrenamiento no se habían enfrentado al fuego, ni habían tenido que impedir que la situación degenerara hasta un punto tan letal.

Llegó al techo abovedado del casco. Con un torpe giro del cuerpo dio una vuelta y aterrizó encima de la parte de arriba de una de las pasarelas que corrían por debajo del techo y enganchó una hebilla del arnés de seguridad a una barra. Se detuvo. Respiraba con dificultad. El humo era denso ahí arriba y era casi imposible ver. Ella limpió el hollín del visor con el guante del traje.

Encontró el panel que cubría la palanca que cortaba el cable. Introdujo un código de seguridad y abrió el panel de golpe. La palanca estaba rodeada de avisos con letras

enormes. La rodeó fácilmente con sus dedos enguantados.

—La situación está empeorando, Holle —gritó Venus—. Hazlo.  
Holle tiró de la palanca hacia abajo.

En un empalme del cable entre los cascos, cerca de su punto central, explotó una pequeña carga explosiva, silenciosa en el vacío. La diminuta nube de restos se disipó rápidamente. Desde Júpiter, los dos cascos habían estado rotando alrededor del generador de curvatura en el punto central que tenían en común, completando una órbita cada treinta segundos. Ahora el cabo que los conectaba estaba cortado y los cascos empezaron a separarse y el cable cercenado se enrollaba lánguidamente mientras se liberaban cientos de toneladas de tensión. Cuando las partículas de los restos alcanzaron la pared de la burbuja, centellearon brevemente; su sustancia destruida por feroces fluctuaciones.

Fue como si todo el casco cayera como la cabina de un ascensor. Holle se iba alejando lentamente de la pasarela y, presa del pánico, se agarró con fuerza a la barandilla, aunque ya estaba firmemente sujeta.

Miró a través de la pasarela al infierno que había debajo. Los niveles, con el cambio a gravedad cero, estaban llenos de nubes de basura que se elevaban en el aire, muebles, ordenadores de bolsillo, ropa, comida, herramientas, incluso tornillos sueltos, cualquier cosa que no estuviese sujeta de repente se movía. Pero el fuego era lo crucial. Le dio la impresión de que había notado un cambio inmediato en la manera en la que se comportaba el humo y quizá las llamas lamían con menos voracidad los niveles y los armarios para los equipos.

Esa era la idea. Al cortar el cable, Holle había eliminado la gravedad artificial del interior del casco. Sin gravedad no había convección; el aire caliente no podía subir y los procesos que habían estado manteniendo el fuego, la corriente ascendente que había estado aspirando oxígeno fresco para alimentar las llamas, habían sido suprimidos. El fuego todavía había que sofocarlo y existían otros peligros derivados de los incendios en gravedad cero, que podían arder sin llama durante días o semanas. Pero al menos con el fuego ahogándose con sus propios productos, había más posibilidades de que el casco sobreviviera en su totalidad.

El tono de la alarma cambió y ahora era la voz de Venus la que se oía, transmitida desde la cúpula.

—Preparados para los propulsores vernier. Todos preparados para los propulsores vernier...

Este era el siguiente paso. Los dos cascos, al no estar ya unidos por el cable, se alejaban del centro. No podían caer demasiado lejos; si chocaban con la pared de la

burbuja de deformación podría destruirla. Así que los cohetes auxiliares servirían para acercarlos al centro de la burbuja y para detener cualquier rotación residual. En un futuro, los cascos se volverían a unir y la ensambladora giraría hacia arriba de nuevo.

Si es que los cohetes funcionaban, pensó Holle. Si el fuego no había dañado los cohetes o su sistema de control. Si quedaba combustible para volver a unir los cascos y restaurar su rotación mutua. *Si, si, si.* Holle siempre había tenido en su cabeza la imagen de la larga cadena de acontecimientos que tenían que ocurrir exactamente como estaba programado si alguna vez quería caminar con tranquilidad por Tierra II. Justo ahora podía sentir cómo esa cadena se estiraba, cómo tiraba de sus eslabones más débiles.

Un pequeño bulto debajo de ella se movía de forma extraña. Holle vio que era un bebé, flotando en el espacio abierto. De solo unos meses, envuelto en un papal, movía sus brazos y piernas desnudos. Con los ojos y la boca abiertos de par en par, el bebé parecía disfrutar de la experiencia de nadar en el aire. Pero entonces el casco se movió ruidosamente, como si unos puños enormes estuvieran aporreando la pared exterior. Eran las fuertes propulsiones de los cohetes. Holle se agarró a la barandilla con fuerza y sintió las sacudidas con cada impulso. El bebé rebotó contra el suelo del nivel y volvió a flotar en el aire, moviendo los brazos como aspas de molino. Ahora tenía miedo y empezó a llorar. Holle se desenganchó de la pasarela y descendió como un ángel, envolviendo al bebé en las mangas carbonizadas de su traje.

Junio de 2048

La mañana en la que iba a comunicar la sentencia de Thomas Windrup, Holle despertó en una habitación desconocida, con extraños colores metálicos y olores extraños. No era su cabina, no estaba en el Seba, en el casco al que había terminado por considerar su hogar. Durante las semanas siguientes al incendio la habían destinado al Havila, donde para dormir por turnos compartía cama con Paul Shaughnessy en la diminuta cabina que era uno de sus armarios de mantenimiento. Todavía no se había acostumbrado.

No le llevó mucho tiempo vestirse.

Paul estaba fuera de la cabina con un par de trajes presurizados. Esperó mientras Holle usaba el cubículo del baño. Y después se dirigieron, con ella delante, a la esclusa de aire del morro del casco, donde se vistieron con brío. Holle no trató de entablar conversación con Paul. Hoy él iba al Seba para oír la condena del hombre que había intentado matar a su hermano sabotando su traje. Desde el incidente, Paul apenas había podido contener su ira y era mejor dejarlo en paz.

Atravesaron la esclusa y salieron a la oscuridad. Engancharon sus arneses al cable que ahora unía los cascos. No era un cable rotatorio y no estaba tenso; era simplemente una guía que conectaba los dos cascos a lo largo de la cual avanzaban ayudados solo por las manos durante doscientos metros en dirección al Seba. Un trayecto así era una tarea ardua, pero ahorraba combustible.

Los cascos iban a la deriva, inmóviles con respecto a cada uno pero no el uno al lado del otro y ni siquiera en paralelo; el Havila estaba levantado comparado con el Seba, así que los dos cascos parecían dos barcos naufragados en el fondo del océano cada vez más profundo de la Tierra. Más trozos de cable conectaban el Havila con el generador, de tal forma que los componentes del *Arca* estaban unidos por una especie de telaraña, iluminada por focos montados externamente. Y más allá de los cascos estaban las silenciosas y constantes estrellas.

Una vez en el Seba, Holle y Paul se dirigieron al nivel diez bajando desde el morro del casco ayudados por asideros. Kelly había ordenado que la sentencia de Thomas Windrup tuviera lugar en el mismo lugar en el que su sabotaje había provocado el desastroso incendio. Sin la rotación, en el casco no había gravedad efectiva y la gente flotaba por todas partes, yendo de asidero en asidero. A los niños, demasiado jóvenes como para recordar el viaje ingravido antes de Júpiter, les encantaba, y que los críos volaran, dieran volteretas y jugaran al «pilla-pilla» se había convertido en un peligro menor. El casco todavía olía a humo y a plástico quemado.

En el nivel diez, Kelly esperaba delante de una pequeña cabina, que tenía la puerta cerrada. A pesar de semanas de limpieza, no había muebles aquí, ni siquiera suelo al que sujetar el mobiliario. Habían extendido cuerdas de una pared ennegrecida a otra y la gente allí reunida se aferraba a los asideros o buscaba rincones donde podía agarrarse a soportes.

Holle parecía ser la última de los miembros de mayor rango de la tripulación en llegar. Vio a Wilson, a Venus, a Mike Wetherbee, a Masayo Saito e incluso a Zane, y se preguntó cuál de sus personalidades alternativas se había presentado a la reunión. El doctor Wetherbee se guardó bien de mirar a los que estaban allí. Wilson, que seguía siendo el amante de Kelly, tenía las marcas de arduo trabajo reciente; llevaba una camiseta sin mangas y unos pantalones cortos, y sus musculosas extremidades estaban manchadas de ceniza.

Jack Shaughnessy no estaba allí. Por lo visto, seguía demasiado débil debido a las enormes quemaduras que había sufrido en brazos y pecho como para que el doctor Wetherbee le diera el alta. Y Thomas Windrup tampoco estaba allí para oír el veredicto que emitirían. Venus parecía cautelosa. Thomas Windrup había sido uno de sus compañeros en Guía, Navegación y Control y en Astronomía, y formaba parte de su gente.

Kelly, ligeramente apartada de la multitud, revisaba unas notas en su ordenador de bolsillo. Iba vestida con un mono sucio. Se había rapado su rubio pelo y el humo y el hollín le manchaban las líneas que le rodeaban la boca y los ojos, lo que hacía que pareciera mayor de los treinta años que tenía. A Holle le daba la impresión de que los cerca de siete años de liderazgo le habían hecho más dura, más decidida, más racional. Había realizado su trabajo de forma bastante competente. Pero todo ese trabajo duro e incluso su incesante búsqueda de una unanimidad, las horas de charla, no la habían hecho muy popular. Holle a veces pensaba que la presión estaba haciendo mella en ella.

Kelly miró a sus callados compañeros de tripulación.

—Bien —comenzó ella—, me imagino que todo aquel que quiere estar aquí, está aquí. He suspendido todas las tareas habituales excepto las guardias. Podéis ver la sesión en vivo a través del sistema de vigilancia o las grabaciones que haremos, y con el tiempo enviaremos las transcripciones a la tierra.

»Hoy quiero zanjar el asunto del incendio. La recuperación del sistema Seba va a llevarnos mucho tiempo, es posible que sigamos trabajando en ello cuando lleguemos a Tierra II, dentro de tres años. Pero ya hemos hecho mucho. Hemos enterrado a nuestros muertos.

»Cuatro miembros de la tripulación (un candidato, un intruso, un ilegal y un bebé nacido en la nave) han muerto asfixiados por el humo. Cuatro cuerpos desnudos han

sido lanzados fuera del casco para acabar esparcidos en el feroz flujo de la pared de la burbuja de deformación; desnudos porque no disponían de ataúdes, ni de banderas, ni siquiera de ropa.

Kelly continuó.

—Hemos repasado los fallos en el procedimiento que han determinado la gravedad del incidente, una vez comenzado el incendio. En particular, los fallos en nuestra rutina de mantenimiento. El factor que más ha contribuido ha sido una acumulación de polvo y otros residuos inflamables detrás de los armarios para los equipos, en los marcos que tocan las paredes del casco. Se supone que hay que apartar cada armario y limpiar su plataforma de carga una vez a la semana, o más en algunas zonas. Algunos parecía que no se habían movido desde Júpiter.

La feroz investigación de Kelly no culpaba a Holle ni a su equipo de mantenimiento de sistemas internos. El fallo había estado en el relajamiento de la tripulación en general, que empeoraba con los años, a la hora de mantener una rutina diaria de limpieza de espacios pequeños que todos tenían que habitar. El doctor Wetherbee hacía tiempo que se quejaba de estoy y habían tenido que dar algún que otro tirón de orejas después de un brote de intoxicación alimentaria causada por la poca higiene en la cocina del Havila. Pero la propagación del incendio había sido una consecuencia mucho más grave.

—Vamos a intentar enmendarlo de ahora en adelante. Pero todos aquellos de vosotros que para ahorrarse tiempo y trabajo han descuidado las tareas de limpieza van a tener que vivir con su parte de responsabilidad por lo que les pasó a Peri, a Anne, a Nicholas y a la pequeña Sasha.

»Sin embargo, solo uno de nosotros provocó en realidad el fuego que ha causado tanto daño. Solo uno de nosotros llevará el peso de la culpa. Thomas Windrup confesó, en cuanto el incendio estuvo bajo control, y sabéis que hemos revisado las grabaciones de las cámaras de vigilancia para probar esa culpa de forma independiente. Intentaba matar a Jack Shaughnessy. Y casi nos mata a todos nosotros.

Holle supuso que a esto se le podría considerar un crimen pasional. Aquí, entre la tripulación, metida en esta arca mientras los años pasaban lentamente, la obsesión, la lujuria y la sospecha conseguían corromper a la gente. Thomas nunca había dejado de creer que Jack Shaughnessy seguía deseando a Elle y que estaba esperando a que todos llegaran a Tierra II en donde utilizaría la nueva *Ley de la nave* sobre los múltiples padres para reclamarla. En el *Arca* no podías escapar de tus enemigos, ni siquiera de tus amigos. Los interminables encuentros fortuitos con Jack al final habían vuelto loco a Thomas, o al menos lo suficientemente loco como para intentar matarlo.

Pero Thomas insistía en que no había tenido la intención de hacer daño a nadie más. Sabía que Jack tenía que revisar el traje presurizado que usaba normalmente.

Thomas lo había manipulado de tal forma que cuando apretara la válvula de entrada de oxígeno, una chispa prendería fuego a un chorro de oxígeno y después a los materiales del traje; también había echado disolventes inflamables en el forro del traje. Thomas había llevado a cabo la mayor parte del proceso en la oscuridad, para evitar la omnipresente mirada de las cámaras de vigilancia. Su plan era que el fuego eliminaría todo rastro de su causa, de su culpa. De cualquier manera, su plan falló. El traje había estallado en llamas con demasiada violencia. No había matado a Jack, sino que lo había lanzado hacia atrás; tenía quemaduras graves, pero estaba vivo, y el fuego resultante se había propagado rápidamente más allá del traje.

—Ahora tenemos que ocuparnos del asunto de la condena. Este es el delito más grave que hemos visto a bordo del *Arca* desde que dejamos la Tierra, mucho más serio de lo que se podría esperar que ocurriera aquí. Lo he estado pensando mucho y detenidamente. He tomado una decisión. —Kelly miró a su alrededor con expresión decidida—. Y he puesto en práctica esa decisión con la ayuda de Masayo, aquí presente, y del doctor Wetherbee. Sabéis que siempre he intentado buscar un consenso, una unanimidad si es posible. Pero he considerado que en este caso la decisión era demasiado difícil, las consecuencias demasiado serias, como para debatirlas abiertamente. Esta decisión ha sido mía y mía es la responsabilidad.

»Por favor, escuchad mi razonamiento. Thomas intentó cometer un asesinato. En la Tierra, mientras el Gobierno de Denver seguía en activo, lo habrían metido en la cárcel o lo habrían enviado a un grupo de trabajos forzados y estaría construyendo malecones sin parar o en campamentos de tramitación de postergados. Y si hubiera conseguido matar a Jack Shaughnessy, posiblemente lo habrían ejecutado. Así que, ¿qué debemos hacer con él aquí? Vosotros los candidatos recordaréis que discutimos estos temas en la academia y también mientras nos dirigíamos a Júpiter y bajo los auspicios de Gunnison. Tenemos también un precedente en el veredicto de Gordo Alonzo cuando Jack Shaughnessy atacó al propio Thomas en 2043. A Jack lo pusieron de nuevo a trabajar. —Miró a Venus—. Venus me ha estado recordando en todo momento que Thomas es su mejor astrónomo. Lo necesitamos en la cúpula, para examinar Tierra II. Ni siquiera podemos aislarlo socialmente porque necesitamos sus genes. Pero este delito, que nos pudo haber matado a todos, es grave, y no puede quedar impune. Entonces, ¿qué hacemos?

»He investigado un poco en el archivo. No somos la única sociedad que se enfrenta a este tipo de retos: ocuparse de sinvergüenzas sin tener muchos recursos. La Inglaterra medieval, por ejemplo, y la Europa Occidental. Desarrollaron castigos con los que los criminales tendrían que vivir el resto de sus vidas y que serían un evidente elemento disuasorio para los demás, aunque no les impediría seguir trabajando. Y por eso... —Miró a Masayo—. Ya lo puedes traer.

A Holle le dio la impresión de que Masayo estaba tremendamente incómodo. Se

fue hacia la puerta de la cabina que estaba detrás de Kelly, pero antes de abrirla miró a su alrededor con los brazos cruzados y sacando pecho.

—No quier ningún problema por esto. Todos debemos llevar todo este asunto con calma, sintáis lo que sintáis. ¿De acuerdo?

Venus tenía una expresión de furia. La mirada de Wilson era fría, atenta. Zane parecía divertirse.

Masayo abrió la puerta de la cabina. Dentro estaba oscuro.

—Sal.

Masayo se sujetó al marco de la puerta para mantener el equilibrio y extendió un brazo hacia el interior de la cabina.

Thomas Windrup salió a la luz. Se apoyó en el brazo de Masayo y no miró a nadie a los ojos. Tenía la cara todavía hinchada de la paliza que Paul y unos cuantos de sus amigos ilegales le dieron cuando consiguieron atraparlo. Pero a Holle le parecía que estaba más pálido, más enfermo; había sufrido algo peor que una paliza.

—Enséñaselo —le ordenó Kelly.

Evidentemente avergonzado, Thomas levantó una pierna. La bota colgaba, flotaba en el aire, y la pernera se retorció, vacía.

Se oyeron gritos ahogados y palabrotas entre dientes. Zane Glemp soltó una sonora carcajada.

—Mierda —exclamó Venus—. Le habéis cortado el pie.

—No le va a afectar en caída libre. Aunque está claro que tendrá dificultades cuando haya gravedad, en el *Arca* y en Tierra II. Pero el médico está trabajando en una muleta para él e incluso en un pie artificial. Esto evidentemente no afectará al trabajo que realiza para ti. Venus...

Esta se giró hacia Wetherbee.

—¿Le has hecho tú esto? Eres médico. ¿Lo has mutilado?

Holle nunca había visto a Mike Wetherbee tan infeliz como ahora.

—Es lógico que digas eso. Todo el mundo sabe que Thomas es uno de los tuyos. De todas formas fue una orden directa. ¿Y quién preferías que lo hiciera? ¿Debería haber soltado a Paul Shaughnessy con una sierra eléctrica?

—No le echas la culpa a él —dijo Kelly y bajó para ponerse entre Venus y Wetherbee—. La decisión, la responsabilidad, fueron mías.

Venus respiró hondo.

—Nunca creí que fuera a decir esto, Kelly, pero sabes que te admiro a ti y lo que has hecho por nosotros. Nos has mantenido unidos a pesar de unos años duros, sobre todo desde que perdimos contacto con la Tierra. Pero no puedo aceptar la decisión que has tomado de mutilarlo. Has lisiado a un miembro sano de la tripulación. Has comprometido al médico y a Masayo, que has convertido en un matón.

»Kelly, has conseguido tu puesto de portavoz por medio del consenso. Bueno,

pues me aparto de ese consenso.

Hubo un silencio letal.

Holle sabía bien que siempre había habido confrontaciones acaloradas entre bastidores cuando Kelly intentaba que se tomaran decisiones. Pero esta era la primera vez que alguien del rango de Venus había retado a Kelly en público.

—¿Quieres el trabajo, Venus? —le espetó Kelly.

—No digo eso. Digo que tienes que dimitir. Y cuando te hayas ido, nos atendremos a las consecuencias.

—Estás cabreada porque me he metido en tu feudo. Bueno, no tengo que responder al reto de un solo individuo...

—Venus tiene razón —dijo Wilson. Había estado sentado en uno de los taburetes para microgravedad, con las piernas alrededor de los soportes. Se puso derecho, así que ahora estaba frente a Kelly.

Esta lo miró fijamente.

—¿Wilson? ¿Qué estás haciendo?

—Kelly, has hecho un trabajo magnífico. Pero las cosas llevan un tiempo yendo en mala dirección. No ceñirse a la lista de tareas de limpieza... no estaríamos en este lío si no fuera por eso. —Señaló a Thomas—. Y sin duda te has equivocado en esto. Este no es el camino. Tienes que dejar que alguien te quite este peso de encima.

—¿Como quién? ¿Tú? —Pero él no cedió. El gesto de Kelly se torció. Su mirada era dura aunque tenía los ojos enrojecidos, como si fuera a llorar—. Eres un cabrón, Wilson. Me estás traicionando. ¿Lo tenías planeado? ¿Lo habéis tramado entre los dos a mis espaldas?

Wilson extendió las manos.

—Solo somos dos miembros de la tripulación expresando su opinión.

—De acuerdo. Si eso es lo que quieres, dimito. —Cruzó los brazos y se echó hacia atrás, de tal forma que ahora estaba entre Masayo y Thomas.

Hubo otro silencio largo. Nadie se movía.

Holle se dio cuenta de que Kelly no había cedido su puesto como portavoz, sino que había dejado de presidir esta reunión. Acostumbrada a trabajar en la sombra, a Holle no le gustaba estar expuesta como persona en un ambiente así de cargado. Pero ella siempre estaba obligada por el deber, el deber. Si nadie más iba a sacar la mierda, lo haría ella. Incluso literalmente, a veces.

Ocupó el espacio que Kelly había dejado vacío.

—Tenemos que continuar. ¿Alguna objeción si presido la reunión de ahora en adelante?

Se oyó un murmullo de aprobación. Lo verdaderamente crucial fue que Kelly, Venus y Wilson asintieron, pero este último puso cara de desprecio.

—Eso es muy típico de ti, Groundwater. ¿Por qué no estás aquí arrojando el

guante? Timorata inútil.

Holle lo ignoró.

—Terminemos con esto lo más rápido posible. Necesitamos un nuevo portavoz. ¿Algún candidato? Que levante la mano el que quiera presentarse.

Kelly levantó el brazo enseguida.

Venus levantó la mano, con semblante serio.

Y entonces, lentamente, como si lo hiciera a regañadientes, como si alguien le estuviera levantando el brazo a la fuerza, Wilson alzó la mano derecha. Kelly le lanzó una mirada de puro odio.

Holle siguió prudentemente.

—De acuerdo. Kelly Kenzie, Venus Jennings y Wilson Argent manifiestan su interés. Pero aquí no está toda la tripulación. —Levantó al mirada hacia la cámara más cercana—. Grace, ¿estás en la cúpula?

Grace Gray estaba de guardia hoy. Su voz resonó por megafonía.

—Estoy aquí, Holle. Os vemos. Helen dice hola.

Holle sonrió.

—Ojalá estuvieras aquí con vosotras —dijo ella con pesar—. Grace, por favor, envíales un mensaje a los del Seba y a los del Havila. Quien quiera presentarse como candidato a este puesto que venga ahora mismo. —Miró fijamente a la cámara más cercana—. Chicos, seamos meticulosos con este tema. No queremos quejas a toro pasado. Si vuestro vecino duerme, despertadlo para que no pierda esta oportunidad. Tenéis quince minutos. ¿Todos de acuerdo? —Miró a su alrededor. Nadie puso objeciones.

Para Holle fueron los quince minutos más largos de su vida, por lo menos desde Gunnison, cuando esperaba en la plataforma de lanzamiento a que una bomba nuclear le explotara debajo del culo. Nadie se movió del nivel diez, guardando un silencio sepulcral.

Pasados los quince minutos, no hubo más candidatos, para alivio de Holle.

—Muy bien —dijo ella—. Supongo que vamos a proceder con la elección. ¿Cómo queréis hacerlo: a mano alzada? Grace, si puedes seguir lo que está pasando en el Havila...

—No —interrumpió Wilson. Habló fuerte y claro—. Esta es una decisión importante y no podemos fastidiarla. No es como cuando dejamos Júpiter, cuando no había divisiones serias acerca de nuestra política, cuando no había rupturas personales. Ahora tenemos una discusión entre manos.

—Entonces, ¿qué propones?

—Que nos tomemos nuestro tiempo. Digamos, una semana. ¿Qué prisa hay? En ese intervalo, Holle puede hacer de portavoz en funciones. Así tendremos la

oportunidad de debatir hacia dónde vamos como tripulación, como comunidad. Y entonces podremos celebrar unas elecciones como es debido.

Ni Venus ni Kelly parecían muy contentas, pero nadie se opuso de viva voz.

—Muy bien. Entonces, cuando pase la semana, ¿qué? Nos reunimos para votar por aclamación popular.

—Claro que no. El voto será secreto. Buscaremos una forma de hacerlo. Sugiero que hagamos dos vueltas: primero eliminamos al tercero y después hacemos un desempate entre los dos primeros.

Kelly resopló.

—¿Una votación secreta? ¿De verdad que aprobarías tal derroche de recursos?

Wilson la miró fijamente a ella y después a Masayo de manera elocuente.

—No puede haber intimidación. Una votación secreta es la única forma de asegurarlo.

Ganó la batalla. Y cuando la multitud se dispersó, charlando con entusiasmo, Holle retuvo a los tres, a Kelly, a Venus y a Wilson, mientras Grace observaba desde lejos como testigo para discutir a fondo un programa básico para la semana próxima. Kelly y Wilson se mantenían alejados el uno del otro y ni siquiera se miraban.

Entonces, cuando terminaron, enormemente aliviada, Holle se fue corriendo a su tranquila cabina donde comenzó a revisar el trabajo de Kelly y a intentar ver cómo iba a compaginarlo con sus responsabilidades.

Pero Wilson Argent llamó a la puerta.

—Tenemos que hablar. Necesito tu voto... por el bien de todos.

—Ponte cómodo en el asiento —le pidió Wetherbee.

Zane, sujeto ligeramente por un cinturón, estaba en un asiento plegable en la consulta de Wetherbee en el Havila, ya que la del Seba seguía fuera de servicio.

—Es difícil no estar cómodo en caída libre, doctor —dijo él.

Wetherbee contuvo su enfado. Este era el álder ego, su otra personalidad, a la que denominaba provisionalmente Zane 3; era el vestigio pasivo, misterioso y depresivo que quedaba después de que sus otros álder ego se llevaran todos los sentimientos de culpa y responsabilidad. Pero incluso Zane 3 era un listillo. Wetherbee mantuvo un tono moderado.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? ¿La hipnosis?

—No hay problema. Ya nos ha funcionado antes. A lo mejor ya sabes que en la academia me decían que era fácilmente hipnotizable.

—Ah, sí. —Y de hecho Wetherbee había oído que la disposición a someterse a hipnosis era una característica de la gente con el peculiar trastorno de Zane—. Empecemos entonces. Respira hondo, lentamente. Siente cómo la tensión abandona los brazos, las manos, los pies. Deja que se relajen los hombros, el cuello. Deja que tu cabeza flote. Estás cayendo suavemente, estás cayendo dentro de ti mismo. Estás cayendo más y más, te sientes más y más relajado. Estás en la academia, en tu cabina, en el viejo museo de Denver. —Con su padre cerca, mucho antes del daño sufrido por el abuso continuo de Harry Smith y cuando la inundación era todavía una amenaza lejana, Zane se había sentido seguro en el museo de Ciencias Naturales de Denver. Ahora Wetherbee lo estaba enviando de vuelta allí, a ese lugar y a ese momento, un sitio seguro en el que comenzar sus análisis.

—¿Qué ves?

—Mi ordenador de bolsillo, mis libros, mis cosas para hacer deporte. Mi mono de AxysCorp. Vamos a ir de senderismo mañana.

—Muy bien. Ahora mira a tu alrededor, Zane. ¿Ves esa puerta especial de la que hablamos? La otra puerta, la que lleva a la otra habitación.

—La veo. Está abierta.

—Bien. Bien. —La puerta siempre había estado cerrada antes, y a veces cerrada con llave—. ¿Puedes mirar por la puerta? ¿Qué ves?

—Personas.

—¿Cuántas? ¿Quiénes son?

—Hay un chico, un hombre joven y un señor mayor.

—Muy bien. ¿Crees que alguno de ellos querrá hablar conmigo?

—Creo que el hombre mayor. Sonríe y asiente con la cabeza.

—¿Puedes describirlo?

—Es más o menos de mi altura. Es algo corpulento. Tiene el pelo canoso y lleva gafas.

Wetherbee estaba bastante seguro de que este era el áter ego que se llamaba Jerry. La descripción se ajustaba bastante a la del padre de Zane, al igual que el nombre Jerry en lugar de Jerzy. Zane era un listillo, pero no tenía mucha inventiva a la hora de dar detalles de sus áter ego.

—¿Me dejarías hablar con el hombre? Solo tienes que retroceder un poco.

—Ya lo hemos hecho antes.

—Sí, así es. Seguirás estando en tu cabina, en tu lugar seguro. Y ya sabes que si en algún momento no estás cómodo puedes volver y el hombre se irá y cerraremos la puerta con llave, así de fácil.

—De acuerdo.

Zane 3 sonaba pasivo más que convencido. Era tan maleable, tan carente de automotivación, no era nada difícil darle órdenes.

—Gracias, Zane. Hablaré contigo más tarde.

Wetherbee sabía que disponía de algunos minutos antes de que el áter ego se comunicara con él. Murmuró a la cámara que tenía encima de su cabeza: «Diario médico de Wetherbee, 30 de junio de 2048. Con Zane Glemp. Creo que me he estado comunicando con el áter ego al que llamo Zane 3, el áter ego que primero se presentó. Espero estar hablando dentro de un momento con el áter ego conocido como Jerry, el hombre mayor. Para que quede constancia, han pasado tres días desde la última vez que repetí la oportuna entrevista clínica estructurada recomendada por el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales de la Asociación Psiquiátrica de Estados Unidos*, edición de 2015; sigo manteniendo mi diagnóstico de trastorno de identidad disociativo...».

—Hola, doctor Wetherbee. —Zane sonreía con los ojos abiertos; miraba a su alrededor con curiosidad. Su postura corporal había cambiado totalmente. Parecía estar alerta, curioso, seguro, nada pasivo. Tenía un ligero acento de Europa del Este.

—Hola. ¿Con quién hablo?

—Bueno, soy Jerry, pero creo que eso ya lo habrá supuesto. ¿Cómo está?

—Muy bien.

—¿Y cómo va la falsa misión? ¿Sigues contento en el hotel Las Vegas?

Jerry se burlaba de forma activa de Zane 3 porque este sospechaba que toda la misión era irreal, una farsa organizada en la Tierra.

—El servicio de habitaciones no pone hielo suficiente en la cubitera del champán. Jerry soltó una carcajada. Le gustaba cuando le seguías la corriente, cuando lo

tratabas como a un igual.

—Has estado ocupado, Jerry. —Wetherbee levantó su ordenador de bolsillo—. Por lo visto has estado llevando la campaña electoral de Wilson Argent.

—Bueno, supongo que sí. Para eso existo, para trabajar. Zane me ha creado porque necesita habilidades organizativas, que es lo que aporto, soy yo quien toma el control cuando las cosas lo abruman y no sabe sobrellevarlas. Pero la vida de Zane tiene poca envergadura. Me da tiempo a hacer otras cosas. —Le guiñó el ojo—. Wilson sabe que soy solo un álter ego. Bueno, él no lo expresaría de esa forma... Cuando le hace una pregunta a Zane que tiene que ver conmigo y este no puede recordar la conversación previa, Wilson simplemente sonrío y espera a que yo salga a hablar con él. No conoce los términos médicos, pero posee un entendimiento intuitivo de la gente, creo yo. ¡Incluso de nosotros! —Soltó una carcajada.

—Puede que eso haga de él un buen portavoz.

—Bueno, creo que sí —dijo Jerry—. ¿Ya ha decidido a quién va a votar, doctor?

—Me lo estoy pensando. Estoy impresionado con el hecho de que hayas publicado un manifiesto. —Ahora le estaba echando un vistazo a su ordenador—. Has cogido a los otros candidatos desprevenidos con esto.

—No hay nada malo en ser profesional. Hemos reflexionado mucho las propuestas que hemos incluido ahí, sobre todo la Declaración de Derechos.

—Ya lo veo. —Era un documento, un anteproyecto todavía, que garantizaría a la tripulación lo que Wilson llamaba derechos fundamentales, que incluían el derecho a los principios básicos de la vida, al aire y al agua gratuitos, un derecho que en la Tierra no habría que detallar, pero en una nave como esta donde cada centímetro cúbico de aire lo tenía que suministrar una máquina de la que se ocupaba otra persona, esto no se daba por hecho—. Además de nuestros derechos también has detallado nuestras obligaciones. Mantener los sistemas de la nave, no amenazar la integridad. Veo que tenéis planeado introducir un sistema de créditos.

—Y tanto. —Sonrió—. Eso fue idea mía. Necesitamos incentivación. Si hace un buen trabajo, acumulas riqueza, puedes comprarle cosas a la gente y tu estatus sube. Simple naturaleza humana. Tenemos que apartarnos de las ideas socialistas de las que Kelly hablaba incesantemente. Esto no es un *kibutz*. Somos norteamericanos, por el amor de Dios.

—Yo no.

—Bueno, la mayoría. Sin ánimo de ofender. Algunos de los puntos de la *Ley de la nave* pueden seguir en pie. Después de todo, la mayor parte de la ley la hemos elaborado basándonos en precedentes, y gran parte es apta para el propósito para el que fue concebida. Pero para el resto tenemos que pensar con una mente clara.

—Como por ejemplo, como especificas aquí, la libertad de casarte con quien quieras, de tener hijos con quien elijas.

—Sí. Estamos restableciendo el derecho que tiene la mujer de controlar su propio cuerpo, su útero.

—Pero esto va en contra de lo que los ingenieros sociales recomendaron hacer para conseguir una mezcla genética óptima. Ese fue un requisito básico de la misión.

—Pero los ingenieros sociales no están aquí —replicó Jerry con firmeza—. Nosotros sí. Y ninguna política tendrá éxito si la gente la rechaza, por muy listos que fueran esos tipos que la elaboraron y que se ahogaron hace ya tiempo. Wilson y yo creemos que tenemos que depositar nuestra confianza en la sabiduría colectiva de la tripulación... de la nuestra propia.

—También proponéis una reforma de la educación.

—Así es. El plan de estudios que hemos desarrollado para los niños hasta ahora ha estado basado en unas insípidas asignaturas de la academia. Ética, por amor de Dios. Filosofía. Teología Comparativa. Bla, bla, bla. Gracias a Dios que estos niños todavía no son lo suficientemente mayores como para que todo esto les haya dañado de alguna forma. Debemos ceñirnos a lo que estos críos van a necesitar aprender para sobrevivir.

—Como... ¿desmantelar un soporte vital? Estás limitando incluso la ciencia que les van a enseñar. Normalmente en un colegio se recompensa la curiosidad, la iniciativa, la capacidad de aprender.

—En esta misión se trata de buscar un equilibrio. La curiosidad puede venir después, cuando ya estemos asentados en Tierra II y podamos permitirnos el lujo de preguntarnos qué hay al otro lado de la colina.

—Hmmm. Interesante experimento.

Zane sonrió.

—Con el tiempo, la naturaleza humana se reafirmará. Pero ese momento todavía no ha llegado. Por ahora, tenemos que considerarnos en guerra con un entorno que nos matará a menos que consigamos defendernos sin un solo descuido. Y ese es el mensaje que tenemos que recalcar a los niños.

—Afirmas que tenemos derechos en lo que se refiere al abastecimiento de aire y agua pero eso le otorga mucho poder a las funciones centrales que mantienen esos recursos.

—Claro. Y por eso Wilson está intentando conseguir el favor de Holle Groundwater para que esté de su lado, como seguramente ya sabes. Porque esa clase de poder reside en ella y en su equipo.

Wetherbee llegó a la ley más controvertida de la propuesta legislación.

—Vais a interrumpir la vigilancia dentro del casco, la grabación rutinaria de todo lo que ocurre aquí.

—A menos que sea para un propósito específico, sí. Los humanos tienen el derecho fundamental a la intimidad, de pensamiento y de hecho. Debemos confiar en

nuestra gente, doctor.

—Thomas Windrup...

—Eso es una excepción. Y además la vigilancia no lo detuvo, solo demostró su culpabilidad después de haber cometido el delito, de que lo pillaran y de que confesara. —Soltó una carcajada—. Por supuesto, Zane 3 cree que si cancelamos el *reality show*, los directores de Las Vegas entrarán y cancelarán el programa o nos castigarán.

—Sabes que hay mucho debate en torno a eso. La tripulación no podrá vigilaros, quiero decir, a Wilson y a su equipo.

—Bueno, eso es solo una nimia objeción teórica.

—¿Teórica? Quizá.

Wetherbee apretó los labios con los dedos y se preguntó hasta dónde podría llevar la discusión. Quien le preocupaba era Zane, no Wilson ni su manifiesto. Su objetivo a largo plazo era la reintegración de todas las personalidades de Zane. Pero para conseguirlo iba a tener que entender y trabajar con cada una de ellas.

—Kelly Kenzie dice abiertamente que esto es un golpe de Estado —dijo Wetherbee con cautela.

Zane se rió.

—Bueno, era de esperar, ¿no? —E incluso le guiñó el ojo—. Escuche, doctor, creo que usted y yo podemos hablar con franqueza. Quiero decir, no se verá amenazado gane quien gane el viernes. Lo puede ver desde varias perspectivas. Los ingenieros sociales intentaron organizar nuestra pequeña sociedad de la manera en la que lo hacían los cazadores-recolectores. Ahí tienes líderes aceptados a regañadientes, siendo su cualidad más importante el prestigio... el talento. Así es Kelly, ¿verdad? Pero Wilson se anticipa a tiempos más duros, como ahora, tiempos en los que estuvimos a punto de ser destruidos por nuestro entorno, nuestro incansable enemigo. En tiempos así necesitamos una clase de líder más básico.

—¿Básico? ¿En qué sentido?

—Bueno, Wilson es más alto que Kelly. Lleva años musculándose. Y es un hombre...

—¿Ser un hombre fuerte y grande lo capacita para ser líder? ¿Hablas en serio?

Zane sonrió de nuevo.

—Tiene que tener en cuenta qué es lo que tranquiliza a la gente. Y además ahora es el mejor momento. Este año la inundación gana...

No tenían noticias de la Tierra, no desde la propulsión por curvatura, pero habían seguido el probable progreso de la inundación con simulaciones basadas en los mejores modelos científicos disponibles. Aquel año y el siguiente serían testigos de la desaparición de continentes enteros. En enero, Europa finalmente debió de haber desaparecido cuando el agua cubrió el monte Elbrus, el punto más alto de Rusia. En

mayo fue el turno de África, cuando el Kilimanjaro quedó anegado. Y los Estados Unidos continentales a estas alturas ya habrían desaparecido también, salvo un par de montañas de Alaska. El año que viene sería Sudamérica la que sucumbiría a las aguas, junto con los Andes, y ya no quedaría nada del hemisferio occidental, ni rastro de tierra alguno.

—Wilson siempre pensó que habría problemas este año en particular —explicó Zane—, que es el año en el que el síndrome del superviviente empieza de verdad a actuar. Lo que la gente quiere por encima de todo es estabilidad y eso es lo que Wilson les puede proporcionar. Su mandato será bien recibido, créame. —Esbozó una sonrisa—. Creo que Zane 3 se está impacientando. Será mejor que vuelva.

—Si no te importa.

—Me resulta estimulante hablar con usted, doctor Wetherbee.

—A mí también. Gracias Jerry... ¿Zane? ¿Estás ahí?

Zane se echó hacia atrás en su asiento con el rostro crispado, como si estuviera a punto de llorar.

—¿Doctor Wetherbee?

—¿Recuerdas algo?

—Creo que no. Me parece haberlo visto a usted... No lo recuerdo.

—Ha ido muy bien. Cierra la puerta de tu habitación con llave. ¿Lo has hecho?

—Sí.

—Muy bien. Vuelve a la consulta conmigo. Vamos, vuelve mientras cuento hacia atrás a partir de cinco. Cinco, cuatro, tres...

Julio de 2048

Para la votación sacrificaron un manual de los ingenieros sociales sobre las políticas de reproducción y utilizaron su papel. Holle moderó el proceso con observadores de las facciones principales de la tripulación. Incluso había cogido a Helen Gray y a Steel Antoniadi, de solo seis y tres años, para que ayudaran a juntar las papeletas y a contarlas para que los nacidos en la nave estuvieran de alguna forma vinculados a los resultados de la votación.

En la primera vuelta, Venus quedó tercera y fue eliminada. Y en el desempate, Wilson derrotó a Kelly por dos tercios a uno de los votos. Para gran alivio de Holle, nadie impugnó el resultado.

Septiembre de 2049

—Puede que tengamos un problema —fue lo único que Venus le dijo a Holle, en voz muy baja, a través del gorro de comunicaciones de la tripulación que controlaba la nave.

Así que Holle se dirigió a la cúpula, tomó asiento y esperó en el zumbido de la oscuridad mientras Venus y Cora llevaban a cabo un complejo procesamiento de datos numéricos que pasaban de una pantalla a otra en columnas de números, curvas en espiral e increíbles visualizaciones multidimensionales.

En la cúpula uno se acostumbraba a los largos silencios. Así lo quería Venus Jennings. El lugar era un remanso de paz con su olor a plástico, a metal y a equipos electrónicos (incluso olía a limpio, como a alfombra nueva), y con el zumbido suave de los ventiladores de aire reciclado. Era como sentarse en el núcleo de un ordenador. Y más allá de las paredes de cristal, solo estaban las pacientes estrellas. Sentada aquí, podía olvidarse incluso de que los cascos existían, con su caos, su vileza y su continua rebeldía, gobernados por Wilson y sus aliados con su poder frío y ligeramente amenazador.

Holle admitía abiertamente que la cúpula era un refugio para ella y evidentemente también lo era para aquellos que trabajaban allí. Toda la gente de Venus estaba herida de un modo u otro, todos ellos candidatos, todos ellos de unos treinta años, más o menos de la misma edad que Venus y la propia Holle: Cora Robles había perdido a su hija, en su último acto como portavoz Kelly había mutilado a Thomas Windrup y a Elle Strelkov la había dejado traumatizada el interminable enfrentamiento entre Thomas y Jack Shaughnessy.

Incluso Venus se había vuelto más retraída desde los acontecimientos ocurridos catorce meses atrás, lo que Kelly seguía llamando el golpe de Estado de Wilson contra ella. Venus siempre había sospechado que Wilson, de alguna forma, la había manipulado para que fuera la primera en cuestionar a Kelly. Se sentía traicionada. Reconocía que Wilson había traído una cierta estabilidad de la que carecían con Kelly. Pero ella siempre puntualizaba que la única parte del anteproyecto de Wilson que había sido tachada discretamente después de tomar posesión de su cargo era una cláusula limitativa, que restringía el mandato del portavoz a cuatro años. En todo caso, esta peculiar relación entre Venus y Wilson era estable. Holle esperaba que siguiera así los dos años que quedaban de viaje hasta llegar a Tierra II.

Y era por Tierra II y los últimos datos que Venus había recabado sobre el planeta para lo que Holle había ido aquel día allí.

Las astrónomas se tomaron un descanso en su estudio. Se echaron hacia atrás en sus asientos, respiraron hondo y se estiraron, como si subieran a tomar aire. Cora sonrió a Holle y salió a través de la esclusa de aire hacia el Seba. Venus y Holle se quedaron a solas. Venus le dio a una tecla de su portátil y Holle oyó el débil sonido de unos cerrojos.

—Nos has encerrado —dijo Holle, sorprendida.

—Así es. —Venus sacó un termo de la estantería inferior que tenía al lado de su terminal de trabajo—. ¿Te apetece un café?

—Qué honor.

La mujer puso dos tazas.

Holle le daba sorbos agradecidos. La capacidad de los sistemas de procesamiento para seguir haciendo un líquido caliente que todavía sabía a algo parecido al café casi ocho años después del lanzamiento desde Gunnison era uno de los pequeños milagros del *Arca*.

—Tu café siempre es el mejor, Venus.

Venus sonrió; el tenue brillo de la pantalla iluminaba su rostro.

—Le tengo que dar a la gente alguna clase de incentivo para que me visite. Por cierto, cuando cierro la escotilla también se interrumpe la transmisión de datos a la nave. Para que tengamos un poco de intimidad.

Holle la miró fijamente.

—¿También te desconectas de Wilson?

—Ah, a nuestro gran líder le llega información continua —le guiñó el ojo a Holle—, pero eso no quiere decir que esa información sea la pura verdad en todo momento.

—¿Manipulas la información?

—Wilson nos necesita, necesita lo que hacemos. Siempre y cuando no sea una amenaza directa, creo que me deja que tenga mis secretitos.

Y esa era una expresión de la táctica más básica para sobrevivir en este arca: coger un poco de poder y no soltarlo.

—¿Así que hoy tienes un secretito?

Venus asintió.

—Se lo contaré a Wilson cuando esté lista. Necesito más datos para confirmarlo. Pero...

—Me dijiste que había un problema.

—Con Tierra II —dijo Venus—. Creo que hay un problema con nuestro destino, Holle. Necesito que me ayudes a ver cómo puedo manejarlo.

—Mierda.

Venus sonrió.

—Eso no define ni por asomo lo que ocurre aquí. —Giró una pantalla para que Holle pudiera verla—. Tenemos imágenes de Tierra II. Todavía no son muy nítidas, pero...

Holle se quedó estupefacta.

—Vaya. Imágenes. ¿Y te las has guardado para ti misma?

—Hasta ahora.

—De repente me siento como Colón.

—Más como la tripulación del *Apolo VIII* —dijo Venus—. ¿Recuerdas cómo Gordo solía afirmar que había conocido a todos ellos: Borman, Lovell y Anders? Los primeros en abandonar la órbita de la Tierra, los primeros en ver el mundo entero y completo... —Uno de sus dedos estaba a punto de presionar una tecla—. Deja que te enseñe cómo conseguimos los datos.

Desde que entraron en propulsión por curvatura, Venus y su equipo habían seguido usando el *Arca* como una plataforma telescópica móvil para inspeccionar las estrellas cercanas y sus planetas, ampliando así la profundidad y la calidad de las búsquedas que habían sido posibles desde la Tierra y desde la nave misma en la órbita de Júpiter. A Holle le parecía sorprendente que se pudiera llevar a cabo un trabajo tan preciso desde dentro de una burbuja de deformación, con los telescopios apuntando a través de una pared de espacio-tiempo plegado. Pero la curvatura de la luz era fácil de desentrañar; solo había que determinar el origen de los rayos por medio de los caminos que habían seguido, con la ayuda de soluciones con las que se atravesaban el bosque de las ecuaciones relativistas que describían la propulsión por deformación de Alcubierre.

Incluso ahora que estaban rodeados de estrellas, la débil luz de un planeta, que reflejaba un fragmento de la radiación producida por su planeta padre, seguía siendo difícil de detectar. Así que Venus tenía a sus telescopios buscando los sutiles declives en la luz de una estrella cuando un planeta transitaba por delante de ella, una técnica que funcionaría solo si por casualidad la órbita quedaba alineada de canto con el *Arca*. O buscaba variaciones en el movimiento de una estrella causadas por el arrastre gravitacional de los planetas. Lo que a Holle le parecía la técnica más inteligente consistía en un par de telescopios que observaban la misma estrella pero separados el uno del otro. La luz funcionaba como una onda y cuando las ondas se combinaban interferían entre sí, de forma constructiva o destructiva. Las señales de los dos telescopios se combinaban de modo que se producía una resonancia destructiva entre las dos entradas de información de la luz de la estrella; y al hacer invisible la propia estrella, se podría distinguir cualquiera de los planetas, ya que cada uno de ellos poseía solo una milmillonésima parte de la luz de la estrella.

Con técnicas de este tipo se podía observar de cerca, estimar su masa y su

gravedad, analizar el espectro de su luz en busca de agua y de componentes de la atmósfera como el metano y el oxígeno. Antes de que el *Arca* abandonara Júpiter, estos rasgos similares a los de la Tierra se encontraron en un planeta de Eridani 82, una estrella no muy diferente del Sol.

—Pero —dijo Venus— no estamos observando Tierra II todo el tiempo. Hemos estado mirando más allá, tan lejos como podemos, a través de una esfera de una radio de cien años luz, intentando trazar un mapa de todo lo que podemos. ¿Por qué no? Aunque llegemos a Tierra II, va a pasar mucho tiempo hasta que alguien pueda llevar a cabo una búsqueda de planetas y sin duda no va a ser desde una plataforma como esta. Hay límites en la detectabilidad, una base de ruido astrofísico a través de la que no se puede ver. Pero somos de sobra sensibles como para detectar un planeta parecido a la Tierra a una distancia a la de la Tierra a una estrella parecida al Sol, por ejemplo de oscilaciones en su velocidad radial de un centímetro por segundo o así. Así que estamos elaborando un catálogo, un legado para generaciones futuras. — Sonrió y la Venus con la que Holle había crecido salió de la seria mujer de treinta años—. Además, ¿qué otra cosa vamos a hacer en todo el día? Es esto o limpiar las paredes.

—Te creo.

—Entonces... ¿Lista para Tierra II?

—Vamos allá.

La pantalla que Holle tenía delante se encendió y apareció un disco, un mundo. Sería casi un círculo entero si no fuera por la medialuna de sombra del lado izquierdo. Y en el hemisferio derecho, la parte que estaba iluminada por una luz similar a la del Sol procedente de Eridani 82, predominaba un océano gris brillante. Holle vio un reflejo deslumbrante en el limbo derecho proyectado por la estrella oculta. Había un remolino de nubes en ese hemisferio iluminado, un enorme sistema de tormentas de algún tipo. En otra parte vio tierra, un delgado cinturón gris que atravesaba el planeta por la parte central, otra masa continental debajo y una especie de archipiélago encima. La imagen estaba borrosa; los detalles de tamaño más pequeño que el de los continentes no eran visibles.

Venus observaba a Holle, sonriente.

—Ni siquiera Wilson lo ha visto todavía.

Holle negó con la cabeza.

—Es como un efecto especial de HeadSpace. Y se parece tanto a la Tierra. ¿No hay casquetes polares?

—No, aunque la temperatura de su superficie no es muy diferente a la de la Tierra. Bueno, ha habido momentos en la Prehistoria en los que en la Tierra no había hielo.

—¿Son estos los colores verdaderos? Las masas continentales son un poco más

oscuras que las de la Tierra quizá.

Venus asintió.

—Es verdad. No es tan verde como la Tierra. Eridani 82 es más una estrella de clase G5 más que una G2 como el Sol y la luz es ligeramente diferente. Sospechamos que el proceso químico de recolección de luz es distinto ahí abajo.

—Pero hay vida.

—Ah, sí, pensamos que sí. Si no fuera así no habría una atmósfera compuesta por oxígeno y nitrógeno.

Holle le echó un vistazo a las masas continentales dispersas. ¿Se convertirían las formas de estos extraños continentes en algo tan familiar para los niños del *Arca* como África, América y Asia lo habían sido una vez para sus padres y abuelos antes de que la inundación los anegara?

—Venus, para mí esto tiene buena pinta. ¿Dónde está el problema?

—Mira esta secuencia. El día en Tierra II es más largo que el de la Tierra, unas treinta horas. Estas imágenes se tomaron con dos horas de diferencia.

Era una especie de animación rudimentaria y borrosa que mostraba el mundo girando sobre un eje horizontal. Esa larga masa central se desplazaba hacia abajo y el otro continente desaparecía debajo del planeta. El cinturón de sombra no cambiaba. El sol no estaba visible, en algún lugar a la derecha.

De repente, Holle lo entendió.

—Ah, es como Urano. El eje está tumbado y apunta hacia su sol.

—Está inclinado casi noventa grados. En comparación con los... ¿cuántos?, ¿veintitrés y medio de la Tierra? En verdad, creemos que se parece más a Marte, donde el eje oscila en periodos de cientos de miles de años. A la Tierra la estabiliza la Luna; Marte no tiene un satélite lo suficientemente grande... como le pasa a Tierra II. La inclinación parece estar vinculada al efecto marea de dos gigantes gaseosos situados a más distancia.

—Por eso no hay hielo.

—Así es. Cada polo debe de estar expuesto a una luz continua la mitad del año, mientras el otro está en permanente oscuridad.

—¿Cómo es posible que esto ocurra?

—Los planetas y los sistemas planetarios, son algo común, Holle. Eso es lo que hemos aprendido... el cielo está lleno de planetas. Pero los procesos de formación por los que atraviesan son caóticos. Los planetas nacen de la fusión de nubes de polvo y hielo y después sufren una cadena de impactos, desde granos de polvo que chocan entre sí hasta masas del tamaño de planetas que colisionan. No solo eso, también está la migración. Las estrellas nacen en guarderías abarrotadas y la nube remanente es barrida a bastante velocidad por la luz de estrellas vecinas recién nacidas. Pero antes la fricción de marea con la nube puede hacer que planetas de la

masa de Júpiter se dejen llevar hacia el interior a través del sistema, mientras esparcen mundos más pequeños como si fueran pájaros. Así que hay mucho de azar en el proceso. En fin, es probable que este sea el motivo por el cual hemos descubierto tan pocas Tierras en órbitas circulares estables a una distancia adecuada de su estrella. Y si pones limitaciones a la clase de estrella que quieres, entonces hay menos en donde escoger.

Holle se tiró de la nariz.

—Tengo la sensación de que estás intentando persuadirme para que participe en este debate.

Venus suspiró.

—Bueno, es un debate que ya estaba muerto antes de abandonar Júpiter. Holle, hemos encontrado Tierras orbitando otras clases de estrellas, que no eran como el Sol en absoluto; por ejemplo, las enanas rojas de tipo espectral M. Si orbitas lo suficientemente cerca, las temperaturas son razonables. Algunas de esas Tierras-M son mejores candidatas que Tierra II, incluso si nos basamos en lo que supimos en la órbita de Júpiter. Pero había una facción en el centro de control que no nos permitía ir a ningún lugar que no fuera una estrella amarilla.

—Lo recuerdo —dijo Holle—. Intenté no meterme en esa polémica. Gordo al final se puso firme, ¿verdad?

—Sí. «¡No voy a enviar a esta tripulación al puto planeta Krypton!». Básicamente, aceptamos la apuesta de que este, entre el número limitado de candidatos que estábamos dispuestos a considerar, nos diera resultado. Bueno, perdimos la apuesta. Estamos llevando a cabo un modelo de las condiciones que hay en la superficie de Tierra II. Existen complejos sistemas climáticos, poco característicos de la Tierra. Evidentemente, las formas de vidas simples sobreviven ahí, pero...

—Pero puede que no sea un mundo para humanos.

—No lo sé. Espero que sí, pero me temo que no. —Venus suspiró y apagó la secuencia de imágenes—. Si hay algo que podemos aprender de esto es que solo un parámetro astronómico, en este acaso la inclinación axial, puede arruinar un mundo desde un punto de vista humano. Quizá por eso no hemos detectado señales de vida inteligente en ninguna parte.

Holle la miró fijamente.

—¿Habéis estado buscando?

—Por supuesto que sí. ¿No lo harías tú acaso? Hemos estado buscando hacia la dirección en la que vamos y también hacia el centro de la galaxia, donde están la mayoría de las estrellas. No hemos visto nada, Holle, ni rastro de infraestructuras orbitales exoplanetarias: ni esferas de Dyson, ni mundos anillo, ni rastro tampoco de que nadie haya interferido en la evolución de las estrellas. Y no se ha recibido

información organizada a través de las ondas de radio. Es una galaxia grande y vacía. Vacía si no fuera por nosotros. Y eso da miedo. —Lo dijo en un hilo de voz. Cuando miró hacia las estrellas, las pupilas de sus ojos adaptados a la oscuridad estaban enormes bajo la luz tenue de la pantalla.

Al mirarla, Holle se preguntó qué efecto a largo plazo tendría la contemplación de un universo silencioso en Venus y en su gente. Estaba claro que el *Arca* no necesitaba más chiflados.

—Venus, creo que deberíamos empezar a hablar a la gente de esto. De tus dudas acerca de Tierra II. Cuanto antes intentemos solucionar este tema, mejor.

Venus gruñó.

—Claro. Empieza con Wilson, ya que de todas formas estará escuchando. Pero no le digas nada a la tripulación por ahora. No serviría de nada provocar reacciones negativas.

—Gracias por el café. Hmmm, ¿puedes abrir la escotilla?

Holle aplazó el ir a ver a Wilson para comentarle lo que le había dicho Venus. Necesitaba tiempo para pensarlo.

En cambio, de vuelta en el Seba, bajó al nivel diez donde tenía que reunirse con el doctor Wetherbee y Grace Gray para ponerse al corriente del progreso de la terapia de Zane Glemp. Wetherbee dijo que Zane estaba participando en un círculo del sueño allí hoy y que quería observar.

Al salir de la cúpula por la esclusa de aire, Holle se encontró con Grace y cruzaron el nivel para bajar por la escalera. En la zona abierta del centro del nivel, Grace tuvo que tirar de Holle para evitar el cuerpo de un niño que bajaba a toda velocidad por la barra.

—¡Yupi!

—Dios —exclamó Holle, que respiraba con dificultad—. Casi me da.

—Sí. Cada vez son más rápidos. Se retan los unos a los otros para ver quién llega más abajo sin agarrarse a la barra. —Llegaron a las escaleras y comenzaron su descenso—. He convencido a Wilson para que tape el agujero del nivel catorce con una red para que al menos no se estrellen contra los sistemas hidropónicos.

—Esos pequeños bastardos están locos.

Grace, que iba delante en el descenso, sonrió.

—Es complicado controlarlos las veinticuatro horas del día, Holle. Mi Helen ya tiene siete años.

—A veces los oigo hablar. Incluso su lenguaje es diferente al nuestro. Juegan a complicados juegos de persecución y deben de tener cincuenta palabras para decir «tú la llevas».

—Sí, pero ninguna para «cielo» o «mar».

Llegaron al nivel diez. Más de un año después del incendio, el nivel seguía siendo una ruina, con las paredes ennegrecidas y los armarios de instrumentos quemados. Incluso el suelo era una improvisación para reemplazar los paneles de rejilla fundidos. La totalidad de este casco nunca se había recuperado en realidad y tenía un aire a gastado y a viejo.

El círculo del sueño acaba de empezar y el recaudador de la cuota les pedía a los soñadores que colocaran el pulgar sobre una tableta de bolsillo y apretaran para realizar sus pagos. Wilson había instalado una nueva moneda de créditos, recaudados electrónicamente y almacenados en la memoria de la nave; se te pagaba por tu trabajo, y a su vez tenías que pagar por todo, excepto por el aire y el agua. Incluso tenías que pagar por compartir tus sueños en un nivel quemado. Y una parte de cada

pago iba directamente al fondo común, que controlaba Wilson.

Entre los soñadores estaba Zane, que parecía tímido, sumiso. Holle se preguntó qué álter ego sería el dominante hoy.

Grace seguía hablando de los niños.

—Los niños se adaptan al lugar en el que se han criado, supongo. En el *Arca Tres* a menudo teníamos que tratar con las comunidades de balsas, para comerciar, ya sabes. Nos encontrábamos con niños mayores que Helen que llevaban toda la vida en el mar, que nunca habían visto tierra firme... Eran felices o podían serlo. Dondequiera que naces, crees que es normal... es todo tu mundo, es todo lo que necesitas.

—Pero son tan diferentes de nosotros.

—Como nosotros lo fuimos de la generación de nuestros padres. Tenían que serlo. Y supongo que los siguientes niños, los colonos de Tierra II, serán también diferentes.

—Si alguna vez llegamos allí.

—¿Cómo?

—Nada. Eh, mira, ahí está Mike.

Mike bajaba de los niveles superiores. Parecía agobiado, como siempre; tenía el pelo canoso y parecía envejecer rápidamente. Llevaba una bolsa-botiquín para emergencias en la cintura y una pequeña cámara. Venía a grabar la participación de Zane en el círculo del sueño. Uno no veía una cámara hoy en día si no era para algo específico.

Wetherbee se puso al lado de Holle y de Grace y los soñadores empezaron a escuchar a Theo Morell, que hablaba en primer lugar.

—Estaba atrapado en este túnel, ya sabéis, como cuando te quedas atascado detrás de un armario para los equipos. Estaba solo, todos estaban muertos... no, nunca había existido. Solo estaba yo, estaba encerrado y no podía respirar. Entonces alguien empezó a golpear el casco desde fuera y empecé a gritar y a chillar, pero mi voz solo hacía eco. Entonces avancé serpenteando y vi una especie de luz...

El resto escuchaba embelesado. La docena de soñadores era una mezcla de las diferentes facciones del Arca: candidatos, intrusos e ilegales. Holle se dio cuenta de que una chica estaba cogiendo apuntes con su ordenador de bolsillo, un testimonio de lo que se decía. Zane solo se balanceaba hacia delante y hacia atrás y se pinchaba el brazo desnudo con un juguete de plástico, un destornillador para niños. A Holle le parecía irónico que Theo Morell fuera el primero en compartir su sueño. Él seguía siendo el rey de HeadSpace, pero desde que Wilson había restringido el acceso a las cabinas imponiendo una cuantiosa cuota para su uso, los círculos del sueño, que eran más baratos, estaban prosperando.

—Típico sueño del *Arca* —murmuró Mike—. Confinamiento, claustrofobia,

miedo a lo que hay fuera, pero deseando la liberación.

—Me suena como a un recuerdo de su nacimiento —susurró Grace—. Como si estuviera luchando por atravesar una vagina gigante.

Wetherbee sonrió.

—Ah, sí, eso también. Los sueños siempre son sobre sexo.

—No hay niños hoy —murmuró Holle.

Normalmente, unos cuantos niños participaban en estas sesiones. Las transcripciones mostraban cómo los niños relataban las visiones que bullían dentro de sus cabezas sobre la Tierra, las fantasías del planeta para el que evolucionaron, pero que nunca pudieron ver. Holle lo encontró fascinante, aunque terriblemente triste.

—No —dijo Wetherbee—, pero a los niños les gusta Zane. Uno pensaría que lo temen, pero creen que es divertido o algo así, las diferentes personas que hablan por su boca. Es una novedad en un entorno que carece de novedades.

—¿Cómo son sus sueños? —susurró Grace.

—Depende de qué áter ego esté hablando —señaló Wetherbee—. Creo que ese es Zane 1, el más joven. ¿Veis cómo juega a hacerse daño con el destornillador de plástico? Se lo di para impedir que se lo hiciera de verdad. Al menos así no se abre la piel. Zane 1 tiene sueños que le provocan ansiedad y son muy sexuales. Los sueños de Zane 3 son los más inquietantes: son fantasías complejas sobre ríos, serpientes y cazadores, en las que nada es real y se desvanece cuando miras.

Grace negó con la cabeza.

—¿Crees que ya tienes a todos los áter ego delimitados?

Wetherbee parecía afligido.

—Después de tres años, espero que sí. Sigo creyendo que tiene un trastorno de identidad disociativo, más de una personalidad dentro de una sola cabeza. Estos áter ego aparecen en situaciones de estrés o dolor extremos.

»Este Zane 1 nació cuando Zane tenía unos dieciséis años y fue objeto de abusos sexuales por parte de Harry Smith. Zane no podía soportar la angustia que esto le causó, la vergüenza, la mentira, la respuesta amedrentadora de su padre, así que creó a Zane 1, que es el que recibe todo el dolor. Es un mecanismo de defensa.

»La siguiente crisis importante para Zane fue cuando tenía unos veinticuatro años, cuando nos estábamos preparando para la propulsión por curvatura en la órbita de Júpiter. Esa crisis creó dos identidades, creo. Ya se sentía culpable de estar en el *Arca* porque consideraba que por su «suciedad» no podría contribuir al acervo génico. Zane 2 era el que recibía toda esa vergüenza y ese remordimiento. Y entonces sintió que no podía con sus obligaciones en ese momento clave, que si lo pensáis bien, era la esencia de toda su vida. Así que creó otra personalidad, llamada Jerry: un hombre mayor, más tranquilo y alejado de todas esas crisis adolescentes. Jerry sale a menudo de noche, cuando Zane duerme, para encargarse de las tareas de Zane;

cuando este despierta se encuentra todo hecho y resuelto, y no recuerda haberlo hecho, no hay rastro físico de los acontecimientos salvo tal vez falta de sueño. Jerry es el más cuerdo de todos los áter ego, si se puede usar esa palabra. Que cuando tratas con él sea un coñazo, pues sí. Pudo haber otras personalidades, otros áter egos creados en los primeros momentos de la crisis: el lanzamiento desde la Tierra, por ejemplo. No estoy seguro.

»Todos estos áter ego se llevaron gran parte de las funciones de Zane. El que queda es el que yo llamo Zane 3. Es una concha vacía. No tiene un recuerdo real de su vida antes de Júpiter. Es como si se acabara de despertar después de entrar en propulsión por curvatura, totalmente formado. Y no tiene conocimiento alguno del trabajo que realiza en la nave; de eso se encarga Jerry. De alguna manera, Zane 3 es el que está más loco. Creo que él realmente no cree que esté en una nave.

—Entonces, en todo esto, ¿dónde está el Zane de verdad? —preguntó Grace. Wetherbee se encogió de hombros.

—Todos ellos forman parte de él. Creo que Zane 3 es como una especie de punto central, pero no es el líder.

—Suenan descabellado.

—Lo sé. Muchos analistas creían que este trastorno era siempre iatrogénico; es decir, producto del diagnóstico mismo, una especie de fantasía inventada por el médico y el paciente, puede que inconscientemente. Conocí médicos a quienes les hubiera encantado tener un caso así entre manos. Podrías escribir un libro sobre este tema.

—Pero no tú —dijo Holle.

—Pues claro que no. No soy tan listo como para haberme inventado esto, créeme.

—¿Y cuál es el pronóstico? ¿Qué puedes hacer al respecto?

—Hay formas de reintegrar las diferentes personalidades en una sola. Pero estamos hablando de más años de terapia. Creo que voy a esperar hasta después de 2051, que es cuando se supone que llegaremos a Tierra II. Esa será la última vez que necesitemos a Zane el ingeniero de la propulsión por curvatura. De hecho, aunque de forma extraña y desequilibrada, él sigue funcionando. No creo que pueda arriesgarse a poner eso en pelibrio. Cuando tenga mi consulta montada y en funcionamiento en Tierra II, entonces puede que tenga tiempo para curar a Zane.

—De sus áter ego, ¿cuál es el que menos te gusta? —le preguntó Holle.

—Buena pregunta. Ese —respondió Wetherbee señalando a Zane—. Los áter ego se quedan atrapados en la edad que fueron creados. Zane 1 tendrá diecisiete años toda su vida. Y revive el abuso y el dolor que absorbió una y otra vez. Esa es su función: quitarle esos recuerdos a Zane. Pero eso significa que está atrapado en un presente eterno, como una grabación que se repite sin cesar. Zane 1 está en el infierno.

Se quedaron callados y lo observaron sentado con los soñadores y pinchándose el

brazo con el destornillador de juguete una y otra vez. Esta era la tripulación que tendría que enfrentarse a los dramáticos e inesperados retos de Tierra II, pensó Holle. ¿Cómo iban a poder con eso?

Diciembre de 2051

Todo el mundo se apiñaba en el Havila para el informe de Venus a la tripulación sobre Tierra II, todo el mundo menos los que estaban de guardia en el Seba y Holle sabía que ellos también estarían pegados al sistema de comunicación. Para la presentación, Venus utilizó una bola de cristal, una unidad de visualización en tres dimensiones que no había sido desempaquetada desde que dejaron la Tierra, que zumbaba y brillaba mientras sus paneles giraban demasiado rápido como para que el ojo pudiera seguirlos. Holle sabía que era un regalo para el *Arca* de Thandie Jones y que era el mismo dispositivo que la mujer había usado una vez para informar a la gente de la LaRei en Denver, con Holle y Kelly jugando en el suelo, y que incluso antes de esa fecha lo había utilizado en Nueva York para el IPCC.

Holle encontró un sitio en una pasarela junto a Kelly Kenzie. Venus había sacado los paneles de malla de tres niveles para abrir una especie de auditorio en el corazón del casco, por lo que todo el mundo podía ver y oír; había más de ochenta personas, entre ellas niños y bebés, apretadas unas contra otras y aferradas a las pasarelas y las escaleras de mano esperando el espectáculo. El lugar resonaba con un murmullo impaciente de voces y existía una extraña sensación de multitud. Holle vio que por todas partes había caras conocidas, las personas con quien había compartido tantas cosas, en algunos casos desde que eran niños en Denver. Estaba Mike Wetherbee al lado de Zane Glemp, su paciente menos tratable pero más valioso; Theo Morell el rey medio corrupto de las cabinas HeadSpace; los hermanos Shaughnessy, ambos muy trabajadores, con Jack y su gorra calada hasta los ojos que ocultaba un rostro lleno de marcas de quemaduras; Thomas Windrup y Elle Strekalov, que seguían juntos a pesar de todas sus tribulaciones; Masayo Saito, el teniente del Ejército que, metido en una situación insostenible e inesperada, había demostrado ser un mediador sabio y valiente; y la pobre Cora Robles, que nunca había superado la pérdida de su pequeña, y que era la sombra de lo brillante que una vez fue, pero que estaba embarazada de nuevo. Helen Gray, que ya tenía nueve años, estaba con su madre en una pasarela en el lado opuesto del casco. Jugaba a las palmas con Steel Antoniadi, de seis años de edad. Cuando divisó a Holle, Helen la saludó con la mano. Se estaba convirtiendo en una niña preciosa con la tez inglesa de su madre. Holle se dio cuenta de que aquella niña nunca en toda su vida había visto tanta gente junta en un mismo espacio como ahora. Pero la atención de Helen, al igual que la de los demás niños, estaba centrada en el juguete brillante de Venus.

Holle sentía que había un ambiente de júbilo, de pertenencia. A pesar de sus

triumfos y sus tragedias, sus debilidades y sus fortalezas, habían llegado hasta aquí, transcurridos diez años desde Gunnison y más de veinte años luz. Habían llegado a Eridani 82. Y todos habían visto el premio, Tierra II, con sus propios ojos. Venus había permitido que la tripulación entrara en su preciada cúpula, aunque no todos a la vez, para mirar hacia abajo y ver el enorme mundo que giraba a unos cientos de kilómetros de la nave en órbita, con sus océanos encrespados, sus nubes dispersas, sus herrumbrosas masas de tierra. Había un sentido de unidad, por fin; juntos habían conseguido un inmenso triunfo.

Pero Tierra II no era lo que habían esperado. Y ahora, seis meses después de la llegada del *Arca* a la órbita de Eridani 82, tenían que tomar decisiones muy importantes. Holle se preguntaba cuánto de esa maravillosa unidad sobreviviría ese día.

Wilson Argent llegó pavoneándose y la gente se calló. Wilson miró a la tripulación, en los niveles, en las pasarelas y agarrados a las escaleras. Era un hombre grande, imponente e impresionante. Tres años después de su toma de posesión, su poder sobre la tripulación era absoluto y lo trataban con una mezcla de admiración, temor y miedo. Aquel día iban a hablar de la decisión más importante que habían tenido que tomar desde que abandonaron la Tierra, una decisión sobre el futuro mismo de la misión, del *Arca*; ni siquiera él podía precipitar este acontecimiento. Y por eso este día tan decisivo era un momento de vulnerabilidad relativa para Wilson.

En un impulso, Holle miró a Kelly. Su expresión era dura, decidida. Holle reconoció la cara ambiciosa de la mujer, la cara que tenía cuando anunció que iba a dejar a su hijo para conservar su plaza en la nave. Desde que la había desbancado, Wilson había dejado a Kelly en paz, pero en el mejor de los casos se habían comportado como dos ejércitos en guerra bajo una tregua armada. Pues bien, hoy Kelly parecía que estaba planeando algo y Holle sintió una punzada de profunda inquietud.

—Todos sabéis por qué estamos aquí. —La voz de Wilson, sutilmente amplificadas, resonó por todo el casco—. Hemos realizado el primer vuelo interestelar de la humanidad, hemos llegado a Tierra II y para todos ha sido un viaje muy movido. Peor el trabajo todavía no está hecho, no hasta que pisemos suelo nuevo, removamos la tierra y plantemos nuestra primera cosecha. Venus va a daros un resumen de lo que sabemos hasta ahora del planeta. Y después decidiremos, como grupo, qué vamos a hacer al respecto.

Así era Wilson, directo y al grano. Miró a Venus, asintió con la cabeza y retrocedió para unirse al grupo de ilegales e intrusos que se había convertido en su corte.

Venus dio un paso adelante y miró a los rostros expectantes. Le dio a una tecla de su ordenador de bolsillo. La bola de cristal se iluminó y apareció una imagen de

## Tierra II.

Era una esfera de más de un metro de diámetro, que giraba lentamente alrededor de un eje horizontal. Era brillante y su resplandor, azul y gris, marrón y blanco, iluminó los rostros de las personas que la observaban. Venus permanecía en silencio, dándoles unos segundos para que lo asimilaran. Los últimos murmullos se fueron apagando.

Holle recordaba las primeras imágenes borrosas del nuevo planeta, imágenes tomadas a años luz de distancia y construidas con extraordinario cuidado por los sistemas buscadores de planetas de Venus. Esta nueva cartografía era igual de detallada que cualquier imagen de la Tierra vista desde el espacio que ella hubiera visto. Y el planeta ya no era un elemento abstracto, ahora, después de meses en órbita, era un mundo ya repleto de nombres humanos. Habían denominado provisionalmente al polo de rotación que apuntaba actualmente hacia el sol como «norte»; el mundo giraba en sentido contrario a las agujas del reloj visto por un observador encima de ese polo. Sujeto a meses de calor ininterrumpido de Eridani 82, el polo estaba cubierto de nubes, con tormentas que se formaban visiblemente a partir de un remolino central masivo.

En latitudes más bajas, Holle distinguió las masas de tierra con las que todo el mundo a bordo ya estaba familiarizado. La gran franja de tierra que se extendía de norte a sur a través del ecuador era el Cinturón, una especie de anciana Noruega con profundos fiordos que recortaban miles de kilómetros de costa. En la mitad norte del Cinturón no había hielo ahora mismo, pero su mitad sur, que se extendía hacia el reino de las sombras, estaba cubierta de hielo, y las zonas de nieve llegaban al norte, hasta el ecuador. Extendiéndose por una buena parte del hemisferio oriental estaba el continente más o menos redondo al que llamaban el Disco Volador, una masa de color rojo óxido interrumpida por el intenso azul de los lagos y bordeada de montañas erosionadas. Su centro estaba dominado por una estructura enorme, una montaña con una base de cientos de kilómetros de diámetro y con una caldera agrietada en la parte superior. El monte era tan parecido al monte Olimpo de Marte, que darle el mismo nombre había sido inevitable, y dominaba de tal forma el perfil global del continente, creando una protuberancia enorme aunque poco profunda, que el apodo Disco Volador le pegaba. Luego, al oeste del Cinturón, se extendía un archipiélago, un extenso grupo de islas, algunas tan grandes como Gran Bretaña o Nueva Zelanda, que llamaban la Diseminación. Había un continente más en el polo sur, actualmente sumido en la oscuridad y enterrado bajo cientos de metros de nieve invernal, que se llamaba el Casquete. El océano global no tenía nombre todavía; ya les pondrían nombre a los mares cuando estuvieran preparados para salir a navegar por ello, pensó Holle.

Las características más interesantes eran las manchas de color púrpura en las

costas de los continentes y en las orillas de los lagos: vida, la vida autóctona de Tierra II, algún tipo de plantas que afanosamente estaban utilizando la luz de Eridani 82 para convertir el dióxido de carbono en oxígeno con su proceso único de fotosíntesis.

Venus comenzó sin preámbulos.

—Todos vosotros tenéis acceso a los informes completos en el archivo de la nave. Hoy solo voy a resumir los resultados clave.

»Llevamos aquí en este sistema seis meses. Hemos inspeccionado la atmósfera, la tierra y los océanos de forma espectroscópica y en todas las longitudes de onda, y hemos utilizado un radar para sondear el subsuelo y para trazar mapas de los fondos marinos; también hemos bajado una serie de sondas de penetración para un muestreo directo sobre el terreno.

Eran aterrizadores, como delgados misiles, endurecidos para resistir impactos violentos y enterrarse varios metros bajo la superficie, con cámaras a nivel del suelo para poder ver de cerca las etapas finales del descenso, equipadas con sismómetros, sensores químicos, sensores térmicos, magnetómetros.

—Aquí está la buena noticia —dijo Venus—. Es evidente que tenemos un mundo de una masa y un inventario volátil más o menos apropiados, que describe una órbita circular estable a una distancia de su sol más o menos apropiada para que pueda tener océanos estables de agua en la superficie. «Apropiado» significa que es parecido a la Tierra.

»Y, a un nivel elemental, es habitable. Si aterrizamos en uno de los transbordadores y salimos, experimentaremos una gravedad de alrededor de un ochenta por ciento de una constante de gravitación; Tierra II no es tan grande como la Tierra, y tiene un radio menor. En este momento el verano del hemisferio norte está cerca de su punto medio. Si estuvierais de pie en el polo, veríais que el sol está cercano al cénit, justo encima de vuestra cabeza. En el ecuador, el sol da vueltas alrededor del horizonte y quizá se esconda unas horas al día, dependiendo de dónde os encontréis exactamente. Hace frío, hay nieve en el suelo, pero no es peor que un día de invierno en una de las zonas templadas de la Tierra.

»Cuando el sol está arriba se puede andar por ahí con la protección única de un abrigo decente, unas botas fuertes y una mascarilla. Podríais exponer la piel a la radiación del sol; la capa de ozono goza de buena salud. Os haría falta algún tipo de protección para la radiación cósmica; el campo magnético del planeta es mucho más débil que el de la Tierra. Podríais respirar el aire, o eso creemos. Se trata básicamente de una mezcla de nitrógeno y oxígeno de aproximadamente el mismo porcentaje que la atmósfera terrestre. En los primeros días, tendríais que usar una mascarilla, en caso de que haya trazas de toxinas de fuentes geológicas o biológicas tal vez.

»Sabemos que hay vida ahí abajo. Vida a nivel microbiano y, al parecer, a un nivel multicelular simple, algo similar a los estromatolitos. Esto es lo que pone el

oxígeno en el aire. Es poco probable que nos haga daño, es poco probable que nuestros procesos bioquímicos alienígenas interactúen de manera significativa, pero vamos a tener que echarle un vistazo. Creemos que una vez que establezcamos suelo terrestre ahí abajo, una flora parecida a la de la Tierra se aferrará a ese suelo: nuestros cultivos crecerán, nuestros animales, cuando los incubemos, podrán alimentarnos. Nuestros hijos podrán correr y jugar.

Venus recibió unos cuantos aplausos por eso, pero no había alegría en su rostro.

—Esto es lo que hemos podido suponer a partir de las observaciones de la Tierra y Júpiter —expuso ella—. Pero todo lo que pudimos ver desde el sistema solar era un punto borroso con alguna evidencia de masa, órbita y composición atmosférica. Eso es todo. En base a eso, parecía prometedor. Sin embargo, parece ser que Tierra II no es tan hermana de la Tierra.

»Este es un mundo menos activo que la Tierra, geológicamente hablando. Se puede ver en las cadenas montañosas erosionadas, los paisajes llanos. Los sismómetros de los perforadores han detectado pocos terremotos. Y no vemos ninguna evidencia significativa de deriva continental, ni zonas de subducción en los límites de las placas, ni placas que choquen y provoquen actividad volcánica y levanten cadenas montañosas como en la Tierra.

»El movimiento tectónico se ha paralizado aquí. No es que no haya, pero está claro que funciona a una velocidad mucho más reducida que en la Tierra. Y el resultado es la geología que vemos. El Disco Volador no es muy diferente de Australia, antiguo y sólido, tan antiguo que sus montañas están desgastadas, las rocas convertidas en polvo de un color rojo oxidado. El gran volcán que hay en el centro del Disco Volador es un volcán en escudo, como Hawái en la Tierra, y al igual que el monte Olimpo lleva encima de esa pluma mucho tiempo, cientos de millones de años, tal vez. En la Tierra, a lo largo de periodos similares, los continentes se deslizan desde el ecuador hasta el polo.

»¿Es eso importante? Creemos que sí, por el bien de la habitabilidad a largo plazo del planeta. En la Tierra, la tectónica de placas juega un papel clave en los grandes ciclos geológicos y biológicos que posee Gaia. Este mundo, con procesos tectónicos tan reducidos, no puede sustentar una carga tan importante de vida.

»¿Por qué Tierra II ha resultado ser mucho menos activa que la Tierra? En primer lugar, Tierra II es mucho más pequeña que la Tierra. Al igual que Marte, debió de haber liberado un mayor porcentaje de calor interior de su formación y un mayor porcentaje de su inventario de materiales radiactivos se habrá desintegrado. Así que el gran motor de calor interno que impulsa la tectónica de placas se ha agotado. Y en segundo lugar, creemos que Tierra II es en realidad más antigua que la Tierra, mil millones de años o más; sea lo que sea lo que provocó la formación de planetas en este sistema sucedió mucho antes que en casa.

—Así que hace mil millones de años este mundo podría haber sido muy parecido a la Tierra —interpuso Wilson.

—Sí. Con una biosfera mucho más rica. Creo que podemos esperar encontrar vestigios de una complejidad pasada, perdida cuando el planeta se agotó. Quizá por eso no vemos rastros de inteligencia existente.

Kelly repitió esa palabra.

—¿Existente? ¿Eso implica que encontrasteis rastros de culturas no existentes?

Holle se sintió excesivamente emocionada.

Como respuesta, Venus le dio a una tecla del ordenador.

La imagen del mundo que giraba parpadeó y desapareció, para ser reemplazada por otra, la de una de las islas más grandes de la Diseminación, como si se viera desde un avión que volaba bajo. Una vez pudo haber sido montañosa; ahora sus montañas eran solo unos tocones.

—La llamamos Pequeña Jamaica. —Venus señaló unos accidentes en una llanura cerca del mar—. ¿Los veis? —Había círculos borrosos, indicios de líneas rectas—. No sabemos qué es esto. Es necesario que recordéis que esta isla está cubierta de témpanos de hielo cada invierno local; cualquier vestigio de estructuras en la superficie, de edificios y ciudades, habría sido destruido hace tiempo. Podría ser la huella de una cantera, creemos. Eso podría sobrevivir mil millones de años. Tal vez sea otra cosa, como una ciudad. Hay otros indicadores de inteligencia. No hay evidencias de depósitos profundos de carbón. Si hubo petróleo o carbón en este mundo, o el equivalente local, desaparecieron hace tiempo. No hay evidencias de vetas de minerales que sean particularmente ricas cerca de la superficie. Hay también escasez de asteroides en este sistema.

Wilson cruzó los brazos.

—No lo entiendo. Estos son indicadores ¿de qué?

—Que alguien acabó con los recursos de fácil acceso, como el petróleo, los minerales que se pueden extraer con facilidad, incluso los recursos externos de los asteroides. Y después se extinguieron o se fueron. Podremos encontrar evidencias directas de una forma u otra cuando empecemos a hacer algo de arqueología de verdad sobre la superficie. —Venus se encogió de hombros—. Queda todavía mucha arena que tamizar.

—Dios mío —susurró Holle.

—Lo sé —dijo Kelly—. No es bueno para nosotros. Pero ¿no es maravilloso?

Y, por un momento, era como si de nuevo fueran candidatos, maravillados ante un momento asombroso del conocimiento. Pero ese día no estaban ahí para aprender.

—¿Y qué pasa con la oblicuidad? —gritó alguien—. Pensaba que ese era el gran problema.

Venus se permitió una sonrisa triste.

—Estaba guardando lo mejor para el final.

Sacó una imagen nueva, que mostraba Tierra II y su sol, Eridani 82. El diagrama no era a escala, el planeta y su estrella parecían dos bombillas, y la órbita del planeta era un círculo de color amarillo brillante alrededor del sol. El eje de rotación del planeta parecía una astilla resplandeciente que lo atravesaba, una astilla que apuntaba casi directamente al sol.

—Mientras el planeta gira alrededor del Sol —continuó Venus—, el eje sigue apuntando de la misma manera, al igual que para la Tierra. Podéis ver las consecuencias. —Ella tocó una tecla y el planeta giró rápidamente alrededor de su estrella, con su eje apuntando en la misma dirección en el espacio. El año de Tierra II era casi igual que el de la Tierra, así que después de seis meses, el polo norte se sumiría en la sombra, mientras que el polo sur estaba bañado por la luz—. La oblicuidad de la Tierra, la inclinación de su eje, es de unos veintitrés grados, mientras que en Tierra II es de noventa. La vida en la Tierra evolucionó para hacer frente a una estacionalidad moderada. Aquí, la estacionalidad es más severa de lo que os podéis imaginar.

»Todas las partes del planeta, excepto una franja ecuatorial, sufrirán meses de oscuridad perpetua y meses de la luz perpetua. Lejos del ecuador, os veréis afectados por el calor extremo, por la aridez, y después por meses de frío ártico: se estima que la temperatura de la superficie bajará a menos de cien grados en gran parte del hemisferio orientado al espacio, y habrá una buena manta de nieve y hielo. Incluso el ecuador sería un reto para la habitabilidad, porque incluso en pleno verano en ambos hemisferios el sol estaría bajo, el balance térmico sería mínimo y el clima, invernal.

Venus volvió a mostrar la imagen del planeta, el mundo inclinado con sus continentes de aspecto amistoso. Entonces, hizo que la imagen fuera más rápido por medio de una simulación de los cielos estacionales. El hielo cubría los continentes, para después derretirse y dejarlos desecados, de un color rojo ladrillo.

—No podemos sobrevivir a esto —admitió ella—. Bueno, tal vez podríamos adaptarnos a un extremo u otro. Pero no a estos cambios, año tras año, desde la aridez extrema al frío antártico. Nuestras plantas, nuestros animales, no podrían hacerle frente tampoco. El único lugar habitable posible sería en el ecuador, pero hay muy poca tierra ecuatorial, unas cuantas islas y una parte del Cinturón... Se nos ha acabado la suerte. No podíamos ver el eje de rotación desde la Tierra. No podíamos haber previsto estas características.

Se quedó en silencio. El público, también en silencio, salvo por los movimientos nerviosos de los niños, observaba con tristeza cómo su planeta de juguete sufría sus ciclos estacionales.

Theo Morell sorprendió a Holle gritando desde arriba:

—Dices que esto no era visible desde la Tierra. De acuerdo. Sin embargo, debiste de haber estado al tanto de algunos de estos problemas, sobre todo de lo del eje, desde más lejos. Has pasado los últimos diez años mirando por esa cúpula tuya.

—Sí, yo...

—¿Cuándo supiste que Tierra II iba a ser una pifia?

Venus miró a Wilson, quien se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Hará unos dos años. Los datos comenzaron a consolidarse entonces, antes solo habíamos tenido algunas sospechas. Hace dos años estaba lo suficientemente segura como para decírselo a Wilson, por ejemplo.

Holle se dio cuenta de que mencionar a Wilson era una forma de persuadirlo para que la protegiera. Sin embargo, el estado de ánimo de la gente estaba cambiando, de la sorpresa y la decepción a una especie de ira.

—¿Y las mantuviste en secreto, esas sospechas tuyas? —gritó Theo.

Wilson intervino.

—Eso era todo lo que teníamos. Sospechas. Teníamos que llegar aquí para confirmarlo todo. Y, además, no es que pudiéramos cambiar de rumbo. Sabéis que no se puede controlar una burbuja de deformación desde dentro. Este es el momento adecuado para ocuparnos de esto y aquí estamos haciendo exactamente eso, para que lo sepáis todos. —Se volvió hacia Venus—. Todavía tienes la palabra. ¿Qué es lo que piensas?

Ella levantó la vista con expresión decidida.

—Que no podemos vivir aquí, en Tierra II. El viaje no ha terminado. Tenemos que seguir adelante. Lo siento, pero eso es todo.

Hubo un silencio de estupefacción. Entonces la gente empezó a gritar, señalando a Venus mientras esta permanecía de pie, con actitud desafiante al lado de su maqueta, sin duda deseando volver al santuario de su cúpula.

*Tenemos que seguir adelante*, había dicho Venus. Pero, Holle se preguntaba, emocionada y asombrada, ¿seguir adónde?

Wilson se puso en el centro del escenario y gritó:

—¡Silencio! Recordad que soy el portavoz, así que dejad de hablar.

Esto provocó una risa irónica y alivió un poco la tensión.

—Uno a uno —dijo Wilson—. Elle. —Señaló a Elle Strekalov, que estaba de pie junto a una pasarela—. Tú trabajaste con Venus en todo esto. ¿Qué tienes que decir?

—Que no estoy de acuerdo —gritó Elle desde arriba. Holle de inmediato se preguntó si Wilson la había llamado primero a sabiendas de que discreparía de la opinión de Venus—. Puede que lo logremos. Venus, tú misma dijiste que hay al menos alguna tierra ecuatorial que podríamos colonizar. Si no, podríamos pensar en crear una serie de balsas...

Paul Shaughnessy soltó un chiflido de desprecio.

—¿Balsas? Si quisiéramos vivir en balsas, nos hubiéramos quedado en la Tierra, joder.

—Vosotros los ilegales teníais que haberlo hecho —gritó alguien y se oyó un murmullo de voces airadas, las tensiones de siempre apenas se contenían.

—Uno a uno —gruñó Wilson—. Continúa, Elle.

—De acuerdo, balsas no. Tenemos que bajar allí y entender cómo sobrevive la vida autóctona, porque sobrevivir, sí que sobrevive, como odemos ver. Por ejemplo, los árboles. Como el hielo se derrite cada año la profundidad de cualquier congelamiento sería superficial, dos o tres metros quizá. Imaginaos un árbol con raíces largas que accede al agua y a los nutrientes muy por debajo de la superficie congelada. Las acículas como las de una conífera de las que nunca se despoja, como adaptación para evitar la transpiración en los meses secos. Podríamos modificar genéticamente árboles de la Tierra para que pudieran vivir de esa manera —insistió Elle—. En cuanto a los animales, su característica fundamental es la movilidad. Podríamos desarrollar manadas migratorias de nuestro ganado. El Cinturón sobre todo es un pasillo que va de norte a sur, que los rebaños podrían utilizar para escapar de la aridez y de la congelación e ir hacia donde el clima fuera templado en un mes determinado.

—¿Y qué hay de las personas? —gritó Masayo—. ¿Vamos a tener que emigrar también?

—No —respondió Elle con tono desafiante—. Podríamos buscar refugios en los que poder pasar el invierno y el verano, capear los extremos. Cuevas, tal vez.

—¿Cueva? —dijo Paul Shaughnessy—. ¿Antes balsas y ahora cuevas?

—Mira, este planeta no es inhabitable —continuó Elle—. Hay lugares donde la

temporada de crecimiento es más larga de lo que era en la Tierra, aunque hay que esperar ese intervalo para la siguiente temporada. Con el tiempo, con un programa de modificación genética, de siembra de todo el continente, de construcción o adaptación de refugios adecuados, y tal vez en última instancia, un grado de terraformación...

—¿Alguien más? —preguntó Wilson.

Holle levantó la mano.

—Venus, has dicho que no podemos quedarnos aquí, que tenemos que continuar. Entonces, ¿adónde vamos?

Venus sonrió.

—Gracias, Holle. Mirad, durante el viaje interestelar ampliamos el estudio del espacio profundo comenzado en la Tierra, buscando planetas habitables hasta donde alcanzara la vista. Pensábamos que era uno de los mayores legados que podíamos dejar a la generación futura. Y así es como lo encontramos... un destino alternativo. —Con un gesto ampuloso, Venus chasqueó los dedos.

La imagen grande de Tierra II desapareció para dar paso a una estrella de un rojo sombrío, con un planeta en órbita, con brillantes océanos, de un color negro grisáceo bajo la luz carmesí. El brillo color sangre de la estrella llenó el auditorio improvisado.

—Tierra III —anunció Venus—. O al menos eso creo que podría ser. La mejor perspectiva posible de nuestra exploración. Y mucho más habitable que Tierra II. He introducido los datos pertinentes en el archivo.

—Basura —escupió Wilson—. ¡Eso es Krypton! Gordo siempre juró que no nos enviaría a un Krypton. Solo estás sacando a la luz viejas discusiones de hace diez años.

—Sí, es verdad —dijo Venus, obstinada—. Sí, no es un clon de la Tierra. Sí, tuvimos estas discusiones ya en Gunnison. Pero ¡mira! La mayoría de las estrellas de la galaxia no son como el Sol, dos tercios de ellas son de clase M, al igual que este bebé. Si podemos aprender a vivir aquí, podemos vivir en cualquier lugar.

—¡Gilipollecés! —gritó alguien y las discusiones estallaron de nuevo en masa, los gritos furiosos, el señalar con el dedo.

La propia Holle fue arrastrada por la retórica de Venus. Peor, por supuesto, había un hecho crucial que la mujer no había presentado todavía.

Grace Gray levantó la mano.

—Venus, ¿qué estrella es esa?

—Está en la constelación de Lepus, la de la liebre, tal y como se ve desde la Tierra. Cerca de Orión. No es visible a simple vista; no tiene nombre, solo es un número en el catálogo.

—¿Y a qué distancia está?

Venus tomó aire.

—Está más lejos, más lejos que la Tierra. Otros noventa años luz.

Y a tres veces la velocidad de la luz eso se traducía en otros treinta años de viaje.

Más indignación.

—¿Treinta años más en este tanque apestoso?

De repente, Kelly dio un paso adelante, hacia el borde de la pasarela que compartía con Holle. La forma en la que se movió hizo que a Holle le diera un vuelco el corazón. Este era su momento y lo estaba aprovechando.

Wilson parecía reacio, pero asintió con la cabeza y le dio la palabra a Kelly.

—Vamos a ir al grano —dijo ella—. Este asunto de Tierra III es una distracción, una quimera. La solución es obvia. Si nos va a costar más esfuerzo sobrevivir aquí que haber permanecido en la Tierra y vivir en balsas, nunca debimos haber venido, no valía la pena.

Wilson la instó a que siguiera.

—Y entonces...

—Y entonces deberíamos volver a casa. —Y miró a su alrededor, enfurecida, como retando a alguien a que la abucheara—. No vamos a seguir viajando sin parar. Nos volvemos a casa, a la Tierra.

—Eso es imposible —dijo Venus—. Ir a casa, ¿a qué? El año que viene el Everest desaparecerá bajo las aguas.

—Vamos a hacer frente a lo que encontraremos. El *Arca* fue diseñada para mantenernos durante quince años, como un margen; estoy segura de que podemos ampliarlo para cubrir los siete años de viaje superlumínico que nos llevaría volver. Zane, tenemos suficiente antimateria para recrear la burbuja de deformación, ¿no? Podemos volver a casa. ¡Debemos hacerlo! Lo hemos hecho lo mejor posible, hemos legado hasta aquí, no ha funcionado. Este no es lugar para nosotros, para nuestros hijos. Vamos a llevarlos a casa y a ver lo que podemos construir en la Tierra.

De nuevo estallaron airadas discusiones. Holle, totalmente sorprendida, trató de mirar en el alma de Kelly, a través de ese rostro duro, ambicioso.

Wilson se enfrentó a Kelly, su expresión furiosa.

—Esto no ha sido algo improvisado, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo has estado planeando este pequeño golpe?

Ella le sonrió, con unos ojos sin vida.

—¿Y cuánto tiempo pasaste tú planeando derrocarme, cuando todavía compartíamos cama? No me juzgues con tus criterios, Wilson.

Se dio la vuelta y se alejó de él; de inmediato fue rodeada por un parloteo de seguidores.

Wilson, con los brazos cruzados y el rostro crispado por una intensa frustración, no tuvo más remedio que dejar que el furioso debate continuara y los gritos resonaron

entre las paredes desnudas del casco.

Finalmente, Wilson levantó la sesión. El *Arca* no funcionaría por sí sola mientras discutían y además había niños a los que alimentar.

Pero, reaccionando rápidamente, Wilson dividió a la tripulación en grupos de estudio, para ver con más detalle las diferentes opciones. ¿Podrían sobrevivir realmente en Tierra II? ¿Podría realmente hacer de la Tierra III de Venus un hogar y aguantarían la nave y su tripulación el larguísimo viaje para llegar allí? O si la nave sobrevivía a los siete años necesarios para volver a la Tierra, ¿qué iban a hacer a su llegada a un mundo oceánico? Wilson dijo que volvería a convocar el foro en la primera guardia de la mañana y tal vez llegarían a una decisión más meditada acerca del futuro.

Holle se aseguró de que sus propias áreas de responsabilidad estuvieran cubiertas, que nada iba a averiarse o a incendiarse durante la guardia de la noche. Después, cogió un poco de comida y fue de grupo en grupo; la gente se acurrucaba en los rincones del *Havila* y hablaba y hablaba, algunos discutían en torno a los ordenadores de bolsillo o bajaban datos del archivo de la nave. Algunos volvieron al *Seba*, pero la mayoría se quedó en el *Havila*. Las horas pasaban, la luz de las lámparas de arco bajó a un débil resplandor nocturno, y la conversación seguía, era un murmullo que llenaba el casco.

Holle percibió que la gente estaba respondiendo emocionalmente, no a la ciencia, a los hechos. Algunos solo deseaban volver a casa. Masayo Saito, que echaba de menos a su hijo, estaba en ese grupo, y Holle sospechaba que los Shaughnessy y otros de los ilegales y los intrusos, que para empezar nunca esperaron unirse a la tripulación de una nave interestelar, sentían lo mismo. Era posible que también fuera el sentimiento de Kelly, una especie de deseo de arreglar las cosas con el hijo que había dejado atrás. Pero Holle estaba bastante segura de que el simple hecho de vengarse de Wilson era también una motivación.

Otros, incapaces de soportar la idea de más años de sus vidas perdidos dentro de estas latas, solo querían salir, terminar el viaje, establecerse allí, por muy duro que pudiera llegar a ser desembarcar en Tierra II. Las personas con niños tendían a sentirse de esa manera, al no querer condenar a sus hijos a una vida en un tanque.

Después estaban los que se sentían embelesados por la retórica visionaria de Venus. ¿Por qué no apoderarse de toda la galaxia, en lugar de sucumbir a la agotadora, tal vez mortal, trampa de Tierra II? Así era como Holle se sentía. Pero se acobardó ante la idea de tener que pasar treinta años más metida en estos cascos de metal. Tenía treinta y dos años. Trató de imaginarse a sí misma dentro de esta misma

nave a los sesenta, pero no pudo.

Y luego estaba la cruda política del *Arca*, sobre la que llevaban quejándose ya una década: Kelly y Wilson estaban separando a la gente como limaduras de hierro ante polos magnéticos opuestos.

Holle no durmió esa noche, ni muchas otras. Sin embargo, las horas parecían breves, las discusiones seguían sin resolverse, hasta que Wilson los reunió de nuevo en el auditorio improvisado en el nivel ocho.

La bola de cristal de Thandie Jones estaba inerte aquella mañana, una obra de ingeniería sin vida. Bajo la intensa luz de las lámparas de arco la gente parecía cansada, agotada, apagada.

Wilson miró a su alrededor con mirada furiosa y los brazos en jarras. Holle entendió que él había manejado la situación lo mejor que había podido. Le había dado a la gente tiempo para calmarse y ahora, por la mañana, el universo parecía un lugar más frío y racional. El liderazgo de Wilson tenía sus defectos, pero él había demostrado un crudo entendimiento de la naturaleza humana.

—No quiero perder el tiempo en esto —comenzó él—. Vamos a intentar tomar una decisión, a respaldarla y a ponerla en práctica. ¿Todo el mundo de acuerdo? Muy bien. Por lo que veo tenemos tres opciones sobre la mesa. Una: quedarnos aquí, colonizar Tierra II. Dos: llevar el *Arca* de vuelta a la Tierra. Tres: ir a la Tierra III de Venus en la constelación de Lepus. ¿Correcto? Elijamos entonces. Empezaremos con una votación a mano alzada y espero por Dios que consigamos fácilmente una mayoría por una u otra opción. —Revisó un monitor—. Los del Seba, ¿me oís? Muy bien. Votos para Tierra II... Y la Tierra... Y Tierra III. Mierda.

Se oyeron unas risas entre la tripulación, humor negro. El apoyo se dividía de forma significativa entre las tres opciones.

—Plan B —gritó Wilson—. Separémonos por grupos. Será entonces cuando tendremos un recuento exacto y a partir de ahí veremos qué hacemos. Si queréis ir a Tierra II, bajad y poneos por aquí. Para volver a la Tierra, poneos a mi izquierda. Para Tierra III, a mi derecha...

Eso puso a Holle en guardia. De repente, temió que si Wilson dividía las opiniones de la gente en una separación física, el grupo nunca volvería a unirse. Pero era demasiado tarde. No podía hacer más que moverse y comunicarles cuál era su elección.

Se dirigió al grupo de aquellos que, con Venus a la cabeza, quería seguir adelante, a Tierra III. El propio Wilson también se unió a este grupo. Grace Gray hizo lo mismo, con Helen, y Theo Morell. Al igual que Zane, lo cual no sorprendió a Holle, y el doctor Wetherbee, que sí fue una sorpresa para ella.

—¿Así que te quedas con tu burbuja, Zane? —le dijo Holle.

—No es solo eso. —Había un brillo en sus ojos, una especie de premeditación maníaca. A Holle le dio la impresión de que este era Zane 3, la cáscara amnésica que quedaba cuando los otros álter ego se habían separado.

—Entonces, ¿qué?

—No hay nada fuera de esta nave. ¡Nada! Si estos otros salen de aquí, dejarán de existir. No tengo más alternativa que quedarme a bordo.

Wetherbee le dedicó a Holle una sonrisa forzada.

—¿Cómo iba a dejar a mi paciente estrella?

Venus se enfrentó a Wilson.

—No pensaba que te ibas a unir a nosotros, Wilson, teniendo en cuenta tu opinión sobre los Krypton.

Wilson sonrió.

—Ha sido un simple cálculo egoísta. Mira a tu alrededor. Aquí, en esta nave, soy un tipo grande. En un planeta no seré nada. No quiero ser un granjero. Y si vuelvo a la Tierra, es probable que me procesen. No, me quedo con lo que tengo.

Holle miró a su alrededor para ver cómo se formaban los otros grupos. La facción de la Tierra estaba encabezada como era de esperar por Kelly Kenzie, con Masayo Saito a su lado, y varios de los otros ilegales, incluidos los Shaughnessy. Entre los aspirantes a colonos de Tierra II estaban Elle, su pareja Thomas Windrup y Cora Robles, embarazada. Calculando grosso modo había más de cuarenta adultos con sus hijos en el grupo Tierra III de Venus (el más grande), unos diecinueve en el grupo de la Tierra de Kelly y quizá quince en el campamento de Tierra II.

Cuando terminó la división, Wilson dio un paso adelante.

—Y ahora ¿qué? A mi parecer, la estrategia más lógica sería eliminar la opción que ha quedado en tercer lugar. Después, dependiendo de cuánta...

—Y un cuerno —le espetó Kelly Kenzie, que dio un paso adelante también y se puso frente a Wilson—. Veo adónde llevaría eso. Ni loca voy a someterme a ti y a tu manipulación. Ya no, no en esto.

—¿Ah, sí? Entonces, solo porque tú lo digas, ¿vamos a tirar a la basura todo este proceso? No digas gilipolleces, Kelly. Esto no tiene nada que ver con la Tierra. Esto es por mí, ¿verdad? Tú y yo. Gordo Alonzo llamaría a esto motín.

—Gordo no está aquí. Tú llámalo como te salga de ahí.

Sus rostros estaban muy cerca el uno del otro. Holle vio cómo los jóvenes de Wilson, con expresión severa, tomaban posiciones alrededor del auditorio. De repente, había estallado el conflicto.

Y Zane caminó hacia el centro del nivel. Su zancada era atrevida y hasta sonreía.

—¡Caramba! —murmuró el doctor Wetherbee a Holle—. Espero que sea Jerry.

Wilson fulminó a Zane con la mirada.

—¿Tienes algo que decir, chalado?

Zane miró a su alrededor y poco a poco consiguió que la atención del grupo se centrara en él.

—Siempre supe que esto iba a pasar. Esta indecisión. Somos como una panda de críos. Nunca estamos de acuerdo en nada. Y mientras todos vosotros pasabais la noche discutiendo cómo plantar árboles en Tierra II, yo desarrollé los aspectos técnicos de la alternativa más lógica.

—¿Que es?

—Que nos dividamos —respondió Zane alegremente.

—Eso es una locura —replicó Wilson inmediatamente.

Zane se atrevió a darle con el dedo en el pecho.

—No. Lo que pasa es que no quieres ver tu reino dividido en tres. Técnicamente, podemos hacerlo. Tenemos una enorme cantidad de componentes superfluos. Podemos separar las arcas, una para la Tierra, una para las estrellas. ¡Podemos utilizar nuestras piezas de repuesto para construir otro generador de propulsión por curvatura! Y tenemos cuatro planeadores espacio-tierra. Podemos utilizar uno de ellos para enviar a los colonos a Tierra II, dejando uno para volver a la Tierra y dos para Tierra III. Llevará tiempo y esfuerzo, pero podemos hacerlo...

Hubo objeciones inmediatas, en particular sobre el hecho de comprometer los componentes superfluos para llevar a cabo este plan: no habría más partes de repuesto si las usaban para construir otra nave. Y los planes de los ingenieros sociales para la diversidad genética se tirarían a la basura; Holle no tenía ni idea de si siquiera cuarenta personas serían suficientes para crear una colonia viable sin peligro de una endogamia letal. Su instinto le dijo que aquello estaba mal, que tres grupos más pequeños serían mucho más vulnerables que uno solo.

Pero vio también que la propuesta de Zane había sido recibida con una aprobación inmediata. Si se separaran, Kelly podría alejarse de Wilson. Thomas Windrup se libraría de Jack Shaughnessy y sus cicatrices. Su futuro, y tal vez el futuro de toda la humanidad, iba a estar determinado por el hecho de que después de una década en el *Arca* estaban hartos los unos de los otros.

Mike Wetherbee gruñó:

—¿Os dais cuenta de lo que ha pasado? El hombre más loco de la nave acaba de decidir nuestro maldito futuro. Y lo ha hecho convirtiéndonos a todos en una especie de reflejo de su yo fragmentado. ¡Dios mío! Él es el que debería darnos terapia a nosotros, no al revés.

Noviembre de 2052

Le llevó casi un año poner en práctica la Escisión.

Dividieron el generador de propulsión bajo la dirección desequilibrada de Zane, y utilizaron piezas de repuesto para reconstruirlo como dos copias de sí mismo. Kelly y Wilson discutieron largo y tendido qué subgrupo cogería qué casco; se decidió que era más justo para el equipo de Kelly, al ser el viaje de regreso a la Tierra más corto, que cogiera el Seba, el casco dañado por el fuego, mientras que Wilson se llevaba el Havila. Esa decisión parecía lógica, pero Holle se preguntaba hasta qué punto las intrigas personales habían tenido una vez más algo que ver. Y equiparon un solo planeador espacial para bajar a la tripulación de Elle a Tierra II, con herramientas, materias primas y semillas del almacén que había legado Nathan Lammockson al proyecto hacía mucho tiempo.

Comenzaron las despedidas, en primer lugar a los colonos de Tierra II. Wilson organizó una ceremonia, en la que a cada uno de los colonos se le dio un pequeño globo de acero inoxidable de su nuevo planeta, fabricados en el taller de la nave. A Holle le resultaba casi imposible decir adiós a los candidatos, como Cora, Thomas y Elle, con quienes había crecido y compartido una misión común toda su vida, y con quienes había esperado envejecer. Ahora nunca los volvería a ver.

Los dos cascos seguían unidos por el cable, que todavía daba vueltas alrededor de su centro común de gravedad sobre el océano de color del acero de Tierra II, cuando soltaron el transbordador colono. Todos los que quedaban a bordo del *Arca* siguieron el progreso de la pequeña nave mientras entraba en la capa alta y delgada de la atmósfera y creaba una estela brillante de plasma incandescente que caía hacia su lugar de aterrizaje en el Cinturón.

Entonces llegó la separación de los cascos gemelos, el Seba y el Havila, la última transferencia de materiales, los últimos apretones de manos. Holle no quería que se marcharan los hermanos Shaughnessy, que habían trabajado estrechamente con ella desde el lanzamiento en Gunnison. Pero querían volver a casa.

Y entonces, por segunda vez desde que salieron de Júpiter, la guillotina explosiva cortó el cable y los cascos se separaron.

Seba iba a ser el primero de los cascos en crear la burbuja de deformación. Desde la cúpula del Havila, Holle observaba con curiosidad, al lado de Venus. Sucedió cuando el Seba estaba cruzando la cara de Tierra II, desde la perspectiva de Holle. Una sección entera del planeta, un disco desigual, pareció arrugarse como si la aplastara un puño invisible y los colores de la tierra y el mar se corrieron como

pintura húmeda. Pero después rebotó y el Seba desapareció.

Fue entonces cuando Wilson descubrió que Kelly Kenzie había secuestrado a Mike Wetherbee, el único médico, y se lo había llevado a la Tierra. A Wilson la rabia le duró varios días.

**5**  
**2059**

Julio de 2059

Fue Boris Caistor, de trece años de edad y vista aguda, el primero en darse cuenta de la nueva luz en el cielo, una chispa que atravesaba la oscuridad más profunda entre los bancos de nubes.

—Thea también lo ha visto —le dijo a Thandie Jones—. Dice que puede ver una forma. Larga y delgada, como una astilla.

Thandie, sentada en una balsa que subía y bajaba en medio del océano mirando a un cielo plagado de nubes, frunció el ceño.

—Seguro que eran dos astillas, en fila, conectadas por un cable.

—No. Solo una. Claro que podría estar mintiendo. Thea miente todo el tiempo o se inventa cosas en todo caso. Una vez dijo que había visto una ballena que...

—¡No importa!

Thandie estaba bastante segura de que Boris en verdad no entendía lo que había visto ni su importancia. Y peor aún, estaba segura de que le importaba un bledo. Thandie había seguido el ejemplo de Lily Brooke y había intentado seguir en la balsa un programa educativo para los niños. Pero la astronomía era casi con lo único que podía: el cambiante cielo estrellado era el único espectáculo de la ciudad, lo único que en efecto podía hacer que estos niños se interesaran por otra cosa que no fuera la comida, los juegos en el agua y los bonitos cuerpos de cada uno. Thandie sospechaba que el cerebro de Boris se estaba disolviendo como los del resto de su generación.

Pero era un muchacho leal y era amable con su tía honoraria Thandie, igual que cuando lo conoció en un grupo de balsas sobre el anegado Everest y había visto cómo satisfacía los caprichos de otra mujer mayor, su tía bisabuela Lily Brooke. Boris también era brillante y observador y, aunque las observaciones siempre eran extraordinariamente malas en este nuevo y tormentoso mundo oceánico, había sido capaz de reconocer la nueva luz en el cielo como algo especial, y puede que eso fuera lo que Thandie le había dicho que había estado esperando ver hacía ya un año.

Si Boris lo había visto, también lo habrían visto otros. Así que Thandie sacó uno de sus preciados ordenadores de bolsillo de dentro de las capas de planchas de plástico que lo protegían del agua salda y esperó a que las células fotoeléctricas encendieran la batería interna. Informó del avistamiento de Boris a la comunidad de la fogata y envió peticiones de otras observaciones, sobre todo de la primera aparición de esa silueta en la órbita de la Tierra.

Pero tenía que verlo por sí misma y tal vez tener una idea de sus elementos orbitales.

Después de eso, durante una noche, dos, después tres, maldita sea, el tiempo que le llevara, se sentó en la cubierta de la balsa en su viejo y muy usado asiento envolvente y plegable, con una manta sobre las piernas, esperando a que desaparecieran las nubes. No dejaba de quedarse dormida. A los setenta y tres años, y después de una vida muy difícil, disfrutaba de una salud razonable, pero se resentía por la humedad y pasaba mucho tiempo dormida.

La balsa era grande, desde el punto de vista de los que habían sobrevivido a veinte años o más en un océano patrullado por el *Punto* y sus hijas las tormentas. Fue construida sobre pontones de bidones de aceite de plástico y barriles, cubiertos de lona resbaladiza y sujeta con cable de color naranja. Una vez hecho esto había sido reforzado por una base de algas modificadas genéticamente, un producto AxysCorp, un sustrato que se alimentaría de la luz solar y los productos del mar y crecería y se repararía a sí mismo. Esta sustancia milagrosa, que Nathan Lammockson había esperado que fuera la salvación de la humanidad saturada de agua, había resultado tener algún defecto fatídico. Después de que se hubiera ennegrecido y caído a pedazos, la comunidad de balsas de Thandie había podido encontrar materiales de recambio de los restos de otras balsas, menos afortunadas incluso, todo ello basura reciclada de la civilización sumergida bajo sus quillas.

Sobre esta base se situaba una especie de barrio de chabolas flotante, construido con planchas de plástico y de hierro ondulado e impermeabilizado contra las inclemencias del tiempo y el aire salado del mar. La gente se alimentaba de los peces y otras criaturas del mar, huevos de aves y algas marinas procesadas, y recogían el agua que bebían de la lluvia en baldes vueltos hacia arriba. Había una granja, si se podía llamar así, en el centro de la balsa, un montículo de mantillo de la ladera andina donde se había construido la primera balsa. Tenían un huerto, que era atendido por cariño por los ancianos. Había incluso pollos, en una gran jaula de plástico atada a una pared. Para la electricidad, en la granja había una pequeña hilera de molinos de viento y paneles de energía solar de color verde brillante de AxysCorp, que se limpiaban y reparaban solos, casi como seres vivos. Era una batalla constante mantener todo esto, ya que el agua salada siempre envenenaba el suelo y marchitaba los cultivos, y oxidaba los dispositivos eléctricos y cualquier parte metálica.

Las generaciones más jóvenes ayudaban a regañadientes. No les importaban las granjas. Ni siquiera la luz artificial. Hacían lámparas de aceite de pescado, pero rara vez las usaban. Si los cielos estaban despejados, estaba la luz de la luna y de las estrellas, y la luminiscencia de los seres vivos del mar. Y además ¿quién necesitaba luz de noche? Uno no necesitaba luz para dormir o para follar. Así que mientras que el último de los veteranos nacidos en tierra luchaban por mantener toda aquella basura a flote, los jóvenes, Boris y su generación, se tiraban de un lado de la balsa al océano sin fin.

A Thandie la toleraban. La gente la dejaba en paz con sus obsesiones, con su ciencia, sus chismes y su teorización. La balsa estaba llena de niños, y de padres que cuidaban de ellos, que comían, jugaban, hacían ropa de reliquias descoloridas y desgastadas; sin embargo, en el perpetuo aire cálido y húmedo, muchos de los niños le estaban cogiendo gusto a la desnudez, e incluso algunos de los adultos más jóvenes. Las corrientes, una estatua de algún héroe olvidado hacía mucho tiempo.

Su ordenador de bolsillo, que descansaba en su regazo debajo de la protección de la manta, emitía suaves pitidos.

Se había quedado dormida de nuevo. Esta era la quinta noche. El cielo estaba cubierto de nubes negras. Sacó su pequeño ordenador y, maldiciendo, buscó en el interior de su abrigo sus antiguas gafas de lectura.

Era un mensaje de Elena Artemova, que en su día había sido su amante y a la que ahora separaba la edad, el océano y una especie de apatía. Elena estaba en otra balsa grande, flotando sobre el cadáver ahogado de Río de Janeiro. Y ella, atenta a la nueva luz del cielo, había captado una observación fortuita realizada por una balsa en Los Ángeles. «Así que la nave ha vuelto y aparece por primera vez en los cielos de Norteamérica», decía Elena en su correo. «No por casualidad, diría yo...».

Thandie estudió con entusiasmo la observación, una secuencia de vídeo corta y de muy baja resolución tomada a través del telescopio de alguna balsa.

Luego esperó a que Boris saliera del agua, chorreando, un muchacho de trece años de edad, de músculos duros y vientre plano, con la boca manchada de aceite de pescado y el pene flácido de las entusiastas relaciones sexuales bajo el agua. Ella le hizo sentarse a su lado y le explicó con detalle la secuencia de imágenes.

—Mira, esto muestra la llegada del objeto que viste, el nuevo y brillante satélite. Esta fue tomada por un telescopio que casualmente estaba apuntando hacia el rincón apropiado del cielo, justo en el momento en el que apareció por primera vez. Sabía que tenía que haber alguien que lo hubiera captado. Ahora espera... Mira el reloj... ¡Pum!

Apareció un destello luminoso, a la derecha del centro del campo estelar, que era la propia nave; de ella salía una luz trémula que se dirigía hacia la izquierda en una línea totalmente recta y se desvanecía, como si la nave hubiera enviado un brillante mensaje óptico al lugar del que procedía.

—¿Lo ves? —preguntó Thandie triunfante, mirando fijamente al chico—. ¿Entiendes lo que es esto, lo que este observador ha visto?

—No —respondió Boris sin rodeos. Parecía inquieto, distraído. Los niños prácticamente no tenían capacidad de concentración.

Thandie reprimió su enfado.

—Esta es una nave que viaja más rápido que la luz. Es visible mientras viaja; su

burbuja de deformación emite una cascada de energía exótica, de radiación electromagnética, parte de la cual entre en el espectro visible. Sin embargo, deja atrás a su propia imagen. Así que la nave llega primero y la luz tiene que alcanzarla, todos los fotones emitidos a lo largo de su trayectoria llegan a exactamente la velocidad de la luz. Las imágenes más antiguas llegan en último lugar y se consigue el efecto de que la nave se estuviera alejando, no llegando... —Puso la secuencia una y otra vez—. Esta es la firma de la llegada de una nave más rápida que la luz, Boris, una nave superlumínica. Es el arca, el *Arca Uno*. Sabía que volverían.

Él frunció el ceño, un cómico intento de un crío de trece años de edad de fingir interés. Al menos estaba siendo educado.

—Entonces ¿qué quieres hacer?

—Prepara la radiobaliza. A ver si las baterías siguen cargadas. Vamos a traerlos de vuelta a casa.

Zane entró flotando en la consulta de Holle; era un fornido hombre de treinta y nueve años de edad, seguro y firme en sus movimientos en condiciones de microgravedad. Se dirigió a su asiento y se pasó un arnés por la cintura, aunque no lo apretó.

—Ah —exclamó él—. Después de más de una década de terapia siento que este viejo asiento forma ya parte de mí.

Holle lo había estado esperando con Theo Morell, que estaba montando las cámaras en sus soportes de pared para filmar la sesión. Holle se acomodó en su asiento, enfrente de Zane, con su ordenador del bolsillo apoyado en el regazo.

—Supongo que estoy hablando con Jerry.

—Terminé mis tareas del día antes de venir aquí. Por cierto, la burbuja de deformación está funcionando dentro de los parámetros normales. Y nos lleva a Tierra III. Pensé que debía quedarme fuera para, hmmm, guiar a Zane 3 aquí presente, por así decirlo. Sabe lo que quieres hacer hoy y está preocupado. Está nervioso, permíteme que te diga. Teme perder algo de sí mismo en el proceso de integración. Es consciente de que es popular entre la tripulación, entre los más jóvenes. Eso le otorga cierta validación. —Miró a Holle—. Que es una de las razones por las que estás siguiendo adelante con el proceso, ¿no? Sé que hay reservas en cuanto a la influencia que Zane tiene sobre los jóvenes.

No tenía sentido mentir al respecto.

—Wilson ha expresado su preocupación.

Zane resopló.

—Wilson también se «preocupa» mucho por los jóvenes, como todos sabemos.

—Pero no es por eso por lo que hemos decidido intentar iniciar el proceso, Jerry. Si no pensáramos que estabas listo, no lo intentaríamos. Eres muy importante para nosotros, obviamente. Tus necesidades son de suma importancia.

—Muy bien. La pregunta es: ¿estás tú preparada? ¡Solo han pasado siete años desde que ocupaste el puesto de Mike!

—Danos un respiro —dijo Holle—. He tenido que aprender psiquiatría desde cero. No es fácil, Jerry. De hecho, no creo que hubiéramos podido llegar hasta aquí para nada sin ti. —Eso era verdad. El álter ego llamado Jerry había sido como un compañero de estudios, mientras Holle, Theo y Grace revisaban las revistas de psiquiatría, los libros y los sistemas expertos en el archivo de la nave, además de las notas incompletas de Mike Wetherbee sobre el caso—. ¿Y no te importa someterte tú al proceso?

—Incluso una integración parcial nos fortalecerá, a todos nosotros, estoy seguro

de ello. Y además, hoy no estoy bajo ninguna amenaza; no espero sentir ningún cambio.

En el programa habían elaborado una secuencia de pasos sin una escala de tiempo fija y Jerry sería el último de los álter ego en ser integrado.

Theo se inclinó hacia delante.

—Jerry, sabes que hay otro motivo por el que hemos decidido iniciar el proceso hoy. Porque si todo va según lo previsto, el Seba debería estar llegando a la Tierra ahora mismo. Y si lo hacen es totalmente gracias a ti. Tú programaste la burbuja de deformación. —Theo simuló lanzar una pelota de baloncesto—. Los cogiste y los lanzaste a casa.

Zane sonrió.

—Bueno, por supuesto que soy consciente de eso. Si ha funcionado es un triunfo considerable... sí. Pero nunca lo sabremos, ¿verdad?

Holle le tocó el brazo a Theo.

—Creo que es suficiente. Ha sido un placer hablar contigo, Jerry.

—Siempre es un placer, Holle.

—¿Está Zane 3 ahí? ¿Podrías dejarlo salir?

—Un momento. —Zane cerró los ojos y se recostó en el sofá. Por un momento, parecía que se había quedado dormido. Luego se agitó, inquieto. Su rostro se suavizó y empujó los labios hacia delante en una especie de puchero. Abrió los ojos y miró a su alrededor—. Ay, mierda, todavía sigo aquí.

—Hola. ¿Estoy hablando con Zane?

—Ya sabes quién soy.

—Y ya sabes por qué estás aquí hoy.

—Vas a intentar ese ridículo procedimiento de reintegración, o como quieras llamarlo.

—¿Y no te importa?

Él se rió, un sonido sordo y amargo.

—¿Y qué cambia que me parezca bien o no?

—El Seba debe de estar llegando ya a la Tierra —dijo Theo—. ¿No te hace sentir orgulloso?

—Salieron del casco —dijo Zane—. Kelly y los otros. O están muertos o en una jaula en algún lugar. Nunca los volveremos a ver.

Miró directamente a Theo, hasta que este apartó la mirada.

—¿He de tomar eso como un consentimiento para el procedimiento? —le preguntó Holle a Zane.

—Sí, sí. Acabemos con esto. —Se echó hacia atrás y apretó los ojos.

Holle inició el proceso de la hipnosis del paciente.

—Relájate. Sientes que la tensión, la energía sale por los dedos de las manos y los

dedos de los pies, como un líquido. Te hundes cada vez más dentro de ti mismo...

Las palabras de activación que Wetherbee había utilizado para poner a Zane en un trance hipnótico siempre habían funcionado con rapidez.

Holle, como le llevaba pasando siete años, sentía la tensión del simple hecho de estar en la misma habitación que Zane 3. Su pasividad, su depresión, su autocompasión devoradora eran aplastantes. Era un pequeño consuelo para ella que Mike Wetherbee, según las notas al margen de sus apuntes, a menudo había sentido lo mismo.

Después de la Escisión y el secuestro de Mike Wetherbee, Wilson había tenido que buscar voluntarios para que se encargaran de diversos aspectos de la función desempeñada por Wetherbee. Grace Gray, seria, aprensiva pero responsable, había tomado la iniciativa y estaba estudiando de manera autodidacta para desempeñar el papel de médico de la nave lo mejor posible. Y Holle se había ofrecido para hacerse cargo del complejo caso de Zane. Ella ya había seguido de cerca algunas de las sesiones de Wetherbee, sabía más o menos en qué consistía el trabajo y vio que era necesario continuar con él si quería que Zane se salvara.

Y había sido Wilson quien había sugerido que Theo la ayudara. Wilson empezó a reestructurar lo que quedaba de tripulación después de lo que él llamó el motín de Kelly, y consideró que Theo necesitaba centrarse en otra tarea, en otro deber aparte del control del acceso a las cabinas de HeadSpace. Theo lo había hecho bien, después de la reticencia inicial. Se había metido de lleno en el estudio. Su experiencia con los sistemas virtuales era una ayuda, en cierta manera, porque era como si Zane estuviera viviendo en su propia realidad virtual defectuosa.

A medida que lo iba conociendo, Holle comenzó a ver lo pobre que había sido la educación de Theo; con razón o sin ella, su padre, a quien él siempre llamaba «el general», había considerado que la carrera militar era la única opción de Theo en un mundo anegado, y había coartado un desarrollo más amplio de su hijo. En diferentes momentos, dada la oportunidad, su personalidad y su talento podrían haberse expresado de maneras muy diferentes.

Pero eso probablemente se podía decir de ella también. Aunque ninguno lo sabría nunca.

Estar con Zane 3 le hizo darse cuenta de lo cansada que estaba. Habían pasado siete años desde la Escisión y la responsabilidad de mantener el casco a flote pesaba cada vez más. Tenían muy pocas piezas de repuesto, muy pocos componentes de reserva o de refuerzo, y reparar cualquier fallo requería ingenio, incluso la fabricación de piezas de repuesto en el taller, que no eran tan buenas como las originales. La idea de que el viaje podía durar otros veintidós años era aplastante. Estaba cansada, todo el tiempo.

Pero tuvo que dejar esa sensación fuera de la consulta y centrarse en Zane. A lo

mejor le venía bien tener dos responsabilidades que la distrajeran, en lugar de solo una.

Una vez que Zane estuvo a salvo en su trance hipnótico, comprobaron que el equipo de grabación funcionaba y Holle anotó en su agenda la fecha y la hora.

—Muy bien, Zane. Vamos a tratar de ayudar a que le des la bienvenida al áter ego al que lamamos Zane 1.

Theo echó un vistazo a las notas de su ordenador de bolsillo.

—Tiene diecisiete años. Él carga con la vergüenza que sentiste cuando Harry Smith abusó de ti en la academia. Ese era su propósito, para eso fue creado. Para ayudarte a lidiar con eso.

Zane se burló.

—Si tú lo dices.

—¿Estás en tu lugar seguro?

—Estoy en el museo. En mi habitación.

—¿Qué ve?

—La puerta está abierta.

—¿Qué ves a través del umbral? —le preguntó Holle.

—A un niño. Está asustado.

—Lo sé. Lo puedes ayudar, Zane. ¿Puedes ir a buscarlo y llevarlo contigo a la habitación?

—No lo sé. —Zane se movió en el asiento.

—Lo puedes mandar afuera cuando quieras.

Zane se quedó un momento en silencio y después se agitó.

—¿Está él ahí?

—Está de pie junto a mí. Es más pequeño que yo. Flaco. Está como temblando.

—¿Puedo hablar con él?

Zane se estremeció y cuando volvió a hablar, su voz tenía un tono sutilmente más agudo.

—No puedo ver. Está oscuro.

Siempre era de noche cuando Harry Smith iba a por Zane.

—¿Sabes quién soy?

—¿El doctor Wetherbee?

Pasaban por esto cada vez.

—No. Soy Holle. El doctor Wetherbee me pidió que lo ayudara. ¿Recuerdas que hablamos de esto?

—Sí.

—¿Y recuerdas qué dijimos que haríamos hoy?

—Que ibas a intentar que entrara en Zane 3.

—¿Y qué sientes al respecto?

—No sé lo que significa. —Se frotó los brazos, que estaban llenos de las pequeñas cicatrices causadas por las autolesiones que seguía provocándose, de forma periódica—. Estoy sucio. Debería lavarme primero. Zane no me querrá.

—No. Estás limpio. Limpio por dentro. Zane lo sabe, Zane 3. Él quiere darte la bienvenida, porque de esa manera te puede ayudar, él puede llevarse lo que te está haciendo daño, y tú puedes ayudarlo, porque él necesita recordar lo que tú recuerdas. Así que es algo bueno, ¿no?

—Desapareceré, si entro en él.

—No. Seguirás ahí, y también todo lo que te hace único. Solo que estarás dentro de Zane 3, no fuera. Yo no te olvidaré.

Zane abrió súbitamente los ojos y miró fijamente a Holle, con el rostro torcido.

—Prométemelo.

Holle nunca había ayudado a Zane, ni a Venus ni a Matt, cuando estaba teniendo lugar el abuso, aunque todos los candidatos sospechaban lo que Harry Smith estaba haciendo. Durante años le había dado la espalda, temiendo por su puesto. Ahora, al oír esta petición de ayuda como si fuera el chico que Zane había sido en aquel entonces, pero expresada con la voz ronca de un hombre de treinta y nueve años, se le rompió el corazón.

—Te lo prometo. Tal vez podrías dar un paso atrás y dejar que hable con Zane 3 de nuevo.

Después de otra pausa el álter ego Zane 3 salió, claramente.

—¿Y ahora qué? ¿Cómo hacemos esto? ¿Cómo consigo que entre dentro de mí?

Holle miró a Theo. Los textos y los casos prácticos eran poco explícitos acerca de los mecanismos precisos de este momento crucial.

Theo se inclinó hacia delante.

—¿Puedes verlo? ¿Qué está haciendo ahora?

—Está llorando. —Zane sonó ligeramente indignado.

—Entonces, abrázalo —le dijo Theo—. Rodéalo con tus brazos. A ver si puedes hacer que deje de llorar.

—De acuerdo. —Zane parecía reacio, pero sus brazos temblaban, un vestigio de movimiento—. Lo estoy abrazando. Me está mojando la camisa. Está dejando de llorar. Yo... Venga. No pasa nada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Holle.

—Es como una sombra que cae sobre mí... ah, puedo verlo, pero está dentro de mi cabeza ahora. ¡Dentro de mis párpados!

—No tengas miedo —dijo Holle, con voz tranquilizadora—. Va bien. Todo está bien. ¿Puedes oír su voz? ¿Puedes oír lo que está pensando?

—Puedo oír, puedo ver, ay Dios mío. Puedo ver sus recuerdos. Es como un

HeadSpace pornográfico. ¿Me pasó esto a mí? Ahora lo recuerdo, recuerdo la primera vez, Harry me está consolando por lo del accidente de la antimateria, me rodea con su pesado brazo, ¡mierda!

—Está bien, Zane, lo estás haciendo bien.

—¿Y este pobre chico ha estado cargando con esta basura todos estos años?

—Lo hizo por ti, Zane. Voy a contar hacia atrás desde cinco, y después te despertarás, estarás aquí conmigo y con Theo en la consulta. ¿De acuerdo? Cinco. Cuatro...

Al despertar, Zane era ligeramente diferente. Estaba más angustiado. Más enfadado.

—¿Estás bien? —le preguntó Holle—. ¿Quieres algo, un poco de agua?

—No quiero agua. Estoy bien. —Por su voz, no parecía que estuviera muy bien. Parecía deslumbrado y levantó una mano para proteger los ojos—. Hay mucha luz. Y mucho ruido. —Sin embargo, el único ruido en la habitación era el zumbido incesante de las bombas y los ventiladores del ECLSS—. Oigo mis latidos.

Holle habló en voz baja.

—¿Qué recuerdas?

—¿Que antes no recordaba? Años de abuso sistemático por parte de ese gilipollas de Smith. Y, mirando hacia atrás, años de acoso, incluso anteriores a eso. —Abrió los ojos de golpe. De pronto, su expresión era burlesca, airada—. O tal vez me estés metiendo tú esta mierda en la cabeza. No hay nada más que sea real sobre esta experiencia. ¿Por qué estos recuerdos iban a tener más validez?

Holle se sentía agotada.

—Zane, solo estamos...

—¿Hemos terminado? ¿Puedo irme?

Cinco días después de que el Seba llegar a la órbita terrestre, Masayo llamó a Kelly a la cabina de mando del transbordador.

Ella atravesó a nado la esclusa de aire del Seba. Mike Wetherbee y Masayo la estaban esperando atados ligeramente a los asientos gemelos de los pilotos del morro del transbordador. Kelly besó rápidamente a Masayo y se colocó detrás de los dos hombres, mirando sobre sus hombros. Durante largos minutos observaron en silencio por las grandes ventanas de la cabina de mando.

Allí, más allá de las ventanas, estaba la Tierra. Incluso después de cinco días era difícil creer que estuvieran aquí, que después de un vuelo de siete años desde Tierra II habían llegado realmente a casa. Sin embargo, aquí estaba la cruda realidad.

El mundo era un escudo de nubes apelmazadas, tan cerca que su curvatura era apenas visible. Mirando hacia el horizonte, Kelly podía ver los bancos de nubes en su belleza tridimensional, tormentas de proporciones continentales coronadas por nubarrones altísimos. El Seba se acercaba al borroso límite entre la noche y el día, y el sol, en algún lugar detrás del casco, proyectaba sombras de esos tremendos nubarrones en los bancos de nubes de debajo. Mientras tanto, en las pantallas de las consolas aparecían datos e imágenes de la Tierra, información sobre el clima, la oceanografía, el contenido atmosférico y demás compilada por instrumentos destinados a inspeccionar un nuevo mundo y cuyos ojos electrónicos estaban dirigidos ahora hacia el viejo.

—¿Qué tal Eddie? —preguntó Masayo.

—Bien. Desquiciado. Ya sabes cómo se pone antes de la siesta. —Eddie, el segundo hijo de Kelly y engendrado por Masayo Saito, de cuatro años ahora, concebido y nacido en condiciones de microgravedad, era una explosión larguirucha de energía. Eddie era uno de los cuatro niños nacidos durante el viaje desde Tierra II, que había subido el número de miembros de la tripulación hasta veintitrés. En un casco diseñado para una tripulación nominal de cuarenta o más, había un montón de espacio para los niños—. Jack Shaughnessy está con él. Dice que lo acostará cuando se calme.

—Muy bien. —Masayo sonrió, su cara ancha y bañada por la luz de la Tierra.

Kelly sintió un repentino sentimiento de afecto por él. Masayo, de cuarenta y un años, había perdido su atractivo juvenil, estaba perdiendo pelo y le estaba engordando el cuello, y como todos los de la tripulación después de dieciocho años en el *Arca* estaba cetrino, muy pálido, con unas manchas oscuras alrededor de los pliegues de los ojos. Sin embargo, su rostro seguía mostrando su buen carácter y lo fácil que era

trabajar con él que en su día le había granjeado la lealtad de los Shaughnessy y de sus colegas ilegales, ahora inspiraba el amor de su hijo con Kelly.

¿Amaba Kelly a Masayo? ¿La amaba él a ella? Kelly hacía tiempo que había decidido no responder a esas preguntas. Nunca se habrían unido, no habrían permanecido juntos, si no fuera por la excepcional situación de la misión. Pero ese era el ámbito en el que vivían, y en el que cualquier relación tenía que florecer. Por supuesto, ella creía que Masayo era bueno para ella.

Pero Mike Wetherbee la observaba de esa forma fría, ligeramente crítica, tan atípica de él.

—Jack es de fiar —dijo en tono provocador—. Se puede confiar en él, supongo.

A primera vista, Mike parecía que había superado su secuestro del Havila, siete años atrás, drogado y amordazado. Pero siempre que podía, ejercía presión sobre Kelly, sobre todo en relación a sus hijos, profundizando en ese dolor sordo, en el recuerdo horrible de haber abandonado al primero. Mike no se había formado como psiquiatra y todas las competencias que poseía las había adquirido en el tratamiento de pacientes desde el lanzamiento, en particular de Zane. Parecía haber aprendido bien, si señal de ello era la tortura lenta y sutil de Kelly.

Pero ella en ese momento estaba centrada en el presente, no en el pasado, y no le hizo caso.

—Bueno, ¿qué hemos descubierto?

—Nada bueno —gruñó Masayo—. Si lo que esperábamos era que la Tierra se hubiera curado de alguna forma... bueno, estamos apañados. —Hojeó imágenes y resúmenes de datos en una pantalla delante de él—. No queda tierra, nada en absoluto. Pero según el radar, la inundación no es tan profunda como podríamos haber esperado. Está unos quince kilómetros por encima del viejo nivel del mar, mientras que nosotros estábamos cerca de veinticinco por los modelos que los oceanógrafos sacaron antes de irnos.

Mike Wetherbee hizo una mueca.

—¿Solo quince kilómetros?

Masayo sonrió.

—Sí. ¿Cómo vamos a decírselo a la tripulación? «¿Queréis las noticias buenas o las malas?». —Entonces sacó un mapa esquemático de los sistemas climáticos del planeta—. El tiempo es más sencillo ahora que no hay continentes en el camino, ni Sáhara ni Himalayas. Echa un vistazo.

En cada hemisferio, el calentamiento ecuatorial del Sol creaba tres grandes zonas de convección paralelas al ecuador, que transportaban el calor hacia los polos, más fríos. Estos ciclos enormes creaban una especie de espiral de vientos estables que recorrían como serpientes todo el planeta. Era un patrón que había perdurado miles de millones de años, e incluso ahora su prolongada existencia seguía determinando

gran parte de los patrones climáticos del mundo a largo plazo. Mientras tanto, en el océano, la red de corrientes era mucho más simple ahora que los continentes estaban a kilómetros de profundidad y no suponían ningún obstáculo importante para la circulación de las corrientes. Incluso los grandes giros, zonas muertas en el océano, donde se habían acumulado la basura de la humanidad y desventuradas comunidades de balsas habían ido a hurgar, estaban ahora dispersados. Un rudimentario sistema de circulación atmosférica, poderosas corrientes oceánicas que seguían patrones simples, ni rastro de tierra, ni siquiera de hielo polar, por ninguna parte: se trataba de una Tierra reducida a lo básico, como si formara parte de un material didáctico para enseñar climatología, pensó Kelly. Nada más que la física elemental de un planeta que giraba.

Y sin embargo, no era uniforme; este mundo oceánico tenía características. Masayo les enseñó una imagen de una enorme tormenta merodeando por las latitudes más bajas del hemisferio norte, una espiral lechosa del tamaño de un continente que continuamente se escindía en tormentas más pequeñas, siendo ellos mismos huracanes feroces por derecho propio.

—Que sepamos, este es el mismo fenómeno que llamaban el Punto hace dieciocho años —dijo—. Puede que alguien ahí abajo nos lo confirme. Provoca vientos de en torno a los trescientos kilómetros por hora. Eso es alrededor de mach cero punto dos cinco, un cuarto de la velocidad del sonido. Debe de causar estragos entre esas balsas de basura.

—Así que tenemos que amerizar lejos de ella —murmuró Kelly—. Pero ¿dónde?

—No tenemos ningún lugar claro todavía —dijo Masayo—. No hay tierra, está claro. No hay nada más que un montón de balsas dispersas. A veces se ven sus luces por la noche. Aunque algunas parecen no tener iluminación en absoluto. Tienden a agruparse en las viejas plataformas continentales, y en particular en las zonas urbanas, las grandes ciudades.

—Hemos captado algunas transmisiones de radio —dijo Mike—; la mayoría no van dirigidas a nosotros.

—¿La mayoría?

—Solo es cháchara. Gente preguntando por familiares y niños perdidos e intercambiando noticias sobre tormentas y caladeros. Algunos siguen realizando observaciones del clima, de los cambios que están teniendo lugar. Pueden comunicarse a través de la red de satélites que ha sobrevivido. Me imagino que algunos de ellos están intentando hacer rebotar señales en la Luna...

—Mike, retrocede. Has dicho «la mayoría». Las señales en su mayoría no iban dirigidas a nosotros.

Él sonrió.

—Por eso te hemos llamado, Kelly. Hace media hora que captamos esto,

procedente de una balsa que navega sobre Norteamérica. —Tocó la pantalla y por el altavoz se oyó un mensaje en bucle:

«... Sabía que volveríais. Llevo un año esperándoos, desde la primera hora del retorno teórico. Tierra II no molaba tanto, ¿eh? Bueno, si necesitáis un guía nativo bajad aquí y buscadme. Podéis rastrear esta señal... Soy Thandie Jones, en algún lugar sobre Wyoming, en el mar Panthalassa. Thandie llamando a *Arca Uno*. ¡Os veo! Sabía que volveríais...».

En la penumbra de la cúpula, en el zumbido de la tranquilidad, con el casco del Havila y las estrellas silenciosas dispuestos más allá de las ventanas, Grace Gray contemplaba bellas y espectaculares imágenes de los sistemas de estrellas jóvenes, de un millón de años o menos, en plena formación a partir de una nube interestelar, y ponía todo su empeño en entender lo que su hija le estaba contando.

Helen, de diecisiete años, con rostro serio, le decía:

—Es como si estuviéramos armando un álbum del nacimiento de un sistema solar, fotograma a fotograma. Ves cómo la joven estrella, después de haber implosionado de la misma nube, comienza a interactuar con la remanente. Un disco central colapsado corta la nube más amplia en dos...

La nube escindida, iluminada desde dentro por la estrella invisible, le recordaba a Grace a un juguete, a un yoyó, con el sistema planetario formándose en el espacio entre las dos mitades, donde se enrollaría la cuerda. Enormes chorros salían disparados de los polos de la estrella, formando un ángulo recto con el yoyó. Helen siguió hablando de líneas de congelación, de gigantes gaseosos migratorios y de la fotoevaporación, de cómo la luz de las estrellas podía quitarle el manto a un Júpiter para dejar al descubierto un Neptuno o un Urano.

La cúpula estaba vacía salvo por ellas dos y Venus quien, concentrada en su propio trabajo y con los auriculares y las gafas virtuales ocultándole la cabeza, estaba en realidad ausente.

Helen era hermosa, pensó Grace al estudiar a su hija, su perfil recortado contra el campo estelar. Hermosa como ella nunca había sido, ni siquiera a los diecisiete años, cuando todo el mundo es hermoso, aunque compartían la misma tez. El padre de la chica, Hammond Lammockson, hijo de Nathan, era achaparrado, decidido como su padre. Grace veía muy poco de Hammond en Helen, algo de la determinación de su abuelo, quizá. O tal vez era una expresión de la sangre real saudí. O quizá tenía algo que ver con la microgravedad que habían soportado todos durante los últimos siete años, ya que la Escisión había hecho que la gravedad artificial por rotación fuera imposible. Helen solo tenía diez años por aquel entonces. Todos los niños que habían crecido desde ese momento eran esbeltos, aunque, contrariamente a lo que se esperaba, no eran altos. O tal vez se parecía a la madre de Grace, quien le puso su nombre y a quien la propia Grace no recordaba.

Fuera lo que fuera, Helen había ganado la lotería de la genética, «superdotada», la había llamado Venus Jennings una vez, uno de los pocos críos de su generación considerados lo suficientemente brillantes como para recibir una educación intensiva.

Grace siempre lo había sospechado, desde los días en que Helen había tratado de enseñarle las reglas del ajedrez infinito de Zane. Y cuando estaba absorta en sus estudios era cuando estaba más guapa.

Se dio cuenta de que Helen había dejado de hablar.

—¿Me entiendes?

—Más o menos.

—Mira, ¿te apetece un café antes de que siga mostrándote un poco más?

Venus se subió las gafas y se las colocó encima de su pelo canoso a modo de diadema.

—¿Alguien ha dicho café?

—Puede que quede algo en el termo.

—Creo que ya estará más que recalentado. ¿Por qué no vas a llenarlo?

—Ah. —Helen miró a una y a otra—. Queréis hablar sin que yo esté presente, ¿verdad?

Grace sonrió y le colocó el mechón de cabello rubio que le flotaba delante de la cara de nuevo dentro del moño.

—Bueno, era a Venus a quien quería ver, cariño.

—Puedo captar una indirecta. —Helen, que rodeaba un taburete en T con las piernas, las descruzó, se elevó en el aire y con la precisión de un pez bajó como una flecha y sacó el termo del café de su funda, al lado de Venus—. Os voy a dar diez minutos. Después, mamá, te voy a enseñar de lo bueno lo mejor. ¿Trato hecho?

Grace sonrió.

—Trato hecho.

Cuando Helen atravesó la esclusa de aire, Venus se volvió hacia Grace.

—Has venido a hablar de Wilson, supongo.

—Sí. Y de Steel Antoniadi. Ha ido demasiado lejos con esa chica. En el casco no se habla de otra cosa. He quedado con Holle más tarde. Podrías venir tú también. Si las tres nos enfrentamos a él...

—De acuerdo. —Venus bostezó y se estiró; como no llevaba ningún arnés, al arquear la espalda se fue saliendo lentamente de su asiento—. Supongo que es lo que debemos hacer. Tengo que admitir que cada vez me resulta más difícil que me preocupen esa clase de tonterías. —Miró las estrellas—. A veces me gusta perderme por aquí. Y gracias a Dios que Wilson es el portavoz, no yo. Helen es realmente de lo mejor que tenemos, ya sabes. ¿Te molesta que me la traiga a estudiar?

—No. De hecho, pasa más tiempo formándose como piloto de transbordador que aquí. Agradezco que tenga estas oportunidades. Pero la gente se queja de tus estudiantes y tus privilegios. Para ser justa con él, Wilson te defiende, siempre recalca lo importantes que son las funciones de búsqueda de planetas y navegación.

—Bueno, y así es. Pero ¿qué opina de mis programas de investigación básica? La física fundamental, la cosmología...

—Nunca he hablado con él de eso.

Venus volvió a mirar las estrellas.

—Creo que deberíamos estar haciendo algo más que, ya sabes, limpiar las paredes y desatascar las letrinas bloqueadas. Y si lo piensas bien, esta es una oportunidad única. Aunque todo vaya bien, los hijos de Helen serán pequeños agricultores en Tierra III. Solo esta generación, la generación de Helen, de todas las generaciones desde Adán y Eva, ha crecido entre las estrellas, lejos de la abrumadora presencia de un planeta. Quién sabe de qué manera determinará eso su forma de pensar. Llámalo experimento, Grace. Además, son unos niños muy brillantes y sumamente curiosos, a quienes no se les permite explorar nada por si estropean la nave. Así que intento dirigir su curiosidad hacia ahí fuera. —Se quedó en silencio, como solía hacer, y entró en el universo privado de su mente.

Grace, ligeramente burlona, la animó a que siguiera hablando.

—¿Y se te ha ocurrido algo útil?

Venus se echó a reír.

—Ahora hablas como Holle, la reina de las cañerías. Demonios... ¿quién sabe? Mira el generador de Zane. Conseguimos construir un motor de física unificada, antes incluso de conseguir unificar la física. Es como si lo hubiéramos logrado por casualidad. Tal vez a la generación de Helen se les ocurra algo que haga que la propulsión de Zane parezca una máquina de vapor. Entonces sí que va a ser divertido.

Pero, pensó Grace, toda esa búsqueda de planetas y la teorización científica exponencial no tenía nada que ver con la compleja realidad humana que se estaba desarrollando dentro de las dilapidadas paredes del *Arca*.

La esclusa de aire se abrió y Helen entró afanosamente, flotando con maestría en el aire, mientras hacía juegos malabares con dos termos y unas tazas. Parecía que se sentía como en casa en aquel observatorio en microgravedad; su expresión era de concentración, llena de inteligencia. Pero su aspecto parecía más extraño que nunca. Grace sintió una punzada de amor impotente, sin esperanzas.

El transbordador del *Arca* era un destello que caía del cielo a mediodía. Thandie no había visto un espectáculo semejante en años. A medida que descendía, el destello se convirtió en un planeador, blanco y gordo. Se ladeó una vez encima de la balsa. Después, para aterrizar, posó lenta y cautelosamente su barriga y levantó una enorme columna de agua.

Esto era, literalmente, la cosa más emocionante que había sucedido nunca en la vida de la mayoría de los habitantes de la balsa. Los niños saltaban y aplaudían. Algunos de los balseros mayores, como los padres de Boris, Manco y Ana, eran más temerosos, como si esta irrupción tecnológica fuera a perturbar la tranquila y relativamente segura vida que habían construido con tanto esmero.

El transbordador se detuvo solo a unos doscientos metros de la balsa, un hecho sorprendente después de un viaje de cuarenta y dos años luz. Posada en el mar, la nave parecía bastante inofensiva y cabeceaba en el suave oleaje oceánico, con la parte superior de su casco cubierta de un revestimiento aislante carbonizado en algunas zonas y con la bandera norteamericana y las palabras ESTADOS UNIDOS todavía visibles, sutiles vestigios de una pintura ya descolorida. Sin embargo, Thandie, que cumplía las órdenes de Kelly Kenzie le daba a través de un enlace de radio desde la cabina de mando, se aseguró de que nadie se acercara a la nave durante algunas horas. El escudo negro que cubría toda la parte inferior del transbordador estaba todavía muy caliente debido a la fricción atmosférica y la tripulación estaba ocupada purgando gases y otras toxinas de los sistemas de control de posición y las pilas de combustible.

Fue al final del día cuando la escotilla del transbordador se abrió por fin. Los niños de la balsa, algunos de tan solo cuatro o cinco años, se lanzaron al agua y se acercaron chapoteando con cables de plástico.

Un pálido rostro se asomó por la escotilla de la nave, una vacilante figura larguirucha de pie vestida con un mono azul. Se lanzaron unos paquetes al océano, unos paquetes que se abrieron para convertirse en botes salvavidas de color naranja brillante, lo que produjo más exclamaciones de alegría entre los niños. La tripulación empezó a descargar el transbordador, sacando primero equipos y materiales, y después a los niños más pequeños, cuatro bebés envueltos en voluminosos chalecos salvavidas. A continuación, salieron los adultos y los niños mayores, diecinueve de ellos bajando por el corto tramo de escaleras del transbordador. Estas criaturas flacas y pálidas del espacio tuvieron que subir a bordo de sus propios botes ayudadas por los bronceados y desnudos niños de la balsa. Era como una reunión entre especies

diferentes, pensó Thandie. Los niños balsa pululaban alrededor del transbordador, a la caza de recuerdos.

Los botes salvavidas se dirigieron a la balsa. A dos de los ocupantes de los botes, angustiosamente enfermos, les daban arcadas y se asomaron por la borda. Uno de los niños del transbordador se lamentaba: «¡Quiero volver! ¡Quiero volver!».

En la balsa, la tripulación del transbordador tuvo que ser ayudada una vez más para sortear la corta distancia que separaba el cabeceo de los botes salvavidas y la majestuosa balsa. Todos ellos tenían problemas para ponerse de pie, especialmente los niños que abatidos jadeaban por el esfuerzo que les suponía respirar el aire denso.

Thandie había dispuesto que los veintitrés pasajeros se alojaran juntos en una choza que había evacuado a toda prisa, donde se tumbaron sobre catres hechos con mantas acolchadas con algas secas. Fue a verlos un par de veces esa primera noche, mientras Manco y Ana dirigían los esfuerzos de los balseros hacia la comodidad de sus extraños visitantes, llevándoles vasos de agua de lluvia y cuencos con sopa de pescado. Era como una sala de hospital; el hedor a vómito y excremento era denso. Los niños de la balsa asomaban la cabeza, fascinados y temerosos, pero el tufo les hacía retroceder. A Thandie todavía le quedaba por saber qué había sido la nave y por qué solo la mitad de ella, y mucho menos de la mitad de la tripulación, había regresado a casa.

A la mañana siguiente, a petición de Kelly, ella y otros dos salieron de la choza y se sentaron en una fila de sillones rescatados de la nave, para poder hablar con Thandie.

Thandie se sentó delante de sus invitados en el suelo de la balsa en una postura de yoga: espalda erguida, piernas cruzadas, manos apoyadas en las rodillas.

Los viajeros del espacio se sentaron al aire libre con sus asientos inclinados hacia atrás y tapados con mantas. Estaban pálidos como fantasmas. Todos ellos aceptaron con gratitud las tazas de té de algas que les daba Manco. El mar estaba agitado y parecían estar encogidos de miedo ante un cielo donde bullían unas espesas nubes grises. Un puñado de los niños de la balsa pululaban alrededor de ellos con los ojos abiertos de par en par. Thandie les hacía caso omiso, confiada en que pronto se irían a nadar y se olvidarían del regreso de los astronautas.

Recordaba a Kelly Kenzie como uno de los candidatos más brillantes. Se había ido al espacio siendo una chica de poco más de veinte años. Ahora, había vuelto siendo una mujer de cuarenta y uno, demasiado delgada, demasiado pálida y con su pelo rubio ya canoso. Seguía siendo hermosa, pero tenía un rostro que mostraba los años que había vivido, las decisiones que había tomado. Thandie dedujo que uno de los niños de la nave era de Kelly. Los otros adultos eran varones. Uno de ellos era otro candidato que Thandie recordaba vagamente y que se llamaba Mike Wetherbee.

El segundo era un hombre corpulento de unos cuarenta años de edad llamado Masayo Saito, al que no conocía. Kelly lo presentó como su pareja, el padre de su hijo, y dijo que tenía formación militar.

Thandie giró la cabeza hacia la derecha, inspiró en el centro, la giró hacia la izquierda y espiró, y volvió al centro para volver a inspirar.

—Disculpad mi rutina de estiramiento para mujeres mayores. Bueno, ¿cómo os sentís esta mañana?

—Mike aquí presente es el médico —gruñó Kelly.

Mike Wetherbee se frotó el pecho, al parecer él también tenía problemas para respirar.

—Esperaba problemas con la gravedad —dijo—. Huesos quebradizos, problemas con el balance de líquidos corporales, todo eso. Tenemos niños, incluido el pequeño Eddie, hijo de Kelly, que nacieron en caída libre. Además, esperaba que fuéramos propensos a los virus e insectos, y les puse a todos inyecciones de antibióticos y antihistamínicos antes de abrir el transbordador. Lo que no esperaba era esta maldita falta de aliento. —Su acento australiano, cerrado y nasal, no había desaparecido con los años.

—Supongo que tendría que haberos advertido. El aire es más denso de lo que solía ser, estamos bajo una presión mayor que en el antiguo valor a nivel del mar, y el oxígeno se agota.

Kelly asintió con la cabeza, con cautela, como si su cabeza fuera demasiado pesada para su cuello.

—Tenemos algunas lecturas del espectómetro desde la órbita. No daba crédito.

—El mundo no es tan fértil como solía ser. Todavía no, de todos modos. Cuando llegó la inundación tuvo lugar una extinción masiva en la tierra, por supuesto, pero también en el mar. Ya no entraban en él nutrientes de la tierra. La productividad de la biosfera en su conjunto ha desaparecido y, como consecuencia, también lo ha hecho el contenido de oxígeno de la atmósfera: a un dieciséis por ciento, según algunos de los de la comunidad, cinco puntos menos. Eso equivale a una altitud de tres kilómetros antes de la inundación.

—Genial —exclamó Mike Wetherbee—. Ahogamos el mundo, pero aun así me siento como si hubiera subido una montaña.

—Peor que eso, el aire es más caliente de lo que solía ser. Jadeas, para refrescarte, y echas incluso más en falta el oxígeno.

—Más caliente —repitió Masayo Saito. Parecía estar teniendo más problemas para respirar que los demás, y habló con voz entrecortada—. ¿Gases de efecto invernadero?

—Sí. Todos estos bosques anegados, putrefactos. Pensamos sin embargo que la inundación está por encima del nivel de 2012. Lo que significa que la Tierra tendrá

un océano de un volumen cinco veces mayor al valor anterior a la inundación, que a su vez coincide con algunos de mis modelos de liberación de mar subterráneo, como lo llamé yo. Como podéis ver, incluso ahora estoy obsesionada con la prioridad de lo académico.

Kelly sonrió.

—Trabajé con gente como Liu Zheng, en la academia. Te entiendo.

—Sí. He sobrevivido para pronunciar el «os lo dije» más poderoso de la historia. Me proporciona algo de consuelo. Nos podríamos estar dirigiendo hacia un nuevo equilibrio climático en algún lugar del espacio paramétrico. Hay un modelo circulando por la comunidad de la fogata, llamado el modelo de Boyle, y a ese viejo afanoso le encantaría saber que ha sido inmortalizado. —Pero ninguno de ellos había oído hablar de Gary Boyle, o de la comunidad de la fogata, una comunidad libre e interconectada de viejos climatólogos y oceanógrafos; la miraron con expresión vacía en sus ojos—. El mundo de Boyle tendrá un contenido de dióxido de carbono muy alto y muy bajo de oxígeno. Un calentamiento extremo provocará tormentas más violentas todavía, que podrían mezclar las capas oceánicas y de ese modo estimular la vida, y en particular la fotosíntesis del plancton...

—Que haría disminuir la cantidad de dióxido de carbono —terminó Kelly.

—Sí. Podéis ver que hay un circuito de retroalimentación que cerrar y es así como se obtiene la estabilidad. A temperaturas más altas la erosión de la piedra caliza bajo el agua entra en acción también. Pero todo es muy controvertido. Nadie tiene ya los medios informáticos para poner a prueba estos modelos. Y aunque el mundo de Boyle tuviera lugar, puede que en él no fuera posible la supervivencia del ser humano. Demasiado calor.

Masayo miró a su alrededor, a la balsa, y señaló una rejilla con peces puestos a secar.

—El océano no es, evidentemente, tan improductivo. ¿Eso son huevos de gaviota?

—Existe una especie de recuperación entre algunas especies de aguas profundas, a pesar de la falta de nutrientes en el océano, ahora que hemos dejado la pesca excesiva y el vertido de contaminantes. Es como si la Tierra estuviera dando un suspiro de alivio. Las aves han sufrido, por supuesto. No hay tierra, ningún lugar en el que anidar. Sin embargo, algunas gaviotas parecen estar sobreviviendo. Creemos que están haciendo sus nidos en los desechos flotantes.

—No hemos visto muchas comunidades de balsas —dijo Kelly—. En su mayoría en las grandes ciudades. E incluso allí la gente está muy dispersa.

—Venimos por la basura —dijo Thandie sin rodeos—. Incluso después de tantos años. Las fugas tóxicas ahuyentan a los peces, pero en cambio se sienten atraídos por los afloramientos de nutrientes.

No dio más detalles acerca de lo que podrían ser los nutrientes, pero Mike Wetherbee miró el pescado seco con más desconfianza.

—Sí que nos mantenemos en contacto, tenemos enlaces de radio, intercambiamos información y niños. Nos preocupa la endogamia, al igual que a los ingeniero sociales de la academia. —Señaló—. Ese niño de ahí, el que está arreglando el cableado en esa esquina de la balsa, se llama Boris. Tiene trece años. Me uní a esta embarcación hace siete años, después de venir a visitar a una mujer llamada Lily Brooke para ver el hundimiento del Everest juntas. Lily estaba emparentada con Boris, era su tía bisabuela, creo. Tal vez hayas oído hablar de Lily. Era amiga de Grace Gray. Se aseguró de que Grace subiera al *Arca Uno*.

Kelly dijo:

—Grace está en el Havila, el otro casco, el casco que no regresó a la Tierra.

—Estaba embarazada cuando se unió a la tripulación.

—Tuvo el bebé antes de llegar a Júpiter. Una niña que se llama Helen. Ya habrá crecido, supongo, debe de tener diecisiete años.

Thandie asintió con la cabeza.

—Me alegro de oírlo. Lily y Grace se conocían desde hacía mucho tiempo. Lily dedicó su vida a salvar la de Grace, a salvarla de la inundación. Supongo que lo consiguió.

—Grace nunca la mencionó —dijo Kelly.

Lily había muerto poco después de lo del Everest. Había hecho todo lo que había podido por la chica. Thandie se alegró de que nunca se enterara de esa lenta venganza de Grace. Algunas personas nunca te perdonan que les hayas salvado la vida.

—Después de lo del Everest, Manco y Ana, el sobrino nieto de Lily y su esposa, me acogieron en su casa. Como os acaban de acoger a todos vosotros. Son personas generosas.

Kelly estaba mirando a los niños, la mayoría de los cuales, como Thandie había esperado, se habían aburrido y se habían ido al patio de recreo eterno que era el mar.

—Me parecen... extraños. Pero no más de lo que nosotros les parecemos a ellos, supongo.

—Han crecido sin conocer otra cosa más que esto —dijo Thandie—. Solo la balsa y el océano. Algunos de ellos apenas aprenden a caminar antes de saltar al agua. Otros apenas hablan. No es que estén en la etapa preverbal, sino que parecen estar desarrollando un lenguaje propio, de palabras, de gestos, de formas corporales que pueden utilizar bajo el agua. Al final algunos de ellos desaparecen. Literalmente; se tiran por la borda y no los vuelves a ver. A lo mejor los cogen los tiburones; eso es lo que los padres temen. Me pregunto si no estarán buscando un lugar propio en el que vivir. Tal vez en las grandes balsas naturales donde viven las gaviotas, hechas de madera de deriva y guano. Que tengan suerte.

—Parece la madre de todos los choques generacionales —dijo Mike Wetherbee.

—Bueno, porque lo es. En quinientos años, los nietos de estos chicos probablemente tengan los pies palmeados. Pero espero que recuerden su humanidad, la historia que los engendró, la civilización que sus antepasados construyeron. Trato de enseñar astronomía a Boris...

Los niños eran amables con Thandie, pero rara vez escuchaban algo de lo que decía. A ella no le importaba, no le importaba que le hicieran caso omiso, como había ocurrido durante cuarenta años o más, desde que había visto cómo se inundaban Londres y Nueva York; y después las enormes y asombrosas transgresiones marinas que se produjeron cuando el mar cubrió de repente grandes franjas de terreno continental y la civilización humana se dispersó en la huida. La inundación era demasiado grande; observarla era a lo único que podía aspirar. De hecho, era un privilegio haber sobrevivido a este momento de transición. Y después de todo, ninguno de estos hijos y nietos eran suyos. No le incumbía su futuro. El presente era suficiente y el pasado...

Ellos la miraban con curiosidad.

Se había sumergido en las profundidades oceánicas de su propia cabeza, se había quedado dormida sentada en la posición del loto.

—Lo siento —se disculpó ella—. Narcolepsia de anciana.

—Y yo te pido disculpas por mirarte fijamente —dijo Mike Wetherbee—. Hace mucho tiempo que no vemos a nadie mayor. Perdóname.

—Mencionasteis algo llamado la Escisión. Habladme de eso.

Kelly miró a Masayo y a Mike. Se encogió de hombros y comenzó a contar la versión rápida de la historia, de las disputas que llegaron a un punto crítico cuando llegaron a Tierra II y las divisiones en tres grupos. Kelly parecía nerviosa, como si temiera que fuera a repetir todo esto en alguna clase de tribunal. Thandie se preguntó qué diferentes versiones de aquella historia podría haber oído de Wilson Argent o de Holle Groundwater.

Cuando terminó, Thandie asintió con la cabeza.

—Siempre pensé que podríais volver a casa. Nunca estuve de acuerdo con la filosofía fundamental del Proyecto Nimrod, lo de volar al cielo. La Tierra se ha convertido en algo ajeno, pero no tan ajeno como otro planeta. Nunca pensé que os dividiríais en tres grupos, que debe de ser la opción más tonta que podríais haber elegido desde el punto de vista de la ingeniería. Gordo Alonzo se revolvería en su tumba si se enterase. Pero vaya... tres caminos, tres destinos. Me preguntó cómo saldrá.

—Bueno —dijo Masayo—, Tierra II está a veintiún años luz de distancia. Dejamos atrás cualquier señal que pudieran enviar. Puede que sepamos de ellos

dentro de otros catorce años más o menos. Pero no sabremos nada de Tierra III hasta dentro de un siglo, por lo menos. —Frunció el ceño—. Qué pensamiento más extraño.

Thandie se recordó a sí misma que él era básicamente un militar que había tenido que aprender a lidiar con algunos conceptos muy chocantes.

—Decidisteis volver a la Tierra, Masayo. ¿Por qué?

—Tengo un hijo, de una relación anterior —respondió Masayo, incómodo—. En la Tierra, quiero decir. Nunca quise abandonarlo. Para empezar, fue solo un accidente que yo estuviera en el *Arca*.

—Yo tengo un niño también —reconoció Kelly—. Supongo que eso es lo que me trajo a casa.

—Eso y tu ambición —le espetó Mike Wetherbee—. Tu maldito orgullo.

Kelly habría respondido, pero Thandie levantó una mano.

—Esas son discusiones del pasado. Será mejor que las dejéis atrás, en el espacio. —Miró a su alrededor, a las aguas del Panthalassa, el océano del mundo con un nombre acuñado por uno de los pioneros del estudio de la deriva continental—. No sé qué es lo que esperabais. Esto es todo lo que podemos ofrecer. Aquí pasaréis el resto de vuestras vidas.

—Hay algo más que estamos buscando —dijo Kelly—. Hemos estado escuchando desde la órbita. Esperaba establecer contacto, pero no oímos nada.

Thandie asintió con la cabeza; estaba esperándolo.

—Esperabas tener noticias del *Arca Dos*.

—Fue el proyecto de mi padre. Puede incluso que esté aún con vida —dijo Kelly con los ojos algo desorbitados—. Es una posibilidad muy remota, tendría más de noventa años, pero...

—No he oído que esté muerto. Y no he oído que el *Arca Dos* fallara. Llevo sin hablar con ellos años, pero eso no significa que no sigan ahí. Puedo conseguir que hables con ellos. O lo intentaré, al menos.

Kelly abrió los ojos de par en par.

—¿Y para viajar hasta allí?

—Eso depende de la tripulación del *Arca Dos*. No tenemos los medios para llevarte. —La mujer miró a Kelly y a los demás, que parecían vacilantes—. ¿Estás segura de que quieres ir en busca del pasado?

La expresión de Kelly se endureció.

—Te agradecería que hicieras la llamada en lugar de psicoanalizarme.

A Masayo pareció preocuparle su agresividad. Mike Wetherbee se limitó a sonreír.

Thandie inclinó la cabeza, y apoyó las manos sobre las rodillas dobladas, una vez más.

—¿Mamá? —El pequeño Eddie Saito se acercó tambaleándose a Kelly. Solo tenía cuatro años y caminaba como un ciervo recién nacido, pensó Thandie, que era probablemente la única persona en la balsa que recordaba cómo era un bebé ciervo—. He jugado con los niños. ¿Puedo ir a nada?

Kelly no le hizo caso.

—¿Y dónde está el *Arca Dos*?

Mike Wetherbee sonrió maliciosamente.

—¿Todos esos años y tu maravilloso padre nunca te lo dijo? Vaya relación que teníais.

—Dímelo, Thandie.

La anciana apuntó hacia abajo.

—Yellowstone.

Eddie tiró a Kelly de la manga.

—¿Mamá? ¿Puedo ir a nadar?

De camino a enfrentarse a Wilson por su relación con Steel, Holle se reunió con Grace en el cono superior del Havila, donde tuvieron que esperar a que Venus se uniera a ellas.

Miraron hacia abajo y recorrieron con la mirada todo el tanque abierto. En la microgravedad posterior a la Escisión, la mayoría de las particiones de los niveles se habían retirado una vez más para abrir el gran espacio interior del casco. La larga barra de bomberos seguía en su sitio abajo a lo largo del eje del casco, y las cabinas se agrupaban a su alrededor, sujetas con grapas y cables y sobresaliendo por todas partes, ocupándose de sus asuntos. Se oyó un clamor de ruidos, de voces; la eliminación de los niveles había convertido todo el casco en una cámara de eco. Abajo, en el nivel cinco más o menos, Holle vio que un círculo del sueño estaba reunido, en su mayoría jóvenes. Uno de sus participantes era Zane Glemp, que estaba hablando y los tenía embelesados. Más o menos por el nivel ocho, la mitad del suelo permanecía en su sitio para servir como base para la cabina de Wilson, un compartimento imponente de tabiques y mantas, un palacio de la basura. El lugar fue bañado por la falsa luz difusa en el aire cargado de polvo.

Se podía diferenciar fácilmente las distintas generaciones. Al igual que Holle y Grace, la mayoría de las personas de a bordo seguían perteneciendo a la generación que había subido a la nave en la Tierra dieciocho años atrás. Ya envejecidos, la mayoría de treinta y muchos o cuarenta y pocos, se movían de manera eficiente, pero sin elegancia.

Después estaban los adolescentes, que como Helen Gray habían nacido después del lanzamiento en Gunnison, que habían pasado sus años de adolescencia en condiciones de microgravedad y se movían con una habilidad inconsciente. Sin embargo, muchos de ellos no se parecían mucho a Helen. Vestían unas sencillas túnicas que dejaban brazos y piernas al descubierto; llevaban tatuajes que coincidían con las pintadas en las paredes, eran unas marcas incomprensibles para cualquier adulto con las que mostraban su lealtad a una tribu o a otra. Iban juntos a todas partes, como peces exóticos en un tanque, haciendo caso omiso de los adultos y mirándose con desconfianza. Holle sabía que pocos de estos niños habían asistido a clases. Le preocupaba que estuvieran tan desconectados de la nave y de su misión; después de todo, esta era la siguiente generación de la tripulación. Wilson decía que no le importaba. Si alguna vez tenía que enfrentarse a ellos, enviaba a sus amigos ilegales, una pandilla más grande y bravucona que el resto. Pero Wilson tenía su propia visión de estos jóvenes, que era la razón por la que Holle y Grace iban a verlo ahora.

Y después estaban los más jóvenes, los niños de siete para abajo, que en realidad habían nacido y crecido en caída libre. Al no haber conocido otra cosa, salían disparados como cohetes, sin miedo. Un grupo de niños limpiaba una pared en dirección ascendente; en la mano tenían un estropajo y de sus pequeñas espaldas colgaban garrafas de agua. Por encima del clamor general, Holle oía el sonido agudo de la canción sin sentido que los niños cantaban mientras trabajaban: «Yo te río, mi diversión / tú eres mi ene-ge / tú eres mi te-efe / yo te río, mi diversión...». La cantaban como una canción, superponiendo las líneas fragmentarias, moviendo sus esponjas por la pared al ritmo de la música. A Holle siempre le pareció que eran una generación flacucha, sorprendentemente pequeña en estatura, también pálida, pálida como los gusanos ciegos que una vez habían nadado en los profundos y oscuros océanos de la Tierra.

Y, en un momento de relativa calma, se oyó la débil voz de Zane que subía desde el círculo del sueño.

—Los médicos, que no son realmente médicos e incluso ellos lo admiten, dicen que no existo. No soy más que un constructor de la relación entre estas personas parciales que viven dentro de mi cabeza, que no existen tampoco. Tal vez eso ocurra con todos nosotros. Puede que ninguno de nosotros exista, excepto en la forma en la que nos relacionamos. Tal vez si salimos de este casco uno por uno dejemos de existir, de estar solos en la oscuridad. Y después, cuando solo quede uno de nosotros, una persona dentro del casco... tal vez él o ella también se vaya, desaparezca sin más...

Este era claramente Zane 3; Holle reconocía el contenido de lo que decía, su forma de hablar. Pero era un Zane 3 más enérgico, más furioso, más fuerte, de alguna manera más decidido. Impulsado por el dolor reintegrado de Zane 1, tal vez.

—Sabes que Wilson está preocupado por las cosas que dice Zane —murmuró Grace—. Él niega que exista algo fuera del casco y dice que no recuerda nada de lo que ocurrió antes del lanzamiento por curvatura desde Júpiter. Bueno, la mayoría de estos niños tampoco han estado fuera del casco y no recuerdan nada, solo el viaje. Les está diciendo lo que quieren oír a un nivel profundo, creo.

—Es solo entretenimiento. Las cabinas de HeadSpace son demasiado caras, por lo que se intercambian sueños. Zane es un cuentacuentos. Uno terrorífico, pero eso es todo.

—¿Estás segura? Lleva años elaborando justificaciones para sus teorías. Por ejemplo, él dice que la propulsión por curvatura es imposible, que puede demostrarlo a partir de principios básicos.

—Pero cualquiera de estos niños puede ir a la cúpula y mirar las estrellas. ¿Cómo explica él eso?

—Es una simulación, con defectos obvios. Tal como la lente gravitacional del

campo de curvatura, que es solo una codificación de la proyección de un campo estelar.

—¿Qué otros «defectos obvios» hay?

—Extrañas coincidencias. Estamos supuestamente huyendo de una inundación, pero Tierra II se encuentra en la constelación del río. ¿Inundaciones? ¿El río? Para encontrar nuestro destino en el paisaje estelar buscamos Orión, y sin embargo, decimos que fuimos lanzados desde la Tierra por una unidad de propulsión llamada también Orión. Zane argumenta que estas coincidencias en los nombres son los síntomas de un régimen de diseño perezoso. O tal vez son pistas introducidas a escondidas por algún diseñador disidente del simulador para ayudarnos a descubrir la verdad de nuestra situación.

—¡Es solo una coincidencia!

—En el mundo de Zane no existen las coincidencias. Solo conspiraciones. Hay más. Para averiguar de dónde hemos venido miramos hacia Ofiuco, el portador de la serpiente. Esa parte del cielo está borrada, así que no se puede ver el Sol, el hogar del hombre. Pero ¿por qué el portador de la serpiente? Zane buscó en el archivo y encontró la historia de Uróboros, un mito del antiguo Egipto que habla de una serpiente que devora su propia cola. Por lo tanto, Zane dice que lo que vemos detrás de nosotros no es ningún tipo de cono de curvatura, sino la boca del Uróboros, que continuamente devora nuestra falsa realidad, mientras una realidad nueva se construye continuamente delante de nosotros para crear la ilusión de movimiento.

—Dios mío. No tenía ni idea de que era tan complejo.

Grace se encogió de hombros.

—A veces hasta yo le creo. Después de dieciocho años en este tanque, la Tierra parece un recuerdo lejano, irreal. Si no fuera porque todavía me duelen los pies de caminar durante todos aquellos años por las llanuras...

Holle negó con la cabeza.

—Estemos enterrados en alguna jaula en el desierto de Nevada o no, las cañerías todavía necesitan arreglarse. Eso es a lo que me aferro. Aquí viene Venus. Vamos a ver a Wilson y a terminar de una vez con este asunto de Steel.

En su camarote, Wilson llevaba solo unos pantalones cortos mugrientos, una camiseta sin mangas y unos calcetines, y descansaba suavemente amarrado a una pila de mantas. Estaba engordando y tenía la piel grasa.

Dos de sus amigos estaban allí con él, unos ilegales que se llamaban Jeb Holden y Dan Xavi. Los dos eran antiguos postergados que se habían convertido en miembros de los servicios de seguridad y habían entrado a la fuerza en el *Arca* durante el lanzamiento. Ahora eran unos cuarentones y tenían exceso de peso, y colgaban de las esquinas de la cabina, sin decir ni hacer nada, solo miraban a las

mujeres con un aire ligeramente intimidante.

No había rastro alguno de Steel, el punto de la discordia.

Wilson sabía por qué estaban allí. Holle empezó a hablar, cohibida y nerviosa, sin ir directamente al grano.

Desde la Escisión, por lo que sabía Holle, Wilson no había sustituido a Kelly por otra pareja estable. Pero había tenido amantes en toda la tripulación. También era el padre de varios niños. Todo esto era con el consentimiento de las mujeres involucradas y los ingenieros sociales de Colorado habrían aprobado que diseminara sus genes. Pero entonces Steel Antoniadi llamó la atención de Wilson durante un festiva de danza. Llamada así por el color de las paredes de este casco desnudo, Steel era de piel oscura, esbelta, inconscientemente grácil en la microgravedad, exótica con su túnica y sus tatuajes y de solo catorce años. Su madre, una ilegal llamada Sue Turco, se había sentido demasiado intimidada por Wilson como para hacer algo al respecto. Pero su padre, Joe Antoniadi, un excandidato, había protestado ante los mayores, sobre todo ante Holle, su jefa.

Wilson la interrumpió.

—Al diablo con esto, Holle. No estoy obligando a la niña.

—No se trata de eso, Wilson.

—Mírame. Soy el hombre más poderoso de la nave. Lo he sido durante diez años. ¿Y rico, también? Un millonario de créditos. Pero no hay nada que pueda comprar. Entonce ¿qué gano con eso? Te lo diré. Solo la más dulce de las mercancías de la nave. Estoy hablando de carne joven, Holle. Joven, a punto de madurar, y ágil de la hostia después de toda una vida nadando en gravedad cero. Eso es lo que yo gano, o eso es lo que decidí cuando vi a Steel haciendo esos giros en el aire.

—La misión es por los niños, Wilson —dijo Venus con vehemencia—. No son mercancías de las que puedas disfrutar. ¿Y qué es lo siguiente? ¿Vas a empezar a asaltar a los grupos escolares en busca de carnada para tus secuaces? No puedo creer que el chico con el que crecí haya salido así.

Wilson se rió. Uno de sus amigos se tiró un pedo, un sonido líquido.

—Bueno —dijo Holle—, te estás buscando problemas, Wilson. Esto no es una aldea feudal. Al final, gobiernas por consenso. Y estás tentando a la suerte.

Wilson miró a Jeb y a Dan, que le sonrieron.

—Lo tendré en cuenta. ¿Hay algo más que pueda hacer por vosotras, señoritas?

Agosto de 2059

Había una gran expectación la mañana de la llegada del submarino del *Arca Dos*.

Kelly vio a sus compañeros, viajeros del espacio, aglomerándose en el borde de la balsa, esperando a que el submarino subiera a la superficie. Comparado con la tripulación de la balsa, sana y robusta, con la piel bronceada y los músculos tensos de nadar, la gente del Seba parecían fantasmas, espectros, con unas extremidades demasiado largas y una cabeza demasiado grande. Su entusiasmo preocupaba ligeramente a Kelly. Habían pasado la mayor parte o la totalidad de sus vidas dentro de un entorno artificial y con demasiada facilidad distraían su atención de la deteriorada balsa de basura en la que iban a tener que vivir el resto de sus vidas. Pero había sido ella misma la que había interrogado a Thandie Jones acerca del *Arca Dos* durante la primera conversación propiamente dicha que tuvo con ella.

Mientras esperaban, empezó a llover, solo un poco; las gotas caían al océano con un siseo. En el cielo quedaban vestigios de un amanecer rojo y había un olor débil a azufre en el aire. Thandie inhaló por la nariz.

—Tiempo de volcán. La lluvia se condensa alrededor de las partículas de ceniza...

Hubo una ovación desigual cuando el submarino salió a la superficie. Niños desnudos de piel morena nadaron hacia él. Kelly vio un casco aerodinámico con forma de barco, una torre de mando con periscopio y antenas de radio, y una llamativa bandera norteamericana pintada en su flanco. El submarino se acercó lo suficiente como para cruzar sin mojarse los pies. Los niños de la balsa correteaban de un lado a otro por las escaleras sin cuidado y jugaban en el agua que salía por el casco del submarino.

Salieron dos miembros de la tripulación del submarino, un hombre y una mujer. Eran jóvenes, de unos veinte años. Llevaban monos azules de aspecto razonablemente limpio y botas, y tenían el pelo rapado al estilo militar. Eran robustos aunque pálidos, y tenían más en común con la gente del Seba que con los balseros, pensó Kelly. Cruzaron las escaleras hacia la balsa con bastante facilidad. Los niños pequeños pululaban a su alrededor, tirándoles de las manos y de las perneras del mono.

Thandie Jones se acercó a ellos con rigidez, y Kelly la siguió.

El joven era más o menos de la altura de Kelly; tenía el pelo rubio y los ojos azul claro. Llevaba parches en su mono, una bandera norteamericana y una insignia de la misión, como los parches de astronauta que Gordo Alonzo solía mostrarles a los

candidatos. El parche era un triángulo invertido con un sector circular de una sección transversal de la Tierra, con una franja de océano burbujeante y las palabras en negrita *Arca Dos* pegadas sobre un cielo esquemático. Kelly lo miró fijamente. Este parche era la primera evidencia física que había visto de que el *Arca Dos*, oculta tras las mentiras y las evasivas de su padre, existía en realidad.

—Señorita Kenzie —dijo el joven.

Ella estaba con la mirada fija. Desconcertada, dijo:

—Llámame Kelly.

—Bienvenidos a casa. No me imagino lo que habéis llegado a hacer, lo que habéis visto. —Su acento le sonaba extraño a Kelly, forzado, no del todo norteamericano. Parecía que le costaba mirarla a los ojos—. Me gustaría poder ver la nave.

Mike soltó un bufido.

—No lo creo. Después de dieciocho años, es un retrete volante; lo mejor es dejar que se queme. —Extendió la mano—. Mike Wetherbee.

—Sé quién es usted, doctor Wetherbee. Todos hemos leído el diario que transmitió al *Arca*. Sois unos héroes, todos vosotros. Es un honor. —Estrechó la mano de Mike y de Masayo, y después se agachó para mirar a Eddie, que le devolvió una sonrisa—. Y sé quién eres tú también.

—Este es el grupo que quiere ir al *Arca* —le informó Thandie—. Yo, Kelly, Mike, Masayo y el pequeño Eddie aquí presente. ¿Tienes espacio para nosotros en esa bañera?

—No es el *Trieste*, pero hacemos lo que podemos. —Se puso delante de Kelly, la miró y apartó la mirada—. Habéis llegado tan lejos, cuarenta años luz. Pero hay otros doce kilómetros al *Arca Dos*, hacía abajo. ¿Estáis listo?

—Ayúdame a cruzar por la escalera y soy toda tuya —le pidió Kelly—. Estás siendo muy generoso con nosotros y ni siquiera sé tu nombre.

Él la miró con una intensidad extraña.

—No me reconoces.

—Lo siento.

Él se puso rojo.

—Soy tu hijo. Dexter. Tu primer hijo.

Esto fue algo completamente inesperado. Kelly se sintió como si alguien la hubiera golpeado. Eddie chilló y ella se dio cuenta de que le estaba apretando la mano. Se la soltó lentamente.

—Mi compañera se llama Lisa Burdock.

Dexter pareció querer decir algo más. Entonces dio media vuelta y cruzó la escalera hacia el submarino.

Mike Wetherbee sonreía.

—El hijo al que abandonaste por las estrellas. Bueno, bueno.

—¡Cierra la puta boca, doctor! —Kelly, oprimida por la gravedad, desconcertada, se dio cuenta de que podría desplomarse, ahí mismo. Bueno, eso no iba a suceder. Le dio unas palmadas en la cabeza a Eddie, lo cogió otra vez de la mano y dio un paso adelante—. ¿Quién me va a ayudar a cruzar esa escalera?

La lluvia se volvió torrencial.

Para entrar en el submarino, Kelly tuvo que entrar en la torre de mando y bajar por un túnel estrecho con asideros en la pared, y penetró en el casco más de lo que había esperado. Había un olor a metal, a sistemas eléctricos, a gasolina y a orina.

Fue a dar a un compartimento esférico de unos pocos metros de ancho, con una sencilla sala de control situada delante de una hilera de pantallas. En el casco de la esfera había unas gruesas ventanas y la mayoría de ellas daban a un océano de turbia agua azul. Habían colocado rejillas metálicas en el suelo para que la superficie fuera plana, y la parte de abajo la utilizaban como espacio de almacenamiento para equipos sueltos y tanques de aire. Lisa Burdock estaba colocando asientos plegables. Kelly se sentó agradecida en uno de ellos, ocultando así la debilidad que sentía en las piernas, en la espalda y en el cuello. Dexter comenzó a repartir mantas y gruesos abrigos acolchados, aunque en aquel espacio hacía calor y era muy pequeño. A Eddie lo tuvieron que bajar, de mano en mano, porque los asideros estaban demasiado separados para él. Pero una vez en la cámara esférica pareció animarse.

En cuanto todos ellos estuvieron sentados, Dexter cerró de golpe la escotilla. Se oyó el borboteo del agua cuando esta empezó a llenar los tanques de inmersión y se hundieron rápidamente. Kelly sintió que se le revolvía el estómago al descender.

El diseño del submarino se basaba de hecho en el del *Trieste*, un pequeño vehículo de inmersión profunda que había llegado a las profundidades del océano hacía casi un siglo. Al principio de la inundación, Thandie Jones había hecho muchas inmersiones de exploración en un reconstruido *Trieste*, cuyos componentes había sacado Nathan Lammockson de varios museos. Ahora bien, este nuevo submarino formaba parte de una flota de transbordadores capaces de alcanzar el fondo del océano.

—Lo construyeron en Jackson, Wyoming —explicó Dexter—. Muy lejos del océano por aquel entonces. Pero cuando llegó la inundación en 2043 acabó flotando. —Golpeó la pared de metal con el puño—. Este es nuestro casco presurizado. El resto de la capacidad del submarino está en gran parte ocupada con tanques de flotación, llenos de gasolina, que son difíciles de comprimir incluso a grandes profundidades; los tanques de aire convencionales se abollarían, aunque sí los tenemos para navegar cerca de la superficie. Tenemos tolvas con rocas que podemos echar si tenemos que ascender rápidamente, aunque normalmente ante contingencias

de este tipo nos dirigimos al *Arca*. Tenemos más probabilidades de que nos ayuden ellos que los de la superficie.

—¿Tenéis café en esta bañera?

Masayo había sujetado a Eddie a un asiento con una correa pero sin apretar y el niño enseguida se bajó de él y comenzó a gatear por el suelo, metiendo los dedos por la rejilla.

Dexter lo miraba con curiosidad.

—No llevamos muchos niños pequeños en estos transbordadores, como se puede imaginar. Parece que se siente como en casa.

—Nació en una caja —dijo Mike Wetherbee—. Esto es a lo que está acostumbrado. A la seguridad del confinamiento. —Respiró profundamente—. Y a la peculiar y reconfortante ranciedad del aire reciclado.

No hubo mucha más conversación después de eso. Dexter repartió los cafés.

En cuestión de minutos, el océano al otro lado de las ventanas comenzó a oscurecerse. Thandie le había contado a Kelly que la poca luz de la superficie atravesaba el océano más de cien metros, aproximadamente. Kelly oyó el pum del casco, que crujía mientras se ajustaba a la creciente presión del agua. Qué extraño era haber pasado dos décadas dentro de unos cascos destinados a contener aire respirable en el vacío, y ahora la situación era exactamente a la inversa: estaba dentro de otro casco rodeado de agua que se cerraba como un puño.

Miró a sus compañeros. Thandie estaba recostada en su asiento, con la manta hasta la barbilla y los ojos cerrados. Mike Wetherbee parecía discretamente interesado en la ingeniería. Masayo no apartaba los ojos de Eddie, que estaba sentado en el suelo, feliz, jugando con la rejilla metálica. Lisa Burdock se sentó frente a los pasajeros, sin decir nada. Kelly se dio cuenta, de hecho, de que la chica no había dicho una sola palabra. Era una criatura del *Arca Dos*, evidentemente, educada quizá toda su vida para un solo propósito y ahora no estaba interesada en nada más, ni siquiera en estos viajeros estelares. Kelly se preguntaba si como candidata había sido igual de monomaniaca.

Y Dexter estaba concentrado en los mandos. Ese era su trabajo, pero Kelly estaba bastante segura de que utilizaba sus tareas como pretexto para evitar cualquier conversación con ella, o incluso con Masayo y Eddie, su hermanastro.

Ella se sintió aliviada pero con sentimiento de culpabilidad. Definitivamente, necesitaba tiempo para asimilar lo que había pasado. Aunque siempre había dicho que parte de su motivo para volver a la Tierra era el hijo que había dejado atrás, en el fondo no se había creído realmente que alguna vez lo fuera a encontrar de nuevo. No se le había ocurrido que si su padre había construido el *Arca Dos* como una especie de refugio para sí mismo, era probable que se llevara a su nieto con él. Se dio cuenta de que ni siquiera se había imaginado a Dexter creciendo. En su cabeza siempre había

sido el niño de dos años al que había dado un beso de despedida esa última mañana y de cuyo dormitorio había salido a escondidas antes de que él se despertara y viera que se había ido, para luego correr al autobús que la llevaría a Gunnison. Era como si Dexter hubiera muerto, no que lo hubiera abandonado.

Bueno, ahora estaba atrapada con él, comprometida con los enfrentamientos y conciliaciones que se avecinaban.

A medida que descendían, la temperatura del aire bajaba de forma constante. Dexter limpió la condensación de los mandos con la manga. Los adultos se pusieron los gruesos abrigos que Lisa y Dexter les habían dado. Eddie dijo que no necesitaba un abrigo, pero Masayo cubrió con una mano sus delgados hombros. Un poco más tarde, el niño comenzó a cabecear y Masayo lo levantó, lo puso en su regazo, lo tapó con su abrigo y dejó que durmiera la siesta.

En el agotador y húmedo frío, en el zumbido reconfortante del submarino, a pesar de los kilómetros de agua de océano que se iban acumulando encima de su cabeza, Kelly se sentía extrañamente segura, porque le recordaba al *Arca*.

A lo mejor se dormía ella también.

La despertó una sacudida, un embate, un zumbido de motores. Lisa señaló una de las ventanas pequeñas, más allá de las cuales unas luces se movían en la oscuridad.

Kelly se levantó de su asiento, rígida y con frío, y se agachó para mirar a través de la pequeña abertura de cristal. Vio unas esferas colocadas en el suelo marino, sujetas con unos cables e iluminadas por unos focos, que brillaban como si fueran una planta industrial. Las esferas se tocaban y se conectaban en unos puntos de contacto circulares. Tenían los cascos pintados con una bandera norteamericana, un «ESTADOS UNIDOS» en negrita y el logo triangular del *Arca Dos*. Otro submarino, como el suyo, se cernía sobre la instalación, sujeto por unos cables flojos.

Estaban flotando encima de lo que parecía ser una carretera y un montículo de tierra que una vez pudo haber sido alguna clase de vehículo. Pero el cieno del suelo marino lo cubría todo como una nieve sucia y peces y cangrejos extraños se abrían paso por el asfalto roto, de color rosa pálido y blanco bajo las luces del submarino. Una malla metálica se extendía hasta donde podía ver, iluminada por los focos del submarino e interrumpida por lo que parecían ser torres de vigilancia.

Dexter tocó una tecla. En la pantalla apareció un rostro humano, ancho, ajado y con una voz áspera dijo:

—Transbordador Tres, tenéis permiso para atracar. Y vosotros, pasajeros, ahora estáis a doce punto cuatro kilómetros por debajo de las olas, a más profundidad que cualquier punto del suelo marino antes de la inundación. Bienvenidos al *Arca Dos*.

Kelly se quedó mirando la pantalla.

—¿Papá?

Edward Kenzie la miró furioso.

—¿Eres tú, Kelly? Sabía que ibas a meter la pata. Te veré después de la regularización. Cambio y corto.

La pantalla parpadeó y se puso azul.

La «regularización» resultó ser un proceso largo. Todos los que habían estado arriba, incluida la tripulación del transbordador, pasaron por la ecualización de presión, que consistía en sentarse en una especie de esclusa de aire durante un par de horas, mientras los médicos tomaban muestras de sangre y de tejido que revestía las fosas nasales y pasaban por chequeos médicos básicos. Dexter dijo que el propósito era asegurar que no traían ningún virus desconocido al *Arca*. La esclusa de aire se parecía al *Arca Uno*: las rayadas superficies metálicas, los pomos de las puertas gastados por el uso, el cristal con ligeras marcas de las gruesas puertas. Como el *Arca Uno*, era otra máquina vieja.

Más allá de la cámara de tratamiento había un cruce de pasillos con paredes de metal. Aquí, Mel Belbruno salió a su encuentro. Estaba en posición de firmes cuando se abrió la esclusa. Pero cuando vio a Kelly, corrió hacia ella y la abrazó.

—Dios mío. Nunca pensé que volvería a verte.

—Bueno, se suponía que iba a ser así. —Ella lo abrazó a cierta distancia. Había engordado con los años y estaba perdiendo pelo, pero de su grueso cuello para arriba veía un rostro muy familiar, ligeramente ansioso. Estaba vestido con un mono como el del resto, pero elegante: las perneras parecían planchadas—. Tienes buen aspecto, Mel. Siempre te han quedado muy bien los uniformes.

—Todos hemos leído tu diario. Qué aventura tan increíble. Siempre te he envidiado. Las cosas que has visto, los lugares a los que has ido...

—Hablaremos de Holle. Encontraremos tiempo.

—Te lo agradecería.

—Ha hecho un buen trabajo, Mel. Muy bueno. Y no encontró a nadie más. O no que yo sepa, hasta la Escisión. Solo tú.

Él asintió con la cabeza, con la boca apretada.

—Mel, mi padre...

—Está durmiendo ahora mismo. Tiene noventa y cuatro años.

—Sé la edad que tiene mi padre —le espetó ella.

Él se sobresaltó.

—Lo siento. Mira, quiere verte, pero necesita descansar. Permíteme que mientras tanto sea vuestro anfitrión. ¿Quieres descansar, dormir, comer?

—Estoy cansada de estar de pie. Si me dejas que me apoye en ti, ¿por qué no nos enseñas esto?

—Claro. —Miró al grupo, incluyendo a Eddie, que iba de la mano de su padre—. ¿Y este es Eddie? Tenemos una sala de juegos para los niños.

—¿Tenéis niños aquí abajo?

—Esto va para largo. Lisa, ¿por qué no te llevas a Eddie...?

—No —dijo Kelly—. Lo siento, Mel, tengo una idea mejo. Dexter, ¿por qué no lo llevas tú?

Dexter se enfrentó a ella.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque es tu hermanastro.

La miró con expresión vacía.

—El abuelo me dijo que eras así. Manipuladora. —Miró a Eddie, quien por alguna razón incomprensible sonrió—. Pero supongo que no es su culpa. Vamos, muchacho. Vamos a tener que asegurarnos de que los demás niños no jueguen con demasiada agresividad; me da la impresión de que eres un poco más frágil que ellos.

—Yo también me voy —dijo Masayo.

Eddie cogió la mano de Dexter.

—Me llamo Eddie. ¿Cómo te llamas tú?

—Dexter. Me llamo Dexter.

Salieron afuera, seguidos de Masayo.

—Ay, la familia —exclamó Mike Wetherbee con tono sarcástico.

Mel le preguntó:

—¿Estás lista?

Dejó que Kelly lo cogiera del brazo y recorrieron el pasillo, seguidos de Mike, Thandie y Lisa. Mel mantenía un ritmo lento, como si fueran personas muy ancianas, muy débiles, pero visitantes distinguidos.

Subieron por una escalera de metal y siguieron por un pasillo que se extendía alrededor de la circunferencia de una de las grandes esferas que componían este hábitat, esferas a las que, según Mel, los habitantes llamaban tanques. La luz emitida por los fluorescentes era brillante e intensa. Las puertas que daban al pasillo estaban etiquetadas con los nombres de instalaciones como gestión de aire, filtración de agua, procesamiento de biomasa, aislamiento médico, energía geotérmica. Evidentemente, este tanque en particular albergaba las principales funciones técnicas.

Pasaron por delante de una sólida cámara de descompresión que, según Mel, también servía de refugio interno de emergencia en caso de fallo en la presión.

—Las llamamos refugios para tormentas, una definición nada acertada, pero forma parte de la terminología del programa espacial que aprendimos de Gordo. Los otros tanques son más abiertos que este. Tenemos grandes espacios comunes, un comedor y un anfiteatro. Y fábricas, una gran planta de hidroponía, aunque en gran parte dependemos de los productos del mar, e importantes laboratorios, sobre todo biológicos. Nuestra electricidad viene del calor geotérmico, la energía de la propia

Tierra.

Mike preguntó:

—¿Cuántos sois?

—Alrededor de un centenar, entre ellos treinta niños menores de dieciocho años o así. Somos una comunidad del mismo tamaño que la del *Arca Uno*, con aproximadamente el mismo espacio habitable per cápita que vosotros. Aunque en caída libre supongo que se puede sacar más partido del espacio. Somos una colonia humana en el abismo.

La pared exterior, ligeramente curva, estaba salpicada de gruesas ventanas con marcos ahusados que, conjeturó Kelly, impedían el aplastamiento. Se detuvieron junto a una venta y miró hacia fuera. El resplandor de las luces exteriores se extendía solo un poco en la oscuridad. Kelly vio unos relucientes arcos, las paredes de más tanques, y más de esas criaturas parecidas a los cangrejos que escarbaban en el cieno; un pez, flaco y anguloso, pasó nadando. Kelly se recordó a sí misma que estaban a doce kilómetros de profundidad, a tanta profundidad como cualquier fosa oceánica de la Tierra antes de la inundación. Algo más se movía por el fango. Era un robot, bajo como una mesa, con patas articuladas, una serie de cámaras y un brazo manipulador, que parecía una versión reducida del robot del *Arca Uno*. Fue avanzando hasta desaparecer de su campo de visión, concentrado en su desconocida misión.

—Las aguas siguen subiendo —dijo ella—. Estos cascos tienen que tener una profundidad de fractura máxima.

—Incluso en la profundidad actual están soportando una tonelada por centímetro cuadrado —informó Thandie—. Pero su diseño es sofisticado. Deberían soportar una profundidad oceánica de cien kilómetros, el máximo posible en teoría. De hecho, parece que la inundación alcanzará un máximo de dieciocho kilómetros por encima del antiguo nivel del mar, muy por debajo de esa cota superior. Y como esta zona tenía unos dos kilómetros de altura antes de la inundación, no habrá problemas.

—¿Por qué el máximo es de cien kilómetros? —preguntó Mike.

—Por encima de dicho límite la presión es tal que el agua se solidifica y se convierte en una especie de hielo. Ningún mundo con una gravedad similar a la de la Tierra podría tener un océano más profundo, aunque la profundidad precisa de la congelación depende de la temperatura superficial y de la mezcla térmica...

—Cuando llegamos aquí abajo el límite de dieciocho kilómetros no era patente todavía —explicó Mel—. Pensamos que podríamos acabar sepultados por hielos exóticos.

Kelly se quedó mirando a la oscuridad.

—Este lugar tenía un par de kilómetros de altura, antes de la inundación. ¿Dónde estamos?

—En Wyoming —respondió Mel.

—En el parque de Yellowstone, para ser precisos —añadió Thandie—. ¿Has estado aquí alguna vez, Kelly? Géiseres, depósitos de barro y chorros de vapor, y aparcamientos, pinos y turistas apoyados en las barandillas que rodean el Old Faithful. Naciste después de que cosas como los turistas existieran en el mundo, pero es posible que te hubieran traído aquí para llevar a cabo una de esas expediciones de entrenamiento. ¿No?

Mel estaba de pie al lado de Kelly y miró hacia fuera.

—Edward Kenzie y Gordo Alonzo me trajeron aquí en el 44, justo después de que tuviéramos que abandonar Alma. Ni siquiera sabía que existía este lugar, a pesar de que Ed había dedicado años de su vida a él.

—Tampoco yo —reconoció Kelly de forma emotiva.

—*Arca Dos* también estaba previsto que fuera el último refugio del presidente de los Estados Unidos y su administración. El presidente Peery no lo consiguió. Creo que ha pasado mucho tiempo desde la última comunicación formal con un gobierno. Ni siquiera sé quién es ahora el presidente. Me gusta que nos dejen llevar las cosas a nuestra manera, supongo.

—Sé que un consorcio de la LaRei inició la construcción de este lugar en 2020, que también fue cuando comenzaron a trabajar en serio en el *Arca Uno*, mucho antes de que las aguas de la inundación llegaran hasta aquí. Usaron los terrenos del antiguo observatorio del volcán de Yellowstone. Construyeron estos tanques a la intemperie y esperaron a que las aguas lo anegaran todo. Fabricaron los transbordadores submarinos en Jackson, y también esperaron que flotaran.

—Las inundaciones llegaron en 2043 —dijo Mel—. Para entonces, los postergados habían encontrado este lugar y lo tenían sitiado. Y eso no cambió ni siquiera cuando llegaron las aguas; los postergados subieron a las balsas y siguieron con su vida. Cuando me trajeron aquí en 2044, durante la evacuación de Alma, las grandes cúpulas ya estaban casi cubiertas por el agua. Los helicópteros nos dejaron en las escotillas que había en los techos. Las primeras semanas fueron terroríficas, Kelly. Incluso cuando las aguas nos anegaron, los postergados todavía podían sumergirse para llegar a nosotros. Usaron bombas lapa y lograron destruir una de las cúpulas. Fue entonces cuando tuvo lugar el incidente en el que murió Gordo Alonzo. Pero, por aquel entonces, el agua subía trescientos metros al año. Eso es un metro al día. Vimos cómo esos postergados se quedaban en la superficie del mar y los perdíamos de vista, hasta que estuvieron muy por encima de nuestras cabezas como para molestarnos. Entonces todo se volvió más y más oscuro, hasta que unos tres meses después, dejó de entrar la luz del sol. Fueron unos tiempos increíbles.

Kelly intentó mantener la compostura.

—¿Y qué fue de Don Meisel?

Él la miró, sorprendido.

—Se quedó en Alma hasta el final. Para proteger el centro de control. Ese es el último lugar en el que lo vi; yo conseguí salir, él no. ¿No lo sabías?

—Nadie me lo dijo. —Mike Wetherbee la estaba mirando, esperando a que sufriera una crisis nerviosa. Ella esbozó una sonrisa forzada—. Entonces, ¿por qué Yellowstone, Thandie? ¿Qué hay aquí?

—Este parque contiene la mitad de las características geotérmicas del mundo —explicó Thandie—. Dos tercios de los géiseres del mundo, de hecho. Creo que tu padre y sus asesores soñaban con sobrevivir aquí y vivir del calor geotérmico y el producto de las fumarolas. Y yo, y otros, abogábamos por la creación de importantes instalaciones para la vigilancia sísmica.

Mike frunció el ceño.

—¿Qué es una fumarola?

—Un géiser ahogado —respondió Thandie—. Agua caliente que se escapa de las profundidades y que, con el tiempo, crea columnas, como las chimeneas de las fábricas. Los encontramos en los océanos más profundos, en las fosas oceánicas. Y cada uno de ellos atrae a la vida, como las bacterias extremófilas (es decir, los amantes del calor, la salinidad y la presión extrema), de las que se alimentan los cangrejos, los peces y los gusanos. Una cadena alimentaria entera sustentada por el calor interior de la Tierra y totalmente independiente de la luz solar, la cual, como te habrás dado cuenta, no llega aquí. Y la idea de Ed Kenzie es que tal vez la gente pueda vivir de eso. También se tendría acceso a los fondos marinos y recursos relacionados, que no serían accesibles desde una balsa en la superficie del océano. Se pueden extraer metales, petróleo y tal.

—¿Y la sismología? —preguntó Kelly.

Yellowstone era un área tan activa geológicamente hablando porque estaba asentada directamente sobre una pluma del manto, un punto caliente, una fuente de roca que salía como líquido de las profundidades del núcleo de la Tierra.

—En realidad aquí hay un supervolcán —dijo Thandie—. Entró en erupción en varias ocasiones en el pasado, la última vez fue hace más de seiscientos mil años. Algunos de nosotros teorizamos que el peso cambiante del agua sobre la tierra podría desencadenar una nueva erupción, que en realidad viene con retraso. Y por eso queríamos una estación aquí. Incluso antes de que las aguas llegaran se encontraron pruebas de un levantamiento, por ejemplo, el Old Faithful se apagó en 2039.

—Ellos también han estado realizando estudios de tomografía sísmica, examinando los flujos de roca en el manto profundo. Todavía estamos trabajando en las teorías de por qué toda el agua subterránea pudo ser liberada justo en este momento. Puede tener algo que ver con la actividad humana o puede que no. Tal vez sea debido a la configuración de los continentes. Se desplazan, ya sabes, como balsas de granito a la deriva sobre el manto, y cada doscientos millones de años más o

menos, se funden en supercontinentes gigantes. Esto se conoce como el ciclo quelogénico. Los supercontinentes son grandes tapas que bloquean el flujo de calor de la Tierra, de la misma forma que Yellowstone atrapa el calor de la pluma del manto. Con el tiempo, el calor hace que el supercontinente se rompa y los fragmentos se vayan alejando dando giros. Ahora bien, el último supercontinente, Pangea, se separó hace doscientos cincuenta millones de años. Así que estamos en un punto medio y tal vez las corrientes del manto se están adaptando de alguna manera a este momento único. Puede ser que no tengamos nada que ver...

Kelly vio que Thandie estaba divagando. Estaba hablando con ella misma, perdiéndose en la bruma de la especulación, para siempre indemostrable.

Mel estaba mirando por la ventana.

—Fue increíble ver cómo las formas de vida iban y venían. Quiero decir, en el parque solía haber osos pardos, lobos, mandas de bisontes y alces, así como extensos bosques. Cuando el agua nos anegó, sabía que se estaban ahogando, todos ellos. ¿Cuál es la frase del Génesis sobre el diluvio de Noé? «Todo cuanto respiraba hálito vital, todo cuanto existía en tierra firme, murió». Pero entonces nos recolonizaron, todas las criaturas extrañas que viven de las sustancias químicas de las fumarolas. Gusanos gigantes y camarones y cangrejos y pepinos de mar, y xenophyophorea, criaturas unicelulares del tamaño de una mano. Cosas increíbles.

—Pero hubo una extinción masiva, incluso para las criaturas del abismo. Las fosas profundas fueron separadas tanto unas de otras, que cada fosa tenía su biota propia y única. Cuando vino la inundación, se mezclaron y compitieron, y algunas se fueron a pique.

—Hay bichos ahí fuera que perforan la madera —dijo Mel—. Almejas, gusanos, crustáceos. Solían depender de la caída de la madera de los continentes al fondo del mar. Ahora tienen todo un bosque hundido para comer. Están en el paraíso, a nuestro alrededor...

Kelly se dio cuenta de que Mike lo observaba. Enterrados en sus tanques de acero en el fondo del océano, la gente de Mel se había vuelto introvertida, obsesionada consigo misma. Era extraño, incluso para los viajeros de las estrellas que habían pasado dieciocho años dentro de un depósito de combustible transformado para la habitabilidad humana. Kelly le tocó el brazo a Mel.

—¿Puedo ver a mi padre ahora?

Parecía volver en sí, como si se despertara de un sueño.

—Perdona. Sí. Voy a llevarte con él a ver si ya se ha despertado.

Caminaron a lo largo de la curva del tanque esférico, ventana tras ventana, y cada una de ellas mostraba la oscuridad infinita del océano.

Edward Kenzie se reunió con su hija en un refugio para tormentas, una sala reforzada justo en el corazón de uno de los tanques. Esta sala se utilizaba, evidentemente, como una especie de sala de juntas, porque las paredes estaban revestidas de madera y una gran mesa de pino triangular dominaba el centro. Estaba enmoquetada incluso, con un tejido muy tupido con el símbolo de la cuña de la Tierra del *Arca Dos*.

El pesado cuerpo de Edward Kenzie estaba metido en una silla de ruedas y su cabeza, totalmente calva, estaba cubierta de manchas de la edad. Llevaba un traje con una corbata bien anudada alrededor del cuello. Dejó que Kelly lo besara en la mejilla y miró a su segundo nieto, Eddie. No mostró signos de familiaridad y menos aún de alegría. Su enorme presencia en la silla asustó a Eddie. El muchacho rompió a llorar y se agarró a su padre, Masayo, que, como huésped ilegal del *Arca Uno*, Edward no reconoció en absoluto.

Eso fue todo en materia familiar. Después de eso, todo el mundo excepto Kelly, Edward y Dexter salió de allí. Cada uno de ellos se sentó en el centro de uno de los tres lados de la mesa. Hubo un prolongado silencio.

—Me siento como si estuviera en un tribunal —le espetó Kelly.

—¡Ja! —dijo Edward con brusquedad—. Siempre ha sido así. Tienes la palabra y tomas el control, ¿verdad? Bueno, pues esto no es un juicio. Te diré quién debería ser juzgado: ese novio tuyo y los demás ilegales que les robaron a los candidatos y a otras personas la plaza que les correspondía en el *Arca Uno*.

—No fue la elección de Masayo. De todos modos, lo hecho, hecho está y ni tú ni todo tu resentimiento puede cambiar eso, papá.

—¿Resentimiento? ¿Crees que es de eso de lo que se trata?

—¿Queréis empezar por ahí? —Ella los miró a los dos—. ¿Por cómo te traicioné, Dexter, dejándote en la Tierra? ¿O por cómo te traicioné a ti, papá, volviendo?

Dexter se puso rojo de confusa ira. Kelly vio que el chico debió de haber fantaseado con esta situación, con tener algún tipo de enfrentamiento con la madre que lo había abandonado. Ahora que ella estaba aquí, no sabía qué decir.

—Él perdió a su padre también, ya lo sabes —dijo Edward—. Don Meisel murió en Alma, después de...

—¡Lo sé! Ya lo sé.

—Menos mal que me tenía a mí para salvarlo, ¿no crees?

—Venga, no me sermonees, viejo charlatán. Sabes que si no me hubiera ofrecido para volver a entrar en el grupo de selección me lo hubieras ordenado. La misión era lo importante. Siempre lo fue. Yo era el mejor candidato que tenían, superé todas las

escalas de evaluación durante años. En vuelo, fui una comandante competente. Incluso tuve relaciones, estaba dispuesta a tener más hijos y cumplir así con mis obligaciones con el acervo genético.

—Sí. Siempre tuviste tu club de fans, superestrella. Bueno, tus días de grandeza se quedaron en el pasado, si alguna vez hubo alguno. Y mírate ahora, sin ningún sitio adonde ir y sin nada más que el mocoso llorón de algún renegado. Así que hablemos de la misión. ¿Qué salió mal?

—Leíste el diario. Sabes lo que pasó. Hice lo que tenía que hacer.

—Y una mierda.

—Es cierto. A mi juicio, Tierra II no era una alternativa viable. Y seguir otras tres décadas hacia otro destino esperanzador tampoco era viable. Volver era la única opción.

Edward golpeó la mesa con su puño huesudo.

—Vuelvo a decir, ¡y una mierda! Te conozco, señorita. Te forcé a crecer como un tomate de invernadero. Conozco tus puntos fuertes y tus defectos. Sí, eras, con mucho, una candidata excepcional, siempre lo fuiste. Tenías inteligencia, habilidades atléticas, capacidad de liderazgo, carisma. Demonios, incluso tenías un buen cuerpo y un rostro a la altura. Pero tenías un defecto, un defecto muy grande, y es tu maldito orgullo. No ibas a aceptar que Wilson Argent te obligara a dejar tu cargo. ¡Ese tipo de cosas no le ocurren a Kelly Kenzie! Así que en lugar de emplear tus habilidades en otro aspecto, mandaste a la mierda una misión de miles de millones de dólares y destruiste la única esperanza que la humanidad tenía de una supervivencia a largo plazo en el proceso. Y no me vas a engañar con justificaciones del tipo que era por el bien de la tripulación o la viabilidad de la misión o con cómo deseabas ver a tu hijito perdido. —Ahora estaba gritando, su voz chillona, su cuerpo inmóvil—. Preferías llevar a tu equipo al infierno que seguir a Wilson o cualquier otra persona al paraíso. Así que caíste a la Tierra, igual que Satanás.

—Tú me hiciste así, papá, con tus atropellos y tus mentiras. ¡Si ni siquiera me dijiste que este lugar existía! Mis defectos son tus defectos.

—¿Y tú me has hecho como soy, Kelly? —dijo Dexter.

Kelly sintió una punzada de vergüenza ya que, en el calor de su enfrentamiento con su padre, se había olvidado por un momento de que Dexter estaba en la sala.

Edward soltó un bufido.

—Dios, míranos, los tres atrapados en una caja de metal en el fondo de este mar de mierda, discutiendo como idiotas. Vaya familia.

La puerta se abrió. Masayo se quedó allí con aire de disculpa, con Eddie de la mano. Thandie estaba a su lado.

—Lo siento. Echaba de menos a su mamá. Creo que está un poco asustado.

—Ven aquí, cariño. —Kelly extendió los brazos. Eddie corrió hacia ella y con ayuda de Masayo ella lo levantó y lo puso sobre su regazo.

Edward miraba, imposible captar alguna emoción en su gruesa cara de rana. Su estallido de rabia parecía haberlo agotado.

—Bueno, al menos tuviste el sentido común de volver a casa, al lugar más seguro que existe.

—¿Seguro? —dijo Kelly.

—Claro. El último refugio. Ese es el objetivo de este lugar. La Tierra ha pasado antes por tiempos difíciles, o eso es lo que los cerebritos como Thandie Jones me aseguran. En los primeros días de su formación, cuando era azotada por meteoritos del tamaño de la Luna, la vida siempre se retiró al lugar más seguro. A las profundidades. Hay formas de vida ahí abajo, en la corteza profunda, que se alimentan del sílice de las rocas y viven de las filtraciones de minerales y del calor, que llevan allí desde el principio. Así que ahora estamos aquí, también nosotros, para vivir lo mejor que podamos de los peces y de las ecologías de las fumarolas.

—Pero esta arca solo es una estación de paso. A más largo plazo, debemos seguir la vida a su retiro más profundo. Estoy hablando de una fusión del ADN humano con los extremófilos. Estoy hablando de enviar microbios procariotas regados con la sustancia de la humanidad a la biosfera profunda y caliente y tal vez incluso más allá. Será como las grandes fusiones endosimbióticas del pasado, donde metimos orgánulos como las mitocondrias dentro de la sustancia de nuestras células. La esencia de la humanidad se hunde en la Tierra, donde tendrá lugar una nueva génesis, en un cálido Edén. En el corazón de la Tierra hay un núcleo de hierro del tamaño de la Luna. Tal vez nuestros descendientes construyan ciudades en la superficie de ese mundo interior... —Se calló de repente, y empezaron a llorarle sus legñosos ojos. Sacó un pañuelo, se secó los ojos, se sonó la nariz y luego tosió, y su cuerpo voluminoso hizo temblar la silla de ruedas—. Esa es mi visión. —Volvió a quedarse en silencio.

Entonces empezó a roncar.

Thandie murmuró:

—El submarino está preparado para subirte cuando quieras.

—Debemos esperar hasta que el abuelo se despierte —dijo Dexter.

—Sí. —Eddie se estaba quedando dormido también. Se retorció en el regazo de Kelly, tratando de apoyar la cabeza cómodamente en su vientre. Su peso, mayor por la atracción de la Tierra, era enorme—. Sí, vamos a esperar.

Kelly se preguntó dónde estarían Holle, Wilson y Venus en aquellos momentos.

**6**  
**2068-2081**

Mayo de 2068

Steel Antoniadi esperaba a Max Baker al lado de la granja de humedad en la base del Havila, lo más lejos que la barra la podía llevar de Wilson y sus matones. No había nadie alrededor. Nada se movía excepto las cosas verdes que crecían en los tanques de sustancia viscosa.

Miró hacia arriba del casco. Podía ver a lo largo de la barra hasta el nido de Wilson en la cúpula. Era pleno día y había mucha luz, las lámparas de arco brillaban con fuerza, y la gente iba y venía, los mayores y los niños y los bebés gorjeaban en el aire. Un grupo de trabajo había sacado los armarios para los equipos del nivel seis y estaba fregando las paredes en forma de espiral.

Todo esto quedaba en segundo plano para Steel. Lo que buscaba era a los que eran como ella, los nacidos en la nave, donde se agrupaban en sus pequeños territorios, marcados por la firma de las pintadas garabateadas en las paredes. Para ella, ellos destacaban contra el fondo gris del casco como las estrellas contra el cielo negro. De vez en cuando, veías a uno de ellos fulminándote con la mirada, estableciendo contacto visual como el destello de un rayo láser. Había algo en la forma en la que se agrupaban, en la forma en la que miraban y se reían. Nadie que fuera mucho mayor que Steel notaba nada de esto.

Max Baker bajó nadando. Delgado y ágil, era bueno en el aire, y se lució delante de ella, manteniéndose alejado de las cuerdas de guía y de los asideros, dejando que la fricción del aire lo hiciera ir más despacio. Él tenía quince años, ella veintitrés. Dio un salto mortal y cayó limpiamente a su lado sobre un taburete en forma de T.

—Los tengo —dijo sin preámbulos.

Ella miró a su alrededor. Wilson había dicho que había quitado las cámaras, pero todo el mundo sabía que había cámaras y espías. Pero Wilson no vigilaba la granja de humedad ya que los nacidos en la nave no trabajaban aquí normalmente, y lo que a él le gustaba era vigilar a los nacidos en la nave, especialmente a los más jóvenes. Sin embargo, ella habló en susurros.

—Las chapas. ¿Tienes suficientes?

—Sí. Almacén exterior.

Él hablaba de cargas explosivas destinadas a volar escotillas en las evacuaciones de emergencia, o a separar los transbordadores del cuerpo principal del casco.

—¿Están escondidas?

—Sí. —Él miró hacia arriba, hacia el nido de Wilson en la cúpula—. No las verá.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

Él le devolvió la mirada, pensativo, los sentimientos encontrados eran visibles en su rostro. Podía ver que estaba tratando de hacerse el mayor delante de ella. Bueno, se habían enrollado. Eran tan pocos en el casco que todos habían hecho algún tipo de tontería entre ellos, desde ser mejores amigos hasta jugar a mamás y a papás. Todas las gradaciones del amor y la amistad tenían un nombre. Había incluso más nombres para los tipos de enemigos. Con Max había llegado a los tocamientos antes de dar marcha atrás. Era demasiado joven, o ella era demasiado mayor. Estar con él le recordaba a sus momentos con Wilson, pero al revés, ya que con Max ella había sido la mayor. De todos modos, le gustaba Max y lo respetaba. No quería que lo mataran y había muchas posibilidades de que eso pasara si seguían adelante con su plan.

Pero él se encogió de hombros.

—Tiene a Terese. Wilson. Y se la folla a sangre fría. Eso no está bien.

Sabía que incluso la frase de los nacidos en la nave «follar a sangre fría» no era lo que Wilson le estaba haciendo a la hermana gemela de Max. Él estaba usando a Terese de la misma forma que había utilizado a Steel, antes de que ella creciera demasiado para su gusto, de que sus huesos fueran demasiado largos y sus pechos demasiado grandes. Era una frase que Max estaba utilizando para consolarse, una mentira que se decía a sí mismo. Ese era el motivo de Max. El suyo era más profundo.

Ella lo agarró del brazo.

—Vamos a hacer esto, a poner fin a las mentiras.

Él asintió con una expresión de ira y miedo en su rostro.

—¿Cuándo?

—Lo sabrás.

Junio de 2068

Un solo disparo en la noche.

Holle se incorporó de golpe en su litera, su manta flotaba a su alrededor en la oscuridad.

Un arma de fuego. Un estallido claro, un disparo. Era inconfundible. Había oído disparos suficientes en los últimos años en la Tierra, pero ninguno desde el caos del lanzamiento. Ella siempre había sospechado que las armas confiscadas a los ilegales hacía tantos años se habían escondido en algún lugar. Por Wilson, probablemente; era la clase de tipo previsor, incluso por aquel entonces.

Un arma de fuego en un casco presurizado. Se obligó a permanecer inmóvil, para olfatear el aire, para prestar atención a cualquier taponamiento en sus oídos, para estar atenta por si oía una brisa: cualquiera de los signos de una brecha en el casco, de la pérdida del aire que ella y su equipo reciclaban por toda la nave durante todo el día y todos los días, cada molécula que había pasado por pulmones humanos diez mil millones de veces, el aire que los mantenía con vida. El casco interior estaba revestido con compuestos autosellantes y tenía que poder resistir un solo agujero de bala. Pero ¿qué probabilidades había de que solo fuera a haber un disparo hoy?

Entonces oyó gritos, una especie de canto. «¡Fuga! ¡Fuga!».

Ella cerró los ojos por un instante.

Siempre había sabido que llegaría ese día. Tenía cuarenta y nueve años y, debilitada por el confinamiento y la gravedad cero, se sentía y probablemente parecía más vieja. No quería enfrentarse a una revuelta de jóvenes, por muy inevitable que fuera. A lo mejor se encerraba aquí dentro con llave, se escondía debajo de las mantas, escuchaba su ángel y pensaba en sus padres y esperaba a que Wilson y sus matones resolvieran el lío.

Pero no podía esconderse. Alguien estaba descargando un arma de fuego en el interior del casco presurizado, su casco. Tenía que detenerlo.

Se puso en marcha, cogió su mono y sus botas y se vistió rápidamente. Se puso el gorro de comunicaciones e intentó establecer contacto con Wilson, con Venus, con cualquiera. Pero no se oían ni siquiera interferencias.

Era Stell Antoniadi quien tenía la pistola.

Cuando Helen Gray salió de su cabina eran las 04.00. Los grandes paneles de luz de las lámparas de arco brillaban con un color naranja tenue y proyectaban luz

suficiente para que los miembros de la tripulación que estuvieran de guardia pudieran ver.

Y Steel agitaba un arma de fuego. La mujer estaba en la sombra, pero la luz naranja brillaba en sus ojos y se reflejaba en el eje de metal de la culata. La prueba del único tiro que ella había disparado hasta ahora era un pliegue en el relleno que envolvía la barra de bomberos. Era un espectáculo increíble. Helen, de veintiséis años de edad, nunca había visto un arma de fuego antes, solo en las imágenes del archivo y en las simulaciones de las cabinas HeadSpace. Ahora, agarrada con una mano a un cable guía, estaba Steel, una de las viejas amigas de Helen, sujetando esa cosa negra y fea por encima de su cabeza. Y Steel gritaba rítmicamente: «¡Fuga! ¡Fuga! ¡Ha llegado la hora, ha llegado el momento, nuestro momento!».

Helen miró hacia arriba. Más allá de la barra de bomberos con su serie de cabinas irregulares había un muro de acero que cercenaba la parte superior del Havila. Wilson, sus secuaces y sus catamitas ocupaban ahora los cuatro niveles superiores del casco, separados de aquellos a quienes gobernaban por capas de rejilla metálica. Estaba oscuro ahí arriba, una masa oscura, y no había ningún movimiento, ningún indicio de que los hombres de Wilson fueran a bajar a tomar el control.

Pero otros miembros de la tripulación sí que vinieron y ya se estaban reuniendo alrededor de Steel, la tripulación más joven, la generación nacida en la nave. Helen vio que el más joven era Max Baker, de quince años, el hermano de la última amante de Wilson. La propia Steel era probablemente la mayor, con veintitrés. Una mujer, Magda Murphy, llegó nadando con un bebé en brazos, una niña irritable, cansada, un nacido en la nave de segunda generación. Solo Steel tenía un arma, pero los otros estaban armados con llaves inglesas, cuchillos, trozos de tubería. Helen pudo ver por los tatuajes y el pelo teñido que pertenecían a diferentes clanes y bandas que se habían unido para aquel momento culminante.

Steel se echó a reír cuando se agruparon en torno a ella. Cuando abrió la boca se podía ver los huecos que tenía entre los dientes, un legado de los golpes que Wilson le había propinado cuando finalmente la echó de su cama. Estaba claro que Steel había planeado todo aquello, ese momento, que había juntado a estos rebeldes variopintos, que había unido a facciones enfrentadas, sin que nadie se enterara, ni siquiera Helen, que pensaba que conocía casi todo lo que ocurría en el casco.

Helen tenía cara de sueño, se sentía confundida en la oscuridad. Esto tenía que acabar antes de que la gente se hiciera daño, o algo peor. La mujer se abrió paso.

—¡Steel! —exclamó entre dientes—. ¿Qué diablos estás haciendo?

—Poner fin a esto —dijo Steel, lo suficientemente alto como para que el resto la oyera—. ¡Poner fin a esta farsa! —Estaba fuera de sí, enajenada y no controlaba sus gestos.

Helen pensó en agarrarle el brazo, y entonces miró la pistola y volvió a

pensárselo.

—¿Qué farsa?

—Estamos malgastando nuestras vidas dentro de este tanque, toda nuestra vida. Sea lo que sea esta misión, sea para lo que sea, nos sentimos prisioneros. —Señaló a la mujer con el bebé—. Ahora empezaremos a engendrar a nuestros propios hijos, más bebés nacidos en esta jaula. ¿Queremos que enseñen a nuestros niños de la misma forma en la que nos enseñaron a nosotros? ¿Queremos que los castiguen por ser inteligentes?

Se oyeron murmullos de apoyo y algunos miembros de la tripulación levantaron sus armas.

Helen entendía ese resentimiento. Ella también pertenecía a esta generación intermedia, una generación para la que la nave se estaba convirtiendo en una prisión. Tendría casi cuarenta años cuando, si, la nave llegara a Tierra III, ¡sería vieja! Su vida medio acabada, su juventud terminada. Pero también entendía que ahora estaban en marcha, no había más remedio que seguir adelante. Esa era la cruda e inhumana verdad.

Ahora sí que agarró a su amiga del brazo.

—Steel, por el amor de Dios, vas a conseguir que nos maten a todos. Estamos en una nave a setenta años luz de la Tierra. ¡No es lo suficientemente grande para una revolución!

Steel se soltó.

—Te has tragado las mentiras —dijo con frialdad—. Tú y esos idiotas que han permitido que Venus Jennings les llene la cabeza de basura. Vuelve a tu cúpula, a tus telescopios y a tus lecciones, has traicionado a tu propia especie.

—¿Qué mentiras? No te puedes creer las tonterías que dice Zane.

—Tonterías, ¿verdad? Te crees una científica, ¿no? ¿Qué es más probable, que estemos en una nave espacial lanzada a las estrellas o en un tanque de HeadSpace en Denver, Alma o Gunnison? —Agitó la mano—. Están ahí fuera, detrás de las paredes de cristal, tomando notas, vigilándonos de la misma forma en la que nosotros vigilamos las plantas en los tanques de sustancia viscosa, observando nuestras inútiles vidas y riéndose de nosotros. Y cuando nuestros hijos empiecen a crecer, los más hermosos y brillantes serán escogidos por los hombres de Wilson y llevado ahí a su palacio de mierda. ¿Vamos a doblegarnos a esto? ¿Eh?

Eso, sospechaba Helen, era de lo que se trataba todo esto, se diera cuenta Steel o no. Steel se estaba vengando de Wilson por la forma en que la había tratado.

Pero fuera cual fuera el verdadero motivo de Steel, estaba metiendo el dedo en la llaga. El canto irregular comenzó de nuevo: «Fuga. Fuga». La tripulación estaba nerviosa, enardecida, gritando, y blandieron las contundentes herramientas y trozos de tubería. Helen se echó hacia atrás, el miedo le apretaba el estómago. Y cuando

Steel agitó su arma para guiarlos, la multitud comenzó a moverse y a subir hacia el puente.

Helen miró a su alrededor. Creyó ver a su madre en el otro extremo del casco, al lado de los lechos hidropónicos cerca de la base. Giró en el aire y se lanzó en esa dirección.

Con un zumbido audible las luces de las grandes lámparas de arco parpadearon hasta su brillo máximo y el casco se inundó con su resplandor.

En el puente de mando de Wilson, como él mismo lo llamaba, había sido Theo Morell el que había bajado la gran palanca de emergencia que había encendido las lámparas de arco. Agarrado a la barra de bomberos bajó hacia el suelo que despejó de mantas y de alfombras e intentó mirar a través de las capas protectoras de rejilla metálicas para ver lo que estaba pasando.

Este «puente», en el morro del casco, era como una gran sala abovedada. Sus paredes habían sido cubiertas con mantas y alfombras, hechas a mano por la tripulación con restos de uniformes gastados. Wilson y su equipo más próximo tenían sus propias cabinas secundarias, sujetas a los soportes del suelo y la pared. Venus había dicho una vez que esto era como la yurta de Gengis Kan. En un armario atado a la barra estaban los restos del banquete de la noche anterior, platos pegajosos con los restos de un *risotto* de champiñones y una botella vacía de vino de arroz. La ropa, tirada de cualquier manera, flotaba en el aire y el baño privado tenía la puerta abierta y de él salía un olor fétido. Por lo general, el desorden habría sido limpiado por los criados, un destacamento de la tripulación que entraba por las escotillas del suelo, antes de que Wilson se despertara para comenzar su día. Pero Theo miró su reloj y al ver que eran poco más de las 04.00 supo que nadie limpiaría esa noche, ni dormiría.

A medida que el nivel de ruido subía, los hombres de Wilson comenzaron a salir de sus cabinas. Había cuatro más aparte de Theo y de Wilson, todos hombres, todos más o menos de la edad de Wilson, que tenía cuarenta y nueve, y todos ilegales. Estaban desnudos o vestidos solo con unos pantalones cortos, como Theo. Otros rostros se asomaron por dos de las cabinas que había detrás de ellos, pequeños, asustados, un chico, una chica, ambos de unos catorce años. Theo no estaba seguro de cómo se llamaban.

Jeb Holden se abrió paso hasta Theo.

—¿Qué coño estás haciendo, soldadito? ¿Por qué has encendido las malditas luces?

—¿No has oído el disparo, gilipollas?

—¿Qué disparo?

Theo oyó un murmullo de voces, ese canto lejano. «Fuga, fuga...». Ya no tan lejano. Miró hacia abajo a través de la rejilla y vislumbró una especie de grupo que

trepaba por la barra, rodeando las cabinas colgantes, hacia la barrera. Steel Antoniadi iba a la cabeza. Algunos de ellos eran unos niños. Max Baker iba al lado de Steel. Theo sabía que la hermana gemela de Max estaba en la cama de Wilson en esos momentos.

—Fuga, fuga...

—¿Qué coño está pasando? —dijo Jeb bruscamente.

—Solo son unos críos —dijo Theo inquieto.

—Críos con jodidas armas. Steel tiene una pistola. —Jeb se tumbó en el suelo y gritó a través de la malla, salpicando de saliva el metal—. Steel, ¡puta zorra! Todo esto es porque Wilson te entregó a Cerdo, ¿no? Steel, ¡vieja puta, deja esa puta pistola ahora mismo! —Descendiente de los habitantes de Iowa, Jeb en realidad había nacido en una balsa, pero cuando tenía catorce años había luchado para llegar a tierra firme y se unió a una milicia local para combatir contra aquellos que podrían haberlo seguido. Después la suerte lo había dejado en el lugar correcto en el momento adecuado para quedarse con una plaza en el *Arca*, cuando tuvo lugar el lanzamiento desde Gunnison.

Steel y el resto estaban a solo un par de metros del suelo. Ella apuntó a la rejilla con su arma.

—Se acabó el juego, Jeb, hijo de puta. Abre el suelo o será peor para ti.

—¿Ah, sí? —Él se rió y le escupió, pero la mayor parte de la flema se quedó pegada en la rejilla metálica y Theo podía ver su miedo por la forma en la que se agarraba al enrejado, con los dedos metidos en los agujeros—. ¡Putas! ¡Putas asquerosas! —Se levantó y miró a su alrededor. Los otros, entre ellos Dan Xavi, a quien los catamitas llamaban Cerdo, se estaba poniendo los pantalones—. ¿Dónde está Wilson?

—Aquí mismo. —Wilson salió flotando de su cabina. Theo se lo quedó mirando, sorprendido. Wilson ya llevaba puesto un mono de refrigeración y se estaba colocando las gruesas capas exteriores de un traje presurizado. Detrás de él, Terese Baker, de quince años, muy delgada, estaba envuelta en una manta y miraba a su alrededor con los ojos como platos—. Mierda, este traje ya no me cabe. Soy un puto gordo. —Y soltó una carcajada.

Jeb estaba boquiabierto.

—Jefe, ¿adónde vas?

—Al transbordador. Para capear el temporal. Es lo mejor, así elimino el centro de atención, alejo el principal objetivo, lo podéis entender. Aunque vosotros no lo vierais, siempre supe que este día llegaría. Llamadme cuando tengáis la situación bajo control.

—¿Y cómo coño lo hacemos? —le preguntó Jeb con los puños apretados.

Wilson volvió a su cabina y sacó una caja metálica sellada. Dijo bruscamente:

—Cinco, siete, cuatro, abrir. —La cerradura se abrió con un solo clic para mostrar una serie de armas de mano—. Las he estado guardando desde la edad que hicimos después del lanzamiento. Aunque no hay mucha munición. Y nos falta un arma. Probablemente la robase esa zorra de Steel. Es más inteligente de lo que parecía. — Le lanzó la caja a Jeb y las armas de fuego terminaron flotando en el aire, girando lentamente—. Ocupaos vosotros. Mínimo derramamiento de sangre. Recordad que necesitamos a esos hijos de puta para que la nave siga funcionando. Aunque a Steel dadle un castigo ejemplar. —Ya tenía el traje puesto, el casco colocado y la visera abierta. Con una mano enguantada quitó una alfombra de la pared y puso al descubierto una esclusa de aire. Le dio a un teclado numérico y la puerta interior de la esclusa se abrió. Más allá, Theo vio el desnudo interior de uno de los dos planeadores del casco y cómo sus luces se encendían de golpe.

—Fuga, fuga...

Wilson se detuvo en el umbral de la esclusa y miró a su alrededor.

—Supongo que eso es todo. —Miró a Terese, que lo observaba con los ojos abiertos de par en par—. A la mierda. —La agarró del brazo y la empujó a través de la esclusa hacia el interior del transbordador, como una maraña de extremidades desnudas. Él la siguió a continuación, primero la cabeza, retorciéndose un poco para poder atravesar la esclusa, hasta que sus pies calzados con las botas desaparecieron. La puerta se cerró de golpe y una banda roja de advertencia se iluminó.

—No me lo puedo creer —dijo Jeb—. ¡Se ha largado! Nos podría haber llevado con él, el muy hijo de puta...

—No, a menos que quisiera perder el casco para siempre —dijo Theo—. Toma. —Cogió las armas que flotaban en el aire y se las pasó a Jeb y a los demás. Introdujo un cargador en la suya—. No sé lo que intentan hacer. Sacarnos de nuestro escondite, tal vez.

—Peguémosle un tiro en la cabeza a esa zorra de Steel.

Theo intentó pensar.

—Sí. Eso podría disuadir a los demás. Pero no podemos permitirnos perforar el casco con las balas. Supongamos que nos dispersamos por todo el borde del suelo. Si nos metemos en las escotillas, por ejemplo tres de nosotros a la vez... y disparamos hacia dentro contra Steel...

Se oyó un estruendo, como el de un trueno. Theo vislumbró una luz cegadora, una nube de humo. El suelo se abrió como una flor, paneles de metal arrojados al espacio abriendo el puente. A Dan Xavi uno de los paneles le alcanzó de lleno en el pecho, lanzándolo hacia atrás.

A Theo le llegó el sonido de unos gritos, como de niño, pero amortiguados. Oyó un zumbido dentro de su cabeza. Se sentía aturdido y se dejó llevar, incapaz de mover las piernas y la cabeza.

Entonces, atravesaron con furia la barrera rota: Steel, Max con su llave inglesa, y los demás. Unas ansiosas manos garraron a Theo, le quitaron el arma de las manos y tiraron de él hacia abajo.

Bajo las silenciosas estrellas, Venus estaba suspendida en el espacio, dentro de su cálido y limpio traje presurizado, sus pies calzados con unas botas atadas al sistema móvil de servicio, el brazo manipulador. Había estado trabajando en el mantenimiento básico del revestimiento aislante que, descolorido, agujereado y desgastado, todavía cubría la mayor parte del casco.

Ella prefería ir de EVA solo durante la guardia nocturna. Durante el día, cuando Wilson y sus muchachos estaban despiertos y activos, valía la pena estar dentro del casco y alerta. A veces pensaba que el único propósito real de ella y los demás miembros superiores de la tripulación era para actuar de amortiguador entre Wilson y el resto.

Entonces, ordenó al brazo que la levantara y la alejara de la nave. Mientras se elevaba, le echó un vistazo al campo estelar que poco a poco iban cambiando de sitio alrededor de la nave y a las plataformas de telescopios que seguían flotando sobre el casco, como fieles compañeras. Ni siquiera a setenta años luz de la Tierra, veintisiete años desde el lanzamiento desde Gunnison, las constelaciones habían cambiado drásticamente. Pero sí que notabas una sensación de movimiento, si sabías qué buscar, esa tenue coloración azul de las estrellas delante del casco y, por supuesto, ese sobrecogedor disco de vacío que los perseguía sin cesar, al que Zane le había puesto el espeluznante nombre de Uróboros.

Contempló la nave dispuesta debajo de ella. Con la mirada bajó por el brazo desde sus pies a lo largo de su tramo articulado hasta la pesada rótula que lo unía al casco. Estudió el propio casco, feo y achaparrado, con su revestimiento aislante, sus plataformas de sensores, sus esclusas de aire, la bandera norteamericana que cada vez iba perdiendo más color en su flanco, los dos planeadores que quedaban y que parecían clavados como polillas y la cúpula, su dominio, que brillaba como una joya cerca de la base. Le gustaba realizar este tipo de inspección ocular de vez en cuando, solo para ver si había algún cambio evidente que los sistemas automatizados no habían captado. Y podría suceder sobre todo un fallo múltiple, como una fuga de propergol justo en el lugar en el que los sensores de presión no funcionaban. Cuanto más tiempo siguiera la misión y cuanto más envejecían los sistemas (ya habían sobrepasado el límite del diseño del *Arca*), más probabilidades había de que surgieran estas situaciones poco probables. Era una costumbre que había adquirido durante las sesiones de entrenamiento con Gordo Alonzo, un astronauta experimentado. Nunca estaba de más comprobar los neumáticos, solía decir...

Vio una especie de vibración alrededor de la barriga de uno de los

transbordadores: el transbordador A, que estaba cerca del romo morro del casco. Había visto esto con bastante frecuencia en las simulaciones. Era señal de que se estaban soltando los seguros, que, al abrirse, capturaban la luz de los focos de la nave. A continuación, el transbordador se estremeció y con una especie de tirón, como si estuviera teniendo problemas para despegarse de una interfaz de acoplamiento que no se había roto en las últimas décadas, se levantó y se alejó del *Arca*. Unos pequeños cohetes de control expulsaron chorros de gases de escape, abanicos de cristales que se disipaban en la oscuridad.

Todo esto en un silencio absoluto.

Venus, sorprendida, accionó con la lengua el interruptor de su sistema de comunicación.

—Havila, Jennings. Alguien acaba de lanzar un transbordador. Control, ¿qué está pasando ahí dentro? —Si esto era alguna clase de ejercicio, tenían que habérselo comunicado. Maldita sea, ella estaba fuera; si el transbordador se enganchaba en el brazo manipulador podría ser desastroso. Pero ¿para qué tipo de ejercicio sería necesario un desacoplamiento físico, tal malgasto de propergol? Ya habían perdido bastante con las fugas.

No hubo respuesta. Trató de recordar quién debería haber estado esa noche de guardia. Lo que era más inquietante aún, ni siquiera oía el silbido habitual de las interferencias. Había un sistema auxiliar. Sacó un conmutador de palanca de su cinturón y lo conectó a un enchufe del brazo. Se trataba de un canal de comunicaciones alternativo que pasaba por un sistema de circuitos de control cibernético que tenía el brazo.

—Havila, Jennings. Algún gilipollas acaba de lanzar el transbordador A. ¿Alguno de vosotros es consciente de que estoy aquí fuera? Havila, esto es...

—¿Venus?

—¿Holle? ¿Qué demonios...?

—Gracias a Dios que has llamado. Esto es un infierno. Steel Antoniadi, algunos de los más jóvenes... se han vuelto locos. Se están enfrentando a Wilson.

—Mierda. —Siempre supo que llegaría este día; era típico de su mala suerte estar fuera de la nave y no poder encargarse de la situación—. Voy a volver. —Alargó la mano para activar el control manual del brazo.

—No. No, Venus, quédate ahí fuera. Creo que podríamos necesitarte. Yo...

La línea se cortó.

Venus activó el interruptor de comunicaciones con la lengua, toqueteó la clavija en el enchufe del brazo.

—¿Holle? ¡Holle!

Holle se quitó el gorro de comunicaciones.

—¡Maldita sea! Han cortado también el enlace de fibra. Saben lo que están haciendo.

—A lo mejor con lo que has dicho es suficiente —dijo Grace.

—«Fuga, fuga». Helen, estás segura de que era eso lo que estaban cantando.

—Sí —dijo Helen con brusquedad.

—Creo que están saliendo por el morro —murmuró Grace, mirando hacia arriba.

Helen, Grace y Holle se acurrucaron en el nivel catorce, justo encima de los bancos hidropónicos. Esta era la base del casco, lo más lejos que uno podía estar del puente. Mirando hacia arriba, Holle podía ver el puente roto, abierto, tapado todavía por una cortina de humo negro. Había fragmentos de rejilla flotando por todo el casco. Parte de la tripulación aún estaba en las cabinas situadas a intervalos a lo largo de la barra, asomándose, perplejos. Otros se alejaban en tropel del caos en el morro del casco, lejos del humo. La gente gritaba advertencias, era un sonido parecido al de las gaviotas, pensó ella, un extraño recuerdo que afloraba en medio de la conmoción. Holle se preguntó a cuántos les habría ensordecido el enorme estruendo de las cargas explosivas que había utilizado Steel para romper la barrera de Wilson, un ruido que aún parecía resonar en las paredes del maltrecho casco.

—Me pregunto de dónde habrán sacado las cargas explosivas —murmuró ella—. Tal vez sean los bulones explosivos de las escotillas de acoplamiento, para la separación de emergencia. Pero ¿cómo han conseguido introducirlos en el interior del casco sin que sonaran las alarmas? ¿Y dónde...?

—¡Aquí vienen! —gritó Grace.

Fuera cual fuera la pequeña guerra que había tenido lugar en el morro del casco era evidente que había terminado. Steel y su grupo bajaban de la zona de humo, agarrados a los cables que colgaban de la pared y a los asideros. Todos ellos estaban cubiertos de hollín, con la ropa hecha jirones; algunos parecían estar heridos. Pero la pistola en la mano de Steel era claramente visible. Ella la blandió, triunfante.

Y tenían prisioneros, hombres que cogían por los brazos, las piernas y el pelo. Holle trató de contarlos. Desnudos, ensangrentados, todos los hombres parecían iguales. Arriba tenían que haber habido seis, Wilson y sus cinco «asesores», sus cinco matones más cercanos. Contó tres. Uno podía haber sido Theo; ninguno se parecía a Wilson. No oponían resistencia.

Steel parecía estar bajándolos hacia un armario para los equipos del nivel siete u ocho. Algunos de los rebeldes se habían adelantado para mover el armario, dejando al descubierto la pared curva detrás de él. A Holle le daba la impresión de que habían hecho algún tipo de trabajo en esa sección oculta de la pared, detrás del armario. Ahora dos personas del equipo de Steel comenzaron a arrancar una cubierta de malla metálica y a desenroscar los tornillos de los paneles.

Holle comprendió de inmediato y vio que Helen había estado en lo cierto acerca

de lo que pensaban hacer. Holle no la había creído.

—No —dijo ella en voz baja—. No hay un depósito de agua detrás de esa sección. Solo el fuselaje. No, no...

Uno de los hombres capturados comenzó a forcejear y a gritar. Tal vez se había dado cuenta también de lo que estaba sucediendo. Podría ser Dan Xavi, al que los niños maltratados llamaban Cerdo. A punto estuvo de soltarse, pero los rebeldes se echaron sobre él, apiñándose como moscas alrededor de una herida. Alguien cogió a Xavi del cuello. Otro se apoderó de su brazo e hizo una especie de salto mortal, de tal forma que le retorció el brazo y se lo rompió con un fuerte chasquido. Unos puños le golpearon la boca, la nariz y los ojos y los gritos del rehén fueron ahogados por un gorgoteo.

—Se han vuelto locos —dijo Grace—. Lo van a matar.

—Él no importa —dijo Holle. Seguía mirando cómo los rebeldes retiraban pacientemente los tornillos de ese panel de la pared—. Es culpa nuestra. De mi generación. Wilson, maldito gilipollas, no pudiste controlarte. Y tú, Zane, chiflado, ¡mira lo que has hecho! Está bien, está bien. —Hizo un esfuerzo para calmarse, para pensar. Podrían quedar solo segundos—. Tenemos que conseguir llevar a la gente a un refugio. A algún lugar hermético.

—A la cúpula —dijo Helen—. Los transbordadores...

—Al transbordador A, no. Venus dijo que alguien se lo llevó, ya no está. Wilson, tal vez. Al transbordador B y a la cúpula. Mete a todo el mundo, en un sitio o en otro. A todo el mundo que quiera venir. —Pero los rebeldes no irían, dijera lo que dijera—. Y trae a Zane. No te olvides de Zane. ¡Muévete, muévete!

Grace miró a Helen con desesperación. Holle vio toda una vida de amor y angustia impotente comprimida en esa expresión.

Entonces las tres se dispersaron y se lanzaron hacia grupos de personas desconcertadas.

Los rebeldes empujaron a Jeb Holden y a Theo Morell hasta la pared curva, detrás del armario para los equipos. Theo podía ver lo que estaban haciendo, quitando los tornillos que sujetaban una especie de panel temporal. Jeb no paraba de llorar. Las lágrimas y los mocos se dispersaban en el aire cada vez que movía la cabeza. Theo pudo ver que Dan Xavi ya estaba muerto. Unos rebeldes manchados de sangre rondaban su cuerpo retorcido.

Y estaban abriendo el casco.

Theo luchaba contra aquellos que lo tenían sujeto. No podía evitarlo. Pero lo sujetaban con fuerza y algún cabrón le dio una patada con el pie descalzo en las costillas. Era algo que había aprendido hoy: la nueva generación que había crecido en microgravedad era mucho mejor luchando en ella que cualquiera de los hombres de

Wilson. Parecían tener una comprensión instintiva de cómo utilizar su cuerpo: cómo girar en el aire, cuando agarrarse a algo para coger impulso y poder darte un puñetazo, una patada, un cabezazo o embestirte.

Dejó de luchar y sacudió la cabeza para despejarse. *¡Piensa, Theo! Si no piensas ahora, no vas a tener la oportunidad de arreglarlo mañana.*

—Puedes ver lo que hemos hecho —dijo Steel—. Lo que estamos dispuestos a hacer. Hoy es el día, Theo Morell. Hoy es el día en el que desenmascaramos la mentira. Hoy es el día en el que vamos a salir de este estúpido tanque de simulación, y después...

—¿Y después qué? Aunque tuvieras razón, ¿qué crees que vas a hacer, Steel? ¿Apoderarte de Denver? ¿Construir una balsa? ¡Dios mío! Esto es una locura.

Hubo un atisbo de duda en los ojos de Steel. Tal vez en realidad no había pensado tanto, no más allá de fantasear con este momento de rebelión y venganza. Pero ella era todo ímpetu.

—Al menos esto se habrá terminado —dijo—. Las mentiras, las vidas desperdiciadas.

—Recuerdo la inundación de Denver —dijo Jeb Holden y tosió, escupiendo sangre y mocos—. Recuerdo Gunnison y Alma. Recuerdo cómo me abrí camino para subir a esta nave. Me rompí los nudillos en la cara de algún jodido candidato. Recuerdo el lanzamiento, todas esas bombas de mierda. ¡Era de verdad! ¿No podéis, niñatos estúpidos, escuchar...?

Max Baker lo hizo callar con un golpe en la cabeza con su pesada llave inglesa. Jeb se quedó inerte, flotando.

Habían conseguido desenroscar el último tornillo. Theo pudo ver que la placa se mantenía en su lugar solo por la presión del aire dentro del casco. Desde el lanzamiento todos ellos, incluidos los ilegales y los intrusos, habían sido entrenados para los accidentes de descompresión. Theo sabía que un agujero del tamaño de esa placa, de alrededor de un metro cuadrado, vaciaría el aire del casco en cuestión de segundos, veinte segundos para que la presión se redujera en una décima parte de su capacidad nominal, veinte segundos para que se redujera en otro factor de diez.

Steel lo miró fijamente. Su reacción parecía significar tanto para ella como la realidad del momento.

—¿Estás listo, Theo Morell? ¿Listo para hacer frente a tus directores?

Él intentó decir algo para poner fin a aquello, al menos para entretenerla.

—Tú ganas, maldita sea. Has derrotado a Wilson. ¿No es suficiente? Podemos poner la nave de nuevo en marcha. Podemos hablar de cómo seguir adelante, de cómo vivir juntos...

Steel simplemente se rió. Max cogió una palanqueta y deslizó un extremo debajo de la placa suelta. Se agarró a un soporte para usar así su peso haciendo palanca.

Theo los miró, a Steel con el rostro maltrecho, a Max Baker, de quince años, a Magda Murphy, que incluso ahora se aferraba a su bebé. Todos ellos podrían estar muertos en cuestión de segundos.

—Steel, por el amor de Dios, lo juro, lo juro por mi vida, por mi madre, que nadie te está mintiendo. No sobre esto. La nave es real. Si quitáis esa escotilla, nos mataréis a todos.

Steel empezó a decir algo.

Pero Max rugió, ahogando así cualquier comentario, toda una vida de confinamiento y frustración redimida en un solo momento, y dejó caer su cuerpo con fuerza sobre la palanqueta. La placa salió volando hacia atrás.

La descompresión era una explosión, un trueno ensordecedor.

Theo vio cómo la placa suelta giraba como una hoja y salía volando a través del agujero en la pared. Sintió un desgarramiento en sus pulmones y un fortísimo dolor en los oídos, como si le atravesaran la cabeza con astillas de hierro, y se acordó de abrir bien la boca. La gente se retorció en torno a él, pero sus gritos fueron arrebatados por el fuerte viento.

Estaba frente al agujero en la pared, un agujero en el mundo, y el viento lo empujaba por la espalda. Vio las estrellas con sus propios ojos. Incluso ahora podría tener una oportunidad, si pudiese aguantar hasta que el aire se hubiera ido, hasta que el viento se calmara y encontrara un traje presurizado antes de desmayarse. Sin embargo, unas manos fuertes lo agarraron, le sujetaron los brazos a los costados y lo empujaron hacia fuera, por la fuerza.

Giraba lentamente. Vio la pared exterior de la nave con su acribillado revestimiento aislante y cómo el agujero, cuadrado y nítido, iluminado por una luz intensa, se alejaba de él. De repente, estaba lejos de la pared, fuera del casco, desnudo. Había comenzado una especie de lucha, se subían unos encima de otros para permanecer en el interior del casco. Pero fueron cayendo detrás de él. Theo vio a un niño que se retorció, indefenso en el espacio.

Tenía frío. Ya no podía ver. El dolor en su pecho era atroz, desgarrador, abrasador. Pensó en su madre.

Algo estalló dentro de su cabeza.

El viento de descompresión ya estaba amainado. El aire, cada vez más exiguo, descargaba su vapor de agua convertido en una niebla que parecía perlas en el resplandor de las luces de las lámparas de arco.

Holle mantenía la boca abierta. Los gases le hinchaban el vientre produciéndole un dolor terrible antes de escapar en forma de pedo explosivo. Sabía que tenía solo unos segundos de conciencia, diez segundos, tal vez menos dada la forma en la que estaba gastando su oxígeno en un arranque de energía impulsado por la adrenalina.

Miró a su alrededor. Se había lanzado entre los rebeldes e incluso antes de que se abriera la brecha en el casco había empezado a empujarlos hacia abajo hasta la esclusa de aire del transbordador B. Los que quedaban allí iban a la deriva, con convulsiones, sin fuerzas. Se les formaba escarcha sobre la boca y la nariz y su carne se hinchaba al convertirse el agua en vapor en su sangre y tejidos. Incluso ahora se podían salvar. Pero Holle no podía salvarlos a todos.

Uno más.

Vio a Magda Murphy, alejándose de las paredes, de los asideros. Magda tenía la boca abierta, que era la forma en que los habían entrenado a todos para esta contingencia. Se estiraba para intentar coger a su bebé, al que de alguna manera había soltado, pero estaba fuera de su alcance. Asombrosamente, la niña seguía viva, al parecer todavía consciente. Holle vio cómo flexionaba sus diminutos dedos.

Podría llegar o a Magda o al bebé. No a las dos. Una elección instantánea. Magda podía tener más hijos. Agarró a la mujer y tiró de ella. Magda luchaba débilmente, intentando coger a la niña. Su visión se empañaba, su carne llena de dolor, Holle bajó con ella hasta la esclusa del transbordador.

Aquello no volvería a suceder, se prometió Holle a sí misma. Nunca.

Desde su posición privilegiada en el brazo manipulador, Venus vio cómo el panel suelto salía volando y después restos de basura, un chorro de niebla y cuerpos que se retorcían como peces varados. Se alegró de estar demasiado lejos como para distinguir quiénes eran, sobre todo los niños.

Todo esto lo vio desde la calidez de su traje, el zumbido de los ventiladores de soporte vital en sus oídos e inmersa en su ligero olor a humedad. Consideró bajar hasta allí para ayudar, quizá soltándose del brazo y con su cinturón cohete SAFER lanzarse hacia la gente que flotaba en el espacio y llevarla de nuevo a la luz a través de ese agujero. Sin embargo, sería un gesto inútil. Aunque no estuvieran muertos no había aire en el casco, no habría manera de que pudiera llevarlos a un refugio a tiempo. Y probablemente sería su condena. Lo mejor era esperar y después descender con el brazo, entrar en el casco con su traje y ver quién quedaba por salvar.

Si quedaba alguien. De repente se dio cuenta de que podría ser que nadie hubiera sobrevivido, nadie más que ella. Que pronto podría estar volviendo a un casco convertido en una tumba sin aire, sola, a setenta años luz de la Tierra.

Vio un destello de luz por el rabillo del ojo. Era el transbordador, que encendía sus motores de posición con un pitido. Sintió un alivio inmediato. Por supuesto que no estaba sola, por lo menos alguien había sobrevivido en el transbordador. Ahora debía de estar maniobrando para atracar en su puerto una vez más.

Pero vio, conmovida, que los cohetes vernier estaban alejando el transbordador del casco. Los motores arrancaban una y otra vez y los gases de escape salían por sus diminutas toberas en pequeños chorros. Sin embargo, cada pequeño impulso lo llevaba por el camino equivocado; el transbordador se alejaba rápidamente del casco en dirección a las estrellas.

No, a las estrellas no. A la burbuja de deformación. Y Venus lo vio. El transbordador había sido sabotado, los circuitos de control invertidos. Lo habían sabotado a propósito para enviar a quienquiera que estuviera escondido en su interior hacia la pared de la burbuja.

Por fin, quienquiera que estaba a bordo lo entendió. Una nueva constelación de pulsaciones brilló por el borde del transbordador, de sus alas achaparradas. Si querías ir hacia abajo, tenías que utilizar los controles que deberían llevarte hacia arriba... Pero ya era demasiado tarde para impedir el impulso ya creado.

Una figura vestida con traje presurizado salió retorciéndose de una esclusa de aire. Una vez libre fuera del transbordador, fue propulsado hacia delante por su cinturón cohete SAFER. Reconoció el traje por las marcas identificativas en las

perneras. Era el de Wilson Argent.

La pared de la burbuja de deformación tardó unos largos segundos en arrugar el casco del transbordador, como una mano invisible que aplastaba un juguete de papel. Cuando la cabina presurizada cedió, el aire salió a borbotones como un resplandor de cristales de hielo. Un cuerpo flotaba en el espacio, desnudo y delgado, y acabó impactando contra la barrera de la burbuja para convertirse en un sangriento cometa.

—No pasa nada. Ya queda poco, cariño, lo superaremos, no pasa nada, cógeme de la mano...

—Dios mío, mierda, por qué ha tenido que pasar esto, por qué ahora, por qué hoy, no me puedo creer que esto me esté pasando a mí...

—¡Quiero mi Billy-Bob! ¡Papá, quiero mi Billy-Bob! Por qué no me dejas ir a buscarlo...

Holle no podía hacer nada, no hasta que el transbordador se vaciara. Calculaba que en él había cuarenta personas hacinadas, metidas por ella y Helen Gray, cuarenta en un planeador de aterrizaje de un solo uso concebido únicamente para veinticinco. Ella apenas podía moverse debido a la gente a su alrededor, quien empujaba contra su espalda y su vientre y le inmovilizaba las piernas, con sus cuerpos y con sus espaldas alrededor de su cabeza. Era una multitud en tres dimensiones, la gente se empujaba la una contra la otra en todas direcciones.

Y de esas cuarenta personas, diez o quince habían sido gravemente heridas. La gente tenía las extremidades terriblemente hinchadas, manos, pies, rostros. Un niño gritaba una y otra vez que se había quedado ciego. Una mujer tosía chorros de sangre mientras le daban grandes convulsiones, sus pulmones obviamente se habían desgarrado. Las personas a su alrededor trataban de llevarla por entre la multitud hacia una esquina, para evitar que cubriese al resto con sangre, mocos y flemas.

Una pantalla en la consola de control del transbordador, la transmisión de una imagen de una cámara de la esclusa de aire, les mostró a Venus, una figura extraña en un blanco y brillante traje espacial en el interior del casco, en un entorno de cabinas, paquetes de comida y envases de bebidas y juguetes a la deriva, trabajando para hacer habitable el Havila de nuevo. Habían tenido suerte de que Venus hubiera estado fuera de peligro. Holle se hizo una nota mental. A partir de ahora alguien tenía que llevar un traje presurizado puesto todo el rato.

Hasta que pudiera salir de allí, Holle no podía hacer otra cosa más que aguantar. Trató de dejar de prestar atención a los llantos y a los estertores.

—Como coja al gilipollas que pensó que era una buena idea arrancar una jodida placa del casco le voy a arrancar lo que le quede de pulmones con mis propias manos...

—No pasa nada. Se ha desmayado, eso es todo. No me di cuenta porque con tanta gente no se ha caído al suelo. Solo se ha desmayado. Tan pronto como salgamos de aquí se pondrá bien.

—No, te equivocas. Este hombre está muerto. ¡Jay está muerto! ¡Míralo!

—¡No puedo ver! Papá, ¿por qué no puedo ver?

Se oyó un martilleo en la escotilla del transbordador. Holle vislumbró a Venus a través de la gruesa ventana, torpe dentro de su rígido traje presurizado, tirando de la palanca.

La escotilla se abrió. Holle sintió cómo se le destaponaban los oídos y tuvo un acceso de miedo por la pérdida de más aire, pero la bajada de presión fue escasa. La gente que estaba más cerca de la escotilla de inmediato comenzó a dispersarse, suspirando de alivio. Una vez fuera, se volvieron y ayudaron a Venus a sacar a los demás. Pronto se formó una nube de cuerpos flotantes que se alejaban lentamente de la escotilla, en parejas y en tríos.

En cuanto pudo moverse, Holle se abrió paso entre la gente. Fue un gran alivio llegar al espacio relativamente abierto del casco, estirar los brazos y las piernas, y respirar un aire limpio aunque con un olor ligeramente metálico, el aire que salía directamente de los tanques de reserva para emergencias.

Miró a su alrededor. Venus había retrocedido hasta la barra de bomberos, donde se había atado para quitarse el traje. Helen Gray estaba en la esclusa del transbordador, supervisando la evacuación. Holle recorrió el casco con la mirada y vio que una evacuación similar estaba teniendo lugar en la esclusa de aire que daba a la cúpula, otro abanico de gente agotada y herida que trataba de ponerse a salvo. Grace Gray sometía a los que iban saliendo a una revisión y separaba con cuidado a los heridos.

Un bebé pasó flotando. Estaba desnudo y su piel tan hinchada que era el doble de su tamaño; obviamente estaba muerto. Holle no podía reconocerlo, no sabía si se trataba del bebé de Magda, el bebé que no había podido salvar. Por un instante se quedó inmóvil y sintió la presión de la culpa, la duda y una especie de espantosa inseguridad.

—Holle.

Venus, en su mono de refrigeración, la observaba fijamente. Venus, que la conocía desde que era niña, la Venus de la academia. Holle se abrió paso hacia ella y se agarró a un asidero.

—¿Estás bien?

Venus se echó a reír.

—¿Yo? Claro que sí. Para mí solo ha sido otra EVA. ¿Qué ha pasado aquí?

—Una rebelión de los nacidos en la nave.

—Rompieron el casco. Es un milagro que no murierais todos. ¿Qué fue, una especie de pacto de suicidio?

—No —dijo Helen Gray. Venía flotando desde la esclusa del transbordador para unirse a ellas—. Creo que estaban tratando de hacer un túnel para salir.

—¿Un túnel para salir?

—Fuera del simulador... La culpa es de todas esas ideas de Zane.

—Nunca lo tomamos muy en serio —dijo Holle—. Maldito Zane. Bueno, se lo contamos a Wilson bastantes veces y no nos hizo caso, y eso le ha costado la vida.

—Puede que no —dijo Venus—. Vi cómo el transbordador A se separaba del casco, bueno, en realidad se desacoplaba. Esto fue antes de que el casco presurizado explotara.

Holle negó con la cabeza.

—Típico de Wilson. Es probable que lo tuviera planeado desde hace años.

Venus describió el sabotaje que sospechaba que había ocurrido.

—El transbordador está destruido. Pero creo que Wilson podría haber sobrevivido, lo vi salir, bueno, o a alguien con su traje presurizado. Si su SAFER aguanta, probablemente esté ya en una de las esclusas.

Pero Holle solo escuchaba a medias.

—¿Has dicho que el transbordador está destruido? —Uno de sus dos transbordadores, hecho añicos así como así. Todo por culpa de Wilson y de su incompetencia y su egoísmo cobarde.

Venus estaba seria.

—Vamos a tener que encontrar la manera de seguir adelante sin él.

El cadáver del bebé pasó flotando a la altura de los ojos de Holle, zarandeado por las corrientes esporádicas creadas por el aire nuevo. La pérdida de un transbordador le importaba un comino si no lograban superar el día de hoy.

Helen le tocó el brazo.

—¿Holle? Creo que mi madre se está agobiando. Voy a ir a ayudarla.

La mujer asintió con la cabeza.

—Voy contigo. Venus, ¿puedes ocuparte del resto?

Por un segundo, Venus le sostuvo la mirada. Tenemos que asegurar los sistemas básicos. Garantizar la integridad del casco en torno a ese parche. La descompresión puede haber causado algunos desperfectos en otros lugares. Y comprueba los sistemas de ECLSS. Los lechos hidropónicos...

—Tienen que estar bien —dijo Helen—. Las plantas pueden soportar una hora más o menos de vacío, la pérdida fue de solo unos minutos.

—De acuerdo. De todas formas, échales un vistazo. ¿Qué más?

—¿Qué hay de nuestra posición? —dijo Venus—. Acaban de accionar un cohete en uno de los costados del casco. Los sistemas de GN&C deberían haberlo compensado, pero no sé si los vernier arrancaron para devolvernos a nuestra posición.

—Si lo hicieron, no lo oí. Compruébalo. No queremos chocar contra la pared de la burbuja.

—Será mejor tener a alguien preparado para enfrentarse a Wilson si es que

vuelve.

Holle se encogió de hombros.

—Espósallo a un puntal. Nos ocuparemos de él más tarde. Venus, encárgate de cualquier cosa que se te ocurra.

Venus estaba en ropa interior.

—Voy a coger un mono y me pongo manos a la obra.

—De acuerdo. Ah, Venus... —Se acercó a ella y murmuró—: Reúne a un grupo y haced un barrido del casco. Recoged a los muertos. A estos cadáveres flotantes. Por ahora, ponédlos en un lugar que no esté a la vista, en el puente de Wilson, tal vez. Y hace un recuento de los supervivientes. Vamos, Helen. Vamos a ayudar a tu madre.

El aplastamiento en la cúpula había sido incluso peor que en el transbordador B. La gente salía apretándose las costillas y respiraba con dificultad: una pareja sujetaba a un niño que no se movía y, desesperados, le daban puñetazos en el pecho y le hacían la respiración boca a boca.

Entre estos supervivientes flotantes estaba Zane, que parecía acobardado, asustado. Holle de repente sintió una rabia salvaje. Se preguntó cuál de sus álter ego había salido a ayudarlo a hacer frente a esta crisis que él mismo había desencadenado. Y ahí estaba Jeb Holden, uno de los colaboradores más íntimos de Wilson, una bestia de hombre ahora desnudo y manchado de sangre. Se apartó de los demás, al parecer en busca de una manta, algo para cubrir su cuerpo.

Grace, agarrada a una barandilla, estaba tratando de conseguir que los que aparentemente no estaban heridos la ayudaran, mientras dividía al resto más o menos en grupos según sus lesiones. La parte frontal de su mono estaba salpicada de sangre y trozos de carne grisácea. Trozos del pulmón de alguien, se imaginó Holle. Su madre estaba desempeñando su trabajo, pero parecía aturdida. Holle siempre tenía que recordarse a sí misma que Grace no era doctora, a pesar de que llevaba dieciséis años, desde la Escisión, tratando de llenar el hueco dejado por Mike Wetherbee.

Holle agarró de la mano a Helen y se lanzaron hacia Grace.

—Grace, estamos aquí. Dime en qué te podemos ayudar.

La mujer la miró distraídamente.

—Había unos veinte en la cúpula. ¡Veinte! Pensé que todos íbamos a morir allí. Calculo que hay doce heridos graves.

Holle asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Teníamos alrededor de cuarenta en el transbordador B, muchos heridos...

No hacía falta mucha matemática. Desde la Escisión, el número de miembros de la tripulación había crecido (había habido algunas muertes pero muchos más nacimientos) de una manera no planificada que habría horrorizado a los ingenieros sociales de Denver. Un total de aproximadamente sesenta personas salvadas en el transbordador y en la cúpula significaba que se habían perdido varias vidas en la descompresión. Y, mirando a su alrededor, en un primer cálculo le decía que tal vez un tercio de los supervivientes estaban heridos. Una tercera parte de la tripulación de una nave medio destrozada estaba incapacitada.

*Paso a paso, Holle.*

—¿Qué me dices de los heridos?

—Algunos por aplastamiento debido a la aglomeración en la cúpula. El resto, lo que es de esperar después de la exposición al vacío. Casos de hipoxia... puede que veamos algún daño cerebral. Hay casos de ceguera temporal por los efectos neurológicos. Algunos casos del síndrome de descompresión, causados por las burbujas de aire en el torrente sanguíneo. Me gustaría recomendar el uso de la cúpula como cámara de alta presión para aliviar los síntomas.

—Hazlo.

—El ebullismo, que es la inflamación causada por la vaporización del agua en los tejidos, desaparecerá en unas pocas horas. Parecen estar peor de lo que en realidad están, en su mayoría. Hay algunas lesiones internas debido a los gases atrapados en los intestinos. Tímpanos dañados. Cualquiera con una congestión o un catarro lo habrá sufrido. También tenemos lesiones relacionadas con la explosión del mamparo de Wilson. Lesiones por onda expansiva, quemaduras, huesos rotos, pérdida auditiva...

—Debe de haber pulmones dañados.

Grace asintió con la cabeza.

—Dos en este grupo.

—Sí —asintió Helen—. Más en el grupo del transbordador.

Toda la tripulación y todos los niños nacidos en la nave antes de que pudieran caminar habían sido entrenados para que abrieran la boca en caso de una descompresión. Si intentabas contener la respiración, los gases en expansión en tus pulmones rasgaban tus delicados tejidos pulmonares y capilares y después el aire atrapado se veía obligado a salir de los pulmones y a entrar en la caja torácica, desde donde podría entrar directamente en la circulación general a través de los vasos sanguíneos rotos. El resultado final era unas grandes burbujas de aire moviéndose a través del cuerpo y alojándose en el corazón y en el cerebro. Pero, a pesar de todo el entrenamiento, algunas personas siempre seguían su instinto y contenían la respiración cuando llegaba la crisis.

—Vamos a tener una gran cantidad de casos de bronquiectasias —anunció Grace—. Pulmones dañados. Serán propensos a las infecciones para el resto de sus vidas. Me preocupa nuestra reserva de antibióticos.

—Lo solucionaremos.

—Algunos están peor —informó Grace en tono sombrío—. No creo que haya nada que podamos hacer por ellos. No creo que ni siquiera un médico con la debida formación pudiera...

—Está bien —dijo Holle—. Trataremos ese tema. Helen, reúne a algunos paramédicos voluntarios. Ya sabes a quién preguntar. —Cuando la chica se alejó, Holle habló en voz baja a Grace—. Tenemos que establecer algún sistema de clasificación. Tres prioridades. En primer lugar, los que se van a recuperar, pero

necesitan tratamiento inmediato: los quemados, los del síndrome de descompresión. En segundo lugar, los que a la larga se recuperarán con una mínima atención: las personas con inflamaciones, con la pérdida temporal de visión de la que hablas.

Grace miró hacia otro lado.

—Y en tercer lugar...

—Aquellos que no van a sobrevivir. Los que tienen los pulmones destrozados. Los pondremos en alguna parte. Qué demonios, los meteremos en el transbordador, apartados del resto.

—¿Qué les decimos?

—Mentiras. Le diremos a Helen o a uno de sus voluntarios que reúnan a sus parejas, padres, lo que sea.

—No puedo actuar de esa manera.

—Está bien. No tienes por qué hacerlo. Me quedaré contigo. Tú solo indícame en qué categoría está cada paciente. Yo haré el resto.

Oyó cómo esas palabras salían de su propia boca. ¿Realmente podría hacer estas cosas? Bueno, era su deber, así que sí.

—Holle, hay una cosa más. Steel Antoniadi. Sobrevivió. Sigue en la cúpula. Todo el mundo sabe que ella fue la que dirigió el ataque de los rebeldes. Pensé que era mejor que se quedara allí, fuera de nuestra vista.

—Bien pensado. Voy a hablar con Venus de eso, de mantenerla a salvo en algún lugar.

Alguien le dio un golpecito en el hombro.

—Holle.

Se dio la vuelta.

El puñetazo que recibió en la boca fue lo suficientemente fuerte como para mandarla flotando por el aire. Alguien la paró y ella se agarró a un asidero y sacudió la cabeza para despejarse.

Era Magda Murphy. Tenía los brazos y las manos hinchadas; ese puñetazo debió de haberle hecho un daño de mil demonios en el puño. Magda chocó contra un armario para los equipos que había en la pared, giró en el aire y utilizó sus pies calzados con botas para coger impulso y lanzarse contra Holle de nuevo. De alguna manera, Grace Gray se puso delante y agarró a Magda por la cintura y las dos, desviadas por el impulso de Grace, se alejaron flotando de allí.

Magda señaló a Holle y gritó:

—¡Dejaste morir a mi niña! ¡La dejaste morir! Lo único que tenías que hacer era estirar el brazo... —Ella forcejeó, pero Grace la sujetaba firmemente. Magda se quedó sin fuerza y rompió a llorar, era un llanto desgarrador—. Nunca te perdonaré que me salvaras a mí en vez de a ella, Groundwater. Nunca.

Tres días después de la fuga, con la situación en el casco moderadamente estabilizada, Holle llevó a Grace y a Venus a la cabina que habían asignado a Wilson, en la barra de bomberos alrededor del nivel ocho. Llevaba confinado allí todo el tiempo desde que salió de la esclusa de aire en su traje presurizado, después de haber abandonado el transbordador y a Terese Baker a merced de la pared de la burbuja de deformación.

Holle entró sin ceremonias. Las demás la siguieron. Holle se quedó en un rincón de la cabina y dejó que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad.

Wilson se las quedó mirando mientras entraban. Llevaban una camiseta sucia y muy usada y unos pantalones cortos. Flotaba en la atestada cabina, rodeado por un saco de dormir desenrollado, una esponja con un mango y su paquete de comida. Tenía sus musculosas piernas pegadas al pecho y se agarraba a sus pies descalzos, con sus grandes manos. La camiseta llevaba una especie de logotipo, un eslogan tremendamente descolorido, una reliquia de la Tierra, incluso de los días de antes de la inundación. Curiosamente, Holle hubiera querido poder leerlo, leer sobre algún acontecimiento deportivo o una gira de alguna banda de rock que hubiera tenido lugar hacía mucho tiempo.

No había indicios de que Wilson hubiera estado haciendo algo, no había ningún ordenador de bolsillo, ningún libro. Ni siquiera había una lámpara encendida; la única luz era la de las grandes lámparas de arco del casco que se filtraba por las rendijas de las paredes. Su piel parecía grasa y olía a sudor rancio. Se preguntó cuánto tiempo hacía que no se duchaba en una de las duchas de microgravedad que ella había conseguido por fin poner de nuevo en marcha. Sin embargo, tenía un aspecto sano. Era el único superviviente, aparte de Venus, que no había sufrido la descompresión.

Wilson y Venus eran colegas de Holle de sus lejanos días como candidatos. Ahora todos tenían casi cincuenta años, sus cuerpos ya pesaban, sus expresiones eran duras, su pelo canoso, su piel arrugada, sus almas embotadas por el tedioso horror de pasar la mitad de su vida a bordo de esta *Arca*. Ella nunca se habría imaginado que terminaría de esta manera. Pero Wilson parecía el más sereno, seguro de sí mismo. Incluso sonrió a Holle.

Grace Gray parecía estar sumamente incómoda allí dentro.

—Empecemos —dijo Holle—. No nos pueden escuchar, no nos están grabando. Lo que digamos hoy quedará entre nosotros cuatro y nada más.

—¿Y qué tiene de especial «nosotros cuatro»? —le espetó Wilson.

—Somos los que tenemos el poder en esta nave. Venus, con su búsqueda de planetas y su GN&C. Grace, la doctora...

Wilson la interrumpió de nuevo.

—¿Y tú, Holle? Eres la reina de las cañerías, ¿verdad? ¿Y yo? ¿Qué poder tengo yo en este nuevo mundo tuyo?

—Tú eres el único especialista en sistemas externos del casco que tenemos. También eres el único piloto de transbordadores formado en la Tierra que queda a bordo. Así que eres valioso, Wilson.

—Y por eso no me habéis tirado por la escotilla, ¿verdad?

—No hemos hablado de imponerte ninguna sanción, Wilson, todavía no... —murmuró Venus.

Holle la ignoró.

—Sí. Eso es lo que te ha mantenido con vida, Wilson.

Este miró a una Venus al rojo vivo, a una Grace cada vez más retraída. Entonces se centró en Holle, cuando percibió que aquí ella era la instigadora.

—Era competente —dijo él fríamente—. Llevé esta maldita mole durante veinte años.

—Pero te aislaste de la tripulación. No viste venir la rebelión de Steel y no tenías contramedidas cuando estalló. ¿Qué tipo de competencia es esa?

—Así que si esto no es una especie de juicio, ¿qué es?

—Creo que es un golpe de Estado —le espetó Venus mirando a Holle.

Todos estaban en silencio, esperando a que Holle hablara. Así que había llegado el momento. Holle respiró, su corazón latía con fuerza. Esperaba que ninguno de ellos pudiera ver su profunda incertidumbre y su falta de confianza en sí misma. Pero sin duda la conocían demasiado bien para eso.

Sabía en lo que se estaba metiendo, dando un paso así. Había visto cómo Don Meisel se había endurecido cuando lo habían sacado de la academia para enviarlo al frente. Se acordó de lo que ella misma había visto el día en que se había separado de su padre cuando evacuaron la academia, mientras Denver se inundaba. Se acordó de las pesadillas que solían despertar a Mel en plena noche. Había crecido con la inundación, pero siempre la habían protegido de lo peor de todo: de la dureza de las decisiones humanas, siempre la habían protegido de la crueldad, de la arbitrariedad de la vida y de la muerte. Ahora se había despojado de todas esas capas de protección, incluso del control brutal de Wilson. Y era su turno.

Sin embargo, se recordó a sí misma por qué estaba haciendo aquello. El bebé de Magda. Esos largos minutos en el atestado transbordador. Nunca más, le costara lo que le costara a ella personalmente.

Los otros estaban esperando a que hablara.

—Tomo el control —dijo ella—. Tan sencillo como eso. No me importa cómo lo llares. Sin elecciones, sin proceso, sin mano alzada. —Miró a su alrededor—. ¿Quién más hay? ¿Tú, Wilson? La tripulación te destruiría de la misma forma que hicieron trizas a Dan Xavi. ¿Tú, Venus? Wilson se enfrentó a ti antes; ahora no lo podrías controlar.

Venus la miraba como si fuera una extraña.

—¿Y si me rebelara contra ti, me desconectarías el aire?

—Esa es la cuestión, Holle —dijo Wilson, perspicaz—. Porque tienes el control del aire y del agua. La única manera en la que puedes usar ese poder es negarle esos servicios básicos a la tripulación. ¿En verdad lo harías? Eso viola los principios más básicos de la *Ley de la nave* que creamos bajo el mandato de Kelly, y la Declaración de Derechos que firmé en el 49.

—Sí, sí. Pero lo único que importa ahora, Wilson, es la supervivencia. Tenemos que aguantar otros trece años más hasta llegar a Tierra III. ¡Trece! No podemos permitirnos otra rebelión como la de Steel. Y no nos podemos permitir otro autócrata autocomplaciente como tú, que acabe con los recursos y corrompa a los niños.

—Y en su lugar te tenemos a ti —dijo Venus.

Wilson se rió de nuevo.

—Te tengo que felicitar, Holle. ¿Cuánto tiempo llevas planeando esto? ¿Fue desde el principio, desde el lanzamiento? ¿O fue incluso antes, en la época que tuvimos que elegir un aspecto del diseño del *Arca* en el que especializarnos? Quizá entonces viste en el control del soporte vital tu camino hacia el poder supremo.

—Lo llevo planeando desde que me quedé flotando en el vacío en este puto casco. Ese es el tiempo que llevo planeándolo.

—Y apagarías el aire si tuvieras que hacerlo.

—Si eso significara salvar a la mayoría, sí. —Los miró, uno a uno, obligándolos a mirarla a los ojos—. A menos que tengáis algo más que decir, fin de la discusión.

Ninguno de ellos la retó. Grace no había dicho nada en absoluto.

Sin embargo, Wilson seguía sonriendo.

—Bueno, bueno. Holle, la inofensiva. El ratón rugió. Entonces ¿qué es lo siguiente en el orden del día?

—La supervivencia —contestó inmediatamente.

Venus asintió con cautela.

—Sigue.

—Desde el accidente, hemos asegurado la nave y sus sistemas básicos. Ahora necesitamos una revisión y una reconstrucción de proa a popa, arreglar lo que se rompió en la fuga. Y quiero incluir más seguridad frente a los modos de fallo, incluso ante otra brecha en el casco. El diseño redundante se ha visto comprometido después de la Escisión. Tenemos que robustecer la nave. ¿Hay alguna manera de que podamos

improvisar mamparos interiores herméticos, por ejemplo? Y necesitamos un turno de la tripulación con el equipo adecuado esperando en los refugios en todo momento, en el transbordador y en la cúpula. También por lo menos un miembro de la tripulación, tal vez dos, parcialmente vestido con el traje presurizado. Quiero entrenar a la tripulación para casos de descompresión y otros modos de fallo como el fuego y la pérdida de energía. Wilson, tú y yo trabajaremos en esto, intentaremos encontrar alguna clase de estrategia.

—De acuerdo. Pero te recuerdo que fue un sabotaje lo que provocó la fuga. La redundancia no te protegerá de eso, en última instancia.

—Es cierto. Pero tal vez una restauración completa de los sistemas de vigilancia, sí. Venus, quiero que trabajes con Grace en eso.

Venus frunció el ceño.

—¿Por qué nosotras?

—Porque tú, Venus, tienes los conocimientos técnicos y Grace conoce a la tripulación de forma individual mejor que cualquiera de nosotros; es su doctora. Quiero pillar a los rebeldes antes de que tengan la oportunidad de actuar. Grace, si observas extraños patrones de comportamiento o ausencias injustificadas al trabajo o lo que sea, me lo dices.

Grace no parecía muy contenta. No había hablado desde que había comenzado la reunión. Por fin dijo:

—Si realmente fuera médico, diría que eso es violar la confidencialidad de los pacientes.

—Bueno, en verdad no eres médico, así que eso no será un problema. Ah, y haced algo con Zane.

—¿Como qué? ¿Curarlo?

—No. No hay esperanzas de cura. Abandonad el programa de terapia, solo supervisarlos. Necesitamos sus conocimientos. Pero mantenedlo alejado de la tripulación, de los más pequeños entre los nacidos en el *Arca*.

—¿Cómo? ¿Lo meto en una jaula?

—Si es necesario.

—¿Y qué más? —preguntó Wilson.

—Estamos escasos de recursos. Perdimos mucho en la crisis: la fuga, la explosión, el fuego en tu puente. Ya estábamos bajo presión; después de la Escisión nuestros sistemas de reciclado de circuito cerrado se cortaron por la mitad. Ahora nuestro objetivo va a ser cerrar aún más esos circuitos. En realidad, tenemos que lograr un cien por cien a partir de ahora. Y eso va a comenzar con la eliminación de los muertos por la fuga.

—Ya nos hemos encargado de otros muertos antes —dijo Wilson—. Por la borda y hacia la burbuja de deformación y pum. —Habló con ligereza, pero el hombre

siempre mostraba su faceta más seria cuando se encargaba de los esporádicos entierros espaciales. Con la debida ceremonia los cuerpos eran expulsados por las esclusas de aire mientras Wilson entonaba el oficio religioso de la antigua Marina de los EE. UU.: «Entregamos este cuerpo a las profundidades...».

—Claro —asintió Holle—. Pero las cosas han cambiado, Wilson. Siempre hemos animado a la gente a que piense en el reciclaje de los muertos a través de los sistemas del ECLSS.

Wilson sonrió de manera sombría.

—Hablas de meter a sus seres queridos en los hornos trozo por trozo.

—¿Sabes qué porcentaje lo ha hecho hasta ahora? Menos del veinte por ciento.

Wilson se encogió de hombros.

—No era algo a lo que me quería oponer.

—Bueno, ahora tenemos que recuperar cada gota de agua, cada pedazo de materia orgánica y eso incluye los cadáveres. Tenemos que idear alguna variante del procedimiento funerario de Wilson para honrar a aquellos que ofrecen sus cuerpos a los hornos. Dejar claro que la mayor contribución que uno puede hacer a la nave es que siga funcionando para aquellos que vivan más que tú.

—Podemos hacer que la gente así lo disponga —sugirió Venus—. Antes de su muerte. Guardarlo en un archivo. Eso podría reducir un conflicto post mórtem.

—Buena idea. Y Grace, puede que tengas que trabajar en algún programa de educación sobre la eliminación del tabú sobre consumir restos mortales.

—Eso no va a ser difícil para los nacidos en la nave —dijo Grace—. Han crecido sabiendo que cada sorbo de agua que toman ya ha pasado por las vejigas de otros tropecientos veces. Ellos no tienen los mismos complejos que los mayores. Nosotros sí que vamos a ser el problema. Voy a ver qué puedo hacer.

—Tenéis que pensar en los que se nieguen —dijo Wilson—. Siempre habrá alguno.

—No van a tener elección —dijo rotundamente Holle—. Muy bien. Después está el tema del castigo por las acciones que condujeron a la fuga.

—Ah. —Wilson se echó hacia atrás y cruzó los brazos—. Así que después de todo, esto es una especie de juicio.

Holle negó con la cabeza.

—No. Escucha, Wilson, eres indispensable. Pero vas a tener que sobrevivir en esta nave y es un sitio pequeño. Esto no es un juicio y no serás castigado formalmente. Ni siquiera te voy a amonestar en público. Pero vas a tener que compensar lo que has hecho de alguna manera por tu cuenta. Busca la forma de pedir perdón a los niños a los que has hecho daño y a sus familias. Eso depende de ti.

Wilson asintió.

—Bueno, eso es pragmático.

—Si no castigamos a Wilson, ¿a quién? —preguntó Grace.

—Supongo que a Steel Antoniadi.

Holle asintió con la cabeza.

—Así es. Por el delito de rebelión que casi nos mata a todos. Tenemos que darle un castigo ejemplar.

Wilson volvió a sonreír.

—¿Por qué no lo dices directamente? Vas a ejecutarla.

Grace rió nerviosamente. Pero Holle mantuvo su rostro inexpresivo.

Venus dio un grito ahogado.

—¿Hablas en serio? Holle, este gorila abusó de la cría y Zane le llenó la cabeza de toda esa basura, ¿qué oportunidades tenía? Ha cometido el delito por nuestra culpa, la de nuestra generación.

—Mira —dijo Grace—, en la Ciudad Caminante teníamos delincuencia, violaciones y asesinatos. Pero rechazamos la pena de muerte, los alcaldes lo hicieron. Éramos una sociedad demasiado pequeña para eso. Todos habríamos estado demasiado cerca del verdugo, todos nos convertiríamos en asesinos. Y comparado con esta tripulación, éramos una multitud. Esto contaminaría a todo el mundo.

—Muy bien —dijo Holle.

—Además, Holle —dijo Venus—, tú misma has dicho que no nos podemos permitir más pérdidas. Steel es una de las más brillantes del grupo. Incluso si piensas en la rebelión, mostró visión, liderazgo, planificación, incluso una especie de destreza militar. Se las arregló para juntar a todas las pandillas. Y fue exhaustiva. Cortó los enlaces de comunicación, incluso el sistema auxiliar. Saboteó el transbordador. Todo con un secretismo total...

—No quiero liderazgo —dijo Holle—. No entre los nacidos en la nave. No quiero visión, idealismo, curiosidad, ni iniciativa. No quiero coraje. Lo único que quiero es obediencia. Es lo único que nos podemos permitir, hasta que estemos en Tierra III y llegue el día en el que podamos abrir las cúpulas y dejar que los niños se marchen. Sí, es la mejor de su generación y por eso es un peligro. Tenemos que hacer que el proceso sea lo más público posible. De hecho, de eso se trata. Pero al final, sí, morirá. Grace, espero que nos recomiendes cuál es la mejor forma de hacerlo, rápida y sin dolor.

Wilson resopló.

—¡Vaya! Pues sí que lo has meditado bien, ¿eh?

Venus sacudió la cabeza.

—No sé qué decir.

—Entonces no digas nada. Simplemente acepta mi veredicto.

—No me puedo creer que estemos teniendo esta conversación. Te conozco de casi toda la vida, Holle. Ahora estás imponiendo un régimen de vigilancia total respaldado

por un poder absoluto. ¿Eres tú de verdad?

Holle se enfrentó a ella.

—¿Recuerdas todos esos debates teóricos en la academia? ¿Sobre el conflicto inherente a una situación como esta entre los derechos humanos y la necesidad de preservar la vida misma? La verdad es que, probáramos el sistema que probáramos, siempre íbamos a fracasar al final. La única manera de poder sobrevivir ahora es imponer un control total desde el centro. Y el único derecho que le queda a la tripulación es la oportunidad de sobrevivir al viaje.

—Tal vez el derecho de Holle —murmuró Grace—. No es culpa nuestra. Nadie debe estar obligado a soportar un viaje como este. Nadie debería condenar a una generación de niños a que crezca en una jaula.

—Era necesario —dijo Venus—. O eso era lo que pensaban los planificadores de la misión.

Y tal vez, pensó Holle, aferrándose a las palabras de Grace, la tripulación podría llegar a perdonarla.

—Bueno —dijo Grace—. Esto ha sido... revelador. Entonces, ¿esto es todo?

—Por ahora —respondió Holle—. Pongámonos en marcha.

Sin decir una palabra más, y al parece con alivio, Grace atravesó como una flecha la escotilla, con una habilidad inconsciente fruto de décadas en caída libre.

Wilson hizo ademán de seguirla, pero antes dijo:

—Tengo que admitir que tampoco había visto nunca esta faceta tuya, Holle. Es una pena que no saliera antes. Habríamos hecho un gran equipo.

Cuando se fue, Venus se quedó un momento.

—Supongo que los demás no se han dado cuenta de nuestro problema a largo plazo.

—¿Qué problema?

—La pérdida del transbordador A. No tengo ninguna solución para eso. ¿Y tú?

—No —susurró la cabeza—. No, yo tampoco.

Venus asintió con la cabeza.

—Bueno, todavía falta mucho para llegar a Tierra III. Tenemos tiempo para pensar en algo. En cuanto al resto... —Se quedó mirando a Holle unos largos segundos, como si nunca la hubiera visto—. ¡A la mierda! —Salió flotando como los demás.

Holle se quedó sola en la cabina de Wilson. Se quedó sentada, inmóvil, abrazándose las rodillas. No se atrevía a llorar por miedo a que la pudieran oír.

Mayo de 2078

Helen Gray le llevó a Zane un regalo. Envuelto toscamente en una lámina de espuma aislante, era un bloque de orina congelada; esculpido de forma muy elaborada, era un busto, una cabeza humana. La artista pretendía que fuera un homenaje a los muertos, para conmemorar la década que había pasado desde la fuga-rebelión de Steel Antoniadi.

En la oscuridad de su cabina, Zane lo levantó con sus manos rígidas y con manchas de vejez. El resplandor de la única lámpara de la cabina brillaba a través del hielo, resaltando su color dorado oscuro y las burbujas y las rayas de los otros fluidos de su interior. Zane dijo sin mostrar emoción alguna:

—Me gusta la forma en la que la luz captura la orina congelada, si lo colocas bien.

Este era Zane 3, determinó Helen provisionalmente, el resuelto amnésico que no recordaba nada de antes de su despertar después del lanzamiento desde Júpiter. Se alegraba de que fuera Zane 3 el que había salido. A pesar de que su estado de ánimo era a menudo sombrío, y aunque Zane se había convertido en una paria diez años después de que sus teorías conspirativas desencadenaran la fuga, Zane 3 era una persona polifacética, con su propio y único punto de vista, mientras que Jerry era competente, pero vacío, un matón farolero y arrogante. Según Holle y Grace, que hacía tiempo que habían renunciado a sus intentos de reintegrar a Zane, había evidencias de otros álter ego orbitando dentro de la cabeza de aquel hombre, creados tras diversas crisis para quitar más angustia de la personalidad central, álter ego con nombres como Leonard, Robert y Christopher. Los únicos objetos de interés en el *Arca* eran otras personas. Zane 3 podía ser nada más que un fragmento de una mente desintegrada, pero seguía siendo una de las personas más interesantes de la nave.

—Está muy bien hecho —dijo mientras giraba la cabeza de orina en sus manos—. Aunque los rasgos son exagerados. Estos rasgos, los ojos grandes, la boca, la nariz. Parece la cabeza de una marioneta.

—Bella utilizó otros fluidos corporales para resaltar las estructuras internas. Mira, se puede ver que el hilo de sangre...

—No es muy preciso anatómicamente hablando.

—Es imaginativo, su intención es representar la mente, no el cuerpo.

—Sí. Se puede ver la expresión que está tratando de capturar. Curiosidad. Duda, tal vez. ¿Qué edad tiene esa Bella?

—Dieciocho.

Bella Mayweather formaba parte de la generación que había alcanzado la mayoría de edad en la década transcurrida desde la fuga; de tan solo ocho años de edad en el momento de la rebelión, probablemente solo tenía recuerdos borrosos y de pesadilla de aquel suceso y había crecido bajo el mandato de Holle Groundwater, de amor y mano dura.

—Dieciocho años de edad —repitió Zane, mientras giraba la cabeza en sus manos—. El arte de los nacidos en la nave me fascina. Lo mismo sucede con su cultura, la lengua que parecen estar desarrollando. La forma en la que vuelan juntos como bandadas de pájaros en condiciones de microgravedad. Sabes, lo único que he aprendido, sobre todo, en este crucero a ninguna parte, es acerca de la resistencia del espíritu humano. Seguimos y seguimos, década tras década, y cada nuevo año es peor que el anterior, cada grupo de niños crece en condiciones aún peores que el anterior. Ahora no nos queda nada que darles, ni siquiera materias primas para el arte. Y sin embargo, logran expresarse. Sus esculturas de orina congelada y sus pinturas de sangre y moco en las paredes de la nave, los elaborados tatuajes que llevan, sus interminables canciones. Todo evanescente, por supuesto.

—Sí. Incluso esta cabeza se tiene que ir a las tolvas en unos días. La imagen se guardará en el archivo, pero...

Pero incluso el archivo digital del Havila, almacenado en chips resistentes a la radiación hechos a base de diamantes, se estaba quedando sin espacio. La mitad de la capacidad se había perdido con el Seba en la Escisión y el resto había sido concebido para grabar un viaje de una década o menos. Mientras Holle necesitaba más capacidad, por ejemplo, para la reactivación de las cabinas de HeadSpace que había ordenado, la memoria institucional guardada en el archivo había sido «racionalizada» y habían borrado partes enteras.

—Este es el tipo de resonancia temática que subyace a mis llamadas teorías conspirativas —dijo Zane—. Ves los mismos temas expresados una y otra vez a diferentes niveles en nuestro pequeño mundo, lo cual es evidencia del artificio, de un diseño deliberado aunque torpe. Por lo tanto estamos atrapados en este casco como un frenesí de ideas dentro de un mismo cráneo, del mismo modo que yo y mis álter ego estamos atrapados en mi cabeza. Y ahora están borrando la memoria electrónica del *Arca*, megabyte a megabyte, estante por estante. ¿Se despertará el *Arca* un día sin saber qué es, tal y como me pasó a mí al inicio de la travesía? Quizá no haya nadie más aquí que yo mismo —dijo él de pronto. La miró—. Tal vez no seas más que otro álter ego, creado para salvarme de la soledad. Tal vez solo exista yo, solo en este tanque vacío, mientras los observadores observan cómo me voy volviendo cada vez más loco.

Helen se estremeció. Al igual que ocurría con muchas de las visiones de Zane, había algo auténtico en esta última especulación, en esta última hipótesis extraña.

Después de todo, a pesar de que a los treinta y seis años de edad estaba entre los mayores de los nacidos en la nave, no podía recordar la Tierra. Intelectualmente, creía que las estrellas eran reales, que la Tierra era real, que verdaderamente había habido una inundación que había anegado una civilización planetaria, y que en solo tres años llegarían a Tierra III. Pero era una cuestión de fe, para ella. Y había gente como Steel Antoniadi que había nacido, vivido y muerto en la nave sin haber experimentado siquiera nada fuera de su casco. ¿Qué importancia había tenido para ellos que todo hubiera sido real o no?

Escuchar la teoría de Zane era como escuchar una historia de terror, que le proporcionaba una especie de miedo placentero. Pero, desde la fuga, escuchar a Zane iba en contra de las reglas de la nave.

—Es por esto por lo que a ninguno de los niños se le permite venir a verte, si hablas de esta manera.

—Ay, los niños. Todavía soy el hombre del saco de la nave, ¿no? Pero sí echo de menos esas sesiones que solíamos tener y en las que compartíamos los sueños. —Miró la barriga de la mujer, donde su mono mostraba un ligero abultamiento—. ¿Viene otro en camino?

Ella sonrió.

—Me quedé embarazada justo antes de la fecha límite. Holle quiere una prórroga en la concepción de aquí a Tierra III. No quiere que aterricemos con recién nacidos a bordo.

—Eso tiene un cierto sentido paranoico. ¿Una hermana pequeña para Mario?

—En realidad es un hermano.

—Otro niño para Jeb. Estará contento.

—Supongo que sí —dijo ella con indiferencia. Jeb Holden, que había sido uno de los matones de Wilson, no había sido su primera opción como padre de sus hijos y sabía que ella tampoco lo había sido para él. Después de todo él tenía aproximadamente la edad de Zane, casi sesenta años, y era mucho mayor que Helen. Pero Holle había animado a todo el mundo a que se mantuviera ocupado engendrando bebés, a raíz de una lógica demográfica suya, y en los diez años transcurridos desde la fuga había nacido una generación completamente nueva de niños, la segunda generación nacida en la nave. Helen no podía mantenerse al margen. «Tú recuerda» le había dicho Grace con una sonrisa forzada, «que yo tampoco pude elegir a tu padre. Y mi madre tampoco tuvo alternativa a la hora de elegir al hombre que me engendró». Grace había abrazado a su hija. «Pero no hemos salido tan mal, ¿no?».

—Jeb no está mal —le dijo ahora Helen a Zane—. Provenía de una buena familia, creo. Hemos llamado a nuestro hijo Mario por su padre, un agricultor que murió en una guerra repentina de los postergados, que fue como Jeb terminó luchando por su vida en una balsa. Wilson era una mala influencia para él.

—¿Y cómo vas a llamar a la nueva incorporación? ¿Como se llamaba tu padre, Hammond?

Helen sonrió.

—Mi madre no querría ni oírlo. Estamos pensando en llamarlo Cien. Porque cuando nazca habremos llegado a los cien años luz de la Tierra.

Él gruñó.

—¡Estos nombres inventados! No los aguanto.

Ella se dirigió flotando hacia la puerta.

—Tengo que irme. Puedes quedarte unos días con la cabeza. No dejes que se derrita.

—Ah, créeme, no lo haré. —Zane miró fijamente a los ojos de la escultura, como si buscara respuestas ahí.

Ella sintió un extraño impulso de abrazarlo. Pero con él una no estaba segura de a quién estabas abrazando.

—Eres muy valioso, lo sabes.

—¿En serio?

—Todavía eres una autoridad en el generador de deformación. Te necesitamos.

—No —dijo—. Venga ya. Sabes tan bien como yo que nuestro vuelo a Tierra III, en cuanto a la mecánica de deformación, ha sido programado desde el lanzamiento.

—Pero si la burbuja falla en pleno vuelo...

Se echó a reír.

—Si es sucediera lo más probable es que muriéramos todos en un segundo. No, mi utilidad terminó en el momento en el que la burbuja de deformación se fusionó con éxito en Tierra II.

—Me resultas útil, si quieres ponerlo así. Disfruto de nuestras charlas.

—Eres muy amable. Pero cuando crezcan vuestros hijos, cuando lleguéis a Tierra III e iniciéis el gran proyecto de construir un nuevo mundo... —Pareció volver en sí—. Estoy bien. Vuelve con tu pequeño. ¡Vete, vete!

—La clave eran las ruinas de Tierra II —dijo Venus en voz baja—. Quiero decir, pensadlo por un momento. El primer mundo al que llegamos, el primer exoplaneta jamás visitado por seres humanos, y nos encontramos con ruinas, vestigios de una civilización hace tiempo desaparecida. El principio de mediocridad dicta que no existe la coincidencia; debes esperar que lo que descubres es normal, típico. Por lo tanto, encuentra un mundo con ruinas y encontrarás más...

Estaban sentadas en la cúpula, Venus reunida con Holle y Grace. Venus hablaba en voz baja y las demás seguían su ejemplo. De alguna manera, incluso después de todos estos años, la suave penumbra de la cúpula era un lugar donde hablar en bajo parecía lo adecuado. E incluso todavía Venus seguía siendo tacaña con el café y Holle intentaba contenerse para no pedir otra taza. Se acurrucaron, sus rostros suavemente iluminados por la luz de las pantallas de Venus, mientras las estrellas colgaban como faroles al otro lado de las grandes ventanas. Las tres tenían unos sesenta años o más, sus cabellos eran unas matas irregulares de pelo gris, sus caras estaban arrugadas, sus cuerpos eran robustos y rígidos, nada que ver con las delgadas niñas de rostro suave que habían subido al *Arca* hacía tantos años ya. Y Holle sabía que había envejecido más que ninguna.

Durante todo el trayecto desde Júpiter, Venus y su lentamente cambiante elenco de aprendices de astrónomo y físico habían estudiado el universo por el que viajaban, desde una atalaya única en la historia de toda la humanidad. Y, después de haber examinado cuidadosamente casi cuatro décadas de datos, Venus había llegado a algunas conclusiones y había propuesto una teoría de la vida en el universo más profunda que la que hubiera sido posible para cualquier astrónomo terrestre.

—Es notable que la humanidad descubriera vida en el universo, a través del análisis de los datos de los buscadores de planetas, justo en el momento en el que la civilización se estaba desmoronando por culpa de la inundación. ¡Qué tragedia esa! Pero todo lo que encontraron fue la muda evidencia de cambios atmosféricos, como la inyección de oxígeno y metano, un atisbo de lo que parecían ser sustancias químicas fotosintéticas. No se necesita inteligencia para dejar esas firmas. Pero era inteligencia lo que queríamos encontrar por encima de todo.

»Pero, a pesar de décadas de escuchar mucho antes de que llegara la inundación y una exploración todavía más cuidadosa desde el *Arca* en los años posteriores al lanzamiento, no hemos encontrado nada. No hemos oído nada, ni un sonido. Debo decir que no solo hemos estado buscando señales ópticas y de radio, sino también luces de ciudad y gases industriales e indicios de objetos más exóticos, los enjambres

infrarrojos de la esfera de Dyson, agujeros de gusano, incluso burbujas de deformación como las nuestras.

»Y sin embargo sí vemos huellas de su paso. Bueno, eso creemos. Incluso cuando no son ruinas de verdad, huellas visibles. ¿Recordáis cómo el sistema de Tierra II sufría una disminución de asteroides? Hemos encontrado otras reducciones, anisotropías, diferencias en las concentraciones de materiales clave entre un lado y el otro del cielo. Incluso el sistema solar tenía algunas deficiencias raras, por ejemplo, de neón y helio, que no podíamos explicar con nuestros modelos de creación planetaria.

—Entonces, ¿qué estás sugiriendo? —preguntó Holle—. ¿Que alguien agotó todo lo bueno y siguió su camino?

—Eso es exactamente lo que estoy sugiriendo. ¿Y por qué nos encontramos con esto? Porque, creo, la galaxia es vieja...

Mientras la galaxia se formaba a partir de una enorme nube giratoria de polvo, gas y hielo, incrustada en una bolsa más grande de materia oscura, las primeras estrellas se solidificaban como la escarcha.

—En la nube primigenia no había mucho más que hidrógeno y helio, los elementos que habían surgido a partir del Big Bang. Esas primeras estrellas, en su mayoría agrupadas en el centro de la galaxia, eran monstruos. Sufrían rápidas reacciones en cadena por fusión y explotaban creando supernovas, arrojando metales, carbono, oxígeno y demás elementos pesados necesarios, por lo menos, una vida como la nuestra. Las supernovas, a su vez, desencadenaban más estrellas nuevas en las regiones fuera del núcleo y esas segundas estrellas se enriquecían de los productos de la primera. —Representó una jaula con las manos, que crecía lentamente—. Así que tenemos esa zona de intensa actividad en el centro de la galaxia y una oleada de estrellas expandiéndose hacia el exterior, con metales y otros elementos pesados en la onda de choque. Esa oleada de estrellas nuevas finalmente estalló en la región solar hace cinco mil millones de años tal vez, y formó la Tierra, y a nosotros también.

»Pero el Sol está muy lejos y nació tarde. El momento de mayor intensidad en la creación de nuevas estrellas de la galaxia fue miles de millones de años antes. La mayoría de las estrellas capaces de soportar planetas con vida compleja son más viejas que el Sol, una media de dos mil millones de años más viejas. Eso es la mitad de la vida de la Tierra, tal vez cuatro veces el tiempo que ha pasado desde que surgió la vida multicelular en la Tierra.

—¿Y crees que por eso no vemos señales de inteligencia? —preguntó Grace. Venus se encogió de hombros.

—Llegamos tarde a la fiesta, como los intrusos al *Arca*. Es más probable que surgieran miles de millones de años antes que nosotros. ¿Qué pasa con la cultura después de miles de millones de años? Lo más probable es que desaparezca, ¿verdad?

O tal vez emigraran. Yo iría hacia el núcleo galáctico. Es ahí donde está la acción, las aglomeraciones de estrellas, la energía. —Miró por la ventana—. La energía de la luz estelar es débil aquí fuera, una millonésima de la fuerza de la luz solar en la Tierra. Por eso la nave no está equipada con paneles solares. En el núcleo podrías viajar casi sin el motor en marcha debajo de la luz de las estrellas, acogiendo con entusiasmo toda esa energía gratuita que cae del cielo. Debe de ser como una ciudad, caliente, abarrotada, peligrosa. Bueno, después de mil millones de años, no son como nosotros y no están aquí.

—Entonces, ¿dónde nos deja eso? —preguntó Grace.

—Solos —respondió Venus con firmeza—. Si esperábamos salir ahí y participar en algún tipo de animada cultura galáctica, no va a suceder. Parece que somos jóvenes en una galaxia muy vieja. Somos como niños recorriendo de puntillas una mansión en ruinas. O un cementerio. «Vete por los hondos espacios del alto firmamento a atestiguar por donde pases que no hay dioses». Eso es Séneca, *Medea*.

—Siempre fuiste pretenciosa, Venus —le dijo Holle.

Aquella sonrió.

—Lo siento.

—A veces me preguntó por qué nos preocupamos —dijo Grace—. Quiero decir, ¿por qué deseamos encontrar mentes de otros mundos? Gary Boyle solía decir que estamos solos debido a nuestra historia evolutiva. Nuestros antepasados fueron los homínidos, una sola especie en un mundo lleno de otros tipos de homínidos. Hay muchas especies de delfines y de ballenas; no están solos. Pero nuestros primos desaparecieron, fuimos mejor competencia que ellos. No estamos preparados para un mundo donde la única mente es la nuestra. Estamos solos, pero no sabemos por qué.

Holle lo meditó.

—Bueno, si eso es así, dependerá de nosotros no fracasar. En el *Arca*, quiero decir. Si la Tierra ha desaparecido, si Tierra II falla, puede que seamos los únicos seres inteligentes que quedan en la galaxia.

—Una gran responsabilidad —murmuró Grace.

—Sobre todo porque somos unos tontos de mierda —dijo Venus—. Quiero decir, que ni siquiera podemos aguantar unos años en esta lata sin atacarnos los unos a los otros.

Se quedaron en silencio un momento y Holle una vez más se preguntó, malhumorada, si Venus llegaría a ofrecerles otra taza de café. Al final, dijo:

—Sabéis, a veces pienso que nosotros los candidatos estábamos muy mal preparados. Nos pasamos la vida entera entrenándonos para esta misión, pero no éramos polifacéticos. Me refiero, por ejemplo, a que nunca leímos libros siquiera... libros que fueran importantes. ¿Te acuerdas, Venus? A mí me gustaba la novela histórica, cuentos de un pasado desaparecido ya. A ti te gustaban las viejas historias

de ciencia ficción sobre futuros desaparecidos. Nunca nos interesamos por el mundo que nos rodeaba, ni siquiera a través de la ficción.

—Nadie escribía novelas sobre la inundación —señaló Venus—. Todos estaban demasiado ocupados. Es más, Holle, tú y yo nunca hemos tenido hijos, ni antes ni después de salir de la Tierra.

Holle se encogió de hombros.

—Es cierto. A veces pienso que nunca superé lo de Mel. Y luego pasó ese extraño asunto de Zane. Después de eso, siempre tuve la sensación de que tenía demasiadas cosas que hacer.

—Sí, en cuanto a mí, mis alumnos son mis hijos.

—Eso son excusas —dijo Grace suavemente—. Eras candidatas. Fuisteis educadas sabiendo que sería vuestro deber tener hijos, transmitir vuestros genes. Pero no lo hicisteis. De alguna forma, las dos decidisteis deliberadamente no hacerlo, fuera por la razón que fuera.

—Puede que tuviera miedo —dijo Holle—. Miedo a tener esa responsabilidad.

—Tener hijos y saber que no podrías salvarlos.

—Algo así.

Venus dijo con frialdad:

—Me pregunto si podrías hacer el trabajo que estás haciendo ahora, Holle, si uno de tus hijos se viera afectado por tus decisiones. Viviendo en tu imperio del agua.

—No sé —respondió Holle con honestidad—. Creo que Kelly Kenzie podría haberlo hecho. Ella siempre fue la mejor de nosotras, ¿verdad? Antes de la Escisión estaba enrollada con... con...

—Masayo Saito.

—Sí. Tenía la intención de tener hijos con él. Tal vez ya los haya tenido. Y si no fuera por la Escisión, tal vez habría tenido hijos con Wilson. De cualquier manera habría sido capaz de seguir haciendo el papel de madre, creo yo.

—Y habría controlado mejor a Wilson.

—Sí. Habría hecho un trabajo mejor que cualquiera de nosotras.

—Hacemos lo que podemos —le dijo Grace a Holle—. Kelly no está aquí; hace mucho que se fue. Lo único que podemos hacer es seguir hasta el final...

Sonó una alarma, un zumbido tenue, una de las pantallas de Venus parpadeó en rojo. Ella se volvió y tocó una tecla.

—Mierda.

Holle se inclinó hacia delante.

—¿Qué?

—Es una nota de suicidio. De Zane. Dice que no quiere ser, a ver, «un gasto inútil de los recursos».

Grace negó con la cabeza.

—Ese es Zane 3. Ya lo ha hecho antes, cuando los otros álter ego se apoderan de él.

—Esto está firmado por un comité. Jerry, Zane, Zane 2, Zane 3, alguien llamado Leonard y Christopher y...

Grace se desabrochó y salió de su asiento. Venus ya estaba abriendo la escotilla de la esclusa de aire.

Helen Gray se sentó en la arena caliente, áspera.

La playa, con rastros de dunas y olas, se extendía hasta donde podía ver. Delante de ella había otra llanura casi infinita, un mar que llegaba hasta un horizonte de gran nitidez. El cielo era una bóveda azul y en él, directamente frente a ella, había una estrella; no, la palabra era «sol». Era un disco de luz igual que las lámparas de arco del casco. Le calentaba la cara y le deslumbraba los ojos, y producía reflejos en el mar y proyectaba la sombra del niño que jugaba delante de ella.

Mario, de cuatro años, vestido con una holgada y vieja camiseta de adulto, caminaba por la orilla. Chillaba cada vez que el agua lamía sus dedos del pie. Parecía sentirse como en casa. Pero su paseo por la playa era torpe, una lucha infantil con el suelo. Tenías que caminar en estos simuladores planetarios, era la regla de Holle, los niños iban a tener que caminar en Tierra III y aquí aprenderían a hacerlo, y el traje HeadSpace te obligaba a hacerlo. Sin embargo, el simulador no podía reflejar los efectos de la gravedad, por lo que toda la experiencia era incompleta.

Un poco más allá, estaba sentado otro padre, Max Baker, con otro niño, Diamond, de cinco años de edad, el pequeño que Max había engendrado con Magda Murphy. Max hablaba constantemente a su hijo, animándolo a correr y a chapotear. A Helen le gustaba ver a Max así. Le había costado mucho superar la pérdida de su hermana gemela durante la fuga y a Magda la pérdida de su bebé. Al igual que Jeb y ella, Max y Magda eran padres, pero no pareja, y parecía que habían encontrado consuelo en la compañía del otro. Magda incluso había tenido un segundo hijo con Max, una niña de un año de edad llamada Sapphire. Tal vez más tarde Diamond y Mario podrían jugar juntos.

Los detalles de este simulador de HeadSpace eran buenos. Las olas de la superficie del mar y la espuma cuando rompían, generadas por sencillas rutinas de fractales, eran lo suficientemente convincentes, o eso era lo que la madre de Helen le había dicho. Cada grano de arena individual proyectaba una sombra. Incluso podía sentir la arena debajo de sus piernas desnudas, granulosa y afilada, más procesamiento fractal. Sin embargo, para un ojo entrenado no era difícil ver las limitaciones de esa realidad virtual, como los distintos tonos en el cielo azul delimitados por líneas rectas, como si estuvieran hechas de paneles grandes. Grace, que de hecho había estado en playas de verdad en la Tierra, señaló la falta de características como nubes en el cielo, algas y medusas en el mar, y algas en la arena (y, había observado ella en un tono cargado de ironía, balsas cargadas de postergados hasta donde alcanzaba la vista). Las cabinas de HeadSpace eran tecnología anticuada

y la capacidad del procesador asignada a estos simuladores era restringida.

Pero, envueltos en sus trajes virtuales en cabinas separadas, que compartían el mismo cielo virtual, los niños podían luchar, correr y chapotear en el agua.

Todo esto había sido idea de Holle. Ella también había reincorporado torneos deportivos, como la lucha libre y el sumo, cuerpos jóvenes tensos, unos contra otros, en la ingravidez, programas diseñados para aumentar la masa muscular y fuerza ósea para hacer frente al campo gravitatorio de Tierra III. Holle no quería que la tripulación se cayera al suelo como los bebés, desconcertados y aterrorizados por características tan básicas como un cielo abierto.

Parecía estar funcionando. Mario, jugando, no se inmutaba por el hecho de que no se podía bajar el sol o subir el viento. Pero a veces, Helen se preguntaba si no iban a perder algo único, a medida que la misión se acercaba a su término, una cultura que nacía de la necesidad de más de cuarenta años en las esquinas oscuras de la nave, con su propio arte furtivo y su lenguaje y su estilo. A las tribus de niños medio desnudos, con elaborados tatuajes, tuvieron que enseñarles la palabra «cielo» llevándolos a una cabina de HeadSpace y mostrándoles el referente. Sin embargo, los nacidos en la nave habían creado cuarenta palabras nuevas para «amor».

Además, Helen odiaba los simuladores. Ella también era una nacida en la nave, y tal vez ya era demasiado tarde para ella adaptarse a la amplitud de un planeta. Pero el día del aterrizaje se avecinaba como la fecha de su propia ejecución, a pesar de que mientras el pequeño Mario jugaba durante el tiempo que tenían asignado, ella soportaba la amplitud, la luz del sol en sus brazos desnudos, el reconfortante confinamiento entre las rayadas paredes de metal. Y se aferró a los detalles defectuosos, a las marcadas líneas de las tonalidades del cielo: su consuelo de que nada de esto era real y que no sufriría ningún daño.

Se sintió aliviada cuando el tiempo se acabó y llamó a Mario desde la orilla.

Febrero de 2079

Una vez, solo una vez, mientras Venus flotaba en la oscuridad de la cúpula, captó una extraña señal. Parecía ser coherente, como un rayo de un láser microondas. Utilizó sus telescopios espaciales para triangular la señal y determinó que no venía de ningún lugar cercano. Y la pasó a través de filtros para convertirla en audio. Era intensa y clara, como una nota de trompeta, muy lejos en la noche galáctica.

Si era una señal, no era humana.

Siguió buscándola durante dos años: todo el trayecto hasta Tierra III. Nunca la volvió a escuchar.

No dijo nada de esto a Holle y los demás.

Julio de 2081

Venus sacó la vieja bola de cristal de Thandie por última vez y la colocó en el corazón del casco, montada en un puntal, unida a la barra de bombero. Holle flotaba a su lado, agarrándose suavemente a la barra, dos mujeres robustas y competentes de más de sesenta años, una al lado de la otra.

Helen Gray, aferrada a un puntal que una vez había sostenido una de las divisiones del nivel, miró a su alrededor mientras la tripulación cogía sitio, por todo el casco. La gente se sujetaba en cabos guía o en pasamanos por toda la parte superior, sin ser conscientes de sus distintas orientaciones después de tantos años sin gravedad, y volvieron sus rostros hacia Venus. Salvo la tripulación del transbordador y de la cúpula, todo el mundo estaba allí, todas las tareas del día suspendidas, y se oía un murmullo de voces.

Helen divisó a su madre. Grace tenía con ella a su nieto Cien, de dos años de edad; el niño parecía estar fascinado por la rotación de la bola de cristal. Y ahí estaba Jeb, con su hijo de siete años, Mario, sentado sobre sus hombros. Muy cerca estaba el mejor amigo de Mario, Diamond Murphy Baker, un año mayor que él, con sus padres, Magda y Max, y la pequeña Sapphire. A Helen le llamó la atención la cantidad de niños que había, los últimos nacidos en la nave. Pero los supervivientes de la tripulación original, aquellos pocos que recordaban la Tierra, estaban también presentes, como Venus y Holle, endurecidas por el trabajo y de sesenta y tantos años; y Cora Robles, ahora una abuela satisfecha. Wilson Argent flotaba cerca del morro del casco, dentro de los muros carbonizados de lo que había sido su palacio. Seguía siendo un hombre grande de sesenta y muchos años, con el pelo blanco como la nieve, y estaba solo; incluso ahora, la gente por lo general lo seguía temiendo.

*Ojalá Zane estuviera aquí*, pensó Helen de repente. Apenas había pensado en el suicidio de Zane hacía ya tres años. A pesar de sus problemas, siempre había logrado hacer todo lo que se le había pedido. Cuando llegara el momento de construir estatuas en Tierra III, Helen se prometió a sí misma que habría una de Zane Glemp, con sus álter ego y todo.

Ahora Venus parecía estar lista. No llamó al orden, simplemente miró a su alrededor. Siempre había tenido una especie de dominio natural, pensó Helen. Todo el mundo se calló rápidamente, con excepción de las voces agudas de un par de niños. Venus tocó su bola de cristal. Las pantallas giratorias se volvieron invisibles para mostrar una brillante esfera de color rosa blanquecino, una estrella pequeña como un guisante, con un único planeta visible, con un lado iluminado por la estrella y el otro

en la oscuridad. Las grandes lámparas de arco del casco bajaron su intensidad.

La sesión era de repente como el informe de Venus sobre Tierra II, cuando Kelly había desafiado a Wilson, provocando la Escisión. Hacía mucho tiempo ya de eso, Helen solo tenía nueve años en aquel entonces y ahora estaba a un año de cumplir los cuarenta, pero se acordaba con claridad de su dramatismo. El casco, un cacharro abollado y medio quemado, apenas se parecía a la nave brillante y limpia de aquellos días. Ahora se parecía más a una cueva, con paredes carbonizadas y desgastados armarios para los equipos y los paneles cubiertos con los garabatos de pintadas de las pandillas. Y sin embargo, las plantas verdes seguían creciendo en sus lechos hidropónicos abajo en el nivel inferior, y las bombas y los ventiladores de Holle todavía zumbaban mientras reciclaban el aire y el agua por todos los niveles del casco. Al igual que la agotada tripulación, el Havila había cumplido con su deber.

Venus comenzó:

—Bueno, hemos llegado.

Hubo una salva de aplausos espontáneos. Helen vio al pequeño Cien aplaudiendo algo que él no podía entender y con la mano de su abuela en el hombro para que no se fuera flotando.

Venus se volvió hacia su visualizador.

—Aquí está nuestro nuevo sol, el M-sol. Estas imágenes han sido recopiladas de las observaciones tomadas desde la cúpula y los telescopios que flotaban libremente en el espacio. —La estrella se fue acercando, de modo que la imagen del tamaño de un guisante era ahora del tamaño de una pelota de baloncesto—. Es una enana roja, un miembro común y corriente de la constelación de Lepus, ni siquiera es visible a simple vista desde la Tierra. Estamos a ciento once años luz de la Tierra, sin embargo esa estrella no es diferente de la estrella más cercana a la Tierra, Próxima Centauri, aunque tiene el doble de masa que Próxima, aproximadamente la quinta parte de una masa solar. Y es pequeña, alrededor de un cuarto del diámetro del Sol. Cabría en el sistema Tierra-Luna, de hecho, con un borde rozando la Tierra y el otro, la Luna. Es del tipo estelar M6. —Señaló las serpientes de luz amarillenta que se arrastraban por la superficie de la estrella y llegaban hasta arriba en delgados arcos—. Se puede ver que está activa. Podemos esperar tormentas solares, un montón de auroras boreales. De hecho, era mucho más activa cuando era más joven, pero ahora está bastante quieta. No hay un componente ultravioleta significativo en su luz, por ejemplo, a diferencia del sol. Será un sol seguro y estable, y vivirá cien veces más que el Sol.

—¡Y su luz es blanca! —gritó alguien.

—Sí —dijo Venus, y sonrió—. Su espectro alcanza el nivel más alto en el infrarrojo, pero hay suficiente luz en el resto del espectro que de cerca saturará vuestros receptores oculares y parecerá blanca.

—Adiós a Gordo y a Krypton —gritó Wilson desde arriba.

—Y aquí está Tierra III.

La estrella se alejó de tal forma que el planeta que parecía un puntito volvió a aparecer y después se hizo más grande. Todo el mundo había tenido la oportunidad de vislumbrar el nuevo mundo a través de las venturas de la cúpula, de ver desplegado ante ellos un panorama de lagos y montañas y mares por debajo del casco en órbita. Pero esta era la primera vez que podían inspeccionar el planeta como un todo. Hubo otra salva de aplausos, pero era un sonido apagado, pensó Helen. Porque Tierra III no se parecía en nada a la Tierra.

Había un océano en su punto subsolar y el M-sol estaría directamente por encima. Más allá, se podían distinguir los continentes, formas fractales recortadas contra el océano, arrugados por sierras y tallados por valles fluviales. Pero a diferencia del gris verdoso de los continentes de la Tierra que se veía desde el espacio, la tierra aquí era de un negro inquietante. Y había una especie de efecto de bandas por todo el planeta, como círculos concéntricos con diferentes texturas si te alejabas con la mirada de ese punto subsolar oceánico, por lo que el hemisferio que daba al sol parecía una de esas dianas que se utilizaban en las competiciones de tiro con arco en microgravedad para niños. Todo esto oscurecido por una gruesa capa de atmósfera, con bancos de nubes en las latitudes más altas y niebla si mirabas hacia el horizonte. El lado en sombra del planeta, el lado nocturno, estaba totalmente oscuro salvo por los estallidos de truenos. En las antípodas de ese punto subsolar, Helen vio el pálido destello del hielo, iluminado por la tenue luz de las estrellas distantes.

En busca de calor, Tierra III orbitaba tan cerca de su estrella madre que las mareas hacía mucho tiempo que friccionaban su rotación de manera que su día era igual que su año, y además mantenía la misma cara permanentemente girada hacia su sol. Uno de los lados tenía luz perpetua y el otro una oscuridad sin fin, salvo por la luz de las estrellas. Pero incluso la parte del día eterno era tan fría que los glaciares cubrían las montañas ecuatoriales.

Puede que fuera habitable. No era como la Tierra. Esa era la cruda verdad, que se le presentó a Helen en el mismo momento en que examinaba por primera vez estas imágenes, en el preciso momento en que Venus comenzaba a describir el nuevo mundo.

—Tierra III —explicó esta— es el planeta más interno de su sistema, pero hay otros planetas más lejanos. Más Tierras y Supertierras. No son tan fáciles de colonizar como Tierra III, pero que están ahí para nuestros descendientes, nuevas tierras esperándolos en el cielo, en el futuro.

»Buscamos planetas en las zonas habitables de las estrellas, que es el radio orbital donde el agua líquida es posible en la superficie y eso es justo lo que encontramos aquí. Podéis ver los océanos. Sin embargo, esta M-sol es mucho menos brillante que

el Sol, por lo que Tierra III tiene que estar más cerca de su madre, a solo unos diez millones de kilómetros, mucho menos que la órbita de Mercurio. El año es diferente, por supuesto. El año de Tierra III dura solo quince de nuestros días. Las estrellas cambiarán rápidamente en el cielo. Pero no existe el día y no hay estaciones. Desde tierra nunca veréis al sol moverse de su posición en el cielo. Y es frío. Incluso en el punto subsolar obtendréis solo un sesenta por ciento de la energía radiante que recibiríamos del Sol, en la Tierra. Si se está en el lado nocturno no se ve el sol en absoluto. —Señaló—. Hay una capa de nieve donde la sombra es más profunda, como podéis ver. Ahí hace bastante frío.

»Os preguntaréis por qué el aire no se congela en el lado oscuro. No funciona así; la atmósfera es densa, llena de gases de efecto invernadero inyectados por los volcanes, una manta que transporta calor por todo el planeta. También está el calor interno del planeta, que es mayor que el de la Tierra. El clima es estable. Simplemente es diferente.

»Y Tierra III es más grande que la Tierra, es el hecho más básico al respecto. Es la clase de exoplaneta que los cazadores de planetas llaman Supertierra. Tiene más o menos dos veces la masa de la Tierra y tal vez de un veinticinco por ciento más de gravedad. Será duro, pero pronto haréis músculo y vuestros hijos serán más corpulentos de lo que sois vosotros y ni siquiera se darán cuenta.

»Más masa planetaria es algo bueno y esa es una de las razones por las que elegimos este mundo. Más masa significa más calor interno, una corteza más delgada, tectónica de placas, un núcleo de hierro que gira. Ese núcleo produce una sana magnetosfera, así que habrá suficiente refugio para evitar la radiación, tanto de las llamaradas del M-sol como de la radiación cósmica. Y podéis ver la evidencia de la tectónica de placas por vosotros mismos. Mucha formación de montañas y volcanes activos. —Apuntó hacia el horizonte—. ¿Veis la capa de polvo y cenizas ahí arriba? Esmog volcánico. La tectónica de placas hace que el planeta se mantenga joven. La buena noticia es que este mundo, al ser más masivo, mantendrá su calor interno más tiempo que la Tierra. Tierra III permanecerá joven, mucho después de que la Tierra se haya agarrutado y se haya convertido en una copia más grande de Marte.

»Y hay vida. Lo supimos a partir de los estudios espectroscópicos que hicimos de la atmósfera a años luz de distancia. Hay fotosíntesis en los océanos. En los continentes, se puede ver que hay franjas de diferentes tipos de vegetación trabajando desde el punto subsolar, adaptadas a los bajos niveles de luz. Creemos haber visto seres vivos, incluso en la banda de penumbra, alrededor del borde de la cara iluminada. Árboles tal vez, estirándose para que sus hojas puedan atrapar lo que queda de luz. Eso lo tenéis que averiguar vosotros, algún día.

Miró a su alrededor; una mujer llena de vida y entusiasmo que quería asegurarse de que todos entendían la naturaleza de este regalo que les estaba ofreciendo.

—Así que tenéis un sol que va a durar mucho más tiempo que el Sol y también una Tierra que permanecerá joven, y más mundos por explorar. No podríamos haber encontrado un refugio mejor para nuestros hijos, para la humanidad, que durará hasta un futuro lejano.

»Esta es nuestra *Arca*. Después de un viaje de cuarenta años, aquí está vuestro Ararat. —Y dio un paso atrás.

Pero hubo silencio y miradas inexpresivas. Tal vez porque el mundo que les había ofrecido era demasiado extraño.

Entonces Holle dio un paso al frente, con expresión dura, decidida, con los ojos hundidos. Todo el mundo estaba en silencio y completamente inmóvil, a excepción de algunos niños que se retorcían. Incluso el pequeño Cien parecía estar prestando atención. La expresión adusta de Holle aumentaba la tensión. Helen de pronto se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que Holle iba a decir.

—Gracias, Venus —dijo Holle—. Hasta ahí las buenas noticias. Ahora tenemos que hablar del aterrizaje. Tenemos un problema.

—La mayoría de vosotros ni siquiera recuerda cómo era el *Arca* cuando fue lanzada. Había dos cascos, el Seba y el Havila. Y tenía cuatro transbordadores, cada uno capaz de llevar unas veinticinco personas hasta el planeta de destino. Salimos de la Tierra con menos de ochenta tripulantes, un poco menos del límite del diseño inicial. Nos imaginábamos que íbamos a tener sitio de sobra en los transbordadores, incluso teniendo en cuenta algunos nacimientos a lo largo del camino.

»Pero no resultó así. Todos vosotros sabéis lo que pasó. Llegamos a Tierra II hace treinta años y nos separamos. El Seba se fue a la Tierra, llevándose consigo un transbordador. Utilizamos otro transbordador para llevar a los colonos que optaron por permanecer en la órbita de Tierra II. Eso nos dejó con dos para ir a Tierra III, pero perdimos otro por el camino, durante la fuga. —Algunas de las personas mayores miraron a Wilson, que colgaba desafiante en la parte superior del casco.

—Así que hemos llegado aquí —dijo Holle— con un solo transbordador. El transbordador es básicamente un planeador de veinticinco plazas; está preparado para hacer un viaje, un descenso a la superficie. Se diseñó así para ahorrar peso. No puede despegar de nuevo y volver al casco...

La ansiedad de Helen aumentó. Ella supo que había un problema con la capacidad del transbordador desde las secuelas que dejó la fuga. Pero por aquel entonces el día del aterrizaje estaba lejos. Holle, dura, autócrata, siempre mantuvo muchas de sus decisiones y deliberaciones en secreto. Helen había confiado en que Holle encontrara una solución a tiempo. Al parecer, no debería haberse confiado.

—Lo siento —dijo Holle sin rodeos—. Hemos probado todo lo que se nos ha ocurrido para improvisar alguna otra forma de bajar a la superficie del planeta. El problema es esa gravedad pesada, la espesa atmósfera. Habrá una carga de fricción atroz cuando una nave descargue su energía orbital al entrar en el planeta. El transbordador está creado para hacer frente a eso; posee un escudo térmico que está bien diseñado. Nada de lo que podamos improvisar se acerca a esa capacidad. —Hizo una pausa y hubo un silencio, salvo por el murmullo somnoliento de un bebé—. Es necesario que lo entendáis bien. Os hemos traído hasta aquí. Hemos venido hasta aquí y algunos de vosotros caminaréis por Tierra III. Pero no puedo bajaros a todos a la superficie.

—¿Y qué pasa con el resto? —gritó alguien.

—Me quedaré con vosotros —dijo Holle inmediatamente.

—¿Te quedarás con nosotros para morir? ¿Es eso lo que va a pasar?

—Nadie va a morir. —Venus se echó hacia delante para estar al lado de Holle—.

Simplemente no vamos a salir de la nave, eso es todo. Vamos a seguir adelante. La nave sigue en funcionamiento, tiene agua, aire, energía. Y todavía podemos usar el generador de propulsión por curvatura.

—Zane está muerto.

—Podemos activar la burbuja de deformación sin Zane. —Holle forzó una sonrisa—. Podemos ir adonde queramos.

Max Baker flotó hacia delante.

—Algunos aterrizarán, otros se quedarán aquí. Veinticinco de nosotros van a bajar, supongo. ¿Quiénes, Holle? ¿Cómo lo decidiremos? ¿Va a haber algún tipo de votación?

—No —dijo con firmeza Holle—. Nosotros no nos podemos permitir eso. Tenemos que hacer esto bien. Lo decidiré yo. Ya lo he decidido.

Una especie de murmullo colectivo recorrió el casco. Holle siempre era fiel a sus decisiones y las ponía en marcha hasta el último detalle. Todo el mundo lo suficientemente mayor como para entender de lo que se estaba hablando, sabía que su destino ya estaba decidido.

La expresión de Holle se suavizó.

—Y te equivocas en otra coas, Max. El número no es veinticinco. Veinticinco no es suficiente. Repasé los documentos del diseño original del Proyecto Nimrod. Veinticinco personas no proporcionan suficiente diversidad genética para una colonia humana viable. Bueno, encontramos una manera de que puedan ir más. Creemos que podemos llevar a unos cuarenta. Eso todavía podría no ser suficiente, pero es lo más que podemos hacer.

—¿Cómo? —le espetó Max.

—Reconstruyendo el interior del transbordador. Instalando nuevos asientos... Max, llevaremos a los niños. Así es como nos caben cuarenta. Será una nave llena de niños, con tres adultos para gestionar la llegada a tierra y ayudarlos los primeros años. —Miró a su alrededor—. Es por eso por lo que os he estado animando a todos a tener hijos estos últimos años, francamente. Siempre temí que pudiéramos llegar a esto, a no encontrar una solución milagrosa al problema del transbordador, y así ha sido.

Helen podía sentir cómo aumentaba la tensión en el casco cuando empezaron a entender la lógica básica de Holle.

Ella siguió hablando.

—He seleccionado una lista de niños de edades comprendidas entre los dos a los quince años. Treinta y siete, la mayoría de ellos de diez años y menores. No hay hermanos, para maximizar la diversidad. Y ninguna relación con los adultos. No habrá madres, padres, hermanos, hermanas. Igual que cuando salimos a la Tierra, de hecho. —Miró a su alrededor—. A vosotros, los mayores, os he escogido con

cuidado, va a ser difícil para vosotros. Vais a tener que ayudar a los adultos con los más pequeños, así como a establecer la colonia. El transbordador está lleno de equipos para ayudar a superar los primeros meses: hábitats inflables, paquetes de alimentos liofilizados. Pero será un trabajo arduo. Habrá que despejar el suelo y...

Max la retó de nuevo.

—Vas a separar a niños muy pequeños de sus padres. Eso es inhumano.

—Por supuesto que es inhumano —dijo Holle con firmeza—. Todo en esta misión es inhumano.

Magda se empujó hacia delante.

—Tú no tienes hijos. Ya te queda poco tiempo de vida. Por eso se te ha ocurrido una crueldad así.

Holle, vacilante, tomó aliento.

—Lamento que hayamos llegado a esto, Magda. Anunciaré la lista completa más adelante. Voy a hablar con los padres individualmente en primer lugar. Pero, mira... tu Sapphire está en la lista. Es la más joven de la tripulación del transbordador y será la persona más joven en todo el mundo. Piensa en eso...

—Eres una puta asesina, ¡no me quitarás otro bebé! —Magda se apartó de la pared. Hubo un estallido de gritos, de ira, la gente intentaba coger a la furibunda mujer.

Holle esperó al lado de la barra hasta que la revuelta amainó. Después dijo con claridad, su voz amplificadora resonaba.

—Los adultos.

Una vez más era el centro de atención y todos estaban, en silencio salvo por los desgarradores sollozos de Magda y el llanto más débil de un niño disgustado.

—Estos tres tienen que ser el núcleo durante los primeros días —dijo Holle—, semanas, meses, un núcleo de conocimientos y de disciplina hasta que los niños mayores puedan asumir el mando. Los he seleccionado por las competencias necesarias y, con una excepción, por la experiencia en la Tierra. No quiero que todo el mundo dentro de ese transbordador se quede paralizado la primera vez que atraviese la escotilla y pise el planeta.

»Así que, en primer lugar: Jeb Holden. Sé que no todos lo quieren. Pero viene de una familia de granjeros. Vio mucho mundo como postergado y después como nativo. Nadie más a bordo tiene tan amplia experiencia. Por lo tanto, Jeb va.

Helen, sorprendida, miró a Jeb. Había bajado a Mario de sus hombros y lo miraba fijamente, dándose cuenta de inmediato de las implicaciones de la elección de Holle. «No habrá padres», había dicho Holle. Si Jeb bajaba a tierra, Mario y Cien se quedarían a bordo de la nave. Jeb parecía abatido. Era un buen padre, a pesar de sus defectos; esto iba a ser terriblemente difícil para él. Pero por lo menos Helen se

quedaría con sus hijos, pensó con una punzada de alivio salvaje y egoísta. Por lo menos se quedaría aquí con Cien y Mario, en el *Arca*.

—En segundo lugar —dijo Holle ahora— necesitamos un piloto para el transbordador. Si durante esos minutos de bajada algo va mal, nada más importará. Y a pesar de que hemos tratado de entrenar a sustitutos, solo tenemos un piloto experimentado. Ese es Wilson Argent.

Wilson parecía estupefacto. Hubo gritos de protesta.

Max se enfrentó de nuevo a Holle.

—¡Él es el hombre que violó a mi hermana y la dejó morir! ¡Él es el hombre que se llevó el maldito transbordador para salvarse el pellejo, el que para empezar nos metió en este lío. Ahora le estás ofreciendo el planeta, a él y a Jeb, su matón...

—Es el único piloto, Max. Eso es lo que importa. No hay nada que sea remotamente justo en este proceso.

Wilson flotaba en las ruinas de su palacio.

—Lo siento —dijo, su voz apenas audible.

—Finalmente —continuó Holle—, elegí a un nacido en la nave, de las generaciones intermedias. Alguien que puede identificarse con lo que los jóvenes van a tener que pasar para adaptarse a la vida fuera de la nave; sin embargo, tiene la edad suficiente como para ofrecer puntos de vista, algún tipo de orientación. Alguien que tiene algo de experiencia como piloto para servir de apoyo a Wilson. Tiene lazos familiares con otro miembro de la tripulación del transbordador, aunque no genéticos. Tal vez eso ayude a estabilizar las cosas durante los primeros días. Y ella es alguien a quien respetáis, lo sé.

»Voy a enviar a Helen Gray.

Todos se volvieron para mirar a Helen. Por un largo segundo aquella no pudo entender lo que Holle había dicho, las implicaciones.

Entonces se lanzó a buscar a sus hijos.

Agosto de 2081

Helen y Jeb pasaron la última noche con los niños, una rutina normal al final de un último día de tareas domésticas y escolares. Hubo cena y limpieza, y un complicado juego de baloncesto en gravedad cero para Mario y su padre, y la lectura de un cuento en el ordenador de bolsillo de su madre para el pequeño Cien.

Helen sospechaba que Mario, de siete años de edad, sabía lo que iba a pasar, pero si lo sabía estaba siendo valiente por el bien de su hermano pequeño. Ni siquiera Cien era el mismo esa noche, pero él jugaba valerosamente y gorjeaba cuando le hacían cosquillas mientras lo vestían para irse a dormir. Entonces todos se metieron en el gran saco de dormir de sus padres, suspendido en el interior de la cabina que colgaba en la barra de bomberos, y Jeb y Helen los abrazaron hasta que se quedaron dormidos.

Cuando se separaron de ellos con suavidad, Mario se movió. Abrió sus grandes ojos y miró a su padre, que se estaba poniendo su camiseta y sus pantalones cortos.

—¿Ahora soy yo el que está al mando, papá? —le susurró él.

—Sí, tú estás al mando, grandullón.

Mario se limitó a sonreír.

—Yo me ocuparé de Cien.

Helen no podía soportarlo más. Salió de la cabina hacia la tenue luz de la guardia nocturna del casco.

Su madre esperaba fuera. Grace parecía demacrada, mayor. Sin embargo, abrazó a su hija.

—Voy a subir con ellos —susurró—. Para que haya alguien allí cuando se despierten.

—Gracias —dijo Jeb con brusquedad.

—Va a ser raro para ti, mamá —le dijo Helen.

Grace se encogió de hombros.

—Primero fui rehén. Después, princesa. Más tarde, postergada, andadora. Después, marinera. A continuación, astronauta y médico. Ahora voy a ser abuela, a tiempo completo. Me adaptaré —le soltó a su hija—. Ya nos hemos dicho todo lo que quedaba por decir. Vete ya, es hora. —Se metió en el interior de la cabina.

Helen no lloraba; parecía haber llorado todo lo que tenía que llorar durante el mes transcurrido desde que Holle anunció la separación de la tripulación. Pero no podía

hablar en absoluto. Pasiva, dejó que Jeb la cogiera del brazo y la guiara hacia la parte superior del silencioso casco.

En la escotilla abierta que daba al transbordador B, el equipo de cuarenta personas se estaba poniendo el traje. Los niños mayores, con los ojos muy abiertos y callados, ayudaban a los pequeños somnolientos a vestirse. Los ligeros monos presurizados que iban a usar durante el descenso no eran más que frágiles conchas de polietileno, suficientes para protegerlos si la cabina perdía presión. Llevaban guardados en un armario cuatro décadas, y, algo excepcional en este viejo casco maltrecho, olían a nuevo. Incluso tenían logotipos de AxysCorp en el pecho, Tierras acunadas por una mano. Con los de repuesto había suficiente para todos, pero habían sido acortados para ajustarlos a los niños más pequeños y convertidos en simples sacos en los que meter a los bebés. El lanzamiento del transbordador había sido programado para la guardia de noche, cuando los niños, adormilados, serían más fáciles de manejar. Tal vez podrían meterlos dentro del transbordador y lanzarlos a un nuevo mundo antes de que se despertaran del todo y se dieran cuenta de que habían perdido a sus padres para siempre.

Helen, con la mente en blanco, encontró su traje, lo sacudió y se lo puso.

Venus y Holle se le acercaron. Holle parecía tremendamente triste, Venus francamente envidiosa.

—Wilson ya está a bordo —le informó Holle—, comprobando los sistemas. Yo... toma. —Le dio a Helen una pequeña esfera de acero inoxidable. Era un globo de Tierra III, un producto del taller del *Arca*—. Hicimos lo mismo en Tierra II, no sé si te acuerdas de eso. Los hemos puesto en las mochilas de los niños; para que tengan algo. Yo quería dártelos a ti personalmente. —Impulsivamente, abrazó a Helen—. Siento hacerte pasar por esto.

Helen la apartó.

—Nunca lo sentirás lo suficiente —dijo ella con fiereza.

Holle simplemente lo asimiló, como había asimilado todo lo que había hecho por el bien de la tripulación, de la misión, desde el día que le quitó el poder a Wilson. Tal vez, al final, ese era el papel de Holle, pensó Helen, no el de ser líder en absoluto, sino el de recibir toda la culpa de lo que había que hacer para que el resto pudiera sobrevivir. Sin embargo, Helen sintió de nuevo una punzada de odio.

Venus se acercó y se ocupó de los cierres herméticos del traje de Helen.

—No te olvides, va a hacer muchísimo frío ahí abajo. La próxima generación no se dará cuenta, pero tú sí. Abrígate antes de abrir esa escotilla. —Se apartó con los ojos llenos de lágrimas—. Dios, te voy a echar de menos. Has sido la mejor alumna que he tenido. Enseña lo que sabes a los niños. No vuelvas al jodido Neolítico, después de haber llegado hasta aquí.

—Lo haré. ¿Y tú, Venus? ¿Qué es lo próximo?

Miró a Holle.

—Bueno, tenemos un plan, más o menos. Tan pronto como la baliza nos diga que estáis a salvo, enviaremos mensajes por medio de láser microondas a la Tierra y a Tierra II. Después, dentro de cien años más o menos, quien esté escuchando sabrá la buena noticia.

»Después tenemos planeado ir a explorar el sistema de este M-sol. —Chasqueó los dedos, clic, clic—. Pequeños saltos por curvatura, de planeta en planeta. A Zane le hubiera encantado trabajar en todo eso. Te enviaremos los resultados, mapas de superficie, estructuras internas, todo lo que averigüemos. Mantened en funcionamiento el receptor de radio. Será un legado para la próxima generación, cuando estén listos para ir a explorar, ¿no?

—¿Y después?

Venus abrió los brazos.

—Demonios, el cielo es nuestro. Vamos a explorar un poco más. Tal vez encontremos Tierra IV y V y VI. Vamos a enviar rayos láser, te diremos lo que nos encontremos. O tal vez volvamos, le ganemos a la luz y te lo contemos nosotras mismas. Vete —le dijo ella, con la voz ronca de repente—. Vete ahora antes de que cierren la maldita escotilla y te dejen aquí.

La mayoría de los niños ya estaban a bordo. Jeb atravesó la escotilla. No había ninguna razón para quedarse. Helen giró en el aire y se dejó caer, los pies primero. La prenda presurizada tenía un tacto extraño, demasiado limpia, y hacía frufrú cuando se movía.

Una vez dentro de la nave, miró hacia atrás. El rostro de Holle, lleno de remordimiento y sufrimiento, fue lo último que vio de la nave. Entonces Venus cerró la escotilla.

El diseño de la pequeña nave era simple. La estrecha cabina tubular estaba atestada de filas de asientos, muchos de ellos improvisados con equipo del *Arca* y metidos entre los veinticinco asientos del diseño original. Dos asientos destacaban del resto, en el morro, delante de una consola de instrumentos rudimentarios y rayadas ventanas panorámicas. Wilson ya estaba en el asiento de la izquierda, llevando a cabo la comprobación de los sistemas, y Helen se dirigió al asiento de la derecha. El hombre le entregó un gorro de comunicaciones y ella se lo puso.

El transbordador era un planeador automatizado, básicamente, con las características de la atmósfera de Tierra III y los perfiles de gravedad programados en su ordenador de a bordo. Era lo suficientemente inteligente como para evitar obstáculos tan obvios como océanos, campos de rocas y bancos de nieve y de hecho podía volar solo hasta el suelo. Sin embargo, en las oficinas de diseño del desaparecido Denver habían reconocido que lo más probable era que fuera necesario el control humano sobre el primer aterrizaje sin energía en un mundo totalmente extraño. A unos cientos de metros de altura estaba el punto en el que Wilson se encontraría solo; esa era la razón por la que este despreciado hombre de sesenta y dos años de edad estaba a bordo de la nave, mientras que los hijos de Helen se quedaban en el *Arca*. Helen era lo más parecido a un copiloto. Pero ella nunca había volado, ni siquiera como pasajera a través de una atmósfera, antes y rezaba por que las habilidades rudimentarias que había aprendido en su formación, y por trabajar con Wilson en los simuladores HeadSpace en el último mes, no fueran necesarias.

Mientras se abrochaba el cinturón, miró hacia atrás por encima del hombro. Los niños estaban como sardinas en lata, sus prendas presurizadas de color naranja brillante. Los pocos niños mayores, los de catorce y quince años, estaban repartidos entre el resto. Los de diez años de edad parecían asustados, pero los pequeños estaban en su mayoría dormidos, dentro del zumbido cálido del transbordador, Helen vio a la pequeña Sapphire Murphy Baker, de cuatro años, la más joven de a bordo, de la mano de un niño de ocho años. Jeb estaba sentado en la parte posterior, en teoría cuidando de los niños y preparado para intervenir en caso de crisis. Al ver que Helen lo miraba, la saludó. Ella intentó sonreír, pero la desolación en su rostro era evidente.

Así era como iban a colonizar un nuevo mundo, con una jauría de niños y tres adultos, y una bodega que contenía un generador nuclear, una reserva de semillas, herramientas y un par de módulos de hábitats hinchables, y corazones rotos.

—Hay que estar loco —murmuró Helen.

—Los que nos enviaron desde la Tierra estaban locos. —Wilson la miró—. ¿Estás

lista?

—Tanto como me es posible.

Le dio a un interruptor, un pesado conmutador de palanca manual.

—Bueno, ya está. He iniciado el programa automatizado. Ahora este bebé volará solo hasta abajo, casi. Aquí llega la primera misión. Tres, dos, uno...

Los seguros empezaron a traquetear y los propulsores de posición golpearon al exterior del transbordador. Helen sintió un vuelco en el estómago. Algunos de los niños que dormían se agitaron y gimieron.

—Nos alejamos del *Arca*. Ya está, estamos volando en solitario. Mejor que os acostumbréis a esa aceleración, habrá mucha esta mañana.

—En solitario ahora y para el resto de nuestras vidas... Vaya. —Sintió un leve mareo, sus oídos internos le decían que estaban girando sobre su eje longitudinal.

—Esa es la vuelta de inspección. Para que el *Havila* pueda comprobar que las placas de los escudos de calor no se han caído en los últimos cuarenta años.

La voz de Venus Jennings salía con interferencias de un altavoz.

—Transbordador B, *Havila*. Todo bien para el descenso, Wilson.

—Recibido. Gracias, Venus.

La nave dejó de girar. Helen miró por la ventana. Estaban en algún lugar sobre el lado nocturno del planeta. Volaban hacia atrás, con la cabeza hacia las estrellas y el nuevo mundo debajo de ellos, totalmente negro salvo por el destello púrpura de las tormentas y un brillo de color rojo sombrío que parecía una caldera enorme de volcán. La idea era entrar en la atmósfera por el hemisferio nocturno, y su trayectoria de entrada supondría rodear en picado la curva del mundo para aterrizar en el lado del día permanente.

Wilson miró por encima del hombro.

—¿Está todo el mundo bien? Lo siguiente es el retrocohetes. Sentiréis como una patada en la espalda. Nada de qué preocuparse. Tres, dos, uno...

La cabina se llenó de ruido, un rugido gutural, como el crepitar de un fuego inmenso. Era realmente como una patada en la espalda, Helen la sintió en la parte baja de la espina dorsal, en el cuello y en las piernas mientras la presionaba contra el asiento acolchado, y el transbordador pareció girar hasta que era como si estuviera de pie sobre su cola y ella tumbada de espaldas. El retrosistema era un paquete de cohetes atornillado a la parte trasera del transbordador, diseñado para recortar la velocidad que mantenía a la nave en órbita junto al *Arca*, y la dejó caer a la atmósfera de Tierra III. Ahora, después de haber estado inactivo durante cuarenta años, se había disparado por primera y última vez.

Wilson gritó:

—Tres, dos, uno...

El retrosistema murió con tanta fuerza como había funcionado, y Helen fue lanzada hacia delante. Se despertaron más niños, ahora que el rugido del cohete había desaparecido se podían oír sus llantos en el repentino silencio.

Otro traqueteo y un chasquido, como si algo hubiera golpeado el casco. Wilson retransmitió:

—Paquete de retrocohetes desechado. Una de las cintas nos ha alcanzado. Comprobación de quemaduras. Tengo nueve ceros en tres ejes, perfecto. —Helen vio que sonreía, disfrutaba del paseo por su propio bien—. Ya no estamos en órbita, nena, nos vamos a Tierra III.

El transbordador se movía ahora sin energía salvo por los pequeños cohetes de posición, que funcionaban a ráfagas, una serie de estallidos y explosiones. La máquina giró alrededor de un eje vertical hasta que tuvo el morro apuntando en dirección a donde iba a descender. Mientras hacía esta maniobra, Helen vislumbró el *Arca*, brevemente, un maltrecho y agujereado casco con la burbuja de deformación conectado a su nariz. Se veía casi para el arrastre. Torció el cuello para seguirlo con la mirada mientras pasaba por la ventana, pero enseguida desapareció, barrido de su vista por la rotación del transbordador.

Este se giró hacia arriba, por lo que estaba volando de barriga. Su diseño se basaba en el antiguo transbordador espacial de la NASA, el grueso escudo térmico de su barriga golpearía la atmósfera en primer lugar.

—Disfrutad de la gravedad cero —murmuró Wilson—. Ya no queda mucha.

—O de las estrellas —dijo Helen—. La astronomía va a ser difícil ahí abajo.

—Encontraremos la forma... Bingo. —Un nuevo panel se iluminó en la consola delante de él, de color rojo brillante, que ponía «0,05 G»—. Aquí viene la desaceleración. Maldita sea, estamos altos en comparación con una entrada en la Tierra. Este aire es denso.

Ella sintió el primer tirón de la desaceleración en su intestino, una especie de estremecimiento, cuando las primeras espirales de la atmósfera agarraron el casco y luego un tirón más constante que la tiraba hacia abajo en su asiento. Había un débil resplandor más allá de la ventana, como el primer parpadeo de las lámparas de arco con el planeta, el aire que arremetía contra el plasma, sus átomos que explotaban al pasar ellos. El brillo rápidamente formó una especie de túnel de colores, lavanda, verdes azulados, violetas, elevándose por encima del transbordador. Las chispas volaban alrededor de la nave, ardiendo, parpadeando hasta desaparecer.

—Capa aislante. —Wilson tenía que gritar, el transbordador estaba empezando a temblar, los accesorios traqueteaban—. Está ardiendo y se lleva nuestro color con ella. Se supone que es lo que tiene que pasar. Creo. —Sonrió con frialdad—. Bonitas luces.

Helen no intentó responder. El brillo externo aumentó aún más y el peso

empujaba sobre ella en sacudidas, en cargas repentinas, seguramente ya superior a una constante gravitacional de la Tierra. Podía oír a los niños que lloraban. *Mejorará, se dijo, será más fácil.* Sin embargo, no dejaría de sentir el peso sobre sus hombros, nunca más. Ahora estaba en pleno descenso, con destino al planeta y no había forma de volver, jamás. Nunca volvería a ver el casco, a abrazar a sus hijos, a lo mejor ni siquiera a ver las estrellas otra vez. Tenía los ojos empañados, las lágrimas salían por primera vez esa mañana. Pero el peso seguía aumentando y la luz exterior se intensificó; los colores se fundían en una hoja en blanco que llenó la cabina con un resplandor de color gris plata. La experiencia era totalmente irreal. No podía ver nada, solo ese brillo celestial, y no tenía ninguna sensación de caída, nada más que este peso monstruoso y estremecedor.

Wilson lanzó un grito de alegría.

—¡A esto llamo yo volar! Debemos de estar iluminando este jodido planeta como un cometa.

Entonces, de repente, disminuyó. La carga sobre sus hombros, aunque todavía era fuerte, se mantenía estable ahora. El brillo de plasma se desvaneció, los últimos vestigios se disiparon como un brillante humo, para revelar un cielo de color rosa pálido cubierto de nubes de color pardusco.

Helen se dio cuenta de que las nubes estaban por encima de ella.

El transbordador se estremeció. Wilson manejaba una palanca de mando delante de él.

—Los alerones están funcionando. Esta cosa realmente vuela. Dios, estoy empezando a pensar que puede que sobrevivamos a esto. —Miró a Helen—. Sabes que estamos dentro de la atmósfera. No estamos cayendo, estamos planeando, volando. Y que la atracción que sientes no es la desaceleración...

—Gravedad.

Él sonrió.

—Auténtica gravedad planetaria, tirando de tus huesos por primera vez desde que estabas en el vientre materno.

No fue tan malo como la desaceleración máxima, pero seguía siendo tan fuerte que sentía que apenas podía respirar.

Un altavoz crujía.

—Havila. Transbordador B, Havila. ¿Me podéis oír? Transbordador B, esto es Havila...

Wilson le dio a un interruptor.

—Estamos fuera de la vaina de plasma. ¡Dios mío, Venus, vaya paseo!

—Os hemos visto. Todavía os vemos, de hecho. Voy a dejaros volar vuestro pájaro. Avisadnos cuando los patines estén tocando el suelo. Havila, corto...

—Recibido. Veamos qué tenemos.

Wilson se inclinó hacia arriba, mostrándose a Helen por primera vez. La tierra de abajo era oscura. Todavía estaban tan arriba que el horizonte mostraba una curva. El cielo era de un tono rojo profundo y sombrío, pero se iluminó cuando miró hacia delante, hacia el horizonte. Y allí vio un arco de fuego, un enorme sol que se elevaba por encima de la curva del mundo, el M-sol que iluminaba esa Supertierra. Ahora, cerca del horizonte, vio una cadena de montañas cuyos picos reflejaban la luz y brillaban como linternas en la oscuridad. Recordó lo que había dicho Venus sobre la posibilidad de organismos como los árboles que se esforzaban por salir de la sombra de la banda de crepúsculo para captar la fugitiva luz.

El transbordador entró de repente en un aire más espeso. La densa y tormentosa atmósfera de este mundo era turbulenta.

Las consecuencias de la bajada se mostraron rápidamente. El mundo cada vez se aplanaba más hasta convertirse en un paisaje. Ese sol movía su masa con cansancio por el horizonte, enorme y distorsionado en una elipse aplanada por algún efecto atmosférico. Era blanco, con un débil matiz rosado, apenas rojo. La pequeña nave cruzó las montañas con sus cumbres iluminadas, y voló sobre el terminador, el límite inmóvil de la noche.

Mientras iban por un terreno iluminado por el sol, un panel de la consola se iluminó con un mapa animado, basado en observaciones del *Arca*. Helen miró hacia abajo. El suelo era rocoso, un escudo continental, arrugado por montañas y resquebrajado por enormes grietas. Gran parte estaba cubierto de hielo viejo, sucio, que brillaba con un color rosa bajo la luz tenue del sol. Había estudiado los simuladores de los paisajes de la Tierra desde el aire, las grabaciones realizadas antes de la inundación; esto era como volar a baja altura sobre el Escudo Canadiense. Se hizo una nota mental para informar de esa impresión a Venus.

—Mierda —dijo Wilson. Agarró sus controles, la mano izquierda para el control de la traslación y el derecho para la trayectoria, y tiró, anulando así los sistemas automatizados. El transbordador obedientemente se ladeó hacia la derecha.

Helen miró hacia delante. Un volcán enorme, casi como el Olimpo en Tierra II, pero más compacto y claramente activo, se extendía delante de ellos. Pudo ver volutas de un gas oscuro que escapaban de las complicadas calderas múltiples de su cumbre.

—No queremos volar a través de una columna de aire caliente con bolsas, o meternos por el lado del volcán, aunque confío en que el transbordador no lo haga —comentó Wilson.

El transbordador pasó por delante del flanco del volcán. Mirando hacia abajo, Helen vio manchas de un negro absoluto, como capas de plástico aferrándose a viejos flujos de lava.

—Hay más montañas allí delante —murmuró Wilson, con los ojos fijos, las imperfecciones de su rostro sin afeitar resaltadas por el resplandor del sol bajo.

Las montañas a las que se acercaban era una cadena de dientes de sierra múltiple, un sistema geológico de cientos de kilómetros de profundidad. Estaban recortados desde la perspectiva de Helen. Ella comparó la vista con el mapa animado de la consola, que mostraba una línea punteada de color rojo y un transbordador animado revoloteando sobre una masa irregular.

—Están justo donde tenían que estar, Wilson.

—Muy bien. Y nosotros también. En cuyo caso llegaremos pronto a nuestro lugar de aterrizaje.

Las montañas se extendían debajo de su proa. Sus flancos estaban excavados por glaciares y el hielo brillaba con un tono blando rosado sobre la roca. Las cordilleras paralelas se alejaban, convirtiéndose en colinas, jóvenes y afiladas. En ese momento, delante de ellos se abría una llanura, árida y cubierta de roca, con una capa de hielo más allá de ella, la superficie de un lago congelado. El transbordador bajó bruscamente, en dirección al lago, evidentemente su destino.

—Perfecto —dijo Wilson—. Ese lago es lo más parecido a una pista de aterrizaje natural que hemos visto hasta ahora. Espero que todo el mundo esté todavía sujeto.

Helen miró por encima del hombro. La luz del sol bajo entraba directamente en la cabina y bañaba los rostros de los niños con su extraña luz rosada, extraña ahora, pero tal vez en un par de años se acostumbraran a ella. Los niños se desplomaban en los asientos por la gravedad, aunque casi todos parecían despiertos. Algunos lloraban y otros parecía que se habían hecho pis encima, o estaban enfermos. Helen se obligó a sonreír.

—No falta mucho. Vosotros sujetaos...

El transbordador bajó bruscamente. Dio un grito ahogado, temiendo que estuvieran cayendo.

—Lo siento —murmuró Wilson—. Bolsa de aire. Este maldito aire es tan denso como pensábamos, pero más grumoso, más turbulento. Una buena mezcla. Allá vamos, iniciando secuencia de descenso final. —Le dio a un interruptor y se agarró con fuerza a los mandos. Ahora, él y el piloto automático estaban compartiendo el vuelo del transbordador, aunque Wilson siempre tenía la última palabra.

Se oyó un ruido por debajo de sus pies y un rugido de aire.

Alarmada, Helen le preguntó:

—¿Qué diablos es eso? ¿Se ha roto una bomba?

Wilson se rió, sin apartar los ojos de la escena que tenía al otro lado del parabrisas.

—El tren de aterrizaje acaba de bajar. Y eso no es una bomba rota, es el viento, nena. Allá vamos. Bajando rápido ahora...

Wilson se calló, contemplando el paisaje que se acercaba a toda velocidad, controlando los monitores que mostraban la altitud y la velocidad de descenso. El transbordador se estremeció de nuevo mientras sus alerones atravesaban el denso aire.

Pasaron junto a una última cadena de colinas. Helen vio que ya estaban por debajo de las cumbres de la más alta de ellas. Después, tuvieron la orilla del lago congelado debajo de la proa, el borde marcado por franjas paralelas en el hielo, como si el lago se hubiera derretido y vuelto a congelar en varias ocasiones. Evidencia de veranos volcánicos; de vez en cuando, le había explicado Venus, una erupción bastante grande inyectaba tanto dióxido de carbono en el aire que la temperatura subiría globalmente, tal vez durante años. Deseó que Venus estuviera aquí con ella, para hablarle hasta que aquello pasara, para que la cogiera de la mano.

El transbordador se sacudió de nuevo y descendió un poco más. Ahora estaban volando muy bajo sobre el lago. A la luz del sol, Helen podía ver los detalles, las rocas y trozos de hielo diseminados por la superficie, pasando por debajo de la proa.

—Nada es tan suave como cuando se ve desde el espacio —murmuró Wilson—. Mientras no toquemos esas pequeñas rocas con nuestros patines, estaremos bien. Bajando con cuidado ahora. Cien metros de altura. Ochenta. Sesenta. Uau... —Tiró del control de traslación y el transbordador se ladeó bruscamente hacia la derecha. Helen vio un campo de piedras de hielo que tenían justo en su camino. Cuando tuvo la nave orientada hacia un camino más claro, Wilson soltó el mando y dejó que los sistemas automatizados nivelaran el pájaro de nuevo—. Puf, casi.

Helen señaló justo delante.

—Estamos cerca de la orilla. —Más allá de la cual se elevaba más terreno montañoso, de aspecto áspero y cubierto de rocas, y moteado con ese color negro extraño.

Wilson sonrió.

—Tal vez, pero solo podemos hacerlo una vez, chica. Esperemos que tengamos suficiente espacio. —Un monitor sonó; el radioaltímetro mostraba que estaban a solo diez metros de altura—. Allá vamos...

Echó la palanca hacia atrás suavemente. El lago se elevó con ellos.

Los patines tocaron el hielo. El transbordador se sacudió y saltó de nuevo en el aire y Helen se aferró a su asiento. La nave volvió a caer y rebotó, y entonces Helen oyó un chirrido de metal cuando los patines rasparon la capa de hielo. Hubo otro estallido y Helen fue lanzada hacia delante contra su cinturón, como si una gran mano hubiera agarrado la parte trasera de la nave.

—¡Paracaídas desplegados! —gritó Wilson—. Vaya, ¡qué paseo!

Con los paracaídas de arrastre en el aire denso, el transbordador enseguida aminoró la marcha. Los últimos metros, mientras los patines chocaban contra las

rocas y los bloques de hielo a su paso, fueron movidos. A continuación, el transbordador giró unos pocos grados y se deslizó de lado otra decena de metros, antes de detenerse. Wilson oprimió un botón.

—Paracaídas desechados. Lo primero que vamos a hacer es recoger la seda, la vamos a necesitar más adelante... —Parecía aturdido. Le dio unos golpecitos a su micrófono—. Havila, transbordador B. Hemos aterrizado, y estamos enteros. ¡Sí! Hemos aterrizado —repitió en voz más baja y miró a Helen—. ¿Y ahora qué?

La rampa de salida del transbordador era sencilla, una sección del casco que se desplegaba hacia el suelo, revestida con una superficie ondulada para la tracción.

Helen, Jeb y Wilson estaban junto a la puerta cerrada. Llevaban gruesos abrigos forrados de color verde brillante, además de guantes y gorros, y mascarillas conectadas a botellas filtradoras. Algunos de los niños mayores estaban con ellos, todos ellos con abrigos y máscaras, mientras que el resto esperaba en la cabina principal. Jeb, torpe y jadeante, llevaba en brazos a la pequeña Sapphire Murphy Baker. El rostro de la niña estaba casi totalmente oculto por la máscara. Todos se agarraban a los rieles, apoyando su inesperado peso. Jeb y Wilson al menos habían crecido en la gravedad de la Tierra; Helen solo había conocido la gravedad fraccional del casco y ni eso durante los treinta años que siguieron a la Escisión, y con una fuerza G de uno y un cuarto el peso era aplastante. Sin embargo, se puso de pie, decidida.

—Bueno —dijo Wilson, su voz ahogada por la máscara—, ¿todo el mundo está listo?

—Hazlo —murmuró Helen.

Wilson tiró de la palanca. Con un silbido del sistema hidráulico, la escotilla se abrió hasta el suelo. Un aire frío y cortante entró en el transbordador y una luz rosa pálido ahogó el resplandor de las luces artificiales.

Wilson miró a su alrededor.

—¿Nadie se ha muerto todavía? ¿Listos para la EVA?

Helen resopló.

—Una EVA que nunca va a terminar, Wilson.

—Supongo que no. —Él fue el primero en salir por la escotilla.

Todos caminaban con cautela por la rampa, con cautela porque se encontraban en el nuevo mundo y con cautela porque Helen no estaba segura de si recordaba siquiera cómo caminar. Jeb lleva a Sapphire, que miraba a su alrededor con los ojos abiertos.

Estaban mirando directamente hacia el sol, que colgaba enorme en un cielo de color rosa pardusco. Era quizá cuarenta veces más ancho que el disco del Sol visto desde la Tierra, pero podías mirar directamente a su pálido resplandor sin pestañear. Surgieron imponentes las colinas de la orilla del lago, cubiertas de rayas de color negro, sus laderas sombrías con una capa helada. Unas formas como árboles bajos, achaparrados y oscuros, subían por los flancos de las colinas.

Helen sintió un profundo y desgarrador miedo a salir del refugio del transbordador de esa manera, para entrar en la amplitud, el infinito, para estar por

primera vez en su vida fuera de un casco. Aquello no era como los simuladores HeadSpace, pensó; al final no había habido una preparación real. Y sin embargo, siguió bajando por la rampa, un pie delante del otro, detrás de Wilson. Fue creada para esto, se dijo. Los niños eran pequeños; se adaptarían.

Se detuvieron antes de llegar a la base de la rampa.

—Creo que veo agua por allí —dijo Jeb, señalando—. Lo veis, en el valle entre las colinas. Como un río, que alimenta el lago.

—No lo veo —dijo Helen. Tenía problemas para enfocar en la media distancia. Porque solo había tenido que ver las cosas dentro del casco, o en el infinito, nada en medio. Tal vez sus ojos se ajustarían.

—Siempre nos podemos acercar más al punto subsolar, si queremos —dijo Wilson—. El transbordador está diseñado para romperse y convertirlo en hábitats y en trineos. Podríamos tratar de llegar al océano. No está lejos, a cincuenta kilómetros.

Helen, para quien los planetas eran una novedad, no quería parecer tonta.

—¿Crees que esas cosas altas son árboles?

—Si lo son, sus hojas son de color negro azabache —dijo Jeb—. Y también lo que tiene a sus pies, que parece hierba.

—Bueno, tiene sentido —dijo Helen—. La luz del M-sol no es como la de la Tierra. Alcanza un máximo en el infrarrojo. La fotosíntesis aquí tiene que ser eficiente y absorben tanto del espectro como puedan consumir. Por eso se ve negro.

Jeb, el hijo de granjeros, le preguntó:

—¿Así que crees que realmente podemos cultivar aquí? Es todo tan extraño...

—Claro que sí —dijo Wilson y agitó una mano enguantada—. A largo plazo, hay toda clase de ventajas en un mundo como este. Ese sol nunca se va a mover de donde está en el cielo.

—Siempre es por la mañana aquí —murmuró Helen.

—Siempre es por la mañana. Podemos instalar espejos para concentrar la luz. Más tarde, cuando podamos salir de nuevo del planeta, podríamos colocar hileras de espejos orbitales para proyectar la luz en nuestras granjas, incluso comenzar a iluminar el otro lado y fundir esa maldita capa de hielo.

Helen sonrió detrás de su máscara.

—Poco a poco, Wilson.

—Creo que huelo azufre —dijo Jeb.

—Aire volcánico —dijo Wilson.

Helen dio un paso más, hacia la base de la rampa, que había hecho una ranura poco profunda en el hielo, que era arenoso y estaba lleno de pequeñas rocas y una fina ceniza, tal vez de algún evento volcánico.

En un impulso, Jeb se arrodilló con cautela, y puso a la pequeña Sapphire en la rampa. Sapphire, la más joven de la tripulación, demasiado joven para saber que aún

no había aprendido a caminar, intentó ponerse de pie y cayó sobre su trasero. Pero ella se dio la vuelta y apoyó las manos y las rodillas y comenzó a gatear, un poco inestable, pero con determinación.

Y gateó fuera del borde de la rampa y sobre el hielo de Tierra III. Chilló por el frío y luego metió su dedo enguantado en la ranura que la rampa había hecho. Helen sintió pena, una punzada profunda y visceral, de que sus hijos no pudieran bajar corriendo por la rampa y unirse a ella.

—Mira hacia arriba —dijo Wilson.

Helen se enderezó. Allí, cruzando el alto cielo rojo, había una estrella, brillante como un rubí, yendo a ritmo constante hacia el M-sol. Era Havila, la única luna de Tierra III. Y mientras Helen miraba, aguzando la vista, el cielo se frunció y el *Arca* desapareció.

## Nota del autor

En las últimas décadas, nuestra comprensión de cómo se podría lograr un viaje interestelar y de los posibles destinos de un viaje así, ha sido transformada. Véase, por ejemplo, el libro *Interstellar Travel and Multi-Generational Space Ships*, del editor Yoji Kondo (Apogee Books, 2003). En él se incluye un nuevo estudio sobre el tamaño de las poblaciones humanas viables. Una revisión reciente de las posibles tecnologías para viajes interestelares es *Centauri Dreams*, de Paul Gilster (Copernicus Books, 2004).

La ciencia y la tecnología de la «propulsión por curvatura», sacadas del trabajo seminal de Miguel Alcubierre (*Classical and Quantum Gravity*, vol. 11, L73-L77, 1994), están siendo desarrolladas por una comunidad de investigadores que se reunieron para un seminario al que asistí en la Sociedad Interplanetaria Británica el 15 de noviembre de 2007 y que está documentado en *The Journal of the British Interplanetary Society*, vol. 61 n.º 9, septiembre de 2008. La revista contiene un artículo de Obousy y otros (págs. 364-369), que resume la noción de la manipulación de las dimensiones más altas con el fin de inflar el espacio-tiempo. La idea de reducir la energía requerida encogiendo la «burbuja de deformación» se ha extrapolado a partir de un artículo de C. Van den Broeck (*Classical and Quantum Gravity*, vol. 16, págs. 3973-3979, 1999). Para las referencias sobre los efectos ópticos de un campo de curvatura, véase un artículo de C. Clarck y otros (*Classical and Quantum Gravity*, vol. 16, págs. 3965-1972, 1999) y una disertación de D. Weiskopf («The Visualisation of Four-dimensional Spacetimes», Universidad de Tubingen, 2001). Los obstáculos teóricos y de ingeniería para la creación de una nave con propulsión por curvatura, sin embargo, siguen siendo enormes.

El asombroso sueño durante la guerra Fría de los viajes interplanetarios impulsado por armas nucleares está documentado en *Project Orion*, de George Dyson (Holt, 2002). Unos diseños revolucionarios para «aceleradores de plasma» de alta energía están siendo considerados por el Departamento de Energía de EE. UU. (véase la revista *New Scientist*, 3 de enero de 2009).

La descripción que he hecho de las posibilidades de vida inteligente en el universo está sacada en parte de mi participación en el taller «Sound of Silence» organizado por la Universidad de Arizona en febrero de 2008, y del simposio de la IAA sobre «Searching for Life Signatures», septiembre de 2008, en París. Una revisión reciente de los exoplanetas, los mundos recién descubiertos de otras estrellas, es de *The New Worlds*, de Casoli y Encrenaz (Springer-Praxis, 2007). El debate sobre que la mayoría de las estrellas de la galaxia que albergan vida compleja serán más viejas que el Sol ha sido desarrollado por Lineweaver y otros (*Icarus*, vol. 151, págs.

307-313, 2001). El concepto de telescopio con «parasol estelar» fue ideado por Cash (*Nature*, vol. 442, págs. 51-53, 2006).

La dinámica de las sociedades humanas extraterrestres es explorada, por ejemplo, en «An Essay on Extraterrestrial Liberty», de Charles Cockell (*The Journal of the British Interplanetary Society*, vol. 61, págs. 255-275, 2008).

Las citas bíblicas son de la Biblia del rey Jacobo.

Los errores o inexactitudes son exclusivamente responsabilidad mía.

Stephen Baxter  
Northumberland  
Abril de 2009



STEPHEN BAXTER nació en Liverpool en 1957. Se interesó por la ciencia ficción gracias a la televisión y al cine, y quedó fascinado por la idea del futuro, de imaginarlo y de poder saber algo acerca de él. Empezó a escribir relatos cuando aún iba a la escuela; con dieciséis años, un profesor que hacía guiones para la radio le enseñó a dar un mejor acabado a sus historias para presentarlas a las revistas. Después de una sucesión de rechazos, sin embargo, comprendió lo difícil que sería vivir de la literatura y, de hecho, no se convertiría en escritor profesional hasta 1995. Desde siempre, Baxter tuvo un espíritu inquieto; obtuvo el Graduado en Matemáticas por la Universidad de Cambridge y en Ingeniería por la Universidad de Southampton, pero jamás estuvo del todo satisfecho, debido a que el de estas disciplinas era un enfoque demasiado concreto y prefería observar la ciencia desde un punto de vista general. Tras los estudios trabajó como profesor de matemáticas y física, y aprovechó las vacaciones para escribir una primera novela que no llegaría a venderse. En 1991 realizó las pruebas para convertirse en astronauta invitado en la Mir, aunque finalmente no consiguió el puesto; en contrapartida, fue también en 1991 cuando por fin pudo ver publicada una novela que había escrito en 1998, *Raft*. La historia narra cómo un grupo de viajeros quedan atrapados en un universo en el que la fuerza de gravedad es un millón de veces más intensa que en el nuestro. Esta novela pronto se convertiría en el inicio de la serie de «La secuencia Xeelee», una recreación de una vasta historia futura del universo, en la que los mismos seres humanos tienen solo un pequeño papel comparados con los poderosos xeelee. Baxter alternó la saga de los

«Xeelee» con ucronías como *Antihielo*, en la que el descubrimiento de un meteorito de antimateria lleva a la Inglaterra victoriana al espacio, y la novela que a la postre le haría saltar al primer plano del género, la multipremiada *Las naves del tiempo*, una secuela del clásico de H. G. Wells *La máquina del tiempo*. Tras los «Xeelee», y con el éxito de *Las naves del tiempo* a sus espaldas, Baxter comenzó a escribir obras de estilo más contemporáneo, con una calidad literaria más cuidada y un tratamiento más profundo de los personajes. *Voyage* es una historia alternativa en la que las misiones Apolo son seguidas por una misión tripulada a Marte. También se acercó a los lectores juveniles con las novelas de la serie «Mamut», situadas en un mundo en el que esas criaturas no se llegaron a extinguir y son incluso utilizadas en un programa de terraformación de Marte. Su producción más reciente incluye la serie «Manifold», en la que explora las razones por las que parecemos estar solos en el universo, y la novela *Evolución* una de sus obras más trascendentes y comprometidas. Hasta hoy, Stephen Baxter es el autor de cerca de una treintena de títulos, y ha escrito además alrededor de cien relatos ganando los prestigiosos premios de la British SF Association, el Philip K. Dick o el Campbell Memorial, entre otros, así como galardones internacionales como el Karl Lasswitz de Alemania, el Seiun y el Hayakawa de Japón, el Ozone de Francia o el Ignotus de España.

# Notas

[1] En alemán en el original. <<

[2] En alemán en el original. <<